Viajes a Misiones

por

Juan Bautista Ambrosetti

Comentado por Juan Carlos Chebez y Bárbara Gasparri

Exploraciones de su flora y fauna, las costumbres de los obrajeros, los yerbateros y los primeros colonos de esa privilegiada región.

EDITORIAL ALBATROS

FHN
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL
FÉLIX DE AZARA

VIAJEROS OLVIDADOS

Índice de contenido

Portada
Portadilla
Legales
Prólogo
Presentación
Agradecimientos
El padre del folclore
Viaje a las Misiones argentinas y brasileras en el Alto Uruguay (1892-1893-1894)
- Al lector
- Capítulo I. De Buenos Aires a Santo Tomé
- Capítulo II. El este misionero
- Capítulo III. En el Brasil
- Capítulo IV. En el Brasil: San Luis
- Capítulo V. En el Brasil: San Lorenzo, San Miguel, San Juan
- Capítulo VI. En el Brasil: Santo Ángelo y Campo Novo
- Capítulo VII. La colonia militar
- Capítulo VIII. Un poco de historia
- Capítulo IX. El Alto Uruguay
- Capítulo X. El Alto Uruguay
- Capítulo XI. El Alto Uruguay
- Capítulo XII. Las campiñas
- Capítulo XIII. Del Uruguay al Paraná: en plena selva argentina
- Capítulo XIV. El Alto Paraná
- Capítulo XV. De Posadas a Buenos Aires

Segundo viaje a Misiones por el Alto Paraná e Iguazú (1894)
- Al lector
- Capítulo I. Goya
- Capítulo II. Corrientes
- Capítulo III. El Alto Paraná
- Capítulo IV. En Posadas y en Villa Encarnación
- Capítulo V. El Alto Paraná- De Posadas a Tacurú Pucú
- Capítulo VI. Yerbales
- Capítulo VII. En los yerbales (continuación)

Capítulo VIII. Tacurú Pucú
Capítulo IX. En Tacurú Pucú (continuación)
Capítulo X. Al Iguazú
Capítulo XI. Al Salto del Iguazú: en canoa
Capítulo XII. Al Salto del Iguazú: a pie
Capítulo XIII. La Colonia Militar brasilera del Iguazú
Capítulo XIV. Excursión a Puerto Bello
Capítulo XV. Excursión al Norte
Tercer viaje a Misiones (1896)
Al lector
Capítulo I. De Buenos Aires a Posadas
Capítulo II. Candelaria
Capítulo III. Cerro Corá
Capítulo IV. En el Ingenio Primer Misionero
Capítulo V. Santa Ana
Capítulo VI. El Ingenio San Juan
Capítulo VII. En el río Yabebuiry (57)
Capítulo VIII. En San Ignacio
Capítulo IX. Las ruinas de San Ignacio
Capítulo X. En San Ignacio: la cuestión yerbales
Capítulo XI. Por los alrededores de San Ignacio
Capítulo XII. En viaje a Yaguarazapá
Capítulo XIII. En Yaguarazapá
Capítulo XIV. El aserradero y obraje de Yaguarazapá
Capítulo XV. De Yaguarazapá a Piray Guazú
Capítulo XVI. La selva misionera
Capítulo XVII. La selva misionera
Capítulo XVIII. San Pedro de Monteagudo
Referencias

Primer y segundo viaje a Misiones

por Juan Bautista Ambrosetti

Primer y segundo viaje a Misiones
por Juan Bautista Ambrosetti

Comentado por Juan Carlos Chebez y Bárbara Gasparri

Ambrosetti, Juan Bautista
Viajes a misiones por Juan Bautista Ambrosetti. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Albatros, 2013. - (Viajeros olvidados; 0)

E-Book.

ISBN 978-950-24-1446-1

1. Relatos de Viajes. I. Título
CDD 910.4

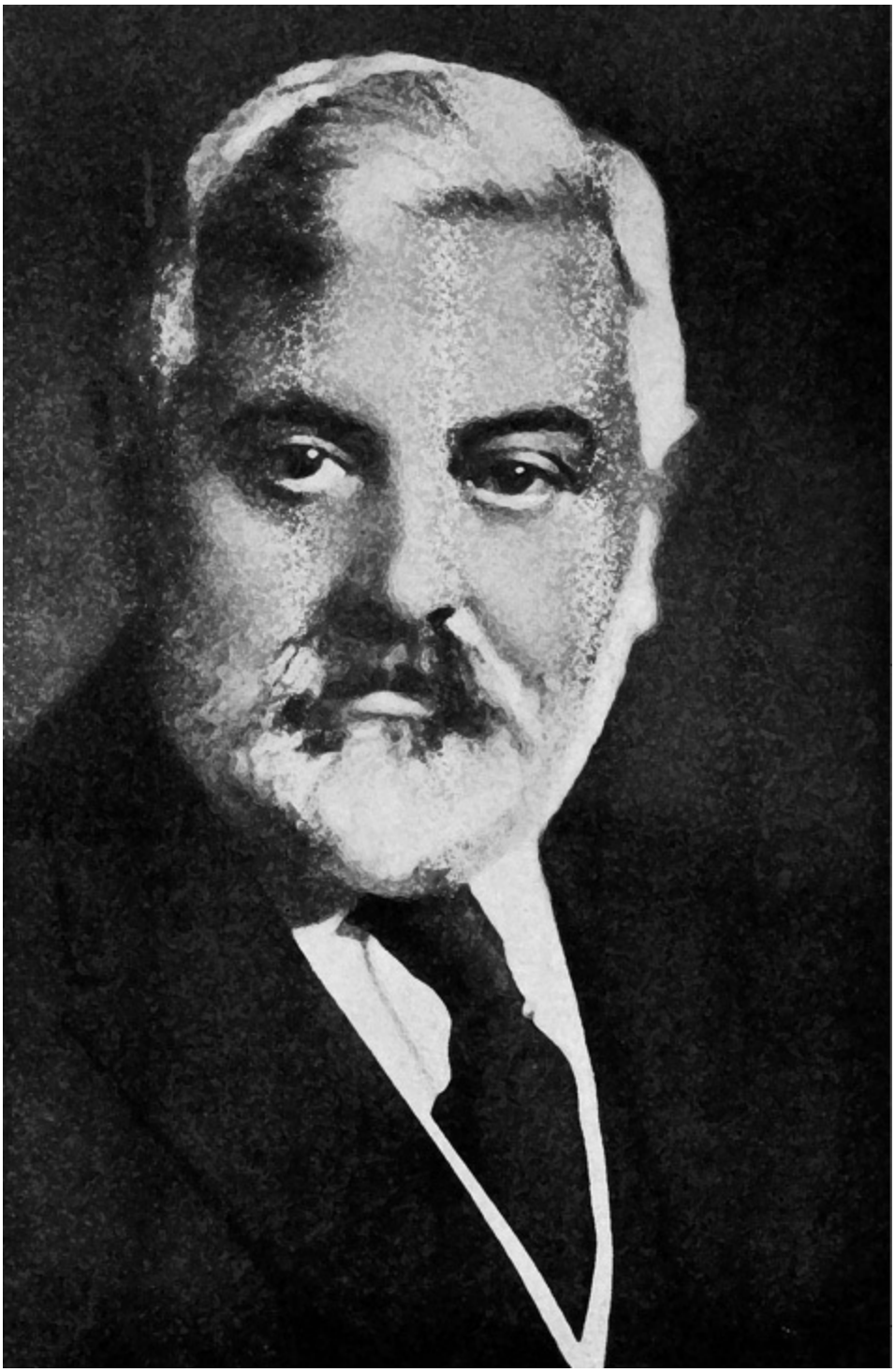
© 2008, Juan Bautista Ambrosetti

Viajes a Misiones
Copyright © 2008 by EDITORIAL ALBATROS SACI
J. Salguero 2745 5º - 51 (1425)
Buenos Aires - República Argentina
E-mail: info@albatros.com.ar
www.albatros.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto 2013

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ISBN edición digital (ePub): 978-950-24-1446-1



Prólogo

Antes de que el hombre blanco ocupara la gran región, que conocemos como la provincia de Misiones, pero que obviamente era mucho más extensa y todavía no se concentraba en los actuales límites, todo el conjunto era una muralla verde casi infranqueable, una gran selva, riquísima en biodiversidad, que se extendía por kilómetros y kilómetros, y que a la lejanía se veía como de un color azulado; posiblemente por eso en el idioma poético de los pueblos originarios estos dos colores se describen con la misma palabra (*ovî*).

Sólo accesible navegando por los grandes ríos, como el Paraná, que la recorría, empezó a ser codiciada por la riqueza forestal que albergaba.

Sin embargo, la selva no estaba deshabitada; vivían en perfecta armonía con el medio ambiente, pueblos originarios de diversas etnias y no era la madera de los árboles lo que más valoraban estas culturas americanas.

Quizás el comienzo del derrumbe de este mundo tenga una fecha: 1874, cuando un interesado en la explotación de los yerbales silvestres de San Pedro encomendó al baqueano Moraes Dutra que estableciese condiciones de paz con los ocupantes naturales del lugar, para que no hubiera hostilidades.

Moraes Dutra partió del puerto natural que había en lo que hoy es la localidad de Piraí, acompañado por Carlos Bosetti y Adán Luchessi, transitando quizás el primer camino del interior de Misiones, la antigua picada «mulera» que atravesando las sierras centrales se internaba hasta el «planalto» misionero, llegaba a «Campiñas de América» (Bernardo de Irigoyen) y a las «provincias» argentinas de Eré Eró, posiblemente Xanxeré, Pato Branco, Chapecó, Concordia, etc., hoy en Brasil (perdidas en el laudo Cleveland en el año 1895).

En la zona de San Pedro vivía el pueblo originario de los kaingangues, liderados por el cacique Bonifacio Maidana, en realidad un ex cautivo blanco que había llegado a ocupar esa alta jerarquía. No se sabe lo conversado o lo prometido, pero finalmente se selló el «Pacto de la Selva», es decir, el compromiso de los pueblos originarios de dejar «cosechar» a los blancos la yerba nativa.

Después de este pacto, todo fue decadencia, para la selva y para sus antiguos habitantes. En 1889, apenas 15 años después de este acontecimiento,

el Ing. Florencio de Basaldúa visitó la región y se horrorizó de las terribles condiciones de explotación ecológica y humana que encontró; ya se empezaba también a explotar la araucaria o pino Brasil y el cedro, y en una carta al presidente Julio A. Roca, le pidió la sanción de una ley de un solo artículo: «que se planten 10 árboles por cada uno extraído», debido a que la yerba mate natural, que es un árbol de mediano porte, para hacer más rápidas riquezas, se volteaba a hacha para cosechar sus hojas.

De los kaingangues, a Bossetti le llamaron poderosamente la atención dos aspectos: la calidad de las ropas que usaban, porque el planalto es mucho más frío que el resto de la provincia y es necesario abrigarse; y las sogas que fabricaban de extraordinaria manufactura, destinadas a las cuerdas de los arcos y a tejer redes de pesca. Bossetti pensó que se trataba de mercadería obtenida por el comercio con algún lugar del Brasil, pero finalmente se enteró de que era procesada por ellos mismos; en el caso de las telas, con las fibras de la ortiga brava y las cuerdas, con las raíces del guembé o Philodendron.

Es un hecho que este pueblo originario además consumía el piñón de la araucaria silvestre que proliferaba en la zona, había también «domesticado» y criaba el pato criollo y realizaba diversos cultivos americanos (maíz, porotos, etc.).

Hace ya mucho tiempo que los kaingangues han desaparecido de Misiones, sólo quedan algunos dudosos topónimos y hasta algunos lingüistas afirman que el nombre de Goya, ciudad correntina, proviene de su idioma, verdaderamente muy poco para tan extraordinaria cultura.

Estos últimos kaingangues, como la otra etnia de Misiones, los mbyá-guaraníes o cainguás y sus legendarios caciques, fueron visitados y descriptos en todo su originalidad por Ambrosetti, así como la selva virgen, los innumerables arroyos de prístinas aguas poblados de peces, los árboles, que como diría Holmberg —su suegro, por otra parte—, «sólo volvería a Misiones para contemplar sus árboles» (¡qué desilusión se llevaría hoy en día si efectivamente pudiera volver!).

Pero lo que particularmente interesa hacer notar es el uso de los recursos naturales, no sólo de los fustes maderables de algunos árboles, que dieron origen al proceso extractivo actual, sino de las fibras vegetales, la fauna silvestre y esa enorme «farmacia verde», como expresa un dicho de un viejo «paí» guaraní anotado por el ambientalista Juan Carlos Chebez: «para quien sólo ve, la selva es toda verde e igual, pero para quien conoce, contiene todos

los remedios que necesitamos».

Y así habrá sido, porque el Padre Furlong, en su obra inédita en parte (1961), sólo describía para los guaraníes «como causa de muerte algún accidente o la vejez». Para pensarlo, ¿no?

Esta reedición de los viajes de Ambrosetti permite entonces conocer detalles de aquella Misiones, que se fue yendo lentamente al principio en las míticas jangadas, río abajo, cantadas por el poeta Ramón Ayala, y luego cada vez más rápidamente, por camiones y en aras de ambiciones cada vez menos nobles y más interesadas.

Sirvan entonces estos detalles tan vívidamente narrados por Ambrosetti, como rescate histórico de la memoria y más que nunca, de cara al futuro, para preservar lo que aún disminuido permanece en pie, para que pueda ser valorado en toda su justa dimensión por su biodiversidad y no sólo en el valor comercial de la madera disponible.

Nuevamente, sorprende Juan Carlos Chebez rescatando estos viajes de Ambrosetti, justamente por la gran validez que tienen ante el desafío tan proclamado y declamado, pero tan poco llevado a cabo en la práctica, que es el desarrollo sustentable, de ahí provienen precisamente la vigencia y la actualidad de este texto.

Ing. Agr. Luis Alberto Rey
Ex Ministro de Ecología y R. N. R. de la provincia de Misiones
Ex Presidente de la Administración de Parques Nacionales

Presentación

La obra que tiene en sus manos es la recopilación de dos viajes diferentes al Territorio de las Misiones, hoy provincia de Misiones, efectuados por un destacado naturalista iniciador de los estudios folclóricos y etnográficos en la Argentina: Juan Bautista Ambrosetti.

Para los hombres de su época, la famosa «generación del 80», el reconocimiento del territorio nacional, sus riquezas naturales y en su caso, los usos y costumbres de los pobladores de tan vasta geografía tanto actuales como en el pasado, constituían un verdadero desvelo. Así, Ambrosetti eligió Misiones como uno de sus territorios predilectos —aunque no el único como se puede consultar en su apunte biográfico—, pero es allí donde regresa en tres ocasiones.

Sospechamos que el primer viaje lo hace animado por los comentarios del agrimensor Juan Queirel, quien le presta su diario de viaje, pues había ido a mensurar varias propiedades a ese territorio, incluso una del padre de nuestro investigador, y fundamentalmente por los comentarios orales y escritos de su suegro, el célebre naturalista Eduardo Ladislao Holmberg. Esa conjunción lo llevó a encarar un primer viaje que vio la luz en varias entregas en la *Revista del Museo de La Plata* en 1892, 1893 y 1894, en el que recorrió el Alto Uruguay para desde allí subir a San Pedro en plena selva de Misiones, cortar en una picada en el Paraná y bajar por el gran río de regreso. A partir de allí, el embrujo de la selva, sus infinitos misterios, su riqueza biológica y sus fantasmas se encargaron de atraerlo en dos oportunidades más.

El segundo viaje lo efectúa bajo los auspicios del fundador y director del Museo de La Plata, Francisco P. Moreno, en lo que sería la Expedición Científica al Nordeste. En este viaje remonta el Paraná, haciendo escalas en Goya, Corrientes, Posadas y Encarnación para desde allí remontar el Alto Paraná hasta los yerbales paraguayos de Tacurú Pucú y organizar una subida al célebre Salto del Iguazú, como se conocía por entonces a las hoy famosas Cataratas y retornar río abajo. Lamentablemente, a pesar de lo cuidadosa de su preparación y la compañía de uno de los mejores artistas de la época, Adolfo Methfessel, quien tomó bocetos de varios paisajes y de los indios cainguás en su medio, recogiendo numerosos materiales biológicos y

arqueológicos, se produce a su regreso un desencuentro desafortunado entre Ambrosetti y Moreno, que entre otras cosas vuelve una incógnita el depósito final de los materiales colectados, le impide hacer uso de varios bocetos de Methfessel sobre los cainguás (que verán la luz años después, recién a mediados del siglo XX, publicados por el Museo de La Plata gracias a la intermediación del arqueólogo Milcíades A. Vignati) y fundamentalmente hace que publique los resultados del viaje en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, en el tomo XV en 1894, dado la imposibilidad de hacerlo en la *Revista del Museo de La Plata*, como hubiera sido de esperar.

El tercer viaje es complementario de los dos anteriores y seguramente será motivo de un libro aparte en esta misma colección.

Es justo señalar que los tres viajes forman un conjunto irremplazable de observaciones efectuadas por un hombre lúcido y culto que observa con curiosidad, no sólo la naturaleza, sino el ser humano y sus actividades económicas, siendo un material único de consulta para los misioneros y los miles de interesados en ese privilegiado territorio.

Resultados complementarios de estos viajes fueron artículos específicos sobre algunas especies de la fauna que publicó con el nombre de «Notas biológicas; contribución al estudio de la biología argentina», en la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires* dirigida por su suegro entre 1893 y 1894; también sus materiales para el estudio del folclore misionero, que terminarían siendo con los años, aunque retocados y aumentados, la fuente de su libro póstumo *Supersticiones y leyendas*, que para muchos es la base de los estudios folclóricos argentinos. Asimismo, otros de sus trabajos son un estudio sobre los paraderos precolombinos de Goya; apuntes y un pequeño vocabulario de los indios chunupíes del Chaco austral que entrevista en Corrientes; su artículo sobre la leyenda del yaguareté-abá y sobre los cementerios prehistóricos del Alto Paraná (Misiones); pero fundamentalmente sus dos contribuciones principales fueron una nota sobre los indios cainguás del Alto Paraná, publicada en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XV de 1894, y la de los indios kaingangues de San Pedro (Misiones) con un vocabulario en la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, tomo II de 1895. Este último informe fue de tal valor que hasta se tradujo al portugués, dada la importancia de esa etnia para los brasileños y la carencia de una contribución homóloga en su territorio. Todo esto sin olvidar breves conferencias brindadas en sociedades científicas de la

época o en el Teatro Nacional.

Sin dudas, la tierra roja le pegó fuerte a Ambrosetti quien retribuyó de sobra su hospitalidad con trabajos inolvidables que unen precisos datos científicos con la gracia de una pluma elegante y la frescura del relato de viaje. No habla por segunda mano, recorrió las picadas y fue testigo de un mundo verde que se resiste a abandonarnos.

Agradecimientos

Los comentaristas dejan expreso agradecimiento a todos los que, de un modo u otro, colaboraron con este proyecto, comenzando por Andrea Canevaro, que confió en él; también a Adrián Giacchino y a la Fundación de Historia Natural «Félix de Azara», que nos brindó su auspicio.

Muy especialmente a Luis Rey por su prólogo y su compromiso con la selva; a Zygmunt Kowalski, quien generosamente nos permitió dar a conocer uno de sus cuadros en la portada de esta obra y que se inscribe merecidamente en la escuela iniciada por los primeros pintores naturalistas; y a Ezequiel Núñez Bustos por sus comentarios sobre las mariposas.

Por último, agradecemos la colaboración brindada por las bibliotecas del Instituto de Botánica Darwinión, del Museo Etnográfico «Juan Bautista Ambrosetti» y de la Administración de Parques Nacionales.

Juan Carlos Chebez y Bárbara Gasparri

El padre del folclore

Juan Bautista Ambrosetti es considerado, con razón, el padre de los estudios folclóricos en la Argentina y fue también un destacado explorador, naturalista, etnógrafo y arqueólogo, además de escritor.

Durante su corta existencia, extendida entre 1865 y 1917, desarrolló una vasta actuación, primeramente en la provincia de Entre Ríos, más tarde con base en Buenos Aires, pero recorriendo en excursiones la provincia de Misiones (donde realizó tres expediciones), el Chaco oriental, los Valles Calchaquíes en Tucumán, Salta y Catamarca, la Quebrada de Humahuaca en Jujuy, y la Pampa Central, como se llamaba por entonces a la actual provincia de La Pampa, sin contar numerosas incursiones en el área pampeana y mesopotámica.

Iniciado como biólogo y paleontólogo, pronto demostró una gran inclinación hacia la arqueología, los pueblos originarios y las costumbres y creencias populares de las diversas regiones, constituyendo valiosas colecciones que fueron motivo de trabajos fundamentales para el creciente movimiento americanista y el incipiente desarrollo de la antropología y el folclore, y la base del Museo Etnográfico que se constituyó en depositario de esos materiales y de su herencia científica.

Una de sus biografías más detalladas, y la primera que se le dedicó en forma de libro, es la de Julián Cáceres Freyre (1967), que hemos usado como guía para estos comentarios. De allí sabemos que su padre era un italiano oriundo de Lombardía y se llamaba Tomás Ambrosetti y que llegó a la Argentina en 1853 radicándose posteriormente en Gualeguay, Entre Ríos, donde contrajo nupcias con Rosa Antola, hija de italianos genoveses, pero nacida aquí. El matrimonio tuvo cuatro hijos; los varones, Juan Bautista y Mateo, nacieron en la misma ciudad de su madre (este último era dos años menor que el naturalista y falleció sin descendencia a los 42 años). Cuando Ambrosetti tenía 6 años, su padre se trasladó a Buenos Aires, que ya tenía a su cargo varios negocios y establecimientos rurales en el Chaco santafesino e incluso en Misiones y, en su edad madura, llegó a ser Presidente del Banco Italiano del Río de la Plata y Caballero de la Corona de ese país. Falleció en Buenos Aires en 1926, nueve años después que su hijo mayor.

Según parece, Ambrosetti demostró desde joven una clara inclinación por la historia natural. Concurrió al *English College* y cursó Humanidades en la Facultad, que luego fue suprimida e incorporada al Colegio Nacional, y vivió por entonces en la calle Alsina, de la ciudad de Buenos Aires. Según cartas de compañeros de esos años, Ambrosetti se había dedicado, en forma *amateur*, a formar su primer Museo de Historia Natural y coleccionaba todo lo que tenía a su alcance, desde reliquias históricas, hasta mariscos o huevos, o embalsamaba pájaros.

Abandonó temporalmente en cuarto año sus estudios preparatorios y se dedicó al comercio y a la agricultura aprovechando la consolidación de su padre en estos temas, lo que le permitió comenzar sus viajes de estudio y conocer los usos y costumbres de los pobladores del país y también la prehistoria argentina, pues era un habitual concurrente de la Biblioteca Nacional donde leía los testimonios de los viajeros y los tratados de Historia Natural.

En 1878, su amigo naturalista Enrique Lynch Arribálzaga lo contactó con Holmberg y se produjo así el encuentro de Ambrosetti de 13 años con el brillante médico y naturalista de 26 años. El pretexto para la reunión fue clasificar un insecto y así se trabó una pronta amistad que le permitió visitar asiduamente la casa de Holmberg en la calle Cerrito, entre Córdoba y Paraguay, donde se reunían los más destacados científicos, literatos y pintores de la época. Además, Ambrosetti contrajo matrimonio con María Helena, la hija de Holmberg.

Su padrinazgo científico quedó entonces marcado por esta relación con Holmberg y Lynch Arribálzaga, fundadores de la revista *El Naturalista Argentino*. Esto explica también por qué parte de la obra de Ambrosetti fue publicada en la *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, que fundó y dirigió Holmberg.

La primera actuación científica destacada de Ambrosetti se produjo en Entre Ríos, donde exploró zonas del Dpto. de Victoria, incluyendo sectores isleños y los alrededores de Gualeguay, su ciudad natal, y Paraná. Atraído por igual por el paradero de los minuanes y los restos paleontológicos, escribió un artículo sobre las tortugas fósiles y algunas notas breves en diarios locales sobre la geografía y la naturaleza de Entre Ríos. En esta etapa, a través de la donación de sus colecciones zoológicas, Ambrosetti fue nombrado Director del Museo de Historia Natural de Paraná, que había sido fundado en 1884

sobre la base de las colecciones paleontológicas del profesor Pedro Scalabrini, que mucho tuvo que ver con la llegada de Ambrosetti a ese puesto.

Durante este tiempo, aprovechó una invitación del Capitán Antonio Romero para recorrer en julio de 1885 el Chaco santafesino, vivencias que volcó en un simpático libro titulado *Viaje de un Maturrango* y que firmó como Tomás Bathata. El volumen fue ilustrado por su cuñado y amigo Eduardo Alejandro Holmberg, bajo el seudónimo de Noris Zucoff. Esta obra lo revela, junto con otras páginas inéditas que da a conocer Cáceres Freyre y que firmó con los seudónimos de Fray Tetera o Bicho Moro, como un hombre culto con inquietudes literarias, tales como las manifestadas por su célebre suegro.

Luego de 5 años de labor en el Museo de Paraná, Ambrosetti cerró una etapa y se instaló en Buenos Aires al comenzar la década de 1890, pero no para quedarse quieto sino para iniciar con fuerza la etapa de naturalista viajero. Así puso su mira en el alejado territorio de Misiones donde su padre, en sociedad con un tal Storni, era propietario de grandes campos, y también atraído por los relatos del agrimensor Juan Queirel (que vieron la luz como libro en 1897), encaró su primer viaje a esa región entre septiembre de 1891 y febrero de 1892.

Los viajes a esa provincia son tres y dos se incluyen en este libro refiriéndolos en un comentario aparte. Los temas misioneros fueron de los predilectos en la obra de Ambrosetti, quien aparentemente quedó subyugado por esa región que también visitó Holmberg y además de las crónicas generaron un sinfín de artículos como los que dedica a supersticiones de la región, el yaguareté-abá, la fauna mayor de la selva y las observaciones etnográficas de los mbyas y cainguás como él los denomina y los caingangues, etnias que le toca ver en un estado de pureza ya irrepetible para exploradores posteriores. Además brinda conferencias sobre la región y notas cortas.

En 1895 viajó por Salta, en parte acompañado por Eduardo A. Holmberg, y exploró la zona de Pampa Grande, las grutas de Cara-Huasi, del Churcal y de los Tigres, Guachipas, Cafayate, San Carlos, Molinos, La Poma, la Quebrada del Toro y la Ciudad de Salta. También visitó Tucumán y Catamarca, en particular el área de Tafí del Valle y los Valles Calchaquíes. En 1898 se conoce un viaje corto a Santiago del Estero; en 1902, recorre la Puna de

Atacama y el Salar de Cauchari. También de esta época fue el ya mencionado (y publicado en 1893) viaje a la Pampa Central, que le permitió adentrarse en las realidades de la actual provincia de La Pampa.

Entre 1874 y 1876 habían aparecido los primeros trabajos arqueológicos de Francisco Pascacio Moreno, Florentino Ameghino y Estanislao Zeballos, y luego otros estudios previos a los suyos y dignos de mención como los de Lucio V. Mansilla, Ventura Lynch y Samuel Lafone Quevedo, que aportaron datos para el folclore de las pampas o los Valles Calchaquíes en forma puntual y acotada, pero no como un trabajo en conjunto que permitiera una comparación de las expresiones culturales de las diferentes regiones. En 1893, con la publicación de los materiales para el estudio del folclore misionero, Ambrosetti dio comienzo a un estudio comparativo al que agregó posteriormente apuntes similares para estos sitios, y que dieron forma a la trilogía central de su obra cumbre que, con el título de *El Diablo indígena* o *Supersticiones y leyendas*, sería la piedra basal de estos temas. Esta apareció en 1917, el mismo año de la muerte repentina de Ambrosetti, y luego sufrió numerosas reediciones.

En cuanto a la arqueología, basta recordar en el noroeste el descubrimiento del Pucará de Tilcara, de las Ruinas de Quilmes, de la Ciudad Prehistórica de La Paya y la colección de numerosas piezas, gran parte de las cuales pudo llegar a comentar para destacar su aporte fundamental.

En 1896 se había fundado la Facultad de Filosofía y Letras, en la que el Dr. Samuel Lafone Quevedo era titular de la materia Arqueología americana desde 1989. Ambrosetti compartía una gran amistad con Lafone Quevedo y esto hizo que el 1 de julio de 1903 fuera designado Profesor Suplente de esta asignatura. Para ello, era imprescindible contar con materiales de apoyo y sus colecciones se prestaban a la perfección para ese fin. Un año más tarde, con la donación de sus colecciones obligó a la Facultad a fundar el Museo Etnográfico (emplazado en la calle Moreno), que tomó forma rápidamente para cobijar esos materiales. Desde 1905, Ambrosetti se convirtió en el Director del Museo.

Un sabroso anecdotario de cómo logra acrecentar dichas colecciones fue recopilado por Cáceres Freyre de manos de la viuda de Ambrosetti y revela el convencimiento y la claridad del trascendente paso que se estaba dando para el desarrollo de esta ciencia humanista en el país.

Ocupó además cargos en la Sociedad Científica Argentina y en 1910 la

Universidad de Buenos Aires, a través de la Facultad de Filosofía y Letras, le otorgó el título de Doctor *honoris causa*. De esta etapa también es el viaje que habría intentado a Tierra del fuego, llegando por vía marítima a la altura del Golfo San Jorge, pero del que no quedaron evidencias escritas.

Su repentina desaparición privó al país de uno de sus más destacados científicos, pero por fortuna nos legó su bibliografía de 122 títulos y el Museo Etnográfico que atesoró sus colecciones. Al año de su muerte, la sala principal del Museo fue nombrada en su honor y se construyó un busto en su memoria; luego, en 1967, el Museo pasó a ser bautizado con su nombre.

En contraposición a su suegro y a su viuda, que lo sobrevivieron muchos años, lo que facilitó en el primer caso el rescate de su memoria, fue de lamentar también la temprana desaparición de su hijo Héctor Ambrosetti, uno de los más jóvenes miembros de la llamada por entonces Sociedad Ornitológica del Plata, el 20 de diciembre de 1918. En enero de 1919, su madre donó a dicha entidad, que por entonces funcionaba en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, las pieles de aves del joven naturalista que había heredado de su padre, en apariencia, el interés primario por la biología argentina.

Viaje a las Misiones argentinas y brasileras en el Alto Uruguay
(1892-1893-1894*)
por Juan Bautista Ambrosetti

* Publicado originalmente en la Revista del Museo de La Plata, tomo III: 417-448, 1892; tomo IV: 289-336, 1893 y tomo V: 225-250, 1894, Buenos Aires.

Al lector

Acabo de efectuar una excursión por la espléndida región de las antiguas Misiones, y tratando de apuntar en mi diario de viaje las observaciones que hoy presento, bien o mal escritas, creo que habré contribuido a hacer conocer parte de un territorio que hasta ahora ha sido poco estudiado.

Escribo para todos: la parte científica la encontrará el lector en los apéndices. He oído decir a un amigo, dando su opinión sobre un libro: es muy bueno, sobre todo en los capítulos en que el autor se ha olvidado de que era un hombre de ciencia.

Debo hacer constar también que he tenido la suerte de que el agrimensor nacional don Juan Queirel (1), uno de los pioneros (2) de la primera hora de Misiones, me cediese su diario de viaje durante la mensura practicada en los campos de los señores Ambrosetti y Storni, el que publico casi íntegro, intercalando sus páginas llenas de datos interesantes, entre las mías.

Al señor Queirel debo también muchas fotografías que acompañan este trabajo.

El diario de viaje del señor Queirel se hubiera perdido seguramente, porque con su modestia habitual, no creyéndolo de importancia, habíalo archivado; felizmente, accediendo a mis ruegos, me lo entregó, y hoy, al publicarlo junto con el mío, me hago un deber de consignarlo; y como no quiero vestirme con las plumas del grajo, los capítulos que le pertenecen llevarán el título de *Expedición Queirel*, e irán colocados en su lugar correspondiente, a fin de no alterar el plan general de la descripción.

Capítulo I
De Buenos Aires a Santo Tomé

A bordo del Rivadavia. – El viaje hasta Concordia. – De Concordia a Monte Caseros. – El Alto Uruguay. – A bordo del Iberá. – De Monte Caseros a Santo Tomé . Estadía en Santo Tomé. – La Santa Tomeana.

Después de almorzar sobre la cubierta del vapor *Rivadavia*, nos paseábamos de popa a proa mientras cruzábamos frente a la isla de Martín García (3).

La conversación con otros pasajeros recayó sobre la región que íbamos a recorrer: el río Uruguay, que nos divide de las repúblicas oriental y brasilera. ¡Qué arteria fluvial, qué comercio importante se desarrolla en sus costas, qué capitales inmensos trasportan los buques que surcan sus aguas caprichosas y puras!

El Uruguay en bajante, mostrándonos las puntas de las temibles piedras de su fondo, o ya crecido ocultándolas completamente, interrumpe o activa el vaivén de ese hormiguero de buques y vapores de todos los registros y tamaños posibles, que vacíos o cargados navegan en él, llevando en sus bodegas las obras del progreso humano para contracambiarlas por las de la naturaleza creadora.

¡Qué porvenir grandioso le espera al este argentino, con la base que hoy tiene de centros de población, a cual más rico, y campañas fecundas y abundantes colonias prósperas!

Gualeguaychú, el activo departamento de Entre Ríos, con sus colonias de rusos, que en nuestra tierra, gracias a la amplia libertad de que goza todo el mundo se han modificado, coadyuvando al progreso común, con sus cuatro saladeros, su gran grasería, su fábrica de aceites vegetales, su aserradero a vapor, sus tres molinos y su inmensa fidelería que elabora anualmente un millón de kilos, con las maderas que sus montes y sus rebaños de hacienda mestizada brindan, tiene vida propia que aumenta todos los días.

Es necesario conocer la ciudad de 8000 habitantes, bien edificada, con sus líneas de *tramways* (4) y ferrocarril que la une a los demás pueblos de la

provincia sirviendo de puerto a muchos de ellos, como Villaguay, colocado en el centro de la temida selva de Montiel (5), que hoy repercute los silbatos del progreso que lleva la locomotora.

Fraybentos (6), sobre la costa oriental, debe su vida al saladero Liebig (7).

Concepción del Uruguay, la antigua capital de Entre Ríos, ciudad intelectual fundada en 1778, cabecera del ferrocarril Central Entrerriano, con sus magníficos edificios, sus calles macadamizadas, su *tramway* a vapor, su puente muelle, obra notable que cruzando bañados e islas le da un puerto magnífico, su industria bastante adelantada, su comercio de carbón, su Colegio Nacional, el primero de la República que educó en sus aulas tantas eminencias nuestras (8), y la sociedad educacionista, única en su género, la Fraternidad, que tanto bien reporta a los estudiantes pobres.

Eran las once de la noche cuando después de recoger los pasajeros, perdíamos de vista las últimas luces del Uruguay.

Al otro día llegamos a la gloriosa ciudad de Paysandú, la Numancia moderna, el orgullo de gran parte de sudamericanos, en donde argentinos y orientales, unidos por un estrecho vínculo de ideas, sucumbieron bajo sus débiles muros de ladrillo ante una escuadra que los bombardeaba a mansalva y 10.000 hombres que sofocaron con su masa el esfuerzo de sus 600 defensores.

No soy partidista, pero sé admirar el valor, el patriotismo y el amor a la libertad y me saco el sombrero con profunda veneración ante sus héroes, llámense San Martín, Garibaldi, Koscusco, Leandro Gómez, Daoiz, Cambrone, Bentos González, etc.

Pero llegamos a Colón, puerto importante por serlo de la célebre colonia San José, una de las primeras fundadas por el General Urquiza, hoy más próspera. Esta colonia ha sido la base de todas las demás del departamento que son seis; su comercio es importante; tiene un gran saladero.

Después de Colón pasamos por la colonia Yeruá bastante próspera; y a las 5 de la tarde llegamos a Concordia, el Bordeaux argentino, la ciudad más industrial de Entre Ríos, cuyas 889 hectáreas plantadas de viña forman la base de su gran porvenir.

El aspecto de Concordia es de los más agradables: está situada frente a la ciudad del Salto Oriental, último punto a que llega, por causa del Salto Grande (9), la navegación del río Uruguay; tiene un comercio muy importante por ser cabeza de la línea del ferrocarril del Este Argentino que lo

une con Monte Caseros de la provincia de Corrientes, donde se reanuda la navegación tomando el río el nombre de Alto Uruguay. Su Aduana es la 4.ª en importancia que posee la República.

Tiene dos grandes saladeros, una destilería, un gran molino, una fábrica de aceite vegetal, una grasería y jabonería, una fábrica de lenguas conservadas, un aserradero, una curtiembre, una gran sociedad vitivinícola y grandes viñedos que sumados reúnen 1.500.000 plantas, todo lo que concurre a dar a esta ciudad una gran actividad que hace que no parezca ciudad de provincia.

Bajé a tierra y al otro día temprano tomé el ferrocarril con destino a Monte Caseros y puerto del Ceibo. Parado en la plataforma empecé a observar el trayecto que recorríamos. Todos los alrededores de Concordia son capaces de satisfacer al más exigente.

Los viñedos, bien cuidados, puede decirse que rodean la ciudad; todos perfectamente plantados en líneas rectas, cercados con buenos alambrados y de árboles de toda especie, destacándose en medio de ellos, bonitos edificios; cuando concluyen los viñedos, empiezan los maizales.

Se pasa la estación Gualeguaycito y se llega a Federación (10), cabeza del departamento de su nombre, situado sobre la Barranca del Uruguay, frente al pueblo oriental de Constitución, pero mucho mayor que este.

El porvenir de Federación además de su espléndida campaña, está en la plantación de la viña que se ha iniciado bajo muy buenos auspicios, contando ya con más de 500.000 cepas plantadas.

De Federación se va a la Estación Chajarí, plaza importante de la colonia Villa Libertad, que tiene actualmente 4000 habitantes, en su mayor parte italianos, con 6000 hectáreas sembradas, 4 molinos y un pueblo que cuenta con más de 50 casas, muchas de ellas modernas, 40.000 árboles frutales y 10.000 forestales. Los colonos se dedican a cultivos varios, predominando el trigo y maíz, y se ha empezado la plantación de la viña de la que ya existen 40 hectáreas. De Chajarí sigue el tren rodando entre campos cultivados, hasta que empiezan a verse los bañados del río Mocoretá que limita en esta parte Corrientes con Entre Ríos. Pasamos su gran puente y sobre la línea de Corrientes se encuentra el gran Saladero Mocoretá: cruzamos por la Estación Naranjito y a las 12.30 horas llegábamos al pueblo de Monte Caseros, la Concordia de Corrientes.

Monte Caseros está situado frente al pueblo oriental de Santa Rosa, mucho más importante que este, sumamente comercial, con calles muy anchas y de

edificación muy buena. Cuando esté concluido el ferrocarril a Posadas, adelantará mucho más: hoy es además cabeza de la línea del ferrocarril que por Mercedes irá a Corrientes.

Después de media hora, partimos para el puerto del Ceibo sobre el Uruguay, donde me embarqué otra vez en el vapor *Iberá* en dirección a Santo Tomé.

Al otro día pasamos por delante de la gran fábrica de aceite vegetal del Senador Baibiene y llegábamos a la ciudad brasilera de Uruguayana.

Uruguayana, como todas las ciudades brasileras, tiene un tinte *sui generis*, a pesar de su aspecto moderno; allí las casas son todas de teja española, con ventanas vidrieras de guillotina. Sus calles son rectas y anchas; tiene algunos edificios notables, como la Municipalidad, el gran cuartel que se halla en los suburbios, el teatro y la iglesia no concluida aún: estuvimos hasta la mañana del día siguiente, pudiendo por consiguiente recorrerla con detenimiento. La ciudad se hallaba entonces en plena revolución contra Deodoro da Fonseca, así que no se veían sino aprestos militares. Allí están siempre de guarnición un regimiento de infantería y otro de caballería que entonces había confraternizado con el pueblo, declarándose abiertamente revolucionarios.

Salimos de Uruguayana y 20 minutos después llegábamos a la ciudad de Paso de los Libres que se halla enfrente. Antes se llamaba Restauración, pero en el año 1873, le fue cambiado el nombre conmemorando el pasaje en ese punto del General Paz con sus compañeros, cuando la guerra entre unitarios y federales.

La ciudad de Libres es menor que la de Uruguayana: sus calles son muy arenosas en general; está bien edificada, tiene bonita plaza y una iglesia con dos torres: la mayoría de las casas como en Uruguayana están techadas con teja española, excelente según me han asegurado para los climas cálidos.

Lo que llama la atención es la profusión de naranjos colosales que se hallan por todo el pueblo.

Libres estará pronto unido a Monte Caseros por el ferrocarril que va a Posadas.

Cerca de Libres pasa el arroyo Yatay, donde se dio la célebre batalla del mismo nombre, durante la Guerra del Paraguay.

Salimos de Libres y fuimos a parar cinco minutos a San Martín de Yapeyú: no pude bajar a tierra, pero de la toldilla del vapor contemplé con profundo respeto, sobre la barranca, el hoy pequeño pueblo, que fue cuartel general de

los jesuitas y cuna de nuestro gran San Martín que pasó allí sus primeros años, aspirando el perfume de los azahares de naranjos seculares, llevados por la brisa de la tarde y en quien al contemplar el delicioso panorama del Uruguay, quedaron grabados para siempre ese amor al suelo y ese cariño a la América que le hizo despreciar los honores y la vida en una de las cortes más fastuosas, por la fe de ser un día el libertador de la mitad de un continente.

De Yapeyú fuimos a la Cruz (11), pueblo de los jesuitas también, cuyas ruinas están por el suelo, conservándose sólo como recuerdo un cuadrante solar que es lo primero que los habitantes muestran al viajero: este tiene una inscripción latina, que traducida quiere decir: *Desde que sale hasta que entre el sol, sea bendito el nombre del Señor.*

Como a las 10 de la noche llegamos al pueblo brasilero de Ytaquí; lo que llama en él la atención, es el gran arsenal y la escuadra brasilera que se halla allí fondeada. Pasamos al pueblo de Alvear situado enfrente; seguimos viaje esa noche y al otro día de mañana anclamos en San Borja, antigua reducción de los jesuitas situada en la costa brasilera. Este pueblo se halla como a una legua de la costa, pero en el puerto se ha formado una aldea. En San Borja hay también otro gran cuartel como el de Uruguayana, teniendo de guarnición un regimiento de caballería.

De este punto pasamos a la ciudad de Santo Tomé, costa argentina, que fue en otro tiempo reducción de los jesuitas, de los que sólo quedan como recuerdo las innumerables piedras talladas de sus edificios que constituyen hoy los cercos de las casas (12). El espíritu de progreso que reina allí ha hecho tabla rasa de todos esos recuerdos y la ciudad, bien delineada, es de aspecto moderno. Posee muy buenos edificios y se conoce que todo el progreso se debe a la iniciativa particular; la acción del gobierno no se manifiesta para nada. Está situada sobre una barranca alta rodeada por el Norte por el gran arroyo Ytacuá (13) que en tiempo de creciente cubre una gran extensión de tierra. La Municipalidad ha hecho arreglar la bajada al puerto y hoy no presenta los inconvenientes de que antes se quejaban algunos viajeros.

Sus alrededores son espléndidos, no se ven sino chacras, donde la agricultura ha tomado gran desarrollo. Hay un club muy bueno; la sociedad es muy seria y como fenómeno social debo hacer constar con satisfacción que en Santo Tomé *no se juega ni existe lujo de ninguna especie*. He tenido ocasión de observar la sociedad en la iglesia, en los bailes, en su casa y en la

calle y he quedado encantado de su sencillez en todo sentido; recordaba mis primeros años cuando Buenos Aires se conservaba aún como lo describe el señor Calzadilla, cuando todo el mundo vestía con sencillez, cuando no se conocían los artificios de la moda actual en nuestras mujeres, las que no ostentaban más lujo que las flores y su gracia infinita.

Sin embargo, hay muy buenas fortunas y sólidas, pero allí todo el mundo trabaja y el que ama el trabajo y se educa en esa escuela, no puede ser un esclavo de las modas. El comercio de Santo Tomé es muy importante: hay casas muy fuertes que giran gran capital.

El señor don Justino Grané, a quien iba recomendado, me presentó a su hermano don Manuel Grané, su socio en las grandes plantaciones que tienen en las chacras del ejido.

Los hermanos Grané son muy progresistas y don Justino tiene además de las plantaciones de tabaco, un ingenio de caña en Chimiray (14) y un ingenio de yerba en Saracurá (15); el primero entre Santo Tomé y Concepción, y el segundo entre esta y San Javier. La destilería de caña de Chimiray está tan bien dirigida que sus productos pueden competir con el mejor *rhum*, y la yerba del ingenio de Saracurá es una de las más acreditadas por la prolijidad con que está elaborada.

Don Manuel Grané tiene verdadera pasión por la agricultura, me invitó a visitar las chacras, a lo que accedí gustoso.

Tuve gran satisfacción con esta visita: toda la peonada y los colonos son criollos, los que dan muy buenos resultados, demostrando así que el criollo tratado como se debe y ayudándolo, es un trabajador y tan bueno como el extranjero.

Yo los he visto trabajar hasta el día domingo y todos muy contentos; sus casas son muy bien construidas, con pozos de agua riquísima, parrales, árboles frutales, verdura de toda clase y muchas flores. En las chacras se plantan arroz, maíz, tabaco, papas, batatas, mandioca, cebada, maní y porotos. Los arrozales dan muy bien; aprovechando el desnivel del terreno se riegan continuamente por medio de zanjas de una o dos punteadas de pala.

La clase de arroz es excelente y de gran rendimiento; últimamente se habían sembrado unas 40 hectáreas y se preparaba mucha tierra para el año siguiente. La tierra es muy fácil de trabajar, es bastante suelta y la capa vegetal muy gruesa. El tabaco da espléndidos resultados: preparada muy bien la tierra que de por sí es mullida, se trasplanta de los almácigos, no

necesitando más que un poco de riego los primeros días y un pequeño carpido para que la planta se levante lozana.

Un ejército de gallinas, poderoso auxiliar para este género de plantaciones, recorre el tabacal comiendo todos los gusanos e insectos.

El tabaco se cosecha en forma de tabaco negro.

Su elaboración es la siguiente: arrancadas las hojas verdes, se tuercen en forma de cuerda, las que se cuelgan en un gran galpón; todo el jugo de las hojas que va destilando el tabaco se recoge y se vuelve a mojar este con aquel hasta que queda al punto; después se enrolla en un palo y se hacen tamborcitos que se cubren con un tejido de tacuara o de chala, exportándose en esa forma.

Yo tenía la creencia de que sólo del Brasil venía el tabaco negro, pero después de recorrer personalmente los tabacales del Alto Uruguay, he visto que es muy importante su producción.

Los demás productos dan de un modo asombroso debido a ese clima privilegiado, en donde la vegetación despliega lujo de desarrollo imposible de describir; sólo el verde que los naranjos tienen basta para hacerse una idea de su lozanía.

Se ha instalado una comisión de propaganda agrícola, *La Santo Tomeana*, debida a los esfuerzos de los vecinos, que dará sin duda óptimos resultados.

Tan lejos estamos en Buenos Aires de la región misionera que poco o nada se sabe del incremento que allí ha tomado la agricultura. Antes de salir para Concepción tomé varios datos que publico por su importancia.

El *arroz* produce con resultados tan satisfactorios, que en este año se podrán recoger 250.000 kilogramos, y antes de dos años se exportarán de 300.000 a 400.000 kilogramos anuales, sin contar con lo que allí se consume, todo debido principalmente a los esfuerzos y a la actividad de los señores Manuel Grané y Artigas Hnos.; estos últimos poseen una máquina perfeccionada y construida en Buenos Aires, la que movida por agua podrá elaborar cien bolsas diarias de arroz descascarado y limpio.

El *tabaco* rendirá como mínimo 28 a 30.000 kilos anuales, los que en su mayor parte se exportan en forma de tabaco negro.

La *yerba mate* ha empezado a plantarse en grandes cantidades habiendo ya unas 3000 plantas. Los *naranjos* toman un desarrollo extraordinario, hallándose más de 15.000 plantados. Han empezado a cultivarse los *ananás* con buen resultado. El *maíz* da de un modo asombroso; he traído espigas

como nunca he visto y son seguras dos cosechas al año, sin gran trabajo. La *mandioca*, la *batata* y el *poroto* se desarrollan con vigor y sirven de abundante alimentación a las clases pobres.

La *caña de azúcar* promete brillantes resultados; funcionan el ingenio de Garruchos (16), la destilería de Chimiray y muchos otros pequeños trapiches particulares que fabrican rapaduras (17). Se han remitido para ensayo a Buenos Aires cantidades considerables de materiales textiles como el higuerón, la mira, el caraguatá, el guambé (18), etc., que tanto abundan por allí y serán dentro de poco artículos de fuerte exportación.

Si siguiese la paz en la República, como es de esperar, dentro de pocos años, y ayudada por la emigración, la región misionera se habrá transformado.

Capítulo II
El este misionero

De Santo Tomé a Concepción. – Concepción de la Sierra; sus ruinas. – El mapa de Del Vasco. – Arrozales. – Vías de comunicación. – En viaje a San Javier. – El río Santa María. – Incidente al señor Queirel. – Descripción de las ruinas de Santa María, por el mismo. – El ingenio de Saracurá. – El arroyo Itacuaré. – Las carretas y los bueyes. – La fiesta del Espíritu Santo. – San Javier. – Ruinas en el monte. Don Juan C. Calvo. – El comercio de maderas. – Las balsas y los catres. – El Cerro del Monje y su leyenda. – Reflexiones sobre el porvenir del Este Argentino.

De Santo Tomé salí a caballo en dirección a Concepción de Misiones, acompañado de D. Felipe Vignolo y de un peón, Fortunato Romero, que llevaba de tiro un carguero.

Echamos la tropilla por delante y vadeando el arroyo Itacuá, seguimos por entre campos ondulados, pasando los arroyitos Pariopa, Ibirá-ocai, Itiyo-ara, el Ciriaco y el Garabí; llegamos a Garruchos, último pueblo de Corrientes donde existe un gran ingenio de azúcar, y empezamos a entrar en la región de la Sierra; atravesamos el arroyo Chimiray, límite de Misiones con Corrientes, paraje en el que el señor don Justino Grané posee un ingenio de Caña y una Colonia en formación. Pasados los arroyos Las Tunas, Concepción y Capivarí, entramos en el pueblo de Concepción, el primero de las Misiones.

Concepción es un pueblo moderno, edificado sobre el mismo terreno que en otros tiempos ocupaba la antigua reducción de los jesuitas, quienes le dieron el nombre que actualmente tiene. No conserva, como Santo Tomé, más recuerdos de la poderosa orden, que las piedras que posteriormente fueron aprovechadas en las construcciones actuales.

Hasta no hace mucho, existía el frontispicio de una gran iglesia, pero un jefe político, so pretexto de que no ofrecía seguridad, lo hizo demoler; esta reliquia de pasados poderíos tenía seis grandes santos de piedra colocados en nichos, pero como no se contaba con grandes elementos para bajarlos, se procedió a enlazarlos y tirarlos de este modo al suelo, fracturándose todos en

la caída. Aún se encuentran algunos pedazos, cuerpos sin cabeza, sin brazos, etc., restos de aquella sacrílega descensión a lazo actual (19).

La Municipalidad más progresista ha hecho nivelar calles y arreglar su preciosa plaza.

Cuenta Concepción con muy buenos edificios particulares. Tiene un comercio importante, hallándose casas con capital muy fuerte y bien surtidas como la de Justino Grané, Artigas Hnos. y Arribau sucursales de las casas matrices de Santo Tomé, las de Solís y Pinasco, Almeida y Pernigole, Gerónimo Picazza y varias otras. Posee un Club Social y la sociedad es muy sencilla en sus costumbres y trato. Concepción es característica por el buen humor de sus habitantes: no faltan diversiones familiares.

Don Alberto Ratier, gerente de la casa de don Justino Grané, y don Juan José Aguerriberry me acompañaron, presentándome a muchas personas, entre ellas al señor don José Ayala, Presidente de la Municipalidad, a quien debo muchos datos útiles y atenciones. Entre varias cosas, me mostró como curiosidad el mapa de Del Vasco, del año 1881. ¡Qué diferencia entre este y el que ha publicado el Instituto Geográfico Argentino recientemente! Pero en su tiempo sirvió de mucho, no obstante que la parte pertinente a las Altas Misiones está completamente equivocada.

Como parte del territorio nacional, no tiene Concepción casi vida política, lo que es una gran suerte, de modo que sus habitantes se ocupan únicamente de trabajar, animados de un espíritu de progreso increíble. Estuve también con el señor jefe político, capitán don Pedro Rebollo, el que goza de grandes simpatías. Me dijo que la policía casi no tenía nada que hacer, pues fuera de uno que otro cuatrero, casi nunca había presos, lo que habla mucho a favor de la moralidad de sus habitantes.

Actualmente, hay en construcción unos veinte edificios, todos muy buenos. El principal comercio de Concepción es el de la yerba y tabaco negro, del que exporta grandes cantidades anualmente. El ejido está colonizado.

Los señores Artigas Hnos. y Arribau han empezado la plantación del arroz, teniendo ya más de treinta hectáreas sembradas bajo un plan científico, dirigido por un ingeniero agrónomo, quien ha hecho construir los canales y obras de irrigación necesarias. Estos agricultores han llevado últimamente una máquina moderna para descascarar el arroz, fabricada en Buenos Aires, y como muchos propietarios han seguido su ejemplo, hoy puede asegurarse que la superficie total sembrada con arroz pasa en Concepción de las 100

hectáreas.

Concepción se halla situada sobre una sierra, y su puerto que se encuentra a dos leguas de ella, frente del arroyo del mismo nombre, se comunica con Santo Tomé por medio del vapor *Cuñatay*, palabra que significa o equivale a *muchacha* en lengua guaraní. Este vapor hace dos viajes semanales en combinación con los que van al puerto del Ceibo. También tiene una línea de mensajerías que la une con Posadas, haciéndose el viaje en dos días con comodidad, en combinación con la de Santo Tomé.

Cuando el viajero está en Concepción, lo menos que se le figura es encontrarse en Misiones; esa faz y ese espíritu moderno lo despistan completamente, y si no fuera por los grandes naranjos y las piedras cúbicas de los cercos, ni siquiera se soñaría que allí hubieran habitado los jesuitas.

Después de tres días de permanencia en Concepción nos dirigimos a San Javier, pasando los arroyos Persiguerito, Persiguero Grande y el célebre río Santa María, uno de los más grandes que conozco por allí, el que corre por la falda de un cerro donde hubo también reducción jesuítica y cuyas ruinas se encuentran dentro del monte.

En este paso, al cruzar el señor Queirel con sus carretas en viaje para San Javier, se le rompió el eje a una de ellas, y como tuvieron que hacer otro nuevo, le sobró tiempo para visitar las ruinas de Santa María.

Transcribo de su diario la descripción del incidente y de las ruinas:

«*Día 11*. Aunque se tuvo en proyecto madrugar, no se consiguió. A las cinco de la mañana nos levantamos, y púsose el tren en movimiento; pero como según decía nuestro capataz, Pedro Lúcio, los bueyes estaban alunados (y yo digo que era él), no fue fácil unirlos a los yugos, y así sólo se pudo conseguir salir a las siete.

Esto es tradicional en estas activas gentes, las que en todos sus movimientos llevan el cadencioso paso del buey.

Por la costumbre, sin duda, de lidiar con tanta calma con estos animales, acompañando a la voz de mando *Yugo boy-y-boy-boy*, ellos también acompasan sus movimientos, pudiéndoseles confundir, si no fueran las formas que revisten, con *boy-y-boy*.

A las diez llegamos al paso de Santa María, arroyo que dista una legua de las antiguas ruinas del pueblo jesuítico Santa María la Mayor (20). Conseguimos pasar una carreta entre esos zanjones y caminos destruidos y llenos de pozos. Lo que no conseguimos con las otras, y mayormente con

una, que cayendo una de sus ruedas en esas zanjas, fue imposible sacarla sin que en los esfuerzos de tira y afloja, no se le hubiese roto el eje. Esta fue la peor desgracia. Eran las cuatro de la tarde cuando con mucho trabajo pudo extraérsela con las cargas al lado opuesto del paso, y allí fue necesario entrar al monte, cortar un árbol, labrarlo, agujerearlo y dejarlo listo, cosa que sólo se consiguió al día siguiente.

Este momento no lo desperdicié en atender a mis excursiones por los alrededores del siniestro hasta llegar a Santa María la Mayor, o ruinas del pueblo antiguo de ese nombre.

En trance tan fatal como la ruptura de un eje, vino llegando por casualidad a nuestro encuentro el mayor Diógenes Garrido, que es actual dependiente del señor Ackerley, comerciante de Concepción en yerbas y frutos del país.

Este señor Garrido, que vive por aquí, y que debía conocer los lugares que me proponía recorrer, fue invitado a que me acompañara, buscando yo con este paseo medios de distraer los malos ratos que me tenían preocupado con la pérdida de tiempo por la rotura de la carreta.

Aparte de que entraba en mi itinerario de viaje hacerle al templo de Santa María una visita, puestos en marcha mi compañero Felipe Viñolo, Mayor Garrido, un baqueano paraguayo y yo con la máquina fotográfica, nos dirigimos en busca del zapatero Jacob, hombre antiguo de estos lugares, y para quien venía dirigido desde Concepción, a fin de que me acompañara a recorrer todo lo más interesante que ofrecen las antiguas ruinas.

Como ya llegásemos al mismo lugar y para ir a casa de Jacob debíamos perder tiempo, lo hicimos llamar a este por un antiguo morador y vecino inmediato al lugar en que estábamos, mientras mi compañero Vignolo y yo penetrábamos por entre las picaditas en el gran monte que cubre tan preciosos recuerdos.

Yo seguí con Winchester en mano un gran murallón que se conserva intacto y por la parte interior, que corre de O a E, y en el sentido en que el pueblo se extendía. Cuando este concluyó, siempre trepando por entre zarzales y bosques, y buscando a derecha e izquierda el mejor claro por entre el follaje para introducir la cabeza, después el cuerpo y luego mudar las piernas subiendo y bajando escombros; entraba a veces por entre aberturas bien a escuadra que debieron ser ventanas o puertas sin ninguna duda en otro tiempo, así seguí separado del compañero, quien con su buena escopeta Lafoucheux, se dirigía en otro sentido.

Cuando, por las construcciones, comprendí que esas ruinas indicaban los suburbios del pueblo, doblé al Norte unos trescientos metros para dirigirme después al Oeste buscando el centro.

Recorriendo en medio de un silencio imponente y misterioso que traía a mi memoria la alegría de otros tiempos en esas calles desiertas e invadidas por exuberante vegetación, hoy albergue de fieras, pájaros e insectos, oía sólo atrás de mí el eco de una que otra piedra que al trepar hacía rodar de los escombros.

Llegué a la puerta de un sótano que debía haber ocupado el subsuelo de la iglesia y llamé a mi compañero con dos atronadores gritos, ¿era quién sabe uno de tantos secretos que respondían entonces a las previsiones de los hijos de Loyola?

El templo fue como no lo dudé y más tarde me lo explicó el buen don Jacob, el edificio en cuyos cimientos se encontraba el sótano.

A mis gritos sólo un silencio sepulcral respondió. Me encaminé hacia el mismo rumbo y al poco rato oí ruido de golpes a un árbol, luego a una piedra, siguiendo hacia ese lugar siempre trepando ruinas y troncos caídos y carcomidos por la acción del tiempo, encontré a mi compañero que trataba de sacar una baldosa incrustada entre las raíces de un gigantesco Anchico caído por los vientos. A pesar de sus deseos de encontrar inscripciones, nada halló, era simplemente una de tantas que cubrían el piso del interior del templo.

El tiempo amenazaba lluvia y pronto nos tuvimos que albergar bajo un arbusto abovedado hasta que pasasen las primeras gotas del chubasco. Se comió precipitadamente un mal asado churrasco y nos dirigimos al rancho más inmediato y donde debíamos esperar nuestras carretas, creyendo ya arreglado el eje roto.

A poco rato de estar en buena conversación con un brasilero casado con una amable correntina y antiguo ocupante de ese lugar, llegó nuestro esperado Jacob.

Hombre de mirada afable, alto, algo encorvado por los años, pues revela tener 65 a 70, alemán, antiguo poblador y como hemos dicho de oficio zapatero, entró después de saludarnos a ofrecerse por si queríamos visitar las ruinas en su compañía. Se le notó un viso de alegría en su semblante al aceptarle la proposición y exponerle que teníamos además el objeto de verlo para lo mismo precisamente.

Nos dirigimos nuevamente a ellas. Con nuestro nuevo vaqueano (21) que

caminaba por delante, a pie, a trancos largos y resueltos del hombre que marcha en la estrecha pisada, sin temor de tropezar en los troncos cortados o enredarse en las lianas o zarzas del sendero. El alemán don Jacob ha adquirido todas las maneras y costumbres del hombre de las selvas, mudo casi siempre, sólo conversa cuando se lo interroga. Al rato me pasó un gajo de yerba arrancado con la mano, diciendo: *Yerba mate*, luego siguió con firme tranco su camino siempre silencioso.

En esta segunda visita a las ruinas jesuíticas poco o nada nuevo observamos, sólo obtuve unas fotografías de ellas, aunque la luz me era muy desfavorable. El templo es el único edificio que se conserva con muros laterales más altos, que tienen aún dos y tres metros de alto; su frente que nada ofrece de particular, tiene forma de caballete con dos aguas, de orden inferior comparados con el de San Ignacio Miní de la costa del Paraná y el de Concepción antes de la demolición del año 72.

Después de haber igualmente visitado una capillita con dos santos con las caras ya carcomidas, una virgen y otro que no puede distinguirse si sería santo o santa, todo quemado, que ocuparon la antigua iglesia, nos despedimos de nuestro buen Jacob, con protestas de buena amistad, y nos dirigimos a nuestras carretas a ver lo que se hacía allá, pues ellas no aparecían.

Una vez llegado al campamento encontré a nuestro capataz Seo Pedro Lúcio, tomando la medida para el eje con una gravedad tal que se hubiese dicho que estudiaba la solución de un serio problema de geometría aplicable a la carpintería.

Todo ese día se pasó en el trabajo del eje, así que nos resolvimos a armar nuestras carpas, para la cena que fue una sopa de galleta, agua, sal, grasa y un poco de charque.

Día 12. Eran las 2 p. m. cuando se paró la carreta para ensayarle el nuevo eje. *Al fin nos movemos*, me dije. La esperanza de llegar alguna vez a San Javier volvió a animarme, cuando un nuevo desencanto me hizo rascar la cabeza y fruncir el ceño. El eje salió con media vara más largo y de consiguiente las escopleras para acuñar las ruedas a él distaban una cuarta de cada lado. Nuevo contratiempo, nueva demora.

Nuestro capataz siempre impasible, conservando su gravedad, mirando reflexivo la obra equivocada y después de haber discurrido sin duda la solución del nuevo problema que era acortarlo de un golpe de hacha dijo: *Como non habiese de errar á midida; isto acontece en todo traballo apurado.*

Y esto aludiendo a mí que de vez en cuando le repetía: ¿*Cuándo estará pronto el eje, capataz?*

Debe saberse que el trabajo de un eje se hace ordinariamente en 3 horas fácilmente y nosotros habíamos empleado 30 horas o diez veces más tiempo; júzguese de la actividad de nuestro Seo Pedro Lúcio y cuánto podíamos esperar de él.

Por fin al eje le llegó su plazo; quedó en estado de usarlo y a las 4 de la tarde marchamos adelante.» Hasta aquí el diario del señor Queirel.

Llegamos con un calor tremendo después de pasar un puente rústico, pero sólido, al ingenio de Saracurá situado sobre el arroyo del mismo nombre, propiedad del señor don Justino Grané.

Encontramos allí al encargado, don Homero Ratier, cuyo buen trato aprovechamos, dándonos uno de los baños mejores que he tomado bajo la rueda motriz del ingenio. Después del baño, pasé a visitarlo.

El ingenio de Saracurá es para moler yerba.

El edificio es un gran salón revocado y blanqueado con una gran rueda motriz de 3 metros de diámetro movida por el agua del arroyo Saracurá que se trae por medio de un desvío y canales a propósito.

Esta rueda se halla fuera del edificio, comunicando el interior por medio de un eje grande; este eje está provisto de once series de tres palos largos, colocados equidistantes alrededor de él. Detrás del eje se hallan once pisones verticales grandes de madera, cuadrados y con la punta inferior cortada en forma de escoplo y forrada de fierro. Los pisones se hallan sueltos entre dos vigas paralelas al eje, agujereados de manera que permitan a los pisones el subir y bajar con facilidad y los que tienen en su parte media y entre la distancia de las dos vigas una pieza de madera que sobresale hacia afuera.

La rueda al girar hace mover el eje: los palos del eje, al dar vuelta este, alzan los pisones, agarrándose de la pieza de madera saliente; una vez alzado el pisón, el palo zafa y el pisón cae con fuerza dentro de una batea de madera donde se coloca la yerba.

Los palos del eje están alternados de manera que continuamente se levantan unos pisones mientras caen otros, así que trabajando, hacen un ruido como cuando dos herreros machacan fierro, sintiéndose seguidos los golpes, pero alternados.

Habiendo yerba, el ingenio puede trabajar día y noche y moler muy bien 130 arrobas diarias.

Por medio de trasmisiones, se aprovecha también la fuerza motriz de la rueda para mover una serie de molinitos norteamericanos que elaboran harina de trigo o de maíz, esta última tan bien hecha, que cuando es de maíz blanco parece de trigo.

El ingenio tiene además casa de administración, gran galpón y tres casitas muy bonitas para los empleados, todas de cedro (22) con techo de tablitas de la misma madera.

Después de una buena cena y dormir bien, al otro día salimos temprano para San Javier: pasamos el famoso arroyo de Itacuaré (23), muy grande, con sus orillas barrosas en donde vimos unas carretas encajadas, a las que habían puesto diez yuntas de bueyes que desesperados hacían, por los pinchazos, gritos y chicotazos dados con un alambre doblado, esfuerzos terribles entre el barrial para sacarlas, lo que consiguieron después de un rato, crujiendo horriblemente en medio de la algazara y las interjecciones de los carreros.

Encontramos a don Guillermo Ackerley que iba hasta Cumanday a un obraje de maderas que allí tiene, así que fuimos compañeros de viaje hasta San Javier.

El camino es cada vez más lleno de monte (24); repetidas veces encontramos pequeños cementerios en medio del campo con su corral de palo a pique y 4 ó 5 grandes cruces de madera llenas de trapos que los deudos les ponen a guisa de coronas.

Cerca del cementerio vimos a un grupo de promeseros que andaban pidiendo la limosna del Espíritu Santo.

Esta es una de las tantas costumbres curiosas que existen por allí.

Varias personas hacen por cualquier causa la promesa de pedir esta limosna.

Una vez reunidas, van montadas a caballo a la casa de algún vecino, donde se guarda la bandera del Espíritu Santo que generalmente es colorada con una paloma de trapo blanco recortada y cosida en el centro; el asta en vez de lanza termina por un ramo de flores y la adornan además con cintas.

Para que las cosas se hagan bien es necesario que acompañen a los promeseros un tambor y un acordeón.

Una vez reunidos cuatro, seis o más también, hombres y mujeres se largan a caminar leguas y leguas, parando en las casas de los vecinos o delante de los viajeros; entonces los hombres se descubren, tocan la música, una de las mujeres se adelanta y con voz de flautín desafinado empieza a gritar *la*

limosna para el Espíritu Santo; recoge lo que les dan, toman un mate mezclado con algún Padre Nuestro o Ave María y siguen otra vez su marcha.

Cuando han reunido algunos pesos vuelven a depositar la bandera y festejan al Espíritu Santo con sendos tragos espirituosos y bailes que concluyen por espiritualizarlos más; mientras que otros con un fervor a prueba de todos los espíritus buenos o malos se preparan y combinan otra gira espiritualista para que el espíritu de la feria continúe y no deje de cernirse sobre ellos espiritualmente.

Contribuí a mi vez y seguimos andando.

Pasamos dos desplayaditos (25) y el arroyo de la Portera y llegamos a la casa de negocio del señor don Manuel Fraga, antiguo yerbatero de nuestras Misiones, las que conoce palmo a palmo.

Este señor tiene sobre el arroyo dos ingenios de moler yerba que en ese momento no funcionaban. Son del mismo sistema que el de Saracurá.

Después de andar dos leguas, entramos en la picada que conduce a San Javier.

Antes de llegar al pueblo empezamos a ver entre el monte el antiguo pueblo jesuita del mismo nombre, completamente destruido.

El monte lo ha invadido todo; grandes pedazos de paredes se encuentran de pie; todavía se ven algunos cuartos sin techo y con las paredes incompletas, pero llenos de árboles; por el suelo, trozos de columnas y piedras de todas formas; todo escondido y cubierto por esa vegetación exuberante que parece se empeñase siempre en querer borrar el pasado.

Esas son las ruinas de San Javier, total nada: todo fue destruido e incendiado por el famoso General Chaga (26).

Llegamos a San Javier.

Fui a parar a casa de los señores Dasori y Antunez, comerciantes de esa plaza. El calor de ese día era sofocante: felizmente nosotros llegamos a las diez. Pudiendo librarnos algo de ese sol terrible.

El pueblo de San Javier está sobre una barranca del río Uruguay, frente al paraje denominado Cerro Pelado, que se halla en la costa brasilera.

Es el último pueblo del Alto Uruguay.

Hoy se compone de unas 50 casas, la mayor parte mal edificadas; puede decirse que recién empieza la edificación de él; en esta se emplea como principal elemento la madera.

A pesar de todo, en San Javier hay mucho comercio de yerba, tabaco y

maderas; depende de Concepción: hay un solo comisario y el juez de paz; los vecinos han hecho una solicitud para que se cree una municipalidad, la que una vez instalada lo haría progresar mucho, si es que no les sirve de manzana de discordia.

Con el señor Juan Calvo, juez de paz del punto, fui al depósito de maderas que tiene sobre la costa del río.

Sobre la barranca, pilas enormes de maderas de cedro (27), unas en trozos y otras aserradas, durmientes, tablas de todas las dimensiones, esperaban su turno para ser acondicionadas en los catres que las deben conducir aguas abajo.

Las maderas se transportan aguas abajo en catres o en balsas. Las balsas se emplean puramente para las maderas de boya, como ser de cedro, canela de brego (28), laurel negro (29), canela amarilla (30), laurel blanco (31), timbó (32), etc. Para hacerlas se echan las vigas al agua y allí se unen unas a otras por medio de ataduras hechas con isipó, que es una enredadera muy abundante por esos montes.

Las vigas se colocan unas al lado de otras y de trecho en trecho se ponen sobre estas otras cruzadas.

El tamaño de las balsas varía según el número de piezas: las hay de 20, 40, 50, hasta 100 metros de largo. Su conducción es fácil; sobre ellas van los balseros que llevan grandes remos para ayudar y dirigir su marcha; uno o dos de estos, más largos y colocados en una de sus cabeceras, les sirven de timón.

Los catres se usan para llevar maderas duras que no boyan, como ser el angico (33), la grapiapuña (34), el turumá (35), la cabriuba (36), el lapacho (37), la guayubirá (38), la tayuba (39), el guayubá (40), la caña fístola (41), etc.

Sobre la barranca, donde la creciente pueda cubrirlo y hacerlo flotar, se arma el catre. Primero se hace el plan, que es formado de palos gruesos de loro en forma de parrilla: esta tiene 22 metros de largo por 6 a 7 de ancho. Todo bien asegurado con cuñas y tarugos de madera atados con alambre o isipó. Sobre esta parrilla se colocan perpendiculares otros palos de 3 a 4 metros de largo, de manera de formar una especie de jaula: dentro de esta jaula se van colocando a los lados madera de boya y en el centro los durmientes o las vigas de madera dura.

Una vez lleno el catre, se le forma arriba otra parrilla como la de abajo bien asegurada a los palos laterales con tarugos y alambres. Los catres calan por lo

general de 7 a 8 cuartas.

Otros hacen los catres de madera dura y le colocan a los lados boyazón de tacuaras, troncos y raigones de maderas de boya.

Pero esto lo hacen los que no saben trabajar, por cuanto en vez de poner todo eso que no sirve, podrían elegir buenos trozos de maderas de boya que en los puertos donde se llevan los catres siempre podrían vender a buenos precios, mientras los tacuaras, los raigones y ramazones ni para leña sirven. El hacer catres no es tan fácil, se necesita mucha práctica.

Los catres mal hechos se quedan generalmente sobre las islas o se deshacen por el camino. El isipó no se presta tanto como el alambre para estos.

Cada catre tiene su dotación de personal, sus remos y timones; cuando son muchos se unen unos a los otros, de manera que puedan destacarse fácilmente y se llevan a remolque de un vaporcito o solos aguas abajo.

La conducción de ellos ofrece mucho trabajo y sus conductores deben ser muy baqueanos (42) del río, porque si se van sobre una isla, allí se quedan y difícilmente salen. También cuando hay tormenta, es necesario amarrarlos bien a la costa para que no se pierdan o no se deshagan al chocar en las barrancas.

Cerca de San Javier, un poco al Norte, como una legua, se halla el célebre Cerro del Monje (43), donde según la tradición allí se retiró en 1852 el monje italiano de las «aguas santas» que vivía en el Brasil, y el que al hacer cavar la tierra para plantar una cruz, vio surgir una agua milagrosa que según los creyentes cura todos los males.

En ciertas épocas, se efectúan grandes romerías de personas que van con botellas para llevar la tal agua milagrosa, pero «es necesario ir con fe, sino el agua no sale».

No visité esa fuente, pero D. Juan Queirel que la visitó de vuelta de su viaje, le dedica en su diario las siguientes líneas:

«Día 1.° de abril. Después de desayunarnos quisimos completar la jornada haciendo una visita a la fuente milagrosa del Cerro del Monje.

El lado más accesible del cerro es por la casa de D. José Antonio, que se halla sobre las barrancas, pues por el puerto que le corresponde al camino, es no solamente más distante sino también la subida es más fatigosa. De la casa de José Antonio a la capilla hay 800 metros más o menos, que se caminan ascendiendo siempre por una estrecha picada abierta en el monte.

En la cumbre del cerro, en una especie de pequeña planicie limpia de

bosque y rodeada por unas cuarenta palmeras dispuestas en círculo, se halla la capilla en el centro. Lo que sorprende al llegar aquí es la belleza del panorama que se abarca con la vista. Dando espalda a la capilla que se halla recostada hacia el monte y mirando al SSE, se divisa una agrupación de casas debajo de unos altos montes a unos 4 kilómetros más o menos, cortando la visual un recodo del río Uruguay: es San Javier, y los montes son los que guardan las ruinas de la antigua reducción. Más al Sur, la costa brasilera presenta su accidentado suelo con el famoso Cerro Pelado con sus rozados y plantaciones y en medio de estos, la colonia alemana de reciente formación.

Forzosamente tiene que detenerse uno admirando tanta belleza.

Pasada esta primera impresión, nos pusimos a buscar la célebre fuente milagrosa. A 20 metros al Oeste, en el centro de una gran piedra, hay un agujero que mide 0,15 de diámetro cavado cilíndricamente, conteniendo agua hasta 0,40 de profundidad. Este agujero se hallaba con una teja de barro y dos jarritos de lata puestos encima que nos indicaban por los datos que tomamos que debía ser la fuente milagrosa.

Efectivamente, no deja de ser una rareza el hallar en plena corona del cerro un surtidor de agua tan rica y potable.

Uno de mis peones, Manuel, me observó, al verme dispuesto a sacar agua; que había que decir antes a otro que allí estuviese: *Deme un poco de agua por el amor de Dios*. Para no contrariar su creencia le respondí que ya lo había hecho y bebí un jarro encontrándola muy buena, pues también era buena la sed que me había hecho dar la subida del cerro.

La capilla estaba abierta; en un altar se hallaba un santo, el Señor de los Desiertos, medía de rodillas 0,70 de alto.

Por la antigüedad de la escultura y comparada con otras efigies de santos que he visto de esa época, no es de las peores obras. Aún conservaba, aunque deteriorada, la primitiva pintura.

A la izquierda de este hay una purísima Concepción en igual estado de conservación, pero esta efigie guarda menos proporciones estéticas que la primera.

Tapado por un paño descubrí un cráneo que tomé y examiné: está perfectamente conservado; después supe que perteneció al primer monje que en tiempo de los jesuitas habitó la ermita.

El hábito que tienen estas imágenes está cubierto de colgajos de toda especie, como ser, manos, pies, cruces de cera y papel picado, cintas e

infinidad de objetos ofrecidos por las personas devotas; todos por cierto muy pobres y de ningún valor.

La capilla es de tablas y estaba recién pintada, pues eran los días Santos en los que todo el vecindario se reúne y hasta vienen de San Luis del Brasil, a 15 leguas de Santa Rosa y de mayor distancia a pasar y cumplir sus promesas en la Semana Santa.

Más al Oeste y a poca distancia, hay una caída de agua de cuatro metros en forma de chorro; esta es la fuente donde se bañan los enfermos y que, según buena gente, cura asombrosamente cualquier enfermedad.

El que está imposibilitado para bañarse se cura tomando el agua de la primera fuente.

Dándonos por satisfechos de nuestra excursión, emprendimos nuestro regreso.

Hasta llegar a la barra de Concepción, no dejamos de encontrar grupos de gente a pie, a caballo, en canoas; lo menos unas doscientas personas que se dirigían a cumplir sus promesas al Cerro del Monje.

Esa noche, sentado en el patio mientras gozaba de la brisa fresca con una luna espléndida que iluminaba ese suelo que tanto se presta a la fantasía, me puse a reflexionar siguiendo los espirales de humo de mi cigarrillo.

Al otro día, debía cruzar al Brazil (44) y quién sabe hasta cuándo no volvería a ver un pedazo de suelo argentino.

La idea de ser extranjero en un país extraño, tan distinto en usos y costumbres, me hacía en ese momento querer más mi tierra y pensaba en el porvenir grandioso que tendrá la región que acababa de recorrer en tan pocos días.

Cuántos centros de población, qué de productos varios, cuánta riqueza en formación, que un día, desarrollándose, llenará ese mismo río que hoy apenas surcan pocos vapores y algunas canoas, de embarcaciones de todo género y el hombre, ese supremo luchador, ese terrible enemigo de la naturaleza que con su cerebro va pudiéndolo todo, haciendo saltar las vallas que hoy se oponen, abrirá ese edén al trabajo, a la industria y al comercio.

El Este Argentino que todo lo produce desde el trigo hasta la viña, la caña de azúcar, el tabaco, el café y las maderas, tiene un inmenso porvenir. Porvenir no lejano, porque marchamos a pasos de gigante, con todos nuestros defectos y nuestras desgracias, porque en nuestro fondo hay grandes tesoros de sentimientos nobles y elevados que anteponiéndose a las miserias del

momento, nos arrastran al progreso y a la civilización porque no somos egoístas, sino demasiado liberales, siendo los primeros en recibir con los brazos abiertos al hombre trabajador de cualquier nación, raza o religión, sin preguntarle de dónde viene, cómo se llama, o en qué Dios cree.

Capítulo III
En el Brasil

Mis compañeros de viaje. – El Cerro Pelado. – Marcha a caballo. – Viaje tremendo. – Los rozados y plantaciones. – El paso del Gramado. – La barba de chivo. – El putcherón. – Cómo nadan los caballos. – Desesperación de un dandy. – Por una pistola. – Noción que por allí tienen de las distancias. – Inmigrantes que emigran.

Salimos de San Javier a las 7 a. m.; fuimos hasta el paso que queda a unas 10 cuadras, estuvimos esperando al balsero una hora y entramos en la balsa, navegando hacia la costa brasilera.

Mis compañeros de viaje eran Don Felipe Vignolo de 28 años, oriental, vaqueano del Alto Uruguay, por haber hecho varios viajes con la Comisión de límites y con algunos agrimensores, y Fortunato Romero, de 60 años, oriental también, que no había perdido una revolución en su tierra desde Paisandú hasta el Quebracho.

Llevábamos 8 caballos, mi perro Grapau, dos bruacas (45) con víveres bastante bien surtidas, dos carabinas remington, un revolver de caballería, mucha fe y muy buen humor, dispuestos a hacer el viaje sin preocupación de cualquier mal rato que tuviéramos que pasar, lo que nos valió no poco.

La balsa donde íbamos la formaban dos canoas colocadas paralelamente y unidas entre sí por un piso de tablas sobre el que había una especie de baranda, y en ella no cabían sino 4 caballos por vez, así que tuvo que hacer dos viajes.

El río es muy tranquilo en el paso; el balsero brasilero a quien llaman Tamandúa, acompañado de su mujer que lleva un sombrero de hombre, reman los dos, y nos pasaron en un momento al otro lado.

El punto donde nos hallamos se llama Cerro Pelado, por estar situado cerca de un cerro completamente desprovisto de vegetación en su parte superior.

Esto sucede a veces; entre Concepción y San Javier, hay varios; uno de ellos es pelado en parte, pareciendo una cara a la que hubiesen afeitado un lado.

De allí fuimos a la casa del teniente don Antonio Fernández, que se halla a dos cuadras, para quien llevaba cartas: me recibió muy bien y me dio otra para su hijo que habita en Santo Ángelo.

Montamos a caballo y empezamos a marchar en dirección a la casa de D. Martiniano Fernández, distante de allí dos leguas.

El trayecto que recorrimos se puede decir que fue entre el monte, puesto que las abras son muy pequeñas.

Los cerros en su mayor parte están rozados y plantados de maíz y de mandioca; vistos a la distancia presentan un buen golpe de vista.

Como el camino del Cerro Pelado a Santo Ángelo no estaba muy bueno, resolvimos tomar, aunque más largo, el de San Luis: así visitaría, además, los principales pueblos jesuitas de las Misiones orientales del Uruguay.

A las dos horas llegamos a la habitación de D. Martiniano Fernández, quien tiene una espléndida casa de madera con todas las comodidades.

Este señor nos trató sumamente bien y tuvimos que hacer noche allí.

Al otro día temprano seguimos en dirección al paso del Gramado sobre el río Iyuhy grande.

Pasamos una picada como de una legua y media que va entre cerros muy fuertes; el camino se hacía cada vez peor.

Salimos de la picada y llegamos a la casa de don Manuel José da Silva Decco, dirigiéndonos al río Iyuhy por un camino que debe ser igual al del infierno; el suelo es sumamente pedregoso con grandes chilcales (46); no podíamos andar sino al tranco, siempre subiendo y bajando cerros y con un sol bastante fuerte, los caballos sudaban y de vez en cuando se quejaban. Fue un viaje tremendo que se prolongó hasta San Luis.

En el paso, llamamos al canoero y se empezó a desensillar y arreglar todo para pasar los caballos a nado.

El río Iyuhy es ancho; tendrá cien metros más o menos y es muy correntoso.

Los caballos, resabiados sin duda, no querían echarse al agua; pasé primero con dos caballos y mientras navegábamos me fijé en la cara que ponen los caballos cuando nadan.

Llevan contraídas las narices cerrándolas tan fuertemente que toman un aspecto de ferocidad; necesitando respirar de vez en cuando las abren con fuerza, y dando un resoplido violento las vuelven a cerrar nerviosamente en seguida.

Yo que he pasado a nado, prendido de la crin, muchas veces, y que he lidiado mucho en viajes, nunca me había fijado en este detalle; sólo esta vez lo observé por la comodidad de estar en la canoa viendo los caballos desde arriba.

En una de las pasadas llevamos 4, uno de ellos nos pegó un susto, medio se quiso ahogar, felizmente estábamos cerca de la costa y pudimos salvarlo.

Finalmente, después de una buena hora nos desocupamos, llegando a las 6 a casa de D. Manuel Ferrer da Silva, que estaba de putcherón.

El putcherón es un modo sencillo y económico para hacer un rozado y divertirse al mismo tiempo.

Es costumbre guaraní y tiene algo de comunismo que los jesuitas empleaban en todos sus trabajos; me trajo a la memoria nuestras antiguas yerras.

Cuando uno quiere rozar, es decir, echar al suelo derribando todo, una cierta extensión de monte, generalmente una cuadra cuadrada para quemarlo y sembrarlo después, se invita a todos los vecinos para hacer un putcherón.

Todos aceptan, y el día señalado se presentan con sus hachas y foisas, que son una especie de hoz corta y gruesa con mango largo, y que emplean para cortar los isipós y árboles pequeños.

Al amanecer entran a rozar y derribar en medio de gritos y chanzas, lanzando alaridos de alegría cada vez que cae un árbol corpulento atronando los aires con el ruido infernal de su ramazón al quebrarse. Todos se esmeran en el trabajo para presentarse guapos ante las muchachas que también concurren a la invitación, tomando de vez en cuando un trago de caña, elemento indispensable de todo putcherón.

Una vez que han concluido, van a cenar los platos mejores que ha podido preparar el dueño de casa.

He aquí el menú del putcherón en que me encontré, y en el que tomé parte como comensal:

Fariña de mandioca; fariña de maíz; gallinas hervidas; carne de chancho frita; carne de chancho hervida; carne de chancho asada; mazamorra con leche y fariña; agua fresca; caña; mate cimarrón.

La fiesta termina con baile que dura hasta el amanecer.

Entre los concurrentes al putcherón en que tomé parte, me llamó la atención uno de ellos, que sobre una camisa de trabajo se había puesto una gran levita de merino negro con tres botones atrás.

Los pantalones, negros también, para no ensuciarlos se los había arremangado hasta la rodilla, mostrando un par de piernas de bronce y un pie de verdadero montaraz.

Cuando llegó, venía con botines y cañas de botas, pero para el trabajo se los había sacado, y para el baile sólo se puso la levita.

En cuanto a las otras pilchas, qué importaba, ya les había hecho hacer acto de presencia y eso bastaba.

Como le ponderase la levita, me dijo, dándose importancia: «*Vea, u signor: o dannado do alfaiate me fiz tan mal este trage, que fico como un gafanoto pulador*» 1.

Después de haber concluido el putcherón, se deja secar el rozado un mes, y una vez que las hojas de los árboles derribados están bien secas, se les prende fuego por varios lados al mismo tiempo; el rozado arde como un castillo de fuegos artificiales, y a las tres horas no quedan sino los árboles gruesos humeantes que no han podido secarse bien, y los troncos clavados en el suelo, mostrando las heridas del hacha devastadora. Enseguida de la quema se espera a que llueva, y al otro día se procede a plantar.

Primero plantan maíz, del que se olvidan hasta la época de la recolección, que es a los tres meses, y al año siguiente vuelven a rozar el rozado, porque la vegetación es tan vigorosa que brota debajo del maíz, de un modo asombroso; y después de vuelto a rozar y quemar, plantan el poroto: después del poroto abandonan el rozado, que queda llamándose capuera, y hacen otro.

El tabaco lo plantan entre los troncos, después del maíz.

Nos despedimos de don Manuel Ferrer y seguimos nuestra marcha en medio de campos quebrados con isletas grandes de montes, separadas unas de otras; el campo estaba cubierto materialmente de barba de chivo (47), que todo lo invade, haciendo un extraño contraste con la tierra roja del camino.

El pedregal seguía; los caballos cuando empezaba a picar el sol de enero se hacían más perezosos, molestados a cada momento por la sabandija que allí abunda; resolvimos acampar en la costa de un arroyo.

Al anochecer llegamos a la estancia del señor don Juan Antonio Rodríguez, persona sumamente simpática, que nos trató espléndidamente.

Conversando con él sobre la barba de chivo, me dijo que no convenía quemarla como hacían muchos; que sola se perdía más pronto, que, a pesar de todo, cuando es tierna la comen los animales, y que también debajo de ella

siempre crece un poco de gramilla.

Los campos en toda la región misionera no son saleros, es decir, la hacienda necesita sal para poder engordar y vivir.

Allí le dan la sal común molida, en el salero, que es como una especie de rodeo al lado de este, poniéndosela en montoncitos; no emplean la sal de roca, porque dicen que gasta la lengua a los animales.

Yo siempre he sido un gran partidario de dar sal a las haciendas en cualquier campo, por muchas razones.

La hacienda acostumbrada a la sal, engorda mucho mejor, está más libre de epidemias y se amansa más pronto.

Los campos son allí en general de pastos duros; sólo crían en los establecimientos ganado vacuno, caballar, y ahora han empezado con fuerza la cría de mulas, que da pingües resultados.

Raros son los campos alambrados: la mayor parte de los potreros se hacen de troncos agujereados y unidos con trancas de palo, algunos ponen también tacuaras, pero no dan buenos resultados porque los animales los deshacen todos.

He visto lienzos de cuadras llenos de portillos.

Lo que he observado es que tienen muy buenos caballos, todos bien formados, altos y gordos.

El riograndense (48), como buen jinete, cuida mucho del caballo, siendo muy prolijo: nunca lo suelta sin que lo haya refrescado antes a la sombra o dándole un baño; y como usan un basto (49) (que allí llaman «sirigote») alto, levantado en sus dos extremos y mullido, es difícil que se lastimen en el lomo.

Ya todo mi viaje lo he hecho con sirigote, y no he ni siquiera arañado el lomo de mi caballo o de mi mula.

Al otro día nos pusimos en marcha y llegamos al arroyo Pirayú, a dos leguas de San Luis.

Allí encontramos a un negro viejo de ochenta y tres años que hacía un día que no comía, e iba en persecución de un mozo, quien le había robado una pistola de dos tiros que le costaba cuarenta mil reis; lo invitamos con lo que teníamos, y el pobre negro comió tanto, que yo creí que fuera a enfermar. Después de la siesta nos despedimos del negro, dándole algunas cosas para que comiera en el camino y nosotros seguimos para San Luis.

Encontramos algunas familias polacas que se dirigían a pie desde Santo

Ángelo, buscando la costa para pasar a la Argentina, sufriendo toda clase de necesidades.

Cargados con sus cachivaches, iban hombres, mujeres y muchachos, sin conocer el idioma, sin dinero y sin elementos de ninguna especie, contando sólo con la caridad de los estancieros y con la providencia.

Errantes, en espera siempre de algo mejor, exponen su salud y su vida, andando a la ventura, sin tratar antes de economizar algo o tener algún elemento.

Pasamos el Pirayú por un magnífico puente hecho con las maderas y piedras de la iglesia de los jesuitas de San Luis, y de allí seguimos siempre subiendo y bajando las dos leguas que nos faltaban, sin encontrar agua por el camino.

Una cosa que me llamó la atención desde que pisé en territorio brasilero, es el modo que sus habitantes tienen de medir las distancias.

En esta parte del Brasil nadie sabe dar noticia de la distancia que media de un punto a otro.

Todos infaliblemente dicen que está muy cerca, y si se le pregunta cuántas leguas hay, dicen un número que difícilmente concordará con lo que diga otro.

Una vez pregunté a ocho personas una distancia, y me dieron las siguientes respuestas:

Ocho, cinco, seis, nueve, siete, cinco y medio, siete y medio, ocho leguas y un bocadiño es peor que una legua.

Empezamos a ver a San Luis: al fin respiro, en adelante, tomaremos caminos buenos.

1 «Vea, señor: el sastre maldito me hizo este traje tan mal, que quedó como una langosta saltona».

Capítulo IV
En el Brasil: San Luis

Ruinas. – Los jesuitas. – Su sistema y sus obras. – Un bautismo original. – La cuestión de los compadres.

San Luis es un antiguo pueblo jesuita reedificado; todavía se conservan algunos edificios de aquella época.

Tiene unos 800 habitantes y como 200 casas repartidas en calles bien delineadas.

La plaza es espaciosa y en un frente están las ruinas de la Iglesia y el Colegio de los Jesuitas intacto aún sirviendo de policía, cárcel y cámara municipal.

Los otros tres frentes son edificios jesuitas modernizados.

En el centro de la plaza hay un pozo de balde, público.

San Luis está colocado en una altura como todos los pueblos jesuitas, divisándose a gran distancia.

Con los restos de la iglesia, han edificado otra, mucho más pequeña, que aún no presta servicios.

Hay varias casas de negocio bastante buenas.

Su principal comercio es la ganadería y el cultivo del tabaco.

Resolví quedarme un día para que descansasen los caballos que venían un poco pesados del viaje que acabábamos de hacer.

A fin de no perder tiempo fui a visitar las ruinas que, como he dicho, se hallan en la plaza misma.

De la iglesia no quedan sino algunos lienzos de paredes de piedra y un sinnúmero de columnas, de piedra también, cuadradas de un solo trozo con los capiteles y bases iguales, y con un simple dibujo de cornisa.

Según el Padre Gay, autor de la *República Jesuítica del Paraguay*, obra escrita en 1863, la más completa que conozco sobre las misiones y de quien tomo la mayor parte de los datos sobre ellos, el templo de San Luis tenía 75 varas de largo por 25 de ancho, con un magnífico frente de piedra labrada 1, sus cornisas eran de piedra blanca y roja.

Tenía 3 naves sostenidas por gruesos pilares de madera, de los cuales existen todavía algunos, y rodeada completamente de columnas de piedra que sostenían el corredor.

En una de estas columnas de madera, se encontró esta inscripción grabada:

P N
S. Aloysio 1717-15 de Mayo

Un espléndido altar mayor, primorosamente labrado y dorado, se hallaba al frente y el interior de la iglesia estaba pintado al fresco.

El año 1851, se empezó a caer el techo, todo de teja española, a consecuencia más de los habitantes que de la acción del tiempo.

Todas las casas de San Luis en su mayor parte están construidas con los materiales de los jesuitas; piedras, maderas, puertas, ventanas, tejas, columnas, todo poco a poco va a parar a las casas; las piedras se destinan a las paredes, las columnas sirven de umbrales, las maderas de tirantes, etc.

Al lado de la iglesia está aún en pie el Colegio, que tiene más o menos 50 metros de frente por 20 de fondo: de un lado y otro, grandes columnas de piedra cuadradas sostienen el corredor.

El techo es de dos aguas, de teja española puesta sobre un lecho de cañas atadas con isipó que aún se conservan muy bien. El maderamen es inmenso, de madera dura.

Las paredes son de piedra y adobón crudo mezclado, y de ancho de 1 y 2 metros.

Tiene 10 grandes puertas y 6 ventanas que corresponden a 8 salas, muchas de ellas con cielo raso de madera.

Las puertas y ventanas, todas de madera dura, se conservan aún; sus herrajes colosales funcionan todavía: uno de los marcos de las puertas es saliente y excavado, formando un bonito dibujo alrededor y rematando sobre ella con un águila de dos cabezas, todo incrustado con cristalizaciones blancas.

Hoy sirve de mesa a los soldados de la policía una piedra de un metro cuadrado y un decímetro de alto que fue del cuadrante solar del edificio, que ya casi todo borrado lleva la fecha de 1745.

Tirados en un rincón que sirve de letrina hay una colección de santos de madera de grandes dimensiones, el único intacto es un San Francisco, de 2 metros de alto y hueco en su interior 2 los otros están rotos: pude reconocer al

Padre eterno, a San Ignacio, a una virgen, un ángel, etc.

En una de las salas del colegio se ha instalado provisoriamente la iglesia.

Allí hay muchos santos de la antigua iglesia modernizados y pintarrajeados de nuevo por un pintor napolitano que los ha dejado haciendo los visajes más ridículos: una dolorosa parece reírse, y una Santa Ana está guiñando el ojo.

Entre estos, un San Luis es colosal, allí arrimada a una pared se halla una pila de piedra labrada, de un metro de diámetro, sobre un elegante pedestal.

A la entrada del colegio hay dos figuras de santos de piedra, de metro y medio de alto, uno de ellos sin cabeza, y que creo han pertenecido al frente de la iglesia.

Detrás del colegio, por una gran escalera ancha de piedra, se baja a lo que fue la quinta, hoy llena de árboles y yuyos: sólo se ven los naranjos (51), que en todas partes, resistiendo a la acción del tiempo, representan el recuerdo vivo de la dominación jesuita. ¡De cuántas escenas habrán sido mudos testigos, desde las conversaciones tranquilas de los reverendos padres hasta el silbido de las balas en medio de los gritos de dolor y matanza de los portugueses!

Y en esos salones del colegio, ¡cuántos proyectos, cuántos sueños dorados de dominación, cuando al concluir de una gran fiesta los jesuitas se entregaban al descanso, después de ver miles de seres humanos postergados a sus pies, sin más voluntad que la de ellos! Si se imaginarían en medio de sus infinitas sensaciones de satisfacción, ellos que se creían los fuertes, los invulnerables, los omnipotentes, que casi habían llegado a dominar al mundo, que un día un ministro con cuatro plumadas echaría por el suelo como un castillo de naipes, la obra de un siglo. Que sus grandiosos monumentos, que tanto sudor costó a sus neófitos, serían presa de las llamas; que sus ornamentos y sus riquezas serían botín de guerra, y que ese pueblo que nunca se ocuparon de educar ni preparar para la vida civilizada, se encontrase a los cien años en las mismas condiciones que cuando fueron reducidos.

Este fue el error de los jesuitas.

Ellos no fundaron pueblos, ¡no! Lo que hicieron fue construir suntuosas iglesias, inmensos colegios para ellos, explotar los neófitos en un trabajo incesante, transformarlos en máquinas que funcionaban a toque de campana, tratar de que comieran bien, que bailaran y que rezaran mucho, sin inculcarles ni despertarles ninguno de los sentimientos que transforman a la bestia en hombre.

Los cazaban, los bautizaban, les administraban los sacramentos, sin que pudieran comprender nada de todo eso.

Creían que echándoles el agua del bautismo *ad majoren Dei gloriam* era suficiente, y que sólo por esto eran buenos cristianos y ganaban el cielo.

Todo su afán fue de salvar almas, prepararlas para la otra vida, sin acordarse de que aquí en la tierra es necesario vivir no sólo comiendo, bailando y rezando.

Ellos fueron los que precipitaron su ruina, ellos, que levantaron el edificio ficticio de un pueblo sin cimientos, que tarde o temprano tenía que venirse al suelo.

¡Cuáles fueron los resultados que produjeron!

Si en los 100 años de su dominación hubieran preparado una generación siquiera a la vida civilizada, hoy las Misiones serían otra cosa, y en vez de encontrarse entre los naranjos y el monte, los escombros de sus obras, la vida activa de los grandes centros llenaría esa región, que recién empieza a despertarse.

Mucho se ha hablado de los jesuitas, pero en general, son poco conocidos los medios que empleaban para catequizar y reducir a los indios y el método de vida que imponían a sus neófitos.

No está de más decir algo al respecto: me guío por la obra del Padre Gay, virtuoso sacerdote que, durante muchos años, fue Vicario del pueblo de San Borja hasta el grado de Canónigo.

En sus momentos desocupados escribió la historia más completa sobre los pueblos de los jesuitas, haciendo así un señalado servicio a la historia de las Misiones y mereciendo el ser publicada bajo los auspicios del Instituto Histórico y Geográfico brasilero.

Los jesuitas bien disciplinados por las leyes terminantes de Loyola penetraron en las Misiones, armados de su inteligencia, su fe, su abnegación, como el soldado que sabe que va a la muerte, pero que va porque lo mandan, aún más, deseando la muerte misma y el martirio, contagiados por las canonizaciones de los otros mártires de su Compañía.

Mucho tuvieron que luchar, mucho que sufrir, pero con el tacto que les es característico, llegaron a dominar toda la región misionera fundando 33 pueblos y reuniendo en ellos 133 mil almas. Desde el año 1602 hasta 1767 imperaron de un modo absoluto.

Todos los medios eran buenos para conseguir neófitos.

Compraban indios esclavos a los otros indios, mandaban caciques fieles con indios bien armados, los que reducían a las buenas o a las malas a los de las otras tribus e iban personalmente solos a catequizarlos por medio de regalos, curando enfermos en las grandes epidemias de viruela que entonces se desarrollaron, exponiendo frecuentemente su vida en medio de muchos peligros.

Otras veces acompañados con escolta de indios mansos, hacían expediciones a tribus vecinas reduciéndolas por la fuerza, sosteniendo más de una vez verdaderos combates en los que siempre vencían gracias a las armas de fuego.

En el pueblo los halagaban para hacerlos gustar del sistema; las reducciones estaban foseadas y atrincheradas.

De noche colocaban siempre centinelas, los que no dejaban salir a persona alguna, a pesar de todo siempre había deserciones, a tal punto que la población que llegaba en 1733 a 133.000 almas, en 1767, según el censo del jesuita Peramas, sólo tenía 93.181 habitantes.

POBLACIÓN DE LAS CIUDADES JESUITAS, SEGÚN EL CENSO HECHO EN 1767, DE LA OBRA DEL JESUITA PERAMAS

	Habitantes
San Ignacio Guazú	1926
Santa María de la Fe	3954
Santa Rosa de Lima	2243
Santiago	2822
San Cosme y San Damián	2337
Itapuá o Encarnación	4784
Candelaria	3064
Santa Ana	4334
Loreto	2462
San Ignacio Miní	3306
Corpus	4587
Jesús	2365
Trinidad	2806
EN LA CUENCA DEL URUGUAY	
San Carlos	2367

San José 2122
Apóstoles 2127
Concepción 2839
Santa María Mayor 1475
San Francisco Javier 1527
Santos Mártires 1562
San Nicolás 3811
San Luis Gonzaga 3353
San Lorenzo 1242
San Miguel 3164
San Juan 3791
Santo Ángelo 2362
Santo Tomé 2172
San Francisco de Borja 2583
Santa Cruz 3243
Yapeyú 7974

AL NORTE DEL PARAGUAY

San Joaquín 2017
San Estanislao 2300

Total 93.021

Ver un pueblo jesuita, dice el Padre Gay, es verlos todos, un mismo plano servía para trazarlos.

Estaban situados sobre alturas y cerca de un arroyo.

La plaza era cuadrada y espaciosa: en el frente se encontraban la iglesia, el colegio y el cementerio.

Los otros tres frentes, en los que desembocan 5 ó 9 calles, las formaban galerías simétricamente repartidas de 20 a 24 brazas de largo (50 metros más o menos) y 4 ó 5 de ancho (10 metros más o menos) con corredores a ambos lados.

Las iglesias, siempre magníficas de 3 a 5 naves y con capacidad para muchas miles de personas, poseían una arquitectura regular, pero no podían tener mucha duración por causa de la cantidad de maderas que entraban en su

construcción, como ser la mayor parte de las columnas que sustentan el techo pesadísimo y las que se hallaban intercaladas en las paredes.

En algunos pueblos, las columnas eran de piedra, pero sin cimiento.

Las paredes las hacían en parte de piedra labrada y en parte de ladrillos crudos.

Se entraba a la iglesia por un atrio en forma de concha que en general estaba sustentado por 8 a 10 columnas de piedra, redondas o cuadradas de una sola pieza y de un bulto y peso enorme; a este atrio se llegaba por gradas de piedras blancas y rojas.

De piedra también hacían los arcos, nichos, cornisa, frisos, etc., del frontispicio y las columnas y las estatuas de los santos que había en ellos.

Los templos tenían 3 puertas de madera labrada.

A la derecha de la puerta principal se encontraba la capilla bautismal con su altar y pila de piedra labrada. En algunos pueblos, era de barro vidriado, con un grupo o pintura representando el bautismo de Cristo.

Las columnas que separaban las naves y que eran 9 ó 12 de cada lado, tenían en su intercolumnio una estatua de un apóstol, mayor que el tamaño natural ricamente labrada y adornada.

Las capillas no eran menos ricas, ni menos espléndidas.

Los confesionarios, curiosamente esculpidos y pintados, se hallaban colocados entre las capillas.

Ordinariamente, había 5 alturas con retablos de madera, columnas, cornisas entalladas, llenos de dibujos, estatuas, molduras, mayor.

La media naranja esculpida, etc., doradas y pintadas, representando los símbolos religiosos. El altar mayor que ocupaba el frente principal era el más lujoso. El coro de arriba abajo, estaba cubierto de estatuas de santos y la del patrón del pueblo coronaba la cornisa del altar y pintada a oro, tenía en sus cuatro lados un nicho con el busto de un Papa.

Había iglesias de palmos de largo por 120 de ancho, como la de San Miguel. La nave principal de la iglesia de Santa Rosa que con la de Corpus eran las más ricas y suntuosas, tenía 280 palmos de largo.

Las estatuas y las pinturas son generalmente toscas, los indios estamparon en las caras la expresión de su fisonomía y todos parecen cansados, tienen algo de embrutecidos; no hay una figura sonriente.

Los ornamentos de la iglesia eran numerosos y ricos, en su mayor parte de plata, y había algunos de oro también.

Entre la iglesia y el portón del colegio, se hallaba la torre de madera formada por 4 pilares gruesos y altos con dos o tres pisos y rematando con un techo; se subía a ella por una escalera que salía del patio del colegio.

Nunca había menos de 6 campanas en cada reducción, las que se fundían en «Apóstoles».

Las torres de Santa Rosa y San Miguel eran de piedra labrada.

A la izquierda de la iglesia se hallaba el cementerio, haciendo también frente a la plaza y comunicándose con esta por una puerta especial, cercado de altas paredes, plantado de cipreses, naranjos y palmeras, formando calles por donde circulaban las procesiones, que dividían el terreno en sepulturas de diversas clases para cadáveres, miembros de hermandades, etc.

Los jesuitas eran sepultados separadamente junto al altar mayor.

En medio del cementerio había una gran cruz labrada y en muchos, losas sepulcrales con inscripciones guaraníes.

En el cementerio, y pegada a la iglesia, había una capilla con pinturas que representaban las almas penando en el Purgatorio; allí se decía misa todos los lunes.

Fuera del pueblo, había siempre una o dos ermitas con sus capillas correspondientes donde se iba en procesión varias veces por año; estas eran dedicadas a los santos de más devoción de los fieles.

Por la sacristía de la iglesia, se comunicaban con el colegio o casa de los jesuitas y con las otras reparticiones destinadas a diversos usos.

El colegio era un vastísimo edificio que del lado este estaba flanqueado por la iglesia en todo su largo y formaba un cuadro de casas con frente a la plaza a la derecha de la iglesia.

Tenía doble corredor exterior e interior que descansaba sobre columnas de piedra labrada o de madera de unos 25 palmos de alto. En el centro, se encontraba un patio vasto de 200 a 300 palmos de cada lado y en medio se hallaba colocado sobre una columna un cuadrante.

Por un gran portón se entraba en el patio; desde allí por una gran vereda se llegaba al cuarto donde residía el cura.

Los aposentos destinados a los jesuitas eran vastos de 30 a más palmos cuadrados, bien techados, pintados y con vistas deliciosas. Los corredores externos o internos que aún quedan son magníficos. El Colegio de San Luis tiene 14 columnas cuadradas en el frente de los cuartos de los padres y en el frente paralelo; y 13 en cada uno de las otras dos fases de su claustro. En San

Lorenzo, las columnas eran redondas más delicadas, delgadas y estaban colocadas de a dos. En San Juan, eran también redondas y en San Borja, de madera.

En el ángulo recto correspondiente a la sacristía estaba el refectorio de los jesuitas, casi siempre todo edificado de piedra labrada con lindos portales que servían magníficamente para capillas. En esta pieza se encontraba siempre un subterráneo más o menos extenso.

Las demás casas paralelas a la iglesia estaban ocupadas por las escuelas, prisión, almacenes, y los diversos talleres de pintores, doradores, tallistas, etc.

En los arrabales, había una casa para recoger las doncellas y viudas, allí estaba también el hospital.

Un espacioso corredor exterior que tomaba los fondos de la iglesia, colegio y cementerio, daba a una gran huerta, cercada por pared de piedra y barro, donde sembraban toda clase de verduras y frutales.

Las demás casas de la plaza se hallaban repartidas en cuartos de 30 palmos por costado, uno para cada una o más familias que cosían y dormían en un solo aposento, quienes con el desaliño que les era propio, lo tornaban negro e inmundo; casi todos dormían en el suelo, muy pocos en hamacas 3.

Alrededor del pueblo, había una plantación artificial de yerba mate para las necesidades del mismo 4.

Fuera del cuadrado de la plaza se encuentran muy pocas ruinas, lo que hace suponer que la mayor parte de los indios vivían en ranchitos insignificantes.

Estos pueblos tenían más bien apariencias de grandes haciendas que de pueblos mismos.

De un lado la iglesia y el colegio con sus dependencias suntuosas y del otro los ranchos miserables, en donde después del trabajo sin ambiciones ni voluntad, se recogían los indios, esperando indiferentes el toque de campana que debía recordarles tal o cual obligación, hasta la de crecer y multiplicar.

A ese estado habían quedado reducidos los niños grandes, como les llamaban en sus escritos paternales los jesuitas.

Veamos qué organización y qué método seguían para manejar a sus neófitos.

El Superior de los jesuitas residía en Yapeyú, que era la capital de las Misiones. Era nombrado desde Roma y mandaba en absoluto sobre todos los demás; en cada reducción había dos jesuitas por lo menos. Uno, con el título de Cura, tenía a su cargo la administración temporal y otro, el Vicecura,

corría con lo espiritual.

Según el Padre Gay, estos no salían sino en las grandes ocasiones; casi siempre se conservaban encerrados en su colegio, gobernando por intermedio de otros indios.

Cuando aparecían en la iglesia lo hacían con gran pompa, rodeados de una numerosa comitiva de sacristanes, acólitos, niños de coro, etc., todos magníficamente vestidos.

Ninguna mujer podía entrar en el colegio; ellos no iban a casa ninguna de indios.

Sólo recibían en la iglesia a los que se iban a confesar; los enfermos mismos eran transportados a un cuarto especial al lado del colegio que servía de hospital, donde los padres los visitaban.

Los neófitos vivían más en la iglesia que en sus casas con sus familias.

Los 365 días del año al amanecer, todo el mundo se trasladaba a la iglesia a oír misa con acompañamiento de canto.

Después sacaban un santo en andas y lo llevaban en procesión al lugar donde trabajaban; allí lo colocaban bajo una ramada y después de rezarle otro rato, empezaban el trabajo.

Concluido el trabajo que no duraba sino hasta mediodía, volvían de la misma manera al pueblo.

A la tarde se enseñaba la doctrina a los muchachos y después se llamaba a los neófitos para rezar el rosario.

Al toque del Ave María, se reunían los muchachos alrededor de una cruz que había en cada barrio y rezaban.

Antes de acostarse volvían a rezar y hasta dormidos rezaban.

Para casarlos, los jesuitas en la puerta de la iglesia, juntaban los solteros y les echaban la bendición lo más pronto posible.

El domingo, lo pasaban todo el día en la iglesia.

Además celebraban las grandes fiestas indicadas en el calendario católico, con toda la pompa imaginable.

Habían establecido un sistema completo de espionaje entre los mismos indios, así que estaban al corriente de todo lo que sucedía, castigando a los que faltaban y haciéndose besar después la mano con estas palabras: *Dios se lo pague padre, pues me habéis dado el entendimiento*.

En cada reducción había autoridades nombradas entre los indios con los pomposos títulos de corregidor, oficiales municipales, fiscales, cabildantes,

etc., pero naturalmente no procedían sin orden de los jesuitas.

Las pequeñas faltas eran castigadas con oraciones, ayunos y cárcel; las graves, con azotes y a veces, con la muerte.

Cualquiera que fuese la edad que tuvieran los indios, estaban obligados a trabajar para la comunidad; no les era permitido el uso de cosa alguna de propiedad particular.

Trabajaban según sus fuerzas en las canteras de piedra, corte de maderas, edificación, trabajos rurales, poda, carpido, plantación y cosecha del algodón, cultivo del trigo, maíz, porotos, añil, fabricación de yerba, pesca y cuidado de las haciendas, etc.

Las mujeres no hacían sino hilar el algodón, para lo que recibían 10 onzas diarias, teniendo que entregar 3 onzas hilado, siendo severamente castigadas si no las entregaban.

Los géneros fabricados con este algodón servían para vestir a la comunidad.

Los hombres recibían una camisa, un pantalón, un poncho y un gorro, y las mujeres una camisa larga, el Tipoy sin mangas ni cuello y que según el teniente gobernador de Concepción don Gonzalo Doblas dejaba descubiertos los pechos y se ceñía a la cintura por medio de una faja.

Nadie iba calzado; los músicos, sacristanes y cornetas eran los únicos empleados en los trabajos de aguja.

Cuando las criaturas tenían de 4 a 5 años, la comunidad se hacía cargo de ellas. Había encargados por el Cura que llevaban la matrícula de estos y todas las mañanas al romper el día los reunía en la puerta de la iglesia, donde después de oír misa se distribuían en los diversos trabajos, menos los aprendices de músicos y los pocos a quienes enseñaban las primeras letras.

Los jesuitas tuvieron siempre buen cuidado de que sus neófitos no aprendieran el español, por el contrario, ellos aprendieron el guaraní y a los pocos que enseñaban a leer lo hacían en este idioma.

Tuvieron también imprentas donde imprimían libros de oraciones en guaraní inventando signos convencionales para los sonidos que ese idioma tiene y que son intraducibles en cualquier otro 5.Todo lo que no tenía otro objeto sino el aislarlos sin poder comunicarse con los españoles o portugueses.

Además no era permitido a ningún viajero permanecer en una reducción más de tres días y muchas veces lo acompañaban fuera de sus fronteras antes.

Todo el sobrante del producto de las Misiones era embarcado en buques de propiedad de los jesuitas y remitido a los mercados españoles o portugueses, vendiéndose, allí, para comprar en cambio lo que ellos no podían fabricar, como ser armas de fuego y ornamentos de iglesia, importando la exportación jesuita un millón de pesos anuales.

Tenían 39 grandes estancias, y entre ellas la de Santa Tecla (53) que en tiempo del esplendor de su dominación poseía cincuenta mil cabezas de ganado vacuno, caballar y mular.

Los jesuitas habían conseguido de España el permiso de que los indios de sus reducciones pudiesen usar armas de fuego para resistir a las invasiones de los mamelucos y paulistas que continuamente los atacaban, arrebatando gran cantidad de ellos que vendían después como esclavos en la provincia de San Pablo.

Cada reducción poseía su arsenal provisto de fusiles, cañones, etc., y fabricaban también pólvora. Los indios formaban en compañías de infantería y caballería.

Los domingos a la tarde se reunían en la plaza o en cualquier otro punto, y allí se les repartían las armas enseñándoles el manejo de ellas y diversas maniobras; concluido esto, las volvían a recoger y guardar hasta el otro domingo.

Había también compañías armadas de arcos, flechas, bolas, hondas y macanas. A los muchachos se les obligaba el ejercicio con flechas y hondas, etc.

Algunas veces hacían simulacros de combate, pero tanto se entusiasmaban que había que separarlos a garrotazos.

Los paulistas aliados con los tupys fueron los primeros que probaron el valor y la disciplina de los neófitos, siendo rechazados con pérdidas varias veces.

Estos triunfos los envalentonaron tanto que cuando por el tratado de límites entre España y Portugal en 1750, las comisiones se trasladaron a Misiones para demarcarlos, los indios, guiados por los jesuitas, se opusieron por las armas, siendo vencidos y diezmados completamente en esa guerra.

Así prepararon el terreno para que más tarde fuesen fulminados por los célebres decretos de expulsión que echaron por tierra su obra secular.

Basta de historia.

Tuve ocasión de asistir en San Luis a un bautismo original:

Extrañé sobremanera que a la ceremonia no asistiera la madrina, pero sí dos padrinos, los que pusieron cada uno quinientos reis, importe del bautismo. Interrogué al dueño de casa a lo que me contestó que así se usaba y que ya tenía dos madrinas, y que cuando se casaran estos dos, que eran solteros, tendrían otras dos más.

Quedé picado por la curiosidad, como sé que por allí son muy aficionados a los compadres, pregunté sobre esto a dos amigos míos.

—Vea, señor, me dijo: la cuestión de los compadres, por aquí es un escándalo.

Nace una criatura, le echan el agua de socorro: ya tienen señalados padrinos para ello, que serían dos compadres. Si estos, en vez, se hacen representar por otros dos, aquellos no pierden el compadrazgo, pero estos también lo adquieren, así que son cuatro compadres. Si estos cuatro son casados, entonces son ocho, porque las maridos o las mujeres de los padrinos también adquieren el título de compadres.

Esto es en el agua de socorro, para el bautismo se hace otro tanto y para la confirmación lo mismo, así que si el padre y la madre son muy aficionados a tener compadres cada criatura puede tener veinticuatro padrinos.

Vea si no es una barbaridad; yo tengo una sola hija, pero felizmente no tiene más que seis padrinos.

1 En casa del doctor Piñero, sobre el tapial, he visto capiteles jónicos con cabezas de ángeles, adornos de varias clases, como ser altos relieves representando urnas con una llama sobre ellas, guirnaldas de flores y frutas, etc., que pertenecieron al frente (50).

2 Según la tradición, los jesuitas de vez en cuando se metían dentro de los santos huecos, para hablar por allí a los indios a fin de infundirles temor.

3 En una nota de los anales del vizconde de San Leopoldo dice, refiriéndose al pueblo de San Miguel, lo que puede aplicarse a todos los pueblos: «En esta misión había 1400 familias que vivían en común, pasando los más miseria sobre todo de vestidos. De su trabajo se utilizaban los jesuitas para sus extensísimas plantaciones y cosechas, zafras de yerba mate, algodón, trigo, mandioca, caña de azúcar, batatas, arberjas, habas, porotos, etc. Además de los empleados en las fábricas de aceite, curtiembres y en el cuidado de sus estancias, etc.».

4 La yerba misionera, por lo bien preparada, tenía mucha aceptación en Buenos Aires. Hubo época en que se exportaron 14.000 arrobas. Habiendo reclamado los comerciantes de la Asunción, una cédula real de 1670, limitó a 12.000 arrobas la exportación de las Misiones (Gay) (52).

5 En la tercera parte de los Anales del Museo de La Plata, que contiene el erudito trabajo

del señor José Toribio Medina, pueden verse facsímiles de las impresiones hechas en los pueblos jesuitas de Misiones y leer los datos sobre la imprenta en esos lugares.

Capítulo V
En el Brasil: San Lorenzo, San Miguel, San Juan

De San Luis a San Lorenzo. – Sus ruinas. – De San Lorenzo a San Miguel. – Los encantos de una noche al raso. – Las ruinas de San Miguel. – El templo. – La leyenda del *Lovisoma*. – De San Miguel a San Juan. – Efectos de un chaparrón. – Noche toledana.

Después de haber hecho seis leguas por entre campos ondulados llenos de barba de chivo y con una que otra isleta de monte, llegamos a San Lorenzo.

A la entrada empezamos a ver la muralla de piedra que rodea la antigua reducción, que está situada sobre una eminencia del terreno, toda invadida por un monte espeso.

Hoy San Lorenzo no tiene sino tres casas de negocio, que componen toda su población.

Desensillamos en una de ellas, y mientras preparaban el almuerzo, fui con Felipe a pie a visitar las ruinas. Subimos la cuesta, entramos por un portillo en la muralla, pasamos un yuyal alto y tupido y después de andar como tres cuadras entre yuyos, piedras y marañas, llegamos al colegio.

Se conserva bastante bien todo el frente principal, que está casi intacto, con su amplio portón, y cuyo arco superior lo forman grandes piedras muy bien labradas; las ventanas son anchas y cuadradas. Todas las paredes son de piedras cúbicas groseramente labradas, pero los marcos de las ventanas y del portón son de piedra lisa, pulida y perfectamente ajustadas unas con otras.

Sobre la parte superior del marco de piedra de las ventanas está grabada la cifra de Jesús, IHS.

En estos marcos se ven aún los agujeros rellenos de plomo que sujetaban los fierros de los herrajes de las puertas y ventanas. Los techos han desaparecido, y por el suelo entre los árboles y los yuyos, se encuentran las columnas redondas que sirvieron de sostén a los corredores.

Hay allí piedras labradas con dibujos de dragones (54), quimeras, etc.

Seguimos caminando, más bien saltando entre los montones de piedras y los troncos de los árboles caídos, pasando cuartos, patios, etc., hasta que

llegamos a la iglesia, que ha sido enorme. Se hallan aún en pie trozos de las paredes laterales y una parte del frente en el que se ven grandes troncos de árboles labrados en forma de columna y engastados en él: la puerta debió medir por lo menos cinco varas de ancho por ocho de alto, según se puede ver aún por el marco. En medio de la iglesia se halla un cementerio moderno: no se ven en él sino cruces de madera llenas de trapos, etc.

Fuera del colegio y la iglesia, lo demás no tiene importancia; esta última incendiose casualmente 1.

San Lorenzo se fundó en 1691, y en la madrugada del 17 de agosto de 1756 fue sorprendido por las fuerzas de los españoles y portugueses aliados, que en número de mil ochocientos españoles y doscientos portugueses, al mando del gobernador de Montevideo Andoneque, tomaron al pueblo que tenía entonces cuatro mil quinientas almas, más o menos, y a tres jesuitas, los padres Cosme y Miguel Javier, curas de la misión, y al padre Tadeo, superior de ellos, que huyó de San Miguel, y quien, según unos, fue el autor de la rebelión contra estos y general de todas las batallas dadas anteriormente; y según otros, el autor principal lo fue el padre Lorenzo Balda. En 1801, los indios de esta misión, no siendo protegidos suficientemente por los españoles, pidieron anexarse a los portugueses, lo que dio motivo para que el capitán don Francisco Barreto Pereyra Pinto emprendiese a favor del Portugal la conquista de las Misiones orientales.

Recién a las cuatro pudimos salir de San Lorenzo; el sol rajaba la tierra; era uno de esos días atroces, y como el viaje que tenía que hacer era largo, marchábamos despacio por no cansar a los caballos. Esa noche, no pudiendo llegar a San Miguel, dormimos en la costa de un monte, arrullados por el canto de los sapos de una lagunita que teníamos cerca.

Las noches en que se duerme al raso tienen también su encanto. Rodeando el fogón mientras se churrasquea y el mate pasa de mano en mano, entretenidos en mirar la llama juguetona subir, bajar, lamer los palos en sus infinitos e innumerables movimientos, es algo que atrae, que fascina, que se hace necesario.

Nunca me acuerdo haberme aburrido más que una noche que no pudimos encender fuego por causa de la lluvia.

El mismo humo que a veces ahoga es agradable, ese olor característico tiene algo de hogar, las reminiscencias parecen despertarse en la mente del viajero, mientras los mosquitos no lo incomoden.

Y cuando acostado en el recado se despierta, y echando una mirada entredormido, medio de reojo, se ven los grandes tizones de un rojo rubí, qué bien se vuelve a dormir dándose uno vuelta con íntima y secreta satisfacción.

Y al amanecer, mojados de rocío, atizando el fuego, poniendo el agua a calentar o secando las pilchas, la llama vuelve a retozar alegrándonos con su luz fantástica que arroja vivos resplandores cada vez que es huroneada (55) al sacar un palito encendido para prender un cigarro. Y allí juntos, apiñados entre mate y mate, se espera, contentos, que las últimas estrellas se escondan presurosas y que el horizonte anuncie con la pompa de sus espléndidos colores la venida del astro rey.

¡Ah, el fogón! No hay como el fogón en viaje, sobre todo cuando hace frío…

Temprano llegamos a San Miguel, que desde lejos se divisa por la gran altura en que está colocado: lo primero que se ve son las ruinas de la torre y la iglesia, masa negra enorme de piedra, que parece un castillo feudal: acercándose más, se aperciben las causas blancas modernas que se destacan del tinte sombrío de las ruinas y del monte que las oculta.

Fui a casa de don Viriato Baptista y con él visité los restos de este célebre pueblo.

Hoy ha empezado a poblarse. San Miguel tendrá 30 casas con dos negocios bastante buenos.

Su principal comercio consiste en el tabaco y la caña; alrededor del pueblo hay algunas plantaciones de importancia.

San Miguel fue fundado dos veces: una en 1632 en la Sierra de los Tapes por el célebre Jesuita Cristóbal Mendoza, martirizado después en San Borja; de allí tuvieron que salir por causa de los portugueses y de los tigres (56).

En 1687 volvió a fundarse en el lugar que hoy ocupa a tres leguas al SO de San Juan, sobre la margen izquierda del arroyo Santa Bárbara.

Los jesuitas españoles llegaron a juntar hasta 10.000 indios en esta misión, que después de San Nicolás, fue la capital de las misiones orientales del Uruguay.

Nueve calles desembocaban en la plaza de San Miguel, en cuyo frente se hallaba el suntuoso templo de piedra.

El atrio tenía cinco arcos, sostenidos por columnas de piedra con una vistosa balaustrada; en la cúspide del templo y sobre una gradería, también de piedra, que coronaba el edificio, se hallaba la estatua de San Miguel, y a los

lados las de seis apóstoles.

El cuerpo de la iglesia era de 3 naves con su crucero y media naranja, tenía 80 metros de largo por 30 de ancho y 5 altares de talla dorados.

En la torre, también de piedra, había 6 campanas y remataba en un gallo de lata dorada que no faltó quien lo volteara, creyendo fuese de oro 2 (57).

En 1753, los indios al mando del cacique José Yyarayú, alférez real de San Miguel, hostigados por los jesuitas empezaron a incitar a las comisiones de límites españolas y portuguesas; se dieron grandes batallas y tres años después, estos tomaban el pueblo que los indios al abandonar habían incendiado.

Salvaron con gran trabajo el templo, saqueado por los mismos indios que con el P. Lorenzo Bolda se refugiaron en los montes.

Cuando la conquista de las misiones orientales del Uruguay por los portugueses en 1801, fue tomado otra vez por Francisco Borges del Canto, pero por entonces ya no era ni sombra de lo que había sido; más tarde se empezó a poblar y los vecinos ayudando al tiempo, concluyeron de destruir poco a poco el templo y las demás construcciones jesuíticas.

El atrio de San Miguel está todo en el suelo; quedan aún en pie el frente, la torre y las paredes, todos de piedra perfectamente bien trabajados. Los arcos, cornisas, capiteles, balaustradas, adornos, nichos, columnas, todo está hecho con gusto y con una gran prolijidad.

Sobre la puerta principal me llamó mucho la atención una piedra que sirve de marco; tendrá 4 metros de largo por 1 ½ a 2 de grueso y debe pesar lo menos 10 toneladas. Esta piedra sostiene gran parte del frente; hoy está un poco rajada. Gran esfuerzo hicieron los jesuitas para subir a una altura de 6 a 8 metros piezas tan enormes con los pocos elementos de que disponían.

Todas las paredes, aun la del frente, son de 3 metros de ancho y tienen en su interior galerías con escaleras. Admirable es el ajuste de las piedras, bien aplomadas y trabajadas con mucho esmero. Los arcos del interior del templo también son de piedra labrada, formados por cuñas que se encajan unas en las otras.

La torre, de la que aún se conservan 3 cuerpos, tiene también escaleras en el interior de las paredes; los trozos de piedra están simplemente ajustados sin mezcla alguna. Lo que da una nota discordante en la torre son unos mamarrachos representando cabezas de tigre (58) muy mal hechas, colocadas en los cuatro ángulos del último cuerpo que servían para volcar por la boca el

agua de la lluvia y que desdicen del conjunto severo y regular del resto del edificio.

Los techos faltan por completo. Este templo fue incendiado posteriormente, según dicen, por un rayo. La vegetación lo ha invadido, en su interior han crecido árboles gruesos, y en muchas partes se ven grandes excavaciones hechas por los vecinos con el fin de sacar tesoros, hasta ahora sin resultado.

El colegio está muy destruido; por todas partes se ven grandes columnas cuadradas de los corredores; la edificación en piedra ha ocupado más de dos manzanas; se conserva todavía un gran salón sin techo, con las paredes intactas y blanqueadas aún; he visto también un gran sótano, todo forrado y con piso de piedra.

Poco a poco, van cayendo las piedras; la torre está vencida y grietada (59) en muchas partes y el día menos pensado se derrumbará. Las que podrán resistir mucho son las paredes que los higuerones (60), como pulpos gigantescos, sostienen todavía con sus raíces múltiples pegados a ellas.

Este templo se podría conservar tal cual está, si el gobierno se resignara a gastar un poco para limpiarlo de la maleza y prohibiera que los vecinos anduvieran cavando en él. Si la torre se ha vencido es porque le han hecho unos pozos tremendos al pie de ella con el objeto y el resultado antedicho (61).

Don Gaetano Biaggio, italiano, antiguo vecino de San Miguel, ha construido fuera de las ruinas y a su costa una capilla nueva, en donde ha recogido los santos del antiguo templo: allí vi como una docena, todos de madera, enormes la mayor parte y del mismo tipo de los de San Luis; el único interesante es un San Ignacio de Loyola muy parecido a los retratos que andan en venta. Casi todos estaban mutilados.

Resolví dejar unos caballos y mientras esperaba otros que mandé buscar, versó la conversación sobre el *Lovisoma* (62).

La leyenda del *Lovisoma* está muy en boga y todos la creen a pies juntos; muchas personas, serias al parecer, están convencidas de su verdad.

El hombre que tiene la desgracia de ser el séptimo hijo varón seguido, fatalmente es *Lovisoma*.

El *Lovisoma*, todos los viernes a la noche, sale de su casa y se transforma en un animal parecido al perro, con grandes orejas largas que cayéndoles sobre la cara, se la tapan y con las que produce un ruido especial: si el

desgraciado es blanco, el color del *Lovisoma* será bayo y si es negro, negro.

Una vez que sale afuera, va a los estercoleros y a los gallineros para comer excrementos de toda clase que es con lo que se mantiene, además de las criaturas que todavía no han sido bautizadas; sostiene peleas formidables con los perros que no pueden hacerle nada.

Si uno no sabe y lo hiere, inmediatamente al recibir la herida, se transforma en hombre y allí le da las gracias por el bien que le ha hecho de quitarle el encanto que tenía encima y que al otro día se hará un deber en pagarle ese servicio; pero guárdese bien el comedido porque el pago que dará será un balazo, así que lo mejor es matarlo de una vez.

Los que son *Lovisomas*, son delgados, sin color, y enfermos siempre del estómago porque dicen que con lo que comen no pueden estar nunca bien; los sábados es seguro que están en la cama después de la calaverada de la noche anterior.

Está tan arraigada esta creencia en esa gente, que le muestran a uno con gran misterio a fulano diciéndole, aquel es *Lovisoma*.

El pobre fulminado por este anatema es una especie de excomulgado: nadie lo trata sino muy a lo lejos, y apurándolos mucho, son capaces de decir: «Ud. es un *Lovisoma*». Y ha habido casos de haber ido algunos vecinos a la autoridad para pedirle que hiciera desalojar a tal o cual individuo que era una amenaza y un peligro para ellos porque era *Lovisoma*, y tener esta que hacer grandes esfuerzos para tratar de convencerlos de que no existe tal cosa; pero los tales vecinos vuelven a insistir y el pobre *Lovisoma* tiene que abandonar el lugar.

Hasta la poesía popular se ha encargado de cantar la fatalidad del *Lovisoma* en versos como estos:

Dentro en meu peito tenho
Uma dôr que me consomme;
Ando cumprindo ó meu fado
Em trages de Lovizome (63).

Por causa de un caballo, tuvimos que esperar hasta otro día.

La atmósfera era sofocante, amenazaba llover, pero a pesar de todo salimos: el terreno sigue elevándose cada vez más, los campos son iguales a

los otros, la barba de chivo continuaba mostrándose; de vez en cuando atravesábamos un campo quemado recientemente entre una nube de cenizas de yuyos.

Cruzamos el arroyo y poco después llegamos a las ruinas de San Juan, donde hoy no hay sino dos casas; pusimos los caballos a la sombra y fuimos a visitarlas; no ofrecen ningún interés por estar todo en el suelo; encontramos un cuadrante solar sin fecha; algunas columnas y en el cementerio varias piedras del frontis labradas con un San Juan, el corazón de Jesús y algunos santos de madera arrimados a una pared, completamente apolillados y descoloridos.

San Juan está colocado en una altura: fue fundado en 1698, según el Padre Gay, y en la época de su esplendor tuvo cuarenta calles. Fue tomado por los portugueses en 1756.

En tiempo del emperador don Pedro I (1824), se estableció una colonia de alemanes que se dispersaron después.

De San Juan salimos con rumbo a Santo Ángelo; la atmósfera cada vez más cargada hacía insoportable la marcha: el cielo estaba limpio, pero el horizonte se tornaba color azul de acero: grandes nubes blancas venían en nuestra dirección; a lo lejos relampagueaba y se sentía uno que otro trueno lejano.

Tratamos de apurar la marcha para dar con alguna de las casas que veíamos a lo lejos, subimos un cerro y cuando llegamos a su parte más alta, la tormenta nos alcanzó: apenas tuvimos tiempo de ponernos los ponchos, recibiendo el chaparrón más fuerte que he conocido. El agua con viento venía con tanta fuerza que teníamos que taparnos la cara por el dolor que nos causaba, no parecían gotas de agua, parecían piedras.

Felizmente la tormenta duró poco, pero lo bastante para que nos hubiese pasado los ponchos y empapado completamente.

Al rato llegamos a casa de un bearnés anciano, don Ramón Mosqueda, donde a fuerza de fuego pudimos secar mal las ropas y pilchas del recado.

Esa noche la pasamos durmiendo con un ojo, porque en la deliciosa mansión de don Ramón, los pollos, gallinas, pavos y perros habían invadido el cuarto de huéspedes que se hallaba transformado en gallinero con toda la corte de parásitos imaginables, pero esa también la pasamos consolándonos con la reflexión de que si teníamos que rascarnos más de lo necesario, en cambio, nuestros huesos descansaban.

1 P. Gay.
2 En casa del vecino don Gaetano Biaggio, he visto el frente de San Miguel fotografiado de un plano levantado según las ruinas.

Capítulo VI
En el Brasil: Santo Ángelo y Campo Novo

Llegada a Santo Ángelo. – Buena impresión. – Comercio. – Futuro Ferrocarril. – Colonización. – La loca Miriam. – La esclavitud en el Brasil. – Tacurus. – El vuelo nupcial de las hormigas. – Marcha de noche. – El Tatú de rabo molle. – Campo Novo. – Sus ingenios. – Cruces en las casas. – Viva San Juan Bautista. – San Antonio oficial del ejército del Brasil. – Campanas célebres.

Ni bien amanecía, ya estábamos de pie. Cruzamos el río Iyuhí Chico y el Iyuhí Grande en balsa con toda comodidad; pasamos una picada corta y vimos aparecer sobre una altura al pintoresco pueblo de Santo Ángelo, el último pueblo jesuita de las misiones brasileras cuyos restos ya no se encuentran. Fue fundado en 1707.

En Santo Ángelo todo es nuevo, allí se ve progreso y animación. Tiene una plaza muy bonita, rodeada de edificios modernos y de casas de negocio.

La cámara municipal y la policía se hallan instaladas en un elegante chalet; la mayor parte de las casas tienen techos de teja española y grandes ventanas cuadradas con vidrieras para subir y bajar, y como casi todas están blanqueadas le dan un aspecto alegre.

En el frente norte de la plaza, aprovechando los materiales del antiguo templo jesuita, han edificado una iglesia moderna, de un estilo agradable.

Santo Ángelo tendrá más o menos 800 almas, pero su campaña es rica. Es una villa muy comercial; exporta grandes cantidades de tabaco, aguardiente, miel de caña, rapaduras, yerba mate, maíz, fariña de mandioca y hacienda vacuna para los saladeros Cachoeira, Porto Alegre y Pelotas.

Fuimos al hotel, donde hice relación con algunos ingenieros del ferrocarril que estaba en estudio allí, lo que promete un gran porvenir para esa región.

También había una gran empresa que tenía a su cargo la colonización de los terrenos, desde allí a Camacuá sobre el Uruguay.

Los colonos que estaban en Santo Ángelo eran en su mayor parte polacos y suecos; estos últimos parecen los más aptos en cuanto a los primeros, habían

acampado en las orillas del pueblo esperando su turno, pero con más ganas de mandarse mudar para otra parte que de ir a las colonias.

Pasé varias veces delante de la oficina y pude observar allí la distribución de víveres y vales a los colonos.

Según oí decir y quejarse a muchos, la empresa tenía todo centralizado en Santo Ángelo, mientras que en las colonias no había siquiera un depósito y como los colonos no poseían caballos ni carros, tenían que venir de 5, 6 y 7 leguas a pie a buscar víveres, para lo que empleaban dos o tres días y otros tantos de vuelta y como no podían cargar mucho a hombros, cada semana tenían que volver a Santo Ángelo, quedándoles naturalmente muy pocos días para trabajar.

Frente al hotel andaba vagando una pobre muchacha polaca-judía, llamada Miriam, que a consecuencia de que su novio, con quien vino de Europa, la había abandonado, perdió el juicio.

Era muy doloroso verla casi desnuda cantando, gritando y hambrienta por las calles, sin que nadie le hiciera caso.

Como no estamos acostumbrados a ver estas cosas, le hice dar de comer en el hotel mientras allí estuve y como me extrañaba la indiferencia con que todos la miraban sin socorrerla, dejándola en la calle abandonada peor que a un perro, traté de averiguar la causa. Unos le sacaban el cuerpo diciendo que en eso tenía que ver la Empresa de Colonización y otros con misterio me dijeron: pero si es una judía, como si para hacer una obra de caridad o dar un pedazo de pan el desgraciado tuviera que ser cristiano.

Yo comprendo en muchas personas ese adormecimiento de los sentimientos para con las desgracias de los semejantes, esos son los frutos de la esclavitud 1, que con los años ha acostumbrado al pueblo a hacer diferencias odiosas entre los hombres, narcotizando poco a poco el corazón, a tal punto, de ver muchas veces con la mayor naturalidad flagelar un negro o vender al hijo separándolo violentamente de la madre.

Extinção da escravidão no Brazil

Pela nei número 3.35$ de 13 de maio 1888 fui declarada extincta a escravidão no Brazil. Para que se possa julgar do enorme sacrificio que resultou para os possuidores de escravos desta importante reforma, aliás pacificamente effectuada, damos abaixo uma nota de numero de escravos que foram matriculados até o día 30 de março de 1887 e dos seus valores declarados em matricula (64):

Provincias e minicipio neutro Escravos Valores
1 *Minas Gerais 191.952 129.316: 288 $*
2 *Rio de Janeiro 162.421 105.896:250*
3 *S. Paulo (65) 107.329 73.557:811*
4 *Bahía 76.838 52.054:767*
5 *Pernambuco 41.122 27.619:235*
6 *Maranhão 33.446 22.499:874*
7 *Sergipe 16.875 11.279:860*
8 *Alagoas 15.269 10.039:004*
9 *Espirito Santo 13.381 9.061:922*
10 *Pará 10.535 6.825:538*
11 *Parahyba 9448 6.295:230*
12 *Piauhy (66) 8970 6.331:973*
13 *Rio Grande do Sul 8442 5.947:363*
14 Municio Neutro *7488 4.974:289*
15 *Goyaz (67) 4955 3.386:997*
16 *Sta. Catharina (68) 4927 3.379:200*
17 *Paraná 3513 2.465:200*
18 *Matto Grosso (69) 3233 2.117:757*
19 *Rio Grande do Norte 3167 2.134:987*
20 *Ceará 108 77:175*
21 *Amazonas 0 000*
Total 723.419 Rs. 485.225:212 $

Salimos temprano de Santo Angelo: el tiempo amenazaba lluvia y hacía un calor sofocante.

Pasamos un brazo del río Yyuhy y seguimos rumbo norte. La tierra colorada, continuaba llena de tacurús (70) no muy altos y como era la época del vuelo nupcial marchábamos entre una nube de hormigas que nos incomodaban mucho, posándose en la cara, manos, sobre nuestras ropas, en nuestro caballo, etc.

Como no pudimos pasar los arroyos Mbúrica (71) y Nãcorã por estar muy crecidos con las últimas lluvias, tuvimos que seguir por el camino de San Jacob, mucho más largo pero más seguro.

Seguíamos subiendo la sierra; el campo presentaba siempre el mismo

aspecto, pero los cerros se hacían cada vez más fuertes faltando en este trayecto los arroyos; en cambio, encontrábamos sobre los cerros lagunas de agua potable y por todas partes isletas de monte aisladas: llegamos a las 5 a Santa Cruz, en donde dormimos esa noche.

Al día siguiente, continuamos rumbo este y a las 10 a. m. con un calor sofocante llegamos a la estancia de don Mateo Beck, alcanzando a las 7 a San Jacob, donde no quisieron darnos posada; resolvimos descansar un poco al lado de una zanja para cenar, esperar la luna y alcanzar la costa de alguna aguada buena para pasar la noche.

Por el camino, cazamos un tatú de rabo molle (72) tan pesado, que tuvimos que arrastrarlo a la cincha.

A las 6 de la tarde del día siguiente, después de muchas fatigas, llegamos a Campo Novo.

A provincia do Amazonas não matriculou um só escravo (73).
Dos escravos matriculados eram:
Do sexo masculino 384.615
Do sexo femenino 338.804
723.419
Segundo as categorias de idade distribuiam-se os mesmos escravos do modo seguinte (74):
Menores de 30 annos 336.174
De 30 a 40 annos 195.726
De 40 a 50 annos 122.097
De 50 a 55 annos 40.600
De 55 a 60 annos 28.822

723.419

Campo Novo pertenece al municipio de Palmeira; es una población pequeña de unos 100 a 150 habitantes, está situada sobre una especie de plato rodeado por un arroyo abundante de agua que hace mover dos ingenios de yerba.

Campo Novo se halla en plena región del monte, así que es una abra grande en medio de yerbales cuya explotación constituye su principal comercio.

Habrá en todo como unos 20 hogares, 2 ingenios de yerba, 2 casas de

comercio y una capilla de madera levantada a expensas de los fieles.

Salí a recorrer el pueblo con don Urbano Melegares, dueño de uno de los ingenios, el que visitamos detenidamente; estos son iguales al de Saracurá cuya descripción ya he dado y sólo tienen diferencia en el modo de acondicionar la yerba, que en vez de bolsas usan todavía los tercios de cuero que remiten a Itiquí unas 100 leguas distante, en carretas empleando más o menos un mes de viaje.

Para llenar los tercios se hace del siguiente modo: se cose antes el cuero y se forma el tercio, es decir, un saco. El cuero debe estar bien mojado y blando. Una vez cosido, se deja orear una noche y al otro día se cuelga entre dos estacas por las dos puntas de la boca y el enzurronador va echando la yerba de a poco y ajustándole con un palo que tiene una punta aguda y de forma cónica hasta que se llena completamente: después se cose la boca y se pone al sol el tercio; lo que el cuero se seca, aprieta aprensando la yerba en su interior de modo que queda como piedra. Un buen enzurronador llena 3 a 4 tercios por día, y estos tienen por lo común capacidad de 6 a 7 arrobas brasileras de 32 libras.

Observé que en muchas cosas había cruces pequeñas sobre los palos del corral, sobre la cumbrera y algunas pintadas en las puertas, no sólo en Campo Novo sino en todo el viaje. Interrogué a mi cicerone y entonces me dijo que era creencia general que las cruces esas libraban a las casas de las visitas de las epidemias y en los corrales lo mismo a las haciendas.

Otra costumbre curiosa son las banderas que todos los años levantan a la salud de San Juan Bautista. Cada dueño de casa busca un palo muy alto y sobre él coloca un marco de madera, de forma que pueda girar con el viento como una veleta y le clava un pedazo de lienzo en donde pinta estas letras V. S. J. B. que quieren decir «Viva San Juan Bautista». Esto se hace todos los años el día de San Juan, en medio de fogatas, cohetes y baile los que pueden y un poco de cachaza (75). Otros levantan sus banderas al santo de su devoción que generalmente es San Antonio, San Pedro o el Espíritu Santo, pero ninguno es tan popular como San Juan, a pesar de que San Antonio es oficial del ejército brasilero y a quien todos los años hacen grandes fiestas.

En un Anuario, encontré el por qué del oficialato de San Antonio y por ser original lo transcribo en el pintoresco idioma de Camoens 2.

Al lado de la capilla de Campo Novo existen dos campanas de la iglesia de San Miguel, salvo algunas abolladuras, se conservan muy bien y su sonido es

perfecto.

Una tiene la siguiente inscripción.

San Miguel Ora pro nobis, Anno 1757

La otra tiene la inscripción muy borrada, pero aún se puede leer

San Josephus 1749?

1 Para dar una idea de lo que era la esclavitud en el Brasil, transcribo la estadística que publicó el Anuario de Rio Grande, para 1889. Los 108 que figuran en la provincia de Ceará fueron llevados poco antes de la abolición, antes de estos ya habían libertado a todos los demás.

2 Santo Antonio official do ejercito do Brazil

O nosso povo, que tanto festeja o milagroso Santo Antonio, ignora tal vez, quando Ihe faz festas de foguetes, pistolões, bichas da china, fogueiras e balões, que está rendendo preitos a uma dignidade militar, que fex parte da quadro do exercito brazileiro antes da independencia.

O glorioso Santo teve effectivamente ha elevada patente de tenente-coronel é, si não recebe mais soldo, não póde, aos menos, deixar de ser considerado official honorario.

A sua fé de officio nos informa do siguente:

Por carta regia de 7 de Abril de 1707 foi facultada á imagem de Santo Antonio existente no convento de S. Francisco, da Bahia, a praça da capitão entretido do forte de Santo Antonio da barra daquella cidade.

Não reza a chronica sei foi por antiguidade ou se por merecimente; o facto é, porêm, que só mais de um seculo depois, em 1810, por carta regia de 13 de Septembro, foi promovido a major de infanteria.

O Santo Antonio do Rio de Janeiro foi mais feliz em sua carreira e honras.

Por ocasião da invasão de Daclere, o governador Antonio de Albuquerque Coelho de Carvalho conferio o posto de capitão á imagem de Santo Antonio da citade do Rio de Janeiro, posto que foi confirmado por carta regia de 21 de Março de 1711.

Por decreto de 14 de Julho de 1810 por promovido a sargento-mor de infanteria; e quatro annos depois, por decreto de 26 de Julho de 1814, foi promovido á tenente-coronel da mesma arma, por accasiã da «paz que o céo se dignou conceder á monarchia portugueza, devido isso á sus intercessão»; sendo por aviso de 22 de Agosto deste ultimo anno, dispensadas as despenzas com o sello da sua patente.

Ainda em 1814, por decreto de 13 de Agosto, foi condecorado com a grâ-cruz da ordem de Christo.

De 1814 para cá a estrella do santo empallidecen.

Um ministro da guerra menos affeiçoado ao Thaumaturgo, querendo promover um afilhado, transferio o tenente-coronel San Antonio do quadro activo do exercito para a classe dos honorarios, onde ficará, sabe Deus até quando (76).

Capítulo VII
La colonia militar

La picada. – Los apretados. – La colonia militar brasilera del Alto Uruguay. – El ingenio del Estado. – Ingenio de caña. – Fariña de mandioca y de maíz. – El mayor Federico de Gama Lobo Deza. – El teniente Sequeira. – El café en Misiones. – El capitán Lima.

A las 3 de la tarde salimos de Campo Novo para llegar temprano a la boca de la picada grande que conduce a la Colonia Militar.

De Campo Novo a la boca de la picada hay dos leguas de campo cubierto de isletas de vegetación, predominando en ellas el timbó (77).

La región del monte cerrado, impenetrable, empieza allí para concluir en el Uruguay y teníamos que atravesarla por la picada, carretera de nueve leguas de 60 cuadras cada una y de un ancho de 12 metros.

Fue abierta por los ingenieros militares del ejército brasilero y el gobierno tiene votada una suma anual para su compostura y limpieza, así es que en todo tiempo es transitable.

Íbamos al trotecito, gozando del fresco de la noche y sin ser molestados por los mosquitos o tábanos, una luna espléndida nos alumbraba el camino que al proyectar la sombra de los árboles tenía un aspecto extraño; todo lo que nos rodeaba era lo mismo, los grandes helechos (78) parecían enormes paraguas, las matas de ortiga brava (79) se asemejaban a grandes perchas de inmensos corazones, los árboles con sus brazos retorcidos como gigantes fantásticos libraban batalla desesperada contra serpientes más fantásticas aún, los líquenes, helechos y otros parásitos le daban un aspecto de monstruos velludos, las tacuaras (80) describiendo su graciosa curva sobre el camino adornadas con sus manojos de hojas parecían arcos de un inmenso palacio; de vez en cuando, algún isipó tronchado y suspendido sobre nuestras cabezas como un serpentón parecían querernos saltar al pasar.

Después de reposar un rato en el lado del Tarumá llegamos a los Apretados, siendo ya de día. Es un lugar único en su género; para comprenderlo bien, es necesario compararlo con un inmenso terraplén de más

de 100 metros y con caídas a uno y otro lado, sumamente grandes y rápidas; esta obra de la naturaleza hace que en caso de cualquier evento la Colonia Militar esté defendida por tierra; con atajar la picada en este punto es imposible la entrada por allí.

Este lugar fue indicado por los indios que acompañaban a los ingenieros cuando la abrieron, lugar que conocían por la costumbre que tienen de andar en el monte.

Al fin y como a las 10 a. m. pasando el puente sobre el arroyo San Francisco, llegamos a los suburbios de la Colonia, cruzamos por delante de unas chacras y entramos en la calle principal del pueblo, el que me agradó desde el primer momento. Nos apeamos en casa del teniente Sequeira, suegro de mi compañero Felipe, donde desensillamos, almorzamos y dormimos hasta la tarde en que fuimos a bañarnos en las aguas del Alto Uruguay.

Después del baño, visité al director de la Colonia, mayor don Federico Gama Lobo Deza, antiguo oficial de la Guerra del Paraguay.

Al día siguiente, salí a recorrer el pueblo de la Colonia.

La Colonia Militar (81) se halla situada a 27° 8’ y 19’’ latitud sud y a 10° 52’ y 47’’ longitud occidental del meridiano de Río de Janeiro; está rodeada de bosques vírgenes y atravesada por el arroyo Felizberto Pereira; tendrá 800 habitantes, pocos viven en el pueblo, y la mayoría desparramados en las chacras. La mayor parte de los colonos son brasileros y hay algunos extranjeros dados principalmente al comercio.

El pueblo está colocado en sentido paralelo al río Uruguay y consta de dos calles separadas entre sí por el arroyo Felizberto Pereira, rumbo E a O.

La calle principal es larga, ancha, bien tenida, limpia, en gran parte plantada de palmeras a uno y otro lado; en la mitad de esta calle, está la plaza, grande y espaciosa.

La parte del poniente concluye en el río, mientras que la del naciente, en la picada. Las casas de la acera norte tienen todas de fondo al río Uruguay así de vistas espléndidas.

La barranca en este punto tendrá 25 metros en la costa del río y unos 30 al medio de la calle.

La edificación en su mayor parte es de madera. Las casas perfectamente alineadas, están separadas unas de otras por unos 10 metros, algunas menos, todas tienen su buen cerco al frente con bananas, ananás, palmeras, moras (82), etc.

Como a 6 cuadras al Este se halla el cuartel, donde está alojado el destacamento de la Colonia, compuesto de 60 hombres de diversos cuerpos del ejército y que en su mayor parte tienen familia y son colonos, no teniendo más obligación que presentarse a las listas o algún otro pequeño servicio.

La tahona del estado es un gran edificio de madera todo de cedro, incluso el techo de 40 metros de largo por 15 de ancho.

Dentro tiene un trapiche para moler mandioca, otro para caña, prensas para mandioca y un juego de molinos para maíz, trigo, etc., todo movido por la fuerza hidráulica de una rueda de 3 metros de diámetro.

En este edificio, los colonos pueden llevar sus productos y elaborarlos sin gastos de ninguna especie.

La fariña que nosotros conocemos, se hace de mandioca generalmente de la especie venenosa llamada mandioca brava (83). Al año de ser plantada, se recoge y después de descascarada se hace pasar por unos cilindros provistos de dientes de fierro, madera o de estrías que la convierten en una pasta blanquizca. Esta pasta se coloca en unas prensas especiales a fin de extraerle todo el jugo; este es sumamente venenoso. El residuo que queda en la prensa se coloca en un horno de fierro o en vasijas de barro y se somete a un fuego no muy vivo, moviendo siempre la vasija hasta que queda bien seco, esto es lo que nosotros conocemos por fariña perfectamente comestible y que por aquellas alturas suple al pan.

La fariña de maíz se hace de otro modo. Se limpia bien el maíz y se pone a remojo en una corriente de agua por 6 u 8 días hasta que queda completamente blando: entonces se pisa, se seca, se prensa y se pone a secar en un horno como la fariña. Esta fariña se usa mucho y sustituye, por ser más barata, a la de mandioca.

El Gobierno se ha reservado la propiedad de todos los terrenos del pueblo. Los colonos pueden gozarlos mientras viven en él, pero no venderlo; también se muestra muy protector de ellos: estos no sólo tienen la tahona a su disposición sino también cuanta herramienta pueden necesitar, bueyes, útiles, carros, etc. y a los 3 años de estar establecidos, el título de propiedad de sus chacras para que no puedan ser molestados más.

Asimismo, los colonos tienen médico y botica gratis que emplean mucho, sobre todo, para enfermedades gástricas que abundan entre gente como esa, tan desarreglada en el comer.

Visité también un ingenio de caña de azúcar, movido a agua por una gran

rueda. No fabrica sino caña o cachaza, sólo por encargo hace rapaduras (84).

La caña se fabrica de un modo muy sencillo: se exprime la caña en los cilindros, se recoge el jugo o guarrapo (85), se coloca en grandes bateas a fermentar y se pasa después por un alambique para destilarlo, recogiéndose la caña: indudablemente que el sabor, color y calidad de esta dependen mucho del grado de prolijidad del ingenio, nombre que adjudican al fabricante.

A falta de barriles y botellas, se deposita en troncos de árboles excavados y bien arreglados, tapados con tablas clavadas y con una canilla, sacándose de allí poco a poco según las necesidades de la venta.

La clase de madera empleada influye también mucho: hay algunas de ellas que de blanca la tornan color *rhom* y siendo bien elaborada es a mi juicio superior a este.

En la Directoría, me fue presentado el capitán Manuel Benedicto Lima, propietario de una de las mejores casas de la Colonia, me invitó a visitarlo, allí me mostró en su jardín un principio de plantación de café. Tenía plantas de 6 años, preciosas, bien desarrolladas y cargadas de frutos de dos a dos y medio metros de alto; probé el café que encontré excelente, bien preparado y estaba cosechado en el año anterior. El grano es muy lindo, grande y de mucho rinde.

Lástima que los colonos no comprendan la importancia que les reportaría la plantación de café y no cultiven siquiera unas pocas plantas aunque más sólo fuera para uso propio (86).

Pero vuelvo a repetirlo, en Misiones se necesita sangre nueva, hombres en cuyas fibras no se encuentre la herencia de la semilla de plomo sembrada por los jesuitas; hombres que sacudan la inercia y la apatía que inculcaron con su dominación despótica de 100 años. Ese es el defecto y la desgracia de toda la región misionera que, por un hombre inteligente, despreocupado y activo que se encuentra, uno tropieza con 200 negligentes, apáticos y llenos de ridículas preocupaciones.

La Colonia Militar fue fundada por iniciativa del Barón de San Jacob, Coronel Diniz Días, quien se empeñó con el Gobierno Imperial, siendo decretada su fundación en 1879.

El fin de esta Colonia no fue simplemente la agricultura, sino más bien político bajo el punto de la Estrategia Militar, según ellos, pero yo no veo qué importancia estratégica puede tener, cuando cerca no hay poblaciones, la costa argentina desierta e inaccesible y el Uruguay en su mayor parte

navegable sólo cuando hay crecientes, que en caso de un conflicto sería para ellos como salir de la sartén para caer en el fuego.

El único beneficio que reporta esa Colonia es empezar a poblar la región del Alto Uruguay, honor indiscutible que corresponde a los brasileros: no por la prioridad, sino por la forma en que lo han hecho.

Capítulo VIII
Un poco de historia

Los prolegómenos de la República Brasilera

Conspiración de Tiradentes. – La República de Río Grande. – La República de Santa Catalina. – Bentos Gonzalves. – Garibaldi. – Los Farrapos. – Himno Republicano. – Estro popular. – Tipo clásico de los ríograndenses.

El 21 de abril de 1792 subía las gradas del patíbulo para sufrir muerte afrentosa Joaquín José da Silva Javier, alias Tiradentes, el primer republicano brasilero, Alférez de la Capitanía de la provincia de Minas Gerais, que junto con algunos otros compañeros promovieron una gran conspiración para libertarse de los portugueses y proclamar la República Brasilera.

No faltó un Judas que los traicionara; todos fueron aprehendidos y condenados como reos de alta traición, declarando además infames a sus hijos y nietos.

Tiradentes sólo fue ahorcado y su cadáver despedazado, colocado en varias picas, fue objeto de escarnio en los parajes públicos.

Los demás pasaron a los presidios de África sin poder volver al Brasil bajo pena de muerte.

Esta fue la primera sangre derramada en holocausto de la idea republicana.

Hoy el Brasil republicano, agradecido, conmemora el 21 de Abril a los precursores de la república circunstanciados en Tiradentes a quien ha sido decretada una estatua. La gratitud de los pueblos no es mentira.

En 1833, un italiano Tito Livio de Zambicari, hijo del célebre aero-nauta boloñés, ardiente republicano y compañero de Mazzini, empezó a sembrar la idea republicana en la provincia de Río Grande, secundado por un militar esforzado y de grandes virtudes personales, Bentos Gonzalves da Silva.

Dos años más tarde, este se ponía al frente del movimiento revolucionario y en 1836 en Yaguaron se proclamaba a Río Grande, estado independiente, con el título de República Río Grandense, nombrando a Bentos Gonzalves

«Presidente y Protector de la República y libertad Río Grandense».

Poco tiempo después, caía prisionero del General Bentos Manuel Ribeiro que, republicano, se había pasado a los imperialistas; fue conducido preso a Río de Janeiro junto con Zambicari y otros, y encerrado en una fortaleza: pudo escaparse a nado volviendo a Río Grande en 1837.

Durante su ausencia, el General Netto reanimó a los republicanos y trasladaron el Gobierno a la Villa de Piratiny, lo que hizo que los imperialistas la llamaran por burla, La República de Piratiny. En este punto se reunió a los republicanos, otro italiano que un día debía ser célebre por sus proezas legendarias, José Garibaldi, el Caballero de la humanidad, uno de los hombres más puros de este siglo que peleó siempre y en todas partes en pro de la libertad.

La poesía se encargó de alentar la idea republicana. No faltaron sus Tirteos que fulminaron la traición de Bentos Manuel, escribieron himnos a la República, epigramas ridiculizando a los nobles, alabanzas a sus héroes y hasta señales de la Cruz en verso por los cuales se reconocían. Los imperialistas llamaron a los republicanos *farrapos*, es decir, andrajosos, y ellos tomaron ese nombre y se lo adjudicaron en cambio como timbre de honor. Yo soy un *farropo*, decían con orgullo y las muchachas: yo una *farroupilla*. Algunas se esas poesías que he podido recoger, las trascribo.

HIMNO NACIONAL DE LA REPÚBLICA-GRANDENSE (87)
(REVOLUÇÄO, DE 1835-45)

Nobre Povo río-Grandense,
Povo de Heróes, Povo Bravo,
Conquistaste a independencia,
Nunca mais seras escravo!

Avante, oh Povo Brioso!
Nunca mais retrogradar,
Porque atraz fica o Inferno
Que vos hade sepultar!
O magestoso progresso
E preceito divinal,
Nâo tem melhor garantia
Nosa orden social.

O mundo que nos contempla,
Que péza nossas acçòes,
Bem dirá nossos esforços
Cantará nossos brazòes!

Coro

Da gestosa liberdade
Brilha entre nós o clarâo:
Da constancia e da coragem
Eis aqui –o galardâo.

SIGNAL DA CRUZ

O partido que pretende
Nossa moral corromper,
Von fazei –o conhecer pelo signal.

Da palavra liberal
Tem elle tanto temôr,
Como o diabo tem horrôr da Santa Cruz.

Em seus escriptos transluz
A indacencia em grao subido,
De tâo funesto partido livre-nos Deus.

Perseguir patricios seus,
P´ra d´estranhos ser bem subido,
Só faz nâo crê en Christo, nosso Senhor.

Mas de dens nâo tem temor
O partido saquarema,
Longe yá o sea systema dos nossos.

Rebater os erros grossos
Dos sacuaremas devemos,
Porque sâo das leis que temos inimigos.

Do povo se fazem amigos,
Quando tem necessidade:
Porêm é sua amisade em nome.

Liçâo tal o pouo tome

D´esta gente que deseja
Que o filho contrario seja do pai.

Vêde qual é, reparai,
De Pernambuco hoje a sorte;
Chora o pai a triste morte do filho.

Da desorden o caudilho
Quer ver si ao mal nos conduz,
Porque odeia a clara luz do Spirito Santo.

Mas ha de ver com espanto,
Que, amando o povo a verdade,
Só quer paz e liberdade. Amen.

VERSOS CONTRA BENTOS MANOEL RIBEIRO, HECHOS POR SUS ADVERSARIOS EN LA REVOLUCIÓN DE 1835

Pode um altivo humilhar-se,
Pode um teimoso ceder,
Pode um pobre enriquecer,
Pode um pagâo baptizar-se.
Pode um avâro prestar-se,
Um lascivo confesar-se,
Pode um Mouro ser Christâo,
Pode um arrependido salvar-se
Tudo póde ter perdâo!
Só –ó Bento Manuel– NÁO.

Oh! Do inferno instrumento
Bento
Modêlo dos tyrannos, da traiçâo painel
Manoel
No inferno te aguardam qual primeiro
Ribeiro
Com um montâo de chammas un brazeiro
Bento Manuel Ribeiro.

Diez años duró la guerra republicana en Río Grande, hasta que al fin,

aniquilados, hicieron una paz honrosa con los imperialistas que por hacerla cargaron con la deuda pública de la República, pagaron sus tropas y reconocieron a sus jefes y oficiales los grados que habían adquirido a su servicio.

La República Riograndesa murió, pero en esa heroica provincia quedó arraigada la idea republicana que poco a poco fue cundiendo por todo el Imperio hasta minar completamente sus bases para que, como un castillo de naipes, cayera sin la menor protesta 45 años después.

El campesino riograndés es un tipo muy parecido a nuestro gaucho; muy de a caballo, valiente, sufrido, enérgico, vive en el campo trabajando en las estancias; tiene siempre buenos caballos de silla y sobre todo muy bien cuidados.

Usa generalmente un sombrero muy aludo para protegerse del sol, bombacha, manta, ya sea de verano o de invierno, y usa chinelas sin medias: poco usa botas para el trabajo.

El recado difiere de los que se usan entre nosotros: el basto lo forma el serigote del que ya hablé: llevan siempre dos caronas cortadas, iguales de los dos lados con grandes puntas y lo que nunca dejan es el pretal y la baticola que es muy útil para andar por las sierras.

El riograndés lleva casi siempre espada, cuchillo y una pistola de dos tiros; algunos sustituyen la espada por un machete largo, muy útil para andar por el monte.

Su alimento principal es el charque, el poroto, el maíz y la fariña; ya casi no hay quien coma sólo carne.

Son muy aficionados a bailar y sobre todo a cantar con guitarra, y sus poesías son muy parecidas a las de nuestros paisanos. Las hay muy apasionadas, otras llenas de sentimiento, otras jocosas, otras de sátira mordaz. Muchas veces acostumbrado ya al portugués, al oírlos cantar, me parecía oír a nuestros criollos.

Capítulo IX
El Alto Uruguay

EXPEDICIÓN QUEIREL. – En canoa de San Javier a la Colonia Militar brasilera. – Salida de San Javier. – El agrimensor nacional Juan Queirel. – La corredera de Cumanday. – Las canoas. – Cómo se pasa una corredera. – Las correderas Chico Alférez. – Roncador. – Borracho. – Murciélago. – Mbiguá. – Caza infructuosa. – Quedamos cortados de nuestros compañeros. – Encuentro con los viajeros franceses: almuerzo regio. – La corredera Yacaré. – Tres piedras. – Salto. – Marcha a Sirga. – Accidente a los viajeros.

Este capítulo y el siguiente pertenecen al agrimensor nacional don Juan Queirel, y vienen a llenar un vacío en este libro: la descripción del Alto Uruguay desde San Javier a la Colonia Militar.

El señor Queirel es uno de los pocos hombres que conocen a fondo nuestras Misiones y es el que ha medido más campos en ellas.

Hace doce años que trabaja en mensuras, ya en la costa del Paraná, ya en la del Uruguay, mensuras hechas a costa de grandes sacrificios personales y de dinero rodeadas de privaciones y peligros entre las selvas vírgenes; las que no han podido doblegar aún su carácter de fierro y su constancia a toda prueba.

Además de sus tareas profesionales, ha hecho observaciones y colecciones de historia natural y de historia jesuítica, para entregarlas a los especialistas y a los museos.

El lector al leer este capítulo podrá hacerse una idea de los trabajos pasados como preludio de una mensura, y al mismo tiempo conocer esa gran parte del Alto Uruguay (...).

Día 15. Al fin nuestra salida pudo efectuarse a las 2 p. m. del puerto Calvo de San Javier.

Bajo los ardientes rayos de un sol tropical en nuestras canoas sin toldos la *Capitana*, la *Martín Fierro* y la *Guarumba* nos deslizábamos suave y tranquilamente sobre las aguas quietas del Uruguay.

La *Capitana* era una pequeña chalanita de 7,30 x 2,15 que apenas podía conducirnos con mi compañero que gobernaba en la popa y dos peones para

el remo y botador, haciendo de capitán un criollo brasilero, hermoso indio de fuerzas atléticas y musculatura robusta, que se llamaba Seo Manuel.

La *Martín Fierro* tenía 10 m 30 de largo y 1 metro de ancho construida de un tronco de árbol calado timbó (88); llevaba 120 arrobas y la tripulaban tres hombres, en ella iba el mayordomo general, *Bituco*.

La otra embarcación era la mayor de todas y la tripulaban cuatro hombres; su jefe, Guarumba, otro indio como los demás, de carácter grave y serio, así que a su embarcación le dimos ese nombre; medía 10 metros 80 de largo por 1 metro 15 de ancho, de árbol igualmente de timbó y de una sola pieza; cargaba 160 arrobas.

A legua y cuarto del puerto de San Javier un sordo rumor vino a interrumpir tan prolongado silencio; era el alerta que la corredera (89) de Cumandai (poroto chico) nos daba.

Hubo un momento solemne en la marcha nuevamente emprendida; estábamos sobre la atronadora corredera, los remos puestos a un costado de la embarcación y todos los tripulantes con un botador tratan de romper la corriente de la primera caída de agua, del lado de la costa brasilera.

Se ha luchado con esfuerzos inauditos sin desperdiciar un momento oportuno para romper la corriente; la embarcación sube pulgada a pulgada no desperdiciando los peones a su paso la oportunidad de asirse a una rama o un gajo.

En medio del ruido infernal de la corredera no se oye casi la voz sino gritando y a veces causa esta circunstancia, la no buena interpretación a la voz del que dirige la maniobra.

No hay que perder un minuto; de este quizás dependería el éxito de la expedición: una rama que se quiebre basta para perderlo todo, la corriente tomaría atravesada la embarcación voleándola y haciéndola rodar sobre los cordones de piedras hacia su caída, el precipicio.

Así se trabaja y se sigue. Ya no hay ramas; la costa es un vivo pedregal; un botador, dos y más, a veces quedan clavados en los agujeros de las piedras del lecho del río. No puede sacárseles, entonces se arrojan al agua sus dueños, la que les llega al pecho, y apenas la corriente les permite tenerse de pie tratando de no perder el equilibrio, vuelven a trepar a la canoa botador en mano mientras los otros la siguen empujando ayudándose así por todos los medios inimaginables.

Para hacer media legua de camino empleamos unas buenas 4 horas; pero al

fin ya quedó salvado el mal paso y la corredera Cumandai la veíamos ya murmurar atrás.

Se hizo campamento, se cerró y arregló cada cual como pudo para pasar el resto de la noche, eran las 7 p. m.

Día 16. Salimos a las 7 a. m. y por la costa brasilera navegamos alcanzando a las 9 el arroyo que da nombre a la corredera Cumandai. A las 11, se tuvo que hacer una parada para preparar un desayuno en la punta de la isla larga, costa argentina y luego ponernos en viaje. A las 5 p. m. salimos también con alguna dificultad de la corredera Bayano, por la costa argentina, haciendo la parte brasilera un gran seno y hacia donde se halla el salto mayor de agua. En frente se divisa un paredón de piedra y cimiento de un gran cerro que se eleva unos 300 metros sobre la orilla del río y pertenece a la costa del Brasil. Se creería por lo que aparenta que intercepta el paso, pues a ninguna dirección, ni derecha ni izquierda, se ve correr al Uruguay. Dicho cerro corre de S a N y el camino es este.

Una vez llegado al recodo dirigiéndose casi al Norte, el río apenas mide 200 m: en ese paraje se paró y se hizo noche.

Día 17. A las 6:15 nos pusimos en viaje, al poco rato se levantó una cerrazón (90) que impedía ver a dos metros el camino, así que una hora después tuvimos que parar y a la vez aprovechar para hacer el desayuno, que por fin fue comida hasta la noche. A las 9 salimos nuevamente. Se oye a lo lejos el ruido de la corredera Roncador (91) que está a legua y más, pero antes tuvimos que pasar otra no menos correntosa llamada Chico Alférez (92).

Se toma siempre por la parte argentina y una como otra tienen una isla, la que se deja a la derecha pasando por entre un estrecho canal muy correntoso.

También en este paraje los hombres van al agua empujando con hercúleas fuerzas las pesadas canoas y las emociones a cada paso no son menos íntimas en una que en otra corredera.

Se pueden calcular haber andado ya 8 leguas de San Javier.

Día 18. Nos levantamos a las 4 y a las 5 salimos, al fin a remo por remansos de una como de otra costa, haciendo travesías para tomarlas del río.

A las 8 montamos la corredera Borracho que se cruza por la costa brasilera por pasar en la argentina el mayor raudal de agua y a poco andar subimos la corredera Murciélago. El canal pasa por medio río.

A las 11:30 entramos en la corredera Mbiguá (93) por costa argentina y se

sigue a botador unos 1500 m, aún después de pasar el primer salto o caída mayor de agua.

Eran las 12, mediodía, cuando tuvimos que parar para hacer de comer y aprovechamos esta parada para largar la perra que uno de los peones traía en busca de caza.

No hubiéramos tenido la idea de echar al monte nuestra cazadora que se llamaba Bonita. Este animal, como todos los de su raza, tiene la cualidad o instinto de no regresar a las canoas hasta no traer caza y echarla al agua, así fue que corríamos el peligro de permanecer hasta la noche en su espera. El dueño de Bonita regresó del monte y nos dijo que esta después de pisar a tierra se había internado y perdido de su vista en las espesuras de unos altísimos cerros que se elevaban al interior. Ya habíamos perdido 2 horas y nada se sentía y así hubiese seguido indudablemente nuestra parada si no se le hubiera ocurrido al cazador Bogado disparar dos tiros de escopeta a cuya detonación la perra abandonó su pesquisa, se nos aproximó cansada moviendo la cola humillada, quejosa de no habernos podido complacer trayéndonos la caza apetecida de algún venado (94), que es lo que más abunda en estos lugares, para refrescar nuestros víveres.

Inmediatamente después, nos pusimos en marcha.

En la vuelta de unos de los tantos recodos que forma el caprichoso Uruguay y tomando la dirección de una cancha que tiene casi una legua a rumbo sur, divisamos dos embarcaciones que también subían como nosotros, las que supimos como efectivamente fue, serían las que conducían unos dos señores franceses que visitaban estos lugares y que habían salido de San Javier un día y medio antes que nosotros.

Estos señores venían del Paraná arriba desde Piray Guazú a Posadas y de ahí por tierra a Concepción donde los conocí y habíamosnos relacionado.

Un ingeniero señor L. Francart y el señor Luis Graux de Monchamp iban hasta Paggi (95) a tomar desde ahí la picada a San Pedro y de San Pedro regresar a Pirai, cerrando el polígono.

Nosotros, como de costumbre, nos habíamos adelantado a nuestras otras dos canoas cargadas, y cuando quisimos juntarnos la noche vino a impedírnoslo, teniendo que parar en un lugar que nos pareció mejor y quedando separados por primera vez de nuestros compañeros de las otras embarcaciones que tuvieron también que parar a su vez, así mismo de no distar los unos de los otros de 600 metros. Se diría increíble que no nos

hubiésemos podido juntar para pasar una noche mejor acompañados, pero tal es la fatiga de los pobres peones que en todo el día no han cesado de usar el botador o el remo, el peligro de alguna piedra con que poder chocar de noche que preferimos pasarlo solos, mi compañero Felipe, dos marineros y yo, no sin haber antes dádonos las buenas noches con nuestros vecinos por medio de un pito de sereno que cada cual teníamos y con el que podíamos oírnos a esa distancia.

Día 19. A la hora de costumbre nos recordamos y nos pusimos en marcha hacia las embarcaciones que queríamos alcanzar desde el día anterior. Nuestro encuentro debe indudablemente ser bien comprendido de cuánta satisfacción pudo servirnos.

Las serranías de una como de otra costa brasilera y argentina, alternándose con grandes depresiones que terminan en un arroyo grande o chico, presentan contrastes variados: ambas orillas bañadas por rizadas olas chocan contra sus piedras, forman rápidos más o menos fuertes que detienen repentinamente la pequeña embarcación produciendo una emoción más en el viaje.

El canto de mbutú (96) resuena en el silencio, sólo interrumpido por el continuo golpe de remo sobre las aguas y con el sonido imitado con que responden los traviesos marineros, que soplan un cuerno de vaca que a guisa de trompa cada embarcación lleva por entretenimiento; mientras el canto melodioso del zorzal (97), el de la perdiz grande de monte (98) y la paloma (99), acompañan alegres al viajero en su peregrinación sin aburrirlo.

Al fin alcanzamos a los viajeros; fuimos recibidos con grandes muestras de alegría y satisfacción por parte de ellos invitándonos con un buen jarro de chocolate, que aceptamos oportunamente para el desayuno. Después de comparar algunos de nuestros apuntes de viaje, seguimos juntos un trecho, pero como navegábamos con embarcaciones más ventajosas y quizás mejores marinos, los tuvimos que dejar a pesar nuestro otra vez, con compromiso de esperarlos y almorzar juntos. Así lo hicimos, a las 11 paramos y en la espera preparamos nuestra contribución para el silvestre banquete.

Aunque caminásemos más, detuvimos nuestra marcha a intervalos para poder hacer en la noche campamento juntos y unos metros debajo de la última caída de aguas de la corredera Iacaré (100).

Día 20. Después de nuestras despedidas consiguientes, adelantamos el viaje a las 6 a. m. A las 12, paramos a hacer el almuerzo después de pasar la corredera 3 piedras, menos correntosa que las anteriores. A las 2:30 p. m. nos

enfrentamos a la corredera llamada el Salto, cuyo rumor se oye de media legua antes de llegar.

Al presentarnos a su frente y para pasar el primer rápido, noté algunos preparativos en la gente, lo que me hizo suponer que el asunto era de cuidado. Un cordón de sarandí cruza el río de una a otra costa que podrá tener unos 250 m. Los sarandís (101) nacen entre las piedras que impiden el paso a las aguas dejando pequeños canales estrechísimos por donde hay que pasar, o mejor dicho, arrastrar la embarcación, pues los marineros la tiran en el agua agarradas con sirgas (102) de los costados. La marcha es rumbo al Norte en este lugar y el mayor raudal o canal pasa a la costa brasilera. Nosotros lo pasamos como más ventajosa en nuestra costa.

El Salto tendrá un desnivel de 0,80 m en el momento que lo pasamos, pero tal es la velocidad de la corriente que las aguas al caer forman un salpique espumoso sobre la caída que aumenta la dificultad de maniobrar y elegir paso, pues no se ven las piedras del fondo, gruesos troncos hay clavados en medio del río.

A las 5 p. m. pudimos quedar todos alojados en un puertito formado por una ensenada del río arriba y ya salvos del Salto donde se pasó la noche.

Es oportuno hacer notar que para estos viajes las embarcaciones mayores de 200 arrobas de porte para subir el río son incómodas y menos seguras: así mismo las de ese porte deben preferirse sean de un solo tronco cavado y no de costura o de tablas, pues las primeras de una sola pieza tienen mucho menos peligro de agujerearse o abrirse rumbo, como aconteció con la de los señores franceses que una de ellas y la mejor, que sólo llevaba de carga 160 arrobas y podía llevar 200 arrobas, sufrió la avería que queda dicha. Es preferible aumentar el número de canoas y elegir las menores para subir el Alto Uruguay.

Día 21. No tuvimos incidente alguno; marchamos por entre remansos (103) largos de las costas, así que el camino a andar promete ser más largo que el de otros días.

A las 5 subimos la corredera del Dorado que no es muy fuerte pudiéndose pasar sin tener necesidad de echarse al agua la gente.

Como amenazaba lluvia a las 7, acampamos, sin haber dejado incesantemente de admirar en todo el viaje la magnificencia de estas tierras tan aptas para la colonización.

Capítulo X
El Alto Uruguay

EXPEDICIÓN QUEIREL. – Continuación del anterior. – Lluvia torrencial. – Noche infernal – Sigue la lluvia. – Situación crítica; el río crece. – Mudamos campamento. Nos avanza el agua. – Nuestros apuros de noche. – Cómo crece el Uruguay. – La lluvia nos da tregua. – Un náufrago. – Seu Lima Doce. – Cuatro días sin comer. Cazamos un guazúbira (104). – Navegación original. – El bonete de Seu Lima Doce nos da trabajo. – La corredera Tararira aguas arriba y aguas abajo. – La corredera Chafori. – Una balsa de cedro. – Carpinchos. – Vuelve la lluvia. – Una piragua de Nonoay. – Las rapaduras como alimentos. – Las correderas Mburica. – Pucha para tras. – Viuda. – Aparicio. – El Dr. Ramón Lasaga. – Llegada a la Colonia Militar.

Día 22. Es domingo y ya hace 36 días que salí de Buenos Aires y aún no he llegado a Peperí (105).

Creía volver a los 60; quién sabe si podré hacerlo a los 150.

Seguimos la marcha; a las 8 tuvimos que parar en la costa brasilera en un paraje que apenas permitía, por despejado de monte, hacer fuego, armar nuestra carpa, etc.; pusimos los encerados a nuestra canoa pues seguía amenazándonos el tiempo.

Llovió a torrentes; los pobres peones que ocupados en nuestros reparos no habían tenido tiempo de hacerse el suyo se mojaron deplorablemente.

Qué noche pasamos entre el ronquido de los tigres (106) y el estampido de los truenos lejanos con lluvia habiendo tenido la precaución de hacer acostar a nuestros pies a Bonita como centinela avanzada, para los bichos overos (107), como llaman a los tigres nuestros peones.

A las 4 p. m. Bonita fue conducida por mí y su dueño al lado opuesto, pero infructuosa fueron las tentativas de caza; dos horas después regresamos sin tener nada.

Son las 7 y la lluvia con tormenta se desencadena; es notable como los truenos parecen más bajos en Misiones; así pasamos la noche bajo nuestras reducidas carpitas y en un terreno de pendiente apenas algo limpio y que no

es sino la continuación de una espesa serranía cubierta de bosque; mientras la lluvia torrencial siguió hasta el amanecer.

Día 23. Con mal tiempo y lloviendo es imposible moverse, pues nuestras canoas abiertas sin cubierta impiden trabajar a no ser exponiendo las cargas.

Día 24. Toda la noche siguió lloviendo y sigue aún.

A buenas o a malas debemos mudar campamento porque el río ha subido 2 metros de altura y seguirá subiendo.

El agua baña la orilla de nuestra carpa, y al efecto de la mudanza se reconoció a poca distancia un local más adecuado para nuestra instalación hasta tanto el tiempo lo permita y podamos seguir viaje.

Estamos apenas a nueve leguas debajo de la Colonia Militar brasilera donde tenemos que preparar gente. Más víveres, canoas, y ¡quién sabe cuándo llegaremos!

La lluvia inclemente y la creciente del río determinarán nuestra suerte.

A las 11 a. m. un pequeño intervalo en la lluvia nos permite mudar campamento.

Un pequeño puerto se descubre y se pueden llevar a él las canoas en peligro.

Volvió a llover mientras nos mudábamos, y cuando abandonaba nuestro campamento el agua había subido media vara más (108).

La nueva instalación se encuentra a 2 metros sobre el nivel actual de la creciente.

Continúa la lluvia y la creciente sigue amenazadora.

Por el medio del río se ven pasar troncos de árboles, infinidad de maderas sueltas que llegando a detenerse un instante para dar vueltas alrededor de una gran espiral embravecida que rodea y amenaza sumergiéndolo todo para seguir después.

La noche nos invade, detrás de nosotros una alta barranca de 10 metros nos impide ensanchar nuestro campamento, así que tenemos que acomodarnos una parte en las canoas y otra parte en las dos carpitas.

A las 11 de la noche la voz de Felipe se oye, dando la señal de alerta, todos saltamos de nuestras camas y vemos que las canoas casi entran por la puerta de nuestras carpas.

El río en tres horas ha crecido 2 metros más, toda la arboleda de la orilla grande y chica está cubierta en gran parte, formando remolino al oponerse a la corriente, cuyo ruido mezclado con el de la lluvia y truenos es espantoso;

parece que todos los elementos quisieran oponérsenos.

No se puede perder tiempo, linterna en mano hay que explorar la subida de la barranca abriendo picada con un machete.

Agarrándome de los gajos y alumbrando como puedo, con la carabina en la espalda mientras trepo aquella cuesta casi vertical de 10 metros, resbalándome a cada paso, llego sobre el cuchillón mientras las canoas cargadas y con gente me acompañan subiendo también por aquella masa enorme de agua que no concluía de crecer.

Al amanecer estaban amarradas casi al pie de nuestra carpa, habían subido cinco metros sobre la copa de la arboleda más baja de la orilla.

Día 25. Amanecemos y la lluvia sigue con intervalos. No nos podemos mover hasta tanto se componga el tiempo y cese de crecer el río. Todo el día lo pasamos sin ningún incidente.

Día 26. Volvió a amanecer lloviendo como toda la noche anterior; a la tarde vemos pasar canoas vacías, una fue seguida por tres de nuestros peones en nuestra embarcación menor y el que la conducía después de tomarla en una correntada que formaba un gran árbol a mitad cubierto por el agua, la dio vuelta quedando el peón colgado de un gajo, donde fue recogido por sus otros dos compañeros después.

Como a las 6 y casi a la entrada de la noche se oyen gritos a 1 kilómetro abajo en la costa argentina frente a nosotros. Se le responde y contestaron figurándonos que se aproximan los gritos; volvemos a gritar y ya no nos contestaron.

Cerró la noche y no volvimos a oír nada haciéndonos mil conjeturas distintas y presos de ansiedad nos acostamos después de cenar algo.

El río creció más y lo tuvimos a un metro y medio bajo de nuestros pies.

Día 27. Ya no llueve al fin, no obstante de estar nublado el tiempo y nada seguro; como de todos modos no podemos seguir, aprovechamos para descargar y desagotar las canoas del agua que puedan haber recogido en los cuatro días de lluvia continua.

Para no aburrirnos, trataremos de cazar algo. Pensar en continuar el viaje sería una locura, el río desbordado nos tragaría en la primera ragonada donde la correntada se triplica por el obstáculo que le oponen los árboles, y como el río baja con la misma rapidez que sube, es más prudente esperar.

Mientras estábamos haciendo estas reflexiones oímos una voz desfallecida que salía entre la espesura bañada por la creciente. No podíamos ver nada

pues estábamos en una especie de ensenada.

La voz seguía percibiéndose más cerca y a nuestra vez también gritamos.

Prestábamos silenciosa atención, violentos para conocer el desenlace de esta aventura, cuando vimos salir entre el follaje semisumergido de la orilla donde había una profundidad de 7 metros de agua, una forma humana en una canoa chica excavada en un tronco que decía en brasilero con voz desfalleciente: «*Tenho fôme, vo a morrer de fôme y frio, van para 4 dias que vivo sin comer dentro d´agua*» (109).

Se le tomó la canoa y con mucho trabajo lo ayudamos a subir.

Daba espanto ver el conjunto de su persona, de estatura regular, con largos cabellos color de humo amarillento sucio, barba ídem, sobre la cabeza medio la cubría una antigua gorra de manga rota zurcida y remendada con parches de bayeta multicolores.

Una bolsa cruzaba el cuerpo sobre una camisa vieja y se sujetaba por un nudo bajo la garganta y un ex pantalón completaban el vestuario, amén de un lío de cueros podridos de tateto (110) y oso hormiguero (111) que le hice tirar al agua por su fetidez, antes de que se nos aproximara, y que le servían de cama.

El pobre fue derecho al fogón, que gracias a la abundancia de leña era inmenso, calentándose hasta quemarse y allí medio delirante exclamando siempre: «*moro de fôme y de frio*».

Al rato sufrió un vértigo y vuelto en sí empezamos a hacerlo comer poco a poco prohibiéndole que hablase. Tenía un plato lleno de comida y no atinaba a llevar la cuchara a la boca.

Concluyó el plato que roció con mates, vaciando dos pavas de agua caliente.

El resto del día lo pasó al lado del fogón, comiendo y tomando mate.

A medida que reparaba sus fuerzas, pudo contarnos que se llamaba Lima Doce; dijo haber sido soldado y ya hombre maduro en la revolución de Río Grande, por el año 1840 a 1845, haber también empezado y concluido la Guerra del Paraguay, de la que tenía como recuerdo algunas cicatrices de lanza y bala. Por su modo de mirar y de expresarse, se conocía el tipo del veterano que recuerda con orgullo sus pasadas campañas.

Día 28. Fue orden general que la flotilla debía marchar hoy, aunque la decisión o buen ánimo por parte de algunos tripulantes no fuese de la mejor por creer que el río no estuviese aún en condiciones favorables, pero, a pesar

de esto, obedecieron todos.

Antes de marchar me extrañó ver que cada peón traía del monte dos bastones largos de tres metros, uno terminado en gancho y otro en horqueta.

Pregunté a un capataz y me contestó que de allí en adelante teníamos que seguir de un modo muy distinto, ya no sería a remo ni a botador de punta, sino enganchando ramas, abriendo picadas por dentro del monte anegado y empujando otras con el botador de horqueta.

Una vez en marcha comprendí que había sido una imprudencia; haberlo sabido antes soy también de los descontentos; pero ya estaba en el baile y no había más que bailar.

Cada árbol sumergido, cada tronco que se detenía aunque flotante por sus ramas enredadas abajo de agua, todo formaba un hervidero espantoso y por su lado o por encima había que pasar.

No pasaba instante en que no reflexionase considerando a la altura en que navegábamos sobre la copa de los árboles, cómo quedarían una vez retiradas las aguas de los árboles de pie con otros secos o arrancados enhorquetados en sus copas, pero las espinas de las uñas de gato y juquerises (112) no me daban mucho tiempo para pensar, pues a pesar de nuestros cuidados, no nos podíamos librar de sus caricias. Era imposible pasar por el lado exterior del monte, allí las ramas eran mucho más débiles y no podríamos aguantar la embarcación por ser la corriente más fuerte. Habríamos andado cuatros horas calculando la marcha en 100 metros por hora cuando subimos por unos remansos en los que estuvimos dos veces a punto de zozobrar a causa del viejo Lima Doce.

Atracamos en la costa y acampamos: habríamos andado dos leguas, y pasado la corredera Tararira (113). A la noche oímos el toque de trompa que fue inmediatamente respondido por los peones con gritos y alaridos.

Este es el saludo oficial que por allí se emplea cuando se encuentran en viaje. Los de la trompa bajaban con yerba para el Sr. Fraga con una velocidad de ocho millas por horas (114).

El capataz afirmó que llegarían a San Javier en día y medio, nosotros aguas arriba habíamos puesto 14.

Día 29. La marcha siguió con el trabajo y la lentitud de ayer; a la 7:30 a. m. estábamos frente a la Isla Sur de la corredera Choforí (115), que la pasamos por la costa brasilera por donde pasa el canal principal.

Desde la desembocadura del Uruguay en el Plata hasta aquí este pintoresco

río no ofrece vistas tan espléndidas y cuadros tan admirablemente hermosos como en este lugar.

Entre dos canales estrechos de 100 metros cada uno en que se divide el río, se levanta airosa y en forma de torre elevada de 50 metros, la isla que lleva el nombre de la corredera. Detrás se ven los cerros elevados de la costa argentina que parece querer interponerse al paso de los canales, pues el río da vuelta repentinamente a la derecha.

A media legua arriba y siguiendo la corredera se halla otra isla del mismo nombre.

De noche alcanzamos una balsa con 34 hermosas piezas de cedro que se habían escapado con la creciente entregándose a sus dueños, quienes obsequiaron a los que la tomaron con varias rapaduras.

Antes de llegar a tierra vimos una carpincha (116) con dos hijos, maté uno de ellos que desempeñó más tarde el papel de lechón en la cena.

Desgraciadamente habíamos elegido mal terreno para acampar; a nuestra espalda, teníamos un cerro alto y nos instalamos en una faja apenas de cuatro metros y tan inclinada que a gatas podíamos tenernos de pie y para que la cosa fuera completa, toda esa noche llovió a torrentes.

Día 30. Sigue lloviendo, y nos molestan los jejenes (117); a las 2 p. m. escampó: por distraerme, tomamos una canoa y subimos hasta la barra del Alburicá en la costa brasilera, entramos como media legua dentro del arroyo pero no tuvimos suerte, las tentativas de caza y pesca fueron infructuosas.

Día 1.° de octubre. Al amanecer volvió a llover; nos resignamos a esperar que se componga el tiempo.

Pasó una canoa grande cargada de yerba que venía de Nonhoay (118), la alcanzamos con una de las nuestras y compramos treinta rapaduras que nos sirvieron de postre.

La canoa traía un techo de paja especial de dos aguas que la cubría en toda su extensión menos en la popa, donde va el pelotero o timonero que cuando llueve es el único que se moja; a estas canoas cubiertas las llaman piraguas. Adentro venían una china y cinco criaturas que traían como única mantención rapaduras.

A propósito de dulce; esta gente no extraña que les falte el charque por meses para mantenerse, teniendo rapaduras, las prefieren a todo.

Un sólo individuo come seguido dos líos o sea 4 rapaduras, más o menos 2 libras de azúcar.

En el día sin ningún esfuerzo y con fruición, se comen 10, o sea 5 libras de dulce (119).

A las doce dispuse adelantarme con la canoa pequeña acompañado de Felipe, dos remeros, nuestras armas y víveres para dos días.

Después de seis horas de remo cortando la corriente y con intervalos de garúas, llegamos al rancho de un tal Sebastián, sobre la costa brasilera.

Habíamos cruzado por las correderas Alburicá y Puchpara-tras (120), que aunque cubiertas por la creciente era imposible pasarlas a remo, así que tuvimos necesariamente que asirnos de las ramas arañándonos y dejando girones de ropas en las espumas de la costa.

Día 2. Lo pasamos esperando las otras canoas que llegaron muy tarde, así que dejamos la marcha para el siguiente.

Día 3. A la madrugada llovió torrencialmente, a las doce subimos las correderas de la Viuda y después la de Aparicio, y a las 4 de la tarde llegamos a la mejor casa construida en el Alto Uruguay entre San Javier y este punto, de los señores Fraga y Lasaga, costa argentina.

Domina dos grandes canchas al Oeste y Sur en cuyo recodo se halla en la falda de los gigantes cerros.

El Sr. Lasaga nos trató espléndidamente. Debo hacer notar que desde el arroyo Amburicá, costa brasilera, empiezan los lotes de la Colonia Militar brasilera del Alto Uruguay, viéndose a cada kilómetro poblaciones y sembrados.

Pero como sucede en todo el Uruguay, que frente a Gualeguaychú se halla Fraybentos a Colón, Paysandú, frente a Concordia, el Salto, frente a Federación, Constitución, frente a Caseros, Santa Rosa, frente a Libres, Uruguayana, frente a Alvear, Staqui (121), frente a Santo Tomé, San Borja, frente a Garruchos, una colonia brasilera, frente a San Javier otra, así aquí cada rancho brasilero tiene su correspondiente argentino en frente.

Día 4. Anoche llovió y temprano seguimos viaje; hace dos días que navegamos entre poblaciones, sembrados y cañaverales, ocupando los declives de las barrancas y las faldas de los cerros cubiertos de vegetación que forman un marco espléndido de un verde oscuro que más hacen resaltar el manto verde claro de los cañaverales, otras veces aparecen grandes, rosados, llenos de trozos enormes de árboles secos que aparecen blancos resaltando entre el verde de los maizales o tabacales.

Todo salpicado de arroyitos que traen su pobre y continuo tributo al

Uruguay, mansos unos, inquietos otros, serpenteando por los cerros para caer como pequeñas y preciosas cascadas.

Desde que salí de San Javier vengo extasiado contemplando tanta belleza, siempre desigual, nunca monótona, atrayente, espléndida, lo sublime no cansa nunca y se admira siempre.

Ya divisamos la Colonia Militar, vemos la agrupación de casas sobre la barranca suave, y por fin llegamos.

Capítulo XI
El Alto Uruguay

Viaje en canoa. – La costa argentina. – La costa brasilera. – Neblinas diarias. – Las correderas. – Las piedras que lloran. – Mariposas. – Saltos de agua. – El Paraíso o Iparré (122). – Cascayo. – Su ingenio y sus productos. – Layus. – El Pepirí Miní. – Marcha a botador. – El Gran Salto de Moconá. – Morteros en las Piedras. – Pescados. – Monos. – Corremos el canal. – Vuelta a Layus.

Al amanecer nos embarcamos con Felipe y dos peones en una gran canoa de un solo trozo de cedro (123). Cruzamos el Uruguay, fuimos a buscar a Fragoso, que vive frente a la Colonia Militar; lo embarcamos, y empezamos a andar a fuerza de remo y botador aguas arriba, arrimados siempre a la costa argentina.

La canoa de una sola pieza y como todas, mal trabajada, se deslizaba perezosamente, lo que me daba harto tiempo para poder observar a mis anchas ambas costas, a pesar de que la posición incómoda y forzada no me agradaba mucho.

La costa brasilera en un gran trecho, está rozada y plantada de caña de azúcar, maíz, etc. Pasamos la isla que está frente a la Colonia y que según tengo entendido es argentina; parece por ser alta y con un cerro en su centro, un castillo y sus orillas no dan acceso: son de piedra, casi todas cortadas a pique y está cubierta de la misma e intrincada vegetación de la orilla.

La costa argentina se presenta virgen salvaje, con su vegetación exuberante.

De uno y otro lado, el terreno es ondulado, pero en la costa argentina, los cerros son más altos que en la brasilera.

Siempre cerca de la costa argentina, seguíamos navegando ya a remo, ya a botador, ya ayudándonos con los gajos de las plantas.

Uno de los peones, me dijo al rato: «*olle patron as pedras que choran*» 1, mostrándome en la orilla de la barranca unas piedras engastadas en ella que destilaban continuamente gotas de agua.

De vez en cuando ya no lloraban sino que rugían y era que entre los árboles caía como un torrente un chorro de agua grueso que formaba una pequeña cascada, al rebotar de piedra en piedra.

La costa, en gran parte, mostraba a 10 ó 12 metros el límite de las altas crecientes, llena de arena y desprovista, como una faja, de vegetación arbórea, sólo con uno que otro arbusto chico, pero oprimida por el monte que más atrás y más alto la cierra completamente.

Ya hemos perdido la vista a la Colonia; el sol se hace sentir cada vez más fuerte y nosotros en la canoa y sentados, lo recibíamos de lleno.

Pasamos la corredera del Turbo. Sobre las piedras húmedas de la costa, millares de mariposas amarillas (124) se entretenían en chupar el agua y cuando al pasar cerca de ellas empezaban a volar, heridas sus alas por los rayos del sol, parecía una fantástica lluvia de oro.

Avanzábamos cada vez más, aunque lentamente; el paisaje seguía con poca variante: lo único que rompía la monotonía de nuestra marcha eran las correderas: después de 4 horas, llegamos a una muy grande, era la del río Paraíso; fue necesario gran trabajo para poder pasarla. Una que otra vez, se sentía una trompada de la canoa en las piedras.

Los peones sudaban, la canoa se movía poco, zafaba, volvía a pararse, volvía a arrancar y al fin a fuerza de trabajo, zafábamos del todo mientras ellos lanzaban sus alaridos de costumbre.

Estábamos en la barra del río Paraíso o Ipané, espléndida, ancha, como para servir de refugio a una gran embarcación; con sus orillas magníficas llenas de vegetación frondosa que al ser reflejada en sus aguas le daban un tinte verdoso.

Como era necesario almorzar, saltamos a tierra en su orilla izquierda, cuya barranca es baja, allí empezaba el campo de los Sres. Storni y Ambrosetti: lo primero que vimos fue un mojón de angico (125) marcado a fuego con esta inscripción: A/S, puesto por el agrimensor nacional don Juan de Queirel en 1889 cuando la mensura, y cuya posición geográfica es 54° 2’ 39’’ longitud O de París y 27° 13’ 56’’ latitud Sud 2.

Las costas se muestran igualmente: sola la argentina, siempre mucho más llena de cerros altos y cubiertos de vegetación tupida, lo mismo que la brasilera.

Después de pasar una corredera, a las 6, llegamos a Cascayo, que es una playa en donde se amontonan los rodados que las aguas arrastran, formando

una especie de banco: un poco más y llegamos sobre la costa brasilera, puesto de don Antonio Francisco de Olivera (a) Cascayo, donde pasamos la noche.

El puerto de Cascayo está frente a un gran cerro, su barranca es más de 40 metros de alta; la subimos después de coleccionar muchas mariposas, que allí como en toda la costa abundan y fuimos recibidos por el viejo don Antonio, brasilero de la provincia de Paraná, de 65 años, que hace 13 que vive en ese punto, acompañado de cuatro hijos varones y tres mujeres.

El frente de su casa está rozado, destroncado y sembrado de gramilla; el edificio es de madera grande y cómodo; todas las tablas, perfectamente aserradas y cepilladas; el techo es de tejas de madera, cortadas iguales y está rodeada de un cerco de tablas, muy bien hecho.

Dormimos muy bien, cenamos opíparamente, y al otro día temprano seguimos viaje aguas arriba.

Las costas presentaban el mismo aspecto; piedras y vegetación; en las piedras vi muchos huesos de caracol (ampularia) (126), los saltos de agua seguían abundando: pasamos todavía algunas correderas y a las 11 llegamos a Layús (127) cerca del Pepirí Miní, después de haber cruzado las correderas Bocudo, Calesto Tejas, Sapos.

Bajamos a tierra y después de coleccionar una buena cantidad de insectos y mariposas, subimos la barranca cerca de 60 metros y llegamos al rancho que ocupaba provisoriamente don Andrés Maidana.

Todo el día lo empleamos en coleccionar y tomar datos comerciales y prepararnos para salir al otro día a visitar el famoso Salto de Maconá (128).

Temprano volvimos a embarcarnos: pasamos delante la barra del Piripi Miní (129), que es un río importante por el caudal de agua que derrama sobre el Uruguay, pero desgraciadamente no navegable; seguimos costeando la costa argentina un poco más, hasta que tuvimos que tomar la brasilera.

La navegación era cada vez más difícil; los remos fueron inútiles, el botador solo nos hacia avanzar: oímos claramente el rugido del salto cada vez más fuerte, los rápidos se sucedían frecuentemente, ya el botador solo no daba: era necesario saltar sobre las piedras y tirar la canoa a silga (130) y echarse al lago (131) para empujarla. Después de una hora de trabajo, vimos el salto.

Llegamos frente a él, saltamos en una playa pedregosa del lado brasilero y por allí seguimos a pie por más de dos kilómetros para poder gozar de su espectáculo (132).

El salto se presenta espléndido, magnífico, el viajero se siente extasiado ante la majestad imponente de esa masa enorme de agua que se precipita dividida en chorros diversos delante de uno; fascinado se sigue como atraído caminando los dos kilómetros sin sentir el calor sofocante y el sol abrasador mirando siempre asombrado tanta belleza que la naturaleza prodiga allí.

Y se sigue caminando sobre el gran pedregal lleno de inconvenientes que se salvan instintivamente sin mirarlos, avaros los sentidos de distraerse un instante de aquel espectáculo magno.

Se tropieza, se pisa mal, se reciben golpes en las piernas contra las aristas de las rocas, pero la sirena del salto a cada dolor sonríe siempre arrullándolos con su música estruendosa.

Y la marcha continua por dos kilómetros; delante la escena variada en su monotonía de aquel raudal de agua que sigue precipitándose con arte infinito, mientras que dentro de uno se sienten emociones múltiples de profunda admiración contemplativa.

El placer de la satisfacción primero, el dulce abatimiento después, alternándose a cada paso estimulan o desalientan al viajero sucesivamente bajo aquel sol terrible, que se oye sin darse cuenta la voz de ¡anda!, ¡anda!

Aquí el río Uruguay completamente estrechado entre las dos barrancas de sus costas se transforma en un canal de 25 metros de ancho que recibiendo las aguas del salto corre con horrible velocidad formando remolinos espantosos coronados por crestas de espuma constantemente aumentadas.

El salto es uno de los más curiosos por su forma y disposición: representa una S que saliendo de la costa brasilera corre después paralela al río en una extensión de cerca de 2000 metros y termina en la costa argentina; así que las aguas se precipitan de la costa argentina hacia la brasilera desde una altura de 5 a 6 metros.

La masa de agua está dividida en veinticuatro caídas distintas, cuyos tamaños son, principiando del lado argentino, en metros: 1-3-9-12-11-12-30-5-19-20-16-6-4-5-2-4-27-25 -50-90-2-40-200-300.

Las distancias que separan los chorros entre sí son: 12-18-60-22-15-5-4-2-3-12-8-8-5 -2-4-3-0 -10-10.

Detrás del salto, un cerro cubierto de espesa vegetación corre paralelo a él encuadrándolo con su mano verde (133).

Mi primera impresión fue de sorpresa al ver desaparecer súbitamente el majestuoso Uruguay que acababa de recorrer casi íntegro desde su boca hasta

allí; luego fue de admiración ante una obra tan magnífica; pero después el recuerdo terrorífico de su nombre, *el que tragó* (134), trajo a mi mente los naufragios anónimos de las canoas que por allí se despeñaron y hasta me pareció oír el terrible grito angustioso de los náufragos, rápidamente ahogado por el trueno retumbante de sus aguas.

Caminando sobre la playa de piedras observé el curioso trabajo del agua en ellas.

Cuando crece el río, toda la playa se cubre, como también el salto, y entonces los rodados, al frotar contra el piso de piedra, lo desgastan agujereándolo y haciendo en ellos una especie de morteros de los que se halla llena la playa. Cada uno de estos tiene en su interior varios rodados (135).

En el canal del salto, hervían materialmente los pescados predominando entre ellos el dorado, que caído del salto haciendo esfuerzos para volverlo a subir nadando infructuosamente, contra la corriente de las aguas; pescamos cinco, todos de gran tamaño, también vimos bogas, tarariras y otros que no pudimos conseguir (136).

La roca que forma el salto, creo sea diorita.

Recogí algunos rodados, entre los que predominan la diorita, meláfira, los sirex y ágatas en abundancia, pero todos ellos demasiado pulidos para ser de allí.

La posición geográfica del salto es la siguiente: 27° 08’ 19’’ latitud austral, 10° 12’ 47’’ longitud Oeste del meridiano de Pan de Azúcar de Río de Janeiro.

Mientras estábamos contemplando el salto, aparecieron cerca de nosotros una bandada de monos negros (*Mycetes niger*) (137) chillando y haciendo mil cabriolas entre los árboles; me entretuve un rato mirando aquella gimnasia original, hasta que los peones que son muy aficionados a comerlos, mataron un casal, pero yo ordené sacarles el cuero y tirarlos porque me repugnan, parecen negros chicos.

Revisándoles el estómago, los encontré llenos de fruta de guaimbé (138).

El salto ofrece un serio obstáculo a la navegación, pero como el hombre nunca se arredra por nada, los canoeros ya le han buscado la vuelta.

Lo que hacen para pasarlo es subir con un aparejo las canoas y cargas, entre el primero y segundo tumbo, y una vez arriba, toman el remanso que forman las aguas y marchan 20 leguas aún hasta llegar a Nonhoay (139).

De Nonhoay bajan en la época de creciente piraguas, o sea, embarcaciones

grandes como chatas, cargadas y como el salto está tapado, lo pasan muchas veces; no estando bien crecido el río, zozobran, haciéndose pedazos en las piedras y ahogándose más de un tripulante.

1 Mire, señor, las piedras que lloran.
2 Diferencia de tiempo en París: 3 h 45´ 31, 5/6.

Capítulo XII
Las campiñas

La Picada. – Las Campiñas. – Yerbales y yerbateros. – Sistema brasilero y paraguayo. – Las mulas. – El Monyolo. – Los perros. – Los tigres. – Sus historias. – El tigre negro. – La mariposa de algodón. – La caza del tigre. – Venado. – Anta y Tateto. – Vuelta a la Colonia Militar. – El mate forever (140).

1.° de enero de 1892, lo saludamos con salva y un poco de música de acordeón y tambor: pasamos todo el día en Layus (141) muy tranquilos, haciendo nuestros preparativos de marcha por las picadas del campo.

Después de almorzar fuimos agradablemente sorprendidos por la llegada de una tropa de mulas cargada de yerba que venía de campiñas (142), las mismas que al otro día nos debían conducir.

En su totalidad, estaban gordas, cada una traía lo menos 10 arrobas brasileras de 32 libras, y llevaban 4 días de marcha.

Es muy curioso ver esos animalitos, porque todos son bajos cargados con dos enormes Bruacones (143) llenos de yerba mate canchada; tan sufridos para la marcha a pesar de la inhumación (144) de los troperos que las cargan muchas veces sin hacer caso a las lastimaduras horribles que se les forman en el lomo y las costillas.

Felizmente, estas mulas estaban poco lastimadas: de la tropa faltaba una que había pagado su tributo de carne fresca a «don Simón», como llaman por allá al tigre. Hacía 4 días a la tarde, a invitación de Maidana, fuimos a cazar un venado (145).

Después de cenar, recayó la conversación sobre la caza (146).

El venado cuando siente ladrar los perros, corre y se tira, ya sea al Uruguay o a algún otro arroyo, así que es necesario que algunos se queden en la canoa para escuchar la corrida desde el río.

Llámase corrida al ladrido de los perros que siguen el rastro.

El tatitó (147) se caza de otro modo: los perros cuando encuentran el rastro lo siguen hasta dar con él, al que corren y obligan generalmente a meterse en

algún tronco hueco donde es fácil matarlo.

Otras veces no se esconde y se mata a bala.

La caza del anta cambia de especie: si se tira al río, es necesario clavarlo con una especie de arpón atado a una soga, porque si no, el animal se zambulle mucho; una vez muerto va directamente al fondo y no sale sino a los dos o tres días, mientras que fijado con el arpón, se trae de la canoa y como en el agua no tiene gran acción, viene sin dificultad: una vez cerca, lo matan a cuchillo.

Para cazarlo en tierra, los montaraces lo esperan con los perros en los lambedores o barreros, que es un lugar de tierra algo salitrosa, donde acostumbran de noche ir a lamer las antas.

Allí se mata a bala, pero es necesario pegarle bien, porque en tierra es muy peligroso, atropella, pisa con las patas de adelante, muerde y tira con los dientes sin aflojar las patas, de manera que saca el cuero o el pedazo de un tirón.

Los perros son las principales víctimas de las antas, y más de un cazador ha pagado cara su imprudencia.

En cuanto al tigre, es otra cuestión muy distinta.

Cuando se da con el rastro, se largan los perros que lo siguen hasta encontrarlo; a los ladridos el tigre trepa sobre algún árbol y se coloca en un gajo horizontal.

El perro debajo lo sigue acuando (148), como dicen por allí, hasta que el cazador llega inmediatamente, trata de tirarle apuntando al degolladero o sangrador (149).

Si lo matan, cae del árbol y sino, herido solamente, trepa como un rayo, más arriba y de allí se descuelga al suelo, atropellando; en este caso, se le largan otra vez los perros para entretenerlo y poderlo matar con más seguridad; pero a veces, no les hace caso o los mata y entonces se traban esos combates terribles en medio de la maraña más intrincada, sin más testigos que la grandiosa majestad del monte que repercute con sus espantosos bramidos y las imprecaciones del cazador.

Otras veces, no trepa y espera al cazador sentado sobre sus patas traseras, moviendo acompasadamente su cola sedosa y mostrándole sus fauces abiertas por un bostezo de impaciencia.

El cazador es necesario que sea valiente para que se le acerque, la sangre fría es todo en este caso: un buen balazo decide la cuestión, pero si no da bien

en el blanco, no le queda otro recurso que esperarlo y tirarle otro tiro de su pistola en la boca o clavarlo de una puñalada, lo que es algo difícil, porque el tigre cuando carga se levanta sobre sus patas traseras y tira manotones desesperados que le aventan el machete.

Los montaraces en general están dotados de una sangre fría admirable; en gran parte debida a la costumbre de luchar contra la naturaleza a cada momento.

Ninguno la rehúye, no sólo porque se divierten, sino porque aprovechan el cuero y comen su carne, que según ellos es deliciosa (150).

Se cuentan muchas historias de los tigres: esa noche estuvimos conversando de ello.

En el rancho donde estábamos, se encontraban tres cazadores de tigres, así que la conversación fue por demás interesante: algunos hechos merecen relatarse.

Fragoso, mi tropero, encontró una vez un tigre, que su perro hizo trepar: se le acercó, no tenía su pistola sino cargada con munición y como lo viera que estaba asustado según él, porque es opinión general entre ellos que cuando un tigre trepado tiene la cara arrugada y no mira al cazador está asustado, y que en vez, cuando al contrario, muestra su cara lisa, alegre y mueve la cola, mirando a alguno, dicen que conoce que entre dos cazadores, hay uno que tiene miedo y es al que mira y al primero que salta. Guiados por estas suposiciones, cuántas veces no se equivocan costándoles muy caro.

Viéndolo asustado, lo empezó a embravecer hasta que levantase la cabeza y cuando quiso incorporarse le metió la carga en el sangrador, dejándolo muerto en el acto, lo maté dijo, como a una jacutinga (151).

Al comerlo, le encontró los pulmones llenos de munición.

Antonio, otro de los tigreros, nos contó un caso original.

Márquez, mi peón, es yerbatero y habían trabajado juntos: como casi todos, es muy lleno de supersticiones y en su pecho ostenta a guisa de condecoración un escapulario monumental que según él le salvó la vida.

Estaba zapecando yerba, cuando sintió que el escapulario le golpeaba tres veces en el pecho: se dio vuelta y detrás de él como a 5 varas vio al tigre en posición de saltarlo: como un cohete se levantó y disparó llamando a sus compañeros: llegó Antonio con los perros y un fusil; los perros dieron con el rastro y corrieron al tigre que trepó.

Márquez quiso acompañarlo, pero Antonio, que no usa escapulario, le

observó juiciosamente que no fuera porque con escapulario no se encuentran nunca fieras en el monte y por lo tanto no podrían dar con el tigre.

Entró al monte, encontró al tigre: le hizo fuego hiriéndolo mal: el tigre saltó al suelo, lo atropelló matándole dos perros; pero en medio del combate, pudo felizmente darle un machetazo sobre los ojos que lo encegueció por la pérdida de sangre, acabándolo de matar a puñaladas.

A propósito del escapulario, lo sucedido con Márquez es fácil de explicar. El tigre cuando está por saltar, produce un sonido especial con las orejas: una especie de tic *sui generis,* bien conocido por todos (152); esto fue lo que oyó Márquez y como estaba agachado y trabajando, el escapulario balanceándose le golpeó naturalmente.

Pero está tan persuadido que ha sido el escapulario, que se confía al punto de no usar armas de fuego.

El tigre es muy aficionado a los perros, tanto que hubo una época en que uno de ellos, tenía aterrorizados todos los campamentos de yerbateros, de día, de noche, a cualquier hora, estuviesen reunidos o no, saltaba en medio de ellos y arrebatando un perro, se lo llevaba (153).

Muchas veces le tiraron sin conseguir herirlo, hasta que un día después de haber muerto 18 perros en distintos campamentos, al querer saltar a un yerbatero que estaba tejiendo una estera de tacuara, este le pegó un tiro que lo dejó muerto, pero como los tenía asustados, llamó a sus compañeros que acudieron y sólo después de hacerle una descarga, se acercaron a él.

A la Comisión Argentina de Límites, otro tigre, una noche se llevó un perro y después del perro, vino y mató a un hombre que dormía profundamente.

Pero un hecho más horrible sucedió en las campiñas de Américo (154).

Un tal Manuel Juan salió con un hijo a cazar; largaron los perros en el monte, dieron con un rastro de tigre, al que siguieron. El tigre después de matar a uno de ellos, operación que efectúan dando vueltas con rapidez alrededor de un árbol grueso y esperando agazapados que el perro pase agachado siguiendo el rastro para darle un manotón en la nuca, se sentó, esperó a los cazadores y los saltó: el hijo de Manuel Juan, cayó al suelo y el tigre se abalanzó sobre él.

Manuel Juan viendo a su hijo debajo del tigre, le tiró, pero la pistola no dio fuego: entonces lo cargó con el machete, pero el tigre se lo manoteó; viéndose desarmado y en medio de la mayor desesperación, no oyendo sino

la voz de la sangre, saltó sobre el tigre y lo montó, le metió las manos en la boca, agarrándole las quijadas, y así estuvo un rato jineteándolo e impidiendo que mordiera a su hijo.

El tigre al sentir el jinete se sacudió, se levantó; entonces el hijo que felizmente había caído con la cabeza adelante y resguardado entre las patas traseras del tigre, pudo salir, agarrar el facón del padre y lo cosió a puñaladas: el tigre murió, pero en las ansias de la muerte alcanzó a morder a Manual Juan en un brazo, de un modo tan horrible, que hoy lo tiene completamente inmóvil y dándole el último zarpazo en una nalga, le dejó una profunda herida.

Yo lo conocí después en San Pedro y todavía al mostrarme su brazo mutilado me decía riéndose: «¡Qué bicho desgrazado para domar!» (155).

Otro caso original sucedió en las campiñas del Paraíso (156).

Estaban acampadas 4 tropas. Los troperos a eso de las 8 de la noche sintieron el tropel de las mulas que espantadas llegaban a las carpas y de repente un ruido infernal de tacuaras que se quebraban, relinchos, bufidos, patadas, etc.

Acudieron, juntaron las mulas: había dos heridas, velaron toda la noche y al otro día encontraron entre un tacuaral deshecho el cadáver de un tigre muerto a patadas: las mulas seguramente le pegaron la primera bien y en seguida de que cayó al suelo, siguieron su obra de defensa: le sacaron el cuero y encontraron el cuerpo lleno de magullones y con el cráneo y los huesos rotos.

Esa noche salió la conversación del tigre negro (157) y como no creyera en su existencia, me aseguraron que tanto en las campiñas de Américo como en Pari, frente a donde estábamos, habían muerto tigres negros: pocos días después, pude cerciorarme de la verdad, viendo el cuero del tigre negro muerto en Pari que mandaban de regalo a D. Juan Carlos, de San Javier, el que a su vez tuvo la deferencia para conmigo de regalármelo.

El cuero es de un negro lustroso, liso, pero al moverlo y mirándolo al través aparecen todas las manchas de un color más oscuro distribuidas lo mismo que en el tigre común.

El cuero tiene las siguientes medidas:

1 metro 87, largo del hocico a la raíz de la cola.

0 metro 83, largo a la cola.

0 metro 85, ancho en el medio.

1 metro 72, ancho incluso las manos.

1 metro 60, ancho incluso las patas.

0 metro 46, ancho del cogote.

0 metro 15, entre las orejas cortas.

Antes de acostarnos, decidimos salir temprano para las campiñas del Paraíso.

Al otro día, a las 5 a. m., montábamos en nuestras mulas y después de pasar el arroyo de Monyolo nos internamos en una picada yerbatera: marchamos como 4 horas largas en ella, subiendo siempre cerros más o menos altos, entre ellos uno bastante fuerte llegando a las campiñas a las 9 y media.

La picada, como estaba muy transitada, se hallaba en buen estado, así que con poco trabajo hicimos el viaje.

Las campiñas son seis, entre todas tendrán de superficie más o menos una legua, hallándose separadas entre sí por restingas de monte alto con abundancia de pitinga (158) que es uno de los mejores, sino el mejor pasto de engorde para las mulas.

El monte que las rodea es lo que se llama fascinal (159).

Los pastos que se hallan en las campiñas son gramillas en su mayor parte y están todas rodeadas por el Paraíso teniendo así abundancia de agua.

Más adelante de las campiñas se hallan los yerbales de los ojos de agua, en estas hay también un yerbal enorme.

El yerbatero es un tipo clásico especial; debe ser un hombre sano, fuerte y de gran resistencia para el trabajo: su carácter generalmente es reservado, no se ocupa sino de la extracción de yerba que empieza en enero y termina a fines de julio; fuera de ese tiempo, planta algo, pero casi siempre poco.

Para explotar una cantidad de yerba, uno contrata por un tanto la arroba con un jefe de comitiva; este va con sus peones al monte y elige un campamento cerca de un yerbal. Lo primero que hacen es limpiar completamente el terreno, fabrican el rancho cubierto con hojas de palma pindó y de construcción sencilla: después del rancho, hacen el noque, la cancha y uno o dos carigios (160), según la cantidad de gente que componga la comitiva o la importancia del yerbal. Todos estos trabajos son de obligación de los peones o tariferos (161), y el patrón se obliga por ellos a darles la comida.

El noque (162) es un rancho levantado del suelo como unas dos cuartas,

cubierto por un buen techo de hojas tacuaras y el piso bien hecho de troncos de arbustos, unos al lado de otros, sostenidos por horcones bajos de la altura indicada: este piso como también las paredes del noque se revisten con una estera de tacuara (163).

Para hacer la estera cortan las tacuaras y después de golpearlas con una maza de madera, las abren en sentido longitudinal de manera que quedan como cintas de cuatro dedos de ancho, las que trenzan entre sí, unas puestas en un sentido y otras en otro, formando una estera bien cerrada. En cuanto a los dibujos de ellas, son muy variados según la habilidad de los tariferos.

Para hacer la cancha, cavan una punteada en el suelo en una superficie que varía según la cantidad de yerba que pueden canchar por día, siempre de forma cuadrada, angosta y larga; después que han cavado, empiezan a mojar la tierra que ha quedado limpia de troncos, piedras o raíces y a pisarla con pisones de madera hasta que queda bien dura.

El carrilfo (164) es una especie de parrilla hecha con troncos de arbolitos de una altura del suelo que da al hombro de un hombre; sostenida por horcones, tendrá de largo 10 metros y de ancho 3 metros: esta parrilla tiene alrededor una baranda de 40 centímetros de alto; sobre esta parrilla ponen además tres horcones en el centro en sentido longitudinal sosteniendo una cumbrera. Un carrillo de estas dimensiones puede cargar 100 arrobas brasileras de yerba en hoja. La cumbrera central del corigico sirve para poner una carpa en caso de lluvia. Una vez que todo esto está pronto, los tariferos entran al monte, quedando solo en el campamento el campamentero que generalmente es el patrón de la comitiva. El tarifero toma un árbol de yerba y con su machete limpia el suelo, debajo de él todos los yuyos que haya, voltea además un árbol grande de otra clase y hace al lado de este un gran fuego. El árbol que voltea le sirve de parapeto contra el gran fuego y a este le llaman zapecador. Después de concluido el zapecador, se pone una manea de tacuara en los tobillos que estira o acorta según el grueso del árbol y armado de su machete, y ayudado con la manea, trepa sobre él desgajándolo de arriba abajo (165).

Una vez desgajado, baja y tomando los gajos los chamusca en el zapecador uno por uno; concluida esta operación, clava dos estacas en el suelo, pone dos cintas de tacuara en ellas, empieza a quebrar los gajos tirando la parte gruesa y acomodándolos entre las estacas: una vez que están llenas de gajos quebrados, los ata y forma un paquete con ellos, sigue así hasta que concluye;

después ata juntos los paquetes, hace dos asas grandes de tacuara, se los pasa entre pecho y espalda, y marcha con su carga al campamento por el pique que antes ha hecho para llegar al árbol de yerba. Muchos de estos dan hasta 10 arrobas de yerba en hoja y hay hombres que cargan hasta 14 arrobas.

La obligación de los tariferos es de traer como mínimo 6 arrobas de yerba en hoja, sino no pagan la comida, pero cuanto más traen, es mejor para ellos, porque todos trabajan por tarifa, es decir, por un tanto la arroba; una vez que llegan al campamento, se pesa la yerba y va al carigio en donde se coloca parada con las hojas para arriba. El campamentero hace fuego y cuida de él que tiene que durar de 7 a 8 horas, para que la yerba esté bien seca. Al otro día, cuando vuelven los tariferos del monte con la yerba en hoja, el campamentero les tiene el carigio desocupado y la yerba seca en la cancha.

Los tariferos armados de grandes facones de madera dura pesados, de 1 a 1 ½ metro de largo, se colocan a uno y otro lado de la cancha y empiezan a golpear la yerba durante 1 ó 2 horas hasta dejarla bien canchada, es decir, lo más quebrada posible.

Los días de fiesta no trabajan, salen a melar o a cazar y sólo están obligados a la canchada de la yerba traída el día anterior. El campamentero es el que más trabaja; tiene que hacer la comida y traer leña, cuidar del fuego del carigio, etc. Los días de lluvia los tariferos tienen obligación de traer ya sea leña ya tres arrobas de yerba en hoja para ganarse la comida. Todo tarifero que encuentra un árbol de yerba, lo limpia abajo y hace el zapecador, tiene derecho al árbol y ninguno se lo toca. En la fabricación de la yerba por este sistema, admite hasta un 10% de Cauna (*Ilex ovalifolia Bompl.*) (166) para darle buen color y un poco de amargo; pero muchos yerbateros sin conciencia le ponen hasta un 100% y no sólo cauna sino también otras hojas, como ser yerba de anta (167), siete sangrías (168), azota caballo (169), canela de venado (170), etc., lo que hace que la yerba preparada de este modo desmerezca mucho. Estos son los defectos del sistema brasilero. La yerba una vez seca y canchada representa la mitad justa de su peso en hoja.

El sistema paraguayo es muy distinto; primeramente el tarifero no lleva al campamento sino los gajos chicos con las hojas, todos los gruesos son desechados; por eso es que en la yerba paraguaya no se ven esos palos gruesos que tienen las otras yerbas. Después, los paraguayos casi nunca la mezclan puesto que los yerbales donde trabajan son muy grandes y no necesitan echar mano de otros árboles para suplir la falta de yerba. Tampoco

usan el carigo sino el barbacuá que es una especie de carigo cubierto por arriba completamente y el fuego lo hacen con ciertas maderas, como la cabriuva o incienso (171) y otras que le dan un sabor especial.

La yerba canchada y depositada en el noque es acondicionada después en grandes sacos de cuero que se llaman bruacas y cargada en las mulas para ser conducida al puerto más inmediato, donde se embarca así o después de molida.

Para moler la yerba, se usan todavía mucho los monyolos que son molinos primitivos.

Están formados de un solo trozo de madera: una de las extremidades excavada con un gran hueco y la otra, lleva una o más puntas de madera también, cortadas en forma de escoplo. Este trozo se coloca sobre un eje al lado de un salto de agua; el agua al caer llena la excavación del monyolo y aumentando el peso baja levantando la otra extremidad; al bajar, el agua de la concavidad se derrama, y entonces la extremidad armada de puntas, cae con fuerza sobre otro trozo de madera excavado también y colocado en el suelo en el que se pone la yerba que va quebrándose y moliéndose a fuerza de golpes. Un monyolo bien hecho da 20 a 22 golpes por minuto y puede moler diez y ocho arrobas diarias.

Antiguamente, se molía la yerba a mano.

Rodeando una batea larga, llena de yerba canchada en el suelo, se colocaban los hombres armados de pisones de madera dura cuya parte inferior estaba cortada en forma de escoplo; al compás de cantos monótonos, levantaban y dejaban caer los pisones hasta que quedaba molida.

La yerba así molida era enzurronada en tercios de cuero, que hoy sólo se usan en el Brasil, pues en el Paraguay y la Argentina no se emplean sino bolsas que dan igual resultado y son menos costosas.

Vimos también muchos guaraypos y mandurís (172) en la picada, que nos revelaban debían estar cerca las colmenas; mis peones quisieron melar, pero como no estaba para perder tiempo, no les permití: a mí no me gusta la miel, me empalaga muy pronto. Esa gente, si tiene obligación de voltear un árbol por necesidad, rezonga y lo hace de mala gana, pero por melar es capaz de trabajar dos horas con el hacha; todos son sumamente golosos.

Llegamos al fin a Layús, cazamos insectos en abundancia, principalmente coccinélidos y hemípteros, y una mariposa muy curiosa que sorprendió a Felipe; se hallaba prendida en los yuyos; al agarrarla, lanzó con fuerza una

gran cantidad de materia cerosa que segrega en hilos muy finos y blancos como un copo de algodón: gran parte de esta se desprende y como es más liviana que el aire, flota en él (173).

Más adelante cazamos otra y repitió la misma operación. Debe ser un arma defensiva para cuando un pájaro o algún otro insecto agarren a la mariposa, se asusten con el copo lanzado violentamente, y al largarla pueda escapar mientras se reponen de la sorpresa.

Al otro día temprano nos embarcamos con todos los trastes, muy agradecidos de Maidana que fue muy atento con nosotros y después de cinco horas de marcha aguas abajo con un sol terrible, llegamos a la Colonia Militar.

Dos días después, debíamos seguir por la picada de Paggi a San Pedro.

Capítulo XIII
Del Uruguay al Paraná: en plena selva argentina

La Picada de Paggi a San Pedro. – Su historia. – Las Baranas. – Fracrâo. – La derribada. – El Tacuarembó. – Pinares. – San Pedro. – Los indios coroados. – El tiro de flecha. – La Picada de San Pedro a Pirai. – El Monte. – El Tacuaruzú. – El Paraná.

Eran las 8 de la mañana, Fragoso, el tropero, no aparecía: dieron las 9 y recién llegó un hijo de él con una canoa, nos embarcamos y atravesamos el Uruguay. Una vez en casa de Fragoso, este fue a buscar las mulas; se ensillaron y cuando estábamos listos para salir, fue necesario que lo esperásemos para almorzar: nos convidó con un revirado 1 de gallina, pero nosotros ya habíamos comido; al fin dieron las diez y ya falto de paciencia, monté la mula y di la orden de partir.

A las 10:15 nos pusimos en marcha; habíamos convenido salir a las 5 de la mañana. Esto lo hago constar para dar una idea de la actividad de la gente por esas alturas.

Entramos a la picada, atravesamos un monte alto, haciendo de vez en cuando una reverencia a algún tronco atravesado en ella: seguíamos bajo el fresco agradable de la sombra de los árboles, llegamos a unas grandes capueras 2, vimos algún tabaco plantado y después de bañarnos por un rato, en la luz del sol de las 11, volvimos a gozar del fresco de la sombra. El monte seguía uniforme, subíamos un cerro y lo bajábamos, causándome este ejercicio una extraña sensación. Pasamos el cerro costa del Uruguay y atravesamos el Layado naranjo o Larangeira ocho veces; cruzamos el cerro del Monyolo viejo, el Layado de los galpones y después de subir su cerro, bajamos el cerro de Malaquías, y llegamos a las 6 al arroyo Marconde o Pais, donde nos preparamos para pasar la noche en un antiguo campamento de yerbateros: al día siguiente, continuamos la marcha.

Seguimos marchando, encontrando como a 15 cuadras otro campamento de yerbateros: más adelante, hallamos un gran mojón de Angico marcado a cuchillo, J Q 1891, y del otro lado con la cifra XIV 78.

El monte seguía más o menos lo mismo, alto, con grandes árboles cerrados a uno y otro lado, entrelazados con los enormes izipós (174) que como cuerdas gigantescas los sujetan al suelo, coronados por los guaimbés (175) llenos de hojas preciosas de 50 centímetros a 1 metro asegurados a los troncos por sus innumerables raíces largas, otras veces los árboles eran sustituidos por innumerables helechos arborescentes de un aspecto encantador (176).

Más adelante, después de pasar un arroyo, encontramos a la izquierda la boca de la picada del campo grande (177), bajamos el Cerro del Puerto, cruzamos el arroyo Paso Profundo, un campamento y llegamos al arroyo del *mal jogo* donde hicimos noche: el calor era muy fuerte, pero una vez que oscureció, empezó a refrescar.

Toda esa noche llovió, y el día siguiente amaneció nublado: después de subir el cerro del *mal jogo*, lo descendimos por su bajada grande: atravesamos unos cerrillos y el layado de las Cangallas, empezando a trepar después el tremendo cerro del mismo nombre sumamente alto y empinado. Fue necesario prenderse de la cabezada del recado porque no había otro remedio: las mulas se paraban cada momento para tomar alientos y cuando volvían a subir al trote eran los apuros: el tacuarembó, el terrible tacuarembó nos esperaba a cada paso: agachándonos, cuerpeando, haciéndonos a un lado, para evitar cortarnos o recibir sus caricias de fuego, lo subimos al fin.

Bajamos del otro lado: recién me di cuenta de la importancia del rabicho, sin él el recado se hubiese escapado por las orejas de la mula.

Una que otra mata de caraguatá (178) aparecía, el monte volvió a presentarse alto, lleno de tacuarembó: seguimos subiendo y bajando cerros pequeños y costeamos el arroyo Paraíso, que veíamos entre medio de los árboles, espléndido, muy ancho, con su fondo de piedra lamida por un agua clara y lleno de troncos y raigones que las grandes crecientes arrastran en medio de un ruido infernal; como a las 11, salimos del monte y entramos en las campiñas de las Baranas (179).

Describir la sensación que se experimenta al encontrarse en un campo bañado de luz, cuando se ha marchado casi tres días en el monte, sin ver más que árboles y no teniendo la vista sino un campo muy reducido de acción envueltos siempre en una claridad difusa, es algo que no se puede describir: parece que los pulmones se ensanchan: dan ganas de galopar, de reírse y hasta de cantar.

Volvimos a entrar en la picada oscura, sin sol, donde volvían a esperarnos el tacuarembó y la uña de gato (180); eché una última mirada a aquel singular oasis y con un sentimiento parecido al del final de un placer corto, di un rebencazo a la mula y me interné siguiendo el sonido triste y monótono del cencerro de la madrina; bajamos un cerro, cruzamos un layado (181), subimos otro cerro, lo bajamos: pasamos otro layado y llegamos a la oración a Fracrâo (182), después de pasar un gran trecho entre grandes árboles con helechos, ortiga brava (183), etc.

Fracrâo es otra campiña que en un tiempo fue toldería del cacique Fracrâo de los indios Coroados (nación Tupís) (184) hoy desierta; existen las ruinas de una casa muy buena de madera que perteneció a don Pedro González, pero los troperos cuando pasan allí, en lugar de traer leña del monte que lo tienen al lado, encuentran más cómodo arrancar las tablas de las paredes o las tejas de madera para hacer fuego; hoy no queda sino el esqueleto de la casa.

Como llegamos un poco temprano y teníamos tiempo para dormir, me hice contar la historia de la picada por Fragoso, que como vecino viejo de esa parte de Misiones, la conocía:

Hace 20 años, un brasilero, Antonio Mescias, entró por el arroyo Puerto con un compañero para descubrir yerbales y buscar las campiñas de las Baranas de cuya existencia se tenía conocimiento por los indios: después de mil peripecias el compañero lo abandonó en el monte y se volvió, por poco deja la vida en manos de los indios.

Uno de ellos le estaba apuntando con la flecha, cuando fue contenido por otro que le dijo, que siendo solo, no debían venir con malas intenciones y que por lo tanto no le tirara, además que él lo conocía y que era cristiano bueno.

Viéndose Mescias solo y sin provisiones tuvo que volverse.

Al año entraron Manuel y Eleuterio Correa (no eran parientes) brasileros también y después de mucho andar llegaron a las campiñas de Baranas, pero como, sin tener alimentos, sin pólvora, sin munición y sin perro, hasta el punto de encontrarse con una piara de chanchos salvajes (185) y no poder matar ninguno, pero la providencia o la casualidad los salvó y después de andar un mes y diecisiete días perdidos en los montes comiendo cogollos de palma (186) y melando una que otra vez, extenuados sin fuerzas y dados completamente a la desesperación en medio del bosque virgen, lastimados y casi sin poder marchar, llegaron al arroyo *paso fundo* (187).

Eran hombres muertos, les era imposible dar un paso, ya se habían

resignado a morir, cuando oyeron tiros y gritos en dirección a ellos.

Aquellos cadáveres vivos debieron reanimarse y juntando toda la fuerza que sus pobres pulmones podían reunir, empezaron a llamar… dos horas después caían en brazos de sus compañeros, que encabezados por Joaquín Domingo habían salido a buscarlos. Manuel Correa, el más viejo, ya no podía comer, tuvieron que alimentarlo y llevarlo alzado, porque había perdido las fuerzas para caminar y así llegaron a los galpones en donde necesitaron más de un mes en reponerse los dos Correas. Poco tiempo después y ya con los datos de estos, entró Pedro Paggi (188) con tropas de mulas y abrió la picada, que aunque borrada en parte, se conserva y sirve de vía de comunicación entre el Uruguay y San Pedro.

Muy temprano seguimos la marcha: atravesamos unas capueras antiguas, el arroyo Socorro, bajamos dos cuestas y llegamos al Layado Grande: el monte cambiaba de aspecto; poco después de salir de Fracrâo empezamos a ver los terribles efectos de un ciclón. Todo el monte estaba en el suelo: los árboles arrancados de raíz nos presentaban a cada paso el paredón de sus raíces de 2 y 3 metros de altura y los pozos dejados por estos se abrían a cada instante en el suelo, otros tronchados por la mitad erguían su muñón deforme, íbamos saltando troncos, pasábamos debajo de gajos enormes que se sostenían en el aire apoyados al suelo por una de sus puntas; la ramazón, las piedras y aquel inmenso maderamen roto, tirado, derrumbado, presentando puntas y obstáculos por todo, hacía que nos convirtiéramos en gimnastas por fuerza.

Veíamos bien el cielo, pero con un sol de las once que nos quemaba y para concluir la obra de obstrucción, el tacuarembó (189), como ola invasora todo lo cubría con su espeso matorral, troncos, árboles, ramas, picada ¡que picada! Pique abierto de nuevo hacía poco por unos troperos en medio de aquella maraña infernal. Teníamos que ir a lo indio por las costillas de la mula, era imposible pasar de otro modo, no valían los machetes; el tacuarembó con su red de mimbres oponía una resistencia tenaz; además hubiera sido obra de romanos el abrirnos paso con ellos.

Tres leguas de esta manera tuvimos que hacer; cuando el tacuarembó nos permitía, por espacio de un minuto o dos, volver a nuestra posición natural, veíamos a lo lejos perderse entre el monte la derribada, que tiene una extensión enorme (190).

Seguíamos de esta manera subiendo la sierra, en donde encontramos un yerbal respetado por el ciclón, cruzamos el arroyo Paso de los 23 y llegamos

al Peñón de Agua donde almorzamos: en esa travesía, se nos cortaron dos mulas con el tacuarembó, las que tuvimos que curar.

Salimos del Peñón de Agua y empezamos a ver otra vez algunos pinos (191) y los primeros tacuaruzús (192): pasamos el arroyo de los Castellanos y un campamento de yerbateros, el arroyo del Marco quemado con otro campamento; el monte aquí es alto con pinos: vuelven a verse los helechos arborescentes que en ciertas partes abundan; y por fin, molidos y extenuados, llegamos a la encrucijada con la picada de San Pedro a Piray Guazú.

San Pedro de Monte Agudo está situado en medio de un enorme piñal rodeado de yerbales: no es precisamente un abra, sino un campo alto, lleno de monte, de árboles altos, limpio abajo, en una palabra, un fascinal; tendrá 30 casas entre todas, ninguna de negocio: unas 7 son de blancos y las demás las ocupan el *resto* de la tribu del cacique Maidana.

Estos indios son Coroados de la nación Tupí y fueron anteriormente pobladores de Fracrâo; después de la costa del Paraná y hace unos años, están establecidos en San Pedro, completamente mansos. Todos los jóvenes se ocupan en los trabajos de yerba, para lo que son excelentes peones.

Viejos no existen más que el indio Tomás y el cacique Maidana (193), que no es indio sino correntino, capturado por los indios de Fracrâo cuando tenía 14 años y que el haber vivido con ellos tanto tiempo lo ha hecho más indio que todos ellos.

Viven en casas bastante buenas y grandes, hechas de tabla de pino, paredes y techos. A pesar de hablar portugués y de estar en contacto con estos, no han podido asimilarse aún; los indios jóvenes nacidos allí visten a la europea y ya no saben manejar flechas ni subirse a un pino para recoger piñones; trabajan muy bien en los yerbales, pero fuera de eso se lo pasan tomando mate todo el día.

De vez en cuando hacen grandes batidas de caza y son sumamente aficionados a melar, hasta el punto de comerse también las larvas de las abejas.

Acompañado de D. Pedro González fui a visitar a los indios, entre ellos a Tomás, el más viejo de todos, el único escapado a la viruela y a la influenza, enfermedades que han concluido con todos los viejos y muchos jóvenes, hasta el punto de quedar reducidos a 30 familias. El viejo Tomás nos recibió sentado: entramos a su casa, llena de mujeres e indios, que encontramos unos comiendo, otros pisando maíz y uno tocando la guitarra, imitación de las

nuestras, con cuerdas de piolín en su mayor parte, la que rascaba con furor, produciendo sonidos que de todo tenían menos de musicales. Le pedimos que nos mostrara las flechas, a lo que accedió trayéndolas. Se componían de un arco hecho de angico (194) envuelto en corteza de guaimbé (195) y de 8 flechas de angico y tacuarembó adornadas de plumas y guaimbé con puntas de fierro, hueso, madera y dos virotes que son flechas, pero que en vez de tener punta aguda, rematan con un cono invertido de madera, esto es, con la base hacia afuera. Las flechas con punta de hierro las emplean para caza mayor: tigres, antas, tatetos, venados, etc.; las de punta de madera, para pescar, las de punta de hueso para los monos y aves grandes y los virotes para los pájaros chicos, que caen por el golpe que reciben del cono de madera.

Como andaba un mono carayá (196) sobre un pino, le pedí que le tirara. Tomás templó su arco, puso una flecha, estiró el brazo, apuntó, la cuerda adquirió el maximun de tensión y partió la flecha: oí un grito estridente y vi el mono ensartado que caía: los indios aplaudieron a su modo un rato y poco después el mono estaba cerca del fuego clavado en un asador (197).

Al amanecer continuamos viaje: marchamos entre pinares con una que otra mata de caraguatá y de cactus (198).

A las 8 habíamos llegado al arroyo Capas, habiendo cruzado antes un layadito, el L. Macaco en terra, el L. del Marco, el arroyo Cuero y la posada del Palo de Yerba (199). El terreno hasta allí era suavemente ondulado. El monte seguía siempre alto, encontrando de vez en cuando tacuarembó, tacuaruzú o tacuara. Los árboles de timbauba (200), grapiapuña (201), caña fístola, cangaraná (202), siete capotes (203), sangre de drago (204), angico y siete sangrías, iban sucediéndose interminables.

Una que otra mancha pequeña de yerba se veía aún. Los isipós abundando siempre, enroscados a los árboles como gigantescas boas, ya uniéndolos entre sí o amarrándolas al suelo, parecían como el cordamen de una embarcación inmensa. Los guaimbés matizaban los troncos con sus grandes hojas recortadas y los envolvían con los innumerables filamentos de sus raíces. Grupos de cedros parecían adornados con papel picado con sus hojas simétricas y caídas a los lados de las ramas.

Los gruesos inciensos o cabriuvas, las canelas (205) diversas, los árboles de loro (206) oprimidos por los higuerones que como enormes pulpos lo cubrían con su corteza; las palmeras dispersas alzaban el gracioso penacho alargando su tallo, buscando siempre un poco de sol.

Las caunas parecidas a la yerba, los grandes tarumás (207) con la base de su tronco recortada, las cerezas (208), catíguas (209), vacús (210), guayabí (211), guaviroba (212), ivirarós (213), tayubas (214), alecrines (215), guayubirás (216), timbós se alternaban, se juntaban, se intrincaban, luchando todos en un asalto desesperado hacia el espacio en busca de aire y luz, y sobre ellos, irguiéndose majestuoso el pino con su copa simétrica.

En el suelo troncos caídos, llenos de parásitos sobre un colchón de hojas diversas, helechos, plantas de toda especie, yuyos, isipós rastreros, tacuaras, ramas de mil formas, quebradas, mutiladas, gajos de pino mustios y secos, cortezas pulverizándose, caraguatás, uñas de gato con sus espinas traicioneras, todo mezclado y confundido.

Llegamos después de pasar un estribo de la cordillera al arroyo de la Invernada, viendo antes en un árbol de rabo de macaco (217) la siguiente inscripción: C. A. L. 529, que quiere decir, Comisión Argentina de Límites y la cifra, alguna indicación métrica, puesta por D. Valentín Virasoro, quien no pasó precisamente por la misma picada sino por otra hoy cerrada.

Al otro día seguimos marcha temprano: llegamos al arroyo de la Barra, pasándolo dos veces, y después de andar una legua, vadeamos el espléndido Río de las Antas (218), que estaba bastante crecido y corría mucho. Tres veces pasamos después el arroyo de las Islas y del Veado (219), hasta el arroyo Liso, llamado así porque su lecho es de piedra como una mesa de billar.

Llegamos el arroyo León (220): subimos después su cerro que es el más alto que se encuentra en esa picada, pero que no es comparable con ninguno de los que se hallan antes de llegar a San Pedro, lo bajamos y llegamos al Saltiño y después de cruzarlo empezamos a entrar en la región del Tacuaruzú. He visto y cruzado picadas feas, pero como ese trecho nunca.

Al otro día temprano lloviendo aún, nos pusimos en marcha: si la víspera fue marcha pesada por el Tacuaruzú, esta fue espantosa: casi toda la mañana tuvimos que andar, ya sobre el pescuezo, ya sobre las costillas de la mula; a cada momento perdíamos los estribos o nos atracábamos entre las cañas o nos retorcíamos para evitar un arañón de sus espinas, mientras las mulas, por seguir a la madrina, atropellaban por todo.

Al fin, después de tanto, llegamos a un lugar de monte alto: habíamos pasado el Saltiño, el Cariginio, el Contaje llegando al Pinarciño (221) en donde encontramos una tropa. Pirai estaba cerca: apuramos la marcha y al

salir de la picada lo primero que vimos fue el Alto Paraná; nuestra alegría fue grande: llegamos al depósito de los señores Guesalaga y Faraldo, pero el vapor había salido hacía dos horas.

1 Revirado *es un plato brasilero que se usa en viaje. Puede hacerse de cualquier carne frita o hervida que se pone en una bolsa llena de fariña.*
2 Capuera *es un terreno que ha sido rozado, plantado y después abandonado, que la vegetación ha vuelto a cubrir.*

Capítulo XIV
El Alto Paraná

El mapa de D. Juan Irigoyen. – Navegación a vapor. – El comercio de la yerba. – De Pirai Guazú a San Lorenzo. – Las canoas. – Don Joaquín Aramburú. – De San Lorenzo a Posadas. – La Virgen de Itapuá. – Supersticiones curiosas. – El libro del Dr. Holmberg.

Piray Guazú es uno de los tantos puertos que tiene el Alto Paraná sobre la costa argentina. No existe más que un galpón de la empresa Guesalaga, Faraldo y C., que sirve para depósito de las yerbas que elaboran en los yerbales de San Pedro y que conducen allí por la picada de donde acabábamos de salir. No hay ni una casa de negocio, nada absolutamente que indique que allí pueda formarse un núcleo de población, siendo un punto tan importante que pone en comunicación el interior de las Misiones con toda la costa, siendo puede decirse, el punto medio de la navegación del Alto Paraná (222).

Pero en esta parte de Misiones es muy difícil que pueda haber progreso, por las grandes extensiones de campo que poseen algunos pocos propietarios que no se preocupan de ellos, al punto que muchos ni siquiera los han visto; lo único que se hace, es una explotación salvaje de yerbas y madera sin sembrar una cuarta de tierra.

Parece ridículo e imposible, pero es una gran verdad, allí donde todo produce tan bien, se lleva el maíz y los porotos de Posadas o de otros puntos. Hoy entran a trabajar a los yerbales doscientos hombres y después de la zafra todos se retiran, las picadas abiertas vuelven a cerrarse, la naturaleza recupera sus dominios momentáneamente invadidos y los tigres, tatetos, venados, etc. se pasean tranquilamente donde el hombre derramó su sudor, que en Misiones no fecunda la tierra sino los bolsillos de las grandes empresas. Las magníficas costas del Alto Uruguay y Alto Paraná se hallan despobladas: uno puede navegarlas todas y salvo uno que otro puerto de yerbateros u obraje de madera, donde no se ven sino algún galpón o rancho provisorio, nada indica un principio de progreso.

El río Alto Paraná es navegable a vapor hasta el puerto de Tacurú Pucú sobre la costa paraguaya, donde la empresa *La Industrial Paraguaya* tiene grandes depósitos de yerba, que explotan en inmensos yerbales.

Uno de los mejores planos del Alto Paraná que conozco es el que hizo el agrimensor D. Juan Irigoyen en el año 1870 a bordo de una cañonera brasilera. El señor D. Joaquín Aramburú, de Posadas, tiene una copia muy interesante y exacta.

Actualmente, tres vapores hacen la carrera del Alto Paraná entre Posadas y Tacurú Pucú: el *San Javier* y el *Lucero*, de la Compañía «La Platense», hacen un viaje mensual cada uno y el *Félix Esperanza*, propiedad de D. Juan Goycochea, hace dos viajes sin itinerario fijo; además hay varios buques de cabotaje que viajan frecuentemente y un sinnúmero de canoas. Estas no son de un solo tronco como las que se usan en el Alto Uruguay, sino en su mayor parte de tablas bien confeccionadas y muy grandes, que con 6 remeros andan con una velocidad notable.

El comercio principal del Alto Paraná y lo que da vida y sostiene la navegación, es la yerba, ya argentina, ya paraguaya; aguas arriba los buques van cargados de mantención, mulas y peonada, y aguas debajo de yerba, que cargan hasta en la cámara y conducen a Posadas o Villa Encarnación. En Piray Guazú tuvimos que estar tres días esperando que pasara algún vapor o buque: el *Félix Esperanza* había subido hasta el Iguazú: era necesario esperar su vuelta, consolándonos mientras tanto con un locro de maíz con agua.

Allí cazamos muchas mariposas que a millares se entretenían en chupar las arenas mojadas de la playa y tan mansas que se dejaban agarrar con la mano: las familias más abundantes son *Papilionidae* y *Pieridae* (223).

Al otro día temprano llegó una canoa; en ella nos embarcamos y después de media hora desembarcamos en San Lorenzo o Güirapai (224).

La barranca de San Lorenzo tendrá como unos 30 metros: a 15 metros vi los restos de un galpón que la última creciente se había llevado. Las crecientes, tanto en el Alto Paraná como en el Uruguay, son muy fuertes: cerca de Tacurú Pucú me dijeron que la última había subido 45 metros sobre el nivel normal del río.

San Lorenzo es una pequeña población paraguaya, que tendrá unas 35 casas diseminadas sobre la barranca; a una legua al interior está más poblada. El comercio principal es la yerba que cargan en los vapores, bajándola a hombro. Cada vez me convenzo más de que todo lo hace la costumbre: es

necesario ver a esos hombres cargados con una bolsa de yerba al hombro, bajar las barrancas casi a pique que parece se derrumbasen a cada momento, ejercicio que repiten seguido hasta concluir con la carga.

Cuando pasó para arriba el *Félix Esperanza,* iba cargado de peones que se trasladaban a trabajar en los yerbales, todos con su paga adelantada, la que se habían gastado al salir de Posadas en fiestas y chupandinas.

A pesar de todo marchaban contentos y chacoteando a meterse al monte para no salir sino a los tres meses que dura la zafra en un trabajo pesado como es el de yerbatero.

No faltaban también algunas mujeres paraguayas, tan guapas como los hombres, y que aprovechan de esos viajes para acompañar a sus maridos legítimos o provisorios con quienes comparten las fatigas del trabajo y del monte, lo que me hace creer que la mujer es un ser débil cuando no quiere ser fuerte, pero cuando quiere es más fuerte que el hombre.

En San Lorenzo fuimos muy bien atendidos; el señor Fuentes, oriental y persona educada y muy atenta, nos proporcionó todas las comodidades que pueden exigirse en esas alturas.

La casa del señor Fuentes estaba revestida de tacuara brava (225) que se raja en sentido longitudinal con un hacha y se abre un lado, quedando en forma de tablas de 20 centímetros de ancho, que bien colocadas forman una pared sólida, fresca y de un bonito aspecto. Obtuve por regalo de D. Ramón Fernández unas flechas de los indios cainguás (226) de cerca de Tacurú Pucú. El arco es un poco más grande que el que usan los coroados, la madera de angico y cubierto con corteza de guaimbé; las flechas son más largas: dos de ellas con punta de fierro, anchas, hechas de hojas de cuchillos viejos, y otra de punta de madera aguda, también larga y bien trabajada.

La cuestión de los peones es una de las dificultades mayores con que tropiezan las empresas yerbateras. Como hay mucha competencia, están muy mal acostumbrados, necesitando adelantarles dinero y no es raro que cada peón antes del trabajo haya cobrado 200, 300 y algunos hasta 500 pesos, lo que importa emplear un gran capital en salarios adelantados; además nunca falta alguno, aunque raro, que se mande mudar o resulte no servir para el trabajo.

Se han hecho varias tentativas entre los comerciantes de Posadas y Villa Encarnación para ponerse de acuerdo a fin de regularizar y evitar el sistema de adelantos a los peones, pero no ha dado buenos resultados; no han faltado

algunos que no han querido entrar en los convenios y como es necesario que la acción sea igual y homogénea, no se ha podido hacer nada al respecto.

A las 4:30 de la mañana nos despedimos agradecidos del Sr. Fuentes y nos embarcamos en el *Félix Esperanza*, que inmediatamente largando las amarras, marchó aguas abajo.

El Sr. Dioberti, uno de los pasajeros, venía de un establecimiento agrícola que tiene en el Alto Paraná, cerca de Iguazú, me mostró y me dio un mazo de tabaco colorado del que tenía plantado de semilla criolla, llamado Chilena, muy bueno y aromático; las plantas dan hasta 30 hojas y en vez de arrancarlas a mano como generalmente se usa, las hace cortar a cuchillo, así es que dan mayor rendimiento, algunas hojas tienen 6 cuartas.

El presbítero Imossi y otro pasajero venían también de arriba con una colección de flechas muy curiosas de los cainguás: este señor me dijo que tenía muy lindas colecciones en Villa Encarnación, pero desgraciadamente no pude visitarlas porque desembarcó antes.

El río Alto Paraná es bastante ancho: las costas presentan barrancas no tan altas como el Uruguay; pasamos la Isla de Caraguatay (227), espléndida, colocada en medio del río en la boca del arroyo del mismo nombre, el puerto y río Paranay guazú, el Paranay miní, el río Tembey (costa paraguaya), el Caruabapé (228), el Cuña Pirú (229), el Yatay, donde hay un puerto yerbatero, el río Pirapó (costa paraguaya) el Ñacanguazú, el puerto de Yaguará-zapá (230), donde existe un gran obraje y plantaciones dirigidas por el Dr. Bertoni (231) y empezamos después a divisar las dos islas gemelas que están delante de la antigua misión jesuita de Corpus. Nos preparamos para pasar su salto, tomamos la costa paraguaya y cuando acordamos ya lo habíamos dejado atrás. El salto, no es sino una corredera un poco fuerte, causada principalmente por las aguas del arroyo Pindoy (costa paraguaya); seguimos cruzando delante el río Santa María (costa paraguaya), que pasa cerca de Trinidad; el arroyo San Ignacio (costa argentina) próximo a las ruinas jesuitas de San Ignacio Miní, el Yabibery (232), que pasa por las ruinas de Loreto y de allí llegamos al puerto de Santa Ana donde está el ingenio de azúcar que fue del General Rudecindo Roca (233); del antiguo pueblo jesuita ya no existe nada, el Gobierno Nacional ha fundado una colonia allí, que cuenta hoy con más de 200 familias.

Sobre la costa y alrededor del ingenio de azúcar, se ven inmensas plantaciones de caña que cubren el terreno ondulado hasta perderse de vista.

El edificio que se destaca en medio de ellas es de material y elegante construcción; se ve también una red de ferrocarril portátil que se interna en los cañaverales.

De Santa Ana pasamos a la barra del arroyo San Juan, donde hay otro ingenio azucarero —el Primer Misionero—, de allí a la reducción de la Candelaria, hoy colonia nacional, con 300 familias más.

Después de salir de Candelaria pasamos al arroyo Garupá, cruzando por delante de la Isla de Itacuá.

Sobre costa paraguaya, al llegar a Villa Encarnación, me llamó la atención mucha gente, principalmente mujeres, que estaban cerca de una gran piedra llena de velas encendidas. D. Joaquín Aramburú me dijo entonces que allí se aparecía la Virgen Milagrosa de Itacuá, entre una rajadura de piedra (234).

El agrimensor Queirel me ha contado que por allí tienen la siguiente costumbre: el que llega a Itacuá deja sobre la piedra algún dinero, 5, 10, 20 centavos, uno o dos pesos, según lo que puede; para que el que después llegue los recoja y rece por él.

Esta práctica se cumple religiosamente y tanta fe tiene en su eficacia, que una vez dos bandidos que habían asesinado a una familia, lo primero que hicieron después fue depositar una parte de lo robado, sobre la piedra de Itacuá, para que la Virgen los protegiese en su fuga.

Felizmente por ahí los tomaron y como se resistieron, la policía paraguaya los despachó al otro mundo. Si no tienen dinero depositan sobre la piedra un pedazo de pan o cualquier cosa que pueda servir al que venga después, y esté seguro que recoge la ofrenda y reza para no incurrir en pecado. Este dato puede dar una idea de las curiosas creencias religiosas que tiene esa gente supersticiosa.

Con el Cerro del Monje descrito en el capítulo II sucede algo parecido.

Los canoeros del Alto Uruguay no siguen viaje sin bajarse y encender una vela o un cabo de vela cada uno, rezar y tomar un poco de agua, de otra manera cualquier trompada que de la canoa, cualquier contratiempo que suceda en el viaje, lo achacan al no haber cumplido con el Monje; los brasileros empiezan a rezongar y por lo pronto lo tildan a uno de masón y le dicen *Meu amigo cou monge non se joga* (235) y no hay quien los saque de allí; en cambio, una vez hecha la ofrenda, pueden ahogarse que no dejan de creer que el Monje los salvará.

Además, los vecinos cerca del cerro y algunos de San Javier, una vez que

se casan, no dejan de visitar el Santuario del Monje, y después de rezar, la novia viste a la imagen del Señor de los Desiertos con su traje de boda poniéndole la corona de azahar en la cabeza, de manera que la imagen presenta un aspecto grotesco; como está hincado se ve aparecer la cara del Cristo de tamaño natural, llena de azahares, entre un montón de trajes uno sobre otro, tendrá unos diez encimados. Son también raros los que no llevan escapularios y saquitos de reliquias colgados entre pecho y espalda; algunos llevan tres, uno bajo cada brazo y otro sobre el pecho, y otros llegan hasta coserse bajo la piel las reliquias; he visto a uno que creí tuviera dos tumores en el pecho y resultó que eran dos reliquias cosidas bajo la piel.

Hay reliquias para todo; contra las balas, contra los cuchillos, las fieras, los enemigos, las enfermedades y hasta para ser irresistibles en las luchas de amor.

A los pobres santos les adjudican papeles muy tristes; a fuerza de mucho trabajo y de unos pesos, pude hacerme mostrar lo que tenía adentro el saquito conteniendo la reliquia para el amor que llevaba un paraguayo.

Tuve que asegurarle antes que, como había estudiado estas cosas, yo podía abrirla sin pecado. Descosí el saquito y me encontré envuelto en un papel que tenía escrita una oración con una letra infame que no pude leer, un santito de madera toscamente tallado, cuyo sexo no pude determinar; tenía algo de ídolo egipcio.

El dueño no me supo decir tampoco qué santo era y sólo se conformaba con saber que era una reliquia que le había dado una vieja que resultó su madrina, para que fuera feliz en el mundo, tuviera suerte con las mujeres y no le hicieran estas daño.

A las 5 de la tarde llegamos a Villa Encarnación, pueblo situado frente a Posadas; desembarcamos los pasajeros y cruzando el río, llegamos a esta última.

Había visitado una gran parte del territorio de Misiones que ya conocía por las brillantes descripciones de mi buen amigo el Dr. E. L. Holmberg (236) en su libro «Viaje a Misiones» publicado en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba,* en 1887.

Ese libro me sedujo, puede decirse, y fue uno de los causantes del presente viaje; su estilo ameno y sobre todo su verdad indiscutible en cuanto a los hechos observados, hacen de él, no sólo una publicación útil, sino tambien agradable.

En el río, en la selva, en el campo, a pie, a caballo o en canoa, durante todo el viaje, a cada momento me acordaba sin querer de algún pasaje o panorama análogo y sin darme cuenta donde había visto otro igual, revolvía mi memoria infructuosamente, hasta que al fin recordaba que aquellos árboles y aquellas escenas no eran sino negros caracteres que marcaban sus contornos sobre las blancas páginas del libro de mi amigo Holmberg.

Capítulo XV
De Posadas a Buenos Aires

Posadas. – Sociabilidad. – D. Juan Goycochea. – Villa Encarnación. – Las paraguayas. – Pequeños comercios. – Vuelta a Buenos Aires por la vía de Santo Tomé en diligencia. – Misiones.

La historia de Posadas es bien conocida. La ciudad vale la pena de conocerse, tiene aspecto muy pintoresco, situada como está sobre una barranca no muy alta que entra un poco en el Paraná; su situación geográfica determinada por la Comisión de Límites con el Brasil es 55° 51’ 3’’ de longitud Oeste del meridiano de Greenwich y 27° 19’ 42’’ latitud Sud.

La edificación moderna en su mayor parte es regular y bastante compacta; la plaza principal es un magnífico jardín perfectamente bien delineado y cuidado, rodeado de una calle de cedros jóvenes: en ella se ven entre plantas exóticas, muchas propias de la región, como ser grandes guaimbés, ortigas bravas, helechos, etc. (237).

En el frente este de la plaza, está el magnífico edificio de la Gobernación, que lo ocupa casi todo, de arquitectura moderna de las mejores: tiene espléndidos salones y un magnífico jardín en los patios; en el frente norte está la iglesia, muy modesta y sencilla, con grandes corredores a los lados: a pesar de eso no deja de ser agradable. Los demás frentes están todos ocupados con buenos edificios; un poco afuera de la ciudad hay un hospital, sostenido por la Sociedad de Beneficencia de Señoras.

La población de Posadas alcanzará a unas 5000 almas con el Departamento; su comercio es muy importante: hay muchas casas espléndidamente surtidas que giran grandes capitales fuera de los exportadores de yerbas. El año pasado, según datos recogidos, el comercio de exportación de Posadas, alcanzó a millón y medio de pesos, siendo uno de los principales artículos la yerba y el de importación, 240.000.

Existen varios ingenios de moler yerba: el más importante es el del Sr. D. Joaquín Aramburú, movido a vapor: la máquina que allí se emplea es distinta de las de la costa del Uruguay, son de cilindros que ruedan por un piso de

madera dura triturando así la yerba que allí se coloca: puede moler 8000 kilos diarios.

La yerba que sale de Posadas es toda preparada por el sistema paraguayo de Barbacuá y se exporta embolsada, siendo este procedimiento más limpio y económico que el de tercio y no perdiendo nada de sus cualidades.

Los alrededores son magníficos: el terreno es ondulado suavemente, hay varias quintas muy buenas. Sobre la barranca del río, en una especie de punta, se hallan los galpones del cuartel del batallón 3 de infantería de línea, que ha estado durante muchos años de guarnición allí.

La sociedad de Posadas es muy distinguida: he tenido ocasión de observar y de visitar algunas familias en las que he encontrado mucha cultura, buen gusto y excelente educación.

Hay mucho espíritu de progreso y la mayor parte de sus adelantos se deben a la iniciativa y esfuerzo particular; su municipalidad trabaja, han arreglado varias calles, sobre todo la que va al puerto, al que se puede ir perfectamente en carruaje.

Hay dos hoteles cómodos, talabarterías, herrerías, carpinterías, fotografía y curtiembre. Templo masónico, oficina de Correos y Telégrafos, Municipalidad, tres escuelas, Aduana, Sub-Prefectura y sucursal del Banco de la Nación.

El viajero que crea ir a Posadas para ver algún pueblo original o raro, debe dar vuelta y evitarse el viaje; pero si desea ver un pueblo culto, una ciudad bonita a 400 leguas de Buenos Aires, y sobre todo, el fruto del trabajo individual y de la iniciativa particular, puede ir convencido de que nunca se quejará de haber hecho viaje más agradable y dudará por momentos de encontrarse en la capital de Misiones; en plena Misiones donde no creía hallar sino ruinas de los jesuitas en medio de un naranjal espeso sin otro ruido que el canto de la chicharra o el rugido de algún tigre. Posadas no es una ciudad muerta, allí hay movimiento, hay vida propia, esas siestas patriarcales de antaño se van dejando porque el comercio activo y emprendedor es el que mejor despierta y hace mover a los pueblos y sociedades.

Al día siguiente, visité la Villa Encarnación, que se halla frente a Posadas. El río tendrá un ancho de 30 cuadras, pero hay vaporcitos que hacen la cruzada cada hora. El pueblo de Villa Encarnación está situado en una colina que de la costa va subiendo hacia el interior: propiamente no tiene sino una calle muy larga que del puerto va hasta la plaza principal, donde existen

todavía ruinas de jesuitas. Todas las casas, salvo muy pocas, son de dos aguas, techo de paja, más bien ranchos que casas, con cercos de palo a pique atado con isipó, algunas tienen paredes de ladrillo y de piedra, tomadas de las ruinas jesuíticas. Hay varias casas de comercio importantes; allí como en Posadas, el artículo de mayor comercio es la yerba.

Como en todas las poblaciones paraguayas, las mujeres son las encargadas del pequeño comercio; así no es raro ver en las puertas de las casas mesas cubiertas con ricos paños de ñandutí (238), donde están expuestos ataditos de cigarros, chipá, caña de sustancia, velas de sebo, choclos, chicharrones, dulces, etc., que el transeúnte entra, compra, toma o come allí mismo. Las paraguayas siempre muy zalameras, envueltas en sus pañuelos vistosos con una peineta colocada coquetamente en la cabeza, dejando ver el ñanduty de sus blanquísimos tipois y hablando graciosamente el castellano aguaranizado, entre las bocanadas de humo de sus enormes cigarros, ofrecen a uno con toda la gracia de que son capaces, sus artículos. Hay otras que tienen entre manos verdaderos negocios de importancia; he conocido en Posadas a varias que hacen contratos de miles de bolsas de yerba que llevan a vender al Paraná, Corrientes, Santa Fe y Rosario.

La paraguaya es sumamente activa y tiene en sí un instinto comercial extraordinario, del que carecen en general los hombres; pero el mayor encanto de las paraguayas es su gracia especial y el aseo que en ellas raya en exageración; en cualquier rancho paraguayo por más pobre que sea, se puede entrar con seguridad de encontrarlo todo limpio y arreglado y ellas hacen gala de sus tipois y trajes de percal perfectamente limpios y bien almidonados; es sumamente difícil encontrar una paraguaya despeinada o desgreñada.

Caminando, llegamos a la plaza donde está el templo que no tiene nada digno de mención, sino la desidia con que dejan criarse los tacurús en el patio y las avispas cartoneras en sus vetustos corredores.

Después de recorrer el pueblo, bastante cansado y con sed, como la que puede dar un solazo como el que acababa de hacerme pagar mi curiosidad de viajero, entré a un billar y tomé lo que creí hubiera de-saparecido de la faz de los despachos de bebidas, una chinchibirra. A las 5:30 volví a Posadas.

D. Joaquín Aramburú, a quien debo muchas atenciones, me regaló una pequeña hacha de piedra de los indios guayaquís (239), del Alto Paraná, costa paraguaya.

Al otro día, martes 26 a las 6 a. m., salimos con la diligencia en dirección a

Santo Tomé.

Los campos que atravesamos son ondulados, con isletas de montes, desparramados aquí y allí: de vez en cuando pasamos un arroyito de agua clara y fresca, como todos los de Misiones, agua que corre por entre piedras cargadas de hierro que las hace sumamente sabrosas sin darle color alguno; después de mucho tiempo, volví a ver hacienda vacuna que empieza a haber bastante en esos campos, si bien en su mayor parte de pastos duros, no dejan de haber alguno de excelentes pastos de engorde, donde ya hay algunas invernadas.

Pasamos por las ruinas de San Carlos (240) y fuimos a dormir a la excelente posta de Playadito, situada cerca de las ruinas de Apóstoles, de donde sale otra galera en combinación con la de Posadas que va hasta Concepción.

Al día siguiente a las 6 después de tomar un mate y un buen café, seguimos viaje hasta llegar a Santo Tomé a las 3 de la tarde, después de pasar el arroyo Yta-cuá, que no tenía nada de particular por estar muy bajo.

Arreglé los asuntos que allí tenía y al otro día a las 12, me embarcaba en el *Iberá* en dirección a Buenos Aires.

Hacía tres meses que faltaba y no había tenido durante ese tiempo ni un simple dolor de cabeza. Ese clima misionero es admirable; el calor del día queda compensado por el fresco invariable de la noche: aquellos inmensos bosques que cubren sus altas sierras funcionando como desinfectadores enormes con sus perfumes ardientes, embalsaman el aire que da a los cuerpos energía vigorosa y una salud de hierro.

Sus corrientes de agua que casi no conocen el barro, rodando sobre un lecho de piedra bajo la sombra fresca de los árboles gigantescos, proporcionan al viajero un elemento de vida inmejorable.

En Misiones no se conocen casi enfermedades infecciosas, sólo los desarreglos gástricos, causados por la mala alimentación, son los que constituyen las principales enfermedades por allí.

La posición intertropical de Misiones la colocan en condiciones sumamente favorables en cuanto a la producción de los más ricos y variados productos agrícolas. El café, el tabaco, la caña de azúcar, el algodón, el añil, la vainilla, la vid, la mandioca, el maíz, el poroto, el arroz, el maní, todos estos productos se producen con un desarrollo asombroso y una abundancia increíble. Se producen espontáneamente muchas plantas textiles de gran

importancia, como el caraguatá, la ortiga brava, el guaimbé, el higuerón, la ibirá (241), etc. Las maderas son abundantes y variadas, las hay para todos los usos, desde la leña para quemar, hasta la madera más rica para las obras más delicadas. Las tacuaras, los isipós, las palmeras, todos se pueden utilizar para la construcción de viviendas provisorias que debe hacer todo colono, al principio. Los bosques están llenos de frutas silvestres como la yabuticaba (242), la gavirova, el guabiyú (243), la cereza, la fruta del pino, el guaimbé y muchas otras. En los troncos anidan muchas abejas meleras como el guaraypo, el yetey, el vorá, la mandasaia, los mirim, el irapoa, el maudurí (244), la mumbuca (245), el mandaguay, la tubuna (246), y en el suelo, el uruzú o mandurí do chaon (247), que proporcionan rica y sabrosa miel (248). Los ríos están llenos de peces, en cantidad considerable, y los montes tienen mucha caza mayor, que es la providencia del pobre, en aquellos parajes.

Ninguna región como Misiones para colonizar; allí hay todos los elementos a mano, sólo se necesita el trabajo del hombre para arrancar de la naturaleza con creces, la remuneración del sudor derramado.

Misiones atrae: el que vaya y se establezca allí, se siente embargado, preso por esa sirena encantadora, que difiere de la mitológica, porque no mata; el hombre se siente prendado, ante la exuberante naturaleza, goza pronto de bienestar por la feracidad de la tierra, que no espera sino la semilla en su seno, que la ha de fecundar. Allí todo es bello y grandioso: el bosque, los ríos colosos que la envuelven en sus frescas ondas, el aire perfumado que se respira, los paisajes deliciosos, los saltos de agua que juegan caprichosos por entre las piedras de sus cerros, las brillantes mariposas multicolores que se bañan en la luz de cualquier rayo de sol y hasta el silencio majestuoso de la naturaleza, que, dormida al parecer, desarrolla esas enormes fuerzas vitales que laten en ese mundo tranquilo y salvaje. Allí, el cerebro fatigado en los embates intelectuales de las ciudades reposa para volver a vibrar con mayor fuerza en otro orden de ideas; allí se predispone a la poesía de la naturaleza virgen y pródiga y no a las elucubraciones lloronas de un tísico de gabinete; la vida parece renacer, se vuelve a vivir una vida nueva, llena de sensaciones desconocidas, donde se vigorizan, simultáneamente, el cuerpo con el cerebro.

Algún día no lejano, Misiones estará poblada como merece, y cuando sus campos estén cultivados y el hombre haya transformado la naturaleza hoy inculta, y al caer la tarde se siente en su hogar tranquilo y satisfecho de la labor diaria, en medio de su prole feliz, todo será para el amor y bienestar,

hasta la brisa fresca de la oración al pasar por su frente despejada, le secará, acariciándolo suavemente, el resto de sudor.

Segundo viaje a Misiones por el Alto Paraná e Iguazú (1894*)

por Juan Bautista Ambrosetti

* Publicado originalmente en el Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo XV: 18-114 y 247-304, 1894, Buenos Aires.

Al lector

El presente trabajo es la parte descriptiva de un segundo viaje a Misiones [1] realizados por los ríos Alto Paraná e Iguazú durante los meses de julio a diciembre de 1892, con la expedición Nord-Este del Museo de la Plata, cuya dirección honoraria me fue galantemente ofrecida por el Director de ese establecimiento, Dr. Francisco P. Moreno (249).

Como el material que he reunido en esta expedición es muy grande, a pedido mío el Dr. Moreno me ha cedido el derecho de publicar la descripción de este viaje en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* reservándose para la Revista del Museo los trabajos de Etnografía, Antropología y Arqueología que tengo escritos ya con los datos y colecciones recogidas (250).

Debo agradecer al Doctor Moreno el desinterés con que ha obsequiado al Instituto con los clichés e ilustraciones hechos en los magníficos talleres del Museo y debidos al lápiz del conocido artista D. Adolfo Methfessel, mi compañero de expedición (251).

Como en esta clase de relaciones de viaje es necesario ser muy exactos para que puedan tomarse en cuenta las observaciones, he abundado quizás demasiado en las citas de nombres propios de las personas que han intervenido y han ayudado a la expedición, porque siempre y en todo tiempo serán testigos de la veracidad de los hechos consignados, al mismo tiempo que cumplo con un deber de cortesía y gratitud hacia todos ellos.

También se me ha observado que abuso en las descripciones de detalle, pero siempre he creído que este no es un defecto; es necesario hacerlo así porque si bien muchos toman un libro de viaje para entretenerse, lo que no consiguen porque es muy pesado, otros lo toman para darse cuenta exacta o aproximada de la región que se describe.

Me ha sucedido más de una vez querer tomar datos de ciertos puntos y no encontrarlos por la falta de detalle.

El propietario, el comerciante, el industrial, el futuro yerbatero u obrajero, el turista y hasta el curioso encontrarán consignados aquí el modo de explotar los montes, los yerbales, los medios de transportes, el cómo se contratan los peones, su índole, lo que comen, los recursos con que se puede contar, lo que

se debe llevar, el modo de proceder y al mismo tiempo, las supersticiones, las leyendas, las tradiciones, las costumbres.

Escribo sin pretensión alguna, soy un simple aficionado y sólo deseo que mis viajes puedan, aunque sea en parte, dar a conocer aquella admirable región.

1 El primer viaje lo efectué en 1891 durante los meses de septiembre a febrero por la provincia de Rio Grande do Sul y Alto Uruguay y su descripción ha sido publicada ya en la Revista del Museo de la Plata *en los tomos III, IV y V.*

Capítulo I
Goya

A bordo del Urano. – Llegada a Goya. – Su riacho. – Cómo se inutilizó. – La ciudad. – Su fundación. – Tomás Mazzanti. – La Escuela Normal Mixta. – Luis Carton. – Alrededores de Goya. – Lagunas. – Yatays. – Colonización. – Abundancia de Caza. – Un problema geológico. – La Isla del Diablo y su leyenda. – Opiniones de Bonpland. – El alcohol de Palma. – Excursión a los paraderos. – Mis compañeros de viaje.

En una de mis visitas al Museo de la Plata, su Director el Dr. Francisco P. Moreno, sabiendo que ya había hecho un viaje a Misiones, me ofreció la dirección honoraria de una expedición que preparaba para aquellas regiones.

Muy aficionado a los viajes acepté determinando como bases de itinerario el Alto Paraná hasta el Salto de Iguazú, haciendo estación en Goya a fin de visitar los paraderos indios descubiertos allí por el Sr. don Tomás Mazzanti quien había dado cuenta de ellos al Dr. Moreno. Con estas bases, debía guiarme para lo demás con los conocimientos que ya tenía y visitando los parajes intermedios que ofrecieran algún interés bajo el punto de vista antropológico y arqueológico, así como también estudiando lo referente a los usos, costumbres y porvenir de aquella zona, a fin de poder presentar luego, junto con las colecciones recogidas y las diversas memorias sobre tópicos científicos, una obra descriptiva lo más detallada posible de los lugares recorridos para ayudar al conocimiento de esas regiones.

Dos días después acompañado del preparador D. Emilio Beaufils nos embarcábamos en la Boca en el vapor *Urano* con destino a Goya (provincia de Corrientes).

El viaje de Buenos Aires a Goya por el río Paraná es bien conocido; cuatro días de vapor acostándose y levantándose regularmente, haciendo escalas a cada rato, cargando y descargando mercaderías, mientras se charla con los compañeros de viaje, se toma mate con algunos, mirando indiferentemente el barullo que arman los changadores, cocheros y carreros ofreciendo sus servicios entre el ruido desafinado del guinche a vapor y los pasos

precipitados de los que llegan o se van.

Continuando el viaje interrumpido, después de las pitadas de ordenanza y maniobras de estilo, se siguen mirando y admirando las costas, se escudriñan con anteojo, sin sacar nada en limpio porque a lo mejor el vapor se aleja siguiendo los caprichos del canal, y el reflejo del agua y el sol fuerte cambian los colores produciendo fenómenos de refracción variados que impiden darse cuenta exacta de lo que se ve.

El río estaba muy bajo.

Cuando llegamos a Goya, el riacho no permitía la navegación y tuvimos que hacer la travesía que separa a Goya del río Paraná, legua y media, en carruaje entre terrenos llenos de arena y cubiertos de vegetación apta para vivir sumergida durante la época de crecientes.

El riacho de Goya sólo es navegable durante esa época. Según los antiguos vecinos, antes lo era en todo tiempo, pero hace unos veinte años se fue a pique en la boca un buque cargado de tirantes de madera dura, que la cerró formando allí un banco.

Desde entonces, el riacho ha ido disminuyendo de cauce, llenándose poco a poco, lo que no ha dejado de ser una suerte para Goya, que estaba destinada a ser víctima del mismo riacho.

La ciudad de Goya topográficamente está muy mal situada, su suelo puede compararse al de Santa Fe y puede decirse que se halla edificada sobre un banco de arena, banco que se extiende legua y media hacia el interior hasta una loma que corre de nordeste a sur, la que creo haya sido la primitiva barranca del Paraná, de cuyo pie fue retirándose quien sabe por qué causas, dejando como muestra de su antiguo lecho una capa de arena, bañados y múltiples lagunas.

La loma que como una faja ciñe a la ciudad de Goya, se hace más notable a simple vista porque está coronada por un extenso palmar de yatay (cocus yatay) (252) al que quizás deba su fundación la ciudad según la tradición que he oído.

Antiguamente, los buques a vela que hacían la carrera entre Buenos Aires, Corrientes y Asunción, al pasar por Goya paraban para comprar carne fresca y sobre todo queso, que fabricaba una mujer llamada D. Gregoria que allí vivía.

Estos quesos tenían un gusto particular y eran sumamente sabrosos porque los fabricaba con leche de las haciendas que pacían entre los palmares y que

comían el coco yatay, que les comunicaba ese sabor especial. Tanto renombre tomaron los famosos quesos de D. Goya (diminutivo de Gregoria) que cuando querían arribar a ese punto para comprarlos no decían sino: «vamos a lo de Goya», y tanto repetir esto quedó por fin bautizado naturalmente el lugar con el nombre de Goya (253).

Como punto de arribo, empezó a poblarse, y por causa principalmente de las continuas invasiones de los indios del Chaco que cruzaban el Paraná para cometer sus depredaciones, la población fue engrosándose con muchos vecinos de la campaña que traían sus familias para resguardarlas de los salvajes, cuyas irrupciones siguieron hasta el año 1842.

La fundación de Goya data del año 1807 y recién fue erigida en ciudad en el año 1851.

La población de la ciudad es de seis mil habitantes y catorce mil con el departamento.

Sus calles están bien delineadas en cuadras de 150 varas españolas; tiene cuatro plazas, tres de ellas bien arregladas y tenidas; en el centro de la principal o Libertad se eleva una bonita columna histórica en forma de obelisco en cuyas cuatro caras, divididas por pequeños retablos, se hallan las inscripciones siguientes: *Castelli, Constitución Nacional reformada 1861, Constitución Nacional 1853, Chacabuco y Maipú 1817, San Martín, Magallanes, Fundación de Goya 1807 –Saavedra, Constitución Provincial 1856, Libre navegación del Paraná 1851, Salta y Tucumán 1813, Belgrano, Torres de Vera, Fundación de Corrientes 1588 –Rivadavia, Goya erigida en ciudad 1851, Caída de la Tiranía 3 de Febrero 1852, Sarandí e Ytuzaingó, Lavalle, Colón, 25 de Mayo de 1810 –Moreno, Corrientes, erigida en provincia 1814, Congreso Constituyente 1852 –Caa-guazú, Paz, Solís, 9 de Julio 1816, Pirámide Histórica inaugurada el 25 de Mayo de 1861.*

En uno de los frentes de esta plaza se halla el templo, costeado en su mayor parte por el vecindario. El plano es de un ingeniero italiano Francisco Pinaroli que ha vivido más de 30 años en Goya, hombre progresista autor del plano de la Escuela Sarmiento de Buenos Aires y de un proyecto magno que no se llevó a cabo de un gran ferrocarril y puerto, que partiendo de Goya cruzaba la provincia de Corrientes hasta el Paso de los Libres (254), costa del Uruguay, frente a la ciudad brasilera Uruguayana.

Pinaroli ha muerto y sus cenizas descansan bajo las bóvedas del templo que ideó y construyó en parte.

Las torres fueron cambiadas del proyecto Pinaroli y han sido ideadas por el ingeniero Arnaldi; en ellas se reconoce pronto su estilo semi- morisco que también se encuentra en las de la Catedral del Paraná e Iglesia del Rosario.

Goya posee además un bonito mercado, una logia masónica, un lindo edificio de la Sociedad Italiana, obra también del arquitecto Arnaldi, buenos edificios particulares y sobre todo lo que descuella es la edificación moderna y aseada, quiero decir, revocada y blanqueada.

Tiene también tres periódicos, Club Social con un espléndido salón, hospital de caridad, varias sociedades de beneficencia, biblioteca popular, un teatro construido y de propiedad de D. Tomás Mazzanti, sucursales de los bancos: Nacional, de la Nación y Provincial de Corrientes, Hotel Inmigrantes, 5 médicos, tres boticas, muy buenas veredas, pero las calles tienen el inconveniente de ser arenosas.

Pero lo que tiene mejor Goya son sus escuelas. Funcionan tres graduadas del Estado, cuatro particulares y una escuela normal mixta sostenida por su vecindario.

Esta escuela funciona por ahora en un edificio particular, pero ya hay los suficientes fondos recogidos para levantar un edificio propio y adecuado a su carácter.

El material escolar es moderno; tiene anexo un jardín de infantes y un taller de trabajo manual para las niñas que se dedican al tallado de madera; en cuanto a los niños, las horas determinadas a este trabajo las emplean en labores de jardinería.

He asistido varias veces durante mi estadía en Goya a la escuela normal a invitación de su inteligente directora la señorita Isabel King y he visto con mucha satisfacción los rápidos progresos que hacen los alumnos, es fuera de duda que el sistema moderno de educación es una gran *trouvaille* (255). Sin quererlo, hacía comparaciones entre lo que eran las escuelas cuando yo las frecuentaba y lo que son ahora.

Antes el hastío sin fin, el aburrimiento infinito, la inacción mortificante, el esfuerzo brutal de la memoria, la tiranía implacable de los maestros; hoy en vez la grata distracción, el interés despertado a cada paso, el variado movimiento, el mobiliario cómodo, la gimnasia intelectual y el maestro amigo.

El comercio de Goya gira un valioso capital y exporta anualmente grandes cantidades de frutos del país, quesos y tabaco.

La exportación de quesos y tabacos toma un gran incremento aumentando de año en año; el tabaco se cosecha en hoja; elaborándose muy poco como tabaco negro.

Lo que da mucho impulso al comercio es la colonización iniciada desde hace algún tiempo en los alrededores de Goya.

La Colonia más importante es la Carolina del Sr. D. Jacinto Rolón, progresista vecino, la que se halla a cargo del Sr. D. Tomás Mazzanti y es la más cercana al pueblo; la ocupan colonos italianos de la provincia de Venecia y muchos criollos que trabajan a la par de los primeros sembrándose preferentemente tabaco; la colonia posee una escuela sostenida por el vecindario.

Se planta también con abundancia el naranjo que es considerado a la par árbol útil y de lujo.

En esta estación (julio) no deja de ser sumamente agradable el tropezar a cada paso con los grandes naranjales que rodean la ciudad y aun los que se hallan dentro de la misma, ostentando las innumerables frutas doradas que resaltan de un modo *sui generis*, entre el verde oscuro de las hojas.

Y sobre todo es muy bueno y cómodo estirar el brazo, tomar una naranja de un árbol propio y comérsela tranquilamente en su casa; tiene algo de patriarcal, hace gustar más de la posesión de la tierra y hasta creo que en mucho ha influido la naranja a la fijación del correntino y a su fácil adaptación a los trabajos agrícolas, para los que como he dicho ya, se prestan admirablemente, salvo excepciones como en todas las cosas.

Linda con la Carolina la colonia Isabel Victoria de propiedad de los señores Loza y Funes, más moderna y bastante poblada.

En ella me encontré con el Sr. don Eugenio Valençon, ciudadano francés, que vive en este país desde el año 1871 habiendo estado mucho tiempo en el Chaco santafesino.

Su casa es un museo. En su sala-comedor colgados de las paredes se ven cueros de aves, monos, flechas de los indios paraguayos y un sinnúmero de objetos curiosos; pero más curiosos aún se destacan entre todos ellos los diplomas de su carrera militar en la guerra del 1870 en la que sirvió en calidad de francotirador.

Es un hombre feliz al parecer, pasa su vida tranquilamente entre sus libros, su trabajo agrícola y sus muchos recuerdos, los que también divierten.

Al Sud-Este de Goya se halla la Colonia Porvenir, propiedad de la

Sociedad Anónima la Colonizadora de Corrientes, fundada en Goya y con capital de allí mismo: $ 1.000.000.

Esta sociedad tiene además la Colonia General Ferré en el departamento de Goya, y las colonias 3 de Abril y Progreso en el departamento Bella Vista; todas pobladas.

La Colonia Porvenir se encuentra a siete kilómetros y está casi toda vendida, tiene setenta familias con una población de 240 habitantes, argentinos e italianos en su mayor parte.

Su posición topográfica es de las más pintorescas; el suelo es suavemente ondulado salpicado de palmeras yatays y de casitas de material, muchas de ellas pertenecientes a familias de Goya que se han esmerado en su construcción, la mayor parte en forma de chalets y donde van a pasar una parte del verano.

La tierra negra, en ciertos puntos alcanza hasta un metro y en algunos pozos se halla a ocho varas de profundidad una capa de media vara de arena, mezclada con pequeños rodados o piedra china como se encuentra en la costa del Uruguay superficialmente.

Para dar idea de la feracidad de la tierra en esa rica zona, baste saber que en esta sola Colonia se obtuvieron unas 2000 arrobas de tabaco que fueron vendidas a 10 y 12$ m/n., 4500 arrobas de maní y 30.000 arrobas de maíz, fuera de muchos otros pequeños cultivos en la última cosecha.

Acompañado del Sr. Ermenegildo Ambrosetti (256) visitamos esta Colonia y gran parte de los alrededores de Goya donde pude observar la cantidad de lagunas grandes y pequeñas que se encuentran a cada paso, en donde hormiguean por decirlo así los patos y demás aves acuáticas que harían la delicia de cualquier cazador; matamos algunos que traje para preparar los cueros.

Cerca de Goya se halla también la famosa laguna Ñaembé (plato redondo) (257), donde se dio la célebre batalla el año 71 entre las fuerzas de Corrientes y algunas de línea, contra las revolucionarias de Entre Ríos, al mando del General López Jordán, que dio por resultado la derrota de este último.

Vuelto a Goya tuve ocasión de visitar al Sr. D. Luis Carton, mineralogista y químico que, hace dieciséis años con una constancia que lo honra altamente, emprende las observaciones meteorológicas como delegado del Observatorio Nacional de Córdoba; debiéndose a sus pacientes observaciones del conocimiento del clima de Goya.

Este señor es francés y vino a la República Argentina como director de una fábrica de aguardiente de palma en Entre Ríos en el año 1855, la que después no dio resultados.

Para los curiosos, doy los detalles de la elaboración del alcohol de palma que es la siguiente: la palma cortada y colocada con un poco de inclinación o declive hacia la corona del árbol tiene vida vegetal por espacio de 35 a 40 días. La acción del sol sobre la longitud del tronco y el movimiento ascendente de la savia, bastan para transformar en azúcar la parte amilácea del cogollo; después de esta transformación y en virtud del contacto del aire, esta sustancia al pasar por el apéndice se transforma en vino, el que destilado da por resultado el arak o aguardiente de palma.

Las palmas deben cortarse a media vara sobre el nivel del suelo colocándolas luego inclinadas con la corona para abajo, sobre el tronco que queda. Después se cortan las ramas de modo que el cogollo con su envoltura quede en contacto con el sol.

Las hojas tiernas que salen del corazón del cogollo deben cortarse dejándoles media vara de longitud por ser estas hojas las que constituyen el apéndice por donde se destila el vino de palma; así es que es necesario tratar de no lastimar el apéndice, porque de él depende en mucho el éxito de la operación.

Debajo de este, se colocan vasijas para recibir el líquido que destile y cada vez que se recoge es necesario cortar una pequeña tajada del apéndice con un cuchillo muy filoso, para destapar los conductos.

El número de palmas que puede cortar y arreglar un hombre diariamente es de 20, las que darán por día media cuarta de líquido cada una.

Esta es una pequeña industria muy aparente para los colonos que viven entre esos inmensos palmares de yatays cuya utilidad salvo esta o la de los coquitos es nula hasta ahora, puesto que la madera es inservible por su ninguna duración.

Como a una legua al Este de Goya existe una isleta de monte a la que llaman la Isla del Diablo, la que tiene su leyenda que me hice referir por varias personas.

La tal isla, cuenta la tradición, no tenía paradero fijo; tan pronto amanecía una legua más arriba, como otra más al Sur, no sólo se movía, sino también estaba poblada por espíritus que al acercarse algunos proferían en gritos y ruidos extraños; pero un día llegó un fraile misionero que con gran pompa fue

a ella y previas las ceremonias de exorcismos, la bendijo; desde entonces la isla no se mueve más.

Según me dijo el Sr. Mazzanti, Bonpland creía que el origen de la leyenda provenía de que la Isla del Diablo debió ser un embalsado que entraba por un brazo del río que debió allí existir, tanto más que al arrancar de raíz una planta se encontró debajo de ella un anclote de tres puntas que se cree fuera español; este anclote lo vio el Sr. Mazzanti en 1860.

Creo más bien que esta leyenda debe tener algún origen en los indios que la han venido trasmitiendo de generación en generación hasta los blancos.

En cuanto a la bendición del misionero, no tiene nada de extraño que aún ya sin intenciones de moverse, la gente influenciada por la leyenda, efectivamente le hubieran notado movilidad como se notan perfectamente todas las cosas que se quieren ver habiendo fe.

Lo que hay de positivo es que durante muchos años, antes de estar tan destruido el monte, sirvió de guarida a un montón de bandidos un poco peores que todos los espíritus habidos y por haber.

Conseguí poco después un par de tatús (*Tatusia* sp.) (258) que dicen ser muy abundantes aquí; encargué más, pero infructuosamente; en cambio no dejé de coleccionar aves.

El Sr. Mazzanti me entregó entre otras cosas un conglomerado de ostras de género *Pecten* que fue extraído de un pozo que se hizo para el pararrayos de la iglesia a ocho varas de profundidad.

De este fósil no conozco otra región que lo posea en la costa del río Paraná sino las barrancas de frente al puerto de la ciudad del mismo nombre.

Este conglomerado hallado a 8 varas debajo de Goya, ¿nos demostrará la solución de continuidad de la formación marina del Paraná?

Si fuere así, ¿nos probará más el levantamiento de esas barrancas clásicas que encierran tantos tesoros científicos?

La Geología de esa región es muy ignota aún.

¿Dónde concluirá la capa de conchas?

¿Cuáles habrán sido los límites de ese gran mar terciario?

He aquí un problema geológico importante que está reservado a los golpes de pico felices del porvenir.

El lector se habrá acostumbrado al nombre del Sr. D. Tomás Mazzanti sin conocerlo; mi deber es presentárselo como uno de los mejores colaboradores que he tenido en Goya.

El Sr. Mazzanti, italiano, es una de las tantas víctimas que peleando por la independencia de su país tuvieron durante esa lucha homérica que abandonar su patria con el corazón transido de dolor, pero lleno de patriotismo.

Nacido bajo el mando despótico del gran duque de Toscana, fue revolucionario, compañero de Garibaldi en la toma de Roma, herido y prisionero de los franceses al mando de Oudinot; vuelto a su patria, tomado a la fuerza para servir a las banderas del gran duque, desertor, condenado a muerte, viéndose obligado por esto a marchar como voluntario a Crimea en el ejército piamontés. Luego, pobre y sin recursos, emigró a América creyendo labrarse rápidamente un porvenir para volver a luchar por la unidad italiana; pero se encontró cuando menos lo pensó, casado, con hijos y en una nueva patria que le brindaba un hogar tranquilo y feliz, harto necesario a sus grandes padecimientos anteriores.

La historia de Mazzanti es una epopeya, es la historia de todos esos mártires y héroes que lucharon valientemente por un principio, en medio del más hábil espionaje, las cárceles, los fusilamientos y la horca.

Durante treinta años Mazzanti no ha dejado de coleccionar, sirviendo sus valiosas colecciones para todas las exposiciones que se han efectuado dentro y fuera del país; pero desgraciadamente la mayor parte de ellas se extraviaron y otras fueron descompletándose en donativos a personas curiosas, al punto que se encuentra desprovisto completamente de ellas.

Para el Museo de la Plata le he hecho la última *razzia*.

Mazzanti es un buen pintor; como aficionado ha hecho varios cuadros de la Guerra del Paraguay que se hallan en poder de personas distintas.

Fue fundador del diario *La Patria* en Goya, cuyos primeros números fueron hechos con tipos que se encontraron en dos cajones en las carretas tomadas al general López Jordán después de la batalla de Ñaembé, todos revueltos porque el ejército jordanista los empleaba para fabricar balas. ¡Curioso destino del arte sublime de Gutemberg! Mazzanti fue el que descubrió los paraderos indios de Goya y a él se debe la noticia de su existencia en el Museo de La Plata.

Actualmente, se ha dedicado a los trabajos rurales en la Colonia Carolina de la que es administrador.

A pedido mío, el Sr. Mazzanti consistió en acompañarnos a una excursión a los paraderos que había descubierto. Temprano salimos de Goya llevando con nosotros también al Sr. Beaufils en dirección al establecimiento de la

señora Sinforosa Rolón, situado sobre el arroyo Pehuajó (259), por quien íbamos ampliamente autorizados para poder hacer las excavaciones.

El arroyo Pehuajó se halla como a dos leguas de la ciudad rumbo sur.

El trayecto se hace con comodidad; los campos están cubiertos de montes y lagunas; los primeros muy parecidos a los de Entre Ríos abundando en ellos el algarrobo (260), espinillo (261), espina de corona (262), algarrobo negro (263), guayacán (264), ñangapirú (265), quebracho colorado (266), más adelante, el lapacho (267), yuquerí (268), ubajai (269), aguay (270), quebracho blanco (271), ivirá niná (272), coronillo (273), molle (274), curupí (275), ingá (276), ivirá (277), cambuí (278), tororotán (279), palo san francisco (280), chilcas (281), ceibo (282), ubapoi (283), ñauticuruzú (284), ñapindá (285), palmas yatays, etc.

Pronto llegamos al establecimiento indicado que de lejos se distingue por su hermoso mirador; después de haber presentado al mayordomo la carta de autorización, nos dirigimos al arroyo que se halla muy cerca de la casa y separado de esta por un gran pajal de paja brava.

Casi sobre la costa vimos un enorme tala (286) añoso donde, según nos dijo el Sr. Mazzanti, se colocaba una guardia en otros tiempos para impedir las invasiones de los indios del Chaco que entraban por el paso del arroyo que se halla frente a este árbol.

A poco andar costeando el arroyo empezamos a ver en el suelo sobre la arena una gran cantidad de fragmentos de alfarerías esparcidos.

Por lo pronto, empezamos a recogerlos hallando muchos de ellos dibujados y algunos representando cabezas de animales, sobre todo loros (287).

Terminada esta operación, resolvimos extraer del agua por medio de rastrillos los que no podíamos ver, hallando entre ellos algunas piezas curiosas.

Luego recorrimos en una gran extensión el corte de la barranca que nos dio otras piezas sin importancia, pero en cambio nos mostró los restos de los banquetes de los fabricantes de esos tiestos, representados por montones de conchas cuyo contenido había sido comido en época muy remota.

Mientras tanto hacíamos excavaciones en distintos puntos de la barranca sin resultado y coleccionábamos al mismo tiempo piezas de zoología.

Algunos fragmentos fueron encontrados hasta un metro de profundidad y otros a menos y como mínimo a cincuenta centímetros.

Muy pocos objetos de piedra pudimos hallar, lo que me hizo suponer que

no se trataba sino de simples paraderos transitorios en donde los indios no dejaron otros vestigios de su paso que los restos de sus banquetes y los pedazos de sus obras, que al cambiar de punto rompían por no cargar tanto peso, mientras que sus armas de piedra, como eran más difíciles de hacer, eran cuidadosamente transportadas con ellos.

De este punto pasamos al arroyo Riacho donde desemboca el Pehuajó, a la estancia del Sr. D. José Jacinto Rolón aceptando la invitación que nos hizo mi amigo D. Domingo Rolón, hijo de dicho señor.

Allí emprendimos nuevas excavaciones que nos dieron también poco resultado, hallándose siempre fragmentos de alfarería lisa y uno que otro labrado; en cambio pudimos cazar algunas aves; de allí volvimos otra vez al Pehuajó y retornamos a Goya.

Debido a las finas atenciones de mi buen amigo D. Luis Vila, comerciante de esa plaza, pude ampliar el círculo de amigos y relaciones, las que me valieron mucho durante mi estadía en Goya a fin de recoger datos y objetos interesantes.

Por esto es que descubrimos el paradero de la Macana muy cerca de la ciudad, donde recogimos muchos otros objetos interesantes cuya descripción, como también la de los paraderos del Pehuajó, van en un trabajo especial publicado en esta revista sobre los *Paraderos de Goya*, en donde detallo también su ubicación.

A las señoritas profesoras Isabel y Raquel King de la Escuela Normal debo varias fotografías de Goya y entre ellas, una sumamente interesante de un árbol monstruo *iguapóo* que se halla en una quinta de los alrededores, la que no pude visitar por falta de tiempo.

Cuando terminábamos nuestros trabajos en Goya con el Sr. D. Emilio Beaufils, llegó a incorporársenos el Sr. D. Adolfo Methfessel para seguir juntos al Alto Paraná.

Antes de ir más adelante creo deber mío presentar al lector a mis dos buenos compañeros de viaje.

D. Emilio Beaufils, francés, dotado de todas las buenas cualidades propias de su nacionalidad, es preparador del Museo de La Plata y yo mismo lo pedí, conociendo sus aptitudes favorables, al Director Dr. Francisco P. Moreno para que me acompañara como encargado de la parte zoológica. Tengo que declarar con satisfacción que no me engañé al elegirlo, pues tuve ocasión más de una vez de apreciarlo no sólo como empleado sino también como

compañero.

D. Adolfo Methfessel, suizo alemán, hijo del cantón de Berna, es un distinguido artista empleado también en La Plata, cuyos conocimientos en el arte pictórico el público inteligente de la República ha tenido ocasión de apreciar admirando varios de sus cuadros, en que ha sabido con rara maestría interpretar la naturaleza copiando nuestras nevadas montañas, nuestras majestuosas selvas y nuestros risueños ríos (288).

Methfessel no sólo es artista sino también naturalista, arqueólogo e infatigable coleccionista; pero la cualidad inapreciable que posee es ser de una modestia excesiva.

Hombre de 85 años, muy robusto, reposado, tranquilo y previsor, acostumbrado a hacer expediciones, fue para mí una gran ayuda por su ninguna pereza y excelente buena voluntad, pues no sólo se ocupó de sus croquis, pinturas y dibujos sino que también con su infatigable actividad nos ayudó en mucho a coleccionar.

Con tan excelentes compañeros, la expedición prometía dar buenos resultados.

Capítulo II
Corrientes

De Goya a Corrientes. – El Mercado: comercio femenino. – Las iglesias. – La cruz famosa. – La leyenda del milagro. – El Cabildo. – La Casa de Gobierno. – Un cuadro curioso y otro original. – Aventura del Sr. Methfessel. – Las rocas del puerto y su formación. – D. Pablo Millot. – Un tigre manso. – El Colegio Nacional y el trabajo manual en las escuelas. – Los Gabinetes de Historia Natural. – Los indios chunupíes.

En Goya tuvimos la suerte de volver a tomar el vapor *Urano* para Corrientes.

El viaje se hace en un día; marchábamos bien pero estaba escrito que todo no debía ir del mismo modo. Al salir del puerto, por una mala guiñada del vapor atropelló una boya, que fue a enredarse en uno de las hélices; hubo que parar y tratar de desenredarla.

Después de mucho trabajo, se consiguió desprender el gran trozo de piedra que le servía de anclote, que había sido levantado a flor de agua al enrollarse alrededor de la hélice el cabo de alambre torcido que la sujetaba. En estas andanzas, llegó la noche sin conseguir nada más; luego seguimos marchando con sólo la otra hélice.

Más tarde se hizo varar de proa el vapor en un gran banco de arena para continuar el trabajo.

El capitán ordenó que alguno se echara al agua, pero ninguno de los marineros quiso hacerlo dando como pretexto el temor que tenían a la influenza; entonces vimos con sorpresa al capitán indignado sacarse los botines, tirarlos en el bote, desprenderse de las piezas principales de ropa, atarse un cabo debajo de los brazos y arrojarse al agua.

En otros casos se ha visto a los inferiores seguir el ejemplo del superior o llegada una situación de estas encontrarse algún voluntario, pero entonces ninguno se movió; los marineros miraron impasibles el arrojo de su capitán como si fuera la cosa más natural.

El capitán guerreó durante más de veinte minutos sin conseguir mayor cosa

y cuando salió chorreando agua, los pasajeros no pudieron menos que vivar al simpático capitán D. Francisco Masó.

Continuó la marcha, llevando siempre enredada en la hélice la boya, que rota sin duda por algún paletazo, seguía sumergida detrás del buque, a remolque, lo que nos hacía andar con retraso.

Al otro día llegamos temprano a Villa Ocampo, sobre la costa del Chaco, donde se descargó.

Entre tanto Methfessel sacó un croquis general de los galpones y paisaje, no olvidándose de una locomotora que allí estaba humeando, esperando por momentos lanzar su rugido civilizador sobre ese suelo del Chaco tan lleno de riquezas.

La vista de esa locomotora trajo a mi mente reminiscencias curiosas y variadas sobre la colonización y la civilización chaqueña.

¡Epopeya grande del trabajo, lucha homérica de mucha sangre, sudor, y capitales sacrificados contra la naturaleza bárbara y los indómitos salvajes, pero al fin labor *omnia vincil*! El trabajo, religión del porvenir que todo lo puede, ha conseguido conquistar más lauros en el Chaco, que el sistema brutal de las armas que trajo las más odiosas represalias, y por él se han formado centros de población en donde poco a poco se va catequizando el resto de sus tribus, cuando no se explota su trabajo.

De Ocampo, recostándonos a la orilla opuesta, llegamos al puerto de Bella Vista (provincia de Corrientes) frente al cual sobre un largo banco de blanca arena, los negros biguás (halicus) (289) se posaban innumerables.

En Bella Vista la subida de la barranca del puerto es terrible, cubierta en gran parte por un espeso arenal, los bueyes hacen proezas de fuerza para arrastrar las legendarias carretas, que crujen enterrándose hasta el eje.

Fuera de esto y de algunas cosas pintorescamente dispuestas sobre la barranca, nada de notable se ve desde a bordo, a no ser otro arenal que se halla sobre la costa un poco antes de llegar.

Hicimos luego escala en Empedrado y llegamos a las 8 p. m. a Barranqueras, puerto de Resistencia, capital del Chaco austral, y al poco rato a Corrientes, fondeando frente a la ciudad que se nos presentaba iluminada.

Una multitud de botes alineados esperaban que la Capitanía nos diera entrada, para abandonarse a las más desenfrenadas y extrañas regatas nocturnas que puedan imaginarse, para llegar cada cual primero al vapor.

El asalto no tardó en producirse y aquel golpear rápido de remos, aquellas

chispas de agua iluminadas por la luna que levantaban, aquellos gritos y aquel conjunto infernal en medio del río y de noche tenía algo de piratería malaya.

Después de mucho trabajo, ya listos y en tierra con todos nuestros bagajes, nos alojamos previo permiso del guarda del Resguardo, en el gran Hotel Oriental del puerto, para seguir viaje a Posadas el 10 en el vapor *Lucero*, según todos los cálculos e itinerario.

Pero ¡oh fatalidad! No bien concluíamos de instalarnos en el hotel, cuando nos dieron la poco agradable nueva de que el *Lucero* no se por qué razones, en vez de salir el 10, según su itinerario, se había creído mejor que partiera el 7, clavando no sólo a nosotros sino también a varios otros pasajeros que venían con el mismo objeto. ¡Bonita perspectiva la de esperar hasta el 20!

No por mucho madrugar se amanece más temprano. Esta vez tenía razón el proverbio, pero como al fin es muy cierto aquello de que no hay mal que por bien no venga, tratamos de aprovechar el tiempo que debíamos quedarnos en Corrientes, y al otro día nos lanzamos a visitar la ciudad.

Según una vieja costumbre mía, lo primero que visito en toda ciudad es el Mercado, por muchas razones. Allí se ven tipos populares y se suelen encontrar más de una vez objetos curiosos, animales vivos, etc.

El Mercado de Corrientes vale la pena de verse; es un vasto edificio de techo elevado y muy ventilado, que ocupa una manzana de terreno; el nivel del piso es mucho más alto que el de la calle, subiéndose a él por una gran gradería de piedra.

La parte externa está ocupada por muchos negocios y subdividida en cuartos. La interna puede decirse que es un inmenso salón cuyo centro está ocupado a lo largo por los puestos de carne a un lado y otro, resguardados en su parte externa por una reja de tejido de alambre.

No tienen nada de particular. Donde hay que ver es en el resto del edificio, donde el bello sexo, afeado por un respetable cigarro de hojas en la boca, es el encargado de la venta de un sinnúmero de artículos clásicos de esa provincia, colocados más o menos artísticamente en el suelo.

Naranjas en grandes y pequeños montones, batatas, mandiocas, velas de sebo, choclos, caña de azúcar, cigarros, mazacotes, chipás, huesos, ñandutís, mates, chicharrones, pipas diminutas de barro, gallinas, pollos, algunos ataditos de verdura, botellas de caña, leche, miel, etc., son los artículos principales de cuya venta se ocupan una multitud de mujeres que se exhiben

junto a su mercadería, decidoras, llenas de movimientos, descalzas y envueltas en el tradicional rebozo.

Después del Mercado, es bueno visitar las iglesias; en ellas suelen encontrarse conservados algunos objetos históricos, que también valen la pena de verse.

La ciudad de Corrientes tiene cuatro iglesias; la Matriz, de construcción moderna, en forma de cruz, con media naranja, dos torres sencillas y un pórtico griego.

Se halla en la plaza Sargento Cabral, en cuyo centro se levanta la estatua del héroe de San Lorenzo, que con su sacrificio decidió la suerte de nuestra Independencia, salvando la vida al gran San Martín.

Esta estatua fue modelada por el conocido escultor Camilo Romaironi y fundida en bronce de cañones antiguos en el Parque de Artillería Nacional.

No se puede mirar indiferentemente la efigie de ese oscuro soldado, representante mudo de aquellos legendarios centauros de la libertad que un día brillaron llevando triunfantes por medio continente el estandarte sagrado de la patria.

Otra iglesia es la de los Milagros, situada en los suburbios de la ciudad junto al viejo cementerio; es de construcción un poco anticuada, de frente sencillo, con una torre y mostrando en un lado un largo corredor con pilares de madera labrada que sostienen un pesado techo de teja española.

Al frente se halla la siguiente inscripción:

SUCEDIÓ EL MILAGRO
Abril 3 año 1598
Se transladó M A 1730
Se transladó M A 1808

En esta iglesia se conserva aún la famosa cruz milagrosa de la fundación de Corrientes.

La iglesia está muy mal tenida. Se está edificando al lado otra mejor, de un lindo estilo semigótico, una vaga reminiscencia de *Notre Dame* de París, pero la media naranja mal hecha en un principio, se desmoronó.

A pesar de todo no pudimos entrar a ver la cruz porque estaba cerrada la iglesia, por lo que resolvimos volver al centro a visitar las dos restantes.

La Iglesia de la Merced, de paredes sin revocar, está en una de las esquinas de la plaza principal.

Allí sólo vimos unos confesionarios antiguos, tallados en madera, de un estilo grotesco, con todo el tipo de los trabajados en tiempo de los jesuitas.

En esta plaza se ven además el Cabildo, edificio antiguo, pesado, con corredor sostenido por arcos de material; tiene algo como de estilo feudal, con una torre central sobre la que gira una veleta de lata, representando un ángel tocando la trompeta.

En las esquinas tiene torrecillas y troneras, un gran balcón de fierro corre a lo largo del frente y en su parte central se destaca un tremendo escudo argentino de mal gusto y para mejor, pintarrajeado con los colores de la patria.

En el Cabildo funcionan las cámaras y la policía. Parece más bien una cárcel que otra cosa.

En la otra esquina formando ángulo recto, como contraste, se halla la Casa de Gobierno de construcción moderna, de un bonito estilo, de un solo piso pero alta; tiene dos frentes: uno a la plaza y otro a una calle lateral. En cada uno de estos se halla una gran portada y a cada lado balcones bajos con corredores intermedios sostenidos por bonitas columnas.

Posee un magnífico reloj, y coronando el edificio se levanta un elegante techo de pizarra. Pero lo que no encuentro bien son dos leones sosteniendo el escudo de Corrientes, accesorios inútiles y que le quitan su pureza.

La plaza está rodeada de palmeras y muy mal cuidada. En el centro se eleva una columna de mal gusto con la estatua de la libertad en tierra cocida; debajo, rodeando a esta, se halla una balaustrada que sostiene cuatro bustos tan mal hechos que su identificación es imposible.

Se supone quieren representar algunos grandes patriotas, pero lo mismo pueden representar al Shá de Persia o al General Kanchitong. Observando la edificación, mezcla de casas modernas y de tipo colonial de grandes corredores pesados de teja española o de palma, sostenidos por gruesos pilares de madera dura en los que los artistas carpinteros han ingeniado mil combinaciones de formas para sus chapiteles primitivos, nos acercamos a la Iglesia de San Francisco, la única que nos faltaba visitar.

El exterior de esta iglesia puede decirse que es una ridícula caricatura de San Pedro de Roma.

La entrada principal se halla muy retirada del frente de la calle, hallándose

unida a ella por dos columnatas semicirculares que sostienen dos grandes corredores a ambos lados y sobre estos una balaustrada.

El gran patio que queda en medio está sembrado de alfalfa y cerrado por una verja de hierro, interceptada de trecho en trecho por gruesos pilares de material, coronados con una gran copa.

El frente de la iglesia es de dos pisos, angosto, saliente y sencillo. A los lados y un poco detrás se elevan dos torres octogonales que terminan en una pirámide alargada, y sobre esta, una cruz de fierro.

El interior es pobre. Por otra calle se entra al patio que da a la sacristía y convento, de un aspecto pintoresco por lo antiguo y ruinoso.

Methfessel no pudo menos, como artista, que sacar un croquis de una puerta. Mientras tanto me dirigí a un Rev. fraile que apareció por allí, a quien pedí me mostrara algunas curiosidades, a lo que accedió gustoso, enseñándome en la sacristía un curioso cuadro hecho en Itatí por el maestro Andrés Guyrrías en 1773, dedicado a A. N. R. Padre J. Joseph García, ministro general de toda la Orden de los menores de San Francisco, y titulado «Mapa de las grandezas de la Orden de los menores».

En este cuadro se ven dos grandes esteras una al lado de la otra: una encierra la familia Cismontana y otra, Ultramontana. Dentro de estas se halla un gran número de nombres geográficos, ya europeos, ya de otros continentes. Entre las dos esferas, en la parte superior, se halla el Padre Eterno y en la inferior San Francisco sobre un montón de atributos de riquezas y poder. El cordón que ciñe el cuerpo de San Francisco es tan largo que entra en ambas esferas abrazando todos los nombres. Ambas esferas están unidas por una gran faja donde se leen las siguientes inscripciones: *Santos canonizados beatificados 600, Mártires 2500, Venerables 300, Papas y Cardenales 44, Patriarcas 19, Arzobispos 400, Obispos 200, Inquisidores 579, Escritores 10.500, Reyes 120, Reinas 130.*

Debajo de las esferas hay un paño de 35 centímetros dividido en seis partes que tiene otras inscripciones explicativas.

El Rev. fraile que me lo mostró me dijo haber sido hecho por un indio reducido, o más bien criado en el convento de Itatí. Todo puede ser, pero me parece que la idea y disposición tiene mucho de europeo, como también el apellido Guyrrías bien puede ser español.

De cualquier modo, me pareció bien pedirle permiso para hacer sacar un croquis con Methfessel que estaba dibujando entre tanto el patio.

Como accediese, llamé al señor Methfessel, lo presenté y como para hacer ver su habilidad le pedí su libreta para mostrar al Rev. fraile el croquis que había sacado, cuando con gran sorpresa mía Methfessel se negó. No atribuyendo esto más que a su modestia, insistí. Entonces, poniéndose como una grana, me pasó la libreta, la abrí, ¡qué me iba a imaginar que al lado del croquis del patio, para no perder tiempo, Methfessel se había entretenido en sacar el retrato del Rev. padre, que no miró con muy buenos ojos aquello!

Sin perder mi serenidad, le expliqué que Methfessel se dedicaba mucho a la pintura religiosa, y que eran esos simples croquis de estudio para cuando tuviera que hacer algún cuadro de franciscanos.

Tranquilizado el padre, nos llevó después a la sacristía, donde nos mostró algunos santos tallados en madera de la época de las misiones, los que afectivamente tienen el carácter de la escultura india.

Allí también vimos el retrato del benemérito Fray Díaz de la Quintana, el fundador de la primera escuela en Corrientes, sacerdote virtuoso cuya memoria venerada ha pasado a la posteridad.

Al retirarnos nos mostró otro cuadro bien original, muy destruido que se encontraba en un rincón, que merece la pena de describirse por adivinarse en él la mano india.

El lienzo es de más de dos metros, un poco mayor que el anterior, por dos metros y medio de alto y representa algo que no tiene atadero.

En el medio hay un señor crucificado de 0,50 m de cuyo costado sale un chorro de sangre bien colorada y tan abundante, que ni del cuerpo de un buey podría surgir tanta. Una fuente rebosante que sostiene un ángel arrodillado se encarga de recibirla. En una esquina, debajo, hay un sinnúmero de figuras de turcos que martirizan frailes con cuanto aparato de tormento imaginable existe. Sobre estos, otros frailes conducen una arria de llamas cargadas, que van a un convento de cuya puerta salen otra cantidad a recibirlos. En otras partes una multitud de nobles pasean entre verde follaje, vestidos a lo Luis XIV.

Es una confusión tan notable de figuras, que por más que quise darme cuenta de lo que quería representar, no pude conseguirlo. Sería lástima que este cuadro se perdiera, no por su valor artístico sino por su curiosa concepción.

Debe haber sido pintado por algún indio, que sin darse cuenta y sin plan preconcebido, ha ido amontonando figuras sobre figuras de tiempos y países

distintos, a fin de llenar el lienzo.

Del convento de San Francisco volvimos al puerto a coleccionar muestras de la interesante formación guaranítica, que se presenta magnífica allí. Enormes piedras acribilladas mostrando el trabajo de erosión del agua, desprendidas de la barranca de cuatro a cinco metros de altura y más. En otras partes ostentan sus bellos colores rojo, negro y amarillo en todos los tonos y combinaciones.

Areniscas compactas, arcillas endurecidas, cargadas fuertemente de óxido de hierro y manganeso, que les dan tonos rojos y negros cada vez más variados, hacen la desesperación del coleccionista que no cesa de recoger ejemplares.

En algunas partes el corte de la barranca da las siguientes capas en cinco metros de altura más o menos:

Humus negro rojizo de 0,30 a 0,40
Pampeano chocolate de 0,50 a 0,60
Piedras agujereadas rojas con negro y amarillo de 3,00 a 3,40
Piedras estratificadas amarillo rojizo de 0,80 a 0,80
Arena fina y muy roja de 0,10 a 0,30
Total de 4,70 a 5,50

En Corrientes conocí al Sr. D. Pablo Millot, antiguo poblador de las Misiones, coleccionista, encargado varias veces de la recolección de objetos para las exposiciones por cuenta del gobierno de Corrientes.

Este señor me sirvió de mucho, presentándome a varias personas, entre ellas al Sr. Tages, presidente del Centro Comercial, al que visité pudiendo ver allí una magnífica colección de maderas de las Misiones; al Sr. Leconte coleccionista de reptiles, al Sr. Juan Vicente Pampín (290) quien me regaló un magnífico zorro, y al sargento mayor de marina Luis D. Cabral, bravo coleccionista principalmente de reptiles y objetos de etnografía chaqueña, quien me obsequió con algunos ejemplares de reptiles.

La colección del Mayor Cabral es sumamente interesante, en cuanto a reptiles posee un buen número de especies.

Es de sentirse que entre nosotros no haya aún trabajos especiales sobre Herpetología, pues no deja de ser no sólo molesto sino también engorroso el

revolver una gran cantidad de libros para encontrar sus determinaciones, harto difíciles ya, si se tiene en cuenta la sinonimia enredada que existe de muchas especies.

Soy de opinión que tratándose de cualquier grupo, ya sea en Zoología, Botánica o Paleontología, los especialistas debieran, al apuntar las especies, aunque fueran conocidas, dar no sólo sus determinaciones y sinonimia correspondiente, sino también su descripción, facilitando así la clasificación.

Yo aplaudo mucho la descripción de las especies nuevas, pero aplaudiría mucho más el ocuparse un poco también de las viejas, cuyas descripciones no sólo necesitan ser refrescadas, sino también ser verificadas y ampliadas con nuevos datos. Sólo así podrán con más facilidad construirse las series filogenéticas, fin principal de la clasificación moderna.

Para el que no es especialista de tal o cual grupo, es verdaderamente abrumador clasificar cualquier cosa, salvo algunos grupos bien estudiados que hace poco empiezan a publicarse.

La obra magna de la fauna argentina es la que deben llevar adelante nuestros museos, cuyo enorme material es necesario que vaya dándose a conocer, ya sea en trabajos especiales monográficos o en catálogos descriptivos (291).

Mientras nos preparábamos, para no perder tiempo, a ir a Resistencia, nos dieron la grata noticia de que el vapor *San Javier*, que estaba en el astillero a consecuencia de una seria avería sufrida al subir el Salto de Apipé, listo ya, iba a ser echado al agua y emprender viaje a Posadas de un día para otro.

En vista de esto determiné continuar nuestras excursiones por Corrientes a fin de no perder esta oportunidad providencial.

Entre tanto, Methfessel sacó dos acuarelas *in situ* de la formación guaranítica y encargué a Beaufils de la colección de peces, la que no pudo hacerse a pesar de toda la buena voluntad, porque los pescadores esos días sacaron poco o nada. Unos pocos armados (292) que obtuvieron no quisieron vendérnoslos porque ya estaban dedicados a sus clientes respectivos.

Pronto supimos que en un boliche situado sobre el río había un tigre manso (293), el que fuimos a ver por curiosidad.

Un tigre manso me pareció muy extraño como me parece aún ahora, a pesar de que tuvimos ocasión de verlo simplemente atado al pescuezo por una delgada cadena, de esas que se usan para sacar agua de los aljibes.

El tigre no era colmilludo, pero bastante grande de cuerpo, como un adulto;

sino tenía colmillos poderosos tenía en cambio las uñas bien desarrolladas.

Un marinero brasilero jugaba con él, le tocaba la cola y la barriga sin que el tigre le hiciera daño; parecía gustarle jugar como a los perros.

Como manifestara mi descontento respecto a la falta de seguridad, me dijeron allí que ya varias veces se había soltado y que no hizo más que andar por el patio, dejándose agarrar luego y amarrar sin dificultad.

A pesar de todo, no me inspiraba mucha confianza la mansedumbre del tigre, sobre quien debe primar ante todo su instinto sanguinario.

Jugar con tigre es lo mismo que jugar con gatos; cuanto menos se piensa muerden o arañan a título de caricia.

Un joven fotógrafo que allí se encontraba, quiso echárselas de guapo, creyendo poder también jugar con él, recibiendo una zarpada que felizmente no hizo más que herirlo un poco en una mano.

Pero cuando se reveló bien tigre fue a la vista de un estúpido perro perdiguero que entró al patio.

El tigre se agazapaba observándolo, trataba de esconderse sin perderlo de vista, caminaba con cautela, sus ojos brillaron siniestramente y olvidándose de que estaba atado, de repente pegó un formidable salto hacia el perro, a quien no alcanzó porque lo detuvo la cadena que cimbró violentamente.

Enojado sin duda, empezó a brincar y a saltar desesperadamente, tanto que tuve temor de que la reventase, dada la fuerza increíble que posee en el pescuezo este animal.

Nunca me olvidaré de la fuerte impresión que me causó la vista de un animal tan feroz, puede decirse casi en libertad, y sobre todo me impresionaron más las actitudes distintas que tomó para echarle el guante al perro (294).

En el hotel donde nos hallábamos, me encontré con los señores Profesores Normales: Porfirio E. Rodríguez y Mardonio Leiva, ambos enviados, el primero por la provincia de Buenos Aires y el segundo por la de San Juan, a objeto de estudiar prácticamente en el Colegio Nacional de Corrientes, la enseñanza del trabajo manual en las escuelas.

Como aún disponía de algún tiempo, a invitación de ellos visité el establecimiento mencionado y no me arrepiento de esa visita puesto que ella me llenó de satisfacción.

En un gran salón anexo al colegio se halla instalado el Taller, que tan acertadamente dirige el profesor Sueco D. Carlos M. Hordh.

Junto a una serie de bancos de carpintería, los alumnos, llenos de interés y atención, seguían el progreso de sus respectivas obras, solos, recibiendo de vez en cuando alguna observación bondadosa de su profesor.

Esa variedad de caracteres, esa multitud de caras juveniles en que se reflejaba el espíritu travieso, chacotón e inquieto propio de nuestros muchachos, esa cantidad de pequeños hombres trabajando todos con gusto y entusiasmo, aserrando madera, manejando el formón, el cepillo y demás herramientas útiles, interesados en llegar al fin de la obra, me hicieron vislumbrar íntimamente el grandioso porvenir que nos espera, el día en que el slojd o enseñanza del trabajo manual, esté difundido en todo nuestro territorio.

Porque el slojd despierta el gusto y el amor por el trabajo, porque desecha y quebranta esa preocupación imbécil que tienen muchos, de que el trabajo corporal deshonra; porque acostumbra a la actividad, al orden y a la exactitud, porque desarrolla las fuerzas físicas de los niños; porque perfecciona la vista y el sentimiento estético, y finalmente porque sintetiza la gran frase de *mens sana in corpore sano* (295).

El trabajo manual enseña y acostumbra a la democracia, al respecto por el hombre trabajador y honrado, abriendo las puertas del gran templo de la igualdad, fraternidad y libertad y sirviendo al mismo tiempo de elemento de selección de los elementos buenos de toda sociabilidad.

Nuestro y todo el porvenir está en el trabajo; fuera de él no puede haber progreso posible, así que deseo con toda la fuerza de los buenos sentimientos que pueda tener un buen ciudadano, que la enseñanza del trabajo manual en las escuelas se difunda por todos los ámbitos de la República, a fin de preparar las generaciones venideras aptas para luchar por la existencia.

Las provincias de Buenos Aires y San Juan, al enviar sus profesores a Corrientes para plegarse a este gran movimiento evolutivo de la educación moderna, cuya iniciación se debe a la heroica Corrientes, merecen un aplauso unánime y es de desear que su ejemplo sea seguido por todas las provincias hermanas.

Como contraste apuntaré una observación que recogí visitando el Gabinete de Historia Natural.

Todo lo que allí existe es europeo. ¿No sería posible y más conveniente que los ejemplares que sirven para las demostraciones fueran representantes de nuestra fauna, flora y gea?

¿No es ridículo que se encuentre el zorro europeo embalsamado, cuando nosotros tenemos el nuestro? Lo mismo sucede con los insectos, mariposas, plantas y minerales.

Total, los alumnos saldrán conociendo todo menos lo que debieran conocer.

La tarea de los museos escolares, a mi parecer, debería también salir de nuestros museos, los que podrían proporcionar un grande y variado material a los establecimientos de educación.

Esto de los gabinetes de historia natural importados, me hizo acordar a aquellos buenos tiempos en que se enseñaba con mucho empeño la geografía de Europa, Asia y África, obligando a los alumnos a aprender de memoria una por una las ciudades de Francia, Alemania, Rusia e Italia con todos sus detalles, y cuando se trataba de la República no se sabía más… que tenía catorce provincias, etc.

En los suburbios de la ciudad, sobre el río, se hallaban acampados bajo unas tiendas de trapos y cueros, unas cuantas familias de indios chunupíes del Chaco, a quienes visitamos, comprándoles unos pocos objetos de fabricación indígena y extractamos un pequeño vocabulario.

La descripción de ellos se publicará en un trabajo aparte para no hacer más largo el presente 1.

1 «Los indios chunupíes. Contribución a su conocimiento. Descripción de algunos objetos y pequeño vocabulario», por Juan B. Ambrosetti, Revista del Museo de La Plata *(296).*

Capítulo III
El Alto Paraná

De Corrientes a Posadas. – Paso de la Patria. – Itatí y su Virgen. – Las costas Itaivaté. – Ituzaingó: sus barrancas. – La laguna Iberá. – El Archipiélago Yaciretá. Los vaqueanos. – El Salto de Apipé. – Su subida. – Llegada a Posadas.

El 14 de agosto por fin el *San Javier* estuvo listo y a las 10 a. m. nos despedimos de Corrientes, esperando llegar a Posadas; digo esperando porque el río estaba bajando mucho y la navegación del Alto Paraná es muy dificultosa en estas condiciones, así que era lo más fácil que tuviéramos que seguir desde Ituzaingó por tierra, sin tener el gusto de subir el famoso salto o mejor dicho gran corredera de Apipé.

A poco andar, divisamos el puente de material sobre el arroyo Poncho Verde, lugar célebre por haber sido uno de los puntos en que más encarnizadamente se peleó cuando la toma de Corrientes por el General Paunero, recuerdo glorioso de esa lucha titánica que se llamó Guerra del Paraguay.

Más adelante desfilaron ante nosotros extensos naranjales, la Isla del Cerrito, las Tres Bocas y entramos de lleno en el Alto Paraná.

El corazón de todo patriota no puede menos que estremecerse de entusiasmo al enfrentar el Paso de la Patria; los recuerdos se agolpan y al reconstruir mentalmente la acción heroica de que fue teatro, un profundo respeto lo invade. Evoca las sombras veneradas de los que cayeron, y vislumbra sin quererlo, sobre el gran arenal, la sangre derramada en holocausto de la Patria.

El vapor sigue marchando, mostrándonos a cada paso las alegres costas correntinas y paraguayas. Destacados de ellas se elevan pequeños promontorios de piedra, completamente aislados y coronados de magnífica vegetación.

Del lado paraguayo se extienden bancos de arena amarillenta que brillan alegremente al reflejar los rayos solares.

En estos pequeños, pero cómodos vapores se está como en su casa; pronto se entabla relación con todos los pasajeros, con quienes se charla alegremente mostrándose con interés cualquier pequeño detalle, cambio de panorama, etc.

Una de las precauciones dominantes de todos era encontrar yacarés (297) roncando la siesta sobre los bancos de arena para tener el gusto, si se quiere cruel, de enviarles una bala.

Después de mucho escudriñar y esperar, encontramos algunos de la especie roja, dos o tres muy grandes, pero ya sea porque el movimiento del vapor lo impedía, ya porque todos no eran muy buenos tiradores, lo cierto es que sólo uno recibió un tiro que no hizo más que herirlo, pues se sumergió violentamente en el agua, desapareciendo y dejando un amplio remolino.

A la tarde llegamos después de pasar por Tabacué al famoso pueblo Itatí o Nariz de piedra, mejor punta de piedra, cuyo nombre se debe a que entran en el río unas piedras que forman una punta. Desde abordo divisamos las torres de su célebre iglesia que encierra la imagen milagrosa de N. S. de Itatí, muy nombrada y que en el Alto Paraná, Corrientes y Paraguay es la equivalente a la Virgen de Luján o de Lourdes.

Itatí fue fundado por los españoles en 1858, pero su población es muy pequeña: 500 habitantes. El pueblo se halla situado sobre la barranca; la población de todo el departamento ha de ser de 3500 a 4000 habitantes, que se dedican principalmente a la agricultura.

De Itatí se sigue navegando, despuntando después el banco *Urucuá* (cueva del cuervo) (298) donde hay una estancia en la costa argentina, luego se pasa el Abra que es otro punto sobre la misma costa, después se pasa delante del pueblito de Yahapé (299), que se halla frente al Cerrito paraguayo y dejando atrás el riacho Santa Isabel, se llega a Itaivaté (piedra alta) que se halla *vis* a *vis* con el riacho Yabebiry.

Aquí forma el río una gran bolsa donde se hallan las islas Dos Hermanas.

Durante todo el trayecto el paisaje variaba siempre, no con gran intensidad, más o menos compuesto de los mismos elementos: bancos, islas, grandes barrancas elevadas, llenas de espléndida vegetación subtropical.

Sobre la costa aparecían en los desagües de los infinitos hilos de agua que caen en el Paraná, grandes manchas rojas como de sangre, que no son sino la borra ferruginosa que depositan las aguas durante su curso lento.

Al llegar al Ibicuí, las barrancas argentinas presentan a lo lejos una forma y color muy parecidos a los que se ven en la ciudad del Paraná.

Esta formación sigue, puede decirse, hasta Ituzaingó, viéndose en ellas el trabajo de erosión del agua llovediza, que ahonda los canales por donde cae, dejando en pie grandes trozos de barranca casi aislados que toman la forma de enormes pirámides.

Antes de llegar a Ituzaingó pasamos por la Estancia de San Gará (c. arg.) y por el paso de poca agua llamado Punta Natui (punta estamos).

Allí el río forma una bolsa mayor para dar cabida a la famosa Isla de Apipé.

En Ituzaingó, el vapor paraba dos horas, que empleamos en visitar el pueblo, acompañados del Sr. D. Guillermo Aguirre, respetable vecino español que ejerce las funciones de cónsul paraguayo.

Ituzaingó es el último pueblo de la provincia de Corrientes sobre el Alto Paraná; como población es pequeña aún, pero como punto comercial es importante.

Cuando el río está bajo y no permite la navegación de Corrientes a Posadas, Ituzaingó es el único punto al que llegan los vapores que descargan sus mercaderías allí y en carretas son conducidas a Posadas.

La edificación de Ituzaingó es un poco primitiva; salvo algunas casas bien edificadas, la mayor parte tiene el aspecto de ranchos, empleándose mucho el tacuaruzú o caña gruesa (300), rajada y abierta para formar las paredes de las casas.

Luego de visitar el pueblo, al que llegamos después de subir la barranca del puerto, alta de 11 a 12 metros y compuesta casi en su totalidad de arena que la hacía muy fatigosa, tomamos muestras de ella.

Del corte geológico deduzco que las barrancas vistas desde Itaivaté deben pertenecer a la misma formación.

Ituzaingó está en las cabeceras de la misteriosa laguna Iberá sobre la que tantas versiones corren y tantas leyendas ha creado el espíritu impresionable de los hijos de Corrientes.

Como nos despachamos tarde, el capitán resolvió salir de Ituzaingó para ir a fondear un poco más arriba de la punta Mbaracayá (Gato), a la vista del Salto de Apipé, el cual debíamos subir al otro día temprano.

Cerca de la costa paraguaya, se extendían las Islas de Apipé Chico y Grande, cubiertas de magnífica vegetación. A la tarde, como a las 5 p. m., divisamos a lo lejos el vapor Lucero que volvía de Posadas. Arrastrado por la corriente, descendió rápido como una flecha el temido Salto, pasando luego

cerca de nosotros como una exhalación.

Sobre la playa de la isla a cuyo lado habíamos fondeado, se hallaban casi enterrados en la arena grandes cantidades de rieles de la empresa Clarck, destinados al paralizado ferrocarril de Posadas a Santo Tomé. Dentro de poco, esos rieles habrán desaparecido.

A bordo no se habla sino guaraní, y para las maniobras del vapor, guaraní mezclado con genovés, mezcla pintoresca y graciosa.

Desde que salimos de Corrientes, y en todo el Alto Paraná, el guaraní impera único para todo; hasta los mismos que hablan español, lo prefieren; parece que sino, no pueden entenderse. Aquello es un mundo aparte en donde uno se encuentra extranjero en su propio país, lo mismo que si se hallase en la China.

Dejamos la isla Apipé, y vamos derecho al Salto que brama delante de nosotros imponente. Al timón va el baqueano paraguayo, serio, casi mudo, con aire tranquilo, mascando un pedazo de tabaco negro, dando de vez en cuando una orden y oyendo atento a los dos sondadores, uno guaraní y otro italiano, que armados de una gran caña llena de pequeñas cuerdas atadas de distancia en distancia, la sumergen a proa cantando el sondaje en un genovés españolizado, como sigue: *dus brazas largas, seis cuartas escarsas, nueve cuarta larguita, cinco cuarta larga, tres brasa escarsitas, un se arcarsa, ocho cuarta piedra, du brasa arena,* y así por el estilo.

Ya llegamos al Salto, la voz del vaqueano, a toda fuerza se hace oír, el manómetro señala 86 libras y después 90 de presión. Los foguistas echan leña y más leña, y el vapor, aumentando su marcha, temblando todo, empieza a subir desesperado, luchando a brazo partido con aquella masa de agua que atropella enfurecida, mostrando a ambos lados grandes remolinos de espuma al chocar bramando contras las masas negras de rocas, que se levantan amenazantes a ambos lados del canal.

Varios pasajeros acompañados por el comisario del vapor Don Pedro Deffis, desde arriba de la toldilla contemplábamos aquella avalancha líquida que rueda con furor por ese extenso plano inclinado, siguiendo inmóviles y mudos la marcha impetuosa pero lenta del vapor.

Quince minutos después, el *San Javier* flotaba en aguas tranquilas. Habíamos pasado el salto de Santa María de Apipé, que rugía a lo lejos, el mismo que en el viaje anterior había arrastrado el *San Javier* chocándolo contras las rocas que le abrieron un ancho rumbo.

Según el Sr. Hunter Davison que estudió el Apipé, el desnivel del salto en los ochocientos metros es de 4 m y 577, pero este desnivel no es continuo, dividiéndose en cuatro secciones que tienen caídas respectivas de 0,110, 0,05, 1,531 y 2,886, en las distancias siguientes: 101 m, 173 m, 230 m y 290 m.

Lo principal estaba pasado al parecer, pero no fue así.

Dejando atrás la Isla del Diablo, nos faltaban varios pasos malos y de poca agua, que debían decidir nuestra suerte, entre ellos, el Carayá Paso (mono) con fuerte corredera, que salvamos con alguna dificultad 1; más adelante se eleva en medio del río la Isla 25 de Marzo y en una vuelta que da se halla la Isla Júpiter. Mientras tanto, vamos costeando el pintoresco de Yaciretá (país de la Luna) el que junto con el Apipé tienen una superficie de islas de unas cuarenta leguas cuadradas y de una fertilidad asombrosa.

Sobre la costa argentina se hallan los puntos de *Solis cué, Valle cué* y *SantaTecla.* En este último, los jesuitas en la época del esplendor de su dominación, tuvieron una de las mayores estancias que según la tradición poseía cincuenta mil cabezas de ganado vacuno, caballar y mular. Luego desfilan: la barra del arroyo Garapé, y más o menos frente al paso Ingá, un lugar llamado Curupaití. Las Islas Picardía, Ombú, Muitá y Pájaros después, notándose aquí poco agua, debido al ensanchamiento que toma el río.

Tenemos que parar mientras se desprende una canoa que con los baqueanos (301) se dirige con sus largas cañas a sondar el paso.

En aquel momento, todos estamos pendientes de esa operación que nuevamente debe decidir nuestra marcha.

El paisaje no podía ser más encantador: aquellas islas pintorescas llenas de vegetación de tintes esmeraldinos, deslumbrantes, reflejando sus masas verdes en el agua límpida y titilante, bajo aquel sol magnífico de las dos de la tarde que se destacaba entre un cielo puro lleno de transparencias, y todo ese ambiente lleno de aire, de luz y de verdor que nos envolvía, tenía todas las atracciones de lo bello, lo grande y lo armonioso.

El Sr. Methfessel entusiasmado acumulaba en su álbum croquis y más croquis, nosotros variábamos la contemplación del paisaje con las angustias del éxito de aquellos hombres que atentos a su operación, sumergían y extraían acompasadamente en el agua su larga caña, mientras el vapor como potro sofrenado, parecía preso de una impaciencia sorda, dejando escapar ese ruido característico de la alta presión de las calderas.

Volvieron los baqueanos con la nueva feliz de que podíamos pasar;

continuó la marcha y al franquear los pasos algunas trompadas se sintieron, pero la marcha ya no se interrumpió más.

La barra de arroyito Ombucito (c. arg.) es dejada atrás como también las del Yacarey y del riacho Nambi. Después la Isla Perdida, que efectivamente va perdiéndose por la erosión de las aguas, el arroyo Itaimbí y sobre la otra costa el punto San Juan, el arroyo Caraguatá y el Tacuarí.

El vapor continúa su marcha triunfante, cruzando rápido Mártires cué (punto sobre la c. arg.) la Isla del Medio, el arroyo Yhú (c. parag.) para llegar a las seis de la tarde al puerto de Villa Encarnación (Paraguay) y media hora después, al de Posadas, capital del territorio de Misiones.

La sección entre Ituzaingó y Posadas es la única barrera que opone el Alto Paraná, que desde este punto es perfectamente navegable en una extensión de noventa leguas hasta Tacurú Pucú.

Noventa leguas de costa representan una suma enorme de territorio que queda hasta hoy simplemente condenado a la explotación brutal sin orden ni método, de sus inmensas riquezas naturales, verdaderos tesoros inagotables, si se procediera con ellos de otro modo, entregándolos a la colonización y a la industria.

Hasta ahora no tenemos sino un estudio de esa sección, de ese *cuco* de la navegación del Alto Paraná hecho por el Sr. Hunter Davison, pero creo que a pesar de todo, el Gobierno Nacional, teniendo en cuenta lo que se ha hecho en otros países, donde se han salvado dificultades mayores, debería dedicar una gran parte de su atención a tratar de modificar en lo posible, las condiciones actuales de su navegación, haciendo saltar muchos obstáculos que hoy día la dificultan sobre manera, poniendo en grave riesgo las raras embarcaciones que hoy hacen ese trabajo y que en su mayor parte pertenecen a empresas yerbateras particulares, que sólo transportan sus productos, llevando los ajenos por favor raras veces.

Por esto a nuestra llegada, Posadas estaba abarrotada de frutos del país que no podían remitirse a Corrientes por falta de vapores.

Este trastorno era debido en gran parte a la avería del *San Javier*, en cuya compostura y demás se habían empleado como cuatro meses.

En Ituzaingó y Corrientes sucedía otro tanto.

En ambos puertos se hallaban gran cantidad de mercaderías esperando el turno para ser transportadas a su destino.

Con todos estos inconvenientes tropieza el progreso del Alto Paraná, si

bien tiene la gran esperanza del futuro ferrocarril que debe ligar Posadas con Santo Tomé (costa uruguaya) (302); pero desgraciadamente este también se halla totalmente paralizado por ahora, y Dios sabe cuándo se reanudará su construcción.

De cualquier modo, el ferrocarril, a pesar de su mucha importancia, nunca presentará las facilidades, comodidad y conveniencia, con respecto a los fletes, como la vía natural fluvial del Alto Paraná, que no tendrá tantos inconvenientes de trasbordo, carga y descarga como aquel.

Muchos artículos podrán soportar todos estos gastos como ser: la yerba, el tabaco, etc., mientras que otros como las maderas, los cueros, etc., no, o si los soportan, llegarán a su destino tan recargados en su costo que concluirán por dejar poca o ninguna utilidad.

Es un hecho por demás sabido que la colonización se desenvuelve lo mismo que las industrias extractivas, donde existen vías fáciles de comunicación, para que sus productos lleguen a los mercados consumidores en condiciones de poder competir con sus similares de otras procedencias.

En vista de esto, es necesario dotar, aún con sacrificios, a esas zonas llenas de riqueza, de vías de comunicación baratas y seguras, y estas en primera línea, son las fluviales.

Vuelvo a repetir, esa simple sección del Alto Paraná desde Ituzaingó a Posadas es la única barrera que presenta la navegación del caudaloso río, que una vez limpiado, aunque sea en parte, de sus obstáculos actuales, abrirá las puertas del progreso a esa inmensa zona de Misiones, sacudiendo la inercia forzada de sus habitantes, que hoy en su mayor parte sólo producen lo estrictamente necesario para vivir, porque no sabrían que hacer con el exceso de sus productos.

Al Gobierno Nacional toca la empresa de esta obra patriótica en la que puede poner a contribución los conocimientos técnicos y los elementos que posee en la división de torpedos de la Armada Argentina.

1 Pocos meses después el mismo vapor San Javier *que de Posadas iba a Corrientes cargado de yerba, se perdió en este punto impelido por el remolino furioso que lo estrelló contra las piedras de ese paso peligroso.*

Capítulo IV
En Posadas y en Villa Encarnación

Preparativos de marcha. – Lo que se debe llevar en toda expedición al Alto Paraná. – Posadas. – Excursión a Villa Encarnación. – D. Carlos Reverchon y su ingenio. – El presbítero Alejandro Imossi. – La caña y su fabricación antigua y moderna. – El Sr. León Gabaldo. – Un entierro original. – Embarque de mulas. – Cómo se conchaban los peones para el Alto Paraná. – Otra vez a bordo del San Javier.

Al llegar a Posadas no sabíamos con seguridad si el *San Javier* volvería a Corrientes o seguiría para Tacurú Pucú. Nos dijeron que sólo después de la llegada del triunfo se sabría algo.

Esta demora nos vino bien, porque así pudimos comprar los víveres y algo que necesitábamos para continuar sin tropiezo alguno el viaje aguas arriba.

En el Alto Paraná, para poder vivir y excursionar libremente, es necesario llevar provisiones; de lo contrario se está expuesto no sólo a ser inconveniente sino también a pasar miserias, sea en los obrajes o en otros puntos, porque como los vapores no hacen viajes regulares, comúnmente se quedan cortados de provisiones, y tres o cuatro personas más, que coman dos veces diarias, por lo menos son insoportables a los que a gatas tienen para ellos.

En ciertos puntos el dinero es inútil, desde el momento en que no saben qué hacer con él. Los que tienen mercaderías son los empresarios de los trabajos, ya sea de yerba o de maderas, y estos no quieren dinero sino trabajo personal, y así mismo más de una vez se ven en figurillas por habérseles concluido la mantención.

Por experiencia propia, cosechada en mi viaje anterior, conocía ya esto, resolviéndome entonces a comprar los siguientes artículos, que detallo para evitar el trabajo de averiguación al que quiera emprender viajes de esta naturaleza:

Charque, grasa, tocino, fariña, porotos, sal, galleta, tabaco, caña, jabón, café, yerba, azúcar, cartuchos, extracto de carne Kemmerich y sopa Julienne.

Estos últimos deben reservarse para casos extremos cuando no se pueda cargar mucho y haya que economizar los otros alimentos.

No se debe ni se pueden llevar artículos de lujo como vino, etc., puesto que si uno toma, debe dar de tomar a todos, incluso a los peones, a quienes hay que saber tratar con cierto compañerismo para que lo sirvan bien y con buena voluntad.

En esas alturas la ciencia no vale nada y los únicos que pueden sacarlo a uno de apuros son los peones.

Los peones del Alto Paraná son curiosos. En su mayor parte paraguayos, correntinos o brasileros, se conchaban para todo trabajo; tanto sirven para manejar una canoa, lidiar con mulas o bueyes, cargar a hombro, trabajar en el monte, cocinar y hasta cazar tigres cuando se ofrece.

Al ser contratados para el Alto Paraná ya se entiende que es para todo trabajo y uno no tiene más que mandarlos.

Es gente dócil, de buena índole, servicial cuando se sabe tratarla, pero fácilmente inútil si nota en el patrón orgullo o falta de consideración.

Por esto digo y aconsejo a todos los que hagan expediciones, que sepan con disimulo y habilidad, captarse las simpatías de esa pobre gente, que tanto la merece si se tiene en cuenta lo penoso de los servicios y los múltiples peligros a que constantemente se halla expuesta.

En trabajos fuertes débese calcular en dos a dos y medio kilos diarios la mantención de un peón; fuera de un poco de caña que se les debe distribuir en los momentos álgidos de los trabajos para animarlos un poco, sobre todo cuando hace mucho calor y trabajan mojados en el agua.

En este clima que deprime a veces, el alcohol tomado en pequeñas dosis es un estimulante saludable, que el peón agradece inmensamente.

Además de estas provisiones esenciales, llevábamos: algunas chucherías para cambiar con los indios, como ser: agujas, hilo, tijeras pequeñas, anzuelos que aprecian mucho, un poco de lienzo, cuchillos ordinarios, espejos, etc.; un pequeño botiquín en el que no faltaba una jeringa de Pravaz y permanganato de potasio, amoníaco, láudano, caústicos, sinapismos, quinina, etc.; nuestros recados que tanto sirven para marchar como de cama para dormir; varios útiles para coleccionar y pintar al óleo y acuarela; una carabina suiza modelo Veterli, y dos escopetas: una suiza de fuego central y Lafouchet al mismo tiempo, calibre 16, y la otra inglesa, de un tiro a bala y otro a munición, calibre 20. Estas armas y varios rewolvers (303) constituían nuestro arsenal.

Una vez terminados nuestros preparativos y mientras esperábamos el vapor, visitamos a Posadas y a Villa Encarnación que quedan frente una de otra, separadas solamente por el Paraná que en esta parte es ancho.

Posadas, capital de las Misiones Argentinas, llamada antiguamente Trinchera de San José, es de fundación reciente, debido al comercio de yerba y maderas del Alto Paraná.

Como ciudad de 5 a 6 mil habitantes es no sólo extendida sino también de un lindo aspecto moderno. Situada sobre la barranca del río Paraná, tiene vistas magníficas.

La subida a la ciudad se hace por una calle que desciende al puerto desmontada por una pendiente suave (304).

La edificación es regular y moderna. Tiene varias plazas, la principal está muy bien arreglada, con jardines delineados con gusto, donde, al lado de ejemplares de plantas exóticas, se ven muchos también de la flora misionera.

La rodea una serie de cedros jóvenes que en Misiones se producen espontánea y abundantemente.

En el centro de la plaza se halla un cuadrante solar de mármol y al lado de él un cuadro con los cálculos correspondientes, que dicen fueron hechos por el ilustre sabio Bonpland (305).

Casi todo un frente de la plaza lo ocupa la Casa de Gobierno de estilo moderno, parecida a la de Corrientes. En los patios tiene grandes jardines llenos de plantas exquisitas.

En otro se halla la iglesia, sencilla, con grandes corredores a los lados.

El comercio de Posadas es importante y gira grandes capitales.

La exportación es mayor que la importación; aquella consiste principalmente en yerba, madera, frutos del país, charque, grasa, etc.

Posadas necesita o una buena canalización del río Paraná o que se lleve a cabo el Ferrocarril por desgracia paralizado.

Mientras estuvimos allí se hallaba abarrotada la plaza de artículos de exportación por falta de suficientes vapores, mientras que en Ituzaingó muchas mercaderías esperaban hacía tres meses la oportunidad de ser transportadas a Posadas.

Posadas tiene vida propia. Su ejido está poblándose y colonizándose con actividad, debido a los excelentes campos para la ganadería, principalmente para la cría de animales vacunos, caballares y mulares.

He observado una cosa curiosa: las detonaciones repetidas, producidas por

la dinamita, que se emplea para romper el subsuelo de piedra al hacer los pozos de agua.

Invité a mis compañeros a visitar el pueblo paraguayo de Villa Encarnación.

Tomamos una lanchita a vapor de las tres o cuatro que diariamente hacen el viaje entre una y otra costa, y después de diez minutos desembocamos en la Villa Encarnación 1.

El pueblo es largo y angosto y se extiende desde la orilla del río hasta subir una cuchilla, en donde estuvo antiguamente la reducción jesuita, cuyas ruinas pueden verse aún, pero muy destruidas. Sólo se conservan algunas gruesas paredes de tierra apisonada, con una que otra reja de madera dura bien conservadas aún, que sirvieron de contra marcos a las puertas y ventanas.

La casa que actualmente sirve de Cuartel-policía y Juzgado es de tipo jesuita también, pero me han asegurado que es de construcción más moderna, a pesar de estar destruida ya.

En muchas partes se ven restos de paredes de piedra que parecen haber pertenecido a la Iglesia y Colegio, generalmente únicas construcciones que se edificaban de piedra.

La edificación de Villa Encarnación deja mucho que desear; la mayor parte de las casas, salvo algunas de material, son de paredes de palo a pique y techo de paja.

En una de las quintas que rodean la Villa se eleva un pino colosal (*Araucaria Brasiliensis*) (306) que según reza la tradición fue plantado por los jesuitas.

Sobre la calle principal se encuentran dos reñideros. Parece que allí son muy aficionados a las riñas de gallos, hoy ya prohibidas en el territorio de nuestra República, en honor a los sentimientos caritativos.

Durante nuestra estadía en la Villa Encarnación, fuimos invitados por el Sr. don Carlos Reverchon a visitar su ingenio y destilería de caña de azúcar, situada como a una legua más o menos de la Villa. Aceptamos la invitación, no sólo para conocer su establecimiento cuanto por apreciar sus colecciones etnográficas de las cuales teníamos noticias.

Montamos a caballo y acompañados por el señor León Gabaldo, caballero oriental que hace unos años trabaja por el Alto Paraná, nos dirigimos al ingenio con don Carlos Reverchon y los compañeros.

El trayecto recorrido puede decirse que fue de campo con arbustos y altas

yerbas.

El ingenio queda en una altura y en la costa del monte, el que ha sido derribado en parte para plantar la caña.

La molienda se efectúa del modo primitivo: un pequeño trapiche todo de madera, compuesto de 3 cilindros verticales que giran uno al lado del otro por medio de un eje central vertical, el que tiene adherido dos palos formando ángulo que caen hacia los lados adonde se unen los bueyes, que, dando vuelta ponen en movimiento todo el aparato, el cual al apretar la caña, produce un sonido desagradable parecido al llanto de una criatura cuando se enoja, que lo hace insoportable para oídos poco acostumbrados a tan extraña armonía.

El líquido extraído de la caña, llamado *guarapo*, va por una canaleta de madera a las pipas situadas en un galpón donde fermenta.

En el galpón se halla también el alambique de sistema moderno, donde se destila el *guarapo* una vez fermentado. Allí alineadas, se veían una cantidad de pipas numeradas, llenas de líquidos de todos colores, que hervían según los diversos grados de fermentación.

En todo el recinto se notaba ese olor embriagador y pesado, propio de ella, mientras que del extremo de la serpentina caían poco a poco sobre un embudo colocado en una damajuana, el terrible líquido cristalino que tantos males ha causado a la humanidad.

La caña así extraída es de color blanco, de 19 a 20 grados y tiene un sabor especial desagradable, que pierde poco a poco con el tiempo, tanto más si se le agregan algunas otras materias como el fruto del guabiromi (307), hinojo, etc., que le cambian su sabor, pero esto se hace muy poco, vendiéndose en general tal cual sale del alambique.

Antiguamente y aún todavía en algunos puntos del Paraguay, se fabrica la famosa caña de sustancia con un procedimiento un poco primitivo.

Los alambiques empleados son de tierra cocida y tienen en vez de serpentina un largo tubo de plomo que hace sus veces. Al poner el guarapo en el alambique colocaban junto con él gallinas gordas, espinazos de carnero y otras carnes y después procedían a su destilación.

Las cañas así preparadas tienen gran aceptación sobre todo por las personas enfermas; pero yo creo que la sustancia que contienen no es más que un pretexto para tomar más.

En el orden evolutivo, la caña de sustancia ha de haber sido la antecesora del *Estractum Carnis Liebig* (308).

A pesar de todo, los verdaderos *amateurs* se quejan amargamente de que la producción es poca y que cañas como las que se preparaban antes, hoy ya no se fabrican, lo que no impide que se resignen también a tomar de la otra.

El Sr. don Carlos Reverchon nos hizo probar algunas cañas viejas que encontramos excelentes; parecían *coñac*. Por curiosidad probamos también los guarapos que juzgué detestables; todo en pequeñas dosis, se entiende, *Oni soil qui mal y pense* (309).

Del ingenio pasamos a su casa, donde vimos una buena colección de objetos actuales de los indios cainguás (310), como ser flechas, adornos de plumas, etc., descollando entre todo una magnífica hacha de piedra engastada en un pedazo de palo, y una pipa de tierra cocida de forma muy curiosa.

El hacha me dijo venía del río Apa y la pipa de la sierra San Miguel.

Estos dos objetos los hice dibujar con el Sr. Methfessel. El Sr. Reverchon me cedió para el Museo un manojo de flechas, algunos otros pequeños objetos de los cainguás y un magnífico cráneo de tigre (312).

Después de haber tomado algunos datos y apuntes nos despedimos del Sr. Reverchon y volvimos a la Villa.

El Sr. León Gabaldo me presentó al Cura de la localidad, presbítero D. Alejandro Imossi, argentino y también aficionado a las Ciencias Naturales.

Habiéndolo visitado, me cedió también unas flechas y algunos otros objetos de los cainguás recogidos durante sus viajes al Alto Paraná en ejercicio de su ministerio.

La especialidad del presbítero Imossi es la Botánica y me mostró varios manuscritos relativos a la flora paraguaya, la que estudia en los ratos que tiene desocupados.

El resto del tiempo que estuvimos en la Villa lo ocupamos en comprar algunas cosas que nos faltaba completar.

Al irnos a embarcar tuvimos la oportunidad de ver un acompañamiento curioso.

El muerto metido en un cajón de pino ordinario iba en una carreta tirada por bueyes que subían penosamente una cuesta al son de tremendos barquinazos; detrás de la carreta y a pie seguía el cortejo compuesto de ocho mujeres y dos hombres que llevaban velas encendidas.

Estos venían desde lejos y para no cansarse los acompañantes, se turnaban trepándose alternativamente a la carreta.

Llegamos a bordo. El *San Javier* aún no había terminado de cargar y en ese

momento se ocupaban en embarcar mulas para los obrajes.

El embarque de las mulas es una obra de romanos. No hay animal que dé más trabajo que este. En general, son animales ariscos que cuesta mucho agarrarlos y poder ponerles el cinchón, con el que se suben por medio del guinche; así son las patadas, los corcovos y las escenas tragicómicas en que se estropean no sólo los animales sino también los hombres.

En una de estas, un peón recibió, rápidas como dos tiros, dos patadas en el pecho que lo tiraron al suelo sin sentido. Todos creímos que hubiese muerto, pero no fue así. Al rato se levantó y recién vino a quejarse al otro día.

Al mismo tiempo que a este le ocurría tal percance, otro al dar vuelta recibió una patada en un lugar más cómico que lo hizo saltar al agua.

La sorpresa y el disgusto causado por la vista del primero se disiparon muy pronto ante la del segundo, cuya desgracia fue festejada calurosamente en guaraní en medio de risotadas formidables por sus compañeros de trabajo, que siguieron lidiando con los burros, como si nada hubiese pasado.

Como estaban dando mucho trabajo y aún faltaban más de la mitad, el capitán resolvió diferir la partida para el día siguiente, porque con el río bajo no se navega de noche en el Alto Paraná.

Al otro día se procedió a la carga de la leña: cinco mil rajas, que era conducida a la playa en carretas de pura madera, sin un pedazo de hierro, que chillaban horriblemente al marchar.

De la playa se embarcaban en un bote y del bote al vapor, trabajo ímprobo y largo que nos llevó otro medio día.

Mientras tanto se embarcaban algunos peones contratados para los obrajes. Si las mulas y la leña dan trabajo, los peones dan más aún.

Para hacerse una idea de esto es necesario tener en cuenta el modo de su reclutamiento:

Un patrón necesitado de peones los busca; el peón lo primero que pregunta es cuánto le da adelantado. El sueldo mensual, condiciones de conchabo, etc., es secundario para ellos. Lo que quieren es dinero antes de salir para poder divertirse, pues demasiado tienen que sufrir *allá arriba*, según su pintoresca expresión. Una vez recibido el adelanto de 100 o a veces de 200 pesos, según la escasez de peones que haya y la mayor demanda de ellos, el peón firma ante la autoridad el boleto de conchabo en formularios impresos 2, quedando desde luego completamente comprometido con el patrón, a quien empieza a deber desde el primer día.

El dinero que el peón recibe adelantado raras veces lo emplea en algo útil. Generalmente lo gasta en bailes, juegos y beberajes (313); así es que cuando llega el día de la partida, muchas veces hay que recurrir a la autoridad para que los obligue a embarcarse, sacándolos de los despachos de bebidas, etc.

Por este mal sistema, en que tienen gran parte la culpa los patrones, que nunca han querido uniformar un procedimiento y muy al contrario casi siempre han tratado de sacarse unos a otros los peones ofreciéndoles mayor adelanto, el peón se embarca para los trabajos, muchas veces semidesnudo, sin ropa, con una deuda grande sobre él, sin ganas de trabajar y sobre todo sin esperanza de poder devolver pronto en trabajo las sumas que ha recibido adelantadas, desde el momento que si necesita cualquier cosa *allá arriba* le cuesta el triple o el cuádruple, aumentando sin cesar su deuda, hasta que llega un día en que desesperado, abandona a su patrón debiéndole una larga cuenta.

El río Paraná se presta para la fuga de peones. En sus dos orillas, desde Tacurú a Posadas, se hallan escalonados un gran número de obrajes de yerba o madera, unos en territorio argentino, otros en paraguayo y otros en brasilero, de manera que pasando de un territorio a otro, ya están libres.

Los patrones no deberían aceptar peones cuya libreta no estuviera en orden, pero como en los obrajes no se trata de trabajos estables, sino de una explotación rápida de productos naturales, lo que más desean es que lleguen peones, siempre necesarios, y cierran los ojos a todo.

Una vez terminada la zafra, muchos peones alcanzan a pagar su cuenta y entonces no esperan un día más. Sin un peso vuelven a la Villa a descansar un tiempo para volverse a conchabar con el que le adelante más.

Una vez listo, el *San Javier*, cargado de mulas, leñas y peones, levó anclas y de la Villa Encarnación pasó a Posadas para recibir otro poco de carga y marchar.

A las cinco dejamos Posadas, mientras nos sentábamos a la mesa. Pasamos la punta del Itacuá, célebre por tener unas piedras en las que según las gentes de por allá, aparece una virgen milagrosa, causa de la constante peregrinación de personas de ambos sexos y de ambas costas, que van a depositar sus ofrendas sobre las rocas, consistiendo aquellas en general en velas de sebo 3.

Un poco más debajo de Candelaria fondeamos a las 7 p. m., después de habernos extasiado contemplando desde las ventanillas el magnífico crepúsculo iluminando intensamente la masa verde de la vegetación de la costa, coronada por las rosadas flores de los altos lapachos (314).

[1] *Según el Padre Gay en su* Historia de la República Jesuítica del Paraguay*: Villa Encarnación se llamó antiguamente* Itá puá*, que significa 'piedra parada', nombre de un gran cacique que gobernaba varias tribus de indios en la margen derecha del río Paraná. En el año 1614, los jesuitas Claudio Acquaviva y Juan Vasco fundaron poco distante de allí la Reducción de N. Señora del Carmen, estableciendo casi al mismo tiempo el padre Roque González de la Cruz, el pueblo de Itapuá donde recibió la visita de su cuñado, el Gobernador Saavedra, a quien quisieron matar los guaraníes desconfiados, pero que el padre Roque salvó yendo al encuentro de ellos con una Cruz, mientras hacía salir por otra parte a Saavedra.*

En el año 1624 Itapuá aumentó con los restos de la Colonia de Natividad, situada en la sierra de los Tapes, y que fue destruida por los portugueses. En 1637 se le agregaron también 360 indios, restos de la Colonia de Santa Teresa de Igay o Yacuy, asimismo arruinada por los portugueses.

En 1708 el pueblo de Itapuá se trasladó al lugar que ocupa actualmente la Villa Encarnación. En época de los jesuitas, este pueblo fue floreciente y de allí llevaron indios para fundar la Reducción de Jesús.

Durante la dictadura de Francia fue plaza de guerra y de comercio, pero después de la Guerra del Paraguay, Villa Encarnación ha decaído mucho.

[2] *Formulario de conchabo*

En este pueblo de……a los…..días del mes de……de mil ochocientos ochenta y……, ante mí el infrascrito Juez de Paz y testigos que se expresarán, comparecieron por una parte Don……mayor de edad, de estado……y vecino de……, y por la otra Don……también mayor de edad, de estado y con el mismo domicilio, personas de mi conocimiento y hábiles para este acto, de que certifico, y dijeron: que han convenido en celebrar un contrato de conchabo, bajo las bases y condiciones siguientes:

1.° El peón ……se compromete a pagar los adelantos ya sea en dinero o mercaderías que recibiere de su patrón en los trabajos generales de yerbales o en cualquier otro trabajo que su patrón le ordenare.

2.° El peón……...se compromete a no abandonar el trabajo sin licencia de su patrón hasta cancelar su cuenta, responsabilizándose al fiel cumplimiento con sus bienes habidos y por haber.

3.° El patrón……se compromete a abonar al peón quince centavos por cada arroba de hoja de yerba-mate overeada, y cinco centavos por cada una arroba de yerba-mate overeada que tostare en barbacuá, pagándole un sueldo convencional por trabajo mensual y comprometiéndose a no hacerle faltar la manutención cotidiana, que será, siendo minero o tostador, por cuenta del peón, y siendo mensualero o jornalero, según convenio entre patrón y peón.

Y estando ambas partes conformes con las antecedentes cláusulas, yo el infrascrito Juez de Paz procedí a leer este instrumento a los otorgantes en presencia de los testigos Don……. y Don…… mayores de edad, de este vecindario y de mi

conocimiento de que certifico. Terminada la lectura confirmaron los otorgantes su contenido y le suscribieron con los testigos por ante mí, de que certifico.
3 En mi viaje a las Misiones argentinas y brasileras por el Alto Uruguay hago mención de esta virgen y su leyenda.

Capítulo V
El Alto Paraná- De Posadas a Tacurú Pucú

Compañeros de viaje. – Candelaria. – Reminiscencias históricas. – Santa Ana. Las piedras del Suindacuá y su leyenda. – Las rocas del Teyú Cuaré y su leyenda. – San Ignacio, sus ruinas. – El salto de Corpus. – Yaguarazapá, el Dr. Bertoni. – Hazañas de los tigres: sus enemigos los chanchos jabalíes. Caruabapé o Caraguapé. – Un problema antropológico. – Una balsa de madera. – Los restos de un naufragio. – Empiezo a ejercer la Medicina. – La piedra Itaguaimí y su leyenda. – El Iguazú. – La Colonia Militar brasilera. – El puerto francés. – Tacurú Pucú, su ascensor. – El Alto Paraná desde Tacurú a Witorocay.

Entre otros pasajeros iban don Remigio Ayala, uno de los dueños del vapor; don Patricio Gamon, Jefe Político de San Lorenzo, hombre ya de edad, muy conocedor de tradiciones y costumbres de los indios actuales y de los antiguos guaraníes, don Gregorio Pomar, obrajero en Cuña Pirú, un Sr. Vidal de Santa Ana y don Manuel Romero hijo, contratista de los yerbales de Tacurú-Pucú.

Con la facilidad con que se entienden personas educadas, entablamos pronta relación con todos, siéndome esto de gran utilidad en mi caso de viajero.

De noche, como el vapor fondeaba siempre, se discutían cuestiones referentes al Alto Paraná, en las que todos agregaban su contingente adquirido, ya por la práctica, ya por tradición o por lo que habían oído decir.

Generalmente, se trataba de indios, de tradiciones, de costumbres, leyendas, etc. Mientras Methfessel y Beaufils se entregaban al inocente placer de la pesca, casi siempre infructuosa.

Cruzamos frente al puerto de Candelaria [1] célebre por haber sido campamento del Gral. Belgrano cuando su campaña libertadora al Paraguay en 1810. De allí se llega al arroyo San Juan donde se halla un ingenio y de este a Santa Ana [2] que se encuentra frente al lugar llamado Ibicuiñaró (arenal bravo) habiendo dejado atrás las barras de los arroyos paraguayos Verde y

Tres Palmitas.

En Santa Ana se halla también otro ingenio azucarero de mayor importancia, fundado por el General Rudecindo Roca. Desde el vapor se divisan los grandes edificios de material, con sus altas chimeneas que se levantan como contraste al lado de las chozas, o mejor ramadas miserables de los indios chaqueños, tobas y matacos que allí trabajan (315).

El vapor sigue siempre su marcha aguas arriba, luchando contra la fuerte correntada que obliga a andar despacio, lo que nos permite ver mejor sus costas que poco a poco se levantan. En medio del río se eleva la isla de Pai apité (corona de fraile). Dejamos atrás el río Yabebiry 3 (río de las rayas) cerca del cual se hallan las ruinas de Loreto 4 y entramos en la gran cancha de Teyú Cuaré (cueva que fue del lagarto) de unos dos mil metros de ancho, que tiene sobre la costa argentina unos enormes paredones de piedra coronados de magnífica vegetación.

Don Patricio Gamon me dijo que en el año 1855, un indio viejo le había contado que en otro tiempo existió en estas rocas un enorme lagarto (Teyú) y que un día, saliendo de entre una rajadura, pasó el río a nado y formó el arroyito que se ve enfrente sobre la costa paraguaya 5.

Esta leyenda india no deja de ser interesante y es muy parecida a la que tienen los paisanos de Entre Ríos, de que los primeros que formaron los arroyos, fueron los Gliptodontes, cuyos restos generalmente se descubren en sus costas, lavados por las aguas.

¿No habrá entre estas dos leyendas el mismo origen?

Pasando Teyú Cuaré se llega al arroyo San Ignacio que corre cerca de las ruinas de la ex reducción jesuita del mismo nombre 6 y un poco más sobre la costa paraguaya desemboca el río Santa María que pasa cerca de las ruinas de Trinidad y Jesús 7. Después el arroyo Capiguary (del Carpincho) y luego, en la cancha de Trinidad, el paredón de piedra del Suindacuá (cueva de la lechuza) donde, según la tradición, se perdieron una vez todas las vacas de las reducciones de Jesús y Trinidad, transportadas por un santo en castigo porque los indios no las cuidaban como debían, y creyendo ver en las piedras roídas por el agua las huellas de estos animales.

A la vista salta que al extraer los jesuitas por cualquier razón esos animales de allí, daban una satisfacción a los indios, al mismo tiempo que les propinaban según su costumbre, una lección de formidable moral para lo sucesivo 8.

Más tarde llegamos al puerto de los jesuitas de la Misión de Corpus 9, un gran remanso, última reducción sobre el río Paraná, situada como todas, lejos de la costa. Frente al puerto se halla la corredera o salto del mismo nombre y frente a este, el arroyo Itambororé (piedra carcomida) y dos islas situadas casi paralelamente.

Sin dificultad se pasa el salto que no es sino una corredera grande, se cruza ante la barra del arroyo Santo Pipó (manos y pies de santo) que debe su nombre a unas piedras carcomidas, sobre las que dicen que pasó Santo Tomás, dejando estampadas sus huellas. Después se llega al puerto de Ñacanguazú (agua de cabeza grande) (316) en costa argentina, donde se halla un establecimiento de maderas, que según he oído decir, va a ser montado con todos los elementos necesarios y más modernos.

De Ñacanguazú pasamos por las barras de los arroyos Pirapó (manos de pescado o mejor, aletas de pescado, haciendo alusión a que allí salta mucho este), luego el lugar llamado Caarendy (yerba hedionda), el arroyo Manduby (del pescado manduby) (318) puntos todos, cerca de los cuales hay obrajes yerbateros y de maderas sobre la costa paraguaya. Más adelante, sobre la misma costa, atracamos al puerto de Yaguarazapá (pasaron todos los perros) donde reside el sabio Dr. Moisés Bertoni de Blanquis, a quien no pude ver, pero sí saludar por medio de una tarjeta.

El vapor siguió su marcha y después de cruzar delante de Tabay (pueblo chico) fue a fondear en Cuñapirú (mujer flaca) donde hay otro obraje de maderas de D. Pedro Labat, para seguir viaje al día siguiente.

La pesca de la noche anterior se reanudó consiguiéndose sólo un par de armados.

La conversación esa noche versó sobre comentarios de la noticia que dieron los obrajeros de haber cazado en esos días un tigre que tenía sobre la conciencia quince perros, víctimas todos de su deber como cazadores, que dieron con un tigre tan baqueano que en cuanto se metían al monte los atrapaba (319).

El tigre habíase vuelto tan insolente que no tenía inconveniente en venir de noche a comer en las ollas el resto de la comida diaria.

Todo el obraje estaba justamente alarmado, hasta que sobre el cadáver del último perro le hicieron una cimbra con dos remingtons, que le mató al volver a comer el cadáver del desgraciado can (320).

A propósito de tigres, entre muchos episodios que se contaron, D. Patricio

Gamon, como muy aficionado a esta peligrosa caza, nos refirió el siguiente:

Cazando con dos compañeros cerca de Jesús, en la orilla de un monte, sintieron un gran tropel y al rato vieron salir de él y entrar en el campo una gran piara de chanchos salvajes (*Dicotyles Labiatus*) (321), poco después siguiéndoles el rastro, apareció detrás de ellos un tigre que marchaba cautelosamente.

No habrían andado cien metros cuando el tigre saltó sobre un chancho resabiado, al que mató de un zarpazo.

El chancho al caer gritó y rápidos como flechas, los demás chanchos cargaron sobre el tigre, que no tuvo más tiempo que saltar sobre un pequeño tacurú (hormiguero en forma de cono que se levanta del suelo) rodeándolo los chanchos, y empeñándose un combate formidable entre el tigre que daba zarpazos a diestra y siniestra y los chanchos que procuraban alcanzarlo.

En una de esas, un chancho pudo prendérsele de la cola y derribarlo, mientras los otros lo atacaron con sus terribles defensas dejándolo muerto.

Muerto el tigre, los chanchos se retiraron y los felices cazadores se encontraron con la friolera de 18 chanchos muertos que utilizaron muy bien. En cuanto al tigre, fue imposible sacarle el cuero pues estaba completamente tajeado.

Luchas más o menos parecidas de chanchos con tigres, he oído referir a personas que merecen entera fe, la mayor parte presenciadas por ellos en distintos puntos del Brasil, Misiones y Paraguay (322).

Por eso la caza de este chancho de quijada blanca no deja de ser peligrosa. Los cazadores tienen siempre cuidado, antes de matar uno, de procurar algún árbol accesible para poder trepar, pues si comete la imprudencia de quedar en el suelo puede costarle muy cara. El chancho es sumamente rápido, tanto para correr como para dar la dentellada que es horrible, mientras que desde arriba de un árbol se pueden matar unos cuantos sin peligro y fácilmente.

Al otro día, recién a las siete pudimos salir por causa de las neblinas diarias que se producen en el río, debidas a la gran evaporación del agua.

Continuamente no dejábamos de admirar el cambio de panorama que se efectuaba en las costas.

Las enredaderas variadas asaltando los árboles y cubriendo con su manto verde grandes extensiones, los tacuaruzús como grandes plumeros balanceándose (323), las palmeras levantando su penacho de hojas, los lapachos llenos de flores rosadas, los troncos caídos, los árboles cargados de

parásitos de toda especie, el *fumo bravo* con sus hojas plateadas (324), las piedras de la costa roja y negras sobresaliendo del agua, las playas arenosas dando sus notas amarillas o blancas, infinitas mariposas brillando al sol, los pájaros trinando; de vez en cuando una garza blanca (325) o una bandada de monos carayás (326) que nos saludaba lanzando chillidos y saltando de rama en rama, aquella sucesión interminable de paisajes magníficos, monótona en su composición, pero variable a pesar de todo y tan admirablemente dispuesta, que cuando la vista quiere fatigarse, un pintoresco salto de agua despeñándose con violencia, una ensenada caprichosa, un grupo de palmeras o de árboles, como nueva sorpresa, vuelven a interesarnos. Así vamos pasando los arroyos de Capicui (paja verde) (327), Pirayuy (pescado amarillo) (328), Bapicué (cueva del murciélago) (329) y Pai Curumí (Cruz del Padre) (330) sobre la costa paraguaya; hasta llegar al puerto de Caruabapé, costa argentina, sobre la etimología de cuyo nombre hay dos opiniones: unos dicen que es *Caruaguapé* y otro *Caruabapé*. En el primer caso, quiere decir 'comer camalote': de *carú* = comer, *aguapé* = camalote pequeño.

En el segundo, querría decir 'comer indio chato': *carú* = comer, *abá*= indio, *pé* = chato o petizo. ¿Cuál de estos nombres será el verdadero?

En los mapas se encuentra señalado este arroyo con el nombre de Caruaguapé, pero muchos viejos del Alto Paraná me han asegurado que el verdadero nombre es Caruabapé.

Si esto fuera cierto, los guaraníes considerados mansos hasta hoy ¿no habrán pagado también en alguna época, su tributo a la antropofagia como casi todas las razas? No deja de valer la pena averiguar el verdadero nombre de este puerto al que sigue el arroyo Tembey (del labio) (331).

Cerca del gran remolino de Yatitay (agua de caracol) (332) encontramos una gran balsa de madera de más de sesenta metros de largo, compuesta en su mayor parte de cedro (333), que venía aguas abajo remolcada por una chalana.

Sobre la balsa habían construido un ranchito donde venían unas mujeres cocinando.

Al pasar el vapor nos saludamos a gritos y aquella mole de madera empezó a bailar al compás de la marejada que levantaba el vapor, mientras seis u ocho perros que llevaban, nos despidieron con un concierto descomunal de ladridos.

Sobre la costa paraguaya apareció el arroyo San Rafael y sobre la argentina desfilaron el arroyo Paranai Miní (Paraná chico), el remolino Baybuzú (remolino feo) y Caraguatay (arroyo del Caraguatá) y la gran isla de este último nombre que se levanta con su alto cerro casi en medio del río.

Como el río estaba muy bajo, pudimos apreciar una playa de grandes rocas, cortadas en forma muy parecida a la del basalto y sobre estas los restos del vapor *Teresa*, que hace algunos años se estrelló contra ellas.

El casco estaba completamente en seco, abollado, abierto en varios puntos y cerca de él desparramadas la caldera y diversas piezas.

El tiempo amenazaba lluvia y el sol empezaba a declinar cuando cruzamos delante de estos despojos.

Al llegar a San Lorenzo o Guirapai (arroyo del arco) costa paraguaya, nos alcanzó un gran chaparrón acompañado de un fuerte viento. Felizmente duró poco, pero lo bastante para impedirnos seguir más adelante.

Descargamos parte de los animales, tarea peligrosa por estar el piso del vapor resbaladizo. Al fin se consiguió desembarcarlos sin desgracias.

Allí conocí al Sr. D. Juan José Arrillaga, encargado de la explotación de esos yerbales.

Esa noche fui llamado por el Sr. Ayala para curar el peón pateado por uno de los burros a nuestra salida de Villa Encarnación.

Recién se empezaba a quejar de dolores en el vientre. Felizmente llevaba un poco de láudano que le administré externamente, lo que lo alivió.

Esta cura me valió después en Tacurú una clientela numerosa de enfermos que deseaban ser curados por mí, creyéndome médico a pesar de mis protestas; pero como humanidad obliga, no tuve más que ser héroe por fuerza. De algo me valió siempre, pues pude conseguir de esta manera algunos objetos y datos importantes, a pesar de que disminuyó mucho mi botiquín.

Amaneció con buen tiempo, generalmente en las Misiones las lluvias duran poco, y la navegación se reanudó a las 7:30. El primer arroyo que se pasa en la costa argentina es el Pirai Guazú (arroyo grande del pescado) (334). Desde su puerto arranca la picada que va de la costa del Paraná a San Pedro de Monte Agudo (335), pequeña población situada en medio de las Misiones, de donde salen varias picadas para Paggi (costa Uruguay) (336) y para Palmas y Campo Eri (337).

Después viene el *arroyo Alegre* (c. parag.) y el Piraiminí y más adelante,

como continuación de un gran banco de rocas, se levanta la Isla Parehí (338) que se muestra como un alto paredón pelado, coronado de vegetación.

Sobre la costa paraguaya pasamos las bocas de los arroyos Yacuí Guazú y Mi (arroyo del Yacú) que quedan casi frente de los dos Aguarays (arroyo del Aguará) Guazú y Mi.

Muy próxima a la costa argentina, encuéntrase la piedra Centinela o Itatuyá que dicen ser el marido de la piedra Itaguaimí de la que hablaré más adelante.

Cuando se halla un lugar llamado Abatitigüe (c. parag.) donde dicen que los jesuitas en otra época plantaron maíz; luego el arroyo Toro Cuá (cueva del toro) y el Uacabay (arroyo con remanso feo en la cabeza), el Ñacunday (arroyo de la garza) (339) que se despeña por un precioso salto bastante alto, el remanso de Cochinetá (lugar de los chanchos del monte) (340); la piedra Itaipuité (piedra en medio del río), la isla Paranambú (bramido del Paraná), el remolino del Tupicuá (donde toman agua los tupís) (341), el arroyo Caraymanó (hombre muerto) y el arroyo Uruguay (342).

El río parece enangostarse cada vez más; las costas cambian de aspecto a cada momento, mostrando de vez en cuando grandes paredones de piedra coronados de vegetación que se elevan a ambos lados, debajo bancos de arena que han quedado descubiertos, y que se alternan con otros de piedra, que como restingas parecen querer cerrar el paso del río que va siendo cada vez más tortuoso.

Llegamos a Pira puitá (pescado colorado) (343) puerto del pueblo indio guayaná de Villa Azara, costa paraguaya, y un poco más arriba, enfrente, cruzamos delante de la boca del Yací (agua que enferma) (344), el remanso de Tabocai (piedra partida por el fuego) y fuimos a fondear en la barra del Itutí (salto blanco), costa paraguaya.

Al otro día pudimos contemplar a la pasada este precioso salto. Dejamos atrás los dos arroyos Yroi Guazú y Mi (frío) viendo después sobre las rocas de la playa la famosa piedra Itanguaimí (piedra vieja) (345) que tiene no sólo una forma particular sino también su leyenda.

Esta piedra es ovoide y gruesa abajo, arriba tiene una estrangulación y de esta se eleva otra porción casi cuadrada pero más chica, de manera que parece un gran cuerpo que sostiene una cabeza.

La leyenda del Itanguaimí tiene para mi modo de ver su origen en tiempo de los jesuitas.

Es creencia de los indios guayanás, que esta piedra, primitivamente, fue

una muchacha de mal carácter que nunca obedecía a sus padres. Un día la madre la mandó con un cántaro a traer agua del río y fue con tan mala voluntad, que Tupá (Dios) la transformó en piedra, viéndose aún hoy con el cántaro en la cabeza.

Al pasar por allí los indios nunca se atrevían a tocarla ni a hablar fuerte porque sino venía tormenta.

No es extraño que esta leyenda tan moral, segunda edición de la mujer de Lot, en la que también se castiga la desobediencia, haya sido sugerida por algún jesuita que aprovechó la oportunidad que le presentaba la naturaleza, para la propaganda de sus doctrinas; tanto más que los indios no necesitan de leyendas para hacerse obedecer por sus mujeres e hijas. Demasiados argumentos persuasivos de otro orden tienen, sin necesidad de recurrir a estas más o menos creíbles.

Sobre la costa argentina desemboca el arroyo Mbocay (arroyo del arma de fuego) (346), nombre curioso cuyo origen no pudo encontrarlo más que en alguna arma que cayó al agua, cuando la expedición célebre de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que según tengo entendido, pasó cerca de allí para entrar por el Monday (agua de ladrón) (347) que se encuentra sobre la costa paraguaya, casi frente al Iguazú (río grande).

Cuando pasamos este último, dejamos la República Argentina y seguimos navegando entre costa paraguaya y brasilera. Sobre esta última se halla establecida la Colonia Militar llamada da Fox do Iguazú (348), dependiente de la Comisión Estratégica de Guarapuava y perteneciente en su territorio al Estado del Paraná.

Desde abordo se ven los edificios principales de la colonia, diseminados sobre la barranca, en medio de los terrenos desmontados de la tupida vegetación que los cubría, de la que sólo han dejado algunas palmeras que proporcionan alguna variedad al paisaje.

El río sigue angosto y tortuoso cada vez más. Ambas orillas se elevan a sesenta y más metros, cubiertas profusamente de vegetación intrincada.

Es una oleada verde que empieza al pie de los cerros en tonos claros y va subiendo y cambiando siempre. Los tonos sombríos predominan, dulcificados de vez en cuando por la copa verde clara de las guayuviras o de los alecrines, mientras los troncos visibles con sus tintes grises continúan matizando aquella cortina verde orlada de violeta por los árboles lejanos.

Ya pasamos el arroyo Mboickí (madre de la víbora) (349) a veinte cuadras

de la colonia. Sobre un alto morro de 60 metros, casi frente a la preciosa isla de Acaray, el establecimiento del Sr. Isidro Dioberti, progresista vecino de la Colonia, viene después con sus hermosas plantaciones de tabaco.

Sobre la costa paraguaya aparece la boca del río *Acaray*, que tiene un curso de más de ochenta leguas navegables arriba de su salto, y que sirve para el transporte de las yerbas del interior.

La etimología de la palabra *Acaray* me ha sido explicada como frase de sorpresa (¡*ah, Señor*!) como si hubiera sido pronunciada por los indios al ver a los primeros jesuitas o españoles. Esta es la única traducción que he podido conseguir de muchas personas (350).

Media hora después de dejar atrás al arroyo Güirupá (árbol para preparar mandioca) (351) fondeábamos en el puerto de Tacurú Pucú, límite extremo de la navegación a vapor del Alto Paraná, y situado frente al puerto de los señores Blossett Hnos., llamado también Puerto de los Franceses.

El puerto de Tacurú Pucú (hormiguero largo) (352) no tiene nada de particular. Es una barranca de piedra de 80 metros de altura y cubierta de vegetación. Sobre ella se han construido unos cuantos galpones y un aparato de plano inclinado de madera, muy mal hecho, sobre el cual se deslizan dos trineos que suben o bajan las cargas por medio de un cabrestante.

Este aparato, por demás primitivo, contrasta notablemente con el otro plano inclinado, también doble, que poseen los Sres. Blossett, pero en vez de madera tiene rieles *Decauville*, y sobre estos corren dos zorras de ruedas desiguales, de manera que bajando o subiendo, como las anteriores son mucho más grandes que las posteriores, el plano de la zorra queda siempre horizontal. Ambas zorras están unidas entre sí por medio de un cable metálico que pasa arriba por una polea horizontal provista de un freno. Cuando una baja cargada sube la otra. Este aparato puede funcionar también por medio de un cabrestante.

Con el freno se modera el movimiento y pueden cargar con comodidad hasta mil kilos.

Las rocas del puerto de Tacurú presentan un aspecto curioso, con grandes cavidades que contienen esferas de piedra a modo de bombas, pero el todo unido. Revisando la barranca encontramos fragmentos de alfarerías, muchos de ellos labrados, pero con simples rayas en su mayor parte.

Como quedáramos abordo esa noche, aproveché el tiempo tomando mayores datos sobre el Alto Paraná.

El Alto Paraná es navegable en canoa un gran techo aún, pero con grandes dificultades, pues en su mayor parte el río se encajona entre grandes paredones, que dificultan atracar a la costa; y por otra parte, la fuerza de la corriente, los remolinos, rápidos, etc., constituyen un peligro serio para los navegantes.

Más delante, de Tacurú Pucú se encuentra en costa paraguaya el arroyo Tatiyupí que tiene un precioso salto. Tatiyupí quiere 'decir humo que se levanta', aludiendo a los vapores que levanta el salto. Después se halla otro arroyo: Pirapuitá (pescado colorado), luego viene el Paso cué (paso que fue, dicen de los jesuitas). En seguida sobre la otra costa el arroyo Ocoy (arroyo del oco: un pájaro) (353), después la corredera de Itucuabá (salto que abraza).

En medio del río se halla un gran remolino que levanta las aguas: el Mbaybebuy (algo que boya) aludiendo también al movimiento del agua.

Encuéntrase después sobre la costa paraguaya el arroyo Itabó (piedra partida) y llégase finalmente al puerto de Witorocay (Tierra del toro quemado).

En esta sección del río y sobre todo en el remolino Mbaybebuy fue donde se perdieron tantas vidas cuando la emigración hacia el sud de las misiones jesuíticas del Guayra, en la que según la tradición, la desesperación había llegado al extremo de que las madres abandonaban, tirando en cualquier parte, a sus hijos por no poder soportar ya su peso, tal era su estado de extenuación.

1 Candelaria fue antes fundada en 1627, cerca del arroyo Pirayú, vecino al pueblo de San Luis en la provincia actual del Río Grande. Diez años más tarde, por miedo a los portugueses, fue transportada cerca de Villa Encarnación y recién en 1685 se fundó definitivamente en el lugar donde hoy se hallan sus desbastadas ruinas, cerca del arroyo Garupá y casi frente al Oroy.

2 Santa Ana fue fundada primero al este del Río Yacuy en 1663, pero también por miedo a los portugueses los colonos emigraron en 1636 para las costas del Paraná, fijándose definitivamente donde se halla hoy, en 1660.

En 1820, el célebre naturalista Amado Bonpland se estableció en las ruinas de Santa Ana y preparó un establecimiento para la fabricación de yerba-mate con los indios que pudo reunir de los restos del ejército del General Artigas; pero a fines de 1821 los soldados del dictador Francia lo atacaron, matando dos indios e hiriendo a varios otros. Bonpland mismo, herido en la cabeza, fue llevado prisionero a Villa Encarnación y de allí a Santa María de la Fe.

Durante este viaje, Bonpland engrillado, curaba y atendía a los heridos enfermos. Sin

embargo, cuando el Dr. Francia supo el modo como venía, ordenó que le sacasen los grillos y le restituyesen todos sus objetos que habían podido escapar del saqueo.
En el Cerrito, Bonpland pasó diez años confinado, sin más compañeros que los indios y los pocos empleados del dictador Francia, suerte verdaderamente deplorable para otro cualquiera que no tuviese el genio resignado (Gay).
3 Sobre este río, el Dr. Bertoni en su «V carta del Alto Paraná» publicada en la Prensa se expresa de este modo:
«Es este indudablemente el más importante de los ríos o arroyos interiores del territorio de Misiones, ya por la cantidad de aguas que acarrean, como por su situación geográfica, cerca de la capital y entre los dos pueblos de Loreto y San Ignacio. Sin embargo, es todavía muy poco conocido, y en cuantos mapas he visto, no solamente corre según la fantasía de los autores, sino que sus verdaderas proporciones están generalmente desconocidas.
Por mi parte, le exploré hasta cerca de 10 leguas de la boca, pero sin poder relevar exactamente su curso por causa del tiempo y la falta de instrumentos. Sobre esta extensión es navegable por pequeñas canoas en todo tiempo. Pero cuando está muy bajo, las embarcaciones de mayor calado no podrían pasar las correderas situadas como a legua y media de la embocadura. Al contrario es perfectamente flotable sobre unas veinte leguas, lo que facilitará mucho la conducción de las hermosas maderas que ofrecen las faldas de la sierra. En su parte inferior, cerca del Paraná, su anchura se mantiene entre 80 y 250 metros, con bastante hondura. El Yavewiry acarrea una cantidad de agua muy semejante a la que podríase suponer calculando que su curso total no pasara de treinta leguas y probablemente menos; en esto deja atrás a muchos ríos sudamericanos que tienen un desarrollo cinco o diez veces más. La explicación la tenemos fácilmente en sus numerosos afluentes y más aún, en la cantidad enorme de lluvia que se descarga anualmente sobre la sierra de Misiones y que yo calculo aproximadamente en dos metros y medio, o sea dos mil quinientos litros por metro cuadrado.
Debido a esto, semejante abundancia relativa de aguas es un carácter general de todos los ríos y arroyos del Alto Paraná.
Por poco que llueva, siempre guardan su caudal respetable, y no es raro verlos crecer durante las lluvias de cinco hasta diez metros verticales a pesar de lo rápido de la corriente».
4 Loreto fue fundado en 1555 por Nuflo de Chaves en las márgenes del Paraná Pané, provincia de Guayra, con indios repartidos en encomiendas a los españoles.
En 1611 fue restaurado por los jesuitas, emigrando todos en 1631, a causa de las invasiones de los paulistas y tupis, estableciéndose definitivamente en 1686 (Gay).
5 El Dr. Bertoni en su «V carta sobre el Alto Paraná» expresa de otro modo la leyenda del Teyú Cuaré, la que transcribo:
«Pero es allí también, según la tradición y la creencia arraigada entre los guaraníes, que vive el terrible dragón, gigantesco lagarto con alas, con garras y con hálito de fuego. Así lo dice también, el nombre, Teyú (lagarto) y Cuaré (gran cueva). Grandes fueron las desgracias que este monstruo ha causado y numerosas sus víctimas: existen en el país ancianos que saben contar con todos los detalles los horrores de esos naufragios. Sin embargo, bastaba un sacrificio, una oferta cualquiera, un pedazo de carne o un objeto

echado al agua para calmar esa fiera y pasar seguros».
El Dr. Bertoni atribuye el origen de la leyenda a una piedra aislada situada casi en medio del río, frente al paredón, que vio en una gran bajante en octubre de 1886 y dice que como son muy raras tales bajantes, no es extraño que muchos, ignorando su existencia, el día menos pensado puedan dar con ella, lo que causaría necesariamente una catástrofe tan rápida como completa, sin que quedara ni un testigo para explicar la súbita desaparición de las víctimas: ese es el dragón tan funesto.
En apoyo de esto, dice también que en otros puertos del Alto Paraná, en donde la superstición ha colocado monstruos análogos, ha observado que en todas esas localidades existe algún obstáculo peligroso para la navegación, el que ha podido producir desgracias y naufragios, los que han sugerido a la imaginación estas leyendas.
A pesar de la autoridad de mi amigo el Dr. Bertoni en las cuestiones relativas al Alto Paraná, creo que la verdadera leyenda originaria es la que me refirió D. Patricio Gamon, por su sencillez, sin que por esto la que da el Dr. Bertoni deje de existir también, pero de origen posterior.
Bien se ve en ella el cachet civilizado, pues no creo que la imaginación guaraní pudiera forjar dragones tan parecidos a los de las fábulas europeas.
En la misma carta el Dr. Bertoni publica una observación importante sobre los cerros del Teyú Cuaré bajo el punto de vista de la geología de esa región, que transcribo, adhiriéndome en un todo a sus interesantes deducciones:
«Los cerros de Teyú Cuaré son aún más importantes bajo otro punto de vista más serio que el de la geografía y la filología.
Ellos constituyen en Misiones la continuación de la sierra de Amambay, que divide en el Paraguay las aguas del Alto Paraná y las del Tebicuari.
Fáltanme todavía unas investigaciones para poder entrar en mayores detalles, pero tengo serios indicios de que el río, en épocas muy remotas haya presentado un aspecto muy distinto del actual en la sección comprendida entre Teyú Cuaré y Tavai.
La sierra del Amambay y Teyú Cuaré ofrecía antiguamente al río un obstáculo más o menos idéntico al que la sierra de Maracayú opone actualmente en el Salto Guaira, existiendo también un salto comparable con este último.
Un lago también existía arriba de Teyú Cuaré como el que precede al Guaira y no faltaban unas islas correspondientes a las Sete Quedas.
Solamente el cordón de Teyú Cuaré, constituido esencialmente por un gres rico de potasa y de fácil disgregación, no presentó la misma resistencia, permitió al río abrirse más fácilmente una brecha y una vez abierta esta, el lecho del río tuvo que bajar de nivel, cada día más rápidamente hasta llegar al punto en que se encuentra hoy.
Tengo pruebas de que el río se ha extendido en una época que no puedo precisar hasta el pie de la sierra de Misiones por los Valles del Tavai y no sería imposible que se diese algún día con la prueba de que el Alto Paraná, antes de abrirse la brecha Teyú Cuaré, dirigía sus aguas al Valle del Uruguay dando lugar entonces en la dicha sierra de Misiones a una formación también análoga a la del Guaira.
Es esta una cuestión que se liga con los problemas geológicos más importantes de Sudamérica».

6 San Ignacio Miní también se fundó primeramente cerca de Loreto en la Provincia de Guayra en la misma fecha, huyendo sus habitantes en 1631 y volviéndose a fundar en el lugar que ocupa, en 1659 (Gay).
Este pueblo fue uno de los mejor construidos y sus ruinas aún en pie, son sumamente interesantes por su curiosa arquitectura.
7 Las Misiones de Jesús y Trinidad se hallan en territorio paraguayo, fundadas por los jesuitas en 1685 y 1712, respectivamente, con indios de otras reducciones. También sus ruinas son interesantes. En el Museo de la Plata se hallan muchos objetos curiosos de ambos sitios.
8 El Dr. Bertoni da a este punto el nombre de Pacú Cuá (317) y dice que durante las bajantes extraordinarias tiene poca hondura, en razón de tener media legua de ancho, y notándose entonces un banco en medio de la corriente. Con este motivo la fantasía popular ha imaginado un monstruo sumamente peligroso: un buey con cuernos de oro, y no falta quien repita sus hazañas de antaño, pues hoy, como su compadre del Teyú Cuaré, ya no hace ningún daño.
Para mí esta leyenda del buey es una modificación de la que he descrito más arriba.
9 Corpus fue fundado por los jesuitas en 1622 en la margen derecha del Paraná, sobre las costas del arroyo Iniumbey donde recibió incremento por la mitad del pueblo de Natividad que allí se le reunió; en 1647 se estableció a distancia de tres leguas del lugar que ocupa actualmente y en 1701 se edificó definitivamente.
Su templo fue uno de los más ricos y hermosos; poseía dos medias naranjas (G).

Capítulo VI
Yerbales

El Sr. Manuel Romero. –Nuestro viaje al interior de Tacurú Pucú. – D. Eloy Rodríguez. – A caballo. – Los tacurús. – Los Campos de tacurú. – Los ipageres. Los primeros indios. – La picada de Monte Mbaracamuá. – Marcha a oscuras. Lobo Caí. – D. Domingo Piris (hijo). – Un rancho de yerbatero. – Los yerbales de campo. – Como se explota un yerbal. – Los percheles. – El Barbacuá. – La máquina de moler yerba. – El urú. – La tostada. – Los mineros: su modo de trabajar. – El rairo. – El turú. – Las carretas. – El menú de un yerbatero. – La influencia del medio sobre los criminales. – Seguimos en el monte. – El pindó: su destrucción por su hoja. – Su cogollo y el tambú. – Marcha con lluvia. – La vuelta de un peón. – Zarzo para dormir seguros del tigre. – El arroyo Susto. – Campo limpio. – El rancho de D. Eloy Rodríguez. – La leyenda de la Caa-yarí. – La leyenda de la Caaporá. – Sus relaciones e identidad.

Al día siguiente nos vinieron a visitar a bordo, el Dr. Benjamín F. da Fonseca, médico de la Colonia Militar brasilera del Iguazú, acompañado por los Sres. D. José Blossett, D. Esteban Serret, vecino de la misma Colonia, y un joven que acababa de llegar de Curitiva (354) por tierra, con quienes hice relación inmediatamente. Esperando los caballos que debían traernos de Tacurú que dista una legua del puerto, almorzamos juntos.

D. Manuel Romero hijo, me invitó a hacer una gira de ochenta leguas a caballo, ida y vuelta, para visitar los yerbales y los indios cainguás del interior, magnífica proporción que acepté gustoso. Resolví entonces que mis dos compañeros Methfessel y Beaufils me esperaran en el Puerto Francés en casa de los señores Blossett y se ocuparan mientras tanto, en averiguar la procedencia de los fragmentos de alfarería, que en tan gran cantidad habíamos hallado sobre la barranca a nuestra llegada.

A las dos de la tarde llegaron los caballos, me despedí de los compañeros y con mi peón Ambrosio, llevando tan sólo lo más indispensable, empezamos a trepar la barranca, con no poca fatiga y trabajo, para los que no estamos

acostumbrados a esas ascensiones.

No dejaba de ser pintoresca la alegre comitiva, compuesta de doce personas, entre las cuales se contaban el Dr. Fonseca, D. Patricio Gamon, D. Remigio Ayala, etc., sobre todo al subir la empinada cuesta, cayendo, levantando, resbalando, obligados a prendernos de las plantas de cuando en cuando, parándonos a descansar a cada rato y haciendo ejercicios grotescos más de una vez, que por cierto no estaban en el deseo de cada uno de nosotros.

Ensillados los caballos, nos pusimos en marcha, atravesando una ancha picada, bastante barrosa a causa del mucho tránsito de las carretas.

El terreno de monte no dura mucho cuando se transita con carretas. Como la tierra es muy fofa, las llantas abren profundos surcos que a las primeras lluvias se llenan de agua, e infiltrándose esta poco a poco en la tierra próxima, la mantiene constantemente húmeda y fácilmente descortezable por la pezuña de los bueyes.

La picada ocupa casi todo el trayecto que separa el puerto del pueblo y en ella empiézanse a ver algunas matas de yerba.

A la noche me separé de mis nuevos amigos y me retiré a casa del Sr. Manuel Romero, para marchar a los yerbales al siguiente día.

Temprano estuvimos listos, agregándosenos a última hora el Sr. D. Eloy Rodríguez, yerbatero que también debía hacer el mismo viaje.

D. Manuel Romero, D. Eloy Rodríguez y yo íbamos montados en caballos, mi asistente Ambrosio y dos peones más que conducían cargueros, en mulas.

Pronto salimos del pueblo y entramos en el campo de Tacurú, extensa abra limpia de bosque, de pasto duro, llena de tacurús pequeños de 0,50 a 0,80 céntimo de alto, de tierra colorada, en tanta cantidad que de lejos parece un campo lleno de hacienda (355). La única planta alta que allí predomina es una palma baja, llamada impropiamente Yatay, de 1,50 a 2 metros de altura, que crece en matas de tres, cuatro o cinco plantas que salen de una misma raíz (356).

De tanto en tanto, se notan en el campo grandes y extensas depresiones circulares, que concluyen en un piso inferior pantanoso, lleno de plantas herbáceas llamadas Ipageres, lugares temibles por ser verdaderas barreras que impiden el paso.

Animal que allí entra no sale más, se empantana y muere. Sólo los tigres y algunos indios los cruzan, estos últimos doblando con los pies los pastos para

pasar por encima y corriendo muy ligero para disminuir con la velocidad el peso del cuerpo.

Estos ipageres inutilizan gran parte del campo, pues nunca se secan, no sólo recogen las aguas de las lluvias, sino también tienen numerosas vertientes de aguas que los mantienen constantemente barrosos.

En muchos de ellos se notan tacurús de tierra negra, cuyas hormigas fabricantes están inconscientemente elevando el terreno (357).

Casi todos los ipageres tienen la misma forma circular y sus bordes no son cortados a pique, sino que tienen una pendiente suave, que concluye en el piso pantanoso, cuya vegetación herbácea presenta por la abundancia de agua, un precioso color verde.

En la casa del Sr. D. Francisco Piris tomamos un mate. Este señor posee plantaciones de caña de azúcar, un pequeño trapiche para molerla y no fabrica sino miel.

Pronto pasamos el arroyo Itá (piedra) por un puente rústico de madera, y entramos en el Campo Grande, segunda abra después de Tacurú, mayor que la primera y más o menos del mismo aspecto.

Sobre el arroyo Aguaraibá, en casa de D. Juan Velloso, almorzamos. Mientras estuvimos allí apareció una familia cainguá, primeros indios que vi. No dejó de causarme una agradable impresión la vista de ese matrimonio. Iban casi desnudos, vestido apenas el marido con una baticola y la mujer con una frazada, ostentado el primero como un gran lujo un *tembetá* de ámbar 1 en el labio inferior.

Cambié algunos objetos con ellos y seguimos viaje. Atravesamos el arroyo Aguaraibá y entramos en el campo del mismo nombre. Una hora después de cruzar el arroyo Mbaracomúa, penetramos en la picada del monte de ese nombre, que lo atraviesa en una extensión de siete leguas.

La picada es carretera, pero bastante gastada por el tráfico continuo. El monte es en general alto y bastante tupido de trecho en trecho, con tacuarales y matas de tacuarembó.

En esta picada nos tomó la noche que se acercó poco a poco, dándonos el desconsuelo de tener que marchar a oscuras hasta llegar al rancho de Domingo Piris en Lobo cuá (358).

Las curiosas iridiscencias de la luz crepuscular y la invasión paulatina de las sombras en el monte tupido; la claridad difusa de la picada oscureciéndose cada vez más; los tintes melancólicos y por fin la oscuridad

completa de la selva, hacían imponentes y lúgubre nuestra marcha.

El hombre desaparecía en nosotros, que por prudencia teníamos que andar echados sobre el animal para evitar las ramas, cuyas caricias nos podían costar caro. Los caballos dejados casi a su voluntad marchaban lentamente.

Entre tanta sombra apenas podíamos distinguir la masa más negra de los isipós y demás ramas que se cruzaban de un lado a otro, aumentadas fantásticamente, que sin necesidad ya agachados, tratábamos de evitar.

Y así sin ver nada, volviéndonos todo ojos, en una especie de ansiedad angustiosa, bajando cuestas, subiendo otras, cruzando puentes que nos indicaban el ruido de los vasos de nuestras cabalgaduras sobre las maderas; tropezando muchas veces, resbalando otras y experimentando a cada momento un nuevo sobresalto, marchamos por espacio de dos horas mortales, hasta que el ladrido de unos perros y más tarde una alegre fogata, nos hicieron respirar con holgura: estábamos en Lobo cuá.

Me desperté temprano, habiendo pasado la noche dentro de la máquina de moler yerba, y como llovía mucho, decidí visitar el campamento yerbatero.

Acompañado de D. Domingo Piris, joven simpático, argentino, a quien debo muchas atenciones, recorrimos todo.

Como ya estamos en plenos yerbales, antes de pasar adelante necesito explicar el método y procedimiento de la explotación y elaboración de la yerba por el sistema paraguayo.

Los yerbales paraguayos de Tacurú Pucú son en general de los llamados de campo; es decir, no se hallan en montes altos ni las plantas de yerba tampoco lo son; forman matorrales o fascinales (359) de arbustos bajos y muy tupidos, mezclados con otros más o menos iguales, mientras que el suelo está materialmente cubierto de espinosas Caraguatás, llamados irónicamente *espartillo* por los yerbateros (360).

Los yerbales están divididos en grandes secciones bien limitadas, las que se trabajan cada tres años.

Cada gran sección o yerbal está a cargo de un habilitado, que lo explota por cuenta de otro o de la empresa, a un tanto la arroba en el rancho, corriendo él con todos los gastos de la explotación.

Este es el convenio general. Hay además otros, pero no vienen al caso.

Una vez que el habilitado se ha hecho cargo de la explotación del yerbal, se instala en él, en una posición ventajosa, y da principio a la construcción del rancho principal o perchel, el barbacuá y la máquina de moler la yerba.

Los ranchos principales o percheles son altos, de construcción pasajera pero sólida, con techo de dos aguas con mucha caída que llega casi al suelo.

La hoja de palma pindó se emplea generalmente para construir los techos y cuando escasea se usa paja (361).

En el rancho se destina una parte grande, según la cantidad de yerba que se piensa explotar, para el perchel o lugar donde se deposita la yerba, molida o canchada generalmente a máquina llamada *mborobiré*.

El piso del perchel no debe tocar el suelo. Siempre se hace a 0,50 de altura. Los yerbateros prolijos hacen además de este piso otro de paja seca, que cubren con una alpillera (362), para que la yerba se conserve mejor, preservada de la humedad.

Al lado del perchel se construye la máquina que es muy sencilla: clavan en el suelo dos horcones que sostienen una viga gruesa con un agujero en el centro que sirve para recibir un palo vertical, que gira por medio de otro palo atravesado horizontalmente, donde se atan los animales que dan vuelta como en una atahona (363).

El palo central tiene además en su base dos ranuras verticales, que reciben el eje de un cono de madera dura truncado. La base menor es la que se coloca cerca del palo central, la otra base se halla unida al palo horizontal por medio de otros dos pequeños, de manera que moviéndose el palo horizontal se mueve el vertical central, arrastrando ambos el cono, que como también tiene eje, rueda sobre el piso de tablas de la máquina donde se coloca la yerba evitando que se desparrame por medio de una baranda de cuero baja, sostenida por pequeñas estacas.

El cono se halla erizado en toda su superficie por un gran número de paletas de hierro de 6 a 7 centímetros de ancho, colocadas en series, unas debajo de otras, de modo que las paletas se hallen alternadas en su disposición.

Esta máquina primitiva y fácil de montar, muele en 4 horas treinta y cinco arrobas, y es la que hasta ahora ha dado mejor resultado, a pesar de haberse inventado otros sistemas, de fierro&, cuyas máquinas he visto tiradas por inservibles, según lo que me han dicho muchos yerbateros.

El resto del rancho sirve para depósito de víveres y vivienda del habilitado, aún cuando, en general, se prefiere vivir aparte en un rancho frente al perchel y cerca de la cocina.

Alejado de estos, se construye el barbacuá u horno de tostar la yerba, para

evitar los incendios, que desgraciadamente no son pocos en los yerbales.

Los barbacuás se hacen dentro de otros ranchos más altos que los anteriores y con los dos frentes abiertos.

La forma general es la de una parrilla arqueada, hecha de troncos delgados que se clavan en el suelo por un extremo y se curva el otro para atarse con el otro extremo, del que también se clava enfrente. Las ataduras se hacen con isipó o enredaderas, que abundan mucho en todos los montes.

Sobre los troncos arqueados, que ocupan unos tres metros a cada lado, se colocan otros más delgados atravesados, de modo de dejar sólo pequeños claros entre sí.

El alto del barbacuá es de unos dos y medio a tres metros desde el suelo a su parte más alta.

Sobre esta parrilla, se coloca la yerba en hoja para ser tostada y debajo se hace un fuego de troncos gruesos, colocados sobre cabeceras de troncos de pindó verde, en la misma dirección de las dos aberturas del barbacuá.

La tostada de la yerba también se contrata con varios tostadores a tanto la arroba, siendo responsables de la yerba y del barbacuá en caso de incendio.

Detrás y arriba del barbacuá, dominando la yerba y vigilando la operación se coloca armado de un largo palo uno de los tostadores que toma el nombre de urú (364).

Con el palo va revolviendo la yerba y cambiándola de un lado a otro para que la operación se haga uniformente, y al mismo tiempo se fija bien en algún humo sospechoso, indicio seguro de que alguna parte ha tomado fuego, avisando inmediatamente a los que están debajo, para que apaguen sin demora, pues rápidamente la yerba arde y pronto el barbacuá se transforma en una enorme hoguera, que ilumina tétricamente el monte y los semblantes pálidos y mudos de dolor de los pobres tostadores, que ven perderse en las negras espirales de humo, el fruto de su penoso trabajo de toda la zafra.

Para evitar esto colocan al pie del barbacuá uno o dos barriles de agua que tiene a mano otro tostador que vigila la tostada desde abajo. Este tiene además del jarro una pantalla grande de lienzo, que coloca debajo del punto donde el urú está dando vuelta la yerba, para recibir en ella las hojas que se desprenden, evitando así que caigan al fuego que las enciende haciéndolas volar.

Hay también otro barbacuá llamado de horno o de fuego indirecto, que es mucho menos peligroso que el anterior de fuego directo.

En lugar de colocar el fuego debajo del barbacuá se coloca fuera a corta distancia, en hornallas que se cavan a un metro o más de profundidad, estando en comunicación por túneles socavados con una boca o dos que se abren debajo del barbacuá.

Estas bocas están rodeadas de un parapeto de 0,60 a 1 m de alto, de tierra apisonada, así es que la yerba no recibe sino el calor, sin peligro de llamas, y cuando el urú revuelve la yerba se evita el peligro de incendio tapando las bocas de la hornalla con una simple chapa de zinc.

Cada barbacuá carga de 100 a 150 arrobas de yerba en hoja que después de tostada se reduce a la mitad de su peso.

El macheteo o corte de la yerba, llamado trabajo de mina, está a cargo de peones especiales que toman el nombre de mineros (365). Estos son los verdaderos héroes del yerbal.

Los mineros se dividen en grupos que se hallan a cargo de un capataz de Caatí (de monte) (366) que es el encargado de dirigir y fiscalizar el corte de la yerba, dividir el yerbal en secciones pequeñas, que reparte entre los mineros para su aprovechamiento total y descubrir la continuación del yerbal.

Las secciones de los mineros están separadas entre sí por simples picaditas hechas a machete que terminan todas en una picada ancha transversal, llamada *picada hacienda,* donde los mineros entregan la yerba en hoja.

Bien temprano los mineros van a sus respectivas secciones y desgajan los arbustos de yerba. Luego que tienen una buena cantidad, hacen un gran fuego y tomando rama por rama de yerba, la pasan por la llama: esto es lo que denomina *overear* (367) la yerba.

Después de overeada, se separan los gajos gruesos, colocándose los finos con las hojas en un tejido de cuero, que se llama *rairo* (368), formando un paquete cuadrado y de peso variable, según la fuerza del minero. El *rairo* se ata entre pecho y espalda y se lleva a la picada hacienda, donde es entregada al capataz de Caatí, previo romaneo.

Hay mineros que cargan hasta 14 y 16 arrobas, pero estos son pocos. Los más cargan de 6 a 8 arrobas. En los piques cortan de trecho en trecho un árbol a cierta altura para descansar sobre el tronco el *rairo*, sin sacárselo de la espalda.

De la picada hacienda, la yerba se conduce a los barbacuás en carretas sin toldo, tiradas por dos o más yuntas de bueyes, que tienen las astas agujereadas, y provistas de un cencerro, para poderlos encontrar con más

facilidad entre el monte, cuando se recogen. Curiosas son también las picanas que se usan: sumamente largas, adornadas de trecho en trecho con plumas vistosas de las aves que cazan, y el turú o corneta de cuerno de buey, al que dan un simple corte oblicuo en la punta, que deja una abertura elíptica para apoyar los labios y soplar.

El turú tiene un sonido como el del pito de un vapor: bajo y lejano, se oye a gran distancia.

Cada carreta lleva uno, que en marcha, en unión con los sonidos diversos de los cencerros de los bueyes, produce una música rara.

A la tarde los mineros cesan su trabajo de cortar yerba para overear al día siguiente. Esta dura sin overear hasta tres días después de cortada, y se retiran a sus ramadas provisorias a comer y dormir.

El menú yerbatero es digno de mención; regularmente debe ser charqui, grasa, porotos, maíz y sal; pero el principal elemento es el maíz y es el que más consumen, porque casi siempre faltan los otros.

El maíz sufre en los yerbales un sinnúmero de modificaciones, fabricándose con él muchos platos que toman distintos nombres.

Los útiles de cocina principales son: un mortero de madera, alto con mano larga y pesada, un pedazo de tacuara y una olla.

Las maneras de comer el maíz merecen mencionarse por ser en su mayor parte de origen indio. Los principales son:

Abatí mbicki: maíz blanco o amarillo en espiga, asado al fuego.

Abatí meimbé: maíz blanco desgranado, frito con grasa.

Abatí pororó: maíz pisingallo frito con grasa o con arena, con ceniza o sin nada.

Mote: maíz sancochado o hervido en agua, sin pisar.

Vellú (369): torta de maíz blanco pisado, frito con agua, sal y grasa.

Vori (370): maíz blanco pisado amasado con agua, sal y grasa, hecho en forma de bolitas y hervido luego en su caldo.

Rorá: afrecho de maíz blanco con agua, grasa y sal, todo amasado junto y calentado.

Locro morotí: maíz blanco pisado a punto de descascarar hervido con agua y sal.

Locro de cujo: lo mismo que el anterior, agregando pedacitos de carne o charque.

Mbai pujhú: maíz duro, bien tostado. Se pisa bien, se amasa con agua, sal y

grasa y se hace calentar.

Mbai puij: masa de maíz blanco con agua, sal, grasa y a veces queso (lujo inaudito en los yerbales).

Mbai puij Zoo: lo mismo que el anterior, con pedacitos de carne o charqui.

Caguy-yú: mazamorra con lejía de ceniza.

Guaymi atucupé: choclo o maíz verde rayado o pisado, se hace una pasta que se envuelve en chala y se cocina entre las cenizas calientes.

Chipá Turú (371): maíz pisado, amasado con agua y sal, y colocado en la punta de un palo para asarlo en las brazas dándolo vuelta.

Chipá guazú: choclo pisado o rayado. Se hace con la pasta una torta que se pone en una sartén, cubriéndola con hojas de guaimbé (372) y colocando sobre estas algunas brasas para que reciba fuego de arriba y abajo.

Chipá abati (plato de lujo): maíz pisado con grasa, sal, queso, leche y cocido en horno de pan.

Chipá cuajada: harina de maíz amasada con cuajada, huevos y azúcar cocida al horno.

La bebida general de los yerbateros es el *tereré* o mate frío. Todos tienen un jarrito de asta de buey lleno de yerba y una bombilla. Cuando tienen sed, llenan el jarro con agua que absorben por la bombilla, después que ha pasado por la yerba.

Los aficionados al *tereré* pierden el entusiasmo por el mate caliente y dicen que aquel posee grandes ventajas sobre este, sobre todo su preparación se hace con más rapidez y es más medicinal (373).

Estos hombres, cuya mayor parte no son de lo mejor en el sentido moral, en los yerbales se transforman. Allí todos son sumamente mansos. El pendenciero, el heridor, el asesino mismo, vive allí trabajando terriblemente, bajo un sol ardiente, entre nubes de insectos molestos, mal comido, sin proferir una queja y sin que una mala idea de rebelión, de robo, etc., le cruce por la imaginación.

Es curioso el hecho de que en los yerbales, *refugium pecatorum* (374) de cuanto bandido se escapa del Brasil, la Argentina o Paraguay, no se cometan hechos de sangre, tan fáciles en una región aislada, mal vigilada y en donde la naturaleza es por demás apta para ayudar a cometer fechorías.

Este hecho positivo, que recomiendo a los criminalistas, sólo me lo explico por la alimentación casi exclusivamente vegetal, el clima deprimente y los trabajos rudos más deprimentes aún, a que están sometidos y que les impiden

la comisión de delitos, no dándoles tiempo de pensar en cosas malas.

Doy mucha importancia al alimento vegetal cuya influencia se patentiza por la gran cantidad de anémicos que se hallan en los yerbales.

He notado también la falta de pelagrosos y eso que se come mucho maíz en mal estado. En cambio tengo conocimiento que ha habido casos de escorbuto.

A las 9 nos pareció que el tiempo quería componerse y resolvimos ponernos en marcha. Volvimos atrás una legua hasta la encrucijada de la otra picada que atraviesa el monte Mbaracammá y sale a Campo Limpio.

El terreno húmedo por la lluvia se hacía cada vez más resbaloso, dificultando y retardando considerablemente nuestra marcha.

El monte en esta parte, es un inmenso palmar de pindó (*cocus campestris*?) (375) entreverado con árboles altos pero escasos. El suelo se halla cuajado de bromeliáceas, caraguatás, que muestran en su centro el ramille de sus frutos amarillos, frecuentados por un enjambre de insectos.

La abundancia del caraguatá en esta región, tan próxima a la costa, hace que en un día no lejano se convierta en un artículo de exportación considerable, cuando se sepan aprovechar sus fibras excelentes para la cabuyería.

En cuanto al pindó, otra riqueza, a causa del aceite que se extrae de su fruto y que se emplea en gran escala en el Paraguay para la fabricación de ricos jabones, es objeto allí de una bárbara devastación, tanto por los civilizados que los voltean para dar de comer sus hojas a los caballos, forraje excelente sin duda, cuanto por los indios, que no sólo aprovechan los volteados, sino que también voltean otros, no tanto para comer el cogollo, sino también para que se pudra y pueda criar el tan codiciado *tambú*, que es la larva del coleóptero curculiónido *Calandra Palmarum*, plato exquisito para ellos, que devoran crudos o fritos en su propia grasa (376).

Estaba escrito que no debía tener mucha suerte con respecto al tiempo. Relámpagos seguidos, un formidable trueno y un gran chaparrón que cayó sin piedad, nos puso a la miseria, a pesar de los ponchos que llevábamos.

Don Eloy Rodríguez, a quien estoy sumamente agradecido por su buena voluntad, me ayudó a cargar mis maletas y me prestó su poncho patria con el que medio me remedié.

Todos llevábamos algo y para no dejarlo mojar, nos mojábamos nosotros.

Si hay algo triste y fastidioso es la lluvia en el monte. La vista no puede expandirse, el cielo se oscurece cada vez más, los árboles toman tintes

melancólicos y se transforman en fuentes que derraman sobre el viajero grandes chorros de agua, el piso barroso, los ponchos mojados que dificultan los movimientos y aquel andar uno tras otro, sin poder hablar, recibiendo la ducha continua que le llena las botas de agua y con la poca esperanza de que cese, es insoportable.

Por la picada, bajo aquella lluvia, encontramos un peón brasilero que venía de los yerbales de más adelante, descalzo, con su poca ropa al hombro y a pie, acompañado de un hijo de 10 años, más o menos. El pobre hombre y el muchacho venían transidos de frío y empapados. Felizmente llevábamos caña, lo convidamos también con un cigarro y nos despedimos del infeliz, que quedó sumamente agradecido y contento.

Cruzamos por la pequeña abra del Descanso, lugar indicado para acampar las carretas; más adelante pasamos sobre dos *espagines* o puentes rústicos hechos de troncos, sobre los pantanos. Estos se llaman *espagines, yuayu* o *acollarados*, porque están uno detrás del otro a corta distancia. A pocas cuadras, encontramos otro llamado *Barro negro*, porque allí lo hay raro entre tanta tierra colorada.

A la derecha del camino vi un aparato alto, angosto y corto, en forma de parrilla, que Romero me dijo era para dormir, por causa de los tigres que andaban por allí (377). Efectivamente, hacía un rato veníamos observando los grandes rastros frescos del terrible carnicero, que más adelante espantó una noche en la costa de un arroyo, que también pasamos, a una tropa de mulas, de las que se perdieron nueve. El arroyo se llama del *Susto*, nombre bien puesto sin duda.

Del Susto fuimos al paso del arroyo Itá y al anochecer llegamos al rancho de D. Eloy Rodríguez situado en Campo Limpio después de pasar el arroyo del mismo nombre. Campo Limpio es otra abra grande, pero desprovista de capa vegetal y sólo con alguna vegetación raquítica e inservible. Poco después, rodeando un gran fogón dentro de la casa de D. Eloy, secábamos como podíamos nuestras ropas, previa una buena torcedura.

Esa noche D. Eloy tuvo la amabilidad de contarme la leyenda que tienen los mineros de la *Caa-yarí* (abuela de la yerba). Esta leyenda debió ser india en su origen y modificada después en la época de la dominación jesuítica.

Dios acompañado de San Juan y San Pedro salió a viajar por la Tierra. Un día, después de una jornada penosa, llegaron a casa de un viejito que tenía una hija joven y bella a quien quería tanto, que para que se conservara

siempre inocente, fue a vivir con ella y su mujer en medio de un bosque espeso, donde aún no había penetrado hombre alguno. El viejito era muy pobre, pero tratándose de viajeros, mató la única gallina que tenía y se la sirvió de cena.

Al ver esta acción, Dios preguntó a San Pedro y a San Juan qué harían ellos en su lugar, a lo que contestaron ambos que premiarían largamente al viejito.

Dios entonces, llamando al viejito, le dijo: «Tú que eres pobre has sido generoso, yo te premiaré por esto. Posees una hija que es pura e inocente, a quien quieres mucho, yo la haré inmortal para que jamás desaparezca de la Tierra».

Y Dios la transformó en yerba, y desde entonces la yerba existe y aunque se corte vuelve a producir.

Pero los mineros dicen que en vez de transformarla en yerba, la hizo dueña de la yerba y que existe aún en los yerbales, ayudando a los que hacen pacto con ella.

El pacto con la *Caá-yarí* se hace del modo siguiente:

El minero que quiere realizarlo espera la Semana Santa y si está cerca de un pueblo, entra a la iglesia y promete que vivirá siempre en los montes, se amigará con la *Caá-yarí* y no tratará con ninguna otra mujer.

Hecho esto, va después al monte y deposita en una mata de yerba un papel con su nombre y la hora en que volverá para encontrarse con ella.

El día de la cita, el minero debe tener gran presencia de ánimo, porque antes de verla, se le aparecen víboras, sapos, fieras y otros animales propios del monte, a fin de asustarlo para ver si es o no valiente.

En recompensa de su valor se aparece la *Caá-yarí*, joven hermosa y rubia. Entonces renueva sus juramentos y desde aquel día, cuando el minero va a cortar yerba, cae en un dulce sueño y al despertar encuentra el *rairo* pronto, con 18 a 20 a (378) de peso que le ha preparado la *Caá-yarí*, que como sólo es visible para él, lo acompaña sosteniéndole por detrás el *rairo* y sentándose sobre él en la balanza para que pese más.

¡Pobre del minero que le sea infiel con alguna otra mujer! La *Caá-yarí* despechada no perdona, mata. Y cuando algún minero guapo muere de cualquier enfermedad, los compañeros se susurran al oído: «¡¡Traicionó a la Caá-yarí!!».

¡¡La Caá-yarí se ha vengado!!

Esta leyenda, mezcla de profano y sagrado, salta a la vista que en su origen

no debió ser así. La primera parte debe ser agregada posteriormente.

El monte se presta para las leyendas y raros son los países que no poseen algunas. Una misma se modifica muchas veces de provincia en provincia, como por ejemplo la de la *Caá-yarí*, que en el Brasil toma el nombre de *Caipora* y esta misma, con el mismo nombre, varía según los puntos.

En Rio Grande la *Caipora* es también una mujer. Dueña de todos los animales del monte, es una especie de Diana, que cuando quiere permite cazar y cuando no, detiene a los perros que garrotea invisiblemente haciéndolos revolcar de dolor y dando tiempo para que los animales se salven.

En el Paraná, la *Caipora* es un hombre velludo, gigantesco, de gran cabeza, que vive en los montes comiendo crudos los animales que el hombre trata de cazar y no encuentra.

En Goyaz, según me dijo mi amigo el alférez Edmundo Barros, hijo de aquella provincia, los indios dicen que cuando encuentran una bandada de chanchos silvestres y matan a todos, se aparece la *Caipora* como el anterior, montada en un chancho, a cuya vista los matadores quedan idiotizados para toda la vida, así que se guardan muy bien de acabar las cuadrillas de chanchos. Siempre dejan algunos.

Esta leyenda es siquiera sabia, porque trata de poner freno a la destrucción completa de un animal que les proporciona abundante alimento 2. Con estos y otros cuentos, dimos tiempo a que se secaran nuestras tropas para poder dormir sin las molestias de las mojaduras.

1 Tembetá es un pequeño cilindro de una resina especial llamada ámbar, o bien es hecho de madera. Los cainguás se colocan este aparato en un agujero que se practican en el labio inferior, como objeto de lujo.

2 En mi trabajo «Materiales para el estudio del Folk-Lore Misionero», publicado en la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires; entrega V. Mayo 15 de 1898, se encuentran esta y otras leyendas con mayores ampliaciones.

Capítulo VII
En los yerbales (continuación)

El arroyo Mbocayatí. – Itaquirí. – El rancho Palmira. – Un campamento de mineros. – Cuadros de miseria. – Los Tapuis Cainguás. – Caballo enfermo: su cura. Vuelta a Ytaquirí. – Sesiones nocturnas con los cainguás. – El Yací Yateré y su leyenda: su probable origen. – Las desgracias de Ambrosio. – Una tropa de mulas. – Una rodada. – La cuestión de la bendición. – El compadrazgo. – La leyenda del Mboi tatá. – La medicina popular. – Un diagnóstico curioso.

De Campo Limpio volvimos a emprender la marcha cruzando el arroyo Capivarí y el Moreira cué, donde se hallaban unos ranchos atestados de bolsas de yerba de D. Eloy Rodríguez. De este arroyo se va por un camino al yerbal Laguna que estaba trabajando don León Lugo.

De Moreira cué fuimos al arroyo Mboca yati (379) y luego al yerbal y cuartel general de Romero, en donde se hallaba su señor padre. Allí sesteamos.

Don Manuel Romero padre acababa de cazar un tigre que se entretenía en matarle los terneros. Fue tan amable conmigo que me regaló no sólo el cuero, sino que también me hizo buscar el esqueleto (380).

Como estábamos muy apurados, seguimos marcha y llegamos a la tarde al arroyo Ytaquirí después de cruzar el Caremá-guazú que desemboca en el Acaray y es navegable por chatas que cargan 2000 a de yerba.

El arroyo Ytaquirí y el Acaray, este último con un curso navegable de más de 80 leguas, son las vías mejores de conducción de la yerba que se elabora en los yerbales próximos.

En los depósitos de Ytaquirí me encontré con otro indio cainguá, con quien pasé un buen rato, prestándose con su carácter dócil a un largo interrogatorio y a una sesión de dibujo interesante cuyos resultados publico en otro lugar.

Allí fue donde también vi tirada en un rincón por inservible una máquina de moler yerba de fierro fundido.

Allí también empecé a probar la cocina yerbatera, maíz *forever* (381), que

declaro detestable y eso que no soy delicado. Prefiero el maíz tostado a todos los demás platos semimposibles de tragar.

En Ytaquirí nos juntamos con el Sr. don Manuel Lechel, fiscal de la Sociedad Industrial Paraguaya, dueña de los yerbales.

De Ytaquirí seguimos por entre yerbales de campo hasta llegar al arroyo Palmira que cruzamos por su puente y pasamos al rancho de don Casimiro Alfonso.

A la tarde nos dirigimos al yerbal de Palmira donde Romero y Don Eloy tenían que hablar a los mineros a fin de seguir la zafra un mes más de lo convenido.

Este yerbal pertenece a la misma jurisdicción del de San Vicente y Angelito.

El yerbal está en un monte bajo llamado fascinal, en el que predominan las chilcas, la escoba del yerbal (382), tupuicá, caatí (383) y baranas (384) altas, y el suelo se halla todo lleno de espinosos caraguatás.

Los árboles principales que allí se encuentran son más bien arbustos, entre los cuales abundan los laureles. Estos fascinales podrían fácilmente transformarse en campos, sino fuera por los yerbales que contienen, así es que la quema continua de ellos se hace imposible por el grave prejuicio que ocasionaría (385).

Después de una hora de marcha llegamos al campamento de los mineros, situado en medio del yerbal.

Sumamente desagradable y curiosa fue la impresión que me hizo aquella cantidad de gente de colores, raza y nacionalidad distintas, con el pelo y la barba largos, flacos, demacrados, con la ropa hecha jirones, casi desnudos, viviendo en miserables ramadas con sus mujeres e hijos, que jugaban con algunos perros, verdaderos esqueletos, de mirada triste, de rabo entre piernas y llenos de llagas y bicheras.

Aquella gente trabajaba aún, pero en cambio se alimentaba insuficientemente; el maíz era lo único que tenían y por desgracia escaso.

Las múltiples dificultades que oponen los trabajos de los yerbales cuando no se es exageradamente previsor, como deben ser todos los que emprendan negocios de esta naturaleza, habían producido la escasez.

Romero y don Eloy los llamaron y en medio de ellos, empezaron a hablar en guaraní, unos a dar sus quejas y los otros a disculparse prometiendo mejor porvenir. Al fin aquella gente de la que esperaban una rotunda negativa,

accedió unánime a seguir trabajando con tal que no les faltase que comer.

Esto me extrañó mucho, pero comprendí que lo hacían sólo por simpatías a sus patrones.

Para coronar la asamblea, Romero le repartió a cada uno una cuarta de tabaco negro que fue recibido a título de regalo con grandes muestras de satisfacción por todos.

En los yerbales se usa mucho mascar el tabaco negro, por la dificultad que tienen de fumar y porque dicen que da más fuerza.

Los mineros son tan viciosos que cuando ya se les acaba, mascan los pedazos de lienzo sucios de melaza, en que lo llevan envuelto.

Los que trabajan en el agua, también lo usan, y dicen que no hay mejor preservativo para los calambres, cuando se bañan o tienen que nadar, que mascar tabaco y con la saliva refregarse las piernas y brazos.

Tarde volvimos de nuevo al rancho Palmira. Durante el camino don Manuel Romero me dijo: «¿Ha visto Ud. qué clase de gente, si son dóciles o no? Pues bien mi amigo, sepa Ud. que trabajar en septiembre es lo mismo que trabajar en los infiernos. Sólo la abundancia extraordinaria de barigüis (jejenes) que hay en ese mes, es suficiente para volver loco a cualquiera. Y eso que los pobres están desnudos. Voy a ver si puedo proporcionarles ropas. Francamente temí que se me fueran a alzar».

Eso también lo temí yo cuando vi aquellos semblantes poco tranquilizadores; pero como estaba en el baile, no tenía otro recurso que bailar.

Me dicen que hay una ley de yerbales bastante severa respecto a los peones, protegiendo y garantiendo la zafra de la yerba como riqueza nacional. Convengo en ello, que se exploten y trabajen los yerbales en sus épocas y que el peón que se conchabe, cumpla exactamente su compromiso, pero creo que sería deber patriótico del Gobierno fiscalizar los trabajos y sobre todo el trato del peón, que hasta dócil es, pero que un día no lejano se echará a perder o emigrará, en busca de trabajos más suaves y en mejores condiciones (386).

Aún es tiempo, si no quieren que un día se haga sino imposible y muy dificultosa la explotación yerbatera, porque no es trabajo que puede hacerse sin el elemento criollo, único apto para esta tarca.

No soy de los compasivos por excelencia, ni de los que me aflijo porque los indios ni puedan ir a misa, pero los cuadros de miseria que he visto en los yerbales han sido demasiado elocuentes, no sólo para conmoverme sino para

obligarme en cierto modo a llamar la atención sobre la condición miserable de esa pobre gente.

Al siguiente día nos dirigimos al rancho Bigote, atravesando los yerbales que ese año no se trabajaban: San Vicente y Angelito.

Al pasar por el primero vimos en llamas el rancho abandonado el año anterior, seguramente a causa de algún mal intencionado. Como estos ranchos son de construcción provisoria, hasta cierto punto es mejor destruirlos porque teniendo que estar abandonados tres años, se llenan de ratas y otros molestos compañeros del hombre, cuando no sucede como en uno, en que un tigre se instaló cómodamente.

Para llegar a Bigote hay que bajar y subir algunas arribadas fuertes. El terreno es fuertemente quebrado en este punto.

En Bigote estuvimos sólo unas horas que aproveché con don Manuel Lechel para visitar unos *tapuis* de indios cainguás que se hallan cerca de allí, en medio del monte.

Para ello tuvimos que marchar a pie más de tres leguas ida y vuelta, entre el monte, por sendas estrechas, demasiado incómodas para los que no son indios.

Las casas o *tapuis* de los cainguás se hallan en el corazón del monte que derriban para hacer rozados y plantaciones.

Los *tapuis* no se hallan juntos sino diseminados en todas direcciones.

Después de mucho andar, conseguimos coleccionar algunos objetos y volvimos a juntarnos con los demás compañeros que se hallaban apurados por volver, a fin de remitir provisiones a los yerbales.

En el camino volvimos a separarnos y con D. Manuel Lechel nos dirigimos otra vez a Itaquirí a esperarlos.

Casi al llegar allí vimos venir disparando y como loco a un caballo, que al vernos, dio vuelta rápidamente y después de algunos corcovos desapareció entre un tacuaral cerrado.

Lo primero que supusimos fue que hubiera sido picado por alguna víbora venenosa. Nos faltaba muy poco para llegar al galpón, cuando el caballo nos alcanzó y pasando delante de nosotros como una exhalación se metió entre el galpón, atropelló el fogón, volteó cuanto encontró por delante e hizo un desparramo de mujeres y muchachos del diablo, hasta que al fin fue enlazado y volteado en el patio.

Bien asegurado, se empezó a examinarlo prolijamente. En ninguna parte se

le pudo notar la picadura. Después empezó la curación del pobre animal, porque todos los tratamientos veterinarios campestres son en general bárbaros.

El diagnóstico se cambiaba a cada momento: de picadura de víbora, se transformó en picadura de avispa, después en empacho, luego en haber tomado agua en seguida de comer maíz, más tarde en haber comido algún yuyo malo, mal de orines, etc., y mientras tanto se le sangró en el paladar, se le hizo tragar salmuera mezclada con dos porotos pisados, se le dieron varias patadas en el vientre y por fin le administraron un humazo de trapos quemados por las narices que faltó poco para asfixiarlo, no sin que las mujeres que observaban condolidas esta escena dejasen de rezar por el buen éxito.

Cuando lo dejaron suelto el animal se levantaba y caía, sin fuerzas para volver a pararse, disparar, bellaquear o tratar de atropellarnos.

Después de mucho buscar, encontramos que la causa de sus males había sido el haberse revolcado entre las ortigas, que habían clavado sus ardientes dardos en el cuerpo del infeliz caballo, que con razón estaba desesperado.

A la noche llegaron otros cainguás con quienes pasé hasta tarde haciéndolos bailar, cantar y tomándoles numerosos datos, gracias a las galletas que les daba poco a poco para que no se cansaren y aburrieran.

Al día siguiente supe que las mujeres habían pasado una noche de gran sobresalto porque habían oído silbar al *Yacy Yateré*.

No conozco al pájaro que silba imitando estas palabras. Unos dicen que es pequeño, otros que es como una paloma del color de una gallina de Guinea. Desgraciadamente no he podido dar todavía con él (387).

Sobre este *Yacy Yateré* corre una leyenda muy creída aún, no sólo en el Paraguay sino también en Corrientes. Debe ser también de origen guaraní, porque no existe en otros puntos.

Según cuentan, el *Yacy Yateré* no es un pájaro sino un enano rubio y bonito que anda por el monte con sombrero de paja y un bastón de oro en la mano, que se entretiene en robar a las madres sus hijos para llevarlos al monte, lamerlos y abandonarlos allí.

Las pobres mujeres desesperadas salen a buscarlos y generalmente guiadas por los gritos de la criatura los encuentran liados con isipó, pero desde aquel día todos los aniversarios de la robada, sufren de ataques epilépticos.

He encontrado personas, no se cómo clasificarlas, que me han asegurado

no sólo que existe, sino también que lo han visto en su niñez.

Otros dicen que el *Yacy Yateré* roba a las criaturas no para lamerlas sino para enseñarles el oficio.

De cualquier modo lo cierto es que cuando el inocente pájaro lanza su grito en medio de la noche, las madres saltan de su lecho asustadas y juntando a sus hijos, exclaman temblorosas: ¡*El Yacy Yateré! El Yacy Yateré!*

He querido tratar de averiguar el origen de esta leyenda sin resultados, hasta que por casualidad me contaron que hace años, estando acampado muy al interior de Tacurú un conocido yerbatero, una noche se levantaron sobresaltados por un ruido notando inmediatamente la falta de una criatura y el barullo de alguien que disparaba.

Corrieron a ese punto y encontraron efectivamente la criatura en el suelo.

Al otro día vieron en ese lugar rastros humanos y como andaban los guayaquís (388) por allí, se dieron cuenta pronto de que había sido seguramente uno de estos indios el autor del secuestro.

La costumbre de los indios de robar criaturas y mujeres es hasta cierto punto general en todas las tribus y razas, que han considerado siempre a ambos como el mejor botín de guerra.

Además, he sabido que no hace mucho un cacique pidió, queriéndose llevar a un muchacho para enseñarlo a ser cacique, dando sin querer con esto una prueba instintiva e inconsciente de selección de raza para elemento de superioridad.

Estos hechos demuestran hasta cierto punto que la leyenda del *Yacy Yateré* debe tener su origen en ellos, ampliada y modificada naturalmente de un modo fantástico por pueblos en que la naturaleza ayuda a sobreexcitar sus cerebros ignorantes.

De Itaquirí volvimos a casa de D. Manuel Romero (padre), quien nos obsequió con un banquete criollo de carne con cuero y empanadas, que nos hicieron dar una feliz tregua al charqui, maíz y demás comidas yerbateras demasiado malas para poder acostumbrarse a ellas.

A la noche estuvimos otra vez en Campo Limpio. Mi asistente Ambrosio venía atravesando un verdadero *vía crucis* con el chucho, y lidiando con un burrito lleno de mañas.

Al ponernos en marcha al otro día fue volteado; más tarde, en el espagin Barro Negro que estaba descompuesto, se hundieron ambos, recalcándose un dedo; después recibió una feroz patada en una pierna que casi se le rompe,

etc.

En Descanso nos encontrábamos con D. Ramón Blossett, que se dirigía al interior y poco después llegó mientras almorzábamos, una tropa de mulas cargadas.

No he visto animal de más resistencia ni más apto para las fatigas que la mula; pero en cambio creo que no hay otro más perverso.

No es posible tratarla bondadosamente; es hija del rigor y aún así, es indómita.

Cuando las volvieron a cargar para seguir marcha, fue un barullo que sólo los pobres troperos podían soportar: brincos, coces, corcovos, disparadas, cargas, volteadas, relinchos y cuanto de malo el espíritu mular puede inventar, todo ponían en práctica para entorpecer la carga y la marcha de la tropa.

Y los troperos gritando, jurando en todos los tonos, en guaraní y en portugués, y repartiendo garrotazos a todos lados, lograron después de un trabajo ímprobo seguir viaje.

Aquella pobre gente es digna de compasión. A pesar de todo, no les falta paciencia para lidiar con esos animales que dan trabajo desde que salen a su viaje hasta que llegan, cayéndose, desparramándose, cansándose, reventando huascas, corriendo, disparando, etc., haciendo con todo esto un infierno la vida del tropero, que la pasa casi íntegra entre el barro, la lluvia y las mulas, comiendo mal, durmiendo peor y trabajando siempre.

Cuando salimos de la picada, empezamos a galopar, ejercicio delicioso después de tanto trote y paso. A poco andar, por causa de un tacurú, el caballo que montaba Romero rodó violentamente, dando una vuelta en el aire, mientras el jinete salía gallardamente parado. Este incidente no retardó nuestra marcha y a la tarde llegamos a lo de Velloso donde pasamos la noche.

Allí volví a encontrarme con la familia cainguá que trabajaba un rozado por sólo el interés de un acordeón.

Como muy cerca de allí se hallaban los *tapuis* o casas de otros indios, resolví quedarme al otro día para visitarlos acompañado de Velloso que los conocía.

Al caer la noche, pasaron un indio y dos mujeres que volvían de trabajar, por sólo el interés de un perro, prenda que estiman mucho para poder cazar con mayor facilidad.

En casi todas las casas que pasé durante el trayecto, observé una costumbre

harto fastidiosa e incómoda. Me refiero a lo de pedir la bendición que puede decirse, va haciéndose ridículo su exageramiento:

A los padres, abuelos, padrinos, tíos, hermanos mayores, a los viejos y los viajeros, pídeseles la bendición con las manos juntas y sin sombrero. Cuando se concretan a decir solo: ¡*La bendición!,* no es nada, pero hay muchos que acostumbran a rezar un momento delante de uno y recién después le piden la dichosa bendición.

Y la bendición se pide al levantarse, antes y después de comer y finalmente al acostarse, de manera que es insoportable.

En una de estas casas, como tenía la mano derecha ocupada con el mate, impensadamente eché una bendición con la otra, acompañada de la frase consagrada de *Dios te haga un santo*. Mejor no lo hubiera hecho, pues rápida cundió con aire de asombro y disgusto, la frase: ¡*Le echó la bendición con la izquierda!*

Como ya me iba y para no dejarlos con la espina, llamé a la criatura otra vez, me hice volver a pedir la bendición y con mucha seriedad, con la derecha le hice los signos convencionales con tanta maestría, que la familia quedó lo más satisfecha.

Nunca me la hubieran perdonado sino hubiera vuelto sobre mis pasos.

Si a un padrino no le llegara a pedir la bendición, el ahijado, sería lo suficiente para que hubiera un gran disgusto entre los compadres por no haber educado bien a sus hijos.

El compadrazgo entre esa gente es sagrado. Casi puede decirse que el ahijado depende del padrino. Él es el que paga la fiesta del bautismo, él debe regalarle de cuando en cuando ropa, con él debe criarle, etc. En una palabra, viene a ser el verdadero padre.

Entre compadres no es permitido pronunciar malas palabras y si alguno lo hace inconscientemente delante del otro, debe pedirle disculpa, so pena de hacer poco caso del sacramento que los une.

Los compadres deben protegerse mutuamente, lo que no impide que muchas veces trate de hacer mal al otro.

Si muere la criatura, el desgraciado padrino vuelve a pagar la fiesta del velorio y al año siguiente paga también la del velorio de la cruz y las flores. Para esto las cruces que se colocan sobre las tumbas de las criaturas son de poner y quitar para poderlas velar al año, junto con las cintas y flores secas que acompañaron al cadáver hasta la fosa, y de allí retiradas el mismo día

para ser religiosamente guardadas hasta el día del velorio.

Como puede verse, no es muy conveniente el ser compadre por allí.

Para conservar los respetos que se deben entre compadre y comadre existe la leyenda del *Mboi Tatá* (víbora de fuego) que se reduce a lo siguiente. Si los compadres olvidando el sacramento sagrado que los une, no hicieran caso de él, faltando la comadre a sus deberes conyugales con su compadre, de noche se transformarán los dos culpables en *Mboi Tatá*, es decir, en grandes pájaros que tienen en vez de cabeza, una llama de fuego y que se pelearán toda la noche entre sí, quemándose uno al otro. Esto durará *per in secula seculorum* (389).

No sé hasta qué punto temerán algunos compadres al *Mboi Tatá.*

Mi fama de Doctor se había propagado por la campaña, porque esa gente no puede comprender que se coleccione sin ser médico; así que tuve ocasión de curar a los que podía, mejorar a los incurables o engañarlos dándoles siempre esperanza.

Pero lo que me hizo más gracia fue la medicina popular. En ella los diagnósticos son pronto hechos y se reducen a los siguientes:

Flatos, pasmos, machucamientos o quebraduras internas, calenturas, enfriamientos, empachos, aires y dolores varios.

Para todo esto, el remedio que forma la base de la farmacopea popular es la grasa de distintos animales, que aplican exteriormente en las partes doloridas.

Después vienen las diversas infusiones de yuyos que hacen ingerir por la boca.

Nadie puede ser buen médico si no da estos dos remedios. Sobre todo algo para tomar.

A una gran calentura le aplican todo lo más frío posible y al chucho en su período de castañeo de dientes, lo más caliente.

Los enfermos en general son enemigos de sujetarse a un examen prolijo por parte del médico y si son mujeres, peor, pretenden sencillamente que según los datos que ellas proporcionan se les adivinen sus dolencias y se les recete.

Enemigos también son los vomitivos, purgantes y sobre todo del *Clyster* que usan muy rara vez fabricándolo con una bombilla atada a una vejiga de vaca y que hacen funcionar apretándola fuertemente.

Con estos datos no me extrañé al ver a un enfermo de pulmonía todo destapado, con un paño de agua fría en la cabeza, y con una fricción de grasa

de tapir (390) en el costado, lo que venía muy bien para el diagnóstico que habían hecho: *un gran fuego causado por una postema dentro del cuerpo la que no lo dejaba respirar y que era necesario hacer madurar con la grasa de anta para que reventase.*

Cuando a fuerza de hacer barbaridades con los enfermos no sanan o quedan con algún rastro, dicen sencillamente que los remedios son inútiles y que no puede sanar porque tiene *payé* (hechizo).

Capítulo VIII
Tacurú Pucú

Vuelta a Tacurú Pucú. – El gran hormiguero. – Un clavo no saca a otro clavo. – Los inconvenientes del dormir con gatos. – Los ratones de Tacurú. – Modo de preservar el maíz. – Historia de Tacurú. – El primer vapor del Alto Paraná. – Porque Tacurú no adelanta. – Lo que le hace falta. – El comercio de la caña. – El cepo. – Una tumba interesante. – La vieja de la bendición. – Las ruinas de Tacurú. – El té de guabiromy. – Los yerbales de Tacurú Pucú.

Regresamos a Tacurú Pucú que aún no había podido observar bien por nuestra rápida salida.

Tacurú tenía un gran encanto para mí: la esperanza de mejorar de alimentación, porque estaba un poco harto de tanto maíz, comido en todas las formas imaginables, nada agradable para los que no estamos acostumbrados.

A medida que nos acercábamos, pude observar los ranchos de los pobladores de sus alrededores sobre la costa del monte alto que limita una parte del campo, casi todos instalados al parecer provisoriamente, rodeados de escasas plantaciones y con muy pocos animales domésticos.

Por fin llegamos al pueblo, compuesto de una sola calle larga, con ranchos a ambos lados y separados unos de otros.

Los ranchos de Tacurú Pucú no tienen tampoco nada de envidiables, en su mayor parte hechos a la ligera.

Lo único bueno que tiene es un gran galpón de madera y zinc, propiedad de la «Industria Paraguaya».

Casi a un extremo de la calle se levanta un enorme tacurú de tierra colorada de cuatro metros de alto, de forma cónica alargada sobre una base ancha.

Este es el que ha dado el nombre al lugar: *Tacurú pucú- Hormiguero largo* (391).

Este tiene una inclinación bastante pronunciada hacia un lado, de modo que parece una torre de Pisa en miniatura. Su peso debe ser de un par de toneladas o más.

Todos lo respetan y hacen bien, porque hasta ahora es el único monumento

que allí existe.

Teniendo en vista estas consideraciones de orden superior, me abstuve de una demolición cuyo proyecto germinaba silenciosamente en mi cerebro, a fin de ver si podía transportarlo con la menor rotura posible; y sólo me contenté con pedirle al Sr. Methfessel que lo reprodujera en acuarela, lo que hizo espléndidamente con su mano de artista.

Después de mucho andar, visitando a algunos amigos, volví a casa del Sr. Manuel Romero (hijo), donde me hospedaba, rendido del viaje que acababa de hacer y con muchos deseos de dormir.

Dormir es una dulce palabra necesitando de reposo, pero vuélvese un martirio atroz cuando una causa inesperada obliga a hacer lo contrario. Apagada la luz y bien arrellanado en mi cama, empezaron a cerrárseme los ojos con fruición. Lentamente, el bienestar me invadía y entraba en los dinteles de la mansión del bienhechor Morfeo, cuando de pronto sentí sobre mí algo que pasaba de un peso superior al de cualquier insecto.

Luego unos chillidos, después unos saltos y finalmente una batahola infernal. Haciendo un esfuerzo terrible sobre mí mismo me desperté, encendí un fósforo, y a su luz vi un regimiento de ratones bastante grandes, agrandados aún más por la penumbra, que corrían en todas direcciones, por el suelo, por las paredes, por el techo, sobre los muebles, etc.

Un asco invencible se apoderó de mí y no pude dormir más. Encendí otra vez la lámpara y no teniendo nada que hacer ya, me entretuve en contemplar sus correrías por el techo.

Se empieza a estudiar el lenguaje de los monos, de las gallinas y de otros animales, pero creo que uno de los más interesantes es el de los ratones.

Esa noche observé y pude distinguir más de diez sonidos distintos en los gritos de esos animales, pero no pude dar con el que significase «Déjenme en paz».

Felizmente, allá a las cansadas, un gato calavera se le antojo venir a arañar la puerta del cuarto. Inútil es decir que salté presuroso de la cama y recogí de mil amores a aquel *enfant prodige* de nuevo cuño, quien no tuvo inconveniente en acostarse sobre mi cama.

Así pude, más tranquilo, conciliar el sueño reparador que tanta falta me hacía, pero no conté con la huéspeda. Dormí, ¡pero de qué modo! Contagiado con el ronquido asmático del gato, durante el sueño me parecía asfixiarme: sufría de ahogos. Mi respiración se entrecortaba a cada momento y fui presa

de una espantosa pesadilla.

Cuando desperté temprano, me encontré que mi protegido, no encontrándose bien, había creído mejor acostarse al lado de mis espaldas, buscando calor, razón por la que oía y hasta sentía aquel ronquido infame.

Desde entonces me convencí de que aquello de un clavo saca a otro clavo, no es exacto, porque generalmente se quedan los dos.

Los ratones son una verdadera calamidad en Tacurú y en todo el Alto Paraná. Vienen del monte y anidan en las casas, destruyendo todo lo que pueden: huascas, ropas, alimentos, etc. (392).

Para conservar el maíz de sus devastaciones, se valen de un aparato especial que llaman mazhorca: plantan dos gruesos y altos horcones que sostienen una larga cumbrera a la que cuelgan dos aros de isipó fuertes y entre estos colocan las espigas atadas de a cuatro entre sí, con una parte de la chala. Como cuando se llenan estos aros no podrían resistir el gran peso, se hacen descansar sobre unos palos paralelos a la cumbrera.

Para que no suban los ratones, se forran o se les ponen unos embudos de lata a los dos horcones.

Sólo así se puede conservar el maíz; de lo contrario uno tiene que sembrar el doble, porque la mitad, por lo menos, es necesario dejarla comer a estos dañinos roedores.

Mis predicciones en cuanto a mejorar de comida tomaron formas reales. Mi compañero de viaje D. Eloy Rodríguez me invitó a cenar en compañía del Sr. Lechel. A los postres, después de ese opíparo banquete, me repitieron la historia de Tacurú Pucú. Antes del año 1870, como perteneciente a la República del Paraguay y sujeto a la vigilancia del Gobierno, Tacurú no era conocido ni aún por muchos paraguayos.

El Gobierno de Paraguay había abierto entonces una gran picada estratégica por el interior, la que se terminó a propósito hasta una legua de la costa, para transportar tropas en un momento dado, las que debían caer sobre la retaguardia del ejército aliado. Esta picada permanecía ignorada por todos, como que entraba en los planes de la guerra.

Concluida la guerra y habiendo cesado la activa vigilancia que los paraguayos tenían establecida en el Alto Paraná, por medio de ligeras canoas bien tripuladas y armadas, que lo recorrían incesantemente desde Tacurú Pucú hasta Villa Encarnación; algunos hombres enérgicos y emprendedores se aventuraron, desafiando las privaciones, los peligros y sobre todo el pánico

que inspiraban los feroces Tupís, y penetraron resueltamente por el gran río, en busca del precioso árbol de la yerba mate tan codiciado.

Misiones se conoce gracias a los yerbateros que a costa de grandes sacrificios han penetrado en la selva virgen, rasgando el denso velo de follaje con que la naturaleza ha envuelto, avara de tanta belleza, esa espléndida región.

Los nombres de Juan y Francisco Goycochea, Carlos Bossetti (393), Adán Luchessi, Pedro Paggi (394), Joaquín Aramburu y muchos otros, verdaderos héroes del yerbal, quedarán eternamente ligados a la historia del progreso de Misiones, al que sacrificaron sus intereses, porvenir y salud.

Don Francisco, o mejor Pancho Meabe, como dicen por allí, entró en el año 1871 con el vapor *Delia*, que después se fue a pique en el río Pilcomayo con el nombre de *Tacurú*, acompañado por 34 peones conduciendo 40 toros.

Hizo la picada hasta el campo de Tacurú y trabajó en los yerbales cercanos.

De estos 34 peones, aún quedan dos pobladores en el puerto antiguo de los jesuitas de Corpus.

A Meabe siguieron los intrépidos yerbateros de las altas Misiones: D. Juan Goycochea, D. Carlos Bossetti y Adán Luchessi (395).

Estos señores habían hecho traer a Posadas, por tierra, en carreta, una gran canoa excavada en un tronco de árbol colosal, que cargaba 500 arrobas, a la que pusieron una pequeña máquina de ruedas y titulaban pomposamente el «Vapor Mosquito». Simultáneamente empezaron varias personas a instalarse en los campos. Entre ellas, D. Manuel Francisco Pintos, que aún se halla allí poblando, vecino estimable, muy trabajador, a quien llaman cariñosamente el padre de Tacurú, y D. Nicolás Piris, que posee algunas plantaciones de caña de azúcar y un trapiche.

Más tarde siguieron poblando D. Jacinto Palacin, D. Federico Faleni, D. Joaquín Aramburu, etc., hasta que todos tuvieron que retirarse porque el Gobierno de Paraguay en tiempos del Presidente Barreiro entregó la explotación de los yerbales al general Escobar por la casa de D. Antonio Uribe y Cía., de Buenos Aires.

A los dos años retirose el Gral. Escobar y entró en las mismas condiciones el mayor D. Pacífico de Vargas que duró dos años mandando hacer entonces el magnífico galpón de madera y zinc sucediéndole el mayor Alfaro por otros dos años, en cuya administración se hizo el famoso aparato elevador que aún se conserva. Los señores Guimaraens y Nuñez quedaron aún un año hasta la

época del gobierno del General Caballero, quien dio arrendamiento libre por dos años hasta el decreto de la venta de yerbales y tierras públicas, pasando entonces por compra a ser propiedad de la Sociedad «La Industrial Paraguaya», quien ha arrendado su explotación, primero a los señores Ayala y de los Ríos, durante seis años, y ahora a los señores Barthe y Ayala.

Tal es la historia de Tacurú Pucú en pocas palabras, que con un poco de previsión por parte de los gobiernos, podría a la fecha, después de 22 años, ser un pueblo importante si se hubieran preocupado de reservarse algunos lotes de tierra para ser repartidos entre los pobladores, quienes hubieran podido formar hogar propio y plantaciones, sin peligro de que el día menos pensado se vieran obligados a salir del terreno ajeno.

Hasta ahora, Tacurú puede decirse que no tiene población fija, toda o casi toda es accidental, compuesta en su mayor parte de peones que en cualquier momento se van, porque allí no los puede hacer permanecer ningún atractivo ni aliciente.

La «Industria Paraguaya» no sólo por patriotismo, sino también por interés propio, debería dar a los pobladores actuales y a los que vengan después, algunos lotes de terrenos en propiedad para que pudieran hacer su casa y sus plantaciones en terreno propio y formasen familias como se debe, a fin de hacer adelantar aquello, no sólo porque le representarían después mucho mayor valor los terrenos, sino también porque además de tener siempre allí recursos de vida abundantes, plantaciones y cría de animales de toda especie, tendrían también a mano, una cierta cantidad de peones siempre prontos para el trabajo de los yerbales, sin necesidad de traerlos reclutados desde la Villa Encarnación, expuestos siempre a huirse, dejando el clavo de sus largas cuentas.

Pero para formar pueblo estable se necesitan además tres elementos: el médico, el maestro de escuela y el cura.

El primero es sumamente necesario porque en aquellas alturas esa pobre gente se halla desamparada y muchos mueren por falta de remedios y cuidados profesionales. En el capítulo anterior al describir la farmacopea y la medicina popular, que alguno habrá creído más bien para amenizar el libro, pueden verse las nociones erradas que tienen de las enfermedades y los males que les pueden sobrevenir por su ignorancia en estas cosas.

Durante mi estadía allí he presenciado escenas terribles y gracias al botiquín que llevaba y algunos remedios que se hallaban en la empresa, pude

hacer algo, en medio de las bendiciones de toda esa pobre gente que clama por un médico.

El maestro de escuela también es necesario, porque no sólo cultivará los cerebros de todas esas criaturas transformándolas en hombres útiles y futuros ciudadanos, sino que también propenderá en mucho al arraigo de la familia. Un hijo que va a la escuela y aprende a leer y garabatea en un papel o pizarra, es mucho más querido por sus padres, que cuidarán y se interesarán más por él, a medida que progrese.

Porque hay que hacer constar con disgusto la falta de cuidado que por allí tienen con las criaturas.

En cuanto al sacerdote es de suma necesidad, porque a esa gente es necesario arrancarle un cúmulo de supersticiones imbéciles y sólo con la religión se puede conseguir, porque extirpando aquellas, hay que sustituirlas con algo, y nada mejor que las creencias cristianas. Además un sacerdote virtuoso puede moralizar mucho las costumbres disipadas y dar un carácter solemne y sagrado a las uniones conyugales, casando a muchos para que puedan formar familia, porque francamente allí son raros los casados. La mayoría no lo son y sólo viven temporariamente con una mujer hasta que rompen los platos y *bon* o *malgré* (396), se separan para ir cada uno por su lado a buscar un nuevo compañero o compañera.

Esa completa falta de moral, esa facilidad de hacer y deshacer un enlace sin las fórmulas de la ley y las sagradas, hace que no haya estabilidad en la familia y por lo tanto hogar.

Las mujeres andan rodando de un lado a otro, cargadas de hijos que casi nunca tienen el mismo padre y así viven y mueren en la miseria más triste.

A los partidarios del amor libre pueden servirle estas observaciones, tomadas *in situ* y que explican junto con las otras, el por qué un punto importante, en 22 años, donde anualmente trabajan cientos de hombres y cuyo trabajo representa una respetable suma de dinero, no sea hoy sino una triste ranchería donde es difícil hallar una planta, un sembrado o un animal doméstico, pero muy fácil encontrar en todos los ranchos una damajuana de caña que venden de a copas a sus parroquianos, constituyendo casi puede decirse, su único recurso de vida.

Del producto de la venta de la caña, a 50 centavos la copa, la familia se alimenta, se viste y hasta sobran aún un par de pesos para que el marido vaya a jugarlos en cualquier parte.

Acompañado por el Sr. Juez de Paz, D. Félix Genes, a quien también fui recomendado, tuve ocasión de visitar y observar con todos sus detalles a ese curioso semi pueblo.

De noche, en un baile, al son de guitarras y acordeón y de cantos en guaraní y en un español detestable, bailaban grandes, chicos, jóvenes y viejas en una confusión admirable, con gran satisfacción de la dueña de casa que aprovechaba para vender sendas copas de caña a los bailarines, que al fin, suficientemente alcoholizados, eran conducidos por la policía a un rancho inmundo y asegurados de un pierna en un largo cepo de madera dura, que llaman *viracuá* y donde pasan la noche durmiendo la borrachera.

Felizmente el paraguayo no es de instinto sanguinario, así es que los hechos de sangre son raros. Tienen en medio de todos sus defectos la virtud de ser dóciles, hasta cuando están borrachos, dejándose conducir al *viracuá* sin protestar.

El *viracuá* es grande: caben trece personas con comodidad. Cada vez que hay bailes amanece lleno, y no hay que extrañar si entre los hombres se encuentra también alguna *ninfa* que ha merecido el nada envidiable honor de ir a parar allí.

Al lado del rancho del *viracuá* y frente a la calle, se halla una tumba interesante.

Un techo de paja sostenido por dos horcones, protege de la lluvia una gran cruz de madera negra, adornada con un trapo blanco, el todo resguardado por un cerco de palo a pique.

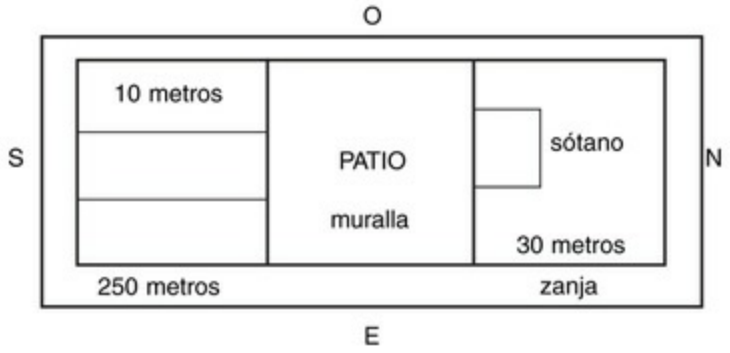
Allí un rayo mató al que duerme el sueño eterno bajo la cruz.

Los hombres, al pasar, no dejan de sacarse el sombrero, y más de uno reza alguna corta oración. Es una costumbre que se usa mucho entre ellos.

En otro rancho vive una vieja octogenaria, a quien llaman «la madre de Tacurú», la que se ocupa en dar la bendición. Hombres, mujeres y niños van a verla, se hincan ante ella, rezan un poco y le piden la bendición que ella les da, recibiendo en cambio algún donativo de los fieles que pretenden sea una santa.

Cerca de Tacurú, perdidas en el monte espeso, se hallan unas ruinas del tiempo de los jesuitas muy destruidas en su totalidad: parecen haber pertenecido a una capilla pequeña con colegio anexo.

El plano que pude levantar más o menos es el siguiente:



Como se ve, la muralla tendría unos 250 metros, más o menos, rodeada en su parte externa por una zanja.

Se pueden notar aún el gran patio central y la indicación de donde se encontraban los cuartos. En uno de ellos, situado en el extremo norte, se encuentra un sótano.

Por el suelo abundan las tejas fragmentadas de los techos, pero es tanta la maraña que ha invadido las ruinas, que se hace muy difícil y penosa su visita.

Los habitantes creen que allí existe una gran serpiente que cuida de los tesoros que los jesuitas dejaron enterrados, y hay muchos que por nada se animan a andar por las ruinas.

Cansados de nuestra excursión, nos aproximamos a un rancho, con la intención de tomar un mate, que nos aplacara la sed, ¡pero cuál sería mi sorpresa al saber que no tenían yerba!

Parece un contrasentido, habiendo árboles de yerba delante de la casa; pero en general son tan haraganes, que por no tomarse el trabajo de cortar unos gajos, overearla un poco y colocarla arriba del fogón para pisarla en el mortero después, prefieren comprarla.

A falta de mate, me ofrecieron un té de guabiromi que aún no había probado.

El guabiromi (397) es una planta que crece mucho en los campos de Tacurú y da una fruta muy apetecida. Cuando es la época, recogen también las cáscaras que hacen secar, ya sea para tomarlas en infusión como té, ya para ponerlas dentro de la caña, a la que comunican un exquisito sabor muy agradable. El té también es excelente.

Esa noche durante la cena, empecé a tomar datos sobre la extensión y

disposición de los grandes yerbales de Tacurú Pucú. Los que yo había recorrido eran una pequeña que se explotaban ese año, porque como es sabido, sólo se deben beneficiar cada tres años.

La jurisdicción de los yerbales de Tacurú comprende desde este punto hasta el arroyo Itaimbé-Guazú e Ywitorocay al Norte. En esta vasta zona se hallan los siguientes: Yerbal de Mbaracamuá, Apepú, Lobo Cuá, Cacique, Campo Limpio, Mbocayatí, Caremá Guazú, Caremamy, Curuzú, Ortiz, Formosa, San Vicente, Angelito, Palmira, Tercero, Bella Vista, Florido, Mbacaretá, Ywitorocay, que dan, explotados convenientemente, de 40 a 50 mil arrobas por año.

Capítulo IX
En Tacurú Pucú (continuación)

Excursión a la casa del Sr. Piris. – El carpintero criollo y su modo de trabajar. – El trapiche primitivo. – Indios chiripas. – Los guayaquís: leyendas sobre ellos. – Remedios caseros. – El mal de cadera. – Los indios guayanás. – Los cuervos. – Adiós a Tacurú Pucú.

No quería abandonar a Tacurú hasta que lo hubiera visto todo y que el Sr. Methfessel sacara una serie de croquis interesantes. Mientras tanto, resolví remitir a Posadas al pobre Ambrosio que había quedado bastante mal parado desde nuestra excursión a los yerbales. Los golpes, las patadas del burro, el dedo recalcado y el chucho, que empezaba a atacarlo, me obligaron a embarcarlo en una canoa que salía de Tacurú, encargándolo de llevar las colecciones etnográficas que había reunido, para seguir nuestro cometido con el menor estorbo posible.

En canoa, el viaje desde Tacurú a Posadas puede hacerse en dos días y medio y aún en menos, navegando de noche, sin peligros ni tropiezos, desde que se va aguas abajo por el medio del canal, cuya correntada fuerte ayuda mucho.

En pago de las atenciones de que fui objeto en el rancho de Lobo cuá por parte del Sr. Domingo Piris (hijo), me decidí, a pedido de él y para no desmentir mi fama de *Doctor,* a hacer una excursión hasta la casa de su señor padre situada a tres leguas para visitar un enfermo.

En dicha casa me encontré trabajando en un cañaveral, a tres indios tobas, cada uno con su mujer, de los que se habían sublevado en el establecimiento azucarero del General Rudecindo Roca en Santa Ana, y que habían llegado allí en busca de trabajo. Aproveché esta ocasión para sacar un pequeño vocabulario (398).

Estos indios se portaban bien y trabajaban bastante, vestían con el traje que generalmente usan los peones allí y sólo las mujeres con sus caras tatuadas densamente de azul, mostraban la huella indeleble de su pasada vida salvaje.

Indudablemente que nosotros, hay que decirlo con toda franqueza, no

hemos sabido aprovechar el elemento indio. Sin plan preconcebido de civilización no se ha hecho más que destruirlos bárbaramente, sin preocuparse por si podían servir un día o no.

Hoy ya estamos sintiendo las consecuencias. La agricultura con el vuelo extraordinario que ha tomado se resiente día a día de la falta de brazos. Clamamos por la inmigración de elementos de trabajo y mientras tanto, si hubiéramos sido menos inhumanos y más previsores, hoy podríamos contar con un gran número de brazos indios, brazos útiles y fuertes, aptos para climas en donde el europeo no se presta tan bien como ellos.

Las zafras de azúcar en Tucumán son una prueba irrefutable de si son o no útiles los indios.

Pero echemos un velo bien opaco sobre todas las iniquidades y carnicerías horribles que con ellos se han cometido y tratemos en delante de ser más humanos, más positivos, es decir, menos bárbaros.

En casa del señor Piris estaban fabricando un trapiche de lapacho. Un solo árbol había proporcionado toda la madera, y no dejaba de ser interesante observar la habilidad del maestro carpintero, un criollo que guardaba todo su arsenal de trabajo en un pequeño cajoncito.

Por medio de palos clavados y movido a brazos, había instalado un torno primitivo que hubiera horrorizado a cualquier industrial de taller, pero que prestaba sus buenos servicios para la confección de los tres cilindros destinados a exprimir la caña de azúcar.

El trapiche era para ser movido por bueyes, con los cilindros dispuestos verticalmente, y tan bien hecho, sin economía de madera, que podrá funcionar por muchísimos años sin peligro: total, una obra a la antigua, como muy pocas de las que se hacen hoy en día.

A la tarde, con el Sr. Domingo Piris (hijo), fuimos a visitar unos toldos de indios chiripás recién llegados y acampados a la orilla de un monte cercano. A primera vista parecían estar muy cerca, pero tuvimos que despuntar un extenso *úpajeré* o pantano, que nos hizo dar una gran vuelta.

Estos cainguás no tenían nada de extraordinario. Eran como los otros que había visto, pero pude cambiarles siempre algunos objetos que me faltaban en la colección, entre ellos, varias pipas, un poronguito para bailar y algunos adornos de plumas.

Estuvimos charlando un rato largo. Nos convidaron con cogollo de pindó y batatas asadas y a mi vez les di cigarros, despidiéndonos después con

apretones de manos, palmadas en la espalda y muchos: *Iponá ché amigo!* (Lindo mi amigo).

En el trabajo especial sobre los cainguás que ya tengo escrito podrán verse, una vez publicado, muchos datos sobre las costumbres, índole y modo de vivir de estos indios, sumamente interesantes bajo todo punto de vista y cuyo estudio detenido y ampliado, podrá arrojar mucha luz sobre tantas cuestiones de antropología y prehistoria americana, que se hallan o truncas o en tela de discusión.

Después de cenar se inició la conversación sobre los indios y naturalmente se habló de los famosos Guayaquís, tribu sumamente salvaje y de la que sólo se han visto algunos pocos ejemplares sueltos en los montes.

Es voz general que el indio guayaquí anda completamente desnudo, que usa flecha de madera y hacha de piedra.

De estas últimas, el Museo de la Plata posee una que me fue regalada por el Sr. D. Joaquín Aramburu de Posadas, y he visto otras, una en poder del Sr. D. Carlos Reverchon de Villa Encarnación y otra en casa de mi amigo el pintor argentino Don Augusto Ballerini. Ambas tienen cabo de madera; de estas hachas se sirven principalmente para extraer miel de los troncos de los árboles.

El Sr. Romero (hijo), me refirió a propósito de esto, que los guayaquís son tan brutos, que un día estando unos yerbateros en el monte, oyeron golpes sobre un palo y después de mucho buscar, encontraron a un indio de estos subido y metido el brazo dentro del agujero que había hecho para sacar miel. Rodearon el árbol y le gritaron. El indio sin más se dejó caer sin atinar a sacar el brazo, tronchándoselo. Un momento después había muerto.

Dicen también que si se enlaza a un guayaquí, no atina a sacarse el lazo de encima, y si se le encierra en un corral, tampoco trata de escaparse; lo mismo si se le llega a tomar la mujer y el hijo. Gritando estos, el guayaquí se deja tomar sin disparar; pero todo esto me parece un poco inverosímil. Lo primero porque el instinto mismo actuaría para sacarse el lazo, y lo segundo no se confirma, porque se han dado varios casos en que los guayaquís han disparado, abandonando las criaturas.

Según lo que he oído, usan también macana, y contestan invariablemente las mismas palabras que se les pregunta.

Esto no es extraño; yo he visto a varios cainguás que han hecho lo mismo.

No persiguen al animal vacuno, pero en cambio gustan mucho del caballar

y mular. Para carnearlos, emplean cuchillos hechos de caña de tacuarembó.

Según los yerbateros, son muy dañinos y destruyen los percheles de yerba, que desparraman para sacar la arpillera que se coloca debajo. Esto ha dado lugar a que unos les hayan puesto unos pedazos de charqui con estricnina, que les hizo pagar muy cara su obra inconsciente de destrucción. Acostumbran también robar en los rozados.

El Sr. D. Juan Goycochea, cuando trabajaba en el Monday, consiguió un pequeño guayaquí que crió hasta hace poco. Este indio se hallaba en Posadas, pero desgraciadamente en el poco tiempo que estuve allí no lo pude ver.

Como quiera que sea, los guayaquís son también dignos de estudio.

Hasta ahora no se sabe nada, a punto fijo, sobre su método de vida, y hasta sobre la raza a que pertenecen reina el misterio y la fábula.

Según unos son bajos, según otros son altos; y total nadie se ha preocupado de ellos. Lo único que he podido averiguar es esto que escribo, lo que en su mayor parte pongo en duda, porque no dejan de ser cuentos aumentados y corregidos de tanto andar rodando entre mate y mate de fogón en fogón.

Lo que es una calamidad en los campos de Tacurú Pucú es el *mal de cadera* que ataca a los caballos. Se han ingeniado muchos remedios que no han dado aún resultados satisfactorios. Es lástima, porque la tal peste cuesta anualmente, no sólo allí sino también en el Chaco y en Mattogrosso (399), muchos miles de pesos que se pierden de un momento para otro.

El Dr. Holmberg durante su viaje al Chaco estudió la causa del mal, pero después de él nadie volvió a ocuparse de ello y hasta creo que las preparaciones que entonces se remitieron, concluyeron por archivarse en algún carro municipal.

Por allí dicen que el árbol del incienso o Cabriuva (400) es un remedio para estas pestes y se apoyan en esta creencia, diciendo que los animales, principalmente en la luna nueva, saben refregarse en él; pero está todo por verse.

A propósito de árboles, hay varios que emplean con más o menos resultados para ciertas dolencias. Apunto el hecho porque puede ser que alguno haga más adelante experiencias. Los pocos que he podido registrar son:

El *Tatané* (401), empleado para el chucho; las hojas se hierven o se toma mate con ellas.

El *Tembetarí* (402): se mascan las hojas y se colocan sobre las mordeduras

de víboras.

El *Ambay* o *Mamon* (403): se calientan las hojas y se aplican sobre los bubones, etc.

La *Yerba Cancorosa* (404): se hacen cocimientos con las hojas para lavar heridas y luego se les aplica el polvo de ellas.

Al día siguiente regresé a Tacurú Pucú. Al llegar al pueblo me entretuve en visitar unos ranchos de indios guayanás.

Estos puede decirse que ya no tienen de indio más que la flecha; por lo demás, están completamente incorporados a la civilización paraguaya. Tienen los mismos hábitos y modo de ser, con la diferencia que son un poco más sobrios que ellos.

Según parece, estos guayanás son los restos de las antiguas reducciones jesuíticas, de los que una gran parte se hallan en Villa Azara, donde se suponen que se refugiaron en tiempo de las guerras de las Misiones.

El guayaná vive en ranchos bien construidos, amplios y ventilados. Son agricultores: siembran no sólo maíz, batata y mandioca sino también porotos, tabaco y caña de azúcar.

Todos visten a la europea y las mujeres, a pesar de ser trigueñas, son bastante agradables, tipos simpáticos en su mayor parte.

Son cristianos, bautizan a sus hijos y se casan religiosamente cuando pueden.

En el Alto Paraná hay muchos matrimonios delante y detrás de la iglesia, de blancos con mujeres guayanás, a muchas de las cuales no hubiera conocido por tales, si no me lo hubiesen hecho notar, y así mismo quedé sorprendido de su modo de vivir, con las casas en orden y una extremada limpieza y aseo en todo.

Puede decirse que los guayanás están íntimamente ligados a los paraguayos y poco a poco se fusionan cada vez más.

Con el Sr. Methfessel estuvimos entretenidos durante más de dos días con un indio cainguá que le sirvió de modelo para tomar diversas posiciones típicas de bailes, tiro de flecha, etc., necesarias para la exactitud de las escenas indias que ilustran el trabajo sobre los indios cainguás que publicaré oportunamente.

En los intermedios, yo a mi vez hacía dibujar al indio en mi libreta los dibujos que también se publicarán en el mismo trabajo; mientras el Sr. Methfessel tuvo la feliz idea de retratarlo dibujando.

Este indio como todos, tenía un carácter suave y se prestaba de muy buena gana a todo, porque al mismo tiempo no cesaba de darle de comer o de fumar.

Methfessel también me acompañó después a visitar a los guayanás, a quienes retrató junto con una familia de indios chiripás, que transitoriamente allí se hallaban trabajando.

Una vez listos, resolvimos dejar a Tacurú y pasar a casa de los Sres. Blosset sobre la costa brasilera, para emprender nuestra marcha al Iguazú.

Antes de irnos, recibí de regalo de parte del Sr. D. José González una preciosa hacha de piedra encontrada junto con unas tinajas que mis compañeros extrajeron durante mi ausencia.

Capítulo X
Al Iguazú

La bajada de la barranca. – Cruzamos el Paraná. – El río crece. – Puerto Francés. – Los señores Blosset y Luz. – Un rincón civilizado. – Establecimiento de dichos señores. – Restos arqueológicos. – El ingenio y aserradero hidráulico. – Fábrica de fariña de mandioca. – El café de Misiones. – La viruela y sus víctimas. – Las grandes crecientes del Alto Paraná. – El casi naufragio del Dart. – El Sr. Isidro Dioberti. – Restos de un desastre. – El puerto de embalse de maderas. – Explotación del cedro. – La isla de Acaray. – Llegada a la Colonia Militar brasilera del Iguazú. – Sinonimia del tatú de rabo molle.

Si difícil había sido la subida, difícil fue también la bajada de la alta barranca de Tacurú. No descendíamos sino que resbalábamos obligados a correr, aun contra toda nuestra voluntad, impidiendo la rápida pendiente andar despacio; y en aquella carrera semivertiginosa hacia abajo, en medio de una lluvia de piedras de todo calibre, que se desmoronaban al pisarlas, había que hacer maravillas de equilibrio para no darnos un porrazo.

En un abrir y cerrar de ojos estuvimos sobre un pequeño arenal que el agua había formado. Dentro de la canoa nos instalamos y seguimos por la costa a botador aguas arriba para llegar a cierto punto del que pudiéramos largarnos, a fin de llegar exactamente ayudados por la corriente, hasta el Puerto Francés, describiendo una perfecta diagonal.

El río Paraná crecía rápidamente. En el canal lo atestiguaban las aguas sucias con espumas densas blanco amarillentas que acompañaban a troncos y ramas arrastrados a camalote aguas abajo, para pararse, dando vueltas sin fin más adelante en cualquier remanso o remolino.

En un mes, el Paraná había crecido quince metros. La formación curiosa del pie de las barrancas de Tacurú con las bombas incrustadas en la toba volcánica había ya desaparecido, y muchas rocas interesantes también.

La cruzada del río duró poco; rápidamente llegamos al pie del ascensor de los señores Blosset, quienes parados sobre la plataforma superior nos

esperaban junto con el señor Beaufils.

El aparato ascensor lo he descrito en uno de los capítulos anteriores y no tengo nada que agregar.

Trepamos la barranca y poco después nos estrechábamos efusivamente las manos.

Los dos hermanos José y Roberto Blosset y su primo Pablo Luz son unos perfectos caballeros en la amplia extensión de la palabra. De nacionalidad francesa, hace pocos años que se habían establecido en el Alto Paraná, sobre el territorio brasilero perteneciente a la jurisdicción de la Colonia Militar del Iguazú.

Ahora son propietarios de una zona de tierra y se dedican a explotar convenientemente sus posesiones.

Dotados de un genio emprendedor y progresista, uno de ellos, D. José, ingeniero de minas, ha puesto en contribución su capital e inteligencia en pro de la civilización del Alto Paraná.

Desde que se desciende en el puerto y se ofrecen a la vista al ascensor, el espléndido chalet que se levanta sobre la barranca y tendidos los rieles de un ferrocarril. Decauville que se pierde entre los desmontes, sombreado por un precioso bananal, el sabor de la tierra desaparece y se torna a la vida civilizada. Y luego el trato correcto, el delicioso hablar francés, el bitter ofrecido antes de almorzar, la mesa bien puesta y servida con *chic*, en una palabra, la vieja y proverbial galantería de la simpática Francia transportada e implantada en medio de la selva virgen, llena de satisfacción y bienestar al viajero que da una reparadora y necesaria tregua a la vida casi salvaje, que se ha llevado durante un mes.

Los señores Blosset y Luz no son simples explotadores de productos naturales, sino que además son agricultores e industriales.

Siguiendo la tortuosa vía del Decauville, siempre entre bananas, abandonamos el galpón del ascensor, que es también depósito de cargas, y llegamos sin gran trabajo a la casa-habitación.

Desde arriba se domina un magnífico panorama: del otro lado del río, el puerto de Tacurú con algunas pocas casas y pequeñas plantaciones, entre la masa verde de vegetación de la barranca, que muestra las dos listas blancas casi verticales de su famoso ascensor.

Detrás de la casa, extensos rosados plantados y limpios de troncos en su mayor parte, que se divisan totalmente gracias a la inclinación que presenta el

terreno y detrás de ellos, como un inmenso marco, el monte magnífico, soberbio e impenetrable.

Hacia un lado, en un gran corral de palo a pique, también inclinado, hormigueaban negros y blancos, una gran cantidad de chanchos tomando el sol.

En otro, una tropa de mulas rodeando la madrina, que hacía sonar el cencerro al espantarse los jejenes, esperaba ser cargada para marchar al interior.

El balido de los terneros llamando las lecheras, el cencerro de la madrina, el gruñido de los chanchos y el chirrido de las carretas que descendían cargadas de leña en medio de aquel verdor y de aquel magnífico sol que teñía de colores gloriosos ese cuadro espléndido, producían una impresión extraña.

Ese cúmulo de sonidos reemplazando los aullidos de las fieras que no mucho antes fueron absolutos dueños de aquello, esos ruidos palmo a palmo por la inteligencia y voluntad de los hombres llena de satisfacción a todo amante del trabajo y del progreso en cualquier nación que sea.

Allí encontré a mi compañero el Sr. Beaufils quien durante nuestra ausencia no había dejado de coleccionar y preparar pájaros, insectos, plantas y rocas, no desmintiendo su proverbial actividad.

Beaufils había instalado su laboratorio en el galpón del ascensor donde se habían depositado también nuestros útiles, provisiones y algunos objetos de alfarería extraídos de Tacurú Pucú, cuya descripción daré en un trabajo especial sobre los *Cementerios prehistóricos del Alto Paraná*. A estos objetos agregué dos piezas más y un hacha de piedra que me fueron cedidas para el Museo por los señores José Blosset y Pablo Luz.

Esa tarde después de haber almorzado opíparamente, lo que me hacía mucha falta, y mientras que los señores Beaufils y Methfessel se ocupaban en sus trabajos respectivos, busqué en la siesta el descanso que necesitaba desde hacía algún tiempo, con tan buen resultado que recién vine a despertarme a las seis de la tarde para cenar.

En casa de los Sres. Blosset tuve ocasión también de tratar a un joven belga, el Sr. Julián Bosch, a quien ya conocía de Tacurú Pucú. Este joven sumamente simpático y educado tenía una facilidad especial para los idiomas. Conocía a la perfección el inglés, francés, alemán, italiano, flamenco, español, portugués y guaraní, y se entretenía en sus ratos perdidos en estudiar el ruso.

Al día siguiente, a invitación del señor José Blosset, montamos a caballo y fuimos a visitar el ingenio de su propiedad, situado a dos kilómetros de la casa-habitación.

El camino que conduce a él es una ancha picada carretera bien limpia de troncos, que utilizan cortándolos en rajas y transportándolos al puerto para abastecer a los vapores, los que, gracias a estos señores, en esas alturas siempre encuentran leña disponible.

Siendo ancha la picada, se conserva bien porque el sol puede secar mejor la tierra y no deja que se forme mucho barro.

A ambos lados de la picada ya había y se hacían varios rosados para plantaciones.

Pronto llegamos al ingenio que se encuentra del otro lado de un arroyo pequeño, que se atraviesa por un sólido y elegante puente de madera.

El ingenio, movido por una gran rueda hidráulica, tiene un aserradero bien montado, una fábrica de fariña de mandioca y una máquina de moler yerba.

Para funcionar no necesita toda el agua del arroyo sino una pequeña parte, la que es conducida por un sólido tajamar que hace levantar su nivel, y desvíos especiales.

El ingenio es de dos pisos, que se han formado aprovechando el desnivel del suelo. En el superior se hallan instalados el aserradero, provisto de todos los útiles necesarios, sierras circulares y verticales además de otros aparatos como ser tornos, etc., y la máquina de moler yerba, de fundición, fabricada en Buenos Aires.

El piso bajo lo ocupa la fábrica de fariña de mandioca. Las diversas máquinas, menos las prensas, han sido fabricadas allí mismo en la herrería contigua y sus modelos inventados la mayor parte por D. José Blosset.

La fabricación a máquina de la fariña en el ingenio merece describirse.

La mandioca tal cual se arranca de la tierra y cortada en pedazos, se introduce desde el piso alto por una escotilla a unos tambores provistos de una espiral giratoria de paletas en su interior. Dentro de estos cilindros, corre continuamente agua limpia que lava las mandiocas, las que al golpearse en la espiral se descascaran, quedando peladas y limpias sin el menor trabajo.

A voluntad se hacen pasar al rayador, que es un cilindro provisto de pequeños dientes de sierra y que gira con mucha velocidad dentro de una caja especial que tiene dos aberturas: una para recibir la mandioca entera y la otra para expeler la rayada.

El rayador, lo mismo que todas las máquinas, se pueden hacer trabajar a voluntad.

La mandioca rayada se recoge en bateas cuadradas de madera, para ser transportada a las prensas que le extraen el agua y gran parte del almidón. Una vez bien aprensada, pasa a un horno especial que la tuesta, moviéndose la fariña por medio de un aparato giratorio también de paletas.

En el aserradero construyeron en poco tiempo el chalet que les sirve de habitación y que he visto levantar en dos días y medio, tan bien hecho y tan exacto que no hubo que serruchar ni una pieza.

Detrás del ingenio siguen grandes plantaciones de mandioca, maíz, porotos, etc., y café. Este último hace poco que se ha plantado, pero por el estado en que se encuentra, promete dar brillantes resultados.

Es un hecho que el café en Misiones tiene que prosperar.

Ya hablé de ello en mi viaje anterior por el Alto Uruguay, donde gusté el excelente café cosechado en la Colonia Militar brasilera y vi las plantas, que me admiraron no sólo por su belleza y lozanía, sino también por la cantidad de frutos que cargaban.

Las márgenes de ambos ríos, Alto Paraná y Uruguay, son aptas y se prestan admirablemente para este cultivo desde el momento que en ellos nunca hiela, impidiéndoselo las constantes neblinas que se levantan diariamente, que duran hasta 7, 8 y a veces hasta las 10 de la mañana (405).

Este cultivo es sumamente recomendable para todos los que se establezcan en Misiones, para que lo vayan haciendo despacio mientras se ocupan de otra cosa, de modo que a los pocos años puedan encontrarse con una importante fuente de renta.

Regresé muy satisfecho de nuestra visita. Muy cerca de la casa hay una tumba rodeada de un pequeño cerco, adornada con flores y plantas de las que se destaca una cruz negra y sencilla.

Debajo de ella descansa un joven francés que en vida se llamó Eugenio Bonival Mongeron, compañero de los Sres. Blosset y Luz en su obra civilizadora. Era un inteligente y entusiasta coleccionista, dotado de gran corazón que le ha valido el cariñoso recuerdo de todos los que le conocieron.

Este desgraciado joven sucumbió mártir de su abnegación en una terrible epidemia de viruela negra que asoló al Alto Paraná.

Sus restos reposan en tierra extraña, pero cerca de sus compañeros que lo recuerdan con cariño y dolor.

La viruela, este azote de la humanidad que atraviesa ríos, bosques y montañas, es una amenaza constante para todas las poblaciones embrionarias que hasta ahora, ya sea por descuido o por incuria, no pueden gozar de los beneficios de la moderna ciencia médica.

En todos los territorios nacionales el Gobierno tiene este deber sagrado de cumplir y yo, haciéndome intérprete de muchos miles de habitantes pido, en nombre de la humanidad, que se manden médicos bien provistos de vacuna, para que procedan a una vacunación general, único medio de disminuir y salvar tantos infelices que una vez atacados por la viruela y de recursos de toda clase, mueren miserablemente.

Los pobres indios son los más atacados y raro es el que se salva porque al sentirse con la fiebre, ignorantes de todo sistema de curación, se echan al agua, para calmar según ellos, el fuego horrible que los devora.

Sobre el galpón del ascensor se halla una tablilla sobre una asta con la siguiente inscripción: *23 Junio 1891*, y sobre un alto árbol a la misma altura otra igual.

Esta fecha es un recuerdo de la gran creciente del Paraná. Hasta allí subió el agua y ambas tablillas fueron colocadas por los señores Blosset al ser visitados por el Sr. Coffin que con su vaporcito *Dart* hacía una expedición por allí.

La altura esa desde el nivel más bajo del río la han calculado en cerca de 40 metros. En esa época, debió ser magnífico e imponente el Alto Paraná.

Aprovechando la creciente excesiva, Mr. Coffin quiso, acompañado de los Sres. Blosset, llegar si no hasta el Guayra por lo menos cerca, y poniendo la proa al Norte siguieron aguas arriba. La navegación al principio fue muy fácil, pero a medida que adelantaban, el río siempre más estrecho, encajonado el agua entre sus enhiestos paredones lisos, corría espantosamente, formando remolinos que impedían todo gobierno.

En uno de esos, el timón del *Dart* se rompió y el vaporcito empezó a embarcar agua. Felizmente dando vuelta corrió aguas abajo salvándose milagrosamente de ser estrellado contra los paredones de la costa; los señores Blosset no se olvidan del mal rato que pasaron entonces, que hubiera podido haberles hecho pagar cara su temeridad.

De tarde estuve con mi amigo D. Sandalio Rodríguez, joven canario que trabaja acopiando yerbas. Aprovechando su buena voluntad y ofrecimiento resolví que mis compañeros Methfessel y Beaufils se embarcaran con todos

nuestros equipajes en su chalana y mientras yo arreglaba algunos asuntos allí, se instalaran esperándome en la Colonia Militar brasilera del Iguazú para cuyo director el alférez Edmundo Barros tenía cartas de recomendación, además de haber ya trabado estrecha amistad con el Sr. Dr. Benjamín Fernández Fonseca.

Después de haber encajonado las colecciones, al otro día temprano mis compañeros se embarcaron con D. Sandalio y partieron aguas abajo.

Yo me quedaba por varias razones: tenía que contratar personal de peones prácticos para ir al Iguazú, cosa que hice satisfactoriamente, gracias a las indicaciones de los señores Blosset; tenía que esperar a mi amigo D. Isidro Dioberti, porque debía regalarme una urna funeraria y sobre todo no podía abandonar un peón de los señores Blosset, enfermo de pulmonía a quien estaba asistiendo con los pocos conocimientos que debe tener todo viajero.

Este enfermo me interesaba mucho; felizmente tenía entre mis remedios algunos cáusticos que fueron los que lo salvaron.

Mi amigo Dioberti es argentino y se halla poblando un poco más debajo de los señores Blosset. A él debo un gran servicio que sólo inspirado por sentimientos de amistad y de entusiasmo por el adelanto de la ciencia puede hacerse.

Durante tres meses consecutivos tuve a mi disposición una magnífica canoa de su propiedad para ir al Iguazú y para varias excursiones pequeñas, sin que quisiera aceptar ninguna remuneración.

Hago constar este hecho profundamente agradecido.

El señor Dioberti estaba en Tacurú Pucú y me mandó decir que no pudiendo venir, había dado orden de que entregasen a mis compañeros, a la pasada, la urna que me había prometido.

Santos Escobar (baqueano) y el peón Juan Aquino llegaron, y estando mi enfermo muy mejorado, me embarqué en la canoa, después de despedirme efusivamente de los señores Blosset, Luz y Bosch a quienes debía tantas finezas y atenciones. Tomamos el medio del río y seguimos por la canal aguas abajo.

El Paraná seguía creciendo. Pronto pasamos por el puerto de D. Augusto (costa brasilera), francés, que tiene un alambique donde fabrica caña, y desde el río nos saludaba con su grito desafinado.

Más abajo en un remanso giraban un montón de troncos y palos con su orla de espesa espuma blanca, entre ellos, vimos una canoa de tronco hecha

pedazos.

Ese despojo trajo a mi mente ideas lúgubres; para haberse quebrado así, debió haber chocado con fuerza en algunas rocas y quién sabe si no cayó del Salto Guairá.

¿Vacía?

¿Con gente?

¡En esas alturas es tan difícil saberlo! Mis acompañantes no la pudieron reconocer, de ninguno de los pobladores del Alto Paraná era, porque por allí todas las canoas se conocen; de indios tampoco, se conservaba aún la argolla en la proa. Quizás hubiera sido arrebatada por la creciente de algún puerto.

¿De dónde vendría? ¡Cuántas cosas si pudiera, podría contar de su larga peregrinación!

¿A dónde irá cuando siga su marcha descendente? ¿Encallará en algún banco que la sepulte entre sus arenas movedizas; irá a esconderse entre el limo inmundo de alguna isla, quedará suspendida sobre algunos árboles cuando crezca más el río, se encajará aprisionada entre algunas piedras o llegará al inmenso océano para que los corales y las ostras la cubran con su calcáreo manto o la deshagan sus terribles olas?

Nos alejábamos rápido mientras no dejaba de mirar el remanso que confundiendo los troncos y la canoa hacíalos girar en la gran espiral de sus aguas.

Sobre la costa paraguaya, se destacaba la mancha roja del puerto de embalse de maderas. Vista de abajo parecía que hubiesen afeitado la barranca.

Estaban embalsando, desde arriba, sobre aquel plano inclinado, bajaban dando vueltas con rapidez, las grandes vigas de cedro para precipitarse en el agua, que levantaban violentamente con su choque, flotando después en medio de grandes círculos concéntricos que se agrandaban cada vez más hasta perderse.

Allí, en el agua, los balseros las tomaban y las conducían hacia un lado para unirlas a las demás por medio de alambre o isipó.

La explotación del cedro puede decirse que constituye por sí sola una devastación imprevisora de los bosques de Misiones. Como es una madera fácil de transportar por su poca densidad, sólo se dedican a ella, de modo que dentro de pocos años la habrán agotado en las cercanías de la costa (406).

Más adelante cuando se exporten las espléndidas maderas duras y de

mayor densidad, los obrajeros tendrán que recurrir a las tacuaras y leñas inservibles para que les sirvan de boyasón, inútil y de casi ningún valor, mientras que explotando desde ya convenientemente los bosques, podrán como se hace en el río Uruguay, formar catres de madera dura, mezclada con cedro, de modo que todo pueda aprovecharse haciéndose el transporte más fácilmente.

Los mismos propietarios que arriendan sus bosques para el corte del cedro deben tomar en cuenta esta observación, pues no es difícil que una vez agotado cerca de la costa pierdan los elementos para la explotación ulterior de sus maderas de ley.

Pasamos la boca del arroyo Acaray (c. parag.) y llegamos a Puerto Bello (c. bras.) donde tiene su residencia el Sr. Dioberti. Puerto Bello es una magnífica posición: sobre un cerro de setenta metros más o menos que ha sido todo desmontado y plantado de maíz y tabaco. Se elevan entre un precioso bananal las casas y galpones del Sr. Dioberti. La subida es sumamente fatigosa por la poca inclinación que tiene, así es que decidí seguir viaje después que regresó el peón que mandé con la noticia de que habían ya entregado la urna a mis compañeros.

Durante un buen rato desfilamos frente a la magnífica isla de Acaray que creo haya sido en otro tiempo uno de los focos de erupción, que derramaron sus productos volcánicos sobre esa región.

Hacia el lado brasilero, cuando el río está bajo, se notan grandes rocas colocadas en forma de cráter, que después desaparecen debajo del agua en tiempo de creciente.

A poco andar, dejamos la isla de Acaray y empezamos a divisar las graciosas palmeras de la Colonia Militar brasilera del Iguazú a la que llegamos, no sin antes haber contemplado los rozados y plantaciones de la costa salpicados de sencillos ranchos (407).

Después de atracar, subimos la pesada cuesta arenosa que conduce de la barranca donde me esperaban mis compañeros y los Sres. Edmundo Barros y Benjamín Fernández Fonseca.

Espléndidamente recibido por estos dos caballeros nos dirigimos a la Directoría, donde me presentaron un lauto almuerzo al que hice todos los honores debidos.

Ese y el siguiente día nos preparamos para seguir inmediatamente la excursión al Salto del Iguazú uno de los puntos principales de nuestro

programa.

Esa noche revisando libros hallé uno bastante interesante: *Climats, Geologie, Faune et Geographie Botanique du Bresil* por Emanuel Liais, publicado en 1872, en el cual encontré resuelta una duda sobre la determinación del tatú de rabo molle, tan famoso en el Brasil y que en el viaje anterior había cazado, pero también engullido sin clasificar por habérsenos concluido las provisiones.

Tatú de rabo molle vulg. – Tatú Ay Azara –*Dasypus unicintus L. Dasypus duodecimcintus L. – Dasypus Gymnurus Illiger – Xenurus nudicaudatus Lund.* (408).

En el mismo libro, abundando en razones, el señor Liais ha descrip-to nuevas especies de antas, tigres, chancho jabalí y también el tigre negro al que ha dado el nombre de *Felis Yaguatirica*. Estas determinaciones merecen comprobarse seriamente (409).

Al día siguiente, saldríamos para el Salto del Iguazú.

Capítulo XI
Al Salto del Iguazú: en canoa

La barra del Iguazú. – Los tres territorios. – Reflexiones patrióticas. – Lo que debe hacer el Gobierno. – El deber de los viajeros. – Entramos en el Iguazú. – Marcha a remo y botador. – Las costas del Iguazú. – Paredones de piedra. – Correderas. – Pesca original. – Lluvia. – Seguimos viaje. – El saltito doble. – Restos de cerámica. – Marcha a Silga. – Las maravillas de la caña. – Cruzamos el Iguazú. – Campamento sobre las piedras. – La pesca del dorado.

En la colonia contraté un peón más, Joaquín Gonzalvez, brasilero, hombre trabajador, que me fue muy útil.

Embarcamos la carpa, provisiones para ocho días y nuestros ponchos, todo lo más indispensable para no tener dificultades por causa del exceso de equipaje, y cada cual con sus armas seguimos aguas abajo en dirección al Iguazú que debíamos remontar hasta donde pudiésemos, tan cerca del Salto como fuera posible.

El trayecto de la Colonia Militar a la barra del Iguazú es de unos seis kilómetros, más o menos. Se pasa únicamente por la boca del arroyo Mboichí (410) y la corredera del mismo nombre; la costa paraguaya sigue salvaje, impenetrable, mientras que en la brasilera se notan rozados, plantaciones y ranchos.

Poco tiempo empleamos en llegar a la barra, amplia, con sus costas cubiertas de vegetación. Después de dos meses, volvía a ver tierra argentina, en la margen izquierda de ese río curioso, que nos sirve de límite con el Brasil.

La barra del Iguazú con el Alto Paraná es un punto magnífico y por un capricho de la naturaleza se encuentran perfectamente deslindadas las tres Repúblicas, Argentina, Brasilera y Paraguaya (411).

Nuestro Gobierno por mil razones debiera establecer allí mismo, una colonia militar, que un día llegaría a ser un núcleo importante de población (412).

Nosotros sabemos dónde empieza nuestro territorio por la geografía, pero los brasileros más prácticos en estas cosas, no dejan de establecer colonias y puestos militares en todas sus fronteras, en donde constantemente ondea su bandera siempre bien grande, para que se vea desde lejos y recuerde a propios y extraños que desde allí empieza su patria encarnada en el pabellón auri verde, a cuyo pie se forman centros de población por todos sus hijos, que desparramados en tierra extranjera la abandonan para ir a buscar a su sombra garantías y protección.

En cambio, nosotros nada tenemos que nos indique la patria en la frontera ni siquiera un pobre pedazo de lienzo con los colores nacionales y nuestros hermanos, emigrados por muchas causas, que no son del caso, pudiendo vivir tranquilos en ella haciéndola progresar, la olvidan poco a poco, yendo a prestar su contingente moral y material a otra nación.

No nos durmamos. Urge que el Gobierno mande fuerzas a las Misiones sobre los dos grandes ríos, Paraná y Uruguay, pero no que vayan a estacionarse a Posadas o Santo Tomé donde no harán nada de provechoso, sino ayudar un poco más al comercio, que no tiene tal necesidad de esta ayuda, sino allá lejos a 90 o más leguas de los centros poblados sobre la misma frontera, en la barra del Iguazú o del Pepirí en donde el estacionamiento de esas tropas será provechoso, porque alrededor de ellas se formarán pueblos como ha sucedido en nuestra frontera del Sud.

Allí están el Azul, Trenque Lauquen, Carhué, Guaminí, Patagones y muchos otros puntos que no fueron en su origen sino puestos militares.

Anexos a las tropas, deben ir sus correspondientes destacamentos del cuerpo de ingenieros como tienen nuestros vecinos, porque allí está su verdadero puesto, lo mismo que el de las tropas, quienes no tienen ninguna razón de permanecer en las ciudades tan aptas para quebrantar el hábito de la disciplina cundiendo en sus filas la consiguiente desmoralización.

No ha de faltar quien oponga mil objeciones a estas ideas que apunto.

Pero a todas ellas contestaré con esta razón que creo más que convincente. Si mañana o pasado, cosa que no debemos desear, la fatalidad nos impele a una guerra internacional con nuestros vecinos, ¿para qué nos servirán nuestros soldados cuando tengan que batirse en terrenos que no conozcan?

¿Es posible que el que nunca haya permanecido en las montañas, pueda luego operar con éxito en los Andes?

¿Cómo podrían desenvolverse en un terreno tan distinto al de nuestras

llanuras y sacar todo el partido posible de él?

Lo mismo sucede con Misiones, allí no es necesario ser alpinista, pero en cambio se necesita ser muy montaraz y los montaraces, lo mismo que los alpinistas, no se improvisan en 24 horas.

Leyendo esto, alguno recordará, como argumento en contrario el Chaco y los veteranos que han hecho sus campañas; pero los que así piensan no conocen seguramente a Misiones. Entre estas y el Chaco hay mucha diferencia y el método de vida y los recursos que presenta, son bien distintos.

Por otra parte, la repoblación de Misiones se puede operar con mucha rapidez relativa y con nuestros mismos elementos nacionales, que, como ya lo he dicho, andan dispersos en los países vecinos, y que volverían a cobijarse bajo la bandera federal, la única que puede darles garantías desde el momento en que allí no habría por qué hacer política.

Además muchos oriundos de los países vecinos vendrían a establecerse ya como agricultores, industriales o comerciantes, atraídos por la fácil salida que tendrían sus artículos que hoy, cosechados o elaborados unas cuantas leguas más arriba, tienen que pagar altos derechos que son ruinosos para ellos; mientras que hallándose en tierra argentina, no soportarían tales cargas.

En ambos ríos, una colonia militar dotada de amplias franquicias al principio, absorbería las poblaciones cercanas de los otros países, porque no hay que olvidar que el único mercado consumidor que tienen todas ellas es la República Argentina, que ahora está fomentando el contrabando y sosteniéndolo con grave perjuicio de ella misma, mientras que una vez instaladas estas dos colonias, Misiones sería uno de nuestros proveedores de yerba, tabaco, madera, azúcar y demás productos agrícolas correspondientes a su clima, al mismo tiempo que se entregaría a la civilización esa gran zona hoy inculta y salvaje, con poco sacrificio y con gran provecho para todo el país.

Con poco trabajo y empleando los soldados como hacen los brasileros, se mantendrían limpias las picadas y se abrirían otras nuevas, más racionales, buscando desvíos y evitando los altos cerros, para transformarlas en carreteras, cosa que creo posible. Allí el cuerpo de ingenieros tendría no sólo abundante material, sino también mil oportunidades para aprender y ejercitarse en los trabajos inherentes a su índole.

Me consideraría feliz si estas indicaciones prácticas y sugeridas nada más que por el simple deseo de servir a la patria, fuesen leídas y tomadas en

consideración. Entonces, el Museo de La Plata habría obtenido algún resultado práctico de su expedición Nord Este 1.

Porque creo que ya ha terminado la época de las expediciones que sólo se concretaban a recoger piedras, huesos o bichos. Hoy se necesita que el expedicionario vaya con cierta dosis de patriotismo, se fije, busque e indague, y mientras desentierra un cráneo o una urna funeraria, o aprisiona entre las mallas de tul de su red a la mariposa de alas azules, anote también en el diario, al lado de su presa, todos los datos, y apunte todas las ideas conducentes al mejor y más rápido progreso de la región que atraviesa; porque sólo así son útiles las expediciones.

Prosigamos el viaje dentro del espléndido y salvaje Iguazú, por la costa brasilera, a botador y remo, aguas arriba, lentamente, dardeados por el sol, entre una nube de barigüis (jejenes) que, sin música felizmente, nos llenan de picotones nada agradables.

El único remedio es fumar, fumemos pues para que los ahuyenten espirales del humo de nuestros cigarros.

Muy cerca de nosotros se levanta amenazador un árbol dentro del agua. Allí ha quedado clavado entre algunas piedras, mientras sus ramas tiemblan arqueándose por la fuerza de la corriente.

De tanto en tanto, damos una trompada sobre alguna piedra; pero la canoa es fuerte. El río corre mucho y parece que el Iguazú también crece, porque sus aguas son sucias y vemos algunos troncos boyando que pasan lentamente por el canal.

Las orillas llenas de pasto de carpincho que ocultan el suelo pantanoso, dejan ver a veces la impresión del rastro fresco de alguna anta (413).

Sobre las altas barrancas cubiertas de tupida vegetación, algunos troncos informes cabalgando sobre los árboles, nos muestran la línea máxima de las crecientes.

En las piedras de la orilla humedecidas por las filtraciones del sucio, millares de mariposas amarillas se agrupan para chupar el agua (414).

Al pasar junto a ellas, las hacemos volar y aquel revoloteo continuo, con reflejos dorados, al ser herido por el sol, ofrece una vista encantadora; más adelante las barrancas se yerguen a pique, desnudas, con sus paredones de piedra oscura llenas de manchas blancas y rojas de un soberbio e imponente efecto y sobre ellas otra vez el monte las corona con sus tonos verdes.

Las manchas blancas provienen de un liquen y las rojas del depósito de

óxido de fierro dejado por las aguas al pasar, sobre las piedras; algunas pocas aves lanzan sus notas agudas saltando entre los árboles. Matamos algunas que reservamos para carnada a fin de utilizarlas cuando pescáramos más adelante.

Entre tanto Beaufils, encargado del timón, nos hacía esquivar con maestría las grandes piedras que se levantan en medio del río y habiéndose granjeado nuestra confianza en su nuevo oficio, nos permitimos sin temor examinar más tranquilos las barrancas que tan variados aspectos nos presentan.

Por todas partes aparecen saltitos de agua que se precipitan caprichosamente entre las piedras, y los árboles, y forman pequeños cuadros que harían la delicia de un pintor o un poeta.

La sucesión admirable de vistas cambia hasta lo infinito; a veces un grupo de árboles derribados por las crecientes; otras una mancha verde claro de magníficos tacuaruzús describiendo graciosas curvas con sus largos tallos, por allá un macizo de árboles como un ramillete del que se destaca una esbelta palmera o un grupo de *ambays* de hojas en forma de abanicos pequeños, mientras que al lado tupidas lianas cubriendo los árboles forman meandros deliciosos.

Y variando siempre, la barranca vestida o ya desnuda, mostrándonos la soberbia formación volcánica, nos presenta mil cambiantes: volvíamos a ver la formación de bombas que encontré en Tacurú, y formaciones basálticas que le daban un aspecto de inmensas graderías humedecidas y destilando gotas de agua que las pintaba de rayas verticales rojas, salpicadas aquí y allá, con pequeñas matas de gramíneas de un verde claro; paredones a pique o playas, en donde las aguas furiosas de las crecientes han amontonado innumerables fragmentos de rocas, en donde parece que se hubieran librado espantosas batallas de titanes, y entre aquel inmenso hacinamiento de enormes despojos de las barrancas, colocados de mil modos, tirados sobre ellos, largos desprovistos de ramas y raíces, grandes troncos de madera dura yacían como cadáveres de cíclopes fulminados.

Aquellas playas tienen mucho de imponente. Sin querer, al mirar los inmensos trozos de piedra, pensaba en el trabajo formidable de las aguas y aquellos troncos desnudos decían bien claro que habían dado su horrible salto mortal al ser precipitados por la gran catarata.

El espectáculo volvía a cambiar: las barrancas se tornaban llenas de verdor, matas de cortadera aparecían, y el suelo se cubría de manto bellísimo de margaritas que titilaban entre el follaje oscuro, sus alegres tintas amarillas,

apagadas frecuentemente por el beso continuo de los insectos y mariposas.

En nuestra marcha ascendente lenta, a impulsos del botador, no dejábamos de admirar y volver a admirar aquellos cuadros tan hermosos. El lápiz del Sr. Methfessel no descansaba y cuando creíamos agotados los bellos sujetos, otros y después otros más, aparecían hasta lo infinito.

¡Cómo se goza admirando la naturaleza! ¡Qué serie continua de placeres puros se experimenta, y cuán lejos de todas las miserias humanas uno se encuentra en aquellos momentos! Mosquitos, privaciones, sol, otros fastidios y hasta la vida civilizada se olvidan. Cualquier detalle, sabiéndolo apreciar, proporciona una emoción nueva.

Los halcones blancos de cola larga, describiendo sus círculos en el aire (415), el martín pescador volando con su presa en el pico al ras del agua (416), el gallo del monte gritando entre los árboles (417), los lobitos (418) bañándose en el río y sacando la cabeza de cuando en cuando para mirarnos y como burlándose, y las detonaciones de nuestras armas repercutidas fuertemente por los ecos del bosque, todas son impresiones que se apuntan con gusto, con placer, y con íntima alegría, mientras la canoa sigue avanzando, por aquel río cada vez más tortuoso.

La corriente se hace más fuerte. Delante de nosotros tenemos unos árboles como plantados, formando una pequeña restinga dentro del agua, que viene con fuerza como en una corredera. Muy cerca ya no podemos avanzar, ni el botador ni los remos son suficientes. Gonzalvez salta a tierra con una punta de la cuerda que nos sirve de silga (419) y tira, los remos trabajan, el botador también y con tantas fuerzas unidas, podemos al fin cruzarla dejándola detrás con sus árboles eternamente temblorosos.

El río forma más allá una gran cancha de muy poco fondo. Allí hay también otra corredera más fuerte que pasar y mucho más larga. Gonzalvez vuelve a repetir la operación y después de gran trabajo llegamos a un punto donde las aguas están tranquilas.

El sol quería dejar de iluminarnos el camino, así es que decidimos acampar temprano para armar la carpa, hacer leña, cocinar, etc.

En este punto hay una gran playa de piedras que, durante las grandes crecientes, debe cubrirla el agua, allí acampamos.

Detrás de la playa sobre la barranca en una pendiente suave, armamos la carpa colocando en ella nuestros objetos más indispensables para dormir.

En la playa, al lado de la canoa que amarramos bien, instalamos la cocina

cerca del agua encomendándolo de todo lo concerniente a este difícil cargo a Joaquín Gonzalvez que resultó ser admirable cocinero.

Mientras Gonzalvez preparaba la cena, Santos y Aquino armaban la carpa y buscaban leña, Beaufils coleccionaba rocas y Methfessel sacaba un croquis; yo me puse a pescar mojarras con la red de mariposas, con tan buen éxito que esa noche pudimos regalarnos con un plato más.

Inútil es decir que todos comimos con buen apetito y después nos retiramos a dormir con verdadero placer, pero fastidiados por innumerables mariposas blancas que nos invadieron la carpa atraídas por la luz de la vela.

Juntos cabíamos los tres adentro, los peones se habían quedado al lado de la canoa para cualquier cosa que pudiera acontecer.

A las once de la noche fuimos despertados por un tremendo aguacero que nos obligó a levantarnos y llamar a los peones para que se refugiasen junto a nosotros.

Los pobres eran tan respetuosos que no querían venir y sólo mandándoles imperativamente aceptaron, trayendo uno de ellos dos tizones encendidos, la caldera y demás adminículos para tomar mate.

El agua y el viento no cesaron en toda la noche, que tuvimos que pasar sentados unos al lado de los otros, sobre nuestras camas de yuyos, matando el tiempo a fuerza de sendos mates que son muy útiles en un caso como este.

El debut de la excursión no podía ser mejor, felizmente los peones a las primeras gotas que cayeron tuvieron la precaución de amontonar todo lo que había quedado en la canoa y cubrirlo con sus ponchos, para que no se nos mojaran las provisiones y demás cosas.

La lluvia siguió hasta las diez de la mañana del siguiente día, lo que nos decidió a seguir viaje.

Embarcados nuevamente, después de haber cortado algunos tacuaruzús para botadores, seguimos costeando siempre la costa brasilera, la que nos volvía a presentar aspectos variados: un arenal fue lo primero que dejamos atrás, luego una playa de piedras curiosamente trabajada por el agua, con grandes agujeros verticales, debidos seguramente en su origen al destaco de las bombas y después al frotamiento de otras piedras que la corriente ha depositado en ellos haciéndolas girar con rapidez, produciendo así el desgaste. Más allá cruzamos delante de un magnífico chorro de agua que se precipitaba de una gran altura, después volvimos a ver los altos paredones hasta que al doblar una punta y pasar una corredera nos enfrentamos con una

bella sorpresa. Entre dos altas barrancas cubiertas de impenetrable vegetación, separadas por una gran hondonada del terreno, se despeñaba en dos chorros gemelos, un arroyo por sobre una pared de cuatro metros de altura.

La pared divisoria entre las dos barrancas que producía el desnivel entre el arroyo y el río, tenía la forma de un pequeño anfiteatro. En ambos extremos, dos arenales amarillos contrastaban maravillosamente sus colores con el negro de las piedras, el verde de los árboles y el blanco espumoso de las aguas.

A un lado, sobre uno de estos arenales, amontonados por el remance (420) que formaban las aguas, se hallaban acumulados diversos troncos y ramas de árboles, entre los cuales vimos uno de un tarumá (421) joven que había sido cortado por los indios, seguramente para puente, y que el arroyo en sus crecientes, había arrebatado y arrojado allí junto con varios fragmentos de alfarería cocida del mismo tipo de las encontradas en Tacurú Pucú, cuya descripción será incluida en el trabajo especial sobre los cementerios del Alto Paraná.

Allí descansamos un momento y tomamos mate mientras Methfessel sacaba un croquis exacto y nosotros reuníamos rocas y alfarerías.

Cada vez peor se presentaba el río, siempre más tortuoso y más lleno de correderas. El trabajo del botador y remos, si no se ayudaba con la silga, no daba para avanzar sino lenta y penosamente entra aquella agua que corría y rugía sin cesar, como queriéndonos impedir el paso.

Los pobres peones descalzos por entre las piedras de la costa con la cuerda al hombro, haciendo esfuerzos gimnásticos de toda especie, daban compasión al mismo tiempo que nos tenían suspendidos de un hilo, es decir de la cuerda, que si por desgracia se hubiese llegado a escapar o cortar, el agua nos habría arrebatado, volcándonos la canoa al atravesarla contra las piedras.

Esos momentos eran de verdadera ansiedad, la silga por un lado, los botadores sosteniéndonos sobre las piedras hacia las que la correntada nos quería echar, los golpes inútiles de remo que no podían maniobrar porque chocaban contra otras piedras semi sumergidas, los gritos de Santos: *¡el timón a la costa todo lo que pueda!,* el agua precipitándose entre las piedras con su espuma blanca y su ruido ronco especial, y finalmente la canoa que no se movía, nos creaban una situación violenta que sólo cesaba después de que a fuerza de tanto trabajo zafábamos las partes peligrosas de las correderas.

Apelando a mi e*strategia*, antes de pasar una de estas, repartía un buen trago de caña a esa pobre gente sedienta y sudorosa que trabajaba a *echar los bofes*, según la expresión criolla.

Los efectos del alcohol en esos casos son maravillosos; activa la energía, crea nuevas fuerzas y de gente extenuada se hacen bravos trabajadores. Recomiendo mucho que no olviden los exploradores del Alto Paraná el llevar caña; sin caña nunca se harán las cosas bien y con buena voluntad, todo usado con método se comprende.

A una cierta altura ya no pudimos seguir adelante y resolvimos cruzar el río para ver si podíamos ser más felices en la costa argentina.

Don Santos, como más práctico, se encargó del timón, Beaufils siempre voluntario tomó un remo y a una voz, como si maniobráramos según ordenanza, se rompió un remar vigoroso y acompasado.

Arrebatados por la corriente, siempre bajando, describiendo una diagonal perfecta, llegamos a la otra orilla una cuadra más abajo.

Volvimos al trabajo de la silga y botador, marchando con la misma lentitud. Una hora después, otra sorpresa grata nos esperaba, de una altura de 60 metros, en un recodo del río que escondía un paredón de piedra a pique, se precipitaban dos magníficos chorros de agua con un ruido infernal.

Como la hora era avanzada y no podíamos acampar en ninguna parte, resolvimos seguir, sin que el señor Methfessel pudiera sacar un croquis de este salto.

Después de mucho andar y cerca del crepúsculo, no encontrando sitio mejor, resolvimos armar la carpa sobre un pedregal alto que se hallaba al pie de un monte que cubría una barranca casi a pique.

Un gran problema fue el parar los horcones de la carpa porque en la piedra era imposible clavarlos, pero lo resolvimos valiéndonos de las mismas piedras que amontonábamos a guisa de pedestal alrededor de cada uno; las piedras también nos sirvieron de estacas.

Mientras se hacía esto, Joaquín, furioso pescador, después de que puso la olla al fuego, despuntó el vicio tirando una feliz lineada, que nos proporcionó un soberbio dorado (422) que nos hizo desechar nuestra ración de charque.

Esa noche pudimos dormir arrullados por el ruido sordo de las correderas.

1 Esto mismo publiqué en una carta abierta al Dr. Francisco P. Moreno en La Prensa del 21 de diciembre de 1892, bajo el título de «Población de Misiones Colonia Militares».

Capítulo XII
Al Salto del Iguazú: a pie

No podemos continuar embarcados. – Las aguas furiosas. – Abandonamos la carpa. – Marcha a pie. – La fatiga. – Las piedras. – Posiciones críticas. – Hazañas de los peones. – Pequeño descanso. – Un recuerdo del Dart. – La Roca del Diablo y el Canal del Infierno. – Los primeros saltos. – Abandonamos la costa. – Marcha entre el monte. – La sensación del monte. – Campamento sobre el salto Alsina. – Magnífico paisaje. – Inscripciones en los árboles. – Los cartuchos de carne Kemmerich. – La noche en el monte. – Vuelve a llover. – En marcha otra vez. – El paso del torrente. – El salto Alsina. – La gran cascada.

Cuando empezó a aclarar ya estábamos de pie, rodeando un gran fuego que habíamos hecho sobre las piedras y saboreando un sabroso mate amargo; al mismo tiempo que la olla hervía preparando el desayuno.

Como nunca se sabe lo que puede ocurrir en un viaje de esta naturaleza, siempre es conveniente tener por lo menos un almuerzo adelantado, tanto más que el estómago lo pide, estimulado por los madrugones, el aire fresco y puro, los mates y la necesaria y continua reposición de materia que tanto gasta el cuerpo en esa vida de actividad.

Una vez que la luz invadió el terreno ocupado por las sombras, pudimos darnos cuenta exacta de nuestra posición y de la imposibilidad de continuar embarcados.

Muy próximo a nosotros, el río imponente en su furia, traía sus aguas turbulentas formando remolinos de toda especie que se superponían, dándoles un aspecto muy parecido al del agua que hervía en la olla.

A veces era tal la corriente en aquel laberinto de piedras, que nos permitía poder figurarnos la bajante, que las aguas se atropellaban chocándose entre sí y levantando olas con amenazadoras crestas de espuma.

Otras, el agua se hinchaba subiendo para reventar después y formar un remolino que giraba con una furia espantosa.

Por todo, líneas de espumas blancas, resaltando entre el verde oscuro del

resto del agua, que parecía en sus movimientos violentos como si fuera espesa, mientras que el ruido de trueno sordo no cesaba; ruido que en el idioma anomatópico (423) de los tupís, está bien expresado cuando dicen *kruun*, es decir corredera.

El espectáculo, no hay duda alguna, era por demás imponente y habría sido una gran imprudencia de parte nuestra, si hubiéramos pretendido impunemente desafiar el furor del río bajo, en una canoa que hacía un poco de agua y que el querer adelantar hubiera embarcado mucho más por la proa, dada la velocidad y la fuerza que traía la correntada.

Eso por una parte; además no era difícil que el timón no pudiera continuar funcionando, y entonces el primer remolino nos estrellaría contras las piedras.

Ninguno de los compañeros, empezando por el baqueano, pensó de distinto modo, así que unánimemente resolvimos marchar a pie hasta el salto llevando lo necesario: algunas provisiones, la caja de pinturas, el álbum del Sr. Methfessel, nuestras armas y un poncho por barba, que fuimos acomodando en bolsas que llevaríamos a hombro.

Cerramos la carpa después de amontonar todo lo demás dentro de ella y puse el siguiente letrero en la puerta escrito en una hoja de mi libreta, con lápiz, para que la lluvia no lo borrara:

Carpa perteneciente a la Expedición Nord Este del Museo de La Plata compuesta de los Señores Juan B. Ambrosetti, Adolfo Methfessel, Emilio Beaufils, acompañados por Santos Escobar, Juan Aquino y Joaquín Gonzalvez.

Se ruega respetar su continente y contenido. 21 de septiembre de 1892.

Las razones que me indujeron a dejar este letrero fueron varias: podían venir en seguida nuestra algunos otros viajeros, y sobre todo podría muy bien sucedernos algún contratiempo inesperado que nos impidiese volver pronto y quedaba entonces no sólo para saber de quién era todo lo que allí estaba, sino también como aviso de nuestra marcha.

Cargado Don Santos y los peones con sus respectivas bolsas y cada uno de nosotros con algo liviano, menos el Sr. Beaufils que se ofreció para llevar no sólo la escopeta, sino también una canasta pesada con muchos objetos necesarios, emprendimos la marcha por el pedregal de la costa.

Al principio todo anduvo bien, pero poco a poco aquel ejercicio alpinístico sin botas especiales, ni *alpinstoc*, por entre ese infierno de piedras de todo

tamaño, trepando aquí, bajando allá, deslizándonos sobre los grandes trozos caídos, apilados, amontonados, dispuestos en una confusión de las peores: sedientos bajo un sol que nos quemaba, al mismo tiempo que calentaba las piedras, cubiertos de un sudor copioso, sin recibir siquiera la caricia de un poco de aire fresco, cayéndonos a cada momento con peligro de rompernos algo entre las aristas filosas de las rocas, todo se hizo insoportable.

De cuando en cuando la playa nos daba una tregua, las piedras amontonadas desaparecían para dejar en su lugar grandes graderías de basalto que empezaban al pie de altos y empinados paredones, para terminar en fuerte declive en el río.

En estas graderías el ejercicio cambiaba, era necesario andar muy despacio, porque como se mantenían húmedas por pequeñas y numerosas infiltraciones, resbalábamos a cada rato con peligro de rodar irremediablemente hasta el río, que nos hubiera arrebatado entre sus furiosas aguas, ahogándonos seguramente.

Prefería las piedras a estos planos inclinados resbaladizos que pasábamos con mil precauciones y llenos de ansiedad.

Los pobres peones eran los que inspiraban mayor compasión, con cerca de tres arrobas de peso encima, marchaban adelante, mascando tabaco negro, jadeantes, cansados, sudorosos y sin proferir palabra; más aún, ofreciéndose para llevarnos algunas de nuestras prendas para que fuésemos más livianos.

No sé cómo recomendarlos. ¡Qué gente tan curiosa y digna de aprecio! Yo que tanto he lidiado con ellos les he encontrado en medio a muchos defectos, un gran fondo de buena voluntad cuando comprenden que uno los sabe apreciar.

Puedo asegurar que en estas condiciones son capaces de hacer cualquier sacrificio por uno y siempre desinteresadamente.

Teniendo en cuenta todo esto, frecuentemente ordenaba pararnos un poco, lo que aprovechaba para descansar a mi vez. Entonces se traía un jarro de agua del río que tomaba junto con un diminuto trago de caña que les repartía economizándola mucho.

Y aquel trago de caña les daba nuevas fuerzas estimulándolos para volver a emprender nuestra marcha demasiado penosa.

Más adelante, llegamos a un gran remanse formado por una pequeña ensenada; allí descansamos y tomamos mate mientras Methfessel se entretuvo en sacar un croquis del lugar en el álbum, que no queriéndolo

confiar a nadie llevaba colgado, dentro de un saco de lona gruesa.

En este remanse y sobre la barranca, a unos veinte metros de altura, hay un Igúapoy (424) cortado, en donde amarraron el vaporcito *Dart* cuando penetró durante la gran creciente en el Iguazú.

En este mismo punto, sobre el arenal, entre un montón de troncos y demás detritus vegetales que allí deposita el agua, encontramos un farol roto de marina que supusimos fuera del mismo *Dart*.

El calor seguía sofocante en aquel río estrecho, tortuoso y encajonado entre sus altos paredones. El sol cayendo a plomo, reflejando en el agua y en las rocas desnudas sus rayos de fuego, sin brisa alguna, hacía desesperante y por demás lenta nuestra marcha.

Y si a esto se agrega el copioso sudor que nos inundaba, y el cansancio propio de aquella gimnasia abrumadora, podrá hacerse una idea exacta el lector de nuestra situación nada envidiable.

Allí, en el remanse, pudimos descansar un rato a la sombra, pero en cambio tuvimos que sufrir estoicamente para librarnos del sol, el ataque furioso de innumerables jejenes que no nos dejaban en paz.

Cuando junto con los peones concluimos de tomar el mate bienhechor, volvimos a emprender la marcha, siempre por entre las piedras, ya subiendo, ya bajando, hasta que llegamos frente a la Roca del Diablo situada en el medio del río desde donde divisamos a lo lejos los primeros saltos de la gran catarata.

Sobre las rocas, contemplando el magnífico espectáculo, estuvimos un gran momento: toda descripción es pálida e insuficiente para pintar aquellas aguas enfurecidas que venían río abajo bramando, rebotando en una avalancha vertiginosa, para rodear del modo más espantoso aquel peñón de piedra colocado allí en el medio como cerrando el paso.

La Roca del Diablo y el Canal del Infierno son nombres muy bien aplicados. En este último, las aguas en su carrera desenfrenada, forman olas de todas las formas imaginables que, sin seguir dirección, se atropellan, estallan, revientan, para chocar furiosas contra la negra piedra entonando un himno grandioso de rugidos, y allá a lo lejos, dentro del marco salvaje de las altas barrancas, los primeros saltos blancos despeñándose entre el verde brillante de la vegetación.

Un grito de júbilo, un hosanna glorioso a esa naturaleza misteriosa, y un éxtasis contemplativo y fascinador nos produjo la vista de ese conjunto tan

bello y terrible.

El sol, la fatiga, nuestra marcha jadeante, todo lo olvidamos, aquel preludio nos arrobaba por completo, no podíamos, no debíamos seguir más adelante, era necesario permanecer allí, saciarnos de emoción, embriagarnos de contento, aturdirnos con sus ruidos atronadores.

La dulce beatitud consiguiente a la satisfacción inesperada, que produce la sorpresa de lo bello, después del rudo trabajo por conseguirlo, nos invadía por completo.

El gran salto lo veríamos después. Aún nos faltaba mucho, pero por lo pronto gozábamos del primero que se nos presentaba, avaros de nuestra próxima emoción, como sucede en todo lo que uno desea obtener ardientemente, y que al conseguirlo, prolonga el momento para aumentar así el placer futuro.

Aquel descanso contemplativo sobre la roca viva fue también aprovechado por el Sr. Methfessel para sacar un bello croquis, de allí seguimos un poco más y bajando, descendimos a una ensenada arenosa y llena de piedras.

Del otro lado abandonamos la costa y entramos en el monte. Otro *vía crucis* nos esperaba; con la lluvia aquello estaba imposible, todo vertía agua, las hojas, ramas, árboles, etc., y para peor tuvimos que marchar subiendo el cerro que lo cubría por sendas cerradas, resbalando en el barro, cayendo, agarrándonos por las ramas, saltando troncos, tropezando en otros, enredándonos con las plantas rastreras, arañándonos con las espinosas y haciendo mil reverencias involuntarias al fastidioso tacuarembó (425) que se nos atravesaba por delante.

Era una especie de marcha a lo tapir (426), no se cortaba nada, los machetes iban enfundados. En lo más intrincado nos bajábamos o metíamos atropelladamente la cabeza y pasábamos recibiendo las caricias de fuego de las tacuaras, los golpes de las ramas que dobladas violentamente, nos chicoteaban al recobrar su posición natural, el ruido áspero de las espinas al rozar nuestras ropas, la cosquilla espeluznante de los tallos de tacuarembó por el cuello; y la lluvia de hojas secas y húmedas que caían sobre nosotros pegándosenos con el sudor en la cara, entrando por entre el pescuezo, etc., mientras recibíamos de frente el hálito cálido y embriagador de la selva que nos lanzaba al rostro sus perfumes desconocidos.

La marcha a pie en el monte es penosa, pero cuando se cruzan tacuarales o lugares invadidos por el tacuarembó se empeora más. Los peones cayeron

varias veces, con su fardo a cuestas y el mismo Sr. Beaufils rodó en ocho partes distintas.

Un fenómeno curioso de adaptación observé esa vez. Todos temíamos las víboras, pero nadie se preocupó de ellas y seguramente debajo de toda aquella malla vegetal debía haber muchas. El monte tiene la propiedad, a mi modo de ver, de imponerse tanto, que elimina completamente todas las ideas preconcebidas que puedan llevarse. Aquella majestad, la claridad difusa y melancólica que lo inunda, sus perfumes, y su atmósfera predisponen a un estado de depresión moral, y de indiferencia tal, por todo lo que sea peligro que hacen el desear sólo una cosa: salir lo más pronto de allí para poder respirar mejor.

La sensación del monte sólo la puedo comparar a la que se experimenta en los días nublados: hay hambre de sol fuerte y cualquier cantidad por pequeña que sea, que deje a intervalos pasar las nubes, nos transforma moralmente, recibiéndola con júbilo para verla después con disgusto desaparecer.

Esa intermitencia de sensaciones íntimas se sufre también en el monte. Cualquier pequeño claro, por donde penetre un torrente de luz, produce una alegría que se cambia pronto en melancólico fastidio al seguir adelante.

Durante un par de horas largas marchamos de este modo, hasta que llegamos a la parte superior del salto Alsina donde acampamos.

¡Con qué gusto nos despojamos de nuestras cargas que arrojamos al suelo dando un suspiro de satisfacción, y vimos pronto hervir la inseparable caldera sobre un fuego hecho en un abrir y cerrar de ojos mientras se preparaba el benéfico mate!

Delante de nosotros, separada por una cortina de vegetación, se hallaba una gran playa angosta, por donde corría el agua que se precipitaba a ambos lados de una preciosa isleta con varias palmeras formando los dos chorros del Salto Alsina (427).

Del otro lado de la playa se elevaba otra isla mayor, también cubierta de magnífica vegetación, de la que se destacaba una palmera inclinada sobre el agua del modo más gracioso. Allí se posó una jacutinga o faisán de las Misiones (428), que matamos creyendo que vendría a aumentar nuestra cena, pero al caer herida, el agua la arrebató arrastrándola en su carrera vertiginosa hacia el abismo.

Unos cuarenta metros del punto donde nos hallábamos y sobre el primer chorro de este salto, pudimos ver una parte de la gran catarata, pero avaros de

la impresión que debía causarnos el conjunto, nos reservamos para el día siguiente una prolija inspección.

En el punto donde acampamos encontramos un árbol grueso de *azota caballo* (429) con las siguientes inscripciones grabadas para recuerdo: *Museo de La Plata 1892,* y en otro de copaiba (430) *V C 92, H B 91, D E H 92*.

Antes de que oscureciera procedimos a juntar leña para tener el fuego encendido durante la noche, precaución muy útil en el monte porque nunca se sabe lo que puede acaecer. La cena se compuso de los restos del dorado y de caldo hecho con cartuchos de carne de Kemmerich (431) que había llevado, porque los vi muy recomendados en el informe del Sr. Olaf Storm sobre la expedición al Pilcomayo.

Yo debo a mi vez recomendarlos calurosamente a todos los que hagan expediciones, por cuanto no sólo son muy buenos por sí mismos sino que también tienen la gran ventaja de ocupar poco espacio y por lo tanto son fáciles de transportar, sobre todo cuando se marcha a pie.

Después de comer nos acostamos en nuestros ponchos a la *belle étoile* (432) iluminados por la luz rojiza del fogón y oyendo el ruido infernal de los dos chorros del Salto Alsina.

Casi puedo decir que no dormimos. Las noches pasadas así en el bosque son abominables. Sin nada que lo proteja a uno, en espera de la sorpresa rápida, todo conspira para que, si bien el cuerpo rendido descansa en la posición horizontal, el cerebro sin embargo parece que gozara en atormentarnos trabajando febrilmente.

Aquellas emociones del día, las nuevas que nos esperaban, los planes futuros, todo jugaba caprichosamente, interrumpiéndose este trabajo mental con intermitencias somnolientas o de sopor en que se contemplaba la gran mancha roja del fuego o se despertaba al ruido explosivo de las tacuaras que ardían, colocadas por Joaquín Gonzalvez como aviso a los tigres (433) para que no se nos acercaran.

El exceso de prudencia de Joaquín tenía su razón de ser: hacía poco que había muerto un tigre que lo había asustado grandemente, no tanto para hacerle perder su serenidad, pero es que a pesar de haberle puesto el remington en la boca, descerrajándole así el tiro, lejos de envalentonarse, no contaba ya con la despreocupación natural, mostrándole el peligro de cerca, por lo que esa noche tampoco dormía, viéndosele a cada momento levantarse para cortar tacuaras.

¡Qué curioso era verlo entonces agrandado por la sombra! Parecía un ser fantástico repartiendo machetazos a diestro y siniestro, tenía algo de demonio o de bruja revolviendo una hoguera infernal.

Mis compañeros también durmieron a intervalos alternando el sueño con sendos mates.

En cuanto aclaró, todos estuvimos de pie, tratando de formar una especie de carpa con nuestros ponchos para resguardarnos de la lluvia que se iniciaba con gruesas gotas.

Bien apretados bajo nuestro pequeño reparo, esperamos que pasara el chaparrón, que por cierto, siempre alcanzó a mojarnos algo.

Después de que cesó la lluvia y antes de abandonar el campamento, coloqué debajo de la inscripción que habíamos grabado en el árbol, dentro de un cartucho vacío de carne Kemmerich, una hoja de mi libreta en la que escribí lo siguiente:

La Comisión Nord Este del Museo de La Plata, compuesta de los Sres. Juan B. Ambrosetti, Adolfo Methfessel y Emilio Beaufils y acompañados de los Sres. Santos Escobar, Juan Aquino y Joaquín Gonzalvez, llegó a este punto el 21 de septiembre de 1892 y siguió el 22 para el Salto.

La Comisión saluda a los futuros viajeros.

A las 10 de la mañana salió el sol y emprendimos la marcha hacia el Salto. Bajamos el cerro donde estábamos, un poco a la izquierda del Salto Alsina, hasta llegar a la costa del torrente por donde desembocan también sus aguas.

En esta parte, el torrente tendría unos quince metros, sumamente correntoso, y era necesario pasar al otro lado para llegar a la isla que queda en el centro y subir su cerro para abarcar el conjunto del gran salto.

Felizmente, como colocadas a propósito, se hallaban en el medio grandes trozos de piedras agujereadas de mil modos por el trabajo incesante del agua, sobretodo en la época de las grandes crecientes.

Allí se cortaron unas tacuaruzús largos y algunos troncos de árboles jóvenes para formar puente entre una y otra piedra; en este trabajo se perdió bastante tiempo, pero al fin en cuatro pies, gateando como los niños, llegamos a la piedra central frente mismo al Salto Alsina.

El cuadro no podía ser más interesante y bello: desde una altura de 30 metros, más o menos, aquellos dos chorros gruesos, separados por una preciosa islita central, cubierta de una magnífica vegetación mostrando en primer término un grupo artístico de palmeras, se despeñaban formando un

arco elegante, y resaltando su blancura de leche sobre el paredón negro. A veces las aguas tomaban tintes amarillentos rojizos, que los tornaban más bellos aún, contrastando con la masa de espumas albas, que producían al caer, mientras se elevaban con intermitencias, grandes nubes de vapor.

Pegadas a las rocas del paredón, al lado del primer chorro, un enjambre de golondrinas con las alas extendidas, se bañaban refrescándose entre aquel polvo de agua (434).

Mientras observábamos este magnífico cuadro, los peones luchaban por colocar las tacuaras sobre las otras piedras, sin conseguirlo, porque la corriente las llevaba. Nuestra situación se hacía muy difícil. Estábamos por conseguir nuestro desideratum, para el que nos habíamos sacrificado con esas marchas horribles, sufriendo molestias y fastidios, y cuando ya íbamos a ver coronados nuestros esfuerzos, el río creciendo nos lo quería impedir.

Aquel contratiempo capital no dejaba de preocuparme, pero yo conocía a mi gente y apelando a mi costumbre, les brindé un trago de caña, cuyo resultado fue el que criaran coraje.

Aquino como más arrojado se echó al agua agarrándose en las piedras y luchando a brazo partido con la terrible correntada, pudo llegar hasta la piedra deseada, después de un gran esfuerzo, mientras nosotros llenos de ansiedad, lo seguíamos con los ojos fijos, experimentando una estupenda emoción.

Sujetando Aquino la extremidad de los palos, pudimos formar pronto el puente que también pasamos como cuadrumanos, según la frase que arrancó a Beaufils este ejercicio.

Otro trago de caña fue repartido para sostener la fibra de los peones y metiéndonos en el monte empezamos a trepar el cerro, no sin tener que librarnos de un ataque de avispas coloradas que nos acometieron sin picarnos felizmente.

Llegados arriba, por entre la cortina de los árboles divisamos algo del salto, el ruido nos aturde, los peones hacen funcionar las hachas y machetes y como telón de teatro los árboles, al caer, presentan a nuestros ojos asombrados el gran panorama de la inmensa catarata.

¡Obra magna de la naturaleza americana, conjunto incomparable de belleza, cuadro imponente de majestad salvaje, te saludo entusiasmado como hijo de esta América que te posee en su seno!

¡Los acordes de la lira del poeta se apagan ante tus horrendos bramidos; los

pinceles del artista no encontrarán en la paleta los tintes para copiar tus magníficas iridiscencias; la pluma del escritor se quiebra en un movimiento de desesperada impotencia al quererte describir y hasta la fiel fotografía al transportar tus soberbios contornos, te presentará frío, sin tu inmenso movimiento, el estampido de tus aguas y la brillantez gloriosa de tus bellísimos arco iris!

El estupor, la admiración, el terror, y la alegría indescriptible pasan sucediéndose por uno que mira, admira, observa y contempla aquella masa enorme de agua que se precipita en ese inmenso y alto anfiteatro de piedra, coronado por una vegetación lujuriosa dispuesta espléndidamente, mientras se escucha aterrado el formidable ruido de las caídas, en medio de aquel éxtasis fascinador que no termina.

Un religioso pavor infunde la contemplación de esa espantosa caldera formada por un desgarramiento inmenso de aquella masa de rocas eruptivas al enfriarse, cuyos contornos el trabajo incesante del agua se encargó de modificar, y aquel cúmulo de peñas amontonadas y descompuestas por ella en la continua lucha de los elementos.

El nivel del Iguazú, colocado a sesenta metros de altura, tiene un ancho calculado en más de tres mil metros y la colosal napa de agua que contiene, es la que se precipita hacia abajo por entre el grandioso archipiélago de islas, que cubiertas de risueña vegetación separan las distintas caídas de todo tamaño, pequeñas, grandes y enormes, despeñándose íntegras o rebotando en un segundo plano inferior para volver a caer hasta el lecho del río, arrastrando con ellas troncos, ramas y piedras que se quiebran, rompen y estallan.

A lo lejos, a la izquierda, los saltos brasileros atronando el aire con su ruido formidable, se despeñan en una especie de inmenso embudo, levantando densas columnas de vapor, y mostrando la amplia línea de su gran extensión.

Del embudo, formado en la parte por una gran meseta montuosa cubierta de radiante bosque, del que se destacan graciosas palmeras, sale un brazo del Iguazú por donde el agua furiosa vuela en una carrera desenfrenada.

La meseta termina a la derecha por una parte lisa, casi plana, por donde corre el agua que cae del plano superior, envolviendo con sus agitadas espumas grandes fragmentos de rocas negras suspendidas en el abismo por una fuerza misteriosa, pero prontas al parecer a despeñarse con horrible estrépito.

En el fondo, detrás de todo, en forma de arco se despeña una inmensa

cortina de agua que cae incesante, dividiéndose en algunas partes y mostrando entre ellas trozos negros del paredón de piedra.

Adelante y en el centro del Salto, a la derecha de la meseta donde forma un semicírculo, el movimiento de las aguas es espantoso; los chorros caen todos en formas diversas, produciendo una confusión terrorífica y presentando de todas partes una doble caída en dos planos y de todos lados.

Los colores de aquella agua toman tintes variados hasta el infinito, según si las ilumina el sol que sale y se oculta entre las masas colosales de vapor que se levantan, el hervor de las espumas al chocar contras las piedras o según la mayor o menor cantidad de arena que arrastren, mientras que como prenda de paz ante aquel rugido sin cesar, grandes arco iris surcan el ambiente con sus líneas multicolores.

Describir con minuciosidad la gran catarata es obra de romanos; mientras que se admira, los nervios distendidos, ante su magnificencia, no permiten la catalogación de sus infinitos saltos; el estampido continuo marea; los cambiantes estruendos de sus aguas, los matices divinos de aquel marco glorioso de vegetación, aquella atmósfera tan cargada de vapor y todo ese conjunto terrorífico y sublime de bella inmensidad, lo impiden, sobreponiéndose a todo esfuerzo intelectual.

Mientras tanto D. Adolfo Methfessel con una paciencia y entusiasmo digno de un artista como él, hizo funcionar sus pinceles sacando a despecho de una nube de jejenes que lo mortificaban sin cesar, una serie de croquis para pintar más tarde su gran cuadro del Salto del Iguazú, que puede admirarse justamente como obra de gran verdad, en la galería del Museo de La Plata (435).

Felizmente mi buen e inteligente amigo el alférez Edmundo Barros, director de la Colonia Militar brasilera del Iguazú, contagiado por nuestra expedición, organizó poco tiempo después otra al Salto valiéndose de los elementos de que podía disponer, dado su carácter oficial, y abriendo piques por la costa brasilera, pudo levantar el magnífico plano (...) que finalmente me remitió (...).

No sé cómo agradecerle esta prueba de amistad y de delicadeza propias sólo de tan digno caballero y amigo.

El ha bautizado los saltos brasileros dándoles los nombres de los prohombres de la gran República Brasilera, no olvidándose de indicar los que le corresponden a los nuestros, con un acierto tan feliz, que desde ya los

propongo. El primero: Salto Argentino, luego el Salto San Martín y para el del medio Salto Unión Americana (436).

Este último nombre lleva en sí la expresión sincera de fraternidad que late al unísono en los corazones de todos los buenos hijos de este continente, a quien el destino nos tiene preparados días de esplendor e inmensa gloria que sólo podrán ser cantados por el himno colosal de nuestras cataratas.

Capítulo XIII
La Colonia Militar brasilera del Iguazú

La vuelta del Salto. – El Sr. Alférez Edmundo Barros y el Dr. Benjamín Fernández da Fonseca. – Las garrapatas. – Paseo por la Colonia. – Un pueblo entre la selva virgen. – Los rozados. – El monyolo público. – La Directoría. – El sargento Mello. – El manantial. – Las aguas ferruginosas. – El jején y su modo de picar. – Dificultades para coleccionar. – Las golondrinas. – Pesquisas arqueológicas. – El permanganato de potasa y sus efectos. – Dos ranas monstruos.

La vuelta del Salto se efectuó sin novedad y sólo tuvimos que quejarnos de la fuerte lluvia que nos empapó completamente, inundándonos además la carpa que levantamos en un paréntesis de buen tiempo, embarcándonos aguas abajo en dirección a la Colonia Militar brasilera.

Nuestro físico había cambiado algo con esta excursión. Volvíamos como de un baile, muy contentos y satisfechos con el magnífico recuerdo del Salto, un cuadro al óleo, varios croquis, apuntes y observaciones en nuestros álbumes y libretas, pero al mismo tiempo cansados, mojados, mal dormidos, los pies machucados e hinchados y nuestras ropas hechas jirones; así es que todo nuestro afán era desear ardientemente llegar a la Colonia para mudarnos y descansar.

La fuerte corriente del Iguazú nos hizo andar en varias horas el trayecto que aguas arriba habíamos recorrido penosamente en casi dos días, recibiendo entre tanto varios chaparrones. Luego, en cuatro horas más llegamos desde la barra del Iguazú al puerto de la Colonia: total, una legua contra la corriente.

A la hora de cenar ocupábamos nuestro asiento en la mesa con nuestros amigos de la Colonia Militar brasilera.

Al otro día, por consejo del Dr. Benjamín Fernández da Fonseca nos dábamos pediluvios (437) de sal los que nos curaron de la inflamación de los pies.

Este remedio fácil da muy buenos resultados y lo recomiendo mucho a los

viajeros para cuando se encuentren en las mismas condiciones.

Aprovechando el espléndido sol, tendimos todas nuestras pilchas. Eso de bueno tiene Misiones, que las lluvias duran poco y no falta nunca el sol bastante fuerte para poder secar en pocas horas cualquier cosa por más mojada que esté.

Una de las plagas que tiene el monte son las garrapatas, de las que recogimos muy pocas felizmente y extrajimos acercándoles el fuego del cigarro.

Según me dijeron, en ciertas épocas son muy temibles, y si no se saben sacar y se arrancan violentamente, queda dentro de la piel el pico, produciendo un escozor tan molesto que obliga a rascarse, de cuyos resultados se forman unas pequeñas llagas difíciles de curar (438).

La Colonia Militar brasilera del Iguazú es de reciente formación. Por ahora depende de la Comisión Militar estratégica de la Provincia de Paraná, cuyo asiento está en la ciudad de Guarapuava, situada a sesenta leguas brasileras de allí, a la que conduce una picada, hoy día bastante cerrada.

Ya hay delineada como una legua cuadrada dividida en lotes de pueblo y lotes agrícolas.

Actualmente, posee unos 500 habitantes entre brasileros, paraguayos y argentinos, los que en su mayor parte no se dedican más que a plantar lo necesario, en vista de que sus productos, como no tienen otro mercado consumidor que la Argentina y deben por lo tanto pagar derechos fuertes, no les conviene exportar.

La Colonia Militar puede decirse que ha sido hecha a fuerza de dinero y del trabajo de los soldados, y como está en plena selva virgen, hay que desmontar y quemar para poder edificar y plantar.

La dotación primitiva fue de sesenta soldados, y cuatro oficiales, pero por varias causas como ser deserciones, bajas, comisiones varias, etc., hoy ha quedado reducido el personal militar a 30 soldados, un oficial y un sargento (439).

Una vez llegados los soldados, se les recoge el armamento, entregándoseles en su lugar hachas, machetes y *foisas* (440). Todos los días salen al trabajo, repartidos en diversas escuadras, ocupándose generalmente en voltear monte y rozar. Entre ellos hay varios que conocen diversos oficios, que desempeñan allí: así hay soldados herreros, carpinteros, etc.

El pueblo consta actualmente de una gran calle larga que se halla poblada

sólo de un lado, porque el frente se le destina para plaza, pero como todos los pobladores son pobres y las condiciones de edificación que exige el reglamento de la Colonia son demasiados, han levantado sus ranchos provisorios fuera de la línea, es decir, dentro de sus respectivos lotes, como si fueran cocinas, reservándose el construir sus casas, como marca la ley, para más adelante, por no decir nunca.

Se conoce que el que ha aconsejado ese reglamento no sabía lo que era fundar una colonia con gente pobre y a esas alturas. Según él las casas deben tener una cierta altura, techo de tejas, ventanas de subir y bajar con vidrieras, etc., etc., como si todo eso fuera muy fácil conseguir allí y hacerse de primera intención.

La lectura de ese reglamento me trajo a la mente muchos otros que se hacen y se sancionan en todas partes, bonitos, patrióticos y demás, teóricamente, pero que adolecen del grave mal de ser dictados en los gabinetes, sin conocer el terreno ni haber consultado las verdaderas conveniencias, y naturalmente imposible de hacerlos regir prácticamente. De esto surgen tropiezos a cada paso y en lugar de adelantar, según la mente de los iniciadores, las consecuencias son atraso sobre atraso, con grave perjuicio del progreso de la localidad que tiene que sufrirlos.

Acompañado de mis buenos amigos el Director de la Colonia, Alférez Edmundo Barros y el médico de la misma Dr. Benjamín Fernández da Fonseca, dos excelentes personas, sumamente amables e ilustrados, fuimos a visitar todo lo que había que ver allí.

En la Colonia se notaba bastante movimiento. Aquel pueblo formándose en medio de la selva virgen tenía algo de norteamericano (441).

Por todas partes el sonido seco del hacha al herir los árboles, el ruido trepidante finalizado con el golpe rudo junto con la quebrazón de ramas de estos al caer, semejante a una fuerte detonación, los gritos de triunfo de los hacheros, el chisporroteo de los rozados al arder, semejante a un fuerte tironeo entre espesas columnas de humo y al lado de eso, las sierras, martillos, etc., funcionando en la construcción de los ranchos, y el chillido de las alzaprimas tiradas por bueyes transportando madera, llenaba de animación aquella selva que repetía todos estos ruidos y sonidos por medio de sus grandes ecos.

Ese espectáculo era muy bello para que no dejase de mortificarme al compararlo con el otro salvaje que ofrecía la costa argentina del otro lado del

Iguazú, cuando con un poco de buena voluntad de parte del Gobierno Nacional podría hacerse en muy poco tiempo lo mismo y más.

El pueblo está atravesado por un arroyito de aguas correntosas, las que se emplean para hacer mover el Monyolo público que usan principalmente para fabricar fariña de mandioca.

El Monyolo o molino primitivo está formado por un palo grueso colocado horizontalmente sobre un eje. Un extremo es excavado y el otro está armado de una punta de madera que cae sobre una vasija también de madera gruesa, colocada en el suelo.

Al pasar el agua, llena la cavidad del extremo excavado y aumentando así su peso desciende bruscamente volcando el agua, inmediatamente el otro extremo, que ha sido levantado, cae con fuerza dando un fuerte golpe dentro de la vasija de madera donde se coloca lo que se quiere pisar.

Este Monyolo está debajo de una casita de paredes de tacuaruzú, rodeado de una bonita huerta donde se cultivan toda clase de legumbres con excelente resultado.

A un kilómetro de allí, se está construyendo un ingenio hidráulico que hará funcionar un juego de sierras para beneficiar maderas. Los trabajos estaban ya muy adelantados.

La Directoría la forman dos casitas con techos de tabletas de madera de cuatro aguas. De madera son también las paredes de una de ellas y de estanteo la de la otra. Ambas se hallan en una línea una al lado de la otra, dando frente al río Paraná sobre una altura con vistas magníficas. Han tenido la buena idea de no contar, al derribar el monte, las palmeras, así es que se encuentran varias diseminadas, alegrando mucho con su esbeltez el pintoresco panorama que se divisa (442).

En las casas de la Directoría se hallan además del despacho, la botica, recaudación o depósito de víveres, materiales, útiles, armamento y las habitaciones del Director, Médico y Sargento.

En la Directoría fuimos galantemente instalados, dándosenos una pieza contigua a la botica para depósito y laboratorio, repartiéndonos en diversas piezas.

Detrás y separado de la Directoría por unos sesenta metros está el cuartel, que es un gran galpón corrido de madera y techo de paja donde se aloja la tropa; anexos a este, se hallan la herrería y carpintería.

Muy cerca de la Directoría, en una pequeña hondonada del terreno, brota

un delicioso manantial de agua cristalina que es la que se usa para el consumo de la mesa.

Manantiales como ese abundan en todas las Misiones y son los que proveen en gran parte de agua a los numerosos arroyos que desaguan en los grandes ríos (443).

Sus aguas son límpidas, de gusto exquisito, frescas y sumamente cargadas de óxido de fierro, de modo que por donde pasan, dejan una borra roja de color de sangre.

La presencia de esa gran cantidad de óxido de hierro las hace muy sanas y aptas para las personas débiles. Parece hecho a propósito, pero creo firmemente que esas aguas ferruginosas sean las que sustituyen hasta cierto punto al escaso alimento animal que allí se consume, sosteniendo mucho, a la mayoría de los habitantes, que en su mayor parte son anémicos.

Además de esta observación, puedo afirmar por experiencia propia, que no sólo se bebe con verdadera fruición sino que también dan mucho apetito.

Al lado del manantial se halla el corral y un gran potrero de ramas donde encierran la hacienda destinada al consumo de la Colonia, la que traen por tierra desde la ciudad de Guarapueva.

El terreno de la Colonia es muy ondulado, notándose más en la parte desmontada. Sobre una cuchilla, al norte de la Directoría, del otro lado del arroyo del Monyolo, se encuentran grandes plantaciones de maíz y sobre otra loma al sur, se estaba rozando también para construir una vasta enfermería y varios otros edificios.

Casi constantemente llovía (octubre y noviembre), de noche se encapotaba el horizonte y, entre la oscuridad, se veían cruzar repetidos relámpagos de todas formas, horizontales y verticales, simples y compuestos, que duraban lo suficiente para poderlos ver bien. Con elementos adecuados podría hacerse una espléndida colección de fotografías de ellos.

Observar relámpagos era una de nuestras diversiones favoritas de noche, mientras aprovechábamos el fresco invariable que allí reina a esas horas, que tiene además el encanto de estar libre de barigüis (jejenes), cuyas picaduras de día son bastante incómodas.

El jején con los rozados va perdiéndose mucho. Parece que el sol los ahuyenta. Este hecho me lo comunicó el Sr. Alférez Edmundo Barros y pude comprobarlo personalmente, pues siempre observé mayor cantidad en el monte, a la sombra.

Según este señor, cuando se fundó la Colonia Militar, la abundancia de jejenes hacía intolerable la permanencia allí, pero poco a poco han ido disminuyendo.

También observé que las gallinas y pollos hacen un gran consumo de jejenes. Según el Sr. Methfessel que sin querer mascó uno, tienen un gusto dulce.

La picadura del jején cuando es incompleta es dolorosa.

En los primeros tiempos, produce hinchazón y deja un punto negro que no es sino una pequeña gota de sangre que luego se coagula; algún tiempo después, la piel sobre este coágulo se seca y cae junto con él, dejando una mancha blanca como producto de su descamación (444).

Muchas veces he tenido la paciencia de dejar amplia libertad de picarme a algún jején para observar sus efectos.

Este animalito se posa con mucha suavidad, tanta que no se le siente. Clava entonces su aparato suctor y levanta el abdomen que va aumentando hasta quedar lleno, afectando una forma ovoidea, una vez que ha terminado de chupar, retorna a volar, dejando sólo un pequeñísimo escozor y ningún rastro de mancha negra, lo que me hace suponer que esta no debe ser sino producto de la succión incompleta; la que no se efectúa íntegra porque se espanta el jején cuando empieza a chupar, precisamente en el momento de mayor dolor.

Para la succión, el jején contrae el abdomen y los dolores que se experimentan durante esta operación llegan a ser agudos. El tiempo que emplean para llenarse es, según mis observaciones, reloj en mano de 59 a 100 segundos.

Felizmente, al bajar el sol los jejenes se retiran dejando en paz a la humanidad hasta el otro día.

Los jejenes tienen sus predilecciones; así se dedican con ahínco a la región dorsal de las manos, al borde externo de estas desde el dedo meñique hasta la muñeca y a la parte interna de la última. Esas dos partes son las más sensibles. Rara vez pican en la región palmar de la mano y frecuentemente atacan el borde externo del pabellón de la oreja. Muy excepcionalmente he notado sus picaduras en la cara.

El punto donde nos hallábamos instalados era magnífico para coleccionar. La costa del río por un lado, la costa del monte por otra, los claros que ofrecían los rozados, el monte derribado recién eran otros tantos campos para poder operar con comodidad, principalmente para la conservación de las

colecciones, y si a esto se agrega la exquisita amabilidad y la buena voluntad tanto del director como del doctor y, naturalmente también de los vecinos, pudimos a pesar de las dificultades que presentan allí este género de trabajo, obtener un resultado satisfactorio.

La mayor de las dificultades se refiere a la caza. Al caer las aves muertas en el monte, desaparecen las más de las veces entre la intrincada maraña, donde es difícil encontrarlas y sólo a fuerza de trabajo, limpiando con el machete debajo de los árboles, se puede hallarlas, pero es seguro que un 80% se busca infructuosamente.

Para la caza de cuadrúpedos se necesitan perros, pero desgraciadamente mientras estuvimos allí una epidemia fatal para ellos acababa de diezmarlos y los pocos que se habían salvado no estaban en condiciones de cazar.

Según los datos que recogí, la epidemia canina es una especie de escorbuto causado principalmente por la mala y deficiente alimentación. Los perros atacados de este mal según dicen, sudan y arrojan sangre por todas partes hasta que mueren (445).

La pesca también es difícil en las correntosas aguas del Alto Paraná y sólo se extraen dorados y manguruyús (446), que ayudan en mucho a la alimentación de todo el pobrerío.

En cambio, las colecciones de insectos que pudimos hacer fueron numerosísimas. Las mariposas abundan extraordinariamente, sobre todo en las orillas de los ríos y arroyos, en el monte. Por millares se ven allí donde penetre un rayo de sol, en cuya luz se bañan reflejando sus preciosos matices. Junto a estos, innumerables dípteros, de formas y colores diversos, se sostienen en el aire por la vibración rápida de sus alas, mientras las abejas vuelan zumbando, y las chinches y escarabajos hacen sus lentos paseos sobre las hojas y tallos de las plantas.

Aquel mundo pequeño, lleno de vida, que se agita en medio de la grandiosa inmensidad de la selva virgen, trae a la mente curiosas reflexiones.

Entre las piezas interesantes que coleccionamos figuran varios ejemplares de un gran coleóptero longicórnio que ha sido varias veces descripto (*Apiomerus Longimanus*) cuyas patas anteriores son sumamente largas y su cuerpo es de un magnífico rosado variegado de negro (447).

Todos los días hacíamos magníficas presas, principalmente Lamelicomios y Crisomélidos entre los coleópteros.

El Sr. Beaufils encontró dentro de las flores del guaimbé (Philodendron)

una gran cantidad de Lamelicornios negros (448).

En esos días, aparecieron las primeras golondrinas que se veían en la Colonia desde su fundación. Aquellos simpáticos animalitos de plumaje dominicano se instalaron sobre las casas que habitábamos, entreteniéndonos con sus rápidos giros aéreos y sus gritos característicos.

La golondrina trae consigo la alegría. Muda mensajera de otras regiones, cantada por los poetas, parece que llevara en sí el aura cariñosa de los nuestros. A pesar de ser ejemplares muy bonitos y grandes, hice una excepción para ellas y de común acuerdo, resolvimos no matar ninguna.

Nuestro ejemplo fue seguido por todos, así que las golondrinas siguieron en paz, preparándose para hacer sus nidos, criar sus pichones y retomar más tarde su rápido vuelo, quién sabe adónde (449).

Muy abundantemente se encuentran iguanas del género Podinema (450). El Sr. Beaufils cazó varias y en una, al hacerle la autopsia, hallamos, alojados en los pulmones, muchos parásitos filiformes parecidos al género *Strongilus*.

Otros parásitos semejantes hallamos también en los pulmones de un trigonocefalus o víbora de cabeza de fierro de lanza. Este ejemplar era hembra, llamada allí *Yarará Kusú*, y tenía en su interior treinta y dos huevos grandes esferoidales del tamaño de un huevo de paloma (451).

De esta especie conseguimos varios ejemplares. Nuestra colección de reptiles aumentaba todos los días. Los soldados, mientras trabajaban en los rozados, solían encontrarlos a menudo, sobre todo víboras que nos traían vivas, apretado el cuello entre un palo rajado.

Este sistema peligroso era un juguete para ellos, y nosotros lo aprovechábamos para echarlas vivas adentro de las botellas con caña, a fin de que murieran bien embebidas por dentro y por fuera, agregándole además un poco de ácido bórico.

El Sr. Sandalio Rodríguez nos remitió una gran víbora de la cruz (452) que medía un metro y cuarenta centímetros, cazada en Puerto Unión, seis leguas más al norte de la Colonia.

Muy abundantes son allí las lagartijas, que los muchachos cazan fácilmente enlazándolas con un lacito de hilo, mientras toman el sol sobre los troncos caídos (453).

Aunque raras, también se encuentran algunas víboras de cascabel (454). Una de ellas hizo pasar un mal rato al Sr. Beaufils, felizmente sin consecuencias. Conversando con mis buenos amigos, el Alférez Edmundo

Barros y el Dr. Benjamín F. da Fonseca, sobre la cuestión de las picaduras de víboras venenosas, me dijeron que en el Brasil, gracias al descubrimiento del benemérito Dr. Lacerda, del Museo Nacional de Río de Janeiro, sobre la aplicación del permanganato de potasa, la mortalidad por causa de las mordeduras letales había disminuido mucho, porque a su vez el uso del permanganato habíase popularizado de un modo asombroso.

No sólo emplean el permanganato en la forma prescripta de inyecciones subcutáneas, sino que han abreviado el procedimiento, abriendo la herida, colocando allí un poco de esta sustancia y dos o tres gotas de agua sobre ella, de modo de que sea absorbido directamente.

El Dr. Fonseca me ha referido curas maravillosas, de individuos que presentaban manchas por todo el cuerpo y casi sin habla, curados radicalmente a las pocas inyecciones administradas.

Los únicos casos fatales, según se me dijo, tienen lugar cuando el diente de la víbora penetra en algún vaso sanguíneo importante y por consiguiente deposita directamente en la sangre su veneno.

Otra buena presa fue la de un par de ranas bastante grandes que llaman rana *boy*, rana *buey*. Una de ellas fue embalsamada y preparado el esqueleto de la otra. Estas ranas tienen un grito especial nocturno, bastante fuerte, que puede interpretarse por *uhú, uhú, uhú*… Ambas dieron mucho trabajo para cazarlas, siendo necesario a una de ellas, dispararle un tiro de munición (455).

En la Colonia Militar descubrí junto con el Alférez Edmundo Barros las urnas funerarias de los antiguos habitantes del Alto Paraná cuya descripción detallada se publicará en un trabajo aparte.

Capítulo XIV
Excursión a Puerto Bello

En canoa. – La Isla de Acaray. – La casa del Sr. Dioberti. – Magnífico panorama. – Vuelta a la Colonia Militar. – Noche de tormenta. – Chorlos. – Colecciones ornitológicas. – Hallazgo de urnas funerarias. – Me separo del Sr. Methfessel. – La expedición Niederlein. – Visita a los expedicionarios. – Experiencias con indios. – Llegada del teniente José Cándido da Silva Muriey.

Como habíamos prometido al Sr. D. Isidro Dioberti visitarlo en su casa de Puerto Bello, resolví hacerlo acompañado por el Sr. Edmundo Barros y mis dos compañeros, Sres. Methfessel y Beaufils.

Aprovechando la fresca matutina, nos embarcamos en la canoa de la colonia, hecha de un solo trozo de cedro, excavada lo suficiente para caber de a dos sentados sobre los asientos atravesados.

Con cuatro remos y ayudados por la pequeña vela, empleamos unas tres horas para salvar la distancia de dos leguas, aguas arriba.

Naturalmente, teníamos que seguir arrimados a la costa y como el río continuaba creciendo, más de una vez navegábamos por entre medio de las copas de los árboles sumergidos, entre cuyas ramas se posaban pequeñas garzas y martín pescadores, que volaban al acercarnos.

Sobre nuestras cabezas, a gran altura describiendo amplios círculos, varios halcones de cola larga y horquillada, nos torturaban tantálicamente poniéndose fuera del alcance de nuestros tiros (456).

Cuando doblábamos alguna curva y recibíamos una bocanada de viento hacíamos funcionar la vela, dando así un pequeño descanso a los remeros, que duraba poco, y como aprovechando nuestra alegría, alguna bandada de loros de cabeza gris (457) cruzaba el Paraná saludándonos con sus continuos y estridentes gritos, que aumentaban al oír las detonaciones de nuestras armas, mientras se desbandaban para volverse a unir más adelante.

No tardamos en llegar a la isla de Acaray, la que tuvimos que costear por su parte más larga en este trayecto, una fuerte corredera, producida por una

restinga de piedras casi circular que se nota muy bien cuando el río está bajo, y que recuerda la forma de un cráter. ¿No habrá sido este uno de los focos de erupción que en otro tiempo cubrieron esta región con sus productos ígneos?

Seguimos nuestra navegación lenta, pintoresca y variada siempre en su bella monotonía, hasta que llegamos a Puerto Bello.

Sesenta metros de barranca tuvimos que subir, que parecían no querer terminar. Una vez arriba, fuimos amablemente recibidos por el Sr. Dioberti.

El espectáculo que se divisa desde allí es magnífico: en medio del río, entre las dos costas altas, se levanta con su elevado cerro la preciosa Isla de Acaray, verde en mil tonos distintos que se reflejan en el agua y que contrastan con el amarillo de las arenas y el rojo negro de las piedras que bordan su base.

Las costas, tanto la paraguaya, como la brasilera, no son menos bellas, cubiertas por la oleada invasora de vegetación que todo lo asalta, destacándose los altos timbós, los corpulentos lapachos, las alegres guayuviras, los alecrines, las altas palmeras con sus flores doradas, las oscuras guabirobas, los mamones, las painas (458) barrigudas, las matas de preciosos tacuarembós de un verde claro que cortan el aire con sus curvas elegantes, en medio de un baño de sol, que hace vibrar los tintes, llenando de sombras azuladas, entre los troncos pálidos de aquellos árboles agobiados por el peso de sus innumerables parásitos, entre los que predominan el guaimbé y los isipós de mil formas que los envuelven, los aprietan, retorciéndose sobre sí mismos o derechos, ondulados, largos, espinosos, chatos y cuadrados; las pasifloras (459) de complicada flor, las orquídeas de flores amarillas, las bromeliáceas, los musgos y sobre este plano, siempre subiendo, las copas de los árboles de mil formas: anchas, angostas, abiertas, extendidas, alargadas, redondeadas, simples, cambiando de color a medida que se alejan, hasta el violeta como final de aquella inmensa graduación de verde.

Y abajo, sobre el río: los árboles secos, los troncos caídos sobre las playas de arena blanca o amarilla, o tirados en confusión entre las piedras rojas, llenas de agujeros, amontonadas en pintoresco desorden, o simplemente derribados, pero vivos aún, levantando del suelo su inmensa ramazón cargada de hojas brillantes, mientras que algún saltito de agua se precipita con estrépito jugueteando entre las rocas.

Y el río con su límpida superficie titilante, siempre sonriente, entreteniéndose en reflejar el azul purísimo de aquel cielo, el verde de las

costas o la imagen nívea de alguna garza que mece acompasadamente sus grandes alas.

Sobre el río todo es luz, vida y esplendor.

El sol dominando el paisaje le da calor y animación, ¡qué contraste con el interior de la selva!

Allí la claridad difusa y misteriosa sustituye a la del astro rey, los árboles toman tintes melancólicos, las tacuaras, tacuaruzús y tacuarembós no brillan, los troncos caídos atravesados y podridos se vuelven más negros: la mancha sangrienta de las flores de cierta enredadera se apaga, las hojas secas se muestran más tristes, los perfumes más embriagadores y sofocantes, los pulmones necesitan aire, los párpados caen sobre los ojos con una profunda sensación de cansancio al tropezar con la serie interminable de troncos blanquizcos que no se distinguen unos de otros, los helechos se miran con indiferencia, la humedad lo impregna todo y hasta los grandes hongos leñosos que sobresalen con su curva de los troncos, cansan, aburren y hacen desear el sol.

Con razón el Dr. Holmberg cuya pluma magistral bocetó a grandes rasgos la selva misionera concluye con esta frase: *¡Lector, huyamos del bosque! ¡Sí, huyamos!*

Como buen argentino, D. Isidro nos obsequió con un magnífico asado con cuero que representaba allá el *sumun* (460) del lujo.

A los postres de este banquete se sirvió la tradicional miel con fariña y empezó la conversación interrumpida por aquel mascar incesante de personas a quienes el paseo había predispuesto al apetito agudo.

Se trató de etimologías de los nombres geográficos en guaraní, las que me preocupaban mucho y las que no perdía ocasión de comprobar siempre que se me presentaba alguna oportunidad.

En Puerto Bello coleccionamos algunas curiosas piezas entomológicas, mientras D. Adolfo se entretuvo en sacar la magnífica vista de la Isla de Acaray, a la sombra de los bananos que rodean la casa de D. Isidro.

Tarde ya, volvimos a embarcarnos, llegando al poco rato, aguas abajo, a la Colonia Militar. El calor del día había sido sofocante, la atmósfera densamente cargada de electricidad nos presagiaba próxima lluvia.

Después de cenar, a la noche, continuamos observando en el horizonte los relámpagos que rápidos cruzaban masas de nubes dándoles tonos acerados. Una soberbia quietud reinaba absoluta y sólo interrumpían aquel silencio el

iú, iú de las grandes ranas, el sonido estridente de las chicharras y grillos y el trueno sordo e incesante del salto próximo del arroyo Acaray.

Las nubes negras avanzando ocultaban las estrellas, los relámpagos se hacían cada vez más abundantes y continuos, las hojas empezaron a chocar con su repiqueteo que aumentaba siempre, hasta que el viento fuerte, atropellando todo con sus silbidos aulladores, transformó totalmente la escena.

Los árboles se doblaban, las palmeras se arqueaban con su cabellera en desorden toda hacia un lado, las hojas arrancadas, violentamente arrastradas y circunvolando chocaban entre sí, la tierra levantada oscurecía más aquella atmósfera negra y el ruido crepitante de las ramas imponía, mientras que a intervalos se oía el crujido espantoso de algún árbol derribado quebrando su ramazón entre el estampido formidable de los truenos y la viva claridad de los relámpagos.

Detrás de aquella avalancha aérea vino el agua, fuerte, compacta, que se descargaba a grandes gotas apagando la masa de tierra levantada, produciendo un ruido seco que aumentaba al caer sobre las hojas.

El furor de los elementos cesó pronto, y la lluvia cambiando de aspecto siguió cayendo monótona, triste y sin fuerza toda la noche y parte del día siguiente.

Durante la lluvia, por la mañana, pudimos observar con sorpresa, delante de nuestras casas, una bandada de chorlos que se paseaba buscando alimento. Como los teníamos tan cerca, empezamos la caza más cómoda que pueda imaginarse, tirándoles desde adentro y haciendo el suficiente estrago para coleccionar ejemplares por duplicado, preparando un plato más para nuestro almuerzo.

Los coleccionados pertenecen a dos géneros distintos (461).

Para coleccionar aves, la Colonia Militar brasilera se presta muy bien. Una mañana, Don Adolfo mató un precioso casal de pájaros tejedores que llaman *yapú* cuyos nidos en forma de bolsa, de paja amarilla, cuelgan de las ramas. A veces se reúnen varios en un mismo árbol de modo que se llena de estas bolsas (462).

Sobre el cerco, cerca de las casas, matamos varios trupiales, la mayor parte de los cuales se nos perdieron entre las malezas (463). Varios halcones cayeron también en nuestro poder, pero no pudimos conseguir ningún cuervo, a pesar de que después de las lluvias solían posarse sobre los árboles secos,

con las alas abiertas para secarse, presentando así un buen blanco que no podíamos alcanzar por la distancia a que se ponían y volando cada vez que queríamos acercarnos (464).

Varias urracas azules (465) y preciosos trogonos (466), uno de los pájaros más bellos que hay por allí, pero desgraciadamente en época de muda, resultaron imposibles de prepararlos porque sus plumas llenas de iridiscencias metálicas se caían al sacarles el cuero.

Una de las grandes intrigas que tuvo el Sr. Methfessel como cazador empedernido fue la de unos dormilones que todas las noches cruzaban rápidos con su vuelo especial por delante de nuestras casas. Tanto hizo Don Adolfo que al fin a los varios días pudo presentarnos con aire de triunfo dos víctimas (467).

También matamos, a pesar nuestro, pero para la colección, un magnífico ejemplar de tordo negro o chopín, pájaros sumamente útiles, pues son los encargados de extraer a los bueyes las larvas de insectos dañinos. En Misiones sobretodo, donde abundan las *uras* o larvas de dípteros que anidan debajo de la piel de los animales, es necesario proteger a los chopines para que se desarrollen en grandes cantidades, pues no sólo comen estas larvas parásitas, sino todas clases de insectos dañinos (468).

Son también útiles los carpinteros que allí abundan mucho. Los hay de diversas especies; he tenido varios vivos y más de una vez pasé largos ratos observando con asombro la fuerza que desarrollan en sus poderosos golpes que dan con su pico cortado en forma de escoplo.

Son de una gran vitalidad. Uno de estos, muy malherido, al que no quise matar, lo tuve dos días hasta que murió, y durante todo este tiempo se entretuvo en golpear enfurecido un pedazo de palo al que lo había atado (469).

En un bañado pequeño que se halla cerca de la Colonia abundan las pollas de agua, garzas diferentes y las chuñas (470).

Muchas otras aves cazamos cuya descripción y clasificación irá en un trabajo especial; entre ellas varios tucanos (471).

Entre los mamíferos, matamos un murciélago del grupo de los que tienen ventosa sobre la nariz, creo del género *Rinocerophis* (472) y una comadreja de la especie pequeña, que merodeaba cerca de la casa (473).

En esos días se cazó un acutí hembra (474) del que sólo pude conseguir el cráneo y los cuatro fetos que tenía, dos de los cuales conservé en alcohol.

Constantemente salíamos a hacer excursiones, dividiéndonos el trabajo. Don Adolfo y Beaufils cazando, y por mi parte acompañado del Alférez Edmundo Barros exploraba los cementerios prehistóricos procediendo al desentierro de las urnas funerarias y otros objetos, entre ellos, el único esqueleto humano que pudimos conseguir, hallazgo que nos proporcionó una gran satisfacción.

Con los elementos que me brindó el Alférez Barros pude hacer mucho, trabajo en gran parte inútil, como es natural, por ejemplo, excavaciones que al principio parecían dar resultado y luego no daban ninguno; pero a fuerza de constancia, se hizo siempre algo satisfactorio.

Aprovechando los finos ofrecimientos del Sr. Dioberti, me apresuré a hacer acondicionar las colecciones que ya teníamos reunidas para remitirlas con seguridad a Posadas en el buque de su propiedad *La Carpincha*.

Con una de las dificultades con que se tropezaba allí era la falta de cajones, resolví hacer encestar las urnas grandes, valiéndome de la abundancia de isipó o enredaderas, que unidas a la corteza resistente del *Philodendron* o guaimbé, resultaron apropiados, únicamente que este procedimiento tenía el inconveniente de ser algo moroso, pues difícilmente se hacía más de un cesto diario.

Cuando estuvo todo listo se embarcaron los bultos, quedando nosotros con mayor holgura.

Como mi buen compañero D. Adolfo Methfessel tenía que regresar, resolví muy a pesar mío separarme de él en el primer vapor que pasara aguas abajo. De esta manera podría al mismo tiempo recoger todas las colecciones que anteriormente habíamos remitido a Posadas y conducirlas personalmente al Museo de La Plata.

Mientras tanto, procedimos a encajonar las nuevas colecciones a fin de que quedara todo pronto. El calor, a medida que pasaban los días, se hacía más intenso. Felizmente en Misiones sólo se hace sentir de día, pudiendo dormir tranquilos de noche, gracias al fresco invariable de ellas (475).

En esos días hicimos algunas excavaciones infructuosas en ciertos montículos que parecían sepulturas, pero que resultaron ser rodados amontonados por las aguas.

Pocos días después, al levantarnos, vimos cruzar en dirección a Tacurú Pucú un vapor de grandes casillas blancas y dos ruedas motrices en la popa, que al levantar el agua parecía una *cachuera* (476) según la frase de algunos

soldados.

Por la hora, la distancia y el mal tiempo brumoso, no pudimos distinguir la bandera que llevaba, así que quedamos intrigados en grado sumo.

Un vapor desconocido fuera del *Triunfo*, el *Lucero* o el *Feliz Esperanza*, es un acontecimiento que excita la curiosidad por aquellas alturas. Algunos creyeron ver soldados a bordo y otros hasta cañones y no faltó uno que también distinguiese a un fraile.

Inmediatamente supuse que fuera la expedición Niederlein (477) que hacía tiempo, según lo que había leído en los diarios, que raramente llegaban hasta allí, debía visitar el Iguazú mucho antes de esa época.

Felizmente, a la tarde regresó el vapor y efectivamente resultó ser dicha expedición que había subido hasta lo de los Sres. Blosset para proveerse de leña.

El buque era el *General Paz*, de la escuadrilla del Bermejo. Los cañones vistos no existían, los soldados se transformaron en los viajeros que lucían sus cascos *stanleys* y el fraile resultó ser el Sr. Niederlein que se paseaba en cubierta con gran sobretodo y sombrero de anchas alas, causa principal de que le hubiesen adjudicado ese título.

Como ya era tarde y deseaban llegar a la boca del Iguazú, el vapor sólo se detuvo para hacerme entrega de la siguiente tarjeta del Sr. Niederlein:

Comisión Científica recolectora para la Exposición Colombiana de Chicago-260 Perú 260-Buenos Aires.

A bordo del vapor *La Paz*, octubre 20 de 1892

Sr. D. Juan Ambrosetti. – Colonia Iguazú

Muy distinguido señor:

En nombre de la Comisión tengo el honor de saludar a Ud. y al Sr. Methfessel muy atentamente, avisándole que estamos por visitar el Salto del Río Iguazú donde pensábamos permanecer 4 días, más o menos, quedando mientras tanto el vapor en la embocadura. Si le podríamos ser útil de esa manera, hágame el favor de avisarme allí mismo.

Por ser ya muy tarde, no nos es posible parar algún tiempo en el puerto de su actual domicilio.

Esperando noticias de Ud. y de sus estimables compañeros, soy

S. S. A. S.

A la que contesté con esta otra:

Juan B. Ambrosetti saluda atentamente al Sr. Don Gustavo Niederlein y a la Comisión que dirige, deseándole óptimos resultados y al mismo tiempo agradece y retribuye los finos ofrecimientos de su estimable, fecha de ayer, en nombre de la Expedición del Museo de La Plata que tiene el honor de dirigir.

Colonia Militar Brasilera del Iguazú. – Octubre 21

Toda esa noche y el día siguiente llovió copiosamente, así que tuve que esperar el otro para ir en canoa personalmente a visitarlos a bordo. Tenía verdadera hambre de noticias, hacía cerca de tres meses que nada sabía y sólo había oído algunos decires a los que no podía dárseles fe.

Los diarios llegaban muy atrasados, pero a pesar de eso eran devorados. Es muy triste estar lejos sin saber nada, hay verdadera ansiedad de noticias que recrudece cada vez que llega un vapor o persona que uno cree portadora de algunas.

Llegamos a la barra del Iguazú. El vapor *La Paz* estaba fondeado unos cien metros adentro, destacando su gran mancha blanca sobre aquel magnífico fondo verde de ambas costas. El cuadro era delicioso.

A bordo fuimos muy bien recibidos y agasajados por los miembros de la Expedición, que habían quedado esperando que el Sr. Niederlein y otros compañeros que el día anterior, bajo la lluvia torrencial, habían ido al Salto, les mandaran las canoas para embarcarse a su vez.

Allí tuve el placer de conocer al distinguido alférez de navío don Lorenzo Sacon, comandante del buque, al pintor argentino Augusto Ballerini y a los señores Serié, Moodi, Schuman, miembros de la Expedición; encontrándome además con el doctor Moisés Bertoni y don Carlos Bosetti que habían sido invitados para visitar el Salto (478).

Con el Sr. Niederlein habían ido los señores Johnson y Han, miembros también de dicha Comisión.

A los cuatro días después volví a bordo y presencié la vuelta de los expedicionarios del Salto.

Nos saludamos con el Sr. Niederlein y después de un buen rato de amable sociedad, nos despedimos. Ellos siguieron aguas abajo y nosotros, aprovechando la pasada del vapor *Triunfo*, fuimos a remolque hasta la

Colonia Militar.

Dos días después nos separábamos también de nuestro buen amigo y compañero don Adolfo Methfessel quien siguió para Posadas a la vuelta del *Triunfo*.

En la Colonia Militar durante las horas desocupadas nos divertíamos junto con el alférez Edmundo Barros y el Dr. Fonseca, en hacer cantar, dibujar y bailar a unos indios domesticados, los que aprovechábamos para apuntar notas interesantes sobre costumbres, etc. Otras veces nos ocupábamos en tomar datos sobre el idioma de los tupís coroados (coronados) (479) que habitan más al interior, desde el Salto del Guaira hasta la ciudad de Guarapuaba, habiendo otras tribus diseminadas en la provincia de Rio Grande, etc., utilizando los datos de algunos colonos que habían vivido mucho entre ellos. El mismo alférez Barros, como miembro de la Comisión Estratégica de Guarapuava, se encontró en muchas reuniones de caciques que habían bajado a esa ciudad al llamado de las autoridades a conferenciar tratados de paz.

Las lluvias entre tanto no cesaban. Casi diariamente caía un chaparrón, lo que nos tenía con cuidado por un oficial que según un chasque recibido se hallaba en viaje de Guarapuava a la Colonia conduciendo hacienda y víveres.

Un domingo a las dos de la tarde, nos hallábamos coleccionando en el monte, cuando oímos fuertes y repetidas detonaciones. Corrimos a saber la causa y encontramos a la Colonia convertida en un castillo de salvas, mientras bajaba por la picada la larga caravana de hacienda y cargueros que llegaban por fin.

De todas las casas partían disparos. No quedó una pistola, escopeta, revólveres o fusiles, que no se descargaran en medio de gritos de alegría que atronaban el aire. Aquello era muy divertido. Detrás de la columna venía el oficial teniente José Cándido da Silva Muricy, joven muy educado, ilustrado y simpático, a quien fuimos presentados y con quien hicimos rápida amistad.

El viaje había durado un mes, luchando con mil dificultades, sobre todo a causa de la hacienda y los cargueros que se metían en el monte, se caían en el barro, daban trabajo al pasar los arroyos, etc.

El teniente Muriey tuvo a bien regalarme para el Museo un sombrero de tacuruzú tejido, de los coroados y un *curú* de los mismos, o tejido de ortiga brava, que usan los hombres como un manto (480).

Esa noche, a las ocho más o menos, se desencadenó una furiosa tormenta N

a S y al mismo tiempo cayó una manga de piedras de un tamaño como nunca he visto. No podíamos salir porque al pretenderlo, Beaufils recibió una en la cabeza que le produjo una contusión.

Cuando cesó, mi amigo Edmundo Barros dibujó del natural algunas, mientras procedíamos con los compañeros a pesarlas; nos dieron un peso variable desde 50 a 70 gramos, estando ya un poco derretidas. En otra casa también se pesaron algunas que según me dijeron una dio 130 gramos, pero no afirmo la exactitud con que se había hecho la operación.

Las que nosotros pesamos lo hicimos en la balanza de la farmacia que nos cedió el Sr. Fonseca.

Después de un intervalo de 10 minutos, vino lluvia y viento fuerte por espacio de dos horas y mientras las gotas repiqueteaban sobre el techo de madera, reunidos todos alrededor de una mesa, festejábamos la llegada del teniente Muricy que nos refería sus peripecias de viaje.

Capítulo XV
Excursión al Norte

Otra vez en canoa. – Tatiyupí y su salto. – Marcha al chiaro di luna. Subida de la barranca a oscuras. – El vecindario de Puerto Unión. – Don Sinforiano Amarilla y D. Sandalio Rodríguez. – Restos arqueológicos. – Cruzamos el Paraná. – A caballo cuesta arriba. – La picada. – El campo de Tatiyupí. – D. Pedro Indart. – Excursión a los toldos del cacique José Potí. – El arroyo Pirapuitá. – Colecciones etnográficas. Vuelta a Tatiyupí. – El Sr. Manuel González. – Preciosos objetos arqueológicos. – Llegada al puerto de Tacurú. – Regreso a Buenos Aires.

A fin de completar algunas observaciones sobre los indios y a invitación del Sr. D. Sandalio Rodríguez, resolví volver al Norte y subir hasta su domicilio de Puerto Unión unas dos leguas de Tacurú Pucú sobre el Alto Paraná, para de allí cruzar a la costa paraguaya e internarme pasando los campos de Tatiyupí y Puerto Alegre y llegar así a los toldos del cacique José Potí.

A mi vez invité al teniente Muricy, aficionado también a este género de investigaciones, y junto con los Sres. Beaufils y Sandalio Rodríguez nos embarcamos en la canoa de este último, navegando aguas arriba. El viaje arriba hasta Tacurú Pucú ha sido ya descripto. En el puerto de los Sres. Blosset paramos para almorzar, siendo obsequiados con otro banquete en el que por cierto no faltó el champagne, apéndice soberbio para nosotros que hacía algún tiempo no tomábamos sino agua.

A las dos de la tarde, después de que los peones hubieron descansado un poco, continuamos nuestro viaje; como el río había crecido más, no pudimos ver ya la terrible piedra que se halla un poco más arriba, en el medio y a un lado del canal.

Como a dos leguas de allí pasamos delante del precioso salto de Tatiyupí (481) que cae desde la barranca al río, casi frente al cual se halla la casa del Sr. Manuel González a quien resolví visitar a la vuelta.

El Alto Paraná en esta parte corre entre altas barrancas enangostándose

cada vez más y siempre más tortuoso. De tanto en tanto, veíamos algunos paredones de piedra lisos donde los botadores resbalaban.

Frecuentemente, en el canal saltaban grandes dorados que parecían perseguirse y como ya iba haciéndose tarde, resolvimos ocuparnos de la pesca a la vuelta, con gran sentimiento del teniente Muricy que era un famoso pescador.

Pequeñas correderas seguidas nos hacían perder mucho tiempo. La noche nos avanzó y tuvimos que marchar a la luz de la luna. Desde la canoa es interesantísimo contemplar el espectáculo que presenta el río a esas horas.

Las altas barrancas aparecen más altas aún, la vegetación se torna negra e imponente, el río toma tintes oscuros que sólo son interrumpidos por el reflejo plateado y titilante de la luna y las chispas brillantes del agua que levantan los remos.

Sobre la cresta de las barrancas se destaca de aquel cielo azul oscuro salpicado de innumerables puntos de oro, el perfil del monte negro, mostrando la silueta de los árboles más negros aún, que parecen grandes monstruos que retorcieran «sus largos brazos en un movimiento de suprema desesperación».

Con esa luz y a esa hora todo es fantástico. Sentados en la canoa, siempre arrimados a la costa, uno se aplasta, se empequeñece entre aquellas sombras que todo lo agrandan y aquel silencio majestuoso que sólo se interrumpe por el golpe acompasado de los remos, el sonido hueco de la caña de tacuaruzú que nos sirve de botador que de tanto en tanto tenemos que cruzar a fuerza de trabajo o el *trotodo toto* de las ramas de los árboles caídos que frotamos al pasar.

Más adelante, en algunas ensenadas o en la costa paraguaya, vimos diseminadas algunas luces de las canoas de los pescadores, la mayor parte de ellos indios guayanás, que a esa hora esperan al Mangurullú (482), uno de los elementos de vida que allí tienen.

Cerca de las nueve llegamos por fin al puerto de D. Sandalio. Para hacernos oír disparamos algunos tiros que no fueron contestados y que retumbaron fuertemente rompiendo bruscos aquel silencio salvaje.

Atracamos, y aquí caigo, aquí levanto, sin ver casi nada de la senda, por impedirlo la vegetación tupida de sus costados, trepamos la alta barranca, arenosa en gran parte, hasta llegar a la casa. Felizmente nos esperaban y la cena estaba lista.

No nos hicimos rogar para dormirnos profundamente a pesar de que los ratones bailaron una danza infernal durante toda la noche.

Al día siguiente, mientras mandamos al otro lado a buscar los caballos, recorrimos el vecindario de Puerto Unión.

Este punto fue primitivamente poblado por el alférez brasilero Martín después de la Guerra del Paraguay, quien se ocupó de explotar los yerbales interiores, plantando al mismo tiempo muchos rozados, de los que aún queda un mandiocal enorme, del cual se provee todo el vecindario, compuesto de unas treinta familias de correntinos, paraguayos, brasileros, indios tupis y guayanás civilizados, siendo jefe moral de todos allí D. Sinforiano Amarilla, correntino, quien desde hace doce años vive allí, ocupándose también en yerbas y plantaciones.

En Puerto Unión se pasa una vida patriarcal. Se planta algo, se pesca mucho *mangurullú*, se trabaja poco, y todos son compadres, respetándose mutuamente por el sacramento.

Las casas están desparramadas en una gran extensión, comunicándose por medio de senditas entre las altas plantas y el monte.

Acompañado de D. Sinforiano y Sandalio, anduvimos recorriéndolo todo, coleccionando rocas, fragmentos de alfarería prehistórica y dos objetos enteros: una urna funeraria y un objeto parecido a un candelero, de uso desconocido. Se hicieron además algunas excavaciones sin resultado.

A la tarde llegaron los caballos al otro lado y resolvimos marchar; embarcamos nuestros recados y atravesamos muy pronto el río que allí empieza a abundar en remolinos.

La barranca que tuvimos que subir en la costa paraguaya es la más alta que he visto. Debe tener unos 80 metros, y es empinadísima, siendo esto causa de que sudáramos un poco para subir hasta el primer plano, unas tres cuartas partes del todo, donde se hallaban los caballos, que debido a lo brusco de la pendiente, no habían podido bajar hasta el río.

En cambio, los pobres peones tuvieron que hacer varios viajes subiendo y bajando, para alcanzarnos los recados, ejercicio bien fatigante por cierto.

Cuando estuvieron ensillados los caballos, montamos, continuando la ascensión de aquella cuesta que parecía no querer terminar.

Esas subidas, a caballo, no dejan de ser peligrosas, porque estos no son como las mulas, que en razón de ser más pequeñas y más resistentes son más seguras, a causa sobretodo de su pequeño casco, menos expuesto a resbalar y

más fácil de colocar en cualquier parte que el del caballo más ancho y mayor.

A veces los animales tenían que hacer proezas para trepar en ciertos planos inclinados, lisos y resbaladizos, que no presentaban ninguna condición favorable. Una rodada allí, nos hubiera podido costar muy caro, pero al fin subimos continuando la marcha entre el monte por un estrecha picada por más de una legua.

De trecho en trecho, matas tupidas de tacuarembó nos cerraban el paso, haciéndonos hacer reverencias sobre la paleta del caballo. El *ñapindá* nos arañaba a intervalos con sus uñas encorvadas; los troncos caídos nos obligaban a desviarlos, metiéndonos en la espesura, atropellando el ramaje; las altas yerbas nos frotaban con sus tallos, los grandes helechos arborescentes nos acariciaban el rostro con sus frondas anchas; los isipós suspendidos, al balancearse a nuestro paso, nos golpeaban en las espaldas; las tacuaras nos llenaban de hojas secas y alguna nos daba su caricia de fuego en la cara o las orejas, mientras las derribadas en el suelo se enredaban en las patas de los caballos, como empeñadas en cortárselas. El calor seguía apretando, los tábanos nos aplicaban sus lancetazos agudos, las abejas nos chupaban el sudor, caminándonos por la cara y las manos y el monte no quería terminar, hasta que por fin pasamos de las tinieblas a la luz, el monte quedó atrás y el campo de *Tatiyupí* apareció radiante a nuestros ojos cansados de tantos árboles y sombras.

Este campo es continuación del de Tacurú Pucú y de los de Pirapuitá y Puerto Alegre, de los que está separado por simples restingas de monte alto.

Sus pastos son duros, aptos sólo para hacienda vacuna y caballar, hay además mucho *guaviromí* y muchísimos *tacurús* de tierra colorada, de todos tamaños, algunos entre ellos muy altos.

La marcha por el campo duró poco, hasta llegar a la casa del Sr. Pedro Indart, quien nos había proporcionado los caballos que montábamos.

No fue poca mi sorpresa al saber que el Sr. Indart era argentino, de Buenos Aires, y que hacía dieciséis años que se hallaba allí establecido, trabajando en los yerbales. Un encuentro de estos es siempre agradable, que inmediatamente se puso a mis órdenes con la franqueza propia de los porteños.

Este señor está como en un feudo y tiene ascendiente moral sobre todos los vecinos, que buscando buena sombra viven cerca de allí en número crecido, así como también sobre los indios que habitan a tres leguas de ese punto,

mandados por el cacique José Potí de la tribu chiripá (483) de quién también es amigo.

El Sr. Indart, rompiendo con la tradición, tiene plantaciones importantes alrededor de su casa, en donde cultiva además del maíz y la mandioca clásica, el tabaco, el arroz, la cebada, y muchas hortalizas que aprovechamos para nuestra mesa.

Entre su peonada tiene varios indios tupís, de la raza que habita el *Ibiturocai*, pero ya muy civilizados.

Al día siguiente, resolvimos visitar los toldos de José Potí. Montamos a caballo, atravesamos el campo de Tatiyupí de S a N hasta llegar a un *ipayeré* o pantano (484) que costea el arroyo Pirapuitá.

Para pasar del otro lado de este *ipayeré*, tuvimos que dar una gran vuelta, aprovechando las partes más altas y con más agua, para no caer entre el barro blando del que no hubiéramos salido nunca, pues formaba en varios puntos verdaderos bofedales.

La parte pasable del *ipayeré* estaba señalada por las huellas viejas de alguna tropa y sobre todo por una línea de tacurús de tierra negra que van formándose allí.

Hacía tres años que no se andaba por ese camino por no explotarse los yerbales del Ibiturocai, así que temíamos encontrar la picada cerrada, porque los indios, únicos que la transitan, pasan por cualquier parte, sobretodo andando a pie como acostumbran.

Una vez en la costa del arroyo Pirapuitá, temimos también no encontrar paso, pues con las lluvias de la noche anterior estaba crecido; después de algunos ensayos lo vadeamos con el agua a la punta de la carona.

Después de atravesar la restinga del monte, propia de la costa del arroyo, entramos en el campo del mismo nombre, donde encontramos los primeros indios que venían cargados de cogollos de palmas (485) que habían recogido en el monte trayendo además sus inseparables arco y flecha.

Conversamos un rato con ellos, les dimos tabaco y seguimos nuestra marcha interrumpida. Luego penetramos en otra picada muy cerrada por el Tacuarembó, donde tuvimos que vadear dos arroyos no muy anchos y seguidos, que se llaman Las Dos Hermanas, para entrar al poco rato en el campo de Porto Alegre, de igual fisonomía que los anteriores, y con algunos capones o isletas de monte en su interior. En el fondo de este campo, dentro del monte y protegido por un *ipayeré*, se hallaba el *tapui* del cacique José

Potí.

Los *tapuís* de los cainguás son todos iguales: ranchos de palo a pique, cuadrados delante y redondos atrás, bien techados, a los que se entra sólo por una puertita angosta situada en el frente principal hacia un lado.

El interior es oscuro y generalmente lleno de humo, por un fogón que hacen para librarse de las molestias de los jejenes.

Arrimados a las paredes, en el exterior, siempre están prontos los arcos y flechas para cualquier necesidad.

Al frente de la casa, bajo un sobrado, hay otro fogón que sirve de cocina, y alrededor de él se amontonan las mujeres y las criaturas esperando que se haga la comida.

A nuestro encuentro vino José Potí acompañado de varios indios corpulentos y bien formados, entre los que vi el único hombre con la cara pintada.

José Potí es un hombre de 50 años, fuerte, de estatura regular y barba cerrada, corta y canosa. Vestía una camiseta y pantalón de algodón, y en el labio inferior, en vez de *tembetá*, traía un pequeño botoncito de madera.

Se expresaba en guaraní con cierta afectación y seriedad.

Luego que les hube cambiado varios objetos que me faltaban en la colección, y completado mis notas, nos despedimos, siendo acompañados por algunos indios que corrían casi a la par de nuestros caballos al galope.

De vuelta por el camino, visitamos otros toldos, recogiendo siempre objetos; continuando después nuestra marcha de regreso.

En el arroyo Pirapuitá por poco nos sucede algún incidente desagradable, pues en pocas horas, había crecido mucho y corría tanto y con tal fuerza, que a duras penas, y gracias a los buenos animales que montábamos, que resistieron bien a la corriente, llegamos al otro lado, no sin que en la vadeada, nos hubiésemos mojado en grande, además de pegarnos unos cuantos sustos.

Muy de noche llegamos a la casa del Sr. Indart.

Al otro día visitamos otros ranchos más cercanos, siempre coleccionando.

De este modo pasamos unos cuatro días allí, haciendo pequeñas excursiones y ejerciendo por obligación la medicina entre esa pobre gente.

Cruzamos otra vez el Paraná y volvimos a Puerto Unión, donde don Sinforiano Amarilla me tenía preparada una grata sorpresa, regalándome una urna funeraria encontrada allí, mientras que don José Pedro de Souza me obsequiaba a su vez con otro objeto prehistórico: eran los frutos de la

medicina.

Nos embarcamos, llegando a la casa del Sr. don Manuel González, donde bajamos e hicimos una visita, que anteriormente había prometido; su señora, doña María Luisa Ribeiro, me obsequió con cuatro magníficos objetos de alfarería prehistórica. Como ya era tarde, poco después continuamos nuestro viaje, llegando por casualidad al puerto de Tacurú Pucú en momentos en que el vapor *Triunfo* llegaba a Posadas.

Subimos a bordo en donde me entregaron la correspondencia, y entre ella dos telegramas que resolvieron mi inmediata vuelta a Buenos Aires.

Volví a la Colonia Militar a fin de despedirme de todos mis buenos amigos y recogiendo las colecciones, nos embarcamos al día siguiente en el *Triunfo* que regresaba, no sin experimentar cierta tristeza al abandonar todos mis buenos amigos de las Altas Misiones, a quienes tantos servicios debía.

Cuando ya no se veían agitarse los pañuelos en señal de afectuosa despedida, volví al lado del timón, mi puesto predilecto en viaje, para poder admirar aún las magníficas costas del Alto Paraná que rápidas nos hacía desfilar el vapor ayudado por la fuerte corriente, en su carrera desenfrenada aguas abajo.

Llegamos a Posadas, luego a Corrientes, más tarde a Buenos Aires.

Era el segundo viaje que realizaba al magnífico territorio de Misiones: había conocido esta vez toda la costa que baña el Alto Paraná, me había internado en los grandes yerbales paraguayos de Tacurú Pucú, había asistido a la elaboración de este precioso vegetal desde su corte al pie de la planta. Los indios de las diversas tribus que habitan aquella maravillosa región me habían proporcionado muchos datos y colecciones de interés, el Salto del Iguazú no tenía ya secretos para mí, los apuntes abundaban en el diario de viaje: estaba satisfecho.

Pero pasado el barullo y la agitación de la llegada, ahora que vuelvo al reposo de la vida ordinaria, trato de trasmitir al papel mis impresiones; siento sin querer una especie de nostalgia que me hace comprender que Misiones se ha apoderado de mí. Tengo otra vez hambre de contemplar esa naturaleza paradisíaca, haciéndome repetir sin querer la frase del Dr. Holmberg que condensa esa impresión:

¡Volvería a Misiones sólo por ver sus árboles!

Juan B. Ambrosetti

Enero de 1893.

Tercer viaje a Misiones
(1896*)

por Juan Bautista Ambrosetti

* Publicado originalmente en el Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo XVI: 391-523, 1896, Buenos Aires.

Al lector

Este tercer viaje [1] al magnífico territorio de Misiones lo efectué en los meses de febrero a julio de 1894, por encargo del Instituto Geográfico Argentino, con el fin de completar los datos que se tenían sobre esa región, y coleccionar objetos para enriquecer las secciones de etnografía y arqueología del museo, que el Instituto está formando con loable empeño, para que pueda servir de eficaz ayuda a los que se dedican a estudios de esta naturaleza.

El Instituto se dirigió por nota al Superior Gobierno solicitando su concurso, quien accedió poniendo al pie de ella la siguiente resolución:

Buenos Aires, enero 9 de 1894.

En mérito de las consideraciones aducidas por el Instituto Geográfico Argentino, manifestando haber confiado al Sr. Juan B. Ambrosetti y dos ayudantes el estudio y exploración de las Misiones, y resuelto enviar algunas expediciones, a fin de que recolecten el mayor número de datos exactos, sobre la naturaleza y riqueza de los territorios nacionales, su colonización, historia, arqueología y etnografía, con el fin de completar en lo posible sus respectivas descripciones, las que publicadas, servirán de propaganda a la inmigración, y

Considerando:

Que es un deber del Gobierno coadyuvar por todos los medios a su alcance, a la realización de estudios que, como el de que se trata, tiene verdadera importancia, especialmente para la Geografía Nacional;

SE RESUELVE:

1.° Conceder al Instituto Geográfico Argentino los tres pasajes solicitados, desde esta capital hasta Tacurú Pucú y escalas, y la suma de seiscientos pesos moneda nacional que le serán entregados por la Oficina de Contabilidad del Ministerio, con destino a los fines mencionados y con imputación a eventuales.

2.° Comuníquese, etc.

Sáenz Peña (1)
Manuel Quintana.

Al mismo tiempo que el Instituto gestionaba ante el Gobierno esta

resolución, solicité por mi parte de mi distinguido amigo el Dr. Eduardo L. Holmberg, catedrático de botánica en la Facultad de Ciencias, la participación del Gabinete de Historia Natural, a lo que accedió, adhiriéndose el ayudante Juan M. Kyle a la expedición, que traía además un contingente pecuniario de los fondos destinados al fomento de dicho Gabinete, al cual debían corresponder parte de las colecciones zoológicas que se recogieran.

Para ocupar el otro puesto de ayudante, elegí al Sr. Gerente del Instituto, Carlos Correa Luna, joven aventajado y que mostró gran deseo de formar parte de la expedición.

1 El primer viaje lo realicé por la provincia de Río Grande del Sur, Alto Uruguay, atravesando después el territorio hasta el Alto Paraná en 1891. Los resultados de esta expedición fueron publicados en la Revista del Museo de La Plata *tomos III, IV y V. El segundo viaje lo realicé por el Alto Paraná e Iguazú en el año 1892, por cuenta del Museo de La Plata, dirigiendo la expedición Nord-Este que me confió su director el Dr. Francisco P. Moreno y cuyos resultados fueron publicados en este Boletín, tomo XV.*

Capítulo I
De Buenos Aires a Posadas

Embarque. – Navegación en el Plata. – La Isla de Martín García. – Entrada al Paraná Guazú. – Llegada a Posadas.

El día 4 de febrero zarpamos de Buenos Aires con destino a Corrientes a bordo del vapor de la carrera *Río Paraná*.

La marcha al principio es difícil entre aquel hacinamiento de buques que se hallan en la dársena y diques, y el continuo ir y venir de los pequeños remolcadores y lanchas que surcan sus aguas en todas direcciones; lo que obliga al vapor a andar despacio hasta poder tomar el canal de entrada, haciendo mientras tanto desfilar ante nosotros, el sinnúmero de cuadros animados que ofrece la ribera, siempre hormigueando de gente y curiosos.

El canal de entrada, por el cual se marcha, se halla bien señalado por dos filas paralelas de boyas numeradas, rojas y negras, que se balancean constantemente, acompañando el vaivén del agua siempre agitada.

A bordo todo es movimiento, cada cual trata de instalarse en su camarote, reuniendo en él, tras largas pesquisas, los objetos y bultos más queridos que la confusión del embarque ha dispersado.

El espíritu de orden parece agitar aquel microcosmos flotante, y todos, en los primeros momentos, hacen lo mismo, para poder después subir a cubierta a lanzar el suspiro de satisfacción de la obra concluida.

A pesar de nuestro buen deseo, el material de la expedición era numeroso, porque aduciendo razones de economía, hasta algunos víveres llevábamos, así que nos dio bastante trabajo reunir los bultos y ponerlos al abrigo de cualquier equivocación, en los frecuentes desembarques de los continuos puertos intermediarios, en los que teníamos que hacer escala, antes de llegar a nuestro destino.

Pronto pudimos dar también nosotros el suspiro del descanso y dejando a los aficionados empeñados en alguna partida en el salón, preferimos ir a respirar el aire fresco en la toldilla de proa.

El Río de la Plata estaba espléndido bajo un bello sol de las 3 de la tarde.

Aquella inmensa masa líquida moviéndose suavemente quebraba los rayos de luz entre las aristas de sus rizadas ondas que tomaban tintes verdosos.

Una brisa suave nos evitaba las molestias del calor de febrero haciendo repiquetear la lona del toldo, al sacudirla, y dispersando el penacho negro del humo que incesantemente escapaba de la gruesa chimenea.

Los paseos de popa a proa son inevitables a bordo, un deseo de movimiento sugerido sin duda por la idea de la inmovilidad forzosa, se encarna en uno e inconscientemente se camina.

La ciudad de Buenos Aires poco a poco se esfumaba después de habernos presentado el magnífico espectáculo de su gran panorama, erizado de torres y chimeneas.

La marcha siempre igual con su ritmo marcado, nos alejaba cada vez más; los primeros planos se perdieron, luego los últimos y después, el horizonte incendiado por el sol poniente, ocupó su puesto en la visual, lanzándonos sus reflejos ígneos que fantásticamente iluminaban la estela furiosa del agua revuelta por las ruedas, que el vapor dejaba tras de sí, como huella fugaz de su pasada.

Agua y cielo por doquier es lo que se ve después de un par de horas de marcha, y de toda esta bella monotonía, aquí y allí fondeados o navegando, se destacan con sus cascos de colores uniformes buques y vapores.

Pasamos por el Globo, lugar peligroso, a juzgar por los muchos mástiles tronchados, desechos desnudos que allí emergen; cada uno con su historia, que relatan los baqueanos de a bordo para quienes esas arboladuras son antiguos conocidos.

Son del patacho, bergantín, goleta tal o cual, víctimas de las suestadas (2) que los arrojó sobre ese lecho movible de arena, sobre el cual eternamente descansarán, hundiéndose poco a poco en su masa que concluirá por cubrirlos, hasta que al agua se le antoje por cualquier causa abrirse una brecha por allí; entre tanto sus mástiles derechos o inclinados seguirán sirviendo de señales para que el marino las sepa aprovechar.

Continúa el aspecto monótono del Plata, agua y cielo, un mar, las olas no tienen ese aspecto imponente de las oceánicas, no, son más pequeñas, su movimiento está sujeto a un ritmo especial; al formarse parece que doblaran su extremidad hacia abajo a medida que van engrosándose, para dar una especie de vuelta sobre sí mismas y reventar mostrando su magnífica cresta de espuma blanca que se deshace lánguida hasta perderse como cansada de

tanto esfuerzo.

Detrás de una, otra nueva viene enrollándose sobre sí misma para reventar a su vez, y así de continuo, no se termina ese eterno movimiento del líquido en su inestable equilibrio, juguete de la fresca brisa, que parece entretenerse en cosquillear, *arripiando* la piel del gigantesco Plata.

El vapor continúa su marcha a toda fuerza. El batir de las poderosas ruedas, acompasado e igual, revuelve en sus flancos el líquido elemento, formando un vacío que incesantemente se llena, como si una vorágine monstruosa lo tragara, mientras detrás de ellas, el agua golpeada y sacudida levanta una fuerte marejada que trasmite sus espasmos a la distancia, formando un amplio ángulo, al que en el cielo acompaña la negra cola de humo que se escapa de la chimenea y marca el ritmo jadeante del vapor.

El Plata muestra un lunar, la isla de Martín García, que surge de su masa líquida, providencialmente colocada por la naturaleza entre inaccesibles bancos, y dominando las únicas entradas a nuestros ríos interiores: Paraná y Uruguay.

La forma de la isla es más o menos ovalada, con su eje mayor dirigido de Norte a Sur; vista en el mapa tiene el aspecto de uno de esos escudos feudales con un recorte en un lado.

La isla de Martín García (3), como es sabido, tiene una gran importancia estratégica y es por eso que el Gobierno Argentino siempre se ha preocupado, gastando sumas respetables, en el artillado y fortificación de ella.

Además de ser plaza fuerte, Martín García es el cuarentenario de los emigrantes y pasajeros que llegan en buques de puertos declarados sospechosos.

Las construcciones del gran lazareto y cuarentenario se ven desde a bordo, destacándose desde lejos por el color rojo con el cual se hallan pintadas.

No nos detenemos, la navegación continúa sin interrupción por el canal del lado argentino, a fin de tomar la boca del *Guazú*, como le llaman los baqueanos abreviando su verdadero nombre de *Paraná-Guazú*.

El Paraná Guazú es el brazo principal por donde desemboca el río Paraná, que al llegar al Plata, tiene que dividirse y subdividirse en otros brazos que surcan el sonriente Delta de su anchurosa boca.

Antes de penetrar al Guazú, grandes juncales se presentan como anunciando su proximidad; aquellas masas verdes, filamentosas, que sobresalen del agua moviéndose a merced del viento, nos dicen bien claro

que son el preludio de nuevas islas que poco a poco se levantan, gracias al enorme material de transporte que el gran Paraná trae en sus aguas y que allí paulatinamente va sedimentándose, detenido entre los infinitos tallos de los juncos.

Después de los juncales, aparecen las islas bajas de formación reciente, cubiertas todas de arbustos con sus raíces entre el limo bajo de agua.

El carácter de esta vegetación es especial, son arbustos jóvenes, en su mayor parte sauces, ingás, sarandíes, etc., todos de tallo delgado y enhiesto, más o menos de la misma altura, imprimiendo al paisaje una bella monotonía (4).

Nos hallamos dentro del Guazú, en pleno río Paraná, el que tendremos que remontar como unas 400 leguas, hasta el término de nuestro viaje.

Tendremos tiempo de admirarlo en sus diversos panoramas: desde esta vegetación en los albores de su vida casi infantil, que hoy nos sonríe, hasta aquella, allá a lo lejos, que contemplaremos sobre sus grandiosas barrancas, agobiada bajo el peso de los siglos y de innumerables parásitos, pero como vieja matrona, severa e imponente.

Cinco días después, transbordando en Corrientes, llegamos a Posadas capital del Territorio de Misiones, donde fuimos perfectamente atendidos por el Sr. Gobernador y demás autoridades, teniendo al mismo tiempo la satisfacción de estrechar de nuevo la mano a muchos de los amigos de los viajes anteriores.

Para no perder tiempo, resolvimos pasar a Candelaria.

Capítulo II
Candelaria

A bordo del *Delicia*. –El puerto de Candelaria. –Razones de la ubicación del pueblo. –Excursión por los alrededores. –Recuerdos de la Expedición del General Belgrano. –El yerbal de Bonpland. –La yerba y su germinación. –Visita a las ruinas de la antigua Misión jesuítica. –La tierra. –La influencia del ferrocarril sobre el desarrollo de Candelaria. –Pequeñas industrias.

Acompañados por D. Carlos Bossetti nos embarcamos en el vapor *Delicia*, cuyo propietario D. Pedro Labat, galantemente nos ofreció pasaje.

Cuando salimos de Posadas era ya tarde. El *Delicia* dio sus silbatos de ordenanza y poniendo la proa a la corriente, arrancó con gallardía, llevando a remolque una gran chata, que sostenida por medio de un grueso cabo estirado, nos seguía, casi rasando el agua.

La salida de Posadas ofrece ciertas dificultades, y es necesario ser baqueano para aprovechar de todos los recursos que ofrece el conocimiento de las aguas y piedras, a fin de salvar, haciendo voltejear el vapor, la corredera de Itacuá (cueva de piedra) (5) y sobre todo la parte que queda frente a los Sarandíes 1, en donde la correntada es muy fuerte, lo que hace parecer por un gran rato, que no se marchara, teniendo siempre a la vista la ciudad.

La noche pronto nos sorprendió: una noche tropical, cuajada de estrellas a cuya titilante luz continuamos la marcha, seguidos por un grueso penacho de chispas que arrojaba la chimenea: chispas de mil formas, alargadas, retorcidas, que subían para apagarse luego y renovadas sin cesar, produciendo un bello efecto entre aquellas aguas correntosas, que las reflejaban fantásticamente.

Más tarde, la prudencia aconsejó fondear, y arrimándonos a la costa paraguaya, se amarró el vapor; tendiendo nuestros recados en el piso de la chata, nos acostamos con el cielo por techo, lo que nos permitió durante breves instantes estudiar astronomía, pero como en esa posición lo que se busca es dar amplia libertad al cuerpo y sus componentes, los párpados la

aprovecharon para bajar, sustituyendo con su intrasparencia el espectáculo celeste.

Al amanecer despertamos bajo una capa de rocío que abundante, según costumbre, en Misiones, todas las noches cae.

Pronto llegamos al puerto de Candelaria. La costa es baja, la vegetación, como toda la ribereña, muy tupida y dominándola aquí y allí grupos de elegantes palmeras mbocayá (6) se erguían con sus bellos penachos de graciosas hojas.

Desembarcamos en la playa y poco después nos dirigimos a caballo a casa del Señor Bossetti situada a un extremo del pueblo.

El trayecto que se recorre es una simple faja de monte que separa la costa de la región de campo en que se halla Candelaria.

En ese monte, a la derecha, se encuentran las ruinas del antiguo pueblo jesuita (7); el moderno está delineado sobre una bella loma.

Las razones que se han tenido para no ubicarlo cerca del pueblo jesuita han sido, principalmente, alejarlo de la costa, que siendo allí baja y expuesta a las continuas crecientes del Alto Paraná, podía, al terminar estas, dejando la tierra inundada, cubierta de detritus y materias de transporte, dar lugar a la producción de fiebres intermitentes, etc., mientras que sobre la loma, favorecido el pueblo por el sol y la ventilación constante, se halla fuera de esos inconvenientes.

Al escribir esto no quiero decir que en Misiones exista el *chucho* o las fiebres palúdicas, no, estas sólo se manifiestan muy raramente por las razones antedichas; pero, como se trata de una enfermedad infecciosa, que hallando elementos para producirse podría transformarse en endémica, es muy pasible la mente que ha regido en colocar al pueblo en condiciones de salubridad, consultando no sólo el presente sino también sus necesidades futuras.

El pueblo nuevo empieza a poblarse, hay ya varias casas de material, bien construidas, pero como faltan aún muchos claros que llenar, parecen estar desparramadas sobre la loma que le sirve de asiento; muchos de estos claros estarían a la fecha llenos, si los colonos no hubieran tenido que tropezar con tantas dificultades para poder conseguir la escrituración de la tierra, dificultades que le presentaba la mala reglamentación de las tituladas colonias nacionales, que los obligaba a tramitar los asuntos ante la oficina nacional de tierras en Buenos Aires, a 300 leguas más o menos del punto de su residencia.

Felizmente, después de un luminoso informe de su actual gobernador Dr. Juan Balestra, quien ha sentido verdaderamente las necesidades de Misiones, el Gobierno Nacional dispuso de conformidad con él, que tanto Candelaria, como Santa Ana, pasasen a depender de la Gobernación, y que los títulos de propiedad se expidieran en la Capital del Territorio, Posadas, en donde para ello se crearon al mismo tiempo la Escribanía de Gobierno y la mesa topográfica, reparticiones ambas de gran importancia y de mucha necesidad.

Poco nos demoramos en casa del Señor Bosetti: lo suficiente para tomar el café matutino y volviendo a montar a caballo, recorrimos los alrededores de Candelaria.

El terreno es suavemente ondulado, con campos aptos para la cría de ganado mayor, y desparramadas en todos sentidos, isletas de montes que solucionan la continuidad de aquella sábana verde (8).

Al Sur, rodeando casi a Candelaria, pero lejos, el arroyo Garupá muestra la línea de su cauce por la mancha continua de vegetación tupida y exuberante, que borda sus sonrientes orillas (9).

Más lejos aún, los primeros contrafuertes y manifestaciones de la Cordillera del Imán (10) se presentan con elevaciones más o menos acentuadas, y un poco más lejos el precioso cerro de Santa Ana (11) destaca del horizonte su masa lila alargada.

Por doquier, en el suelo, nuestros caballos van pisando flores. Aquellos campos, se convierten en esta época (marzo) en una alfombra multicolor: cientos de especies diversas se distinguen por sus variadas corolas, todas de colores brillantes, vivísimos, que el magnífico sol de la mañana hace resaltar acentuando las últimas gotas de rocío, que sobre ellas en la noche se posaron; mientras los insectos despertados volvían a visitarlas con sus zumbidos característicos, dejando aquí y allí cargas de polen, cumpliendo así con el rol inconsciente que la naturaleza les ha adjudicado de factores de su fecundación.

En medio del paseo nos asaltaron los recuerdos históricos y buscamos más o menos el punto en donde el primer ejército libertador de la patria acampó, antes de efectuar la gloriosa expedición al Paraguay en 1811, al mando del General Belgrano (12). Frente a nosotros el río Paraná, aún no estrechado, mostraba su gran cancha con su faz titilante iluminada por el sol de la mañana, y del otro lado, la costa paraguaya, salvaje y abrupta, cubierta de vegetación boscosa se elevaba.

Mentalmente reconstruimos la escena que debió producirse, cuando el ejército pasó, y sin querer presenciamos el embarque imaginario de aquellos 1000 hombres que se lanzaban aguas abajo sobre balsas de madera y botes de cuero, formados y con sus armas preparadas para desembarcar en el Campichuelo, legua y media más al Sur, iniciando así esa campaña que, como bien lo dice el General Mitre, *iba a poner a prueba el temple de alma de Belgrano y el de sus soldados* 2.

El Sr. Bossetti nos condujo a una chacra de su propiedad, situada cerca de las ruinas, en donde nos mostró un yerbal que según él, ha sido plantado por Bonpland (13).

Efectivamente, los árboles se hallan colocados en líneas regulares y por su aspecto y edad, demuestran de un modo que no deja lugar a dudas, que han sido plantados allí en la época en que el gran sabio se estableció en las Misiones, víctima de esa naturaleza tan maravillosa, que lo subyugó con sus espléndidas galas.

El yerbal se encuentra un poco destruido a causa del abandono en que se ha hallado, y del poco cuidado de los que lo han explotado clandestinamente, en otra época.

Felizmente, hoy pertenece al señor Bossetti, quien lo sabrá conservar, reponiendo las plantas que han sido cortadas y dejándolo descansar (14).

De qué medios se habrá valido Bonpland para llevar a cabo la plantación de la yerba, lo ignoramos; sus manuscritos perdidos deben haber tenido indicaciones preciosas al respecto.

Bonpland tuvo ocasiones como nadie para obtener una gran cantidad de datos sobre los medios agrícolas e industriales de que se valieron los jesuitas, para el adelanto de sus reducciones, porque, en su época, aún existían algunos viejos de entonces o por lo menos sus próximos descendientes, con quienes se halló en íntimo contacto y con los que esperaba formar una gran Colonia Misionera en Santa Ana y Candelaria, cuando los secuaces del siniestro doctor Francia, lo arrebataron y saquearon para internarlo en el Paraguay.

Sus manuscritos perdidos; ¡cómo los llora la ciencia!

¡Todo un monumento científico, levantado por un sabio durante tantos años de observación directa y de sacrificios sin cuento, alejado de todo centro civilizado, luchando contra la naturaleza salvaje y con gentes más salvajes aún!

Mucho me temo que hayan tenido un fin prosaico, como tuvieron varios

libros de propiedad del ilustre Bravard, en la provincia de Entre Ríos, de los que pude salvar algunos pocos que aún poseo, de un deshojamiento paulatino que tenía por objeto recibir cantidades diminutas de yerba y azúcar, que un pulpero envolvía en las páginas donde Rafn y otros tradujeron las *Sagas* escandinavas, o el Rey de Dinamarca demostraba los procedimientos para la construcción de los Dolmens, etc.

La cuestión de la plantación de yerba mate hace tiempo me viene preocupando seriamente, puesto que se trata de una riqueza presente y futura; muchos yerbales han sido destruidos, mucho tiempo pasará antes de que se repongan y otros ya no se repondrán porque han sido salvajemente talados; así pues, urge la plantación de yerbales nuevos.

Muchos trabajos se han hecho sin resultado.

El trasplante de las plantitas huachas, como las llaman por allí a las pequeñas que se hallan en los yerbales, es un procedimiento muy costoso, que se ha ensayado sin éxito, puede decirse, puesto que ya por una o por otra causa, muchas plantas han muerto y sobre todo el transporte de estas, desde los yerbales a los centros poblados, es largo y perjudicial para ellas, a pesar de lo cual siempre se han salvado algunas, pero muy pocas.

De modo que hubo que abandonar este procedimiento por las razones expuestas. Los demás ensayos hechos por muchas personas en Misiones no dieron tampoco resultado y entonces ya sin averiguar ni experimentar más, las personas empeñadas en ello se desalentaron y dijeron en uno de esos momentos:

«Los jesuitas llevaron consigo el secreto de su plantación y todo lo que se haga al respecto, es inútil».

Y el asunto plantación de yerba-mate quedó en el olvido y los que quisieron emprender de nuevo estudios al respecto, fueron mirados como utopistas que perdían el tiempo.

Pero mientras que nosotros, al tratarse de yerba, dirigíamos solamente nuestra vista al territorio de Misiones y al Paraguay, en otra región rica también en yerbales, en la provincia del Paraná (Brasil) lindera con Misiones, hacía ya tiempo que habían descubierto el secreto de su plantación. Muchos yerbales se plantaban, y más de un mate de *yerba paranaguá*, que hemos tomado mientras nos preocupábamos de este asunto, provenía de árboles plantados en aquel Estado.

Hallándome en Misiones, en momentos en que el célebre General *Juca*

Tigre aparecía con su ejército en las márgenes del majestuoso río Paraná, después de atravesar una gran extensión de la provincia del mismo nombre, acampaba en la Colonia Militar del Iguazú, tuve ocasión de conocer entre los recién llegados a uno de los jefes revolucionarios, persona sumamente distinguida y a quien ya conocía de nombre por algunos trabajos científicos publicados en revistas del Brasil; me refiero al Coronel Telémaco Morosini Borba, hijo de la provincia del Paraná.

Pronto la comunidad de estudios antropológicos nos hizo estrechar una amistad franca y cordial.

Entre los muchos temas que nos sirvieron para conversar en el largo viaje desde Tacurú Pucú hasta Buenos Aires, no podíamos dejar de tocar el de la yerba mate.

El señor Borba me explicó entonces el procedimiento empleado en su provincia, que es el siguiente, el que me hago un deber de publicar, para que lo ensayen los habitantes de Misiones, esperando que dé los mismos resultados que allá:

«Se coloca en un recipiente un poco de tierra y luego se echa agua a la que se va agregando potasa hasta que tome la densidad de hacer boyar un huevo de gallina; se echan dentro de este las semillas de yerba dejándolas en este baño veinticuatro horas, pasadas las cuales se procede a plantarlas en líneas a tres metros de distancia en todo sentido».

Ya está revelado el secreto de la germinación y trasplante de la yerba mate; ahora voy a indicar la conveniencia que hay en dedicarse a ella con todo el interés posible (15).

La yerba crece bastante ligero relativamente, y un agricultor que plante mil (1000) plantas, tendrá a los 4 ó 5 años, un término medio de 2 a 3 arrobas de yerba, por cada una, es decir, 20 a 30 kilos; como la yerba tiene buen precio y seguramente lo tendrá siempre, puesto que se trata de un artículo de primera necesidad, casi puede contarse con seguridad con 2 pesos m/n de ganancia por cada 10 kilos, de modo que las mil plantas en una zafra producirán de 4 a 6000 pesos.

Ahora bien, si el dueño de la plantación continúa ensanchando su yerbal con mil plantas anuales, en pocos años tendrá una renta que muy pocos productos podrán igualar.

Para plantar la yerba es preferible, a mi modo de ver, el rozado de bosque; en donde la tierra es mucho más apta, y si se hace esto no en la costa de los

montes, sino en el interior de ellos, será mucho mejor, por cuanto la plantación quedará resguardada de todos los vientos, lo que no deja de ser una ventaja.

Además, el hacer la plantación en rozados presenta la conveniencia de poderla cercar fácilmente con los árboles derribados, lo que evita el gasto del cerco de alambre, que no es poca economía. Y sobre todo la yerba es árbol de monte y sólo allí prospera bien, alcanzando pronto grandes proporciones.

Para el rozado es necesario emplear el sistema paraguayo, que conviene mucho más que el brasileño, puesto que aquel no destruye tanto la tierra con el fuego, como lo hace este, perdiéndose así una gran cantidad de sustancias que el calor transforma (16).

Del yerbal de Bonpland fuimos a visitar las ruinas de la antigua Candelaria. Estas, como todas las que se encuentran en Misiones, se hallan completamente envueltas en el bosque espeso, que desde su abandono empezó a cubrirlas. La maraña era insoportable, el señor Bossetti nos abría paso adelante, haciendo funcionar su machete de monte con el que, gracias a su mano práctica, dejaba tras de sí una senda accesible trochando cientos de tallos que doblegaban sus cabezas o caían al impulso destructor de su filoso instrumento.

Por entre la vegetación aparecían largas paredes, sucediéndose las habitaciones aún en pie o a medio derribar, mientras nosotros, siguiendo nuestra marcha, sudados y apartando las plantas a cada paso, andábamos pisando ya el suelo, ya sobre los montones de piedras caídas haciendo una gimnasia triple, al mismo tiempo que tratábamos de esquivar en lo posible el infinito número de nidos de avispas cartoneras pegadas a las paredes, cuyos terribles aguijones nos daban espeluznamientos, al sólo pensar que se les antojase atacarnos, si por casualidad una rama, o un tallo de enredaderas, de las innumerables que allí se entrelazan, rozasen con ellos, en algún mal tropezón o enredo, cuya sacudida fuese a tener desde el suelo concomitancia con las de arriba.

Poco de notable ofrecen estas ruinas, a no ser una gran pared que muestra ventanas en la parte superior, denotando que ha pertenecido a una casa de altos; por lo demás, todo se halla muy destruido, puesto que Candelaria fue una de las reducciones que más sufrieron en los sinnúmeros de calamidades humanas, que han azotado a Misiones (17).

Candelaria fue fundada primeramente en 1627, cerca de las nacientes del

arroyo Pirayú que desagua en el río Piratinin, no lejos del sitio en que se halla actualmente el pueblo de San Luis, en las Misiones brasileras, de la provincia de Rio Grande del Sul.

En 1637, a causa del miedo que los indios tenían a los portugueses, la abandonaron situándose cerca de Itapuá (18) (hoy Posadas). Luego de allí se trasladaron cerca del lugar que ocupan sus ruinas, y definitivamente más tarde, en 1665, se establecieron allí. (Gay) (19).

Según el jesuita José Peramas, el censo de 1767 daba a la reducción de Candelaria 3064 habitantes, cifra que reputo exacta, puesto que no de otro modo se explicaría la importancia de sus actuales ruinas.

Hoy el municipio de Candelaria, puedo llamarlo así, puesto que pronto tendrá su municipalidad, según lo manda la ley, tiene más de mil habitantes repartidos la mayor parte en las chacras que rodean al pueblo, ocupándose de la plantación del tabaco principalmente y, como se hallan tan cerca de Posadas, en el cultivo también de diversos productos hortícolas de consumo en aquella ciudad.

La tierra de Candelaria es excelente, y con ese clima tan propicio, llegará con el tiempo a transformarse, cuando las vías de comunicación sean más fáciles, en un centro hortícola de los más importantes.

Pero para eso se necesita la terminación del ferrocarril que unirá a Posadas con Santo Tomé y Concordia, en Entre Ríos, a un paso de Buenos Aires, aguas abajo.

Entonces las variadas frutas tropicales constantemente conducidas por el ferrocarril vendrán a abastecer los mercados y, como ellas, muchos otros productos.

Podrán también establecerse ciertas industrias, como por ejemplo, la de los tomates, que allí dan con tanta facilidad y excesivo desarrollo. Ya en forma de salsa o pasta que no sólo abastecería a la República, sino también podría fácilmente ser artículo de exportación valiosa.

La extracción del añil, que se encuentra por allí y da tan buenos resultados, es tan fácil que se reduce a lo siguiente:

Poner en una batea llena de agua los gajos cortados sin machucar las hojas, dejándolas 24 horas allí, pasadas las cuales se sacan, agregando al agua una cierta cantidad de lejía fuerte; se revuelve con unos cazos, con los que se extrae una especie de espuma que se forma hasta tres veces, dejando luego asentar el añil que se deposita en el fondo.

Este procedimiento es muy empleado en el Paraguay, y para las familias agricultoras, dado el poco trabajo que da el cultivo de la planta, vendría a ser un elemento más de producción cuyo importe reforzaría sus entradas, y al territorio, el conjunto de su exportación, haciendo ingresar una suma de dinero no despreciable.

Como esta, muchas otras pequeñas industrias, como la del almidón de mandioca, cuyo método de fabricación daré más adelante, ídem la de la fariña, etc., podrán desarrollarse rápidamente el día en que el ferrocarril, con su silbato civilizador, concluya de despertar al suelo misionero.

1 Sarandí es un punto sobre la costa argentina frente a Itacuá, llamado así por la abundancia de estos vegetales, que emergen entre aquellas aguas correntosas.
2 Mitre: Historia de Belgrano*, tomo 1, pág. 359.*

Capítulo III
Cerro Corá

Excursión al Cerro Corá. – El agua de Misiones. – El panorama del Cerro. – El establecimiento tabacalero del señor Hurtado. – Preparación del tabaco colorado y negro. – El tabaco de Misiones. – Su bondad y las causas de su mal nombre. – La población del Cerro. – Los decretos del doctor Balestra.

Luego de que hubimos visitado a Candelaria, determinamos prolongar nuestra excursión al distrito agrícola de Cerro Corá, distante de allí como dos leguas.

Al siguiente día, montamos a caballo y acompañados del señor Bossetti, doctor Daverede y señor Jesús Val, llevando nuestra máquina fotográfica, nos dirigimos al cerro.

Durante la marcha, no dejábamos de tener a cada paso frases de admiración por aquellos continuos panoramas hermosísimos que se repetían con una frecuencia abrumadora; mis buenos compañeros Kyle y Correa Luna, ambos aficionados y encargados del aparato fotográfico, no cabían de impaciencia por empezar sus funciones.

Pero era necesario marchar, el sol de la mañana se hacía cada vez más cruel, y cuando se tiene que andar al trote por al campo y sin reparo, es preciso no perder tiempo. Ya tendríamos qué hacer en el cerro; así que no había más que conformarse con mirar.

¡Mirar! Pero ¿se puede mirar sin contemplar cuando la naturaleza brinda a los ojos viajeros sus más bellos espectáculos? Imposible, y eso nos sucedía precisamente; los tres no hablábamos, ni oíamos mientras nuestra vista se hallaba absorbida con todo aquello que iba desfilando poco a poco, con el ritmo de un trote pausado y continuo.

Por doquier las altas lomadas se doblaban en una curva graciosa, salpicadas de isletas de bosque, que resaltaban su tono azul oscuro del plano verde en que se hallaban, mientras en el suelo las sombras que proyectaban partían de su pie, en forma de grandes manchas alargadas.

Esas isletas de bosque, diseminadas por la superficie de aquellos campos,

de todo tamaño y dimensiones, traicionaban la existencia en medio de ellas, de un ojo de agua o manantial, que oculto entre la espesura, era amorosamente resguardado por la densa cortina de follaje.

Y esos ojos de agua, brotando sin murmullo, llenaban de vida y frescura a aquellos oasis vegetales que las haciendas aprovechan para pasar sus rumiantes siestas.

De vez en cuando el sonido lítico del golpear del bazo de nuestras cabalgaduras, nos hacía mirar al suelo, y entonces por un rato podíamos observar el subsuelo pedregoso de melafiras que la erosión de las aguas pluviales, en ciertas partes, ha puesto en descubierto, sobre todo en las alturas.

De tanto en tanto, en los bajos, atravesábamos hilos de agua y arroyuelos que corrían mansamente sobre un lecho pedregoso y, en el corte de ese cauce, la tierra negra ubérrima se presentaba en una gruesa capa.

En otras partes, las isletas de monte se alargaban, transformándose en largas restingas, que parecían interceptar el paso, y a medida que avanzábamos, la vegetación boscosa iba tomando caracteres más acentuados.

El trote no se interrumpía, nuestras cabalgaduras veteranas del camino continuaban avanzando, buscándole ventajas al suelo, como viejos conocidos.

Otro arroyo más, aquí hay más agua. No importa: se pasa, después de haber tomado un gran trago que la prudencia nos hace suspender a lo mejor, pero que el instinto animal nos haría beber un balde, de tan sabrosa que es.

¡Ah! ¡Las aguas de Misiones! ¡Qué riqueza hay allí solamente de ese líquido bienhechor y alma de toda la creación!

¡Qué cosa tan exquisita, qué claridad y qué frescura tiene esa preciosa linfa, qué cantidad de hierro lleva en disolución! Gracias a ella, ¡pocos son los anémicos que se encuentran por allí!

Del otro lado caminamos un momento por entre una restinga de puros urunday (20), árbol de madera tan excelente para ciertas obras, que los brasileros la llaman con razón *pao ferro*; es decir, ‘palo de hierro’.

Pasada esta, otro espectáculo más bello se presenta: el Cerro Corá (21) que se eleva majestuoso ante nosotros con su forma de anfiteatro romano.

Aquel semicírculo de grandes cerros cubiertos totalmente por la lujuriosa vegetación misionera mostraba en sus flancos, desparramados y abundantes, manchas de un verde claro en donde los árboles habían sido derribados, para ser sustituidos por los tallos esbeltos del maíz o la caña de azúcar, o por las

plantas de tabaco, cuyas grandes hojas vendrían a pagar con usura a sus dueños el sudor derramado al proporcionarles espacio y suelo en que arraigar.

Luego, aquí y allí, las casas de los pobladores de aquel edén mostraban sus siluetas primitivas y las ripias de cedro (22) que, como escamas de pescado, cubrían sus techos.

Nos apeamos en medio del anfiteatro, en donde el señor Enrique Hurtado, industrial meritorio, ha levantado el primer estable cimiento tabacalero serio en Misiones.

El señor Hurtado no es plantador, sino acopiador de tabacos verdes que él prepara de un modo racional.

En cinco grandes galpones ventilados y económicamente hechos, que se hallan colocados de modo que formen un cuadrado, el tabaco sufre las operaciones de desecación a la sombra.

Primero las hojas son ensartadas por medio de una aguja e hilo, evitando así el sistema de atadura que es más moroso.

Una cantidad de muchachos se ocupan de esta tarea fácil, sustraídos de ese modo a la haraganería propia del abandono en que viven, y adquiriendo desde su edad ese hábito al trabajo que formará más tarde la base de su felicidad y bienestar.

Después, estas sartas son suspendidas entre pilares especiales para que gradualmente se sequen, todas clasificadas según clases, con sus etiquetas correspondientes.

Cuando ha llegado el momento oportuno las hojas son acondicionadas en mazos especiales, y van éstos a la prensa donde son enfardados.

De esta manera, el tabaco secado a la sombra convenientemente ventilado no pierde ninguna de sus propiedades, adquiere un bello color habana que inmediatamente llama la atención y conserva su aroma; no se arde, no se machuca y no toma ese gusto picante e insoportable de muchos análogos, que mal cosechado y expuesto, por la falta de local y medios, a todas las contingencias de la operación hecha al aire libre, en donde hoy recibe un chubasco, mañana sol, después viento, con su correspondiente dosis de tierra, etc., de modo que tiene que salir malo.

Por esta y otras muchas razones, entre ellas la exposición al rocío que le hacen sufrir durante una noche, antes de venderlo, para que pese más, algunos plantadores poco escrupulosos, hace que hasta ahora el tabaco misionero haya gozado de idéntica fama que la yerba del mismo nombre, sólo

por el mal sistema de elaboración.

Felizmente, en adelante, gracias al ejemplo del señor Hurtado, en Cerro Corá y otros puntos, que ya han empezado a imitarlo, el tabaco de Misiones podrá ocupar el puesto que le corresponde dignamente entre sus similares, acreditándose como se está actualmente acreditando. Porque las diferencias que se han notado hasta ahora no han provenido sino de su mala elaboración, puesto que Misiones no tiene que envidiar a ninguna otra región, respecto a la clase de tierra apta para el cultivo del tabaco.

Su tierra es de calidad excelente, el tabaco se desarrolla de un modo asombroso: he visto plantas de dos metros de altura y aún más, con hasta 52 hojas entre grandes y pequeñas y muchas de 42 hojas abajo.

Algunas de estas plantas habían macollado, y de una salían 5 tallos cargados de hojas.

Muchas hojas he visto de una vara de largo u 80 centímetros y varias que han llegado al metro.

Estos datos que algunos creerán exagerados los hemos tomado directamente en el rozado del poblador Gregorio Acosta, paraguayo, sobre la costa del Paraná un poco más al norte de Santa Ana, rozado que visitamos con los compañeros, quienes como yo, se asombraron de esta exuberancia.

Este plantador con escasos medios, pero dotado de gran prolijidad, conseguía preparar una cierta cantidad de tabaco de buena calidad; entre las varias clases nos mostró una, que llaman *tabaco canela*, por el bello color que toma, y lo obtienen no deshojando la planta, sino cortándola al pie y dejando secar las hojas a la sombra pegadas al tallo.

En el establecimiento del señor Hurtado se prepara también tabaco negro.

Esta industria en Misiones, de un tiempo a esta parte, se ha desarrollado mucho debido al buen precio que tiene el artículo.

Los brasileros allí establecidos son los que más se han dedicado a ella.

Su fabricación es sencilla: las hojas de tabaco son desprovistas de la nervadura central y son divididas en dos a lo largo; estas porciones se colocan en hilera unas sobre otras y se tuercen en forma de cuerda que se enrolla después alrededor de un palo redondo.

El tabaco así preparado se empieza a poner oscuro hasta llegar al color negro; de tiempo en tiempo, se desenrolla la cuerda y se vuelve a enrollar en sentido contrario para que la operación se haga uniformemente.

Los rollos de tabaco negro, una vez terminada su preparación, son forrados

en tabaco colorado y arpillera para ser así fácilmente exportados.

En la época en que lo visitamos (marzo), Cerro Corá se hallaba en plena cosecha de tabaco.

En todas las casas de los pobladores no se veían sino sartas de tabaco colorado secándose o rollos de negro en preparación; puede decirse que aquel es un distrito tabacalero por excelencia.

A caballo recorrimos la población del Cerro, es decir una parte, puesto que es difícil en un día visitar las plantaciones y casas de trescientas quince familias o más, que hay establecidas.

Toda esta población se ha instalado allí espontáneamente, a pesar de las vicisitudes por las que han tenido que pasar, sin seguridades de ninguna especie y expuestos cualquier día a que un decreto del Ejecutivo, arrancado por sorpresa, los considerara como intrusos.

Una vez ya estuvo a punto de suceder y hasta fueron los agrimensores para medir los terrenos del Cerro, que en Buenos Aires se habían concedido a una empresa particular, en la creencia de que estaban despoblados, para formar allí una colonia agrícola (*sic*) pero felizmente, gracias a la energía que desplegaron los meritorios D. Carlos Bossetti y D. Gaudencio Cortés que ayudaron a los vecinos en su resistencia, no se llevó a cabo esa monstruosidad (23).

Los agrimensores no pudieron dar principio a sus trabajos, porque los pobladores se ofrecieron echarlos a balazos y tuvieron que volverse, dando tiempo así para que se ventilara la cuestión.

Felizmente, hoy ese temor a pasado ya, gracias al decreto que el Dr. Balestra ha conseguido del Gobierno Nacional, por el cual se crea a Cerro Corá sección del territorio de Misiones, para que inmediatamente se proceda a la mensura y venta de sus tierras a los pobladores existentes, por intermedio de la Gobernación.

Capítulo IV
En el Ingenio Primer Misionero

De Candelaria al Ingenio. – El arroyo San Juan. – La mina de cobre. – El ingenio. Hospitalidad misionera. – Pequeñas industrias. – Necesidad de apoyo. – Fundación de pueblos. – Las avispas albañiles y las arañas.

De Cerro Corá volvimos a Candelaria. Al siguiente día, el señor Jesús Val nos envió caballos para dirigirnos a su establecimiento, el Ingenio Primer Misionero, situado a una legua larga de Candelaria.

Nuestro guía, un negro brasilero, Seu Toledo, al venirnos a buscar había echado mano de sus mejores prendas de ropa. Un gran *jaquet* negro cubría una camisa de trabajo, haciendo digno *pendant* con el pantalón negro también, pero arremangado hasta las rodillas, los pies descalzos, cubierta la cabeza con un gran sombrero chambergo y con el machete atravesado por delante.

Seu Toledo desde temprano nos esperaba con los macarrones de la brida, que no pifiaban de impaciencia, como los de novela, sino por el contrario con freno y todo, trataban de aprovechar con dentelladas aquí y allí, las matas del jugoso pasto que tenían a su alcance.

Nos despedimos del señor Bossetti y demás amigos de Candelaria, y precedidos de Seu Toledo, nos dejamos mecer otra vez por el clásico trote misionero.

Por un gran trecho la marcha fue paralela a la costa del Paraná, que al cruzar por las lomadas, divisábamos por sobre la línea de vegetación arbórea de sus orillas.

El trayecto seguía presentando extrema variación, el terreno quebrado en esa parte mostraba aquí y allí, isletas y restingas de bosque de todas dimensiones, colocadas de mil modos diversos, que sobresalían de aquellos campos magníficos, cubiertos densamente de esmaltadas flores.

Más adelante, la restinga de bosque del arroyo San Juan apareció en un gran bajo y como el paso no se hallaba en línea recta, tuvimos que marchar durante un buen rato, por entre su gran bañado, haciendo curvas y viboreos a

fin de no alejarnos de una pequeña senda que marcaba las partes secas del mismo, y nos evitaba el empantanar a nuestros animales.

Luego llegamos al paso de San Juan, de muy poca agua, en el cual nos apeamos un rato a dar de beber a los caballos.

¡Qué vista tan deliciosamente espléndida presentaba el arroyo bajo su fresca sombra!

La vegetación de sus orillas saturada de humedad, exuberante al infinito, se inclinaba graciosa sobre las aguas límpidas como cubriéndolas amorosamente.

El sol de la mañana, penetrando por entre el ñandutí de ramas y hojas, llenaba de iridiscencias múltiples aquel cuadro encantador, y en sus esparcidos rayos, insectos a millares revoloteaban sin cesar, mientras innumerables mariposas en grupos compactos, con sus alas cerradas formando extrañas flores, chupaban la humedad sobre las negras rocas de su lecho que sobresalían de las aguas, en las que todo aquel cuadro indescriptible se reflejaba.

Los compañeros no pudieron resistir a tanta belleza, y allí, sobre una piedra, armando la máquina fotográfica, después de mucho titubear en la elección del punto, porque todos eran hermosos, tomaron unas vistas (24).

Continuamos la marcha, el terreno del otro lado del arroyo San Juan se quebraba más, las lomadas de mayor altura con su cima desprovistas de tierra, que el agua había hecho desaparecer, mostraban a veces el subsuelo de melafira; la vegetación boscosa en esta parte, se pronunciaba con mayor intensidad.

Pronto volvimos a buscar la costa del río, de la cual el San Juan nos había hecho desviar, y a las pocas cuadras empezamos a marchar entre extensos maizales pertenecientes al Ingenio.

Al llegar al establecimiento viejo que se halla cerca del pozo de una antigua mina de cobre, encontramos a D. Jesús Val y con él bajamos a tomar un mate bajo el corredor del antiguo Ingenio.

Como nos quedaba tan cerca, resolvimos visitar la famosa mina que devoró a su antiguo propietario unos 30.000 $ m/n, y de la cual no sacó producto alguno.

Sobre esta mina, el Dr. Holmberg en su interesantísimo libro sobre Misiones, trae los siguientes datos:

«El cobre que se encuentra es el nativo o apenas cubierto en la superficie

de las masas irregulares subarborescentes, de óxido rojizo no muy bien cristalizado y en parte como carbonato. La veta parece ingrata, porque no es de mucho cuerpo, se interrumpe con frecuencia, a veces se adelgaza hasta hacerse filiforme y puede decirse que, desde que la descubrieron los jesuitas hasta ahora, sólo ha producido algunas toneladas de piedra, que en montones seculares rodean la boca, y varias arrobas de metal que no alcanzarán, ni remotamente, a cubrir los gastos de explotación» 1.

Según los datos que el señor Puck, entonces propietario del ingenio, le suministró, el pozo vertical tendría unos 20 metros de profundidad y la galería horizontal que allí comienza, unos 30 metros.

Entonces, como hoy, la mina se hallaba casi llena de agua, procedente de las lluvias y avenidas del terreno inmediato.

Hablando en San Pedro del Paraná (Paraguay) con el señor Luis Krümmel, ingeniero de minas, establecido transitoriamente allí, sobre una mina que hacía poco se había descubierto cerca de Villa Encarnación, idéntica a la que nos ocupa y más o menos a la misma altura que esta, me dijo que desgraciadamente estas minas no tienen concomitancia con la veta principal. Que dada la proximidad a la que se halla el metal cerca de la superficie del suelo y la pureza del cobre que se extrae, estas minas no son sino lo que en término minero se llaman *bombas*; es decir, cantidades de metal que han sido arrojadas lejos de la veta al formarse el filón.

Dadas estas razones, creo que todo lo que se haga en el sentido de su explotación es tiempo y trabajo perdido, porque la gran cuestión será hallar la veta, y esta, ¿dónde estará? O mejor, ¿a qué profundidad?

Es cierto que los jesuitas exploraron algunas, pero hay que convenir también que a ellos poco gasto les ocasionaba su laboreo, porque tenían los brazos gratis, y además las cantidades extraídas han sido pocas, las suficientes para la fundición de las campanas de sus reducciones y quizás algún cañón.

El camino entre el ingenio viejo y el nuevo continúa descendiendo paulatinamente, puesto que se marcha en dirección al río Paraná.

Los maizales y cañaverales se extienden en todas las direcciones, como una gran sábana verde amarillenta y movediza a causa de las largas hojas angostas, que se arquean con gracia, al ser mecidas por el viento.

Antes de llegar al río, muy cerca de él, sobre un punto culminante, se eleva un *chalet* mixto de madera y material, que sirve de vivienda a los dueños del

ingenio; a él nos dirigimos.

La familia de don Jesús salió a recibirnos, y desde aquel momento volvimos a experimentar las dulzuras de la hospitalidad misionera.

Ah! ¡La hospitalidad en Misiones! El que no haya sido objeto de ella, nunca podrá hacerse una idea exacta de sus exquisitos halagos.

En Misiones se hace un culto de la hospitalidad; ella es franca, brindada de corazón, sin etiqueta que obligue a fastidiarse, muy al contrario, las horas pasan y aún los días, en aquellos rincones civilizados que representan esos hogares dispersos aquí y allí, casi sin apercibirse, hasta que llegue el día triste de la partida, en que la separación de los nuevos amigos se vuelve dolorosa.

Rara es la casa, rancho, obraje, etc. en Misiones, al cual se llegue y uno no sea bien recibido y agasajado lo mejor posible; eso por allí representa un acontecimiento que siempre se festeja, inmolando más de una víctima de las que habitan el corral.

El ingenio moderno se halla a doscientos metros del *chalet*, en una parte baja del terreno, ya casi sobre la costa.

Se compone de dos grandes galpones que comunican entre sí; en uno se halla el trapiche todo de madera fabricado allí mismo, por un carpintero suizo; es una obra curiosísima.

El volante tiene 4 metros de diámetro y da 150 revoluciones por minuto; las maderas que se han empleado para su fabricación son el urunday, el lapacho, y la caña fístola.

Los cusinetes son de urunday y han dado un espléndido resultado, según me comunicó don Jesús Val.

El trapiche es horizontal y movido por medio de un motor a vapor que se halla instalado cerca de él.

El motor se aprovecha también para hacer mover por medio de juegos de poleas de transmisión una serie de sierras diversas, circulares y verticales, tornos con los que se han empezado a fabricar cajones de cedro, para bebidas, etc., industria que podrá desarrollarse con ventaja, dada la abundancia de madera que allí existe (25).

Otra industria que a no dudarlo también será importantísima es la fabricación de cascos, barriles y demás objetos de tonelería. En el ingenio tuve ocasión de ver unos barriles fabricados de madera de guatambú (26), muy bien concluidos, los que se estaban ensayando para ver el resultado que darían.

En otro aserradero ensayaban para cascos la caña fístola, y se hallaban muy satisfechos del resultado que habían obtenido.

Todos estos ensayos y esfuerzos indudablemente tienen que dar un resultado satisfactorio y esperemos que pronto pueda para Misiones, la tonelería, ser una de sus industrias principales que merecerá con justicia cualquier protección, puesto que ella beneficiará nuestros productos naturales.

Ya hay que pensar seriamente en la conveniencia de desparramar nuestra población industrial, para que las riquezas naturales se elaboren en el lugar de su producción, a fin de sacar no sólo el mejor partido posible de ellas, sino también, economizar los fletes con que la materia prima se recarga hasta llegar a nuestros mercados que hoy se elaboran, razón por la cual hasta ahora no puede competir ventajosamente, con la que importamos del extranjero.

El Gobierno que tanto empeño ha puesto en el desarrollo de nuestra industria nacional debería tomar en cuenta estas observaciones y conforme ha creado primas y ha facilitado la implantación de industrias, etc. debería tratar de fomentar por los medios que tiene a su alcance, las industrias que pueden implantarse en nuestros territorios, como ser ingenios, aserraderos, etc. que están llamados a ser los focos de futuras poblaciones, las que tendrán así bases positivas de vida y de progreso.

¿Qué beneficio importan a Misiones los múltiples obrajes de madera que a cada paso se hallan sobre la costa del Alto Paraná o Uruguay?

Fuera del capital que entra a Misiones a cambio de la madera que exporta, representado por las mercaderías que importa, ninguno.

El lugar ocupado por un obraje después del corte es abandonado, la vegetación vuelve a cubrir con su manto salvaje las picadas, planchadas, etc. y el tigre y el tateto vuelven a pasearse por donde ayer el hombre derramó su sudor descortinando el bosque, y labrando toscamente las vigas, que en inmensas balsas marcharon aguas abajo.

La peonada abandona sus ranchos y vuelve a Posadas a divertirse, después de ocho meses de trabajo, para tornar al Alto Paraná dos meses después, y empezar en otro punto el mismo trabajo que debe concluir del mismo modo.

Ahora bien: si en vez de exportarse de Misiones las vigas labradas simplemente a hacha, se exportaran transformadas en tablones, tablas, cajones, barriles, etc., ¿no aumentaría el capital que hoy por las vigas brutas se importa?

Esto, está fuera de discusión (27).

Además, alrededor de los aserraderos ya fijos valdría entonces la pena hacer extensos rozados y plantaciones para el consumo del personal y peonada, y de ese modo la población agricultora podría arraigarse a su vez, dedicándose al mismo tiempo a la cría de animales diversos, principalmente cerdos, los que proporcionarían en abundancia otro artículo caro y necesario por allá, como la grasa.

Entonces, con todos estos factores reunidos, fácil es darse cuenta de cómo en poco tiempo sobre la enorme zona de leguas de costa argentina, que incultas existen sobre el río Alto Paraná y las otras tantas más o menos que se hallan en las mismas condiciones sobre el río Alto Uruguay, podrían levantarse una serie de pueblos con vida propia, que transformarían en civilizada aquella región salvaje, atrayendo y absorbiendo la población semisedentaria que se halla viviendo frente al territorio argentino, en el perteneciente a las repúblicas del Paraguay y Brasil.

Tres días pasamos en el Ingenio Primer Misionero, que aprovechamos para hacer colecciones interesantísimas de zoología, siendo al mismo tiempo objeto de mil finas atenciones por parte del señor Val y su distinguida señora.

En nuestra tarea de coleccionar, nos ayudaban los hijos del señor Val que se contagiaron muy pronto con nuestro entusiasmo y a ellos debemos algunas piezas interesantes.

Una de las pesquisas curiosas que llevamos a cabo fue en los nidos de barro que fabrican las avispas alfareras (*Pelopeus figulus*) muy abundantes allí.

Dentro de los nidos que numerosos hallábamos pegados en la parte externa del balcón del *chalet*, se encontraban almacenadas muchas arañas, no muertas, sino aletargadas por el veneno del aguijón punzante de las avispas.

Estas arañas fueron extraídas y conservadas en un frasco de aguardiente para entregarlas al regreso a nuestro amigo el doctor Eduardo L. Holmberg, distinguido aracnólogo, quien se encargará de estudiarlas.

En la inacabable lucha por la vida, sucede un fenómeno curioso de compensación entre los insectos y los arácnidos.

Los primeros son, en general, las víctimas de los segundos, cuyas redes complicadas se tienden por doquier, y entre cuyas mallas tenues, pero formidables, dejan la vida innumerables insectos dípteros, coleópteros, lepidópteros, hemípteros, ortópteros y aún himenópteros.

En cambio las arañas a su vez ceden a los insectos un número considerable de víctimas, no para alimento de ellos, sino para el de sus crías; y las avispas, gracias a su terrible aguijón y a la agilidad que les proporciona su cuerpo esbelto, empeñan combates continuos en los que las mandíbulas de las arañas no desempeñan sino un papel pasivo de simple ostentación defensiva, que no llega a evitar el lancetazo envenenado que, como el *curare* de los indios, las deja paralíticas y aptas para ser transportadas en rápido vuelo, hasta el nido común donde son depositadas.

Es curioso observar las cantidades de arañas que los *Pelopeus* acumulan en sus nidos arcillosos, y si se tiene en cuenta que cada una representa un combate y una pesada carga, se tendrá una idea del inmenso trabajo que representan, amén de la fabricación del nido que por sí solo es otra obra de largo aliento; de modo que estas avispas pueden considerarse como ejemplo del trabajo unido a la belicosidad; cosa rara e inconcebible en los hombres, pero perfectamente cierta en estos humildes *albañiles* hexápodos (28).

Junto al *chalet* anidaban innumerables palomas cuya cría proporcionaba a la dueña de casa uno de sus pasatiempos predilectos, y sus pichones, más de una variante en la mesa cotidiana (29).

El revoloteo de tanto ser alado alrededor del *chalet* le daba un carácter de civilización tan pronunciado, que hacía olvidar por momentos el ambiente subtropical y salvaje entre el cual se encontraba, y cuando llegaba el momento de tirarles un poco de maíz, la nube alada que formaban, junto a su mansedumbre, que llegaba hasta posarse sobre los hombros y cabeza de la señora o los chiquilines, parecía un pedazo de la plaza de San Marcos de Venecia, transportado en medio de la selva virgen.

1 Holmberg: Viaje a Misiones. *Bol. de la Acad. N. de Ciencias de Córdoba, Tomo X – pág. 196.*

Capítulo V
Santa Ana

Al puerto de Santa Ana. – El ibicuiñaro. – Del puerto al pueblo. – Terrenos de campo y terrenos de bosque. – El subsuelo de Santa Ana. – Visita a las ruinas. – La curtiembre del señor Krieger. – La corteza de Curupai y otras. – Su aplicación en la curtiembre. – El platero criollo.

Del ingenio marchamos a Santa Ana. El río empieza a adquirir en partes el aspecto imponente que le es común más al Norte. Ante nuestra vida, desfila el ingenio San Juan que fue propiedad del General R. Roca (30), y hoy de una compañía francesa, al que visitamos después; luego salpicados aquí y allí, ranchos y rozados aparecen en ambas orillas.

Sobre la costa paraguaya, un arenal destaca su mancha clara de la masa verde del resto: es el Ibicuiñaró (31) o arenal bravo; el agua carga sobre él aumentándolo continuamente, el río se llena de remolinos que el vapor corta con su aguda quilla.

En este trayecto, cada remolino es atropellado y cortado por el medio, camino preferible a dejarlo a un lado; así no se pierde el gobierno.

La caída de agua se nota muy bien entre aquel maremágnum de remolinos que se suceden interminables, haciendo balancear fuertemente al vapor al compás del ruido que producen.

Los remolinos del Ibicuiñaró ocupan una superficie que pronto se salva, continuándose bien la marcha hasta llegar a Santa Ana.

El puerto se halla en un gran remanso de aguas tranquilas cuyas barrancas son bajas como las de Candelaria. Allí nos esperaban D. Benito Fernández en cuya casa, situada cerca, a unos doscientos metros, paramos, y el Comisario de la localidad, que había venido con caballos en cumplimiento de las órdenes que recibiera de la Gobernación.

Nos despedimos del capitán y desembarcamos, instalándonos en casa del Sr. Fernández.

Para no perder tiempo, hicimos ensillar los montados mientras tomamos un mate, bebida impagable en ciertos momentos.

Luego montamos a caballo y nos dirigimos a la plaza del pueblo, situada a unos cuatro kilómetros del puerto.

A poco andar de la costa el terreno se eleva, mostrándose pedregoso y cubierto en su mayor parte de vegetación boscosa.

Antes de entrar a esta región que nos separa del pueblo, se ven varias casas pintorescamente edificadas sobre algunas eminencias, pero pronto desaparecen por las tupidas copas de los árboles que, cubriendo nuestro camino, hacen sombra agradable.

Cuatro kilómetros se recorren desde el puerto de Santa Ana hasta la plaza: distancia relativamente larga, pero que no se siente, si uno se entretiene en observar la serie interminable de paisajes, que de minuto en minuto se presentan.

El terreno es mucho más quebrado que el de Candelaria, se reconoce la proximidad de la sierra, por sus fuertes ondulaciones; en algunos puntos aparecen retazos de campo, pero estos ya en esas alturas son más raros y menos aptos para todo, puesto que la capa vegetal que en ellos se halla es muy pequeña, y sólo en algunos bajos su cantidad es mayor.

Como ya lo observó el Dr. Holmberg 1 esas tierras de campo no sirven para nada, pero en cambio, los bosques abundan y en ellos es donde hay que sembrar para conseguir óptimos productos.

Examinando el plano de esta colonia fácilmente puede verse lo que dejo indicado; el terreno sobre el cual está delineada presenta una sucesión de restinga de monte más o menos ancha, que separan retazos de campo, en general pequeños, entre los que se elevan cerrilladas de poca altura, dominadas todas por el magnífico Cerro de Santa Ana cuya masa alargada corta el horizonte de un modo soberbio.

En terreno tan quebrado y boscoso fácil es comprender la existencia de muchos arroyos y eso es precisamente lo que allí sucede; a cada paso un arroyuelo o un manantial de agua cristalina detienen el paso y ofrecen a las fauces sedientas su linfa fresca y pura.

El trote continúa, una que otra parada lo interrumpe, aquí es una flor, más allá una piedra, luego un insecto o una mariposa que hay que recoger; porque las infinitas sorpresas que hallamos nos tientan a cada momento.

El suelo de este trayecto es una mina para los coleccionistas: si es el del bosque, plantas de mil formas, hongos, helechos, insectos, etc. se ofrecen a la codicia insaciable de los tántalos naturalistas; y si es de campo, las piedras y

gramíneas no permiten que se las desdeñen.

Las piedras del subsuelo de Santa Ana son roca volcánica en general, la que el doctor Holmberg 2 ha considerado como melafira, hallándose además en algunos puntos mantos de arenisca rojiza (gres) sobre esta, lo que prueba que es más moderna aún.

Cuando pasamos la última restinga de bosque y recibimos de lleno una gran oleada de sol, entramos a un descampado en donde se halla la plaza.

La plaza ocupa una altura con una pendiente rápida a un lado que conduce a un desvío de la misma, en donde se halla la calle principal situada en plano inclinado; allí están los principales edificios, porque en la plaza, sólo hay algunas pocas casas de negocio.

Esta calle principal está relativamente muy poblada, con algunas casas de material y muchos ranchos de estanteo.

Santa Ana como colonia nacional ha tenido que sufrir mucho en su progreso, por las mismas razones que se ha retardado el de Candelaria; ahora habiendo sido incorporada a la Gobernación, es de esperar que con rapidez se desarrolle y pueda gracias a la numerosa inmigración que en estos últimos tiempos ha afluido a ella, ser dentro de poco un centro de población y producción importante de Misiones.

En una casa de negocio nos detuvimos un buen rato, y en ella trabamos pronto relación con muchos vecinos importantes de la localidad, entre ellos, D. Reginaldo Krieger, alemán y uno de los fundadores de la moderna Santa Ana, con cuarenta descendientes, de todo tamaño y sexo, que son otros tantos pobladores del punto.

Este patriarca misionero nos acompañó inmediatamente, ofreciéndose para servirnos de guía a fin de que pudiéramos visitar las ruinas de la antigua reducción.

A ellas nos dirigimos. La marcha más o menos fue de mil quinientos metros rumbo sur, en dirección al precioso cerro, el que con el sol de aquel día se presentaba magnífico con sus flancos cubiertos de tupida vegetación, cuyo color verde variaba al infinito desde el intenso y casi negro de su base, hasta el violeta y lila de las partes más altas.

Penetramos en un monte y dejamos los caballos, precediéndonos D. Reginaldo como baqueano del lugar.

¡Qué impresión se recibe a la sombra bienhechora de esos bosques enmarañados de Misiones! ¡Qué sensación de fresco tan agradable, y qué

quietud tan solemne reina en ellos!

Entre el cortinaje de verdor, sobresaliendo de la semioscuridad de ese ambiente casi misterioso, las ruinas aparecían poco a poco.

Las calles, la plaza, la iglesia y los modestos edificios, uno a uno eran pesquisados por nosotros, que con afán no deseamos perder un solo detalle de todo aquel montón de piedras, que unos hombres amontonaron con trabajos ciclópeos durante años y que otros destruyeron, en parte, ayudados por el tiempo y la naturaleza que fieles a su consigna, ni aún a sus propias obras respetan.

Las grandes piedras cúbicas de las paredes de algunas pocas casas aún en pie se hallan asentadas, sin mezcla alguna, unas sobre otras; la mayor parte de las paredes se ha derrumbado, desplomando sus pesados techos de teja española. En algunas se conservan aún gruesas vigas de madera dura, empotradas en ellas, que sirvieron de marcos de puertas o ventanas.

Entre lo que vale la pena de verse allí, existe una casa cuadrada de altos toda de piedra, cuyo techo ya se ha desplomado, pero con las paredes en perfecto estado de conservación; paralela a esta casa hay otra igual, pero muy destruida; la primera con muy poco costo podría restaurarse fácilmente.

Ambas tenían un corredor exterior sostenido por curiosas columnas de piedra de forma cilíndrica, parecidas a los cañones antiguos de los que aún se pueden ver en algunas partes sirviendo de postes; el Dr. Holmberg [3] las describe así: «De 1 ½ metro de alto; sobre un cono muy cerrado, casi un cilindro (la columna) se destaca una moldura, como gola, y coronando el todo a manera de capitel, una sección de cono invertido. Debajo de la gola hay una excavación rectangular alargada».

Estas columnas descansaban sobre un cubo de piedra que representaba su pedestal.

El Dr. Holmberg cree que estas columnas han servido para marcos de puerta, pero sobre el terreno acordándome de esa indicación, después de fijarme detenidamente, he visto que no tenían otro objeto sino el de sostener el corredor externo de esas casas.

Fuera de esto, las ruinas de Santa Ana no presentan mayor interés por el momento. Una vez limpias del monte que las cubre, quizá puedan apreciarse mejor si es que duran, porque los vecinos han empezado a llevarse las piedras de los edificios para construir otros más modernos y mejores (32).

Don Reginaldo nos mostró una pequeña piscina que se alimentaba con el

agua que un canal cuadrado, hecho de grandes piedras, traía desde un arroyo cercano.

Según él era donde se bañaban los jesuitas, pero yo creo que ha de haber sido la fuente pública en donde las mujeres del pueblo iban a buscar agua.

De vuelta de las ruinas pasamos por la curtiembre del señor krieger, donde un monyolo funcionaba con su cachaza habitual, pisando la corteza del Curupaí (33), que es lo que allí emplean para curtir.

En varias partes se han hecho ensayos con esta corteza sin que dé resultado, debido sólo al no conocer la manipulación que requiere este procedimiento, que es lo más sencillo. El cuero ya preparado para ser curtido se coloca en un baño de agua de corteza de Curupaí muy débil hasta que tome color, luego se va poniendo en baños sucesivamente más fuertes, hasta que quede curtido y de un color blanco.

El tiempo que se emplea en la curtiembre de los cueros depende del destino y calidad que se le quiera dar; así si se quiere obtener una suela para zapateros se necesitará, por lo menos, unos tres meses de trabajo.

La curtiembre del Sr. Krieger era bastante original: una serie de barriles enterrados en dos líneas hacían el oficio de piletas, cada uno conteniendo un baño distinto, y como se hallaban colocados de un modo progresivo, la operación del curtido se facilitaba inmensamente.

Al lado de estos barriles, corría un arroyo de agua abundante y pura la que aprovechaban para el lavaje de las pieles y para hacer andar el monyolo.

Como cortezas aptas para la curtiembre, no sólo hay en Misiones la del Curupaí (*Piptadenia communis* Benth) (34) sino también muchas otras, como ser el Angico (*Piptadenia rigida* Benth), el Incienso o Cabriuba (*Myrocarpus fastigiatus* Allem) (35), la caña fístola o Ibirá puitá (*Peltophorum vogelianum* Benth) (36), la Ibirá-piapuña (*Apuleia pogomana* Tr. All.) (37), el Timbó (*Enterolobium timbouva* Mart) (38), el Ingá (*Inga uruguayensis* Hook) (39), el Guayabo (P*sidium guayaba raddi*) (40), el Arazá (*Psidium guayaba vel pyriferum* L.) (41), la Capororoca (*Myrsine Coriacea* R. Br.) (42), la Sangre de Drago (*Croton succirubrus* Pdi.) (43), la Cancharana (*Cabralea cangerana*?) (44), el Camboatá (*Guarea trichilioides* L.) (45), etc.

Todas ellas ricas en materias curtientes y que algún día no lejano se exportarán en cantidades, cuando las vías de transporte sean más fáciles y baratas, como sucede hay con los rollizos de Quebracho que se exportan del Chaco y Tucumán (46).

Después de ver la curtiembre seguimos visitando otros diversos industriales, entre ellos, la talabartería que tiene un hijo de D. Reginaldo, en donde se benefician las pieles curtidas por al Curupaí.

En ella se fabrican unos recados especiales llamados *sirigotes*, de forma brasilera, muy apreciados en Misiones, por las grandes ventajas que ofrecen, no sólo para las cabalgaduras a las que no lastima, sino también por adaptarse al modo de andar en aquel territorio montuoso y quebrado.

En Santa Ana hay también zapaterías, platerías y varias casas de negocio importantes.

Lo que es curioso de ver es el modo de trabajar que tiene nuestro platero criollo.

Ya el general Mansilla, en su tan interesante *Excursión a los Indios Ranqueles* dio la descripción del indio platero y por ella se puede más o menos hacer una idea del platero criollo, con la diferencia de que el mayor contacto de este con la civilización le ha hecho adoptar algunos instrumentos modernos (no muchos) con los que facilita en gran parte su trabajo.

Pero como quiera que sea, el artífice criollo por aquellas alturas es muy rutinario y muchas veces prefiere, a los nuevos, sus viejos instrumentos, con los cuales se da maña, y así a fuerza de martillo y cincel, repuja el blanco metal, transformándolo en monumentales mates, tremendos estribos, abigarrados cabos y vainas de facón; en los cuales diseña, con paciencia infinita y arte infantil, ejemplares de una fauna y flora desconocida.

La plata es el metal por excelencia que emplean, raras veces trabajan en oro a no ser algunos anillos o aplicaciones sobre los objetos de aquella.

En Misiones, los brasileros son los que más usan adornos de plata en sus recados y aperos de montar, y esto es debido a que en su mayor parte pertenecen a la provincia de Rio Grande del Sur, en donde aún se conserva en toda su plenitud esta pintoresca moda que ya hace tiempo ha empezado a desaparecer de nuestra campaña, quedando relegada a los paisanos viejos.

El platero criollo trabajando con su sencillo arsenal, más de una vez me ha traído a la mente el recuerdo de sus colegas de la Edad Media, que tantas maravillas nos ha dejado, fruto de la inmensa paciencia y de la herencia que de generación en generación se transmitían, en medio de aquella larga noche de barbarie y de fanatismo.

1 Op. cit.
2 Holmberg, op. cit.
3 Op. cit., pág. 246.

Capítulo VI
El Ingenio San Juan

Paseos por Santa Ana. – Los insectos luminosos. – Visita a una quinta. – La viña en Misiones. – La mandioca y sus cualidades. – Fabricación del almidón y fariña. Diversos aprovechamientos de la mandioca; el Tipúyratyj y el Popy. – Árboles frutales. – El pindó del campo y el tacuarembó, dos forrajes excelentes. – Excursión al Ingenio San Juan. – Los cañaverales. – El ferrocarril. – En el ingenio. – Los indios del ingenio. – Vuelta a Santa Ana.

Varios días estuvimos recorriendo Santa Ana y sus alrededores, siempre instalados en casa de Fernández en el puerto, a la que volvíamos invariablemente todas las noches rendidos del trajín diario, pero contentos, con abundancia de datos y colecciones.

En esas vueltas, ya oscuro, podíamos admirar el espectáculo fantástico que nos proporcionaban las innumerables luciérnagas, que paseaban entre las sombras del monte sus diminutas luces brillantes.

Varias eran las especies causantes de estos fosfenos animados, pero en su casi totalidad los tucu-tucu (*Pirophorus esp.*) no faltando entre ellos algunos preciosos Isondú 1 (47) que con sus luces bicolores colocaban, entre todas, las suyas inimitables.

El Dr. Holmberg clasificó estos curiosos insectos de joyas animadas, y no de otro modo puede expresarse mejor la exquisita belleza que presentan al despedir sus efluvios luminosos.

Transcribo la descripción que de él ha dado:

«Imagínese el lector una larva, del tamaño más o menos de un gusano de seda que ha llegado a la mitad de su desarrollo, con la cabeza roja como un rubí y luminosa, y el resto del cuerpo con veintidós puntos, o más bien once pares, uno por cada anillo, de chispas de luz de luna, como la de las luciérnagas, brillando en la oscuridad y emitiendo su resplandor».

¡Cuántas sorpresas de inimitable gusto exquisito presenta a cada paso aquella naturaleza maravillosa!

Entre las diversas excursiones que llevamos a cabo, visitamos una de las

mejores quintas de Santa Ana, perteneciente a un antiguo poblador de allí, el Sr. Félix Dufour, francés.

Esta ha sido plantada en terreno de bosque, rozado y quemado previamente, de modo que la vegetación se presenta allí de un modo exuberante y soberbio.

El Sr. Dufour tiene más de 500 pies de viña, ya frutales, y otros 1000 pies plantados recientemente; a poco de estar allí, fuimos obsequiados con vino cosechado por él, un vinito blanco bastante agradable, con gusto pronunciado a uva.

Si el vino no era mejor se debía a su fabricación primitiva, hecha en condiciones poco favorables, sin las comodidades que requiere, y más bien como ensayo, a fin de proporcionar a su dueño una bebida sana y pura, evitándole el tomar otras que, antes de llegar a esas alturas, han pasado por todas las oficinas químicas no oficiales, pero que abundan detrás de los mostradores.

Un gran problema se presenta con este hecho: ¿conviene o no la plantación de viñas en Misiones?

Como futura fuente de riqueza industrial, es decir para la fabricación de vinos, creo que no.

Esta es una opinión personal que ardientemente desearía ver destruida y esperemos que lo sea, una vez que nuevos ensayos prueben lo contrario.

El gran secreto, para mí, está en dar con la variedad apropiada a aquel clima y me parece que una de las condiciones esenciales de la uva debe ser el tener los granos sueltos y no apretados; lo que le permitirá tomar abundante sol y airearse bien, por cuanto no siendo así, las continuas lluvias de aquel clima húmedo depositarán, junto con los rocíos, una cierta cantidad de agua en los racimos que forzosamente los hará pudrir; esto es fuera del moho, telas de araña, etc., que se depositarán sobre los granos, perjudicándolos también.

Otra cosa importante respecto al cultivo de la viña es el abandonar por completo en Misiones el sistema antiguo de parrales, por las mismas razones; pues el sol y la aireación convenientes sólo pueden conseguirse en espalderas, como se hace en los viñedos de otras partes, y que allí es fácil de conseguir y hacer, abundando tanto la madera y los innumerables isipós y lianas que reemplazarán ventajosamente al alambre.

Igualmente creo que para obtener buen producto, las plantaciones deben hacerse lo más lejos posible de las costas, en donde haya menos humedad y

menos insectos dañinos que puedan atacarlas y siempre en terreno de monte que habrá que rozar, empleándose para esto el sistema paraguayo, cuyas ventajas he explicado ya en el capítulo II al hablar de la yerba.

Además de la plantación de viñas, el Sr. Dufour poseía otra considerable de mandioca, de la variedad llamada *carapé* (baja) (48).

Según los datos que he recogido, esta clase es la que mejor resultado da en Misiones, a causa del poco desarrollo de su ramazón en beneficio del crecimiento de sus raíces o mandiocas, que son muy ricas en almidón, y por ser además poco delicada.

La mandioca cultivada en gran escala puede llegar a ser una gran fuente de recursos para Misiones.

Dos productos importantes se extraen de la mandioca: el almidón y la fariña.

La fabricación de ambos es muy fácil y requiere poco costo, prestándose muy bien a ser extraídos, ya sea en vasta como en pequeña escala, proporcionando de este modo a las clases que no pueden disponer de grandes capitales, la oportunidad de dedicarse a estas industrias con los pocos medios que tienen.

La extracción del almidón se efectúa por el sistema paraguayo, genuino de aquella región y muy primitivo, que es el siguiente:

Por el mes de junio, más o menos, se reúnen para este trabajo el mayor número posible de mujeres u hombres, y mientras unos acarrean la mandioca del mandiocal o plantaciones, otros, rodeando la pila que se va formando, armados de cuchillos o machetes, proceden a pelarla.

La mandioca pelada, es decir, desprovista de cáscara, es pasada a un rallador, también primitivo, en donde es completamente reducida a una especie de aserrín; este es luego transportado y colocado en unas grandes bateas, que tienen una cantidad de agua.

Allí se deja poco tiempo y luego se procede a la extracción del almidón, que disolviéndose en el agua se precipita después en el fondo de la batea.

Las mujeres para esto, toman porciones de la masa de ralladura de mandioca y van apretándola entre las manos a fin de que salga todo el almidón posible y formando bolos, que son después colocados al aire libre para que se sequen.

A estos bolos dan el nombre de *Tipúyratyj*, guardándolos para comerlos después; mucho tiempo se conservan de esta manera y contienen, a pesar de

lo que se les ha extraído, una parte de almidón no despreciable y otras substancias alimenticias que hacen de ellos un gran recurso para la gente pobre.

Luego de que el almidón se ha asentado en el fondo de las bateas, sacan el agua y lo extraen en trozos de tamaño variable que exponen al sol sobre lienzos blancos para que se seque y pueda guardarse.

El almidón así obtenido lo emplean como harina para amasar y hacer los célebres y famosos *chipás*, que son unos pequeños panes muy nutritivos y agradables.

La fariña se fabrica al principio del mismo modo, pero en general no se le extrae el almidón; y el todo, después de aprensado para que largue la mayor cantidad posible del agua que contiene, se extiende sobre una fuente de hierro que se halla sobre el fuego, en donde se concluye de secarla removiéndola constantemente.

Este es el procedimiento empleado en las casas particulares; la fabricación en gran escala la he descripto en mi viaje anterior 2.

La mandioca es la planta providencial por excelencia de los climas tropicales. Como alimento es rico en materias de combustión; y dada la facilidad de plantarse, para lo que no se requiere sino conservar las ramas de la misma, que se cortan en trozos, y colocadas en líneas a distancia conveniente, puede llamarse con justa razón el pan del pobre y del rico, en aquellas zonas.

La mandioca fresca, no siendo de la especie venenosa, es muy agradable comiéndola hervida, asada, frita, etc., y tiene un gran número de aplicaciones en la cocina misionera, paraguaya y brasilera.

Los indios del Brasil fabrican el *cazave* o pan de tierra, como lo llaman generalmente, con la especie venenosa, a la cual en un aparato especial de tacuaras, en forma de bolsa que puede comprimir la masa de su interior, extraen por medio del agua toda la substancia venenosa, que no es sino el ácido cianhídrico que esta planta posee en abundancia.

Las especies no venenosas también contienen una cantidad pequeña, que se pierde por el cocimiento, descomponiéndose seguramente por el calor; estas, cuando se comen crudas, hacen siempre mal.

Por demás conocidos son los efectos y los estragos que produjeron entre la gente de Stanley (49) en su última expedición a África, las mandiocas que comían crudas los negros y los zanzibareses que llevaba, impelidos por el

hambre, pero, sobre todo, por su intemperancia y voracidad.

Los paraguayos tienen otro sistema de conservar la mandioca por mucho tiempo, y para esto después de pelarla bien y rajarla en sentido longitudinal, la hacen secar colocando las mandiocas a caballo sobre cuerdas.

A la mandioca así preparada le dan el nombre de *Popy* y dura todo el tiempo que se quiera; para comerla, necesitan hacerla hervir mucho; no la he probado aún, pero me aseguran que es muy agradable.

Como puede verse por todos estos datos, la mandioca es una de las plantas más útiles de aquellas regiones, y es de desear que su cultivo tome grandes proporciones y que la industria razonada plante sus reales allí y sepa sacar de ella provecho pingüe.

En la quinta del Sr. Dufour pudimos también admirar una bella colección de árboles frutales, entre los que descollaban por su hermosura una cantidad de corpulentas higueras y unos naranjos colosales, cuyos deliciosos azahares embalsamaban el ambiente.

Los bananos allí crecían con vigor, el tabaco se desarrollaba con un vicio soberbio, tomando proporciones fantásticas por su altura y el ancho de sus hojas, y como complemento a este bello cuadro del fruto del trabajo honrado y progresista, por todas partes, en macizos o colocadas con gusto, miles de flores que su dueño cultiva con amor en sus ratos de ocio.

Toda una mañana pasamos entre aquel edén artificial; todo lo vimos, recorriendo las plantaciones metódicamente, avaros de perder un solo detalle de aquel conjunto de fecunda enseñanza, que nos revelaba bien claro cuánto puede dar y producir ese suelo prodigioso de Misiones con un poco de trabajo, contracción y dirección inteligente.

Mientras nosotros visitábamos la quinta, su dueño mandó cortar unas plantas de hojas alargadas que llaman allí pindó del campo (50), y las hizo dar a nuestros caballos. Cuando terminamos, habían concluido con el enorme montón depositado delante de ellos, y dirigían sus miradas ávidas a otras plantas cercanas.

Aquellos fue una golosina para ellos, porque la noche anterior habían sido bien racionados y comieron hasta hartarse.

El Sr. Dufour me aseguró entonces que el pindó del campo era uno de los forrajes más apetecido por los caballos, mulas y bueyes, y que en vista de eso, se había dedicado a su cultivo teniéndolo siempre en abundancia, para el consumo de sus animales (51).

En Misiones se emplean muchas otras plantas para forrajes y, entre ellas, se usan las hojas de palmera y el tacuarembó (52).

Este último ha empezado a ser un ramo de pequeño comercio en la ciudad de Posadas, a donde lo llevan en canoas algunos que van a buscarlos a los montes del Alto Paraná, cercanos a dicha ciudad.

La hoja del tacuarembó precipita el engorde en los animales yeguarizos y mulares, que son ávidos por ella.

En los montes, cuando las tropas se hallan en marcha por las estrechas picadas que los atraviesan, las mulas casi no comen otra cosa; y los troperos después de acampar, armados de sus filosos machetes, la emprenden contra las matas enmarañadas de tacuarembó, y vuelven con inmensa carga de tallos al lugar donde se hallan los animales, los que en la noche se regalan con las hojas lanceoladas que en graciosos penachos los adornan.

De Santa Ana resolvimos ir a visitar el ingenio San Juan, del que ya he hablado al principio del capítulo anterior.

El trayecto recorrido es igual a los descriptos anteriormente: pequeñas picadas en las restingas de monte, retazos de campo, ondulados siempre, con el suelo cubierto de flores, en donde variábamos nuestro modo de andar, lanzando los caballos al galope, deseosos de cambiar el fastidioso trote que se obliga al marchar entre el monte.

Luego vadeamos los arroyos grandes y pequeños, con su consabido lecho de negra y dura piedra, cuyas frescas aguas nos hacían demorar un instante para beber unos tragos, y después, otra vez montes y otra vez campos, algunos cubiertos de altas yerbas que nos rozaban la cintura, hasta llegar a las primeras plantaciones de caña de azúcar, entre las que pronto encontramos los rieles del ferrocarril del ingenio, que seguimos para abreviar camino.

Por el lado de la vía marchábamos sin dejar de admirar el extenso cañaveral, que se perdía de vista en todas direcciones; las plantas estaban lozanas y tenían ya una altura respetable, gracias al cuidado y carpido que se notaba y el que seguramente debía dar mucho trabajo en aquel suelo, que en otro tiempo, ocupado por el monte y rozado para poder hacer las plantaciones, tenía en su seno mil y una semillas que pujaban por completar su desarrollo y recobrar el antiguo dominio de sus productores.

La plantación de caña ocupa una extensión de 200 hectáreas, y está cruzada en gran parte por la vía del ferrocarril, que recorre un trayecto de ocho kilómetros, con una trocha de 0,80 cm de ancho y que para mayor facilidad

en los transportes, es en algunos puntos fija y en otros, portátil.

Eran como las once de la mañana cuando entramos en el cañaveral, y a esa hora, el sol de los últimos días de febrero se hacía sentir de un modo insólito, y si no hubiera sido por una suave brisa que venía de la cercana costa del Paraná, y que producía una música original al hacer repiquetear las hojas de las cañas, cuyo movimiento cuando se abarcaba el conjunto le daba el aspecto de un curioso mar verde agitado, nos hubiera fastidiado más de lo necesario, a pesar de estar muy acostumbrados a recibir sus caricias de fuego.

Al fin llegamos al ingenio, preciosa construcción de ladrillos, muy sólida, que se eleva cerca de la costa del río, coronada por su alta chimenea también de material cocido.

Alrededor del ingenio, por todo se hallan esparcidos los ranchos de los trabajadores, y a un lado como formando un barrio especial, agrupadas, se encuentran las chozas de los indios tobas y matacos (53), que desde hace tiempo viven allí.

En la administración fuimos recibidos por el Sr. José Vieira, gerente del ingenio, el que, como ya he dicho, pertenece a una compañía anónima francesa.

El Sr. Vieira nos acompañó personalmente, y visitamos el interior del ingenio, que estaba preparándose para emprender en julio la zafra. De manera que muchos de los aparatos y maquinarias se hallaban desmontados en ese momento, mientras se procedía a su limpieza.

Los aparatos son de la fábrica Cail y con ellos elaboran en cada zafra unas 50.000 arrobas de azúcar de 10 kilos cada una, extrayéndose además unos 40.000 litros de alcohol de los residuos.

Para elaborar toda esta producción, el ingenio emplea término medio un personal de 300 personas, y la caña es transportada del cañaveral a los trapiches por el ferrocarril, que posee un tren rodante de 40 vagones.

Como es natural, hay en el ingenio talleres de carpintería, herrería, etc., tan necesarios para su buena marcha.

El sistema de extracción del azúcar es el de trapiches, es decir, por compresión.

Total, un centro civilizado en medio de la selva virgen y a orillas del casi solitario Alto Paraná, en cuyas turbulentas aguas se refleja como grata promesa del porvenir, la larga chimenea, que cual faro de civilización, se yergue destacando su silueta clara, del fondo oscuro de la selva impenetrable

y salvaje que le sirve de marco.

La propiedad del ingenio abarca unas tres leguas con un frente de diez kilómetros sobre el río Alto Paraná. En toda esta área casi no hay campos limpios naturales, ocupándola por el contrario bosques impenetrables que poco a poco se van rozando al aumentar la plantación con nuevos cañaverales.

Después de almorzar en casa del Sr. Vieira, quien nos ofreció galantemente su mesa, fuimos a visitar a los indios con el objeto de sacar unas fotografías de ellos.

Los indios de ese ingenio pertenecen a las grandes naciones tobas y matacos del Chaco, y fueron transportados desde allí, después de tomarlos prisioneros en varias expediciones militares. Ya pocos existen porque en su mayor parte, por una u otra causa, se han marchado y conchabado en diversas chacras (54).

No por estar en el ingenio han perdido parte de sus costumbres e industrias, y fieles a sus tradiciones, continúan viviendo en chozas, como en el Chaco, y fabricando objetos de chaguar (55) y de alfarería con las mismas formas características que les son peculiares.

No pudimos resistir a la tentación coleccionista y les compramos algunos objetos interesantes, que se hallan en las colecciones del Instituto (56).

Satisfechos de nuestra visita, nos despedimos del Sr. Vieira y volvimos a Santa Ana para dirigirnos luego a San Ignacio.

1 Holmberg. Viaje a Misiones, *pág. 333.*
2 Véase Segundo viaje a Misiones. *Bol. del Inst. Geográfico Arg. T. XV. (Nota para esta edición: Publicado también en* Primer y segundo viaje a Misiones *por Juan Bautista Ambrosetti. Buenos Aires, Albatros, 2008).*

Capítulo VII
En el río Yabebuiry (57)

En canoa. – La isla del Toro hú. – La antigua catarata del Teyú-Cuaré. – Opiniones del Dr. Bertoni. – Marcha por el Yabebuiry. – Colecciones en un paredón. – Las costas del Yabebuiry. – El límite entre la región de campo y la de bosque. Las canoas prehistóricas. – Condiciones de la navegabilidad de este río. – El transporte de maderas. – Los inconvenientes del sistema aduanero y medios de simplificarlo. – Datos del Dr. Bertoni sobre el Yabebuiry.

El Sr. Fernández tuvo la bondad de ofrecernos su canoa para trasladarnos desde Santa Ana a San Ignacio; en ella nos embarcamos junto con nuestros pertrechos y ocupando cada cual su puesto nos despedimos de los amigos, mientras los remos se hundían en el agua, y tomando arranque empezamos a subir, lentamente por la costa, las correntosas aguas del Paraná.

No tardamos en llegar a la boca del Yabebuiry, frente a la isla de Toro hú (Toro negro) (58), un peñasco que se eleva en medio del Paraná, cubierto de escasa vegetación y que no es más que el resto que hoy queda de la formidable barrera que los cerros del Teyú-Cuaré (que se hallan enfrente) oponían en un tiempo al impetuoso Paraná, una parte de cuyas aguas se desplomaba de lo alto en espantosa catarata, cual otro *Guayrá*, corriendo otra a causa de esta represa, por el valle del Tavay (59).

Este notable descubrimiento geológico lo debemos al distinguido Dr. Moisés Bertoni, quien lo publicó en *La Prensa* en 1893; habiendo el que subscribe transcripto esas observaciones importantes en su segundo viaje a Misiones 1 y en el Folk-Lore Misionero 2 al hablar de estos cerros tan interesantes.

El Dr. Bertoni, tan conocedor de los territorios de Misiones y del Paraguay, cree con mucha razón que los cerros del Teyú-Cuaré no son sino la continuación de la sierra de Amambay que divide las aguas (en el Paraguay) en las dos grandes vertientes del Tebicuary y del Alto Paraná; de modo que esta sierra formaba *pendant* con su congénere de Maracayú, que aún hoy,

atravesando el Alto Paraná, forma el salto del Guayrá.

La razón de que desapareciera el salto del Teyú- Cuaré se halla en la composición de la roca del mismo, un gres rico en potasa y de fácil disgregación.

La altura del nivel del Alto Paraná, entonces, debió haber sido por lo menos de 60 metros, y esto nos ha sido sugerido también, cuando más tarde contemplábamos sobre las altas barrancas de la colonia brasilera de la boca del Iguazú, 50 leguas al norte más o menos, las rocas rodadas y de gran tamaño, que ya semienterradas por el humus del que fue bosque, hoy rozado, aparecían a flor de tierra mostrando su masa negra de cantos redondeados por el agua.

Esto no es extraño; cualquier levantamiento de nivel en el Paraná debió haber cubierto esa parte, puesto que allí en donde el río es angosto, hoy mismo las grandes crecientes se cuentan por 20, 30, 40 y aún más metros de altura sobre el nivel bajo.

El trabajo incesante del agua contra las rocas es por demás conocido para explicarse el fenómeno de aquella gigantesca erosión, que efectuándose simultáneamente debió ir preparando el todo, para poder un día estallar con formidable estrépito, destruyendo la tremenda valla de rocas que, arrastradas por la masa inmensa de aquella agua furiosa, debieron rodar despeñándose de un modo horrible.

En cuánto tiempo se produjo este fenómeno es difícil calcular; pero de cualquier modo la lentitud de la obra destructora del agua puede dar una idea de los siglos que se necesitaron para que el Alto Paraná concluyese de desmenuzar la roca del Teyú-Cuaré y tomase el nivel que hoy presenta.

Ya dentro del Yabebuiry, seguimos por la margen derecha aguas arriba; no tardando en llegar a un paredón del mismo Teyú-Cuaré que da su frente a este río.

El paredón se halla excavado y forma una especie de gruta de poca profundidad o más bien, una inmensa concha matizada de rojo claro, blanco, canela y negro, con sus variantes correspondientes, debidos unos al color propio del gres que los forma y otros a diversas infiltraciones ferruginosas, que han dejado como huella de su paso, el rojo que les es característico.

Atracamos la canoa y largo rato estuvimos allí dentro bajo la sombra de las rocas, admirando y coleccionando variadas y caprichosas especies de arácnidos, lycosidos y epeiroideos, estos últimos interesantísimos por sus

formas raras y los colores aún más raros, con que estaban adornados.

Sobre nuestras cabezas, y también a la sombra, en la cornisa de la excavación, las avispas (*Polistes*) cartoneras (60) habían fabricado sus nidos cónicos como de *papier maché* (61), los que, junto a las bromeliáceas y cactus diversos (62), decoraban con sus variados aspectos el techo y los recovecos de la gruta, mientras largas raíces de plantas que se hallaban sobre ella, siguiendo en su descenso el paredón, se metían allí dentro agarrándose de las paredes como inmensas arañas o quedaban suspendidas columpiándose en el aire, como manojos de serpientes enojadas.

Todo esto era de tanto interés para nosotros, coleccionistas entusiastas más o menos, que tratamos de no abandonar pronto aquel refugio, que reunía a sus encantos el de resguardarnos del molesto sol de las doce, en aquella ancha parte del río, cuyas aguas de poca corriente entonces, reverberaban sus rayos de fuego, produciendo un calor insoportable.

Frente al paredón, las costas del Yabebuiry son bajas y con poco monte, y vistas así a la distancia de una costa a otra, nos presentaban algunos golpes de vista magníficos.

A lo lejos, en medio de campos rutilantes de luz y de verdor, se elevaban aquí y allí cerros más o menos altos, unos cubiertos de monte y otros pelados, sin él, que arrojaban a su pie grandes manchas de sombras oscuras, que cortaban la monotonía de aquel color verde tan bello y tan lleno de vida, haciéndolo más bello aún.

Por doquier desparramadas, las haciendas pacían, destacándose sus figuras y cuando se movían con su paso lento, su sombra alargada las seguía rozando el suelo.

En primer plano, grandes pajonales con sus matas enhiestas, reflejándose en las aguas bordaban los contornos de aquel cuadro de amplio horizonte, tan grato a los ojos de los que hemos nacido en las regiones en que, montados en noble bruto, hemos extendido nuestra vista hasta el infinito, bebiendo los aires por leguas y leguas en incesante galope.

El Yabebuiry, al mostrarnos ese cuadro, nos indicaba el límite de las bajas Misiones. Ya en adelante, después del Teyú-Cuaré, el terreno seguiría elevándose cada vez más hasta quebrarse en infinitos cerros, que subirían para concluir su movimiento ascensional de olas petrificadas en el espinazo de Misiones: su cordillera central.

Y el bosque, el inmenso bosque misionero, conquistando los pocos campos

que se hallan del otro lado de ese río, los llenaría de isletas, siempre más grandes, hasta que estas, uniéndose como atraídas por una simpatía misteriosa, enredarían más arriba las inmensas copas de sus árboles en un estrecho abrazo, mientras las lianas y trepadoras, para poetizar más este acercamiento, envolverían el todo con su tupido velo de verde filigrana (63).

Después de contemplar extasiados ese bello espectáculo tan soberbio y tan lleno de luz, abandonamos nuestro refugio pétreo y seguimos la marcha lentamente aguas arriba, pero siempre cerca de la costa.

La canoa presentaba un conjunto pintoresco. En medio de un desorden aparente de catres de campaña, valijas pequeñas, cajoncitos de provisiones, útiles culinarios, atados de arreos de montar, armas y otros tantos objetos indispensables a los que viajen, íbamos sentados como podíamos, todos con alguna ocupación; uno, aferrado al timón dirigía la marcha de la canoa; otros manejaban los remos compasadamente; otro, el botador, y los desocupados se entretenían en achicar con jarros y cacerolas el agua, que penetraba sin interrupción en nuestro esquife por las varias hendiduras, que en sus costados presentaba.

Y de ese modo poco a poco avanzábamos camino, metro a metro, en medio de las conversaciones y jarana general que mitigaban el fastidio consiguiente y el sol, insoportable a pesar de los pañuelos que, asegurados debajo del sombrero, nos cubrían el rostro.

Sobre la costa del Yabebuiry, a unas cuadras de la desembocadura, ya empiezan a verse con intervalos más o menos largos, ranchos y rozados del vecindario esparcido de San Ignacio, cada cual con su canoa pequeña o grande, que se mece frente a ellos.

Estas canoas baratas son en general hechas de un solo tronco de árbol, que excavan más o menos bien y más o menos profundamente a golpes de azuela o hacha.

En su mayor parte son de factura tosca, verdaderas embarcaciones prehistóricas que un mal movimiento hace tumbar, y con las cuales, la gente misionera, armada de una sencilla pala, afronta impasible las iras del Alto Paraná, que cruza y recruza cuantas veces quiere, entre remolinos, correderas y correntadas de toda especie, ya vacías o cargadas a más no poder.

El río Yabebuiry que en guaraní quiere decir *río de las rayas* (64), es uno de los más largos que posee Misiones, y sirve de divisoria a los antiguos pueblos jesuíticos de San Ignacio, Loreto y Santa Ana.

El Dr. Bertoni, que lo ha explorado como diez leguas desde su boca, asegura que en todo tiempo es navegable para pequeñas canoas; pero no así para las embarcaciones mayores, que no pasarían en tiempo de bajante las primeras correderas, situadas a legua y media de su boca, más o menos.

En cambio, y esto es muy importante, el mismo Dr. Bertoni asegura que es perfectamente apto para la flotación de las balsas sobre unas veinte leguas, lo que facilitará inmensamente la extracción y conducción de las hermosas maderas que ofrecen las faldas de la sierra.

Sobre este punto que afecta la explotación de la riqueza forestal de Misiones, me permito hacer una observación que espero será tomada en cuenta por el Gobierno.

Hoy para exportar la madera de los obrajes se requiere la presencia de un guarda aduanero, para que verifique en la planchada la cantidad de vigas que allí se hallen depositadas, y hecho esto, presencie luego el embalse de las mismas, a fin de dar el certificado y guía correspondientes.

Este sistema de control, que es muy bueno, si se quiere, sobre todo teóricamente, presenta en la práctica serios inconvenientes y perjuicios, que paso a explicar.

Los guardas hasta ahora son pocos para atender de un modo conveniente a todos los obrajes, que, como es sabido, dejan de trabajar casi siempre en una misma época, y en la misma necesitan para llevar a los mercados, embalsar sus maderas; y para esto, entre otras cosas, tienen en cuenta principalmente las condiciones de creciente mayor o menor que presenta el río, a fin de poder llevar sus balsas sin peligro hasta Corrientes.

Como estas crecientes se producen periódicamente y en ciertas circunstancias, si no se aprovechan, es fácil perder la oportunidad y con ella mucho tiempo, hasta que se presente otra en las mismas condiciones.

Si esto sucede en el Alto Paraná, ¿qué no sucederá en los obrajes situados en el interior de ríos como el Yabebuiry, por ejemplo, donde hay que aprovechar sin pérdida de tiempo los momentos oportunos?

Los guardas, siendo pocos para atender a tanto obraje, pierden muchísimo tiempo en presenciar el embalse de maderas, y de esto resulta que no pueden dar cumplimiento satisfactorio a todos los pedidos, pues cada operación de estas no se hace en un día.

Para evitar todos estos inconvenientes que perjudican de un modo serio el crédito y los intereses de los obrajeros, se debería modificar el sistema, a mi

modo de ver, de la siguiente manera:

Los guardas requeridos por los obrajeros deberían ir a los obrajes y con un martillo marcador a presión o a fuego podrían marcar de un modo visible e indeleble las piezas de madera una por una en la planchada; terminado lo cual, extenderían el certificado correspondiente para la guía, pasando inmediatamente a otro obraje para hacer la misma operación, que sería rápida, haría ahorrar tiempo a los guardas, no perjudicaría al obrajero, dejándole libertad de acción para embalsar cuando quisiera y despachar su balsa cuando pudiera.

Con este medio sencillo y rápido no creo que pudiera defraudarse al fisco, porque así, no sé cómo podría contrabandearse madera y mucho menos en los obrajes situados en los ríos que se internan en el territorio.

El control se haría del siguiente modo, que no admite fraudes:

Las guías se despacharían por un número dado de piezas o vigas, igual al que el guarda marcase, y de ese modo, fuera de la cantidad indicada, no podrían conducir más las balsas.

Llevando bien en las aduanas las anotaciones de las partidas correspondientes, el fraude es imposible, porque una viga de más que las balsas llevaran, tendría que conocerse inmediatamente y no podría ser vendida ni despachada en Corrientes por falta de justificación; y como el tamaño de las vigas impide su ocultación, es natural que la falta de marca en una de estas denuncie su mala procedencia.

Este procedimiento sencillo y sin tantas dificultades para todos es también aplicable a las maderas que se despachen por el Alto Uruguay, teniendo más razón de ser su aplicación allí, por cuanto los catres y balsas de madera tienen que bajar en las crecientes rápidas y repentinas que se producen, y que muchas veces no dan tiempo para nada.

El deber de los gobiernos, salvaguardando sus derechos, es facilitar en lo posible la explotación de las riquezas naturales del suelo, debiendo tener siempre en cuenta que para ello es necesario simplificar nuestros procedimientos, harto recargados de trámites, en los que se borronea y gasta demasiado papel, y se pierde precioso tiempo.

Todas estas dificultades, todos esos temores continuos y ridículos que hace ver a los oficinistas, empleados y legisladores un contrabandista en cada hombre trabajador y honrado, que por el sólo hecho de dedicarse a una explotación cualquiera es sospechado de tal, deben desecharse; no es con

leyes prohibitivas ni coercitivas que se mata el contrabando; muy al contrario, con ellas se fomenta y sólo se le hace desaparecer cuando se presta a la explotación de los artículos similares del país, toda la protección y todas las facilidades para que el mayor número de personas de mucho o poco capital, puedan dedicarse a ella.

Si se quiere ver pronto desarrollada la explotación de los bosques misioneros y otros, téngase en cuenta estas observaciones tomadas *in situ* y dictadas con la mejor buena intención y voluntad.

Según los datos del Dr. Bertoni, el río Yabebuiry en su parte inferior cerca del Paraná mantiene su anchura entre 80 y 250 metros, con bastante profundidad, y arrastra una cantidad de agua muy superior, a la que se podría suponer, calculando que su curso total no pasará de 30 leguas y probablemente menos.

Esto se explica fácilmente por sus muchos afluentes y, sobre todo, por la enorme cantidad de lluvia que anualmente se descarga sobre la sierra de Misiones, y que según sus cálculos llega a dos y medio metros o sea dos mil quinientos litros por metro cuadrado. Esta abundancia relativa de agua es el carácter general de todos los ríos y arroyos del Alto Paraná, los que, por poco que llueva, guardan siempre un caudal respetable, no siendo raro verlos crecer durante las lluvias cinco y hasta diez metros verticales, a pesar de lo rápido de su corriente.

Continuando nuestra marcha, llegamos como a las cuatro de la tarde, al puerto de San Ignacio.

1 Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo XV.
2 Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires, tomo 1.°, entrega 5.

Capítulo VIII
En San Ignacio

El puerto de San Ignacio. – Marcha a pie. – Una picada. – Impresiones. – Llegada a casa de don Marcelino Bouix. – Hospitalidad misionera. – Cría de mulas. – Porvenir de esta industria. – La Cangalla misionera y sus inconvenientes. – El idioma portugués. – El guaraní. – Por qué no se habla el español.

El puerto de San Ignacio es una playa amplia y cubierta de pedregullo o ripio pequeño que proviene seguramente de disgregaciones de la tierra y que el río transporta entre sus aguas turbulentas y deposita allí, en la época de las grandes crecientes.

Algunos árboles diseminados sólo hacen sombra; el resto del suelo, desnudo, recibe de lleno el sol que reverbera. Más adelante un campo se extiende y allá, en el fondo, una restinga de monte se alarga con su tono azulado.

Al llegar no encontramos ni caballos ni alma viviente para mandar pedirlos. Descargamos sobre el cascajo caliente nuestros pertrechos y dejándolos al cuidado del Sr. Méndez y del asistente, resolvimos nosotros marchar a pie hasta la casa de nuestro futuro huésped, sirviéndonos de guía las huellas de una carreta.

Caminamos por ese campo, haciendo una variante nada agradable a la incómoda posición de sentados que en la canoa habíamos traído desde la mañana.

Correa Luna, Kyle y Artabe no se decidieron al principio por el paso militar que rinde mucho y es continuo; por el contrario, corrían carreras por aquella superficie llena de pasto alto que no dejaba de molestar; pronto se convencieron de que en esas condiciones y al sol, lo mejor es no apurarse, y al rato se pararon a la distancia y esperaron mi incorporación.

Nos sonreímos mutuamente y seguimos viaje ya sin corridas. Al hacer los comentarios consiguientes, Correa Luna me confesó que sus músculos necesitaban ese ejercicio; tenía mucha razón y aplaudí su idea, pero el hábito

de los viajes me ha hecho perder esas necesidades y siempre trato de economizar las fuerzas, porque nunca se sabe lo que puede suceder más tarde.

Yo comprendo la necesidad de retozar de vez en cuando y la de tirarse sobre la yerba, revolcarse y luego estirar los miembros y permanecer en un dulce abandono por un buen rato, y hasta el dormir la siesta es algo que envidio; pero, a no estar muy cansado o entumido, prefiero el caminar despacio, porque tengo horror a la agitación y a las sudadas sin necesidad. El acostarse sobre la blanda yerba lo llena a uno de bichos colorados, y la siesta se me torna horrorosa al sólo pensar que le quita a uno el sueño de noche y le evita el vivir las horas que duerme, así es que difícilmente gozo en mis viajes de todas esas delicias.

El campo se acaba, estamos en el monte, las huellas de las carretas se internan en él, las seguimos y penetramos en una preciosa picada.

Un ¡oh! de admiración se escapa simultáneo de todos nosotros. El cuadro era magnífico.

Bajo aquella galería de árboles que se besaban sobre nuestras cabezas a gran altura, el sol, infiltrándose apenas por entre los claros que las ramas dejaban, hacía juguetear en el suelo pequeños discos luminosos. Por doquier pendían guirnaldas de mil formas, siempre graciosas, que el tacuarembó, las lianas e isipós formaban tendiéndose en artístico desorden de árbol a árbol.

En la picada de luz tenue, un fresco delicioso se sentía, y a trechos, tropezábamos con un hilo de agua que corría rumoroso, lamiendo sin cesar las plantas que lo bordeaban y la yerba de tallo largo y fino que en él se acostaba.

Aquí y allí entre los claros del bosque, raudales de luz penetraban, encendiendo los colores y aquel contraste con las medias tintas del resto y las oscuridades de los meandros, tenía un encanto fascinador que aumentaba con el variado e infinito volar de las muchas mariposas, que ya en el sol, ya en la sombra, cruzaban el aire en todas direcciones.

El gran morpho de alas azules, la bella con los números 80 u 88 en sus alas, las pierides amarillas o pálidas, las saturnias diversas y todo ese enjambre animado, verdaderas joyas de aquella especie de palacio feérico, nos subyugaban la atención y proporcionaban numerosas víctimas a nuestra codicia insaciable de coleccionistas (65).

La marcha continuaba sin sentirse en medio de todo aquel esplendor.

Pronto salimos, un torrente de sol volvió a invadirnos, y momentos después llegábamos a la mansión de don Marcelino Bouix (66), el cual al saber quiénes éramos nos recibió con los brazos abiertos.

Inmediatamente se mandaron mulas al puerto a recoger nuestros pertrechos y mientras volvían con ellos para instalarnos, nos sentamos a la sombra de unos árboles delante de las casas a conversar con don Marcelino, empezando al mismo tiempo a circular el mate bienhechor.

La hospitalidad misionera volvía a manifestarse; la cocina empezó a ser teatro de mil idas y venidas por parte de la señora de la casa y del personal del servicio; sentimos el cacareo agonizante de algunas gallinas y poco después, un peón a caballo con el lazo a los tientos, se dirigió hacia el campo. Más tarde, hacia el lado del corral, percibimos un tropel y luego un mugido de dolor demasiado conocido, nos hizo comprender que otra víctima más se sacrificaba en holocausto nuestro.

Don Marcelino ante toda esta masacre permanecía impasible y continuaba en alegre plática con nosotros, que ni siquiera podíamos protestar ante tanta finura y galantería.

Cuando el sol empezó a declinar, resolvimos bañarnos en un precioso arroyo próximo, a una cuadra más o menos, y en sus frescas aguas dejamos parte del calor absorbido durante la larga exposición al sol, de todo el día. Saldada nuestra cuenta con la higiene, tornamos a las casas: las mulas habían vuelto, don Marcelino nos señaló una pieza espaciosa recién construida e independiente, donde sentamos nuestros reales.

En breve quedó transformada: nuestros catres de campaña se armaron, las armas y demás pertrechos se colgaron de las paredes, otros se acomodaron sobre cajones, y la instalación se terminó en medio de nuestra común satisfacción.

Incansable nuestro huésped, nos brindó con cerveza, y después salimos juntos a dar un corto paseo a pie esperando la hora de cenar.

La casa de don Marcelino no es una, propiamente es un conjunto de casas, separadas unas de otras por cortos espacios de terreno a manera de patios abiertos.

El edificio principal es amplio, provisto de grandes corredores que lo hacen muy confortable por el fresco que siempre se encuentra debajo de ellos.

Detrás de la casa hay un gran galpón, y luego corre el arroyo a pocos metros, que suministra el agua necesaria para el servicio de la casa, haciendo

además funcionar un monyolo para moler yerba o cualquier otra cosa.

La casa de don Marcelino es una romería de gente, siempre se hallan algunos vecinos que vienen a consultarlo para esto o lo otro, y a él venden muchos sus productos que acopia en grande escala, principalmente yerba, tabaco, etc., pero su ocupación más importante es la cría de mulas (67).

Avecindado en los campos de San Ignacio desde hace tantos años, don Marcelino ha podido formarse con trabajo y constancia un plantel muy bueno de yeguas criollas seleccionadas y de burros garañones que le han resultado excelentes, de manera que sus mulas son bien acreditadas y buscadas.

Además de vender mulas sueltas, etc., hace amansar tropas bien amadrinadas, lo que aumenta su valor.

Este trabajo como todos requiere conocimiento, y de la mayor o menor habilidad de los troperos depende que una tropa salga buena, pareja y pueda prestar sus servicios de una manera regular.

Cuando las mulas tienen dos años y medio o tres, ya pueden venderse, y su precio en Misiones es variable, pero nunca baja de 40 pesos nacionales, como mínimum, siendo chúcara.

Las mulas se amadrinan pronto con una yegua, y si esta tiene cría, mucho más; es increíble el cariño que las mulas le toman a los potrillitos, y unas a otras se los disputan sacándoselos a la madre, pero como no tienen como darles de mamar, lo que resulta es que a lo mejor si se descuidan los troperos, el potrillo muere de hambre.

Las mulas siguen siempre a la madrina y en las tropas hechas, difícilmente se desparramarán o quedarán rezagadas; por el contrario, acompañan al ruido del cencerro de la yegua, de cualquier modo; por esto es muy grotesco en marcha, el detenerse en el camino: a lo mejor la mula dispara y lo deja a uno de a pie, por seguir con las demás; si no puede hacer esto demuestra su impaciencia golpeando el suelo con las patas, dando rebuznos cortos y repetidos, y porfiando por continuar el viaje. Esto si bien es un inconveniente para las paradas, no deja de ser una ventaja para las marchas en las que no se necesita usar de rebenque.

Término medio, las mulas en Misiones cargan hasta 140 kilos cada una, pero generalmente cuando tienen muchos viajes que hacer, la carga es de 100 a 120 kilos.

Las mulas se emplean para la conducción de la yerba mate de los yerbales a los puertos de embarque; hasta ahora es el único medio de transporte y por

mucho tiempo no habrá otros hasta que se hagan algunas picadas carreteras bien estudiadas que desvíen los cerros y fuertes desniveles del suelo que interceptan hoy las picadas mulateras.

Estas son muy mal hechas por lo general, cortadas a rumbo dentro del monte y atravesando retazos buenos y malos, con poco estudio del terreno y apenas limpias, lo suficiente para permitir el paso de la mula cargada, la que muchas veces va tropezando sus bruacas llenas de yerba con los troncos de los árboles de uno y otro lado. En estas marchas, siguiendo una tropa, se puede apreciar el valor de la mula como animal de carga; ni los grandes barriales, ni los elevados cerros de poca inclinación que hay que subir o bajar la arredran. Con su duro y pequeño casco, aprovecha todas las hendiduras, piedras salientes, agujeros, etc., para trepar o bajar, siendo muy raro que suceda una caída o rodada.

La marcha diaria de una tropa cargada se calcula en cuatro leguas, para que los animales resistan a los viajes largos, y por eso es que en las picadas, a esas distancias y aún a trechos menores, siempre se encuentran lugares para posar o pasar la noche, en los que con el continuo andar de las tropas se halla siempre algún pasto, pero las mulas si no lo encuentran, no por eso dejan de comer: el monte les proporciona muchas hojas de plantas variadas que ellas apetecen como el tacuarembó, el fumo bravo (68), etc.

Las mulas que trabajan en los yerbales, si son bien tratadas, siempre están gordas o por lo menos en buenas carnes, y resisten de una manera asombrosa a las más duras fatigas, después de las cuales, consiguiendo revolcarse un poco y dar algunas dentelladas, puede estarse seguro de que las pueden continuar.

Como se ve, la mula es un animal impagable, y su cría una de las más provechosas. Es de desear que en Misiones se dediquen más a ellas, porque no sólo servirán para el territorio, si no que también pueden llegar a ser una fuente grande de recursos como artículo de exportación al Brasil, pasándolas a las provincias de Río Grande y Paraná, a fin de ser conducidas a San Pablo. No se crea que esto es una exageración: yo he tenido ocasión de conocer y tratar en la provincia de Entre Ríos y aún en el Estado Oriental del Uruguay, troperos de la provincia de San Pablo que habían llegado hasta allí en busca de mulas para aquella provincia (69).

Al lado de las casas, y en uno de sus galpones, don Marcelino tiene instalado un taller para la fabricación de *cangallas*.

Llámase *cangallas* al aparato que se aplica sobre las mulas para ser cargadas. Es palabra portuguesa que se usa en Misiones a causa de la cantidad de brasileros que allí viven y que dan el mayor número de troperos.

Las c*angallas* necesitan ser bien hechas para que no lastimen a las mulas. La forma usada en Misiones será muy buena, pero a mi modo de ver, tiene muchos inconvenientes: se compone de dos horquetas de madera, dos V que se unen entre sí por medio de unas pequeñas tablas, a uno y otro lado, perpendiculares a las ramas de la V, y en el vértice se les deja una especie de perilla.

Este aparato se coloca sobre las mulas forrando los lados internos de las ramas de la V con un colchado de paja que ocupa todo el largo de la *cangalla*.

Tanto a la horqueta o V anterior como a la posterior, se le excava de cierta manera el lado interno para que se adapten mejor al cuerpo de las mulas.

La *cangalla* se sujeta con dos cinchas y a veces con una sola, colocándole además un pretal ancho para evitar que se vaya para adelante cuando bajan por los empinados cerros.

De las perillas anterior y posterior, por medio de unas argollas de cuero llamadas *alzas,* cuelgan las *bruacas,* una a cada lado, para equilibrar el peso. Estas son unos grandes sacos de cuero en los que se coloca la yerba o lo que se quiera cargar; además se sujetan reatándolas por sobre la *cangalla*.

Esta *cangalla* tiene como inconveniente principal el ser de madera de sarandí (70), la que es muy pesada y rígida, y por mejor hecha que esté, nunca puede adaptarse bien al cuerpo de las mulas y concluye siempre por lastimarlas, además de hacerles cargar un peso inútil.

La objeción principal que a todo esto hacen es que la *cangalla* es muy fuerte y difícilmente se rompe, lo que no deja de ser una barbaridad o economía mal entendida, porque a la larga las mulas se estropean lastimosamente. Muchas veces les he indicado que adoptasen el sistema de *cangallas* de nuestras provincias andinas, que a mi modo de ver es el mejor por lo cuidadosos de sus animales que son los troperos de por allá; pero los de Misiones difícilmente entran por las innovaciones y no se advienen a ensayar nuevos procedimientos.

Por eso es que los dueños de tropas deben tener en cuenta estos datos y pedir unas muestras de aquellas a fin de mejorar el servicio, haciendo también algo a favor de las pobres mulas, que tanto lo merecen por su trabajo

continuo y penoso.

En San Ignacio casi no se habla más que el portugués, la mayor parte de los pobladores son brasileros y por eso en casa de don Marcelino no se oía sino ese idioma, a pesar de ser él francés, su señora paraguaya y los hijos argentinos (71).

El portugués se impone por la masa de población brasilera que lo habla, y como los argentinos que allí viven pertenecen en su mayor parte a la provincia de Corrientes, y por lo tanto son poco versados en el español, a causa del guaraní, prefieren aprender mal el portugués que es el único idioma con el que pueden hacerse entender con quienes tienen que estar en contacto.

Para entenderse con los paraguayos tampoco lo necesitan porque con ellos instintiva y voluntariamente hablan guaraní, idioma que se presta de un modo admirable a la chacota grosera y obscena que representa para la gente inculta el súmmum de la gracia y *esprit*.

Así está explicado el por qué en Misiones se habla muy poco el español y si a esto se agrega la falta absoluta de escuelas en muchos de los centros poblados, como San Ignacio por ejemplo, en donde los niños puedan aprenderlo, se explicará mejor.

Traslado este dato al Consejo Nacional de Educación para que no desmintiendo su celo proverbial, tome la participación que le corresponde en este caso de suma importancia.

Al referirme a los correntinos que habitan en Misiones, no generalizo, pues el hecho que cito se refiere a la gente de campo e inculta que en su provincia no habla generalmente otra cosa sino el pintoresco guaraní.

La gente de las ciudades es muy culta. Hago esta salvedad para que no se me tome por parcial, ni se crea que pretendo con esto demostrar mal querencia hacia una provincia argentina que ha tenido sus merecidas glorias y por la cual tengo alto aprecio.

Cuando llegaron las 8 de la noche nos sentamos a la mesa, que pronto se ocupó con muchos convidados que querían festejar nuestra llegada.

Capítulo IX
Las ruinas de San Ignacio

Cómo se repobló San Ignacio. – Su casi despoblación. – El porqué no adelantó. – Decretos salvadores. – Población actual. – Las ruinas del pueblo jesuita. – Las casas. – La plaza. – La iglesia. – El colegio. – Detalles arquitectónicos. – Necesidad de conservar las ruinas.

Después de cenar esa noche, reunidos aún alrededor de la amplia mesa, se siguió hasta muy tarde conversando de un sinnúmero de asuntos relativos al pasado y porvenir de San Ignacio.

San Ignacio se repobló espontáneamente gracias a sus buenos campos, ya pocos en esa región, y a ser el punto de entrada de los grandes yerbales de Campo Grande (72).

Desde la época de la Guerra del Paraguay ya empezó a afluir la población yerbatera que poco a poco se estableció diseminada, levantando ranchos, haciendo plantaciones y dedicándose a la cría de ganado mayor.

Gran parte de los pobladores fueron brasileros, pero con estos, varios europeos y entre ellos nuestro huésped don Marcelino, también se radicaron allí.

Desde aquella época esa curiosa población prosperó. Muchos monyolos daban sus cachazudos golpes a orillas de los arroyos moliendo yerba, las tropas de mulas iban y venían sin interrupción de la sierra acarreando ese precioso vegetal y las canoas deslizándose por la tranquila superficie del Yabebuiry, o las turbulentas ondas del Paraná, llevaban a la naciente Ciudad de la Trinchera de San José, hoy Posadas, cientos de arrobas enzurronadas en grandes tercios de cuero vacuno.

Durante muchos años, hasta la cesión del territorio de Misiones, hecha por la provincia de Corrientes al Gobierno Nacional, todo marchó en perfecto orden y sin tropiezo alguno; luego surgieron dificultades de género e índole diversas y cuando los intereses y los derechos adquiridos entraron a luchar con los posesorios, la faz de aquella vida plácida y de risueño porvenir cambió por completo.

Unos y otros se pusieron en pugna abierta y decidida, sin que las autoridades tomasen las medidas que les correspondían para evitar que muchos pobladores beneméritos fuesen despojados indirectamente de sus derechos y empezase a producirse una despoblación de hecho injustificable y hasta criminal, por cuanto atentaba a los verdaderos intereses del territorio.

Ese error de los que debieron anteponerse a las miras egoístas de los grandes propietarios, lo ha pagado bien caro el territorio de Misiones, puesto que ha atrasado en veinte años su progreso material, destruyendo mucho de lo ya hecho, y sofocando un gran número de bellas iniciativas.

No está en mi ánimo el culpar a nadie, pero si alguno se siente herido por estas afirmaciones, medite bien en lo que dejo dicho y recorriendo el pasado, haga un sano examen de conciencia y reflexione como no lo hizo entonces, y si nada saca en limpio, dese una vuelta por aquellos mundos y tenga la paciencia de oír y escuchar con desinterés y sin pasión, los dolorosos recuerdos de los cientos de personas perjudicadas sin necesidad.

Por lo menos que estas líneas sirvan de seria protesta y de ejemplo para los que tengan que dirigir y velar por el porvenir de cualquier parte de nuestro país.

A todo esto muchos pobladores de San Ignacio resistieron con constancia y con fe en el porvenir y, gracias a ello, hoy viven ya más respetados, gozando de bienestar. Debido también a la mensura de los terrenos nacionales que corresponden a los antiguos pueblos jesuitas por Ley de la provincia de Corrientes de Septiembre 27 de 1877 —cuya mensura hoy está haciendo llevar a cabo el Gobierno Nacional—, los pobladores de ese y otros puntos podrán tener pronto sus títulos de propiedad como merecen, y entonces, ya sin temor de que les sean discutidos sus terrenos, los adelantarán con buenos edificios y ensancharán el radio de acción de sus intereses, invirtiendo mayores capitales, que podrán radicar ya definitivamente.

Eso es lo que tanto mal ha hecho a Misiones: la falta de títulos de propiedad a los pequeños propietarios, es decir, a los poseedores del terreno, que han vivido en completa zozobra, sin atreverse a dar ningún paso ni a invertir capital alguno.

Hoy San Ignacio tiene unas trescientas seis hectáreas cultivadas y plantadas en su mayor parte de tabaco, maíz, etc.; posee una población repartida en ciento cincuenta hogares, que tiene más o menos:

Animales vacunos:
600 animales yeguarizos.
300 animales mulares.
800 animales porcinos.

Y es de esperar que pronto estas cifras aumenten, una vez que se pongan en vigencia las nuevas leyes protectoras.

Al día siguiente, resolvimos visitar las famosas ruinas de los antiguos jesuitas. Montamos a caballo acompañados por un peón brasilero, un riograndense alto, negro y bien proporcionado, que respondía al feroz llamado de *Maneco tigre*.

Atravesamos campos fuertemente ondulados y cubiertos de flores, con abundantes isletas de monte espeso, en una extensión de dos kilómetros más o menos, hasta llegar a orillas de un bosque al cual penetramos por una estrecha senda.

El carácter de los árboles denotaba la no muy avanzada edad del monte, que en su mayor parte se hallaba compuesto de naranjos que allí se habían desarrollado espontáneamente en aquel suelo lleno de piedras.

Íbamos subiendo, sin querer, una colina, recibiendo el hálito cálido del monte, impregnado de humedad y forjado bajo la agradable sombra de aquella vegetación desordenada.

De pronto entre los árboles empezamos a distinguir, una, otra y otras casas de piedra, alineadas en calles e invadidas también por la vegetación inexorable.

Las casas se conservaban en general bien, sus paredes, aún en pie, de piedra cubicada se erguían, con sus puertas y ventanas desnudas, conservando algunas de ellas engastadas en su masa, grandes vigas de Urunday (73), que les sirvieron para sostener los marcos.

Los techos faltaban a todas, y dentro de ellas, los montones de tejas españolas yacían hechas pedazos desde que se derrumbaron.

Muchas casas tenían dos piezas, pero en general sólo eran de una de regulares dimensiones; en las paredes se notaban alacenas pequeñas que seguramente sirvieron para guardar imágenes de santos.

Alrededor de las casas, se hallan todavía gruesos pilares de piedra cuadrados, que estaban destinados a sostener el pesado techo sobrante de la casa y a cubrir el corredor que la debía proteger de los fuertes rayos del sol

misionero dándole grata sombra.

Hoy cada pilar sostiene un curioso y elegante chapitel de plantas de helechos, cuyas preciosas hojas se levantan con una airosidad infinita.

Las casas se suceden así como las calles. Por ellas vamos caminando precedidos por *seu Maneco Tigre* quien con su filoso machete va abriéndonos paso por entre la maraña que las llena; declarando al mismo tiempo que nunca ha visto, en los muchos años que hace de Cicerone, viajeros más curiosos ni más caminadores que nosotros.

Ocho cuadras contamos de Norte a Sur y otras tantas de Este a Oeste, edificadas de este modo, perdiéndose aún las ruinas entre el monte tupido por unas cuantas cuadras más, las que no andamos por estar casi completamente destruidas y ser de un acceso muy difícil.

Luego de que nos dimos cuenta exacta de lo que fue el pueblo, nos dirigimos a la plaza, en donde recibimos un baño de sol, por estar desprovista de vegetación arbórea.

El suelo sólo se halla cubierto de plantas bajas, llenas de flores, que hubieran hecho las delicias de un botánico por la enorme variedad de especies que allí se presentaban (74).

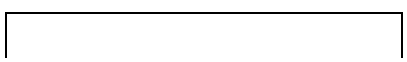
Este curioso fenómeno de hallarse la plaza sin la vegetación que cubre el resto del pueblo debe seguramente atribuirse al pisoteo de los miles de indios que en sus posesiones y fiestas diversas concurrían a la plaza, así como también al haber servido ese lugar de taller para el tallado y corte de todas las piedras empleadas en la construcción de la monumental iglesia y demás edificios que alrededor de ella se elevaban.

La plaza es amplia, tiene una cuadra por costado y está totalmente rodeada de edificación de piedra.

Mirando al Norte se hallan las ruinas del grandioso templo de San Ignacio, todo edificado en piedra labrada y de cuyo frente aparecen aún en pie tres grandes trozos, los únicos que se han salvado de los destrozos del tiempo y de los hombres.

El atrio de la iglesia con su concha se ha derrumbado y yace en el suelo delante de las paredes aún en pie.

La escalinata que daba acceso al templo se halla cubierta de escombros y vegetación; sobre ella aún se ve una loza fúnebre con la siguiente inscripción:



P. P. ENRIQUE
CORDULE
Septiembre 1727

Allí debajo debe dormir su sueño eterno ese sacerdote, cuya memoria se ha de conservar en los archivos de la orden a la que perteneció.

Según se ve, en las paredes del frente no usaron las piedras cúbicas, como en algunas otras iglesias, sino que emplearon las piedras chatas de poco espesor y de tamaño variable, que fueron colocando, calzándolas con pequeños fragmentos de otras para que nivelasen su talla irregular.

Esto quizá ha contribuido a que su conservación no haya sido tan duradera; puesto que las paredes así hechas ofrecen mayores resquicios por donde las plantas puedan arraigar, ejerciendo mayor presión con sus robustas raíces, en el interior de ellos, y por lo tanto, mayor movimiento en la pared.

Al edificar el frente del modo indicado han embutido piedras talladas de antemano que representaban varias figuras, ornamentos, etc.; igual cosa ha sucedido con las columnas del frente.

El todo fue cubierto por una gruesa capa de revoque del cual no quedan hoy sino rastros: parece de color blanco.

La entrada principal del templo se conoce que fue amplia, flanqueada por columnas, dos a cada lado, que sobresalían de la pared.

Estas columnas cuyos chapiteles tienen algo de corintio, pero con un carácter indio muy marcado, sostenían los extremos de una especie de concha que ocupaba la parte superior de la puerta.

Esta concha que debió tener la forma de un sombrero napoleónico terminaba sobre la mitad de la columna externa, en donde se elevaba una gran perilla de piedra.

Sobre esta concha, a juzgar por los restos que quedan, se destacaban de la pared otros adornos como ser columnitas cuadradas, rosetas, etc., y erguida sobre la perilla, aún se ve la figura de un ángel de pie que en la mano izquierda sostiene una bandera, mientras mira a la derecha. Otro que seguramente hacía *pendant* a este debía hallarse del otro lado.

Sobre los chapiteles y en esa línea, una balaustrada fingida, tallada en la pared, corría a lo largo del frente. A ambos lados de la puerta, debajo y detrás de las columnas de la entrada, se hallaban engastadas en la pared dos grandes placas de piedra grabadas, la de la derecha con la cifra de Jesús *IHS* y debajo

de ella los tres clavos de la pasión, y en la de la izquierda la cifra de María cubierta por una corona y debajo de ella el corazón traspasado. Estas cifras se hallan rodeadas por una elegante línea ondulada. Una de estas placas fue arrancada de su lugar para transportarla a Buenos Aires para figurar, junto con otras cosas, en la Exposición Continental del año 1882, pero parece que una vez fuera de su lugar no pudieron conducirla por el peso, y allí ha quedado, en el suelo delante de la puerta.

El interior de la iglesia es grandioso, las paredes laterales son todas de piedras cúbicas y de gran tamaño, colocadas con bastante prolijidad. El costado derecho tiene una serie de grandes ventanas también de piedras orladas de dibujos tallados en ellas, representando florones de formas raras, guardas formadas por una combinación de racimos de uva y espigas de trigo y otras a cual más originales, pero todas ellas con un marcado carácter indio.

El piso de la iglesia debe contener muchas lápidas fúnebres con inscripciones en guaraní como sucede en todas las iglesias que han quedado de los jesuitas, pero desgraciadamente se halla tan cubierto de tierra, restos de tejas, piedras, escombros de toda clase y, sobre todo de vegetación, que hace imposible el poder darse cuenta de ello (75).

Entre las piedras de las paredes han nacido cantidades de helechos y bromeliáceas que con sus largas hojas ocultan a la vista mil detalles interesantes de ornato de aquella extraña arquitectura.

A la izquierda de la iglesia, se encuentra un gran patio cerrado que fue el cementerio de la misión; hoy se halla también cubierto de árboles cuyos despojos ocultan las piedras funerarias.

A la entrada se ven los restos de una capilla donde seguramente depositaban los muertos antes de enterrarlos a fin de rezarles las oraciones de difuntos.

En esta capilla se notan aún unas fuertes vigas de lapacho (76), empotradas en las paredes que sirvieron para sostenerlas sobre las puertas.

A la derecha de la iglesia, están las ruinas del colegio o casa de los jesuitas; una flanqueada por dos pequeñas columnas de grueso chapitel con cabezas de ángeles alados, hoy destruida, da acceso al gran patio central.

A la derecha de la puerta, sobre un gran lienzo de pared, ha crecido del lado externo un gigantesco árbol de *Ubapoi* o higuera salvaje o higuerón (77), como también lo llaman, el que ha adherido a ella sus raíces como un pulpo colosal, sirviéndole al mismo tiempo de vigoroso sostén que impedirá,

por muchos años, su derrumbe.

El gran patio del colegio, rodeado de edificación, cerrado en el costado oeste por la pared de la iglesia con sus grandes ventanas que también de este lado están rodeadas de esculturas variadas y por el Sur y Este con las muchas habitaciones que aún quedan en pie, había sido entonces transformado en un gran maizal por uno de los pobladores de San Ignacio.

En la esquina suroeste del patio hay una preciosa portada de piedra, toda esculpida, de un estilo raro.

El arco superior lo forman dos grandes lozas que se adaptan exactamente, talladas de modo de dejar una abertura semicircular; estas descansan sobre la pared que representa columnas y pilares también tallados y esculpidos.

En el arco, entre arabescos, se halla esculpida la figura de un jarrón con flores a las que van unos pajaritos volando.

Los chapiteles de las columnas son cuadrados con cabezas aladas de ángeles.

Los de ornamentación son curiosos y todos llevan su sello propio, medio civilizado y medio indio.

Esta puerta es una joya en aquellas ruinas y lástima que no se trate de conservar, despojándola un poco del exceso de vegetación que pesa sobre ella, la que tiende a destruirla, pues ya una de las piedras que forman el arco se ha zafado un poco y no será extraño que el día menos pensado se venga al suelo.

Esta puerta da acceso a la galería externa del colegio; galería que se hallaba a lo largo de este frente delante de la cual corría una magnífica balaustrada toda de piedra de la cual hemos podido fotografiar una parte.

La balaustrada se hallaba formada por grandes paralelepípedos de piedra con una simple moldura, alternados por columnas torneadas derechas y otras en forma de S.

En el centro hay una escalinata que desciende a la que fue quinta de los padres de la Compañía de Jesús, toda rodeada de un muro de piedra que aún existe.

El edificio del colegio ha sido grandioso y no desmerecía en nada a la magnificencia de la iglesia.

Se nota por las ruinas que allí mucha gente durante largo tiempo trabajó en su construcción.

Tanto la iglesia, como el colegio, a pesar del incendio que sufrieron en

tiempo de la invasión del General Chagas (78), se hubieran podido conservar por muchos siglos aún, dado el trabajo ciclópeo con que fueron construidos; pero la vegetación de aquellos lugares ha acelerado en mucho su destrucción, derribando con sus raíces poderosas masas enormes de piedras.

Estas ruinas no durarán ya mucho, la naturaleza y los hombres de por allí, que no ven en ellas sino montones de piedras ya talladas, y que presentan comodidad para ser empleadas en obras que le reporten utilidad, concluirán la obra destructora si las autoridades no toman medidas severas para contrarrestar ese vandalismo.

Para Misiones, las ruinas de los pueblos jesuitas representan un venero de riqueza futura.

Cuando haya mayor facilidad de transporte y el turismo se haya generalizado más en nuestro país, muchos, muchísimos se dirigirán allí para visitarlas, y ese vaivén continuo de turistas coadyuvará al adelanto del territorio, dejando mucho dinero y aportándole su contingente de progreso (79).

Este fue el pueblo de San Ignacio Miní que se fundó al principio cerca del de Loreto en la provincia del Guayrá sobre la margen del río Yabebuiry en el año 1555 por los españoles. En 1631, por miedo a los paulistas y tupis su población huyó, y recién en 1659 se estableció de nuevo en el punto que hoy ocupan sus ruinas (Gay) (80).

Capítulo X
En San Ignacio: la cuestión yerbales

Los campos de San Ignacio. – Su mejora por la hacienda. – Pobladores. – Moralidad de aquellas gentes. – Vida patriarcal. – Las consecuencias de un error administrativo. – Destrucción de yerbales fiscales. – Su reglamento actual.

Casi todo el día empleamos en visitar las ruinas de San Ignacio, y cuando ya quería entrarse el sol, resolvimos regresar a casa de nuestro huésped, con la intención de volver a hacerles otra visita al día siguiente.

Después de salir del monte, tornaron a presentarse a nuestra vista los campos de San Ignacio iluminados por un magnífico sol poniente, cuya luz espléndida, llena de resplandores rojizos, jugueteaba en los cerritos pelados, sobre las isletas de monte, entre aquella alfombra infinita de flores, coronando por fin la cresta del majestuoso cerro de Santa Ana, que allá a lo lejos se destacaba soberbio sobre la línea del horizonte.

La hacienda repleta de jugosos pastos se encaminaba pausadamente hacia sus lugares predilectos para echarse a rumiar, y en el cielo, bandadas de loros, con su gritería infernal, pasaban dirigiéndose hacia sus dormideros, después de haber hecho de las suyas en los maizales, acompañados por la maldición de los plantadores (81).

Aquellos campos, hoy tan buenos para la cría del ganado mayor, han sufrido desde años a esta parte la influencia del mismo, que con su pisoteo y abono ha ido mejorándolos en cuanto a la calidad de los pastos.

El ganado en Misiones se cría admirablemente, tiene muchos recursos de que echar mano, principalmente en el bosque, donde varias plantas y hojas de árboles le brindan un complemento de alimentación no despreciable, proporcionándole además grata sombra, bajo el tupido follaje de sus gigantescos árboles, en las horas en que el sol lanza sobre la tierra sus más ardientes rayos.

Cada isleta de monte tiene en su centro un ojo de agua, que cristalina y fresca brota de entre las piedras, murmurando suavemente, debajo de un

dosel de vegetación lujuriosa que la cubre con cariño; llenando aquel ambiente perfumado una multitud de mariposas multicolores, que flotan con movimientos lentos.

En lo de don Marcelino nos esperaban con la *ceia* (82) preparada.

Nuevas víctimas habían sido sacrificadas en honor nuestro, entre las cuales figuraba un magnífico pato, que nos fue servido con aceitunas, por nuestro don *Maneco Tigre*, quien de bombacha, botas, su inseparable y largo facón en la cintura, de gran chambergo, y con una servilleta al hombro, hacía las veces de *maitre d´hotel*, con toda la elegancia y *chic* requerida en estos casos.

Alrededor de la mesa, compartiendo con nosotros el festín luculiano preparado por don Marcelino, se hallaban muchos vecinos de San Ignacio que habían venido para conocernos y ofrecernos sus servicios.

¡Qué buena gente aquella! Todos hombres de trabajo, cargados de familia y viejos pobladores del lugar, cada uno con su historia de infortunios y con su odisea de *pioneers*.

Agricultores y yerbateros en su mayor parte, con veinte y más años de residencia en aquellos parajes, conocedores de los más recónditos secretos de los bosques del territorio; allí se han arraigado espontáneamente, formando sus hogares y luchando con aquella naturaleza que, avara de sus riquezas, opone mil obstáculos al hombre sin fortuna, para la explotación de sus productos.

La mayor parte eran brasileros de las provincias de Río Grande y Paraná, y entre ellos no faltaban algunos recién llegados o mejor dicho, emigrados, que habían abandonado sus hogares, huyendo de los desastres de la guerra civil.

La moralidad de los pobladores de San Ignacio es proverbial, y privados como mucho tiempo han estado de autoridades, han adquirido un *modus vivendi* especial, de suerte que entre ellos, arreglan amistosamente cualquier dificultad, nombrando en último caso, si no pueden avenirse, un tercero, árbitro, cuya decisión es inapelable.

Cuando por casualidad entre ellos ha surgido un elemento de discordia, este ha sido expulsado en un modo indirecto, pues todos a una le han hecho el vacío, obligándolo así a cambiar de domicilio.

Este procedimiento que en otro centro no surtiría efecto, allí lo tiene, y esto se explica, puesto que se trata de lugares en donde todos tienen que darse la mano y ayudarse en mil trances, por la falta de recursos y por el casi aislamiento en que viven.

Hoy por una cosa, mañana por otra, todos se necesitan, viviendo, puede decirse, en una especie de comunismo sin que este sea llevado a la exageración.

El compadrazgo tiene además una influencia muy poderosa y coadyuva en mucho a la perfecta armonía que reina entre ellos 1.

Gracias a esta especie de comunidad, se han salvado de la destrucción los naranjales de las ruinas, que hubieran ya desaparecido del todo a esta fecha, por el sistema indolente que las gentes tienen, en creer que es mejor, cuando se trata de bienes mostrencos, voltear los árboles para cosechar las naranjas, que el trepar en ellos para despojarlos, no acordándose del mañana, con esa imprevisión propia de salvajes (83).

Esta crueldad para con los árboles, donde más se ha manifestado en Misiones ha sido en los yerbales, sobre todo en los fiscales (84).

Durante una de las administraciones pasadas, se cometió el grave error de darlos en arriendo a una sola persona, quien monopolizó su explotación, vendiendo a su vez derechos de corte a los pequeños yerbateros, que toda la vida se habían ocupado de ese negocio.

Pero como todo monopolio es odioso, y como los precios que se exigían eran exorbitantes, muchos creyeron mejor desentenderse de aquel, dedicándose clandestinamente a la explotación de dichos yerbales, lo que se hizo revistiendo todos los caracteres del vandalaje más cruel.

Aquella gente baqueana penetraba a los yerbales por sendas desconocidas, llevando sus escasas comitivas por simples piques 2 practicados en el bosque y trazados a rumbo; marchando entre aquella maraña con todo el sigilo y la prudencia propia de los indios, cuando van a sorprender una toldería enemiga.

Llegados a los yerbales, hacían un campamento provisorio, y para abreviar tiempo, volteaban a hacha, los árboles de yerba, que derribados, eran rápidamente despojados de sus codiciadas hojas, quedando en el suelo sus troncos pelados junto al pie, que levantaba su muñón tronchado, como clamando al cielo por el hecho bárbaro de que habían sido víctimas.

Luego que tenían un par de cientos de arrobas de yerba lista, agrandaban el pique, y metiendo por él la mulada al yerbal, sacaban precipitadamente el producto de sus rapiñas lejos de allí, para venderlo en seguida a los acopiadores de Posadas.

Muchísimos árboles así se han destruido, y hubiera continuado este

destrozo por mucho tiempo aún, quizás hasta arrasar los yerbales, si no se hubiera puesto un remedio como fue el declarar la explotación libre de los mismos, mediante pago al Gobierno de cincuenta centavos por diez kilos y con sujeción al reglamento de Corrientes de 1876 para el corte de yerba que regía en Misiones, cuando aún pertenecía a aquella provincia.

Como este trabajo está destinado a servir de consulta a los que necesiten tomar datos sobre aquel territorio, transcribo aquí dicho

Reglamento de yerbales

Capítulo I

De las secciones para explotar la yerba y la concesión de permisos

Art. 1.°. Para la fiscalización y explotación de los yerbales de San Javier, Santa Ana, Corpus, los del otro lado del Campo Grande y de los que en adelante se descubrieren, se repartirá el conjunto de todos ellos en cuatro secciones: los límites de cada sección serán determinados por una Comisión compuesta del Comisario General, uno de los Fiscales a indicación del Comisario, y dos vecinos prácticos de los principales yerbateros, nombrados por la Gobernación. La determinación de los límites debe someterse inmediatamente a la aprobación del Gobierno, y una vez aprobada, el Comisario designará la sección para la elaboración de la yerba, empezando de San Javier, Santa Ana y así sucesivamente.
Las secciones serán numeradas de 1.° a 4.°.
Art. 2.°. Cada año se concederá una sección para la elaboración de la yerba-mate, prohibiéndose por los tres años siguientes la elaboración de esta sección.
Art. 3.°. El usufructo de una o más manchas todavía desconocidas, será exclusivamente del descubridor por el primer año, sujetándose a las restricciones de este Reglamento.
Art. 4.°. Todo individuo que quiera beneficiar yerba-mate solicitará previamente un permiso del receptor territorial de San Javier o Santa Ana, quien lo dará por escrito en el impreso que se le remitirá, en el que se expresará el nombre del empresario, el número y nombre de los peones con que entrará a la sierra, haciéndose la correspondiente anotación en un libro especial que para el efecto llevarán dichos receptores.
Art. 5.°. El permiso a que se refiere el artículo anterior se expedirá desde el 20 de febrero, pudiendo empezar el corte desde el 1.° de marzo hasta el último día de julio, debiendo suspenderse desde ese día todo trabajo.
Art. 6.°. Perderá el derecho acordado en el artículo, aquel que en el término de dos meses no hubiere dado principio a los trabajos.
Art. 7°. La localidad elegida para el corte se concederá, si estuviera libre, sólo en una

extensión relativa al número de trabajadores que haya de emplearse, calculándose un área de seis cuadras cuadradas para cada cortador de yerba, y así sucesivamente; pero en ningún caso el terreno de un campamento excederá las sesenta cuadras cuadradas.
El lugar de la ranchería será siempre el centro del campamento.

Capítulo II

De la manera como se ha de hacer la elaboración

Art. 8.°. Cada patrón o capataz de comitiva, habiendo elegido un terreno para sus trabajos, limpiará el lugar para la ranchería y solicitará del Fiscal la determinación de los límites del campamento, según dispone el artículo anterior.
El Fiscal designará los límites en el término de dos días, cuya designación la dará por escrito al interesado.
Art. 9.°. El que corte yerba dentro de los límites de otro campamento, pagará una multa de *veinticinco pesos fuertes*, y la yerba cortada será entregada en propiedad al dueño del campo.
Art. 10.°. Es prohibido cortar el gajo principal del árbol (llamado banderola): el contraventor será multado en *veinticinco pesos fuertes* por cada gajo que corte, y perderá la yerba a beneficio del denunciante o delator.
Art. 11.°. Una multa de v*einticinco pesos fuertes* será igualmente aplicada al que destruyere maliciosamente un árbol de yerba, y por cada árbol destruido, debiendo además abonar a beneficio del denunciante o delator un equivalente de la mitad más de la multa impuesta.
Al reincidente se le aplicará la misma multa, perderá todos los útiles de elaboración a beneficio del delator o denunciante, y será obligado a abandonar inmediatamente el campamento, no pudiendo entrar en los yerbales por espacio de tres años. A este fin las autoridades se darán inmediatamente aviso expresando la filiación del reincidente.
Art. 12.°. Toda yerba beneficiada fuera de los meses de marzo a julio inclusive y en las secciones prohibidas será decomisada inmediatamente con todos los útiles de elaboración y vendidos por la Gobernación al mejor postor y a dinero contado, repartiéndose la mitad del producto líquido entre los aprehensores, la otra mitad corresponderá al delator o delatores, previa deducción del impuesto fiscal.
Se impondrá también una multa de *veinticinco pesos fuertes* al patrón o capataz y *diez* pesos a cada peón a beneficio del Fisco, por cada arroba de yerba beneficiada y decomisada, sin perjuicio de que la comitiva será obligada a retirarse inmediatamente de la sierra.
Al reincidente se le aplicará el doble de la multa pecuniaria que debiera corresponderle, y no podrá entrar en los yerbales por tres años, dándose aviso a las autoridades con expresión de la filiación del reincidente.
Art. 13.°. Se prohíbe completamente beneficiar yerba caona (86); la que se encuentre será inutilizada por los fiscales en presencia de sus dueños, y a estos se les aplicará la multa de *quince* pesos m/n por arroba.

La clasificación de la yerba caona se hará por el Fiscal y dos vecinos yerbateros con audiencia del dueño, y el fallo será inapelable.

Capítulo III

Venta de yerbas, mercaderías, etc. en las sierras, boliches, poblaciones permanentes

Art. 14.°. Toda venta de yerba en los lugares de beneficio o entrega de un noque a otro se hará indispensablemente con conocimiento expreso de un fiscal, justificándose previamente la propiedad.
Al vendedor de yerba ajena, háyase o no consumado la venta, se le aplicará la multa de *cinco pesos fuertes* por arroba, a beneficio del propietario.
Art. 15.°. Queda prohibido entrar en la sierra boliches ambulantes.
Todo individuo que quiera entrar en la sierra para vender artículos de manutención, géneros, ropa hecha, ponchos, etc. lo hará con una licencia escrita del receptor, expresando los artículos que lleva, con la que se presentará al Comisario o a uno de los fiscales para que con su conformidad al pie de la licencia le permita disponer de ellos.
Es entendido que los receptores no darán licencia, sin exigir antes la exhibición de la correspondiente patente.
Art. 16.°. Se prohíbe hacer rozados para plantar en los montes de yerba o sus inmediaciones; el contraventor pagará una multa de *cien pesos fuertes* sin perjuicio de otros cargos que pudieran resultar contra él.
Art. 17.°. Se prohíbe igualmente hacer habitaciones permanentes en la sierra o Campo Grande, bajo pena de destrucción de la habitación y multa de *cien pesos fuertes* por cada una (87).

Capítulo IV

Deberes de los patrones, capataces y fiscales para la extracción de la yerba

Art. 18.°. Los patrones o capataces son responsables de los perjuicios que sus peones causaren a los árboles, debiendo vigilar por el estricto cumplimiento del Reglamento, como también cuidar de que no dejen cortar los árboles en estado de beneficiar.
Quedarán, sin embargo, libres de toda responsabilidad, si probasen que las infracciones por parte de los peones han sido con objeto de dañar a su patrón o capataz, en cuyo caso cargarán aquellos con las responsabilidades.
Art. 19.°. Siempre que un jefe de comitiva conozca la necesidad de mudar de campamento o la de retirarse de la sierra avisará cuatro días antes a un fiscal, para que venga a inspeccionar el trabajo hecho, so pena de multa de *cincuenta* pesos m/n sin perjuicio de los

cargos que resultaren. Avisado el fiscal atenderá a esta inspección dentro de cuatro días, después de cuyo término quedará el jefe libre de toda responsabilidad.
Art. 20.°. Todos los troperos que se ocupen en la extracción de yerba solicitarán por escrito una licencia del receptor respectivo, a su entrada a la sierra, en la que expresarán el número de cargueros que llevan, el nombre del dueño del noque, de cuenta de quien carga, si conducen víveres para alguna comitiva o artículos para vender, y si tendrán que cargar uno o más noques.
Todas estas circunstancias serán anotadas en un libro especial con el nombre del tropero, devolviéndose la solicitud con el *conforme* del receptor.
Art. 21.°. La licencia a que se refiere el artículo anterior será presentada a uno de los fiscales de la sierra, al pie de la cual anotará si cargó en el noque o noques a que iba dirigido el tropero, y el número de cargueros y arrobas, dejando constancia en un libro que al efecto llevará.
Art. 22.°. El tropero que no encuentre carga completa en el noque señalado en su licencia o que no pueda alcanzarlo por motivo de caso *fortuito* o *fuerza mayor*, podrá cargar en otro noque, siendo de propiedad suya, pero siempre con conocimiento de un fiscal quien hará constar esta circunstancia al pie de la licencia.
Art. 23.°. El tropero que por equivocación o ignorancia cargue yerba de otro noque, que no sea el expresado en la licencia, pagará una multa de *diez* pesos m/n por arroba, y será responsable de los daños y perjuicios que ocasionare a los interesados.

Capítulo V
De los peones yerbateros

Art. 24.°. Todo individuo que quiera conchabarse para trabajar en los yerbales hará su contrato por escrito en el papel sellado correspondiente, ante el receptor, quien lo transcribirá en presencia de los interesados y la firma de ellos en un libro especial que se titulará *libro de contrato de peones*. Este libro será remitido por el Gobierno, foliado y con el sello de la Gobernación en cada foja.
El contrato no podrá ser por más tiempo que el de una zafra, después de la cual podrá renovarse.
Art. 25.°. Será nulo todo contrato no registrado en el *libro de contrato de peones*.
Art. 26.°. Es prohibido conchabar un peón que no haya cumplido su contrato anterior, fuera de mutuo desistimiento, bajo pena de nulidad del contrato y de responder a los perjuicios ocasionados al primer contratante.
Cumplido un contrato, se anotará en el libro respectivo.
Art. 27.°. Los peones podrán quejarse a los fiscales de las faltas de los patrones en el cumplimiento de sus compromisos, y si aquellos no pudiesen arreglar el asunto por medios conciliatorios, llevarán la demanda al Juez de Paz para su resolución.
Art. 28.°. Los que adelantasen fondos o géneros a pagarse con yerba de la próxima cosecha, podrán hacer autorizar sus contratos por el receptor o el comisario, para que

tengan preferencias a otro posterior, o a otra obligación contraída posteriormente.

Capítulo VI
De los fiscales: multas y responsabilidades

Art. 29.°. Dos fiscales nombrados por el P. E. Nacional a propuesta de la Gobernación, con la fuerza de la comisaria policial de yerbales, vigilarán en el interior de estos por el estricto cumplimiento de las disposiciones de este Reglamento y de los policiales, debiendo ser de cuenta de ellos la mantención, vestuario y caballos o mulas que ocupen en el desempeño de sus obligaciones.
Art. 30.°. Los dos fiscales permanecerán en la sierra desde el 20 de febrero hasta el 20 de agosto, pudiendo en el resto del año relevarse mensualmente para el despacho de guías de los troperos, eligiendo para morada el lugar más conveniente para que los troperos puedan encontrarlos fácilmente y no sufran demora en sus viajes.
Art. 31.°. Si un fiscal encontrase en un campamento que se trata de desalojar, árboles que no hayan sido beneficiados, ordenará su corte y beneficio antes del desalojo. No habiendo obstáculo para permitir la mudanza, presenciará la colocación del nombre o marca del dueño en una parte visible del noque, con la cantidad de arrobas que quede depositada.
Art. 32.°. Los fiscales cuidarán especialmente de llevar una lista duplicada de todos los individuos multados, con expresión de las cantidades de la multa de cada uno.
Al fin del mes remitirán la lista duplicada al Comisario General; este quedará con una y la otra la remitirá al receptor para hacer efectivo el pago.
Los multados deben satisfacer las multas en los diez días primeros del mes siguiente, so pena de pagar el interés del 10% mensual, sin perjuicio de procederse a su prisión, si no hubiere esperanza de pronto pago, o no dieren fianza suficiente.
Art. 33.°. Cuando la multa sea satisfecha, el receptor otorgará un recibo al interesado, quien lo presentará al Comisario General dentro de los mismos diez días para anotar el pago en la lista que debió conservar, y pasados los diez días la remitirá inmediata y directamente a la contaduría de la Gobernación con las explicaciones que creyere necesarias, dejando copia del nombre de los morosos para anotarlos cuando se presenten.
La contaduría reservará esta lista para confrontarla oportunamente con las cuentas de los receptores de los yerbales.
Art. 34.°. El individuo multado que no hiciere anotar su pago a los cinco días en la lista del comisario, cuya anotación exigirá sea en su presencia, pagará un 5% a beneficio del Comisario General.
Art. 35.°. El receptor anotará en la lista que le haya sido remitida por el comisario, las personas que hayan satisfecho sus multas dentro de los diez días señalados, cuya lista original será remitida a contaduría con las cuentas de la receptoría, dejándose en esta copia de la nómina de las personas que no hayan satisfecho sus multas en ese término.
Después de los diez días, el receptor y el comisario anotarán con fechas en el día del pago con el interés correspondiente, y esos pagos anotados los remitirán mensualmente uno y

otro a la contaduría, el comisario por separado y el receptor con las cuentas generales debiendo ambos proceder así sucesivamente.
Art. 36.°. Los fondos provenientes de las multas ingresarán en las receptorías de San Javier o Santa Ana, según el caso, remitiéndose mensualmente a la Gobernación.
Art. 37.°. El fiscal que por favoritismo, o por descuido, deje de aplicar las multas, será responsable y obligado a reponerlas, deduciéndose de su sueldo el importe de ellas.
Art. 38.°. Es prohibido al comisario, receptores y jueces de paz de San Javier y Santa Ana, fiscales empleados a sus órdenes y soldados tener negocios de ninguna clase en la elaboración de la yerba-mate, bajo pena de *doscientos* pesos m/n de multa a beneficio del delator.
El reincidente incurrirá en la misma pena, será destituido de su empleo e inhabilitado para todo empleo de gobierno por tres años.
Art. 39.°. Terminada la zafra, los fiscales y el comisario recorrerán todos los campamentos, anotando en un libro de registro los nombres de los dueños de los noques y la cantidad de yerba que cada uno posea, entregando una copia de esa anotación tanto al juez de San Javier, como al de Santa Ana.
Art. 40.°. Toda yerba que se encuentre en un campamento, abandonada por su dueño, será pesada y el dueño obligado por el receptor a instancia de cualquier autoridad o particular, a pagar los derechos correspondientes.
En este caso, se expedirán los boletos duplicados referidos en el artículo 47, y el fiscal pasará un aviso al receptor, expresando la condición del boleto.
Art. 41.°. Los sueldos del comisario y de los fiscales les serán pagados por la Gobernación.

Capítulo VII
Del Comisario General de yerbales

Art. 42.°. El Comisario General es el superior inmediato de los fiscales, soldados, empresarios y peones de los yerbales, y como tal le deben obediencia en todo lo conveniente al cumplimiento de este Reglamento, en las sierras.
Art. 43.°. Son obligaciones especiales del Comisario General: visitar la sección donde se trabaja, por lo menos dos veces durante la faena y en los meses de mayo y julio, cuidando de inspeccionar si los fiscales han cumplido con su deber; pasar a la Gobernación al fin de cada año, en el mes de noviembre o diciembre, una memoria descriptiva de los trabajos en los yerbales, el número de comitivas que trabajaron y el número de peones empleados; la cantidad de yerba elaborada y extraída durante la faena, el número de tropas que entraron en la sierra, el número de multas aplicadas, sus importes cobrados, y no cobrados, las mejoras hechas en las picadas y las necesarias, y, finalmente, las deficiencias de este Reglamento y los medios de completarlo.
Art. 44.°. Toda denuncia por faltas o abusos de los fiscales será elevada por escrito al comisario, quien la elevará al ministerio para su resolución. Las denuncias contra el comisario serán elevadas directamente a la gobernación.

Art. 45.°. El que no pueda pagar las multas previstas en este Reglamento será obligado por el comisario a trabajar en mejoramiento de las picadas, después de terminada la zafra, a razón de *un peso fuerte* por día de trabajo y a su costa la mantención.
Los fiscales podrán tomar cualquier medida de seguridad en estos casos.
Art. 46.°. El fiscal que desatendiere sus obligaciones por el término de 15 días, excepto en caso de enfermedad y aviso, será suspendido en su empleo por el contrario, quien nombrará un interino en su lugar, con el sueldo correspondiente al enfermo y dará cuenta al Gobierno.

Capítulo VIII

De la extracción de la yerba: reglas de contabilidad

Art. 47.°. La extracción de la yerba fuera de la sección, y la percepción del derecho correspondiente, se harán en la forma siguiente:
1.° Los fiscales por medio del comisario, tendrán una cantidad de boletos impresos, en que anotarán por duplicado la cantidad de yerba sacada de la sierra.
2.° Uno de los boletos se entregará al interesado o propietario, para presentarlo al receptor como comprobante, este hará repesar la yerba, y verificada la exactitud del boleto, cobrará los derechos y le dará la guía correspondiente.
3.° El otro boleto duplicado será remitido por el fiscal, mensualmente todos los que existan, al comisario, para que los remita inmediatamente a la contaduría general.
4.° Los boletos duplicados referidos deben ser firmados por uno de los fiscales y el interesado.
5.° Los boletos deben ser numerados por duplicado ordinariamente y sellados, por la Gobernación, por donde deben ser entregados anualmente al Comisario General.
Art 48.°. La contaduría de la Gobernación tendrá especial cuidado en observar las cuentas mensuales de las receptorías de San Javier y Santa Ana, mientras no haya recibido del Comisario General los duplicados referidos en el artículo anterior y las listas anotadas, mencionadas en los artículos 32, 33, 34 y 35.
Art. 49.°. Los receptores territoriales de San Javier, Santa Ana y Posadas son los únicos que pueden percibir los derechos impuestos por extracción de la yerba-mate elaborada y las multas impuestas en este Reglamento.
El pago será al contado, concediéndose a los que no puedan verificarlo en esta forma, en cuanto a los derechos, un plazo improrrogable de 15 días y con fianza suficiente a satisfacción del receptor.

1 Sobre el compadrazgo véase mi trabajo «Materiales para un Folk-Lore Misionero», Rev. del Jardín Zoológico de Buenos Aires. *Tomo I, entrega 5.*
2 Pique es una pequeña senda abierta a machete dentro de la selva virgen y que no

permite pasar sino a los hombres (85).

Capítulo XI
Por los alrededores de San Ignacio

Vuelta a las ruinas: reminiscencias históricas. – Visita a los pobladores de San Ignacio. – Viva San Juan Bautista. – Los rozados. – Los chanchos y las gallinas; su cría y utilidad. – Medios de vida. – El mate; sus efectos fisiológicos y su influencia en nuestras costumbres democráticas. – Visita de indios cainguás. – Las carretas misioneras. – Las canteras de los jesuitas. – Petroglyfos indios.

Las ruinas nos habían llamado tanto la atención que resolvimos volver a visitarlas con el objeto de tomar nuevas vistas fotográficas y apreciar algunos detalles que podrían habérsenos escapado la primera vez.

Otro día empleamos en recorrer, tropezando a cada paso a causa de la vegetación, las calles del antiguo pueblo jesuítico, lo que, además de producirnos un encanto especial, saciaba nuestra inagotable curiosidad de viajeros.

¡Cuánta melancolía encierran esas ruinas! ¡Cuántos recuerdos se evocan en ellas!

Cuando reconstruye mentalmente la vida diaria de aquel derruido pueblo, uno se transporta sin querer, a los tiempos en que todo se hacía a toque de campana, con exactitud matemática, y entonces se cree ver entre los infinitos troncos de los frondosos naranjos, la muchedumbre humana dirigirse presurosa al templo, para prosternarse a los pies del altar mayor, resplandeciente de luces y de flores entre las nubes de incienso, balbuceando oraciones en guaraní, mientras el órgano hacía retumbar las pesadas bóvedas, llenando el ambiente de sonidos majestuosos que embargaban el alma de aquellos indios cristianizados, haciéndoles surgir en sus cerebros incultos, no el amor, sino el temor a Dios.

De repente la escena cambiaba; aquella iglesia se veía envuelta en llamas, las casas ardían por todas partes; detonaciones y estampidos se sucedían sin intermitencias, y una gritería infernal, mezclada con *ayes* de dolor, de desesperación, sonidos marciales, gritos de triunfo y de matanza, todo

confundido, parecía llenar aquel ambiente. Y como fantasmas, entre el cortinado de lianas, cruzaban rápidas las siluetas de los soldados de Chagas cargados de botín; los indios acosados como fieras, haciendo un último esfuerzo para defenderse, caían pesadamente a las certeras balas de los portugueses; mientras las mujeres levantaban los brazos al cielo pidiendo a Dios hiciera cesar tantos horrores, o transidas de dolor se desplomaban sobre los cadáveres de sus maridos e hijos.

Luego, negras columnas de humo se elevaban en los aires y con estrépito formidable los techos se hundían, como final de aquel inmenso desastre.

Después, las pavesas se apagaban, y allá a los dos días, cuando el eco de los clarines vencedores se perdía a lo lejos, de los montes cercanos otras siluetas se destacaban, dirigiéndose a las ruinas: eran los que habían logrado escapar a la matanza, que se imponían el sagrado deber de enterrar a sus deudos insepultos, para sustraerlos a la voracidad de los muchos urubús (88), que en amplios círculos volaban en el cielo, preparándose para su repugnante festín.

Las evocaciones cesaban, alguna víbora, saliendo de entre los escombros derruidos, nos llamaba a la realidad, y otra vez los muros de piedra cargados de esa estupenda vegetación se presentaban frente a nosotros.

Regresando de las ruinas fuimos a visitar a un antiguo poblador brasilero que, delante de su casa, había enarbolado una bandera en honor a San Juan Bautista.

Esta pintoresca costumbre es muy general entre los hijos de la vecina república, y casi no hay casa de riograndense en la que en el día de San Juan no se haga una fiesta con grandes fogatas e izándose la bandera en homenaje al santo.

Esta bandera es un pedazo de lienzo colocado en un marco giratorio y que lleva pintadas las siguientes letras: V. S. J. B., que significa *Viva San Juan Bautista*.

Nuestro hombre llegaba casi conjuntamente con nosotros de su rozado, trayendo en una mula carguera provisión de zapallos, maíz y porotos.

Los rozados en San Ignacio se hacen todos lejos de las poblaciones, a causa de los chanchos, los que, como buenos aficionados al maíz, etc., si no estuvieran a esas distancias, darían bien pronto cuenta de ellos.

La cría de chanchos, en Misiones, prospera mucho; para su alimentación los montes les brindan sustento abundante. Durante la época de las naranjas,

ellos se instalan en los naranjales y devoran grandes cantidades de las que caen de los árboles.

Muchas frutas silvestres son también comidas por ellos, fuera de una cantidad de raíces que extraen, hozando el suelo con sus hocicos inquietos.

La utilidad del chancho es indiscutible y en Misiones presta sus grandes servicios proporcionando a la población abundante grasa que es lo que más necesita, siendo la base de su alimentación el maíz, el poroto y el zapallo.

Todos los pobladores no dejan de tener una cría, regalándose a menudo a falta de otra carne, con sabrosos lechones, que alternan con alguna pieza de caza mayor, como ser venados, chanchos, jabalíes o tatetos que no dejan de encontrarse entre los montes cercanos, así como también con los delicados acutís y pacas (89).

Las aves de corral prosperan en Misiones, principalmente los patos, pintadas (90) y gallinas, que buscan su alimento entre las variadas semillas que producen las plantas y los numerosos insectos que entre las flores viven.

La gallina sobre todo es la que da mayor rendimiento, pues un gasto, en seis meses, de veinte centavos de maíz, como un suplemento a la alimentación que ella misma se busca, produce unas cinco libras o dos kilos de peso, lo que equivale a diez centavos el kilo de carne, precio por el cual no se consigue la de vaca. Esto es fuera del producto de pollos y huevos que durante ese tiempo da, lo que viene a ser para la gente de por allí un poderoso auxiliar de vida.

Ahora bien; si a esto se agrega un par de vacas lecheras y una pequeña huerta, se podrá comprender fácilmente que en cuanto a comida en Misiones no se lo pasan tan mal.

Del maíz hacen un sinnúmero de platos cuya descripción he dado en mi segundo viaje, y además preparan de él la fariña tostada, que es un excelente sustitutivo del pan.

Algunos que se hallan en mejores condiciones se permiten el lujo de comprar harina en Posadas y fabrican su pan cotidiano en hornos hechos expresamente, o sino aprovechan los grandes tacurúes u hormigueros cónicos que allí levanta una especie de termita, haciéndoles una excavación interna a fin de que les sirvan para ese objeto (91).

Muchos ya tienen su quinta de árboles frutales; hemos visto algunos duraznales de cinco años, que habían sido plantados de carozo, de un desarrollo y vigor fuera de toda ponderación; muy bien también da el

membrillo, habiendo algunos ejemplares hermosos.

Las frutas silvestres no faltan en esas quintas, así como también varias plantaciones de yerba mate, hechas con las plantitas huachas, que han sido trasplantadas, y que bien cuidadas se han desarrollado alcanzando ya la talla de arbustos.

Esta previsión de algunos no sólo les permite tomar mate sin que les cueste un centavo, sino que también dentro de algunos años, será para ellos un elemento más de renta, pues podrán explotar algunos cientos de arrobas, que les representarán buenos pesos.

En Misiones se toma mucho mate, siempre amargo, según la costumbre de allí.

El mate es una de las grandes bebidas; su acción tónica y reconstituyente hace de él un algo indispensable para sobrellevar la vida de trabajos, fatigas y privaciones a que está expuesto nuestro hombre de campo.

Para el gaucho de nuestras pampas, cuya base de alimentación es la carne, es el sustitutivo del alimento vegetal, que no toman sino en poca cantidad, y raras veces, estando este representado por algunos choclos, zapallos y uno que otro plato de mazamorra, cuando pueden conseguir maíz apto para hacerla.

La acción de la yerba-mate sobre el sistema nervioso es estimulante, siendo entonces un poderoso reaccionario de la fatiga muscular.

He tenido muchas veces ocasión de observar este último fenómeno fisiológico entre los peones, los que cansados, sudorosos, después de haber hecho grandes esfuerzos trabajando, ya sea con el hacha, derribando árboles, o en las múltiples faenas ganaderas, ya sea a pie o a caballo, se han repuesto como por encanto, en seguida de tomar unos mates, volviendo luego a continuar sus tareas con el mismo brío que antes.

Entre nuestros soldados igual cosa sucede; y después de una marcha penosa, cuando parece que debieran echarse al suelo y dormir, se les ve buscar solícitos con qué hacer fuego, para empezar a absorber la tan deseada bebida, que tan benéficamente debe influir sobre su cansada economía.

Fuera de sus excelentes cualidades fisiológicas, el mate tiene además la ventaja de ser un gran pasatiempo para las personas que no teniendo otra cosa, deben esperar que transcurran largas las horas sin saber que hacer, y sin poder tener distracción alguna, por ejemplo: al acampar en viaje o cuando una lluvia larga impide la marcha, o un río crecido detiene por varios días a

una caravana en sus orillas, sin darle paso.

Además, el mate ha influido mucho en nuestras costumbres, haciendo de nosotros un pueblo verdadero y sinceramente democrático; y esto se comprende: el que más y el que menos, alguna vez ha tenido que abandonar las ciudades o a causa de los intereses rurales o porque nuestra pasada vida política turbulenta, ha exigido a campaña, ya militando en las filas del Gobierno, ya en las de la Revolución.

Ahora bien, en el campo, ¿qué es lo que ha sucedido? Aficionados todos más o menos al mate, lo primero que se ha hecho ha sido proveerse de buena cantidad de yerba, que se ha saboreado ya en los establecimientos rurales, ya en el campamento militar, y como el mate exige compañeros, porque es necesario ser muy vicioso para tomarlo solo, se ha hecho caso omiso de un sinnúmero de ideas preconcebidas, absorbiéndose con delicia, junto a los compañeros que se han encontrado, sin fijarse muchas veces si aquel con quien se tomaba era o no de la misma condición social que uno.

De este modo, es como se van perdiendo los resabios aristocráticos que puedan tenerse, hasta el punto de considerarse uno muy feliz, cuando en medio del camino, alguna china sucia le brinda con buena voluntad un sabroso cimarrón.

En la vida de las familias, el mate tiene también su importancia como elemento de unión; en la intimidad del hogar, reunidos una o dos veces al día, todos sus miembros toman mate, sobre todo por la mañana, constituyendo en muchos casos el único desayuno, y por la tarde como grato pasatiempo.

Esta sencilla costumbre de nuestros abuelos, abandonada ya en la alta sociedad de los grandes centros, dedicada por moda al insípido té, subsiste aún en muchas ciudades y pueblos de provincia, donde las costumbres son más patriarcales, haciendo las delicias de la juventud llena de ilusiones, que el dios travieso hiere con sus flechas entre mate y mate.

El mate requiere entre los que toman juntos mucha confianza. En las ciudades sólo en las familias o con los amigos íntimos se bebe, pero en el campo, todos los escrúpulos desaparecen, y en muchas partes, su rechazo sería visto muy mal por los que al brindarlo, lo hacen con toda la buena intención y el mayor número de veces, por no tener otra cosa con que obsequiar (92).

El mate requiere práctica para saberlo cebar, sin ella resulta malo y se echa a perder la yerba.

El agua demasiado caliente al principio la inutiliza, a lo que llaman *quemarse la yerba*. Como en su composición este precioso vegetal contiene sustancias que se disuelven en el agua a diversas temperaturas, lo mejor es echarle un poco de agua fría al principio y empezarlo a cebar con agua caliente, más o menos a 80 °C, de esa manera, con el agua que antes se le echó, y se le extrajo, la nueva de 80 °C baja a 60 ó 70 °C, empezándose así la disolución de las primeras sustancias, lo que se manifiesta por el sabor fuerte que se le nota y la abundante espuma que aparece en la boca del mate.

Luego, por un tiempo, se continúa sosteniendo el agua a más o menos la misma temperatura, para permitirle subir finalmente a 100 °C, y concluir así la disolución de las materias restantes, hasta que ya quede insípido y sin espuma el mate, a lo que se le da el nombre de *chirlo*.

Algunos prefieren el mate con azúcar. Unos apenas le agregan pequeñas cantidades; otros en vez, lo absorben tan dulce que empalaga; de todos modos, lo mejor es tomarlo amargo (93).

En casa de don Marcelino nos esperaba una grata sorpresa; eran unos indios cainguá (94) que habitaban cerca de allí y a quienes había hecho llamar para que pudiéramos verlos.

Inútil es decir que la sorpresa causó buena impresión, pues así mis compañeros tuvieron ocasión de conocer de cerca a los representantes de esta tribu curiosa, mientras aproveché para completar los datos, que ya poseía de ellos, a fin de poder publicar una monografía de esta nación como ya lo hice en este mismo Boletín el año pasado 1.

A pesar de la hora, mis compañeros armaron el aparato fotográfico, y ya solos, o en grupos, todos fueron trasladados a las placas instantáneas.

En premio de haberse dejado fotografiar sin protestas, y de haber hecho un trayecto tan largo a pie para acudir a la cita de D. Marcelino, este los obsequió con una gran olla de locro, que en pocos momentos fue devorada totalmente, y con un carretel de hilo, un poco de pólvora y munición por barba, a fin de que les sirviera para cazar con dos o tres escopetas viejas y ordinarias que tenían.

Luego, ya oscuro, se retiraron satisfechos, quedándolo nosotros más aún, y mientras que ellos desfilando de uno en fondo se perdían a lo lejos, nos sentamos a la mesa, en cuyo centro un suculento lechón asado nos abría el apetito con su perfume delicioso; era una víctima más que había pagado también su tributo al espléndido hospedaje del que gozábamos.

El lector quizás extrañe las repetidas referencias que en este trabajo se hacen de las diversas comidas; no le llame esto la atención. Cuando se escribe bajo las impresiones de la vida pasada por aquellos mundos, no es posible olvidarlas, recordando que todos por allí gozan felizmente de buen estómago, y que como si no bastasen dos, tienen tres comidas diarias, a las que llaman pintorescamente: *almorzo, yanta* y *ceia* que efectúan a las 8 a. m., a las 12 del día y a las 7 u 8 de la noche según la estación. En las tres se come fuerte, no faltando de postre la *cangica con leite* que no es sino nuestra mazamorra.

¡Qué modo de comer!, dirá alguno.

Efectivamente es mucho, pero vaya por las hambres que se pasan en el bosque, en donde, todos más o menos, las han sufrido.

Al siguiente día montamos a caballo y acompañados por nuestro huésped fuimos a dar un paseo por los alrededores de San Ignacio.

Al pasar vimos un pequeño alfalfar, que destacaba su mancha verde oscuro del resto del suelo. Esta leguminosa en Misiones prospera, y cerca de Posadas, varios chacareros no viven sino de su producto que es siempre abundante, gracias a la feracidad de ese suelo maravilloso.

Un fuerte cerco de palos colocados horizontalmente, abrazados por postes gruesos excavados, defendía al alfalfar de la codicia de las vacas y caballos, que no dejaban de dar sus vueltas por allí, mirando desde fuera con ojos de deseo, pero el cerco era inexpugnable, y sólo les quedaba el recurso de esperar filosóficamente que les llegara el turno de sus correspondientes raciones.

Por el camino hallamos una carreta tirada por bueyes, chirriando a causa de sus ejes de madera y ruedas de ídem, sin bujes, de modo que con el frotamiento producen ese ruido particular, parecido desde lejos al llanto de una criatura mal criada.

Estas carretas primitivas están hechas totalmente de madera, el hierro no tiene intervención alguna en su construcción, salvo uno que otro clavo y esto no en todas.

Los ejes para poder soportar el peso tienen que ser angostos, de modo que las carretas también lo son, y como no tienen más que dos ruedas, más de una vez, en algún mal paso, uno se rompe.

Los carreteros ante estos accidentes se resignan fácilmente y muy tranquilos se dirigen al bosque más cercano, en donde cortan un árbol

aparente, y fabrican otro eje que colocan a sus carretas después de descargarlas; en esta operación se pasan a veces dos días; pero eso no importa, en Misiones hay tiempo para todo (95).

Visitando varios vecinos y dándonos personalmente cuenta de las abundantes plantaciones de algunos rozados, en los que además de porotos y maíz crecían con vigor el tabaco y la caña de azúcar, continuamos nuestro paseo.

A distancia de unos tres kilómetros rumbo NO de las ruinas, más o menos, en la falda de una lomada alta, hallamos los restos de una antigua fuente de piedra, obra también de los jesuitas.

Esta fuente está formada por tres paredes bajas: dos paralelas y una transversal en la cual hay una especie de nicho de donde brota el agua, que se derrama sobre una gran pileta, también de piedra.

No lejos de allí, se encuentran las antiguas canteras de donde los jesuitas hicieron sacar la piedra para la edificación del pueblo de San Ignacio.

Es un gran socavón casi a pique de ocho metros de profundidad con bajadas suaves.

En las paredes, hoy llenas de plantas y árboles, aún se ven los vestigios del trabajo de las barretas, que les servían para extraer la piedra; no es extraño que hayan empleado también pólvora, pues es sabido que en las Misiones se fabricaba en no pequeña cantidad.

La piedra era transportada desde allí al pueblo, seguramente en rústicas carretas de poca altura y tiradas por bueyes. El trayecto lo permite.

No lejos de las canteras, en otras lomadas bajas, y sobre las piedras que aparecen a flor de tierra, una arenisca blanda de color gris, se hallan grabados unos curiosos petroglyfos (96) hechos seguramente por los indios durante las horas en que el trabajo de las canteras cesaba.

Los petroglyfos representan ciervos (97), tigres (98), hombres, pies humanos, pistolas y fusiles, mezclados con cruces y otros símbolos religiosos, pudiéndose leer debajo de una de ellas, cargada de atributos de la pasión, las palabras: *Pax Dei*.

Como debíamos salir de San Ignacio al día siguiente, no pude detenerme mucho tiempo en ese punto, de modo que me fue imposible hacer una excursión detenida por sus alrededores, a fin de ver si estos petroglyfos se encontraban en algunas otras piedras; porque sería curioso estudiar si la costumbre de grabarlos existía antes de la entrada de los jesuitas, o si es sólo

posterior a ella (99).

Los símbolos religiosos no querrían decir nada en contra a la suposición primera, puesto que ellos bien podrían haber sido grabados posteriormente, a fin de cristianizarlos, de conformidad con la táctica de los jesuitas, que tenía por objeto no destruir sino hacer evolucionar hacia la religión las prácticas paganas, como sucedió con las leyendas y supersticiones de por allí, en las que intervienen nombres de santos o injertos de ciertos pasajes bíblicos 2.

Cruzamos después el arroyo Horqueta por su cauce de piedra lisa y negra, sobre el cual corría con un rumor suave la poca agua que en ese momento tenía, mientras los árboles frondosos de sus orillas se besaban por sus copas abiertas, de cuyas ramas pendían como flecos líquenes y lianas.

A poca distancia, unas familias riograndenses, emigradas de su tierra a causa de la guerra civil, habían hecho ya extensos rozados y plantaciones, y estaban construyendo en ese momento sus viviendas amplias, techadas con tablitas de cedro o ripio, como también se llama a esta clase de techo.

La fabricación de ellas es muy fácil: cortados los trozos de cedro del tamaño requerido, se separan las tablas por medio de una cuña de hierro de forma semicircular, la que se hace funcionar a golpes de martillo. Las tablas que resultan se colocan en el techo del mismo modo que las tejas.

Tarde ya, volvimos, para preparar nuestra partida al día siguiente.

1 Los indios caingüas del Alto Paraná.

2 Sobre esto puede consultarse nuestro trabajo «Materiales para un Folk-Lore Misionero», publicado en la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Tomo I, entrega 5.

Capítulo XII
En viaje a Yaguarazapá

A bordo del Ayacucho. – Como se navega en el Alto Paraná. – Carácter de este río. – Los baqueanos, las piedras y restingas. – El negocio de las cañas tacuaras. El aserradero del Ñacanguazú. – Necesidad urgente de la terminación del ferrocarril de Posadas a Santo Tomé. – La lluvia en el río. – Impresiones. – Llegada a Yaguarazapá.

Ya los equipajes cargados sobre las mulas, nos dirigimos en larga cabalgata con nuestros nuevos amigos hacia el puerto de don Marcelino, después de haber hecho los honores debidos al almuerzo con que nuestro huésped quería obsequiarnos por última vez. Allí nos despedimos y tomando nuestros puestos en la canoa, dejamos que la mansa corriente del Yabebuiriy la arrastrara lentamente aguas abajo.

Horas después llegamos a Santa Ana, en cuyo puerto el *Ayacucho*, fiel a la consigna que le habíamos dado, nos esperaba.

Transbordamos nuestros pertrechos, se levó anclas y el capitán Chapela ordenó la marcha.

El *Ayacucho* es un vapor de hierro, que fue construido para remolcador; tiene una máquina poderosa que le permite romper la fuerte corriente del Alto Paraná, lo que facilita su navegación por aquellas aguas, pues como es de mucho calado para ese río, no puede *remansear* como los otros vapores.

Este término marino significa hacer aprovechar los remansos del agua cerca de las costas, en donde por varias razones se producen movimientos inversos, corriendo en sentido contrario o quedando hasta cierto punto tranquilas, de modo que los vapores de poco calado cuando tienen que subir, van haciendo zigzags, de costa a costa, adelantando de esta manera sin gran esfuerzo.

El *Ayacucho* no podía aprovechar totalmente los remansos, por el peligro de que su afilada quilla chocara con las numerosas piedras de que abundantemente está sembrado ese río; así pues, si no marchaba por el canal, a lo menos no se separaba mucho de él.

Pasando el paredón del Teyú Cuaré, el Alto Paraná se angosta y corre flanqueado por las dos costas, paraguaya y argentina, que se elevan a ambos lados, con su carga de lujuriosa vegetación que se refleja en sus aguas turbulentas.

El aspecto del río es de lo más salvaje e imponente; en su monotonía es siempre bello y a pesar de acostumbrarse a él, no se puede estar sin admirar sus costas, que algo nuevo presentan siempre.

El Alto Paraná tiene un curso muy serpentino, pero siguiendo siempre la dirección NS, conociéndose evidentemente que su cauce ha sido el resultado de un gran dislocamiento que produjo esa larga fisura cuando se levantó la sierra de Misiones.

De conformidad a este fenómeno, se observa que cuando en una de las costas se forma un gran arco de círculo entrante, la de enfrente presenta lo contrario, es decir, una punta saliente, naturalmente redondeada, que corresponde a aquel.

Por esta disposición se produce un efecto de óptica curioso, pues en la mayor parte de esas secciones, que los marinos de allá llaman *canchas*, cuando se navega por ellas, sobre todo aguas arriba, parece que el río se fuera a cerrar en las puntas esas.

Todas estas canchas tienen su nombre, el mismo generalmente de los arroyos que de una u otra costa desembocan allí.

Los baqueanos o prácticos las clasifican en buenas y malas, según la mayor o menor abundancia de piedras que hay en ellas y la cantidad de remolinos o pasos malos que tienen.

Los baqueanos tienen el mapa del río completamente grabado en la cabeza; y gracias a las grandes bajantes del Alto Paraná, cancha por cancha, aún cuando esté muy crecido, saben señalar las restingas y bancos de piedra, con una exactitud matemática.

Además, poseen un conocimiento profundo de las aguas, sabiendo distinguir por el movimiento de ellas, hallándose muy crecidas, las piedras o los pasos peligrosos y el lugar donde las caídas son suficientemente fuertes para arrastrar al vapor hacia las restingas.

En esto se necesita mucha práctica, pues fácil es equivocarse entre los múltiples signos que su movimiento presenta; y algunas veces se les ve atropellar lugares en donde el agua parece estuviera saltando sobre las piedras, cuando no es más que un choque de dos brazos de la misma corriente

que se encuentran, o cualquier otro fenómeno inherente al movimiento de las mismas.

Cuando está bajo el río, la navegación es magnífica; todas las piedras y restingas emergen del agua, mostrándose erizadas de puntas, con sus grandes bloques de melafiras y demás rocas eruptivas, o los bancos grises, en graderías de basaltos, con sus cantos redondeados y presentando mil agujeros en su superficie que el agua siempre ahonda más y más, haciendo jugar en su interior rodados de todas formas y tamaños.

Cerca de Corpus fondeamos, para pasar la noche, en el puerto de un obraje del Sr. Martins.

Atracadas a la costa había dos grandes balsas de cañas de tacuaruzú, que habían llegado de más arriba destinadas a venderse en Posadas (100).

La explotación de estas cañas representa un pequeño ramo de comercio, al cual se dedican algunos pocos que poseen botes o canoas, que cargan de provisiones de boca, remontando el Alto Paraná hasta el punto en donde crecen abundantes estos bambúes, haciendo allí su campamento y pasando esa vida de desierto peculiar a esas alturas, mientras dura el corte y embalse de los mismos.

Cada balsa lleva generalmente 1500 cañas, que son vendidas al detalle en Posadas al precio de 0,50 centavos cada una, lo que da un total de 750 pesos, que dos personas o tres pueden ganarse en dos meses y medio de trabajo.

Las tacuaras tienen mucha aplicación en la construcción de ranchos y aún de casas, empleándolas de tijeras en los techos (101).

Al día siguiente temprano pasamos el salto de Corpus, que es una gran corredera con su buena caída de aguas: un pequeño Apipé (102).

En este punto, el río se ensancha y contiene algunas islas, pero un poco más adelante se vuelve a estrechar.

La marcha se continuó hasta Ñacanguazú donde fondeamos frente al aserradero que hay allí, desembarcando para visitarlo.

Gracias a los trabajos que se han llevado a cabo, la subida de la barranca es bastante suave.

El aserradero se halla bien instalado, posee un motor a vapor que hace mover las maquinarias, una colección de sierras sin fin y circulares, que en ese momento producían un ruido estridente al serruchar las maderas.

En este aserradero fabrican tablas, tablones, etc., y entonces se ocupaban en preparar una partida de cajones para bebidas, de madera de timbó, por vía

de ensayo, lo que creo les haya dado buenos resultados.

De propiedad del aserradero eran un vaporcito y dos grandes chatas que se hallaban fondeadas en el puerto, lo que facilitaba mucho la conducción de sus productos.

Una vez terminado el ferrocarril, en parte ya construido entre Posadas y Santo Tomé, que continúa hacia el litoral del Uruguay, y se halle en comunicación con las demás vías de Corrientes y Entre Ríos, los aserraderos de Misiones podrán trabajar con un éxito asegurado por la gran exportación de maderas ya beneficiadas que se podrá llevar a cabo por esa vía, con costos de fletes reducidos.

Por hoy, cuando no se tienen vapores y chatas propias para la conducción de las maderas beneficiadas, el transporte de ellas por la vía fluvial resulta caro a causa de los rápidos del Apipé, que no permiten el paso de los grandes cargamentos, y conviene más explotar los montes, mandando las vigas en balsas aguas abajo, como sucede con el cedro, por ejemplo.

No por esto dejan de tener vida propia los aserraderos del Alto Paraná, puesto que la ciudad de Posadas ya es fuerte consumidora de maderas beneficiadas, dado su progreso creciente, y los demás centros de población de Misiones que adelantan rápidamente, consumen también una buena cantidad.

Todo el problema para la explotación de las inmensas riquezas que poseen aquellos bosques no estriba para su solución sino en las vías de comunicación fáciles y baratas.

Ese ferrocarril tan necesario para Misiones, y cuya construcción se halla paralizada desde hace algún tiempo, es de urgente necesidad que se termine si se quiere llevar a aquel territorio una fuerte corriente de progreso y movimiento comercial. La yerba mate, las diversas clases de tabaco que se cosechan, los azúcares, el alcohol de caña, el almidón, la variedad de ricas maderas de sus bosques, los numerosos productos ganaderos y agrícolas de su región de campo y un sinnúmero de otros artículos valiosos, llenarían constantemente los vagones de ese ferrocarril tan deseado, dándole vida propia.

Tres canchas (103) aún nos faltaban para llegar a *Yaguarazapá*; las de *Pirapó, Caarendiy* y *Mandubiy*.

El cielo se había encapotado, tomando tintes acerados. A intervalos lo cruzaban grandes relámpagos que describían en aquel fondo oscuro sus zigzags luminosos.

La temperatura se hacía cada vez más sofocante. Todos nos hallábamos en la cubierta del *Ayacucho* admirando el espectáculo imponente que nos presentaba la tempestad próxima.

Las costas tomaban tintes oscuros, que hacían resaltar más aún los tonos pálidos de los innumerables anbays o mamones (104), que con sus hojas blanquizcas se destacaban de la masa común.

El agua adquiría un color verdoso especial, y con esa luz difusa aparecía más espesa.

Poco a poco nos alcanzó un chaparrón fuerte, de golpe, que venía haciendo burbujear la superficie del río, y nos ocultaba las costas con un velo de agua que caía tupida, en grandes gotas, con su ruido especial y acompañada de relámpagos y truenos que se sucedían uno tras otro, casi sin intermitencias.

El aguacero, que no duró mucho, pronto dejó de azotarnos las caras, lo que era preferible a la cámara del vapor, en la que, a la sazón, el calor era sofocante.

La tormenta no había terminado aún, ese descanso fue seguido por otro golpe de lluvia que tampoco consiguió refrescar la atmósfera canicular que nos envolvía, y este, por otro, y así sucesivamente cinco grandes aguaceros cayeron ese día en un espacio de pocas horas.

Entre la lluvia apenas se distinguían las costas, que desfilaban con sus árboles añosos, cuyas siluetas confusas se atropellaban en una carrera fantástica.

El viento por su parte, con ráfagas intermitentes, encajonado en las canchas, impelía con violencia las masas de agua que caían en direcciones opuestas, según la ruta que el vapor seguía.

A veces el agua nos venía de frente, azotándonos el rostro sin misericordia y obligando al baqueano a enjugarse los ojos a cada momento para poder ver el camino que recorríamos.

El río tenía el aspecto de una inmensa piel de varioloso (105), con las burbujas que la lluvia levantaba en su superficie.

Bajo el repiqueteo incesante de la lluvia, casi no se percibía el andar jadeante del *Ayacucho*, y sólo el sonido metálico de la bomba de condensación se oía rítmico y marcado.

El penacho de humo que salía de su chimenea, juguete de las olas de viento, ya tomaba una dirección, ya otra, ya se dispersaba hacia arriba o bajaba impulsando por ellas a llenar la cubierta.

Esa marcha en aquellas latitudes y bajo la lluvia torrencial de los trópicos, no se me olvidará nunca; toda descripción es pálida para poder pintar ese cuadro estupendo.

Cuando cesaba el agua, al aproximarnos a la costa, podíamos ver los árboles transformados en fuentes, con sus tonos más brillantes, y al mismo tiempo infinitos hilos de agua que se descolgaban serpenteando entre las barrancas para venir a terminar al río.

Cuando se conoce el largo curso del río Paraná desde su desembocadura en el Plata, y si se ve con asombro la enorme masa de agua que corre por su cauce, se comprende fácilmente que son necesarias estas lluvias torrenciales en la región tropical, para no dejársela escasear.

En Misiones, la lluvia que cae por año no puede contarse por milímetros sino por metros, y esta es la causa de su lujuriosa vegetación, la que a su vez, por ese fenómeno tan admirable de equilibrio que existe en la naturaleza, produce la caída de aquella 1.

El quinto chaparrón nos alcanzó en momentos en que atracábamos a la barranca de Yaguarazapá.

1 Según el Dr. Bertoni, que admirablemente lleva sus observaciones meteorológicas desde el 1° de enero hasta el 18 de febrero, había llovido 39 días, más o menos, fuerte.

Capítulo XIII
En Yaguarazapá

El Dr. Bertoni. – Sus trabajos científicos. – Ensayos botánicos. – Descubrimiento de restos arqueológicos. – Un obraje de maderas; su explotación.

Yaguarazapá se halla en la costa paraguaya: es un puerto. Allí existe también un aserradero a vapor, cuyo nombre es el mismo del de un arroyo que desemboca cerca de ese punto.

La palabra *Yaguarazapá* es guaraní y su traducción significa: ‘por aquí pasaron todos los perros’ (106).

Este nombre tan singular, quizás tenga su origen en algún hecho de la historia no escrita aún de los antiguos indios; lo que habrán querido significar con eso ha de ser que por allí pasó una tribu enemiga, a cuyos individuos o les daban el nombre despreciativo de perros, o el epíteto de tigres, por su ferocidad; porque, como he tratado ya de demostrarlo 1, la palabra *yaguá,* en guaraní puro, significa tigre (107).

En Yaguarazapá vivía el Dr. Moisés Bertoni (108), a quien íbamos por entonces a visitar, a fin de rendirle el homenaje que merecen los hombres de ciencia como él.

Ir al Alto Paraná con una misión como la nuestra, y no visitar al sabio doctor, no se comprende, y sólo por una injustificable distracción, o por un desconocimiento completo de su obra progresista en aquella región, puede uno privarse del placer de estrechar su mano encallecida por el trabajo y de oír de sus labios el gran número de datos útiles y observaciones interesantes que ha llevado a cabo, en medio de su vida de *pioneer*, en las selvas misioneras.

Bajo el chaparrón que inclemente caía sobre nosotros, apareció en una canoa nuestro doctor, envuelto en un poncho.

Como antiguos amigos nos abrazamos y le presenté a los compañeros, quienes ya lo conocían por el retrato moral que de él les había hecho de antemano.

Para el Dr. Bertoni nuestra visita fue una sorpresa, pues ni remotamente nos esperaba, de modo que por esto le fue doblemente grata.

Cuando el aguacero nos dio una tregua, nos trasladamos a su casa habitación, situada en una pequeña altura y rodeada de bananos y plantaciones de toda especie.

Allí nos instalamos, después de haber saludado a la familia del sabio doctor, cuya bondad y cariño hacia nosotros corrían parejas con las bellas dotes de carácter que lo adornan.

Nuestra instalación se hizo en la sala de estudio y laboratorio del doctor, un rincón científico en medio de la selva virgen.

Allí había libros de historia natural, de geografía y de otras ciencias, un gran número de instrumentos de física y de química, una abundante provisión de sustancias y reactivos para ensayos, y variadas colecciones llenaban los estantes recostados a las paredes (109).

¡Qué horas felices transcurrieron en aquella casa, cuando hasta tarde en la noche el doctor, enseñándonos sus manuscritos, una pila enorme, con su faz serena y bondadosa, nos suministraba datos y más datos, con su inagotable buena voluntad!

Ese agradable consorcio intelectual, que se establece rápidamente entre personas que persiguen fines idénticos, hizo de nuestra estadía en Yaguarazapá un verdadero paraíso.

El siguiente día de nuestra llegada amaneció magnífico: un sol tropical lanzaba sus dardos de fuego, mientras los árboles con sus hojas lustrosas destilaban aún en gruesas gotas el exceso de lluvia que habían recibido.

Entre el monte, del suelo se levantaba un vaho húmedo y caliente, impregnado de perfumes acres, producto de la descomposición de los innumerables residuos vegetales que lentamente iban devolviendo a la tierra las sustancias que antes le quitaron.

Un extenso plantío de bananos rodeaba la casa, proporcionando a sus habitaciones sus gratos frutos y a un sinnúmero de plantas de café la protección de sus amplias hojas.

Innumerables especies de plantas exóticas y propias del clima de Misiones crecían con vigor en una cantidad de tarros y cajones, así como también otras indígenas de esos bosques, pero de utilidad productiva, ya conocidas o descubiertas por el Dr. Bertoni en sus largas correrías por las selvas.

Este hombre incansable tenía en ese jardín de aclimatación *sui generis*, un

mundo de material de estudio, cuyas observaciones minuciosamente consignadas en sus numerosos manuscritos algún día serán publicadas para bien de la ciencia y de la humanidad.

Mis compañeros, entre tanto, habían empezado a dar una batida en regla contra los insectos y mariposas, que aumentaban prodigiosamente la gran colección que ya teníamos con otras especies, algunas de las cuales eran muy raras.

Desde la casa del Dr. Bertoni, situada sobre una altura, se podía gozar de un bello panorama: por entre los corpulentos bananos se veía el Alto Paraná, como una inmensa culebra deslizarse entre la orla de oscura vegetación de sus costas, bajo la luz de ese sol tropical, que bruñía su superficie siempre en movimiento.

Hacía abajo a nuestro pies, el terreno desmontado cubierto de tupido verdor, sólo interrumpido por alguna airosa palmera u otro árbol secular, descendía en pendiente suave, titilando las gotas de lluvia sobre la yerba, hasta llegar al pequeño arroyo que a su pie se deslizaba, murmurando entre las piedras de su cauce; del otro lado, y a cien metros más o menos en un gran limpio, las construcciones del aserradero a vapor se destacaban entre el verde del bosque, y la alta chimenea, con su larga cola de humo, y el ruido áspero de las sierras funcionando rompían la majestad del cuadro general, con su tono de progreso, el que se hacía más notable cuando el silbato del motor, a las horas reglamentarias, despertaba los ecos de la selva.

A mediodía, mis compañeros fueron a hacer una pequeña excursión zoológica por las orillas del río; una vez embarcados, la tentación de visitar la costa argentina los subyugó, y no trepidaron mucho en cruzar el Paraná, lo que consiguieron gracias a su práctica y resistencia en manejar el remo.

Un gran rato después de haberse entrado el sol, regresaron y presentándome una hermosa olla prehistórica, conjugaron el disgusto que me había causado su tardanza, por la que empezaba a tener mis inquietudes.

Este ejemplar precioso, resto del arte cerámica de los antiguos habitantes del Alto Paraná, había sido extraído por ellos en la picada maestra de un obraje que se hallaba en la costa argentina, a unas pocas cuadras aguas debajo de Yaguarazapá.

El doctor Bertoni, anteriormente había extraído otras en los alrededores de su casa, y el autor, en su segundo viaje, exhumó una colección bastante interesante, que fue remitida al Museo de La Plata.

Como puede verse por los dibujos de alfarerías que desenterramos en este viaje (…), todas tienen un carácter especial, que en nada se parece al que presentan las que se hallan en la parte noroeste de la República, de procedencia calchaquí.

Estas ollas y urnas funerarias pertenecen a los antiguos pobladores del Alto Paraná, de origen guaraní, como me parece haberlo demostrado ya en un trabajo anterior 2.

Interesándome sobre manera los estudios arqueológicos, al siguiente día invité al doctor Bertoni y todos fuimos al obraje citado, donde nos recibió galantemente su propietario Juan Cross, poniendo a nuestra disposición algunos peones con los cuales procedimos a la excavación de dos grandes ollas, previo sondaje del terreno que efectuamos introduciendo verticalmente un machete en la tierra blanda, hasta encontrar resistencia y oír el sonido característico que producía su choque, contra la arcilla endurecida del objeto que deseábamos hallar.

Dentro de estas ollas, encontramos también pequeños vasos votivos.

Muchos otros fragmentos recogimos que se hallaban dispersos por el suelo y que eran característicos por sus dibujos.

Al otro día regresamos al obraje, para emprender nuevamente las excavaciones, y aprovechando el fresco de la mañana, resolvimos hacer ante todo un paseo al interior, y a fin de darnos cuenta de la forma en que se hace la explotación de maderas en aquellos bosques.

Para instalar un obraje, es necesario ante todo hacer una exploración en los montes, hasta dos leguas al interior, distancia generalmente máxima a que se interna de la costa la explotación.

Si la exploración halla en su recorrido abundante cedro, del grueso necesario, y ve que hay facilidad de extraerlo porque el terreno lo permite, se procede a firmar el contrato de arrendamiento con el dueño del campo, y, una vez terminado este, se recluta el personal de peones, en las mismas condiciones que para el trabajo de yerbales, firmando ante el juez de paz los correspondientes boletos de conchavo 3.

Trasladado al futuro obraje, se elije el mejor punto para instalar el puerto, derribando el bosque que lo cubre y arreglando el plano inclinado o planchada, por el cual se han de hacer rodar, más tarde, las vigas de cedro, con el objeto de hacerlas llegar al agua, para su embalse.

Esto es lo que en lenguaje del Alto Paraná se llama abrir un puerto, trabajo

duro y terrible, en el que se pone a prueba aquella gente de hierro, que tiene que luchar con la gran cantidad de jejenes que cerca de la costa abundan, guareciéndose entre la maraña intrincada tan exuberante allí, y que es necesario limpiar a machete, derribando sólo a hacha los árboles corpulentos.

Cuando todo está en el suelo, y medio se han secado las hojas, se le prende fuego, el que se encarga de concluir la limpieza empezada.

Luego, se abre la picada maestra, para que puedan rodar por ella los carros que deben conducir las vigas; la que se dirige rectamente al interior y es suficientemente ancha, para permitir el paso de los vehículos a la vez.

La picada se contrata por un tanto la cuadra y debe entregarse bien limpia de troncos, a fin de evitar tropiezos a los rodados.

En el puerto, se construye al mismo tiempo el rancho del encargado, otro destinado a guardar mantención y las viviendas y cocina de los peones que trabajan cerca de allí.

Si la explotación debe durar algún tiempo, se roza el terreno y se siembra en él maíz y porotos.

Cerca de la picada maestra, en un lugar conveniente, se hace un corral destinado a los bueyes.

Mientras se efectúan todos estos trabajos preparatorios, con los peones conchabados a sueldo mensual, varias cuadrillas de otros, que ganan un tanto por trabajo hecho, se dirigen al interior, y unos, los volteadores, que también pueden ser mensualeros, derriban los árboles indicados, o *cimientos* como dicen, y los entregan limpios de ramazón a los labradores que han de recuadrarlos y darles la forma de vigas en que se exportan.

La volteada, lo mismo que el labrado de los árboles, siempre se hace por parejas de trabajadores.

Como se comprende, para esta faena se requiere gente baqueana, pues para el trabajo de hacha se necesita más que fuerza, habilidad.

Los volteadores atacan al árbol simultáneamente, uno de un lado, y otro del opuesto, un poco más arriba del corte que da el primero.

Por la disposición de sus ramas, ya saben que dando el corte en tal o cual parte, el árbol debe caer hacia ese lado; gracias a esto se evitan muchas desgracias.

En nuestro recorrido, presenciamos el desplome de uno de estos colosos de la selva misionera. El trabajo se hallaba muy adelantado, los golpes secos de las dos hachas sobre el tronco se sucedían continuos, haciendo volar

fragmentos de madera, y acompañados por el quejido acompasado de los hacheros, que marcaba el ritmo de sus movimientos.

Las grandes heridas se ahondaban cada vez más, mientras nosotros, con la vista en el árbol con interés siempre creciente, no queríamos perder detalle del próximo desenlace.

Un ruido crepitante, acompañado de mil estallidos, en medio de una lluvia de hojas, fragmentos de ramas y mil lianas reventadas, nos hizo dar un salto instintivo; mientras el árbol, describiendo una gran curva, se desplomaba soberbio, y cual héroe de Homero, dio su terrible golpe en el suelo y a su rededor retembló la tierra.

El trabajo de voltear los árboles se hace metódicamente: para ello se divide el monte en varias secciones, empezándose la explotación de una a la vez, o dos, según el número de gente que haya disponible.

Las secciones están divididas entre sí por picadas, que parten de la maestra a uno y otro lado; siendo naturalmente de un ancho menor, lo suficiente para que pase un alza prima.

De estas picadas laterales, se sacan otras que llegan hasta cada viga que se ha labrado; de manera que trabajada una sección, queda el monte completamente cruzado por una red de picadas que se entrelazan.

El trabajo de los labradores consiste en despojar al árbol de toda su corteza y capa exterior de madera, a fin de que no quede sino el cerne o corazón.

Llevando la dirección que le marca un hilo estirado, desbastan el tronco, de modo que presente sus cuatro caras, cortadas a pique y paralelas dos a dos.

En esta operación no sólo se conforman con llevar escrupulosamente la dirección de la viga, sino que tratan de aprovechar también mayor cantidad de madera, dejando, cuando el árbol lo permite, algunos planos superpuestos a la viga, a fin de aumentar el número de varas que debe llevar.

Terminado el labrado de la viga, se le hace una pequeña marca para saber a quién pertenece el trabajo hecho, procediéndose a extraerla, llevándola a la planchada.

Para el transporte de la madera se usan las alza primas, que son dos grandes ruedas unidas a un eje alto del cual se suspenden las vigas por medio de cadenas que las abrazan en el centro, de modo que vayan balanceadas.

Gracias al alto que tienen las ruedas, las alza primas al marchar, ganan mucho terreno aún cuando sean arrastradas por el paso tardío de los bueyes, y como las picadas son bien hechas, el transporte se hace sin interrupción.

En la planchada se descargan, y allí se miden las vigas, haciéndose el cómputo de varas que cada una tiene.

La vara es la unidad que rige para el recibo y venta de la madera; a la operación destinada a obtener el cómputo total de las varas que contiene una viga, se le da el nombre de cubicar. A los labradores se les paga a razón de un tanto por cada vara.

La madera que más se explota es el cedro, no sólo por su fácil venta a causa de múltiples aplicaciones, sino también por la propiedad de boyar en el agua, que es inherente a esta clase de árboles.

A pesar de esto, se cortan algunas vigas de maderas duras como ser: el lapacho, el ibirapuitá o caña fístola, el laurel negro (110) y también el timbó; estas son colocadas, atravesadas sobre las otras de cedro, llevando pocas cada balsa.

En nuestra excursión tuvimos oportunidad de ver un timbó que se estaba labrando, que tenía un largo de 30 metros y que daría un cómputo total de madera de 86 varas cubicadas.

Cuando ya se tiene en la planchada un número suficiente de vigas, se procede al embalse de ellas; para esto, por medio de palancas se van haciendo dar tumbos hasta el borde de la planchada que, como baja en un plano muy inclinado poco menos que vertical, al llegar allí, con un simple movimiento, ruedan cuesta abajo con una velocidad vertiginosa hasta que caen al agua, donde son recogidas y ligadas a las otras, por medio de ataduras de alambre.

Antiguamente se usaba, para construir las balsas, el Isipó o enredaderas de diversas clases que tanto abundan en aquellos bosques, pero a pesar de prestar sus buenos servicios, ha sido ya desalojado por el alambre, que tiene todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes que presentaba aquel, siendo además su empleo mucho más rápido.

Hecha la balsa se remolca hasta el medio del río, con botes o canoas y una vez allí se deja que la poderosa corriente del Alto Paraná se encargue de trasportarla aguas abajo.

Sobre la balsa, se arma una carpa bajo la cual se guardan las provisiones y en ella se embarcan los encargados de su conducción.

A popa, digamos, de la balsa, se coloca un gran remo para que sirva de timón, el que ayuda mucho a su más fácil manejo.

Gruesos cabos se encargan de amarrarla todas las noches a la costa, en parajes ya indicados de antemano, a fin de que no sufra contratiempos, pues

la navegación en balsa no se hace sino de día para no exponerse a choques contra las piedras del río que la perjudicarían, deshaciéndola a pesar de sus fuertes ataduras de alambre.

1 Véase nuestras «Notas Biológicas» en la , tomo I.
2 «Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná», publicado en el Bol. del Inst. Geogr. Arg. Entregas 5, 6, 7, 8. Tomo XVI con fig.
3 Léase mi segundo viaje a Misiones, tomo XV de este Bol. en donde se halla detallado este procedimiento. (Nota de para esta edición: publicado también en Primer y segundo viaje a Misiones por Juan Bautista Ambrosetti. Buenos Aires, Albatros, 2008).

Capítulo XIV
El aserradero y obraje de Yaguarazapá

Visita al aserradero; su instalación. – El indio como elemento de trabajo. – Viaje en montaña rusa. – Un rozado. – Cuadros de la naturaleza. – La mujer en los obrajes. – Caza de insectos. – Ventajas del tramway Decauville.

En Yaguarazapá no nos quedaba sino visitar el aserradero. Su director entonces, Sr. G. Chiarini, nos acompañó, dándonos todos los datos que le pedimos.

Las máquinas se hallan instaladas en un gran galpón de madera, y son movidas por un motor a vapor.

Para evitar trabajo, parte del terreno está cruzado por una red de vías de Decauville, que facilita el transporte de los trozos y de las maderas beneficiadas.

A distancias convenientes, se hallan los depósitos de ellos al aire libre; las vías siguen hasta el borde mismo de la barranca del puerto para facilitar el embarque de las vigas y tablones, los que se exportan aguas abajo en grandes balsas, remolcadas por un vaporcito de propiedad del establecimiento.

Para las alcantarillas de las vías y demás obras de arte necesarias en el terreno, se han empleado provechosamente los tablones que resultan del primer corte de sierra en los troncos, que tiene por objeto recuadrarlos.

Como es madera inservible, por su forma extrema, convexa, y como abundan los trozos de ella, porque de cada tronco salen cuatro, el exceso sirve de leña para alimentar las hornallas de las calderas.

El juego de sierras es muy completo; las hay de varios sistemas: sin fin, circulares, etc.

El aserradero tiene anexado un taller de herrería para composturas, bien montado.

Varios otros edificios, todos vastos, rodean al aserradero, y son las distintas habitaciones del personal, depósitos de útiles, de víveres y oficinas de la dirección.

El personal está en su mayor parte compuesto de paraguayos y correntinos,

no faltando uno que otro ejemplar típico de raza india pura, como ser un guayaná que es el maquinista del motor.

Este, como algunos otros, tiene la especialidad de ser sumamente contraído a su trabajo, notándose también en ellos mucha prolijidad en el cuidado de sus máquinas o útiles, y gran inteligencia en el desempeño de sus funciones.

Esto, que parecerá raro a primera vista, no tiene nada de extraño si uno conoce las aptitudes y el modo de ser propios de aquella raza inteligente y viva.

Los indios, en general, son muy minuciosos, porque para la lucha por la vida necesitan de dos cosas esenciales, que son: la observación directa y la paciencia, y ambas, como les son tan precisas, forzosamente las desarrollan mucho.

La observación directa de la naturaleza nace de la necesidad de sacar partido de ella, y por eso se fijan atentamente en los más mínimos detalles de todo lo que ven, y este ejercicio mental continuo en su vida primitiva lo siguen haciendo en la vida civilizada con la misma intensidad, cuando a sus respectivas actividades se les da una dirección cualquiera.

Por esta razón, el indio difícilmente olvida lo que se le enseña bien, y exactamente lo repetirá tantas veces cuantas se lo exijan, sin variar una sola, puesto que su cerebro no tiene la facultad de crear nada espontáneamente, y cualquier modificación que introducen en su rutina es o sólo el producto de una lenta y larga evolución o una forma de imitación de lo que ven hacer a los otros.

La paciencia es también natural en ellos, puesto que en sus hábitos no entran las nerviosidades del progreso, y como no tienen la comodidad del hombre civilizado de saber dónde ir a buscar su alimento cotidiano, sino que deben procurárselo donde lo encuentren, muchas veces con dificultad, empiezan por imponerla a sus estómagos y terminan por aplicarla a la fabricación de cualquiera de sus armas o útiles, que como es sabido llevan a cabo con escasos elementos y con gran pertinacia.

Si a estas dos grandes cualidades se agregan ciertos elementos buenos que campean en el carácter de algunas razas, tendremos en ellos un precioso auxiliar que vale la pena incorporar en la población de nuestros apartados territorios, para utilizarlos en la preparación de estos últimos, a fin de que un día puedan recibir la emigración extranjera, cuyo rol no ha de ser el de voltear montes y emprender trabajos, a los cuales su físico no ha de resistir,

sino el de completar la obra de progreso que se debe iniciar con los elementos étnicos propios de cada región.

A invitación del Sr. Chiarini aprovechamos la salida para el interior de un convoy de vagones Decauville, para embarcarnos en ellos y visitar el corte de maderas que se hacía en el monte.

La vía Decauville se interna desde el aserradero unos ocho kilómetros al interior; el convoy lo componían seis vagones vacíos, especiales para transportar troncos, y todos eran arrastrados por un par de mulas, una de las cuales iba llevando al muchacho cuarteador.

El capataz del convoy se colocó con nosotros en el primer vagón, empuñó el freno y dio la voz de marcha.

El convoy empezó a correr sobre aquella vía estrecha, con su ruido especial, metálico, siguiendo algunos serpenteos en la falda de una loma, dentro de una ancha picada, bordeada a ambos lados por preciosos ejemplares de árboles, que se erguían rectamente entre el tupido celaje de las lianas e isipós.

A poco rato, las mulas apuraron y emprendieron una carrera vertiginosa, a fin de hacer salvar una pendiente bastante pesada por su inclinación; luego se apretaron los frenos y desprendiendo a los animales, nos dejamos llevar cuesta abajo; y así, solos, por un gran trecho, seguimos bajando y subiendo cuestecillas, automáticamente, como si estuviéramos recreándonos en una inacabable montaña rusa, que nos hacía experimentar sensaciones extrañas y diversas.

Ya subíamos, ya bajábamos, ya atravesábamos terraplenes o puentes rústicos, hechos de tablones groseros pero sólidos, siempre entre el monte, entre ese estupendo bosque, que desfilaba rápido ante nosotros, sin permitirnos detener nuestra vista cansada, en sus múltiples y deliciosos detalles.

La velocidad cambiaba: ora, la emprendíamos de un modo vertiginoso, que a duras penas podíamos contener con todos los frenos apretados, en medio de ese chillido que produce el roce de las ruedas sujetadas en la cuesta abajo, o ya repechando las lomadas, dejando que girasen con toda libertad, se disminuía con el esfuerzo de la subida, llegando apenas otras veces hasta la cumbre, para volver a bajar luego con la furia y trepidación de antes; mientras que mucho detrás nuestro, las mulas galopaban sin alcanzarnos.

En otra gran cuesta arriba nos paramos después de haber intentado en vano

subirla solos; allí también respiramos.

Se volvieron a enganchar las mulas, continuamos nuestro viaje original a todo galope y emprendimos la subida. En medio de ella, el cuartero, al tropezar una de las mulas, rodó estrepitosamente al suelo, dándose un buen golpe; por fortuna cayó a un costado de la vía, sin hacerse otro daño mayor que la contusión consiguiente.

Las mulas, veteranas del camino, siguieron solas arrastrando el convoy, que continuó sin otro inconveniente, salvo el susto que nos dimos al ver el muchacho derribado.

Antes de volver a bajar nos volvimos, las mulas pararon en el punto acostumbrado, alcanzándonos el pobre cuarteador lleno de tierra y de hojas, con la sonrisa en los labios y mascullando una interjección guaraní.

Por fin llegamos a nuestro destino, un gran claro abierto en el bosque virgen, a fuerza de hacha y de fuego; un rozado, en parte plantado de maíz.

Las plantas aún no muy desarrolladas, emergían de aquel maremágnum de troncos secos, que no habían sido devorados por el fuego y que destacaban sus siluetas blancas, y de contornos fantásticos, entre el manto verde de la nueva vegetación.

Sirviendo de marco a este cuadro de devastación, la masa de la selva impenetrable se erguía soberbia, llena de sombras que hacían resaltar más aún los troncos derechos de los árboles, que elevaban al cielo su alta copa de dispersa ramazón.

Aquella mañana con su radiante sol tropical era deliciosa. Los juegos de luz tan variados y caprichosos, entre el cortinado de lianas, deslizándose sobre las innumerables aristas del follaje, o acentuando los oscuros de las tupidas masas de vegetación, vibrando unos colores o apagando otros, desarrollando infinitas tonalidades de verdes, de azules, de violetas, de amarillos y de oscuros, llenas de suavidades indescriptibles, o energías desconocidas en otras latitudes, subyugaban nuestro ser, que contemplaba por millonésima vez los espectáculos triunfantes de esa naturaleza paradisíaca.

¡Ah, un pintor entre aquellas selvas! ¡Un pintor que sepa sentir la naturaleza, que sepa comprender las delicias inefables que proporciona la contemplación de ese mundo salvaje, y que pueda arrancar a la maraña bañada por ese sol de los trópicos, los secretos de sus colores gloriosos! (111).

En nuestro país, ya dos, Methfessel y Ballerini, han tentado su estudio,

pintando algunas telas interesantes, pero ambos desgraciadamente han dispuesto de poco tiempo.

Aquella naturaleza necesita ser observada con mucha prolijidad y el pintor debe familiarizarse con ella, impregnándose de su ambiente característico, para poder con conciencia trasladar al lienzo sus matices indescriptibles; sin este requisito tan necesario, es fácil que se deje dominar por la primera impresión de asombro que produce al principio, y el vértigo de los colores se apodere de él.

De cualquier modo, ambos sin las comodidades y sin la calma necesaria han hecho un esfuerzo laudable, y en sus obras se nota la huella del profundo sentimiento de admiración que les ha sabido despertar la majestad de esas selvas imponentes.

En los bordes del rozado se elevaban aquí y allí algunos pobres ranchos provisorios de los peones obrajeros, hechos en su mayor parte de troncos parados, y cubiertos con un techo de hojas de palma *pindó*.

En ellos, había algunas de sus mujeres, esas heroínas anónimas del bosque, modelos de abnegación, que no trepidan en acompañar a sus maridos legítimos o provisorios, en todas sus penurias del bosque misionero.

Cargadas con sus hijos, vistiendo harapos, trabajando en las múltiples y rudimentarias pero pesadas faenas, de esos hogares primitivos; expuestas a las inclemencias del clima; sufriendo con resignación las feroces mordeduras de miles de insectos; comparando quizá mentalmente su vida de antes en Posadas o en Villa Encarnación, con la que transcurre entre tantos trabajos en el corazón de las selvas; mal alimentadas por lo general; desprovistas de todo aliciente hasta del de agradar, sin poder proporcionarse la menor chuchería para satisfacer su coquetería innata: todo lo soportan con esa resignación pasiva, propia de las personas débiles, dando así un bello ejemplo de sacrificio abnegado, sin otra esperanza que el de ser correspondidas con alguna brizna de amor de su compañero, quien no comprendiendo nada de todo esto, trueca su afecto a menudo con argumentos contundentes, que también con mansedumbre soportan, sin odios, sin rencores, acatándolos como parte de su derecho, y porque *él tendra sus razones para proceder así*.

Sin frenos sociales, semiprimitivas, por seguir los impulsos salvajes de su corazón, todo lo arrostran, todo lo sufren, todo lo soportan, pero por esa intuición natural en ellas saben que así se aseguran la posesión del hombre; y siguiendo con rara tenacidad esa táctica femenina, al fin triunfan.

El bosque se hallaba todo cruzado de anchas picadas, por las que dimos un bello paseo debajo de las frescas bóvedas de vegetación, haciendo un precioso acopio de raros insectos que en algunos árboles, bajo sus cortezas, bullían innumerables, principalmente carábicos y curculiónidos (112).

Muchas especies de mariposas propias del interior también cayeron en nuestras redes, así como un enjambre de pequeños himenópteros (113) y dípteros (114), de colores brillantes que al volar despedían chispas de luz.

Un toque de corneta nos anunció que el convoy se hallaba listo para regresar.

Durante nuestro paseo lo habían cargado de troncos de cedro, y otros árboles para transportarlos al aserradero.

Todos estos eran llevados hasta la punta de los rieles por las alzas primas que los traían del bosque inmediato.

Este sistema tan bien combinado daba resultados magníficos, produciendo como se comprenderá grandes economías.

La primera es la de evitar el largo transporte con las alzas primas hasta la costa, lo que no sólo sería impracticable por las cuestas altas que hay que atravesar, sino que también no bastarían los pocos bueyes que allí tenían, y que fácilmente se destruyen en el servicio del monte, por el trabajo pesado que tienen que hacer y por la alimentación, que no pueden tan fácilmente buscarse como las mulas, y por lo tanto hay que darles una ración suplementaria de maíz, que no siempre se puede sembrar en vasta escala, tanto más cuanto que es la base de la alimentación de la peonada.

Luego, al paso tardío del buey, ¿en cuánto tiempo llegarían a la costa?

Como he dicho, en el monte los bueyes se aniquilan pronto; cuando el trabajo es apurado, lo hacen de día, para entregarse durante la noche a la rumiada con tranquilidad: esto es lo principal; como les faltan los incisivos superiores, no tienen las ventajas de los caballos o mulas, que sacan partido de una cantidad de hojas de arbustos y árboles bajos, que son excelentes forrajes.

Además, a causa de los cuernos muy desarrollados, casi siempre no pueden meterse dentro de la maraña porque se enredan en ella, y por eso deben conformarse en buscar su sustento a orillas de las picadas o en las partes raleadas que no son muchas.

Luego los bueyes son frecuentemente atacados por la ura, que es una mosca del género *Dermatobia*, la cual deposita debajo de la piel sus huevos,

que al transformarse en larvas producen un tumor especial que se llena de líquido purulento, dentro del cual ella vive. La supuración continua ensancha a su tiempo la boca de la úlcera formada y por allí la larva próxima a convertirse en pupa, sale y cae al suelo, en donde se completa la metamorfosis.

Un buey atacado por las uras presenta su piel llena de burujones, de los cuales chorrea la supuración, la que le produce un estado semifebriciente, que naturalmente debe aniquilarlo, haciéndolo inepto para un trabajo largo.

Además de esta economía del trabajo de alzas primas y bueyes, el Decauville llevando los troncos al aserradero evita el trabajo de los labradores por innecesario, haciéndose este mucho más rápido y mejor con las sierras.

El sistema Decauville creo que es la solución de la explotación de los bosques misioneros.

Como medio de transporte, es inmejorable, la facilidad de colocar su vía, el poco peso de esta, su pequeña trocha, y todas las clases diversas de vagones que pueden rodar sobre ella hacen de este *tramway* un elemento precioso e impagable en Misiones.

Con pocos animales de tiro y con pequeños trabajos, el Decauville trepará cerros, atravesará arroyos en puentes sencillos hechos con las mismas maderas del bosque, costeará ríos y pondrá en comunicación unos puntos con otros, con la mayor facilidad y con rapidez nada parecida al lento marchar del buey o al tranco acompasado de las mulas.

Capítulo XV
De Yaguarazapá a Piray Guazú

Otra vez a bordo del *Ayacucho*. – Despedida. – Las neblinas del Alto Paraná. – Tabay. – Los yerbales del interior. – Noche en Bopicuá. – Escena tragicómica. – Pay Curuzú. – Los remolinos de Yatitay. – Paranay. – Baibuzú. – Llegada a Piray.

La vuelta a la costa se efectuó del mismo modo. El Decauville rodó por sus rieles, la mayor parte del tiempo sin necesidad de mulas, porque el terreno tiende siempre a bajar hacia ese lado.

Cerca ya oímos varias detonaciones. Se estaba pensando en prepararnos un plato más para nuestro almuerzo; un buen número de loros cayeron a los tiros y la cacerola se encargó de transformarlos en sabroso guiso; a falta de papas, la mandioca las reemplazó (115).

A la tarde, al lado mismo de los galpones del aserradero, hicimos unos sondajes en el suelo, enterrando repetidas veces verticalmente un machete, y tuvimos la suerte de volver a hallar algunos ejemplares de la cerámica de los antiguos habitantes del Alto Paraná.

Era una urna grande con su correspondiente tapa, bastante tosca, de forma cónica y de base convexa, de 0,33 de altura y de un diámetro en la boca de 0,42.

Las paredes están cubiertas por un dibujo simple de líneas rayadas en sentido diagonal.

Dentro de esta urna hallamos dos más pequeñas, una baja y con una faja blanca alrededor de la zona superior cerca del borde, sobre la cual se ven aún rastros de un dibujo negro, en forma algo parecida a una guarda griega.

Esta se hallaba boca abajo tapando otra más pequeña, casi esférica y cubierta de un dibujo, resultado de numerosas impresiones de uña.

La colección aumentaba y todos estábamos de felicitaciones.

El resto de la tarde lo empleamos en liar nuestros equipajes para hallarnos prontos al día siguiente, a fin de seguir nuestro viaje aguas arriba hasta el puerto de Piray Guazú, desde el cual debíamos internarnos hasta el corazón

de Misiones a la aldea de indios kaingángues, cuyo estudio etnográfico me tenía hacía tiempo preocupado (116).

A la noche llegó el vapor *Ayacucho* visto desde la casa del Dr. Bertoni; mientras se acercaba, parecía un castillo de fuegos artificiales. De su alta chimenea un volcán de chispas se escapaba abundante y sin cesar, chispas que viboreaban en el aire en todas direcciones produciendo un maravilloso efecto.

Para no perder tiempo esa misma noche embarcamos todo, y después de despedirnos de nuestro amable huésped y de su familia, nos fuimos a dormir a bordo, armando nuestros catres sobre la cubierta del *Ayacucho*, oyendo el murmullo de las aguas del Paraná en medio de su faz límpida y anchurosa, cubiertos por ese cielo peculiar de los trópicos, azul profundo, lleno de millones de estrellas; envueltos por el pálido resplandor de la luna que veíamos a través de las copas de algunos corpulentos árboles, rodeados por el silencio imponente de la naturaleza dormida, pasamos un gran rato antes de cerrar los ojos.

No por mucho madrugar amanece más temprano, dice el proverbio, y esto muchas veces resulta cierto: temprano todos estuvimos en pie, el fuego se encendió en un momento, las calderas con su ruido peculiar del vapor que se escapa nos indicaron que cuando quisiéramos podíamos marchar, pero toda nuestra buena voluntad de partir se estrellaba con un inconveniente que no estaba en nuestros cálculos: la niebla.

Un tul opaco e impalpable nos envolvía, cubriendo al río, las costas y todo, a cuyo través nada o casi nada se alcanzaba a distinguir, a no ser masas oscuras e deformes, las que no podíamos tomar en cuenta para nada.

Ese ambiente húmedo persistía con tenacidad, sin quererse resolver, dando una nota de tristeza al conjunto frío que nos rodeaba.

A fin de esperar mejor, tomamos mate, gran expediente para matar el tiempo y fortificarnos un poco, haciéndonos echar de menos el peso de los dos ponchos que nos habíamos puesto para contrarrestar los efectos del fresco agudo de las mañanas misioneras.

Las nieblas en el Alto Paraná se producen casi todo el año de mañana, acentuándose más en los meses de invierno.

Un baqueano me refirió que cinco años atrás, viajando con el vapor *Caremá*, en la cancha de Ñacánguazú, la niebla duró hasta la una de la tarde, hora en que recién pudieron marchar para fondear de nuevo a las cinco. Esto

sucedía en el mes de junio: en ese mismo viaje, en la de Iroy Guazú, duró la cerrazón hasta las nueve de la mañana.

Paulatinamente, como un telón de teatro levantado muy lentamente, la niebla fue disipándose, mostrándonos primero la superficie del río, luego el pie de las barrancas y poco a poco los árboles de aquellas.

Aquel cortinado de tenue gaza seguía subiendo despacio, arrancando el tono gris que cubría los objetos hasta que como encanto se disipó; mientras el sol radiante invadía con sus rayos de fuego, incendiando los colores y bruñendo la superficie líquida que culebreaba delante de nosotros (117).

El silbato del vapor saludó. Desde lo alto de la barranca, el doctor Bertoni y su familia nos respondieron, y el *Ayacucho* largando sus amarras, tomó dirección aguas arriba al compás de los paletazos rítmicos de su potente hélice.

Sobre cubierta todo era animación, las libretas funcionaron de nuevo tomando abundantes notas, y después del lavaje reglamentario matutino, nuestro *cordón bleu* (118) se puso a la obra aderezando un magnífico pacú y unos bagres que con habilidad había pescado en Yaguarazapá.

A poco más de una legua y media adelante fondeamos en el Puerto de Tabay, costa argentina, punto importante en la navegación del Alto Paraná, por ser la boca de la picada que conduce a los yerbales de Campo Grande y por el cual se hace la exportación de la mayor parte de las yerbas que se cortan en ellos.

Una larga picada, muy mala en general, se internaba hasta Campo Grande o *Ñu-guazú,* que es su nombre en guaraní.

Los yerbales de Campo Grande están en su mayor parte destruidos, pero más adelante se hallan los otros abundantes del Yerbal Nuevo, que es donde se trabaja actualmente, unas quince leguas al NE (119).

En el capítulo X he dado ya las razones principales del por qué esos grandes yerbales han sido destruidos, y del vandalismo que ha concluido con ellos, privando a Misiones de un producción anual de 100.000 arrobas de yerba que ya se han perdido para no recuperarse más.

Esperamos que las nuevas disposiciones que se han tomado, tendentes a facilitar su corte, y poniéndolo al alcance de todos los trabajadores, salven del destrozo los yerbales que aún quedan en el corazón de Misiones.

Esto, unido a la buena voluntad y previsión de algunos vecinos que se dediquen a hacer plantaciones de este precioso vegetal, dentro de pocos años,

quizás tendremos en aquel territorio aumentada la producción como merece.

Por los últimos datos que poseo, muchos pobladores radicados ya definitivamente en los centros poblados y mensurados por el Gobierno, han empezado a hacer plantaciones no despreciables de yerba, valiéndose principalmente del trasplante de las plantitas huachas.

Nunca me cansaré de repetirlo: el porvenir de Misiones está en sus cultivos y, entre ellos, el principal debe ser el de la yerba mate, cuyos resultados dejarán a quien lo emprenda pingües ganancias.

Terminado el ferrocarril a Posadas, muchos propietarios de grandes extensiones podrán cómodamente visitar sus latifundios, y entonces, conociendo de *visu* aquella maravillosa región, se darán cuenta de la importancia de lo que dejo dicho y procederán a hacer algo por el progreso de Misiones.

Tabay quiere decir ‘pequeño pueblo’, y el origen de esta palabra se debe a que los jesuitas fundaron allí una pequeña reducción de indios. Según me dijeron, se hallan cerca unas pequeñas ruinas, que no visitamos por no perder tiempo y porque no valían la pena de verse.

Continuamos nuestra marcha aguas arriba.

El río sigue estrechándose, tomando cada vez más su carácter salvaje e imponente.

Las costas se elevan con su estupenda vegetación cargada de parásitos. En la Argentina, a retazos predomina el mamón, ambay o yarazatiá (*Carica esp*.) (120) con sus troncos grises, y sus copas llenas de hojas plateadas, que resaltan curiosamente del fondo verde obscuro de los demás árboles.

Varias canchas vamos dejando atrás, la de *Cuñapirú*, (mujer flaca) (121), *Capi-woi* (122), cuyos verdaderos nombres, según el Dr. Bertoni, son *Güêêy* y *Aguapé* (camalote pequeño) y la de *Pirayuí* (del Dorado). En algunas de estas hay establecidos varios obrajes de madera que aparecen como una mancha clara, rompiendo la monotonía de las costas.

Por fin fondeamos en la de *Bopicuá* (cueva del murciélago), sin atracar a la costa, para evitar la visita nocturna de algún felino hambriento (123).

El tema de la conversación rodó esa noche sobre estos animales. Una gran cantidad de hechos acaecidos salieron a relucir, de avances y saltos audaces de tigres dentro de las embarcaciones que habían tenido la imprudencia de atracar a la costa, cuentos todos que nuestro baqueano, un siciliano, antiguo marino del Alto Paraná, nos refería con detalles y colores demasiado vivos.

D. Salvador, que así se llama, como buen meridional, era sumamente supersticioso y no sólo poseía el caudal de creencias que había importado de su tierra, sino otro mayor aún adquirido en su larga estadía en el Alto Paraná, en donde, además de las innumerables leyendas guaraníes, no faltan tampoco las brasileras, de modo que los caiporas, los yaci yeterés, los fantasmas diversos y demás representantes del pintoresco Folk-Lore 1 le eran bastante familiares (124).

Después de comer, rodeando la mesa bajo la toldilla del *Ayacucho*, en medio del silencio solemne de esas noches tan espléndidas, y alumbrados por la luz mortecina de un farol, oíamos con placer perorar a nuestro D. Salvador, sobre las hazañas de los tigres y otras cosas por el estilo, con el laudable propósito de matar el tiempo.

En el momento culminante de una escena horrible que nos refería, sentimos sobre la cubierta metálica del *Ayacucho* el ruido de un cuerpo pesado que se desplomaba, y un barullo de algo que se debatía furiosamente.

Como por un resorte nos pusimos de pie, y al mismo tiempo, revólveres, cuchillos y otros aparatos ofensivos se vieron relumbrar en las manos de todos, mientras rodaban por el suelo las sillas y taburetes.

Una carcajada unánime rompió la solemnidad de nuestra actitud bélica al ver aparecer al cocinero con un magnífico armado que acababa de pescar.

Amaneció otra vez con fuerte niebla y con mayor frío que en Yaguarazapá.

Cuando escampó, continuamos nuestro viaje, entrando en la gran cancha de *Pai Curuzú* (Cruz del cura) una de las más largas (125).

La navegación es fácil porque tiene pocas piedras y la máquina potente del *Ayacucho* puede hacernos ganar mucho camino sin grandes cuidados.

El río hace una gran vuelta dirigiéndose del Este al Norte, formando la cancha de *Carú abapé*. En este viaje, he podido una vez más asegurarme de que este es su verdadero nombre, debido a un arroyo que desemboca sobre la costa argentina, y no el de *Carú aguapé* como erróneamente muchas veces se escribe (126).

La navegación se hace más difícil, necesita de mayores rodeos y zigzags para salvar algunas piedras y las fuertes caídas de agua.

A la altura del arroyo *Tembey* (del labio) el río vuelve a tomar rumbo Este y se entra en la gran cancha de San Rafael.

Después del Tembey se encuentra el arroyo *Yatí tay* o del caracol, cuyo nombre es debido a una gran caída de aguas que producen grandes remolinos

sobre el río, los que debemos cortar.

El agua presentaba un aspecto aceitoso de un verde especial, girando con gran rapidez en muchos puntos diversos, como si hubiera sido una inmensa marmita en que la hubieran estado hirviendo.

La causa de estos remolinos es la desigualdad del fondo por las grandes piedras que hay, contra las cuales choca esa gran masa de agua, que bajando tiene que torcer violentamente, entrando en un saco que forma la costa paraguaya en la desembocadura del Yatitay.

El *Ayacucho* con su quilla afilada, cortaba los remolinos, pero estos, actuando sobre los costados de ella, lo hacían rolar con fuerza y ese balanceo unido al ruido característico del agua revuelta tenía algo imponente, tanto más si se tenían en cuenta los esfuerzos del baqueano en el timón para poder conservar el gobierno del buque.

Esta cancha de San Rafael es el principio de una serie de otras bastante bravas, abundantes en piedras, remolinos y caídas de agua y, sobre todo, de mucha corriente, dado lo encajonado del río.

Al entrar en la cancha del Paraguay, el río da vuelta al S. concluyendo el gran seno que ha empezado a hacer en Caru-abapé.

Al enfrentar la boca del río Paranay (C. A.), que corre en el valle del mismo nombre, cuyas cabeceras empiezan en la campiña de Fracrán (127), en el interior de Misiones, una de las corrientes de agua más grandes que posee el territorio, los remolinos son muy fuertes, causados por un gran banco de piedra que se halla colocado cerca de la costa argentina.

El río toma la dirección ES; más adelante la abandona y toma por un trayecto N derecho, en el punto llamado *Mbay buzú* (remolino feo), cuyo nombre se debe a otro banco de piedras, un verdadero paredón sumergido del lado argentino, a cuyo frente se forma un remolino de los mayores que hay en el Alto Paraná.

En este paso es necesario ser muy baqueano, puesto que la fuerza de las aguas y los rolidos sucesivos pueden hacer perder el gobierno al buque, y la caída de agua puede echarlo sobre el paredón.

El río se inclina un poco hacia el Este y tiene un ensanchamiento para dar cabida a la Isla de Caraguatay que se levanta casi en medio de él.

La isla tiene un aspecto cónico redondeado, se eleva cubierta de vegetación impenetrable, su forma es casi ovalada y se halla unida a la costa argentina por un gran desplayado de piedra que la rodea en su parte N y E (128).

Este desplayado es visible con el río bajo y tuve ocasión de admirarlo en mi segundo viaje en el mes de agosto de 1892.

De Caraguatay llegamos a San Lorenzo o *Huirapaí* donde hay una pequeña población yerbatera y una autoridad paraguaya.

El río, desde este punto, toma rumbo NE; la navegación se hace más llevadera; pocas horas después llegábamos a Pirai Guazú (129), término por ahora de nuestro viaje fluvial.

Fondeamos y como era ya tarde, resolvimos dormir a bordo.

1 Véase nuestro Folk-Lore misionero, en la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires. *T. I., entrega 6.*

Capítulo XVI
La selva misionera

De Pirai Guazú a San Pedro. – En marcha. – La Picada. – El Tacuaruzú. – Su seca. Los ratones y el Tambú. – Cómo se viaja en la Picada. – Campamento en el arroyo Contage. – Los productos Kemmerich. – Una exclamación de Correa Luna. – Otra vez en marcha. – Trepamos el cerro León. – Llegada al arroyo Veado.

Temprano estuvimos de pie y procedimos a la descarga de todos nuestros pertrechos para el largo viaje que debíamos hacer.

Según cartas remitidas con mucha anterioridad por mi amigo don Aparicio Grondona, un hermano suyo, Juan de Oliveira, nos esperaba en el puerto con la mulada que debía conducirnos a San Pedro.

Don Aparicio, intrépido yerbatero, es uno de los primeros pobladores de San Pedro y a él puede decirse que se debe el arraigo en ese punto de los restos de la tribu Kaingangue del famoso Cacique Fracrán, comandada actualmente por Maidana (130).

Gracias a don Aparicio, San Pedro, situado en el corazón de Misiones, es hoy un punto habitado y que, como he dicho en alguna parte, es un oasis que el viajero encuentra en medio de su larga peregrinación por la selva virgen (131).

El puerto de Pirai Guazú es el de San Pedro, pues allí desemboca la picada que conduce a aquel punto, por la cual se extraen al Paraná las yerbas del interior; de modo que Pirai es para San Pedro lo que Tabay es para los yerbales de Campo Grande, etc. (132).

Pirai está ocupado por una empresa yerbatera dirigida por el Sr. Alfonso Güerdile, cumplido caballero que sentimos no encontrar entonces; en cambio, su encargado se puso a nuestra disposición, facilitándonos peones para ayudarnos en la difícil tarea del desembarco, pues teníamos que llevar a hombro todo, subiendo la alta barranca.

Como siempre sucede, el primer día de viaje nunca se sale a la hora indicada y mientras se buscaron las mulas, las que dieron no poco trabajo

para encontrarlas, se almorzó, se procedió a arreglar las cargas, de manera que el peso estuviera bien repartido y mil otras cosas más que escapan a la mejor previsión; recién a las 3.30 de la tarde pudimos montar a caballo, lo que ya era algo, puesto que lo principal es ponerse en viaje de una vez.

Nos despedimos de todos, especialmente del buen capitán del *Ayacucho*, don José Chapella, a quien le di mis instrucciones para la vuelta, y en marcha.

Íbamos a internarnos en el monte virgen —el autor por segunda vez—, no escarmentado por los malos ratos que pasó tres años antes, pero lleno de esperanzas, con el deseo de completar trabajos inconclusos por diferentes causas, con nuevos bríos y más preparación.

¡Qué poderoso atractivo tiene el monte, qué cúmulo de sensaciones extrañas y desconocidas se experimentan en él, qué vagos placeres se siente en medio de su imponencia grandiosa!

Volvíamos a visitar al viejo conocido, a contemplar su gigante vegetación, en una palabra, a satisfacer ese deseo íntimo que al final al del segundo viaje con infinita nostalgia se expresa con las palabras del Dr. Holmberg: «Volvería a Misiones sólo por ver sus árboles» (133).

Y los árboles estaban allí a dos pasos de nosotros con su cortejo precioso de parásitos levantando al cielo sus grandes copas bajo las cuales el sol penetrando apenas, llenaba el ambiente de mística luz.

La selva misionera, gloria de la vegetación tropical, predilecta de la naturaleza creadora, que guarda bajo sus glorietas de follaje las imágenes que evocan las leyendas guaraníes, morada de reptiles y de fieras, palacio encantado de mariposas azules y de rubíes alados, muda guardiana de sombras exquisitas y de perfumes extraños, conjunto imponderable de bellezas terrenas, nos hace inclinar embelesados, llenos de la pasión que sabe despertar su inmensa majestad.

Penetramos en la picada precedidos por la yegua madrina, cuyo cencerro tañendo acompasado, triste y monótono, hacía marchar sin detenerse a todas las mulas de la caravana.

A poco andar, apareció el tacuaruzú. Bajo la bóveda de las altas y gruesas cañas graciosamente encorvadas, anduvimos un buen trecho por un terreno bajo, el que fácilmente podría transformarse en campo a rigor de fuego.

Ese momento era propicio para proceder a su limpieza, puesto que este curioso, útil e incómodo bambú, estaba secándose.

Las secas de tacuaruzú, según dicen los misioneros, se verifican de 7 en 7

años, cuando por fin semillan, y entonces es cuando se producen los grandes incendios en el corazón de la selva.

Si bien en esas condiciones se transita mejor por las picadas, sin la incomodidad de sus arañones y demás fastidio que produce esta curiosa caña, resulta en cambio el peor de los males, pues para aprovechar la gran cantidad de semillas que caen al suelo, aparecen legiones formidables de ratones que todo lo invaden, poniendo en serios aprietos a los habitantes que tienen que defender de sus avances sus víveres, objetos y plantaciones.

Para los indios, en cambio, es una providencia, pues en esta época los cazan abundantemente y se los devoran asados como si fueran pajaritos (134).

Cuando los tacuaruzús están secándose, contienen en su interior el tambú, que es uno de los platos más estimados en la culinaria india y yerbatera.

El tambú es, en este caso, como hemos tenido ocasión de observarlo, la larva desarrollada de una mariposa crepuscular que es muy parecida al *Phillampelus vitis* (135), la cual se aloja de a una en cada canuto o segmento de las cañas.

Cuando está por transformarse en crisálida, sabe con rara habilidad perforar la pared de la caña, haciendo un agujero redondeado del tamaño del cuerpo de la mariposa que debe salir por allí; pero lo más curioso es que sólo lo horadado es la caña misma, quedando la corteza intacta, muy fina, que disimula perfectamente el agujero por la parte externa. De esta manera, llegado el momento de la eclosión, la mariposa con poco esfuerzo abre la tapa y sale al exterior.

Las larvas o ninfas sirven para el tambú y los indios y yerbateros se las comen relamiéndose, ya asadas, ya fritas, en el fondo no buscando otra cosa que ingerir un poco de grasa de la que están, como se sabe, muy bien provistas.

El tacuaruzal que atravesábamos cada vez se iba poniendo peor con la seca y los vientos y lluvias de los días anteriores; muchas cañas habían caído atravesándose en la picada, lo que nos obligaba a hacer grandes reverencias para evitarlas y detenernos varias veces a cortarlas, hallándose muy bajas.

Para amenazar el viaje, las mulas cargueras de cuando en cuando se enredaban en alguna de estas cañas, y entonces eran los esfuerzos de los animales para deshacerse de aquello que los sujetaba, terminando todo con el ruido de las tacuaras rotas, el paso de la mula triunfante, el desarreglo de la

carga y la mayor obstrucción de la picada, pues a los tirones de una, caían otras cañas que nos trancaban a su vez; todo sazonado convenientemente con maldiciones y juramentos en brasilero del más interesante efecto.

Al salir del tacuaruzal, cambió la vegetación, haciéndose más tupida por poco trecho, hasta que vadeamos el arroyo Sobradiño (136) sin gran dificultad.

No muy lejos de este tuvimos que pasar el Piñalsiño, otro arroyo pequeño que debe su nombre por hallarse cerca de allí a unas plantas de pinos (araucarias) ya muy destruidas, que dicen fueron plantadas por los jesuitas, lo que no creo (137).

Ya con monte alto y no tan sucio, llegamos al arroyo Contage, donde resolvimos hacer noche. Sólo habíamos marchado una legua o un poco más.

A orillas del Contage, como de todos los arroyos, había un *pozo* (138) o lugar de campamento de las tropas: total un pequeño espacio sin árboles pero bastante sucio por la vegetación, en el cual se acampa, limpiando el terreno necesario para la carpa a fuerza de machetazos.

Pero con todo un espacio impagable, con agua del arroyo cerca, con leña en el monte vecino y con lugares en este último, aptos para que las mulas se buscasen que comer durante la noche.

Armamos la carpa sin mucho trabajo. En Misiones, no se acostumbran las de lona cerradas por todos lados por muchas razones: la primera es la cuestión del peso, y la segunda, la dificultad del transporte de los palos.

Así pues, la carpa misionera se compone sólo de un lienzo cuadrado, liviano, que se coloca a caballo de una cumbrera sostenida por dos horcones, que en un momento se cortan delgados en el monte, en donde no escasean los árboles jóvenes que los proporcionan.

A las paredes se les da una gran inclinación para que el agua de la lluvia corra por ellas con rapidez y de este modo, evite que se mojen los objetos que cubren.

Armada la carpa, ya estuvo encendido el fuego, lavado el charque y la olla hirviendo. Como más práctico, me arrogué las funciones de cocinero y como todos me servían de ayudantes, un caldo, guiso y un pirón de fariña, pronto estuvieron en condiciones de comerse, lo que se llevó a cabo en poco tiempo, recibiendo las más calurosas felicitaciones de mis compañeros que no me conocían esta habilidad.

Los platos resultaron sabrosos, no les faltaba ni cebolla, ni especies y sobre

todo tenían abundante extracto y pasta de carne Kemmerich, gran recurso para los viajes, que no dejaré nunca de recomendar a los viajeros, pues constituye un auxiliar poderoso en la alimentación y tiene la gran ventaja de ocupar poco espacio y tener peso limitado, lo que no deja de ser una gran cosa.

Cuando pasamos por el saladero de Santa Helena, el vapor fondeó para desembarcar unas mercaderías y el tiempo que allí demoramos, lo aprovechamos en visitar ese gran establecimiento industrial, siendo agasajados por el gerente de la Compañía Kemmerich con un surtido de sus preparaciones, que mucho nos sirvieron durante la expedición, y gracias a ellas más de una vez tuvimos alimento substancioso y agradable, cuando nos atormentaba la perspectiva de comer el charque podrido o nos hubiéramos tenido que pasar con simples locros de maíz.

Un postre de leche condensada y una taza de café dieron fin a nuestro banquete.

Encendimos luego un farol y en nuestros catres de campaña resolvimos hacer dos cosas a la vez: una plácida digestión en medio de un profundo sueño.

Antes de cerrar los ojos, Correa Luna declaró que se sentía feliz, pues realizaba sueños dorados de la época en que leyendo envidiaba a los héroes de Julio Verne (139); a lo que se adhirió Kyle.

Antes de amanecer estábamos tomando mate, luego almorzamos los restos de la cena anterior guardados al efecto, y todo cargado, marchamos.

Al vadear el arroyo Cariyino (140) vimos en un árbol grabada la siguiente inscripción de la Comisión Argentina de Límites:

C. A. L.
9 k.

Las costas de estos arroyos presentan un aspecto interesante, la vegetación se hace más densa, los parásitos vegetales exuberantes en alto grado, cubren todo con un gran manto de colores vivísimos que se reflejan maravillosamente en el agua.

Como a pesar de lo tupido de los árboles, en los arroyos penetra siempre un poco de sol, la luz jugueteando entre las innumerables hojas, rozando ellas e irisando la superficie del agua, produce combinaciones de tonalidades de una suavidad y armonía encantadoras.

Allí el verde profundo de la masa común se presenta como en ninguna otra parte, de un tono acentuado, cálido, que más resalta por el contraste de las partes iluminadas, llenas de tintes alegres, sin ser chillones.

Los juegos de sombras innumerables en su variedad tachonan el conjunto, con gracia, con dulzura, ya deslizándose suaves, tenues, en la superficie o incrustándose con energía en los huecos y meandros.

Desde el primer plano lleno de intensidad, de vigor, de vida, hasta el último, allá a lo lejos en una vuelta del arroyo, con vaguedades azuladas, interceptados por claridades repentinas, los cambiantes se multiplican al infinito, exuberantes en matices delicados bajo el frondoso follaje de aquellos preciosos árboles, cuyas copas arriba se enredan en un amoroso abrazo.

Dejamos atrás el arroyo, y por un buen trecho volvimos a marchar por entre los tacuaruzús y enredaderas que bastante nos fastidiaron.

El arroyo Guaraipo se presentó con idéntico aspecto que el anterior, pero ya del otro lado la picada siguió mejor, atravesando un monte alto con los árboles más raleados, a cuyo pie crecían abundantes helechos bajos, dando al suelo un verde claro muy agradable.

Por ese trecho podíamos marchar casi sin tropiezos, evitándonos hacer esas fastidiosas reverencias a las tacuaras que no dejan de aburrir y sobre todo, de cansar.

El terreno descendía, llegamos al arroyo Vorá uno de los más anchos que conozco en esta picada, bastante playo, presentando una faz límpida iluminada por ese sol matutino que libre de trabas, penetraba de lleno a raudales, coloreando además las piedras de su lecho emergidas de un bello rojo oscuro.

La picada siguió mejor, pero más adelante la vegetación tupida volvió a darnos trabajo y después otro tacuaral cerrado nos obligó al poco grato trabajo de machetear de nuevo; una pequeña subida y una gran bajada nos condujeron a orillas del arroyo Varge grande donde acampamos para almorzar.

Como el sitio era encantador y mientras la olla hervía, resolvimos darnos un buen baño en sus aguas frescas cuya benéfica influencia no tardamos en experimentar.

En el pozo o descampadito vimos en un lapacho la siguiente inscripción:

C. A. L.

27 k. 7.

Habíamos marchado un poco más de tres leguas en toda la mañana; no era mucho si se quiere, pero teniendo en cuenta todas las trabas que nos habían puesto las tacuaras y demás fastidios del monte, la marcha había sido buena.

En el pequeño descampadito en que nos hallábamos, no dejaba de incomodarnos el sol que a esa hora, más o menos mediodía, se hacía sentir en todo su rigor.

Miles de pequeñas abejitas negras, llamadas *mirines* (141), nos acosaban sin picarnos, pero paseándose por la cara y las manos a fin de chuparnos el sudor, con el objeto de proporcionarse un poco de sal, tan escasa en Misiones. Esos paseos repetidos producían una cosquilla *sui generis* bastante insoportable, y si a esto se agrega el picotón que de cuando en cuando nos administraba un jején, o el rápido batir de alas cerca de la cara de alguna de las innumerables mariposas que acudían a nosotros, se tendrá una idea de lo poco provechoso que nos era nuestro descanso de mediodía.

En venganza, hicimos una espléndida colección de estos alados fastidios, y ya hartos de paciencia nos pusimos en marcha otra vez.

El suelo empezó a subir de nuevo, primero suave, después rápidamente, trepábamos el famoso cerro León, el más alto que hay en esta picada hasta San Pedro. Cuando estuvimos en la cima, un estupendo espectáculo se desarrollaba ante nosotros: entre la raleada vegetación que allí había, podíamos ver los demás cerros lejanos y elevados, cubiertos a su vez de vegetación tupida, que se mostraban a la distancia de un color violáceo azulado, titilante, entrecortados por valles profundos llenos de sombras negras, el todo destacándose de un cielo purísimo, sin nubes, lleno de luz.

Quedamos un buen rato contemplando ese cuadro tan colosal, y entonces nos pudimos hacer una idea aproximada de la magnitud de la selva misionera, inmenso desierto de árboles que al hombre impone con su soberbia amplitud.

¡Cuántas riquezas deben encerrar esos inacabables bosques, cuánto tiempo pasará, aún antes de que se llegue a dominar toda esa extensión cuajada de árboles!

Con razón la leyenda ha sentado sus reales entre el denso cortinaje de verdor que oculta el centro de Misiones.

Bajamos el cerro y vadeando el arroyo del mismo nombre, volvimos a subir la cuesta del Veado, que descendida nos llevó a orillas del arroyo

también así llamado, donde acampamos para pasar la noche.

En un árbol de angico hallamos grabada esta inscripción:

C. A. L.
(29, k 3)

Sólo seis kilómetros habíamos adelantado.

Capítulo XVII
La selva misionera
(Continuación)

Las enredaderas. – El Arroyo de las Islas. – El Río de las Antas. – Su vado. – La invernada. – Marcha bajo la lluvia. – Acampamos. – Subimos la sierra. – El Tacuarembó. – Las campánulas. – La región de los helechos arborescentes. – El primer pino. – Llegada a San Pedro.

Con un buen baño, en las aguas límpidas del arroyo Veado, restauramos nuestras fuerzas; cenamos y pronto nos entregamos al dulce descanso tan necesario después de ese día de fatigas.

Como de costumbre, al alba ya estuvimos de pie; pero resultó que las benditas mulas, encontrando malo quizás el punto que se les había destinado, habían creído mejor mandarse mudar, en busca de otras regiones más agradables.

Toda la mañana perdida por esta causa. Si no podíamos seguir viaje, en cambio nos era dado admirar el precioso cuadro que ofrecía el lugar de nuestro campamento.

Un espeso bosque lo rodeaba por todas partes, y como gigantesca cortina, innumerables enredaderas[1] trepaban por los troncos y ramas, cayendo en cascadas de anchas hojas de un efecto decorativo de los más sorprendentes.

Al principio, ese conjunto se mostraba confuso, triste y frío, con la media luz de la mañana; pero cuando el sol apareció, una nota alegre, llena de color y de vida, sustituyó a la anterior.

Las enredaderas verde claro resaltaron de la masa más oscura del resto del bosque, y en cada una de sus anchas hojas, grandes gotas de rocío se destacaban brillando como joyas.

Ni los palacios de hadas y otras creaciones de la fantasía podían compararse a la estupenda belleza de aquel delicioso cuadro.

A las diez aparecieron las mulas, y un rato después nos pusimos en marcha. La picada seguía subiendo un cerro; el suelo bastante traqueado presentaba

muchos calderones, es decir, agujeros formados por las pisadas continuas de las mulas, a modo de escalera, entre las raíces de los árboles o entre las piedras.

Estos calderones, a causa de formarse bajo la sombra de los árboles, conservan el agua de las lluvias por mucho tiempo y por consiguiente, se hallan llenos de barro.

Las pobres mulas en estas ascensiones hacen prodigios de fuerza, poniendo a prueba sus robustas patas, que como si fueran de acero no se doblan jamás.

El cerro fue descendido otra vez y llegamos al gran Arroyo de las Islas, uno de los más bellos que conozco. Su cauce es muy ancho y en el paso tiene unas pequeñas islas pedregosas cargadas de vegetación, entre las que sobresalen los grandes árboles de mataojos (143), que se inclinan para reflejarse en el agua, que corre murmurando entre las innumerables piedras que ella arrastra, en la época de las grandes crecientes.

En la orilla de este arroyo sobre el tronco de un árbol (Marmelero) (144) se halla también una inscripción:

C. A. L.
36.2 k.

El calor se hacía sofocante y todo presagiaba una tormenta próxima, de esas tan frecuentes en Misiones.

Vadeado el arroyo, lo seguimos costeando por un buen trecho siempre por entre el monte; luego nos internamos por corto tiempo, dejamos atrás el pozo del Saltiño y llegamos al arroyo Máquinas que tiene ese nombre, a causa de que un yerbatero colocó un monyolo en él, hace mucho años.

En un árbol situado en el pozo de este arroyo hay esta inscripción:

C. A. L.
46 k.

Poco a poco el camino se hizo más cómodo, el enredo de las plantas disminuyó un tanto y por varios trechos marchábamos entre grandes árboles enhiestos, que nos mostraban sus troncos grises desnudos, o cuando más, enroscados por gigantescos isipós, que los oprimían como serpientes monstruosas.

Debajo de ellos, los helechos bajos tapizaban el suelo con profusión, lo que le daba un aspecto de salón alfombrado.

En estos trechos había un poco de luz viva, y sobre todo aire, lo que facilitaba la expansión de la vista algo más allá, aunque tropezaba siempre con la serie de troncos grises, que semejaban a una interminable columnata sosteniendo la bóveda de un templo colosal.

Si bien debajo la vegetación no se oprimía, arriba en cambio, sucedía lo contrario; las copas de los árboles cargadas de hojas y parásitos se mezclaban, superponiéndose. Las ramas se enroscaban, se apiñaban, se retorcían, se abrazaban, enredándose en una orgía desenfrenada, pugnando por sobresalir y luchando todas por recibir los beneficios del sol tropical, que a pesar de los raudales de luz que prodiga, no alcanza con sus derroches a satisfacer el ansia de esos millones de seres vegetales.

A poco andar empezamos a costear el Río de las Antas; por entre las filas de los árboles de sus orillas, podíamos distinguirlo con más o menos claridad, al tranco acompasado de la mula.

Sobre su cauce ancho, de piedra, en varios puntos se veían grandes rodados traídos desde lejos; el agua turbulenta corría entre ellos, saltando a veces con un alegre murmullo, o haciendo temblar las ramas cargadas de hojas de los árboles derribados y que no había podido arrastrar en su rápida corriente.

En la margen opuesta, un magnífico cerro cuajado de verdor se elevaba airoso, mostrando a intervalos en sus flancos a pique, paredones de piedra negra y roja en los que arraigaban yerbas de finos tallos que caían con gracia infinita.

La picada al costear el río seguía tortuosa, subiendo y bajando según los cerros poco elevados que lo bordeaban.

Cuando llegamos al paso, hicimos un pequeño alto, el que aprovechamos para recorrer las cargas y monturas.

El paso de las Antas es ancho y uno de los peores que existen en todo el camino. Para vadearlo, es necesario marchar contra la corriente describiendo un medio círculo. Las mulas tienen que andar con mucho tino pues el lecho del río, en ese punto, se halla lleno de rodados que el vaso de estos animales tiene que esquivar para no dar un paso en falso que precipitaría su caída.

Como si esto no bastara, hay que agregar los muchos morteros o agujeros formados en el lecho de piedra por el roce continuo de los rodados, en los que siempre habría peligro, si en ellos metieran una pata.

Todo este trabajo de tanteo, las pobres mulas tienen que hacerlo, luchando al mismo tiempo con la corriente del agua, que aún cuando haya poca, no

deja de hacer fuerza.

Este río no se pasa todos los días. Cuando crece es un verdadero torrente que encajona mucha agua, y las tropas, por consiguiente, tienen que acampar en sus orillas esperando dos o más días a que baje. Pero para una comunicación regular con San Pedro, el Río de las Antas creo que nunca sería un inconveniente; pues debe de haber otros puntos mejores para vadearlo y aptos para recibir un puente rústico.

Lo que resulta es que al abrirse estas picadas, que no tienen otro objeto sino el de permitir el acarreo de la yerba mate, no se han tomado en cuenta las facilidades ni comodidades que podían obtenerse de un reconocimiento previo del terreno; por el contrario, han dicho: *por aquí*, siguiendo un rumbo, y con unos machetazos y algunos pocos hachazos, se ha tratado de salir a la costa del Paraná, lo más pronto posible, importándoseles poco si las mulas sufrían mucho o no.

La gran cuestión era la de llevar a la costa, en breve tiempo, toda la yerba cosechada en una zafra, aún a riesgo de dejar inutilizada las mulas. Para la siguiente, Dios proveería. Y la ninguna previsión del mañana con respecto a los yerbales, la tuvieron también con las mulas.

Felizmente la empresa que actualmente elabora las yerbas de San Pedro y otros del interior se ha preocupado de componer la picada, haciendo varios desvíos y salvando malos pasos.

Desgraciadamente, cuando nosotros regresamos, recién empezaban ese trabajo del cual no pudimos aprovechar; dos meses más tarde nos hubiéramos ahorrado bastantes arañones y algunas prendas de ropa, cuyos girones dejamos colgados en las espinas y ramas del camino.

Temprano aún llegamos a la invernada, punto avanzado de San Pedro, en donde hay un rancho ocupado por los encargados de las mulas que allí reposan y se reponen, con abundante tacuarembó y otros forrajes que abundan por sus inmediaciones.

En un gran corral en ese momento, habían encerrado un buen número de estos pacientes animales, a quienes los nuestros saludaron al pasar, siendo contestada su galantería por una formidable algarabía de rebuznos en todos los tonos imaginables, que retumbaban pintorescamente entre los ecos del bosque.

Seguimos viaje; más adelante cazamos una Yacutinga (145) o faisán de Misiones con cuya suculenta carne nos regalamos esa noche.

El monte de árboles altos que atravesábamos, nos hacía la marcha más llevadera; pero ¡qué poco duran las comodidades en la picada!

De pronto, su aspecto cambió, un ciclón al pasar por allí, la había transformado; los árboles volteados, quebrados, rotos, tronchados, aglomerados en el suelo, presentaban un cuadro desolador y el ramaje enredado, acosándonos por todos lados, hacía la marcha por demás insoportable y fastidiosa (146).

Teníamos que andar con mil precauciones para no tropezar con los gajos, que ya de frente, ya de lado, por todas partes nos rozaban, exponiéndonos a encontrones, arañazos repetidos, y sobre todo, a sacarnos un ojo en el menor descuido.

Para colmo de los colmos, el gran calor que desde la mañana nos hacía sudar a mares, se convirtió en una tormenta de truenos, relámpagos y aguacero, que en pocos instantes nos dejó empapados.

Felizmente no tardamos mucho en llegar a un pozo, y rápidos bajo la lluvia que no tenía miras de cesar, trabajando todos, conseguimos armar la carpa, a pesar de que el viento parecía dispuesto a no permitirlo.

Instalado nuestro campamento y entregados a las faenas de práctica, pudimos saborear las presas de la Yacutinga, lo que nos resarció un tanto de la mojadura.

En un árbol de rabo de macaco (147) hallamos esta inscripción:

C. A. L.
52 k.

Por la noche continuó lloviendo, ya no tan fuerte, pero al amanecer el agua había cesado.

Ensillados los animales, marchamos; la picada se hallaba poco menos que intransitable; en muchos puntos había pasos barrosos y calderones cuyo contenido nos salpicaba por todas partes.

Los árboles derramaban sobre nosotros cascadas de agua al mínimo rozamiento con cualquiera de sus ramas o isipós de ellas colgados.

Todo estaba empapado con la lluvia del día anterior y pronto quedamos así también nosotros. No tardó mucho en salir el sol cuyos ardientes rayos nos envolvieron en una atmósfera húmeda y pesada, la más insoportable.

El terreno subía. Sin apercibirnos trepábamos la sierra central, abandonando la vertiente del Paraná para entrar en la del Uruguay.

Pronto penetramos en plena región del tacuarembó, donde este tenue y resistente bambú asaltaba los árboles, enredándolos del modo más intrincado con su infranqueable valla de vástagos.

Por doquier, no se veía más que su masa verde claro, como una inmensa cortina densa, impenetrable y desesperante.

Por dentro de ella, la picada se internaba como un túnel abierto a fuerza de machetazos, túnel que más bien parecía un canuto, bajo y estrecho, por el cual había que pasar, haciendo todas las reverencias imaginables a fin de evitar enredarse entre su malla, o cortarse con los tallos delgados que al romperse en sentido longitudinal, mostraban amenazadores sus fragmentos afilados.

El roce de los mismos o de las hojas, sobre la cara o el cuello, producían sensaciones de quemadura, muy desagradables.

¡Qué trozo tan infernal aquel! Será muy difícil que lo lleguemos a olvidar.

Más adelante salimos de ese infierno. Ya estábamos arriba: mucha luz y un bello sol matutino nos envolvió.

La seca de diciembre había sido la causa de un gran incendio sobre la sierra. Muchos árboles se hallaban carbonizados, unos en tierra y otros aún en pie; pero todos cubiertos completamente por una enredadera (*Ipomea*) que en ese momento se hallaba cuajada de flores azules (148).

Aquellos millares de flores al sol, resaltando sus preciosos colores del conjunto verde de las infinitas hojas dispuestas como un tul compacto que abrazaba los árboles o se extendía por sobre los troncos caídos, presentaba el más bello golpe de vista que imaginarse pueda.

El camino más desahogado continuó por un buen trecho hasta llegar al pozo de la *Carobera* (149), cerca del cual dicen que hay una laguna (150).

En el tronco de un árbol leímos

C. A. L.
70 k.

y seguimos la marcha. Descendíamos casi sin sentirlo. Otra vez se presentó el tacuarembó y durante un largo trecho, continuamos por otro túnel abierto entre su malla fastidiosa.

Dos pozos, cercanos uno de otro, atravesamos sin parar: el del Ojo de Agua y el del Palo de Yerba (151). El camino siguió mejor. No lejos del último cruzamos la región de los helechos arborescentes o *Amambays* como son

llamados en guaraní (152).

¡Qué interesante cuadro ofrecían los altos tallos escamosos, enhiestos e interminables, coronados por un gran paraguas de recortadas hojas, de aspecto afiligranado, ocultando el sol, y dando al paisaje un no sé qué de originalidad, mientras hacían recordar los dibujos, tantas veces vistos, de los paisajes de la época carbonífera!

Contrastando con tanta belleza, el terreno se hacía blando y pantanoso, lo que no dejaba de agregar su nota desagradable. Bien dicen que no hay rosas sin espinas; de esto hay que convencerse cada vez más, y sobre todo en Misiones.

El paisaje prehistórico desapareció, el tacuaruzú con sus gruesas cañas y sus espinas ganchudas atrajo nuestra atención, menos mal que por poco tiempo.

Llegamos al pozo del Piñero o del Pino (153), llamado así, porque un solo ejemplar pero espléndido, se elevaba majestuoso con su inmensa copa simétrica, dominando el conjunto que lo rodeaba.

Estábamos cerca de San Pedro. La impaciencia nos dominó. El camino continuaba en adelante mejor. Resolvimos pues dejar a los cargueros que continuando su marcha lenta nos alcanzasen cuando pudieran, y al trote nos lanzamos alegres y contentos, a fin de llegar pronto a nuestro destino.

El arroyo del Cuero, el del Marco, el del Macaco en terra (154) pronto quedaron atrás. Varias plantaciones se mostraron cerca del camino, y hora y media después, en plena región de los gigantescos pinos, nos apeábamos frente a la casa del Sr. Aparicio Grondona.

Por allí cerca, en un árbol cortado, leímos:

C. A. L.
79 k.

1 Es parecida a los zapallos. Allí la llaman isipó mico *(142).*

Capítulo XVIII
San Pedro de Monteagudo

Los pinares o bosques de araucarias. – Las piñas y los piñones. – Su cosecha por los indios. – La población de San Pedro. – La madera de las araucarias y su empleo. – Cómo podrá llevarse a cabo su explotación. – Trabajo con los indios kangangues. – Cómo desaparecen los indios. – Regreso a la costa. – El mapa del Alto Paraná. – Conclusión. – Trabajos del autor sobre Misiones.

San Pedro de Monteagudo se halla situado en plena región de los grandes pinos o mejor dicho araucarias (*Araucaria Brasiliensis*) (155).

Estos gigantescos árboles se empiezan a mostrar allí y continúan por leguas y leguas ocupando el espinazo de la sierra misionera y gran parte del vecino estado brasilero del Paraná (156).

El número de pinos es enorme, y su conjunto sobre las alturas tiene un carácter especial que contrasta con todas las otras clases de vegetación.

En primera línea se notan los individuos aislados de los planos cercanos, altos, enhiestos, derechos, cargados con sus copas simétricas y extendidas regularmente a ambos lados. En algunos, el tronco se viste de ramas abortivas pequeñas, que aparecen como mechones pegados a él.

Los otros planos se confunden en una masa negra de la que sólo se destacan las copas más o menos altas de algunos ejemplares, cuya silueta se recorta en el azul del cielo.

El interior de estos bosques de pinos, en general es desahogado, relativamente. Entre ellos no arraigan muchas plantas por la sombra que desde tanta altura proyectan estos árboles, entre los cuales hay algunos que miden hasta más de cuarenta metros. En cambio nuevas plantas brotan del suelo y se mezclan con otras artificiales, las cuales no son sino gajos que las tormentas desprenden de los árboles, y que al caer, como las hojas les sirven de paracaídas, vienen derechos y se clavan en el suelo, quedando parados.

Tanto las plantas nuevas como los gajos son bastante incómodos cuando se marcha dentro de los pinares, a causa de las hojas duras que pinchan como si fueran otras tantas espinas.

Estas araucarias producen una piña con abundancia de piñones grandes, de cuatro a seis centímetros de largo, de forma triangular, comprimidos, y que se encajan unos al lado de otros como si fueran otras tantas cuñas.

El tamaño de las piñas varía: las hay hasta del grandor de una cabeza de criatura; su forma es esférica.

Los piñones son muy agradables, y esta es la causa de que San Pedro haya sido punto habitado preferentemente por los indios, quienes todos los años iban allí a regalarse con ellos durante los meses de marzo, abril y aun de mayo.

Cuando las araucarias voltean sus piñones, son muy visitadas por todos los representantes de la fauna del bosque: venados, antas, tatetos, y sobre todo, por grandes piaras de chanchos jabalíes que son ávidos por esta benéfica y abundante fruta.

Para el ganado vacuno y caballar los piñones son un gran alimento de engorde, y los pocos que hay en San Pedro se mantienen muy bien a causa de ellos.

El piñón se come generalmente asado. Los indios suelen ponerlo en remojo por un cierto tiempo, a fin de que se hinche y no dé trabajo pelarlo. Con ellos hacen una pasta que comen casi siempre hervida; este sistema no es empleado por los blancos, a causa del gusto ácido pronunciado que adquieren los piñones.

Herido el tronco de estas araucarias, exuda abundantemente una goma algo resinosa y de un gusto que no es desagradable.

Como la tuberculosis ha empezado a matar muchos indios y no teníamos nada que recetarles, les indiqué la conveniencia de mascar esta goma, y entonces muchos hicieron una regular cosecha y pronto este nuevo vicio cundió entre ellos. Quizá les haga bien. Apunto este dato para que mañana no se tome esta costumbre, sugerida por el que subscribe, como un dato etnográfico (157).

Para cosechar los piñones, los indios trepaban sobre los árboles, valiéndose para esto de un gran aro de caña tacuara achatada, el cual debía abrazar el tronco del árbol. Entre este y la parte sobrante del aro, se coloca la persona, pasándoselo por debajo de los brazos.

El indio que sube lleva su hacha de piedra o hierro, con la que va haciendo en el tronco pequeños escalones a medida que trepa, para poder apoyar los pies, mientras el aro le sostiene el cuerpo.

Colgada en la parte externa, y del primer tercio del brazo derecho, lleva también una tacuara larga.

Llegado arriba, mientras se sostiene con una mano al tronco, con la otra, por medio de la caña, empuja las piñas de los extremos de las ramas para que caigan al suelo (158).

En cambio, los blancos no se dan tanto trabajo y armados de un hacha, no trepidan en voltear el árbol para despojarlo de sus piñones, dejándolo luego tirado allí a que se pudra (159).

La población de San Pedro es muy reducida, y se halla diseminada, habiéndose edificado las casas muy separadas unas de otras y sin plan alguno.

El arraigo del elemento blanco, brasilero en su mayor parte, se debe a los yerbales que cerca de allí existen, y que atrajo del mismo modo que los piñones a los indios.

Esta aldehuela, en donde se hace vida patriarcal, cuando nosotros llegamos se hallaba invadida por la influenza que atacaba muchos individuos, bajo la forma pulmonar.

Felizmente íbamos con el botiquín bien provisto, y pronto los expectorantes, los revulsivos enérgicos, la quinina y antipirina entraron en función, aplicados con más o menos acierto, pero con toda la mejor buena voluntad posible.

El éxito coronó nuestros esfuerzos, a tal punto que ningún enfermo tuvo un desenlace fatal.

Nuestra casa, con este motivo, era una perpetua romería y mis dos compañeros, Kyle y Correa Luna, no descansaban, preparando medicamentos según las recetas que les enviaba en mis visitas a los enfermos.

La poca azúcar que llevábamos se consumió en la confección de un famoso jarabe con Kermes e hipecacuana del cual nunca nos olvidaremos.

Mientras tanto, con esto nos entreteníamos, puesto que el tiempo se había empeñado en seguir malo. Intermitentemente llovía con chaparrones fuertes y de bastante duración, impidiéndonos salir a efectuar excursiones provechosas.

Las casas de San Pedro son todas de tabla de araucaria: una madera fácil de trabajar, fuerte, y de un color rosado muy bajo (160).

La fabricación de estas tablas es muy primitiva, el serrucho y el cepillo no entran en ella para nada; todo se reduce a trabajo tosco de hacha.

La forma de las casas es muy simple, idéntica a la de los ranchos, con

techo a dos aguas sostenido por horcones y cumbreras de distinta madera, sacada del monte vecino.

Las paredes están forradas de tablas paradas, unas al lado de otras, deslizadas, puede decirse, dentro de un marco de otras colocadas horizontalmente, tanto en la parte superior como en la inferior.

Como las tablas no son perfectas, las junturas no pueden hacerse bien, de modo que entre ellas siempre pasa un poco de aire y luz abundante.

El techo se cubre también con estas tablas colocadas unas sobre las otras como si fueran tejas, un algo parecido a los techos de ripio.

En algunas casas, las paredes son de barro, sostenidas por un enrejado de madera.

Con la madera del pino se hacen también corrales, ya sea colocando las tablas verticalmente clavadas en el suelo, ya horizontales, cuyos extremos se encajan en ranuras o agujeros especiales que hacen a los postes de distancia en distancia.

Esta madera es muy buena y tiene grandes condiciones que la hacen inmejorable para muchos usos; por esto es necesario pensar en la posibilidad de su explotación que sería para Misiones un gran elemento de riqueza.

El filón es rico, y sobre todo, abundante, por eso vale la pena preocuparse de este asunto. El secreto está en la conducción. ¿Cómo se podrá llegar a efectuarla en condiciones fáciles y sobre todo baratas?

Este problema puede tener dos soluciones.

La primera es una prolija exploración a los varios arroyos afluentes del Paraná que se hallen cerca de allí, a fin de ver si en la época de las grandes crecientes puede transportarse por ellos los trozos de madera sin preparación ninguna.

Digo sin preparación, porque en esta forma serían mejor arrastrados, y todos los golpes que recibieran en las piedras, correderas y saltos, que casi todos los arroyos presentan, no harían más que perjudicar la corteza, quedando la madera del centro en buenas condiciones o mejor dicho intacta.

Para esto, los trozos no deberían ser muy largos: de diez metros cuando más, a fin de que no fuesen detenidos en las fuertes curvas de dichos arroyos y pudieran llegar a su destino sin tropiezos.

La segunda solución sería la construcción de un *tramway* Decauville desde San Pedro al Paraná, más o menos igual al descripto en el capítulo relativo a Yaguarazapá.

Este *tramway* cuya vía podría colocarse ventajosamente buscando un terreno apto, aún cuando fuera más larga que el camino actual, sería naturalmente ventajoso, pues se trataría de evitar el cortar muchos arroyos y los repechos fuertes; podría ser tirado por mulas, y el viaje de San Pedro al Paraná se haría con mucha rapidez.

Nunca le faltaría carga, pues dando preferencia a la yerba, durante la época de la zafra, se podrían ir preparando los troncos para ser transportados cuando aquella concluyera.

Para una explotación por este medio, valdría la pena instalar en San Pedro un aserradero hidráulico, que no sólo beneficiaría las maderas antedichas sino que también ayudaría a radicar la población flotante que anda siempre desparramada en el territorio, ocupándose de trabajar sin rumbo, hoy en un yerbal, mañana en un obraje, ya en la costa argentina, ya en la brasilera, etc., sin morada fija, sin hábitos sedentarios, en una palabra: nómades, a causa de la forma en que se hacen hoy día las explotaciones en Misiones.

Esto que parece una utopía, no lo es. Ya tenemos un ejemplo de la facilidad con que se arman esas vías portátiles, en Yaguarazapá. ¿Por qué no se ha de poder hacer lo mismo de Pirai a San Pedro?

En cuanto llegamos, traté de ponerme al habla con Maidana, cacique de los indios kaingangues que allí habitan, con el objeto de hacer un vocabulario razonado y serio del idioma de esta interesante tribu.

Gracias a algunos regalos, conseguí su cooperación y la de varios indios que vinieron puntuales a la cita que les daba todos los días, durante nuestra estadía en San Pedro; de modo que así pude comprobar los datos que recogía de Maidana y aumentar algunos otros que espontáneamente me ofrecían, durante el curso de nuestras secciones filológicas.

El resultado de este trabajo ha sido publicado ya en la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires [1].

En él he historiado y descripto esa tribu, única de su nación que habita el territorio argentino.

Actualmente, van quedando pocos kaingangues en San Pedro, y no ha de pasar muchos años en que desaparezcan por completo.

La tuberculosis es la causa primera de su extinción rápida, y esta, a su vez, se debe en gran parte al método de vida que llevan esos indios.

Varios años de carestía y miseria han degenerado físicamente a esa raza otrora vigorosa. Mientras nos hallábamos en San Pedro, pudimos observar

que la base de su alimentación eran los zapallos, únicos que se habían salvado de la plaga de las langostas.

En otro tiempo, cuando aún se hallaban en estado salvaje, siempre conseguían una alimentación abundante. El monte les proporcionaba variadas frutas y muchos cogollos de palmeras; las abejas silvestres le ofrecían a cada paso sus colmenas repletas de miel y los insectos, variadas larvas grasosas: el tambú.

En sus nómades peregrinaciones, hallaban caza numerosa de mamíferos grandes y aves, en los que probaban la destreza de sus flechas.

En los grandes arroyos afluentes del Paraná, hacían sus parí 2 y con ellos recogían cantidades de pescados que comían, y ahumaban para conservarlos (161).

Todo esto por sí solo bastaba para que la vida no les fuese tan difícil; pero además tenían la cosecha de piñones y la de sus sembrados en los que plantaban maíz, algún poroto y los zapallos antedichos.

Hoy día, en cambio, habiendo aceptado la civilización a medias, se han radicado en San Pedro, abandonando su vida nómade, adquiriendo los vicios de haraganería ingénita en todos los que sin estar preparados para una vida sedentaria, la adoptan bruscamente.

Los indios se han empleado como peones en la zafra de yerba mate, pero, como esta no dura todo el año, lo que ha resultado es que se han cargado de deudas, han descuidado sus sembrados, han perdido el hábito de batir el monte a fin de cazar, y hallándose desorientados y sin recursos, han optado por la resignación pasiva de extinguirse poco a poco sin hacer nada para reaccionar.

Algunas mujeres en cambio, hacen vida marital con los blancos o negros, y menos mal para ellas, pues siempre, de este modo, tienen algo que echar a la olla.

De toda la antigua tribu de *Fracrân*, cuyo sucesor es Maidana, no quedan en San Pedro sino los siguientes:

Varones 16
Varones niños 9
Mujeres 22
Mujeres niñas 16
Total 63 personas

De las cuales a la fecha debe haber muerto alguna, pues varios se quejaban de dolores en la espalda, sudores nocturnos, tos seca, etc., etc.

Todas las familias de esos indios fueron visitadas, una por una, por nosotros, consiguiendo algunas fotografías que se publicaron en el trabajo antedicho.

Habiendo terminado nuestro cometido en San Pedro, regresamos otra vez al puerto de Piray.

El *Ayacucho*, según lo convenido, allí nos esperaba para conducirnos más al Norte, donde debíamos continuar las pesquisas arqueológicas que con tanto éxito habíamos iniciado en Yaguarazapá.

Como los resultados obtenidos en ellas ya han sido publicados 3 y la descripción de los itinerarios hasta el Iguazú, Tacurú Pucú, Puerto Bello, etc., se hallan en la relación del segundo viaje 4 que ya conocen los lectores del Boletín, así como la de la gran Catarata del Iguazú que nuevamente visitamos, he creído mejor suprimirlas en este trabajo que no tiene más objeto que el de llenar el claro que se habrá notado en el viaje anterior; pues en aquel, habiendo seguido directamente de Posadas a Tacurú Pucú, no nos fue posible visitar los puntos intermedios que por hoy son los más importantes, pues tienen por su población, mayor y más cercano porvenir.

Como complemento de este viaje, una vez regresados a Posadas, hice con mi buen amigo Carlos Correa Luna una excursión al territorio paraguayo, desde Villa Encarnación a la Asunción.

Nuestro compañero Kyle no pudo acompañarnos porque sus asuntos lo llamaron con urgencia a Buenos Aires, lo que nos privó de su valiosa ayuda y grata compañía.

En esta travesía conocí en el pueblo de Cangó a un antiguo práctico del río Paraná, de nacionalidad portuguesa, D. Gerónimo Núñez da Silveyra, que en 1869 fue baqueano de la cañonera *Tacuary*, brasilera, que remontó dicho río, haciendo estudios hidrográficos.

El Sr. Núñez me entregó desinteresadamente el plano del río relevado entonces, y como lo reputo muy exacto por el conocimiento que de él tengo, me hago un deber en publicarlo, no todo, sino la sección comprendida entre la boca del Yabebuiry hasta el Ywitorocay, la que abarca toda la costa argentina de las altas Misiones y una fracción mayor.

Las razones que he tenido para publicar sólo esa sección son:

Primero: porque el Alto Paraná desde su boca hasta el Yabebuiry, bien

relevado, ha sido publicado ya por el Sr. Hunter Dávison y su trabajo puede verse en la Memoria del Ministerio de Marina Tomo III, 18841, de modo que no hay necesidad de volver a publicarla.

Segundo: que la región que me ocupa es la que ha sido habitada por las tribus que poblaron el Alto Paraná y abarca la parte donde aún hoy viven varias otras.

Y por fin, porque es precisamente en esa extensión en donde se hallan todos los obrajes de maderas y puertos de yerba mate, los que he tratado de indicar también.

De modo que he conciliado las cosas de tal manera que el mapa (…) no sólo es hidrográfico, sino también arqueológico, etnográfico e industrial.

Tres viajes llevo efectuados al territorio de Misiones que me han proporcionado un enorme material, en parte publicado, en parte inédito aún.

En ellos he tenido buenos y malos ratos, quizá más de estos últimos, pero a pesar de todo, la impresión que ha dejado en mí esa tierra maravillosa es profunda.

Pasarán los años, quizá sin que me sea dado volver allí, pero el recuerdo de aquellas selvas grandiosas, llenas de perfumes desconocidos, la imagen de los encajes que forman las lianas e isipós al entrecruzarse con las copas de los árboles, el espectáculo imponente de los cerros, cubiertos de vegetación intrincada y que a lo lejos presentan su masa azul titilante, y la amplia faz del Alto Paraná que se entretiene en reflejar las costas risueñas de aquel paraíso, todo, unido con la evocación de las leyendas y la tristeza misteriosa de las ruinas cubiertas por la selva virgen, jamás se borrará de mí, y cuando llegue la época en que se vive de recuerdos, estos acariciarán la mente rejuveneciéndola ante el éxtasis siempre renovado de aquella naturaleza deliciosa.

Juan Bautista Ambrosetti

1 «Los Indios kaingangues de San Pedro (Misiones) con vocabulario». Tomo II, entregas 10, 11 y 12.

2 Parí *es un aparato de pesca formado por un gran cesto de tacuara que se sumerge hasta cierto punto en los arroyos, a fin de que se llene de pescados. Por más datos, véase nuestros «Indios kaingangues».*

3 «Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná» (Tomo XVI, entregas 5, 6, 7, 8).

4 «Segundo viaje a Misiones por el Alto Paraná e Iguazú» (Tomo XV). (Nota para esta edición: publicado también en Primer y segundo viaje a Misiones *por Juan Bautista*

Ambrosetti. Buenos Aires, Albatros, 2008).

Referencias

Viaje a las Misiones argentinas y brasileras en el Alto Uruguay

1. Juan Queirel, nacido en Corrientes y radicado en La Plata, Buenos Aires, era un agrimensor que tuvo a su cargo la delimitación de grandes propiedades en diferentes sectores de la actual provincia de Misiones. Mensuró campos tapizados de monte en el Alto Uruguay, en el Alto Paraná entre los arroyos Piray Miní y Piray Guazú, y además tuvo a su cargo la mensura de la colonia Apóstoles. A raíz de la valoración que hizo Ambrosetti de su diario de viaje, lo publicó poco después como libro en la imprenta de la Penitenciaria Nacional con el nombre de *Misiones*.
2. Esta palabra por entonces no se había castellanizado y era muy usada por los exploradores de la época, por lo que la respetamos en su versión original. Hoy diríamos «pioneros».
3. Esta isla, testigo de varios acontecimientos históricos y de soberanía argentina, que depende en la actualidad administrativamente de la provincia de Buenos Aires como Reserva Natural Provincial, se halla en los finales del delta del Paraná sobre el Río de La Plata justo en la desembocadura del río Uruguay.
4. Es sinónimo de tranvía.
5. Este nombre geográfico que lentamente va cayendo en desuso por obra de la transformación humana se ve muy reducido en su extensión boscosa, pero ocupaba originalmente buena parte del territorio entrerriano. Aquí queda claro que por esos años Villaguay estaba ubicada en el centro de esa vasta región que hoy disminuyó en esa latitud notablemente.
6. Es curiosa la grafía continua de este nombre que en la actualidad se escribe, creemos que correctamente, como Fray Bentos.
7. Esta compañía inglesa se dedicaba a la comercialización de carne vacuna salada y más tarde, carne enlatada, y tuvo sucesivos establecimientos en ambas márgenes del río Uruguay, uno de ellos al norte de la ciudad de Colón y el otro en territorio correntino, casi en el límite con Misiones donde regenteaba grandes campos.
8. Este colegio tuvo célebres profesores como el botánico alemán Paul Lorentz y entre sus alumnos, a Julio Argentino Roca.
9. Este gran desnivel que representaba un paisaje atractivo con plantas acuáticas exclusivas se perdió por completo con la construcción de la presa de Salto Grande. Era una barrera para la navegación que obligaba a efectuar un gran trayecto por tierra para retomar la navegación del río hasta Misiones.
10. Federación quedó completamente bajo las aguas del embalse de Salto Grande. El pueblo debió ser reubicado en un nuevo emplazamiento y rebautizado como Nueva Federación.
11. Lamentablemente, entendemos que este importante testimonio histórico también se malogró. Aquí el autor comienza a dejar un importante testimonio sobre la escasa

importancia y valoración que se le daba a estas pruebas históricas jesuíticas.
12. Coincidente con el comentario anterior, nótese para qué usaban los habitantes las piedras que servían de estructura para las importantes construcciones jesuíticas. Nos tocó ver lo mismo en la década de 1980 en la localidad de Apóstoles.
13. En guaraní significa ‘cueva en la piedra’ o ‘cueva de piedra’.
14. El Chimiray es el arroyo afluente del Uruguay que separa actualmente las provincias de Corrientes y Misiones.
15. Este es el nombre de una gallineta conocida habitualmente como saracura (*Aramides saracura*) y que habita la selva misionera y un sector aledaño de Corrientes en la Argentina. Nos llama la atención que tanto aquí como más adelante la refiera como palabra aguda ya que siempre la oímos pronunciar como grave. Al repetirlo, descartamos que se trata de un error tipográfico y se podría llegar a sospechar algún origen guaraní del nombre que según Giai derivaba de *sírico*, palabra guaraní que significa ‘que se desliza’ y más tarde «abrasilerada» y deformada como saracura. De confirmarse lo de Ambrosetti, existiría otra posible explicación.
16. Garruchos es una localidad ubicada actualmente en la provincia de Corrientes sobre el río Uruguay.
17. La rapadura es hasta hoy un producto clásico del sur misionero consistente en una especie de melaza solidificada en cuadrados.
18. El higuerón o ibapoi es un ficus, árbol del que existen en Misiones varias especies, siendo el más común el *Ficus luschnathiana.* La mira no la conocemos, pero es probable que sea un error tipográfico por ivira y es la bromeliácea de fibra textil *Pseudananas sagenarius*. Existen numerosísimas especies a las que se asigna el nombre de caraguatá en Misiones, todos de la familia de las bromeliáceas, pero sabemos que el interesante desde el punto de vista textil es el caraguatá terrestre misionero (*Bromelia balansae*). Por último, el güambé, güembé o güeimbé es el *Philodendron bipinnatifidum* que es en Misiones mayormente epífito, es decir que crece sobre los árboles.
19. Otra referencia de los saqueos de estas reliquias que en la actualidad tendrían un valiosísimo interés turístico.
20. Estas ruinas afortunadamente se han conservado y equipado mínimamente para la atención del turista.
21. Hemos respetado aquí la grafía original de esta palabra que se escribe también con «b» y a veces con una «i» en lugar de la «e». Es el término con que en nuestro país se refiere al conocedor o guía de un sitio.
22. Es el cedro o ihgaríh (*Cedrela fissillis*). Esta era la madera fina o «de ley» más buscada y se ve que abundaba al punto de utilizarla también en las viviendas locales. Las tejuelas más afamadas de madera a fines del siglo XX, pero ya difíciles de conseguir, eran las del incienso o cabriúva (*Myrocarpus frondosus*).
23. Este topónimo para el que se terminó imponiendo el nombre de Itacuararé, cuyo significado es confuso, podía haber sido en su origen una deformación del vocablo que usa Ambrosetti, que podía traducirse del guaraní como ‘cueva de piedra hedionda’ o ‘cueva hedionda en la piedra’.
24. Es una interesante observación sobre los límites naturales entre las selvas continuas al

Norte y lo que se llama la región o distrito de los campos misioneros hacia el Sur.
25. Este término no sería interesante interpretarlo en su real acepción ya que de allí deriva el nombre de una localidad correntina en el límite con Misiones llamada Playadito y otros topónimos similares. Podría interpretarse como bajo o bañado o más improbablemente, playa o afloramiento arenoso.
26. Habitualmente se lo refiere como Chagas y fue el culpable de las incursiones portuguesas más destructivas en las Misiones jesuíticas.
27. Es la especie ya referida en la nota 22. Aquí queda demostrado cómo se la buscaba y explotaba específicamente y que tenía también gran importancia en el armado de las jangadas, grandes balsas de troncos atados entre sí, pues era una madera liviana que flotaba con facilidad y hacía de boya para toda la estructura permitiendo intercalar otras maderas pesadas. El detalle que brinda Ambrosetti es muy valioso desde el punto de vista forestal, pues permite saber de primera mano cómo era la modalidad de explotación forestal y cuáles las especies más buscadas en la zona del Alto Uruguay.
28. Es la canela do brejo (*Nectandra lanceolata*), también conocida como laurel amarillo.
29. Actualmente, *Nectandra megapotamica* y conocida por muchos años como *N. saligna*.
30. Es el laurel amarillo (*Nectandra lanceolata),* otro nombre de la canela do brejo.
31. Ocotea sp.
32. Enterolobium contorsiliquum.
33. Piptadenia rigida. Es el anchico colorado o negro.
34. Hoy más conocido como grapia (*Apuleia leiocarpa*).
35. Es el tarumá (*Vitex cymosa*).
36. También conocido como incienso. Ver nota 22.
37. Actualmente el lapacho negro de flores rosadas de Misiones se clasifica como *Tabebuia heptaphylla*. Todavía es común verlo en la literatura como *Tabebuia ipe* o *T. impetiginosa*.
38. Es probable que este nombre haya tenido un origen guaraní, de allí la acentuación que le da Ambrosetti, pero por influencia brasilera todo el mundo en Misiones lo pronuncia grave como guayubira (*Patagonula americana*).
39. Es la mora amarilla o tayubá (*Maclura tinctoria*). Muchos años se la conoció como *Chlorophora tinctoria*.
40. No conocemos un árbol con este nombre siendo posible que sea una mala grafía de guayaibí o guayubira (*Patagonula americana*).
41. Es el nombre brasilero del ibirá pitá y a veces se lo pronuncia «caña fístola» (*Peltophorum dubium*).
42. Aquí se ve lo ya señalado en el comentario 21. Nótese que el término también puede usarse en el ámbito fluvial.
43. También conocido como Cerro Monje.
44. Aquí respetamos la grafía usada por el autor, pero actualmente el nombre en castellano y portugués es Brasil.
45. Eran estructuras que a modo de alforjas se montaban sobre el lomo de las mulas.
46. Se referirá a consociaciones con predominio de una o varias especies de chilcas arbustivas probablemente de los géneros *Baccharis* y *Eupatorium*.
47. Varias plantas reciben este nombre en la Argentina y algo similar debe ocurrir en

Brasil. Por lo que describe es posible que en este caso se refiera a *Calliandra foliolosa*.
48. Se refiere al nativo del Estado de Rio Grande do Sul, Brasil, también conocido a veces como gaúcho.
49. Es una prenda del apero.
50. Como se advierte, no era patrimonio de los misioneros ni de los correntinos el maltrato a las ruinas jesuíticas y lo mismo ocurría con las ubicadas en territorio brasileño.
51. El cultivo de naranjos (*Citrus aurantium*) y su introducción en este sector de América es obra de los jesuitas que los cultivaban en sus quintas y de donde los pájaros se ocuparon de desparramarlos por el interior de las selvas. Curiosamente, es una de las pocas plantas exóticas que tiene nombre guaraní, apepú, el que aparece en varios topónimos misioneros y que según nos dijeron significaría 'ombligo'. Esos naranjales de las ruinas jesuíticas eran frecuentados por numerosas especies de loros, entre ellos el hoy amenazado loro vinoso (*Amazona vinacea*).
52. Es una prueba más acerca del éxito que los jesuitas habían obtenido en la plantación de este árbol autóctono que se convirtió en la base de una importante industria.
53. Esta propiedad mantuvo su nombre casi hasta nuestros días y fue a mediados del siglo XX la estancia de Ernesto Ezquer Zelaya, más conocido como el «Gato Moro» y se encuentra sobre el río Paraná, en el nordeste de Corrientes.
54. Una prueba irrefutable de la importación de estos seres mitológicos por parte de los jesuitas ya que aquí no existían ese tipo de leyendas, al menos con un reptil gigantesco como protagonista. Más adelante se verá la posible participación de los mismos en la leyenda del Teyú Cuaré.
55. Nos pareció curioso este término usado para reflejar la introducción de un tizón, la llama del fogón, y tal vez venga del hábito de los hurones de meter su cabeza en los huecos revisándolos en busca de una presa.
56. Dato interesante que refleja la abundancia del yaguareté (*Leo onca*) en esos parajes ubicados frente a Santo Tomé.
57. Esta historia del oro de los jesuitas aunque parezca mentira sobrevive hasta nuestros días, llegando a excavarse peligrosos pozos en busca de supuestos tesoros y que pudimos ver en Misiones en la década del 1980; por lo tanto, poco nos sorprende el destino de la veleta.
58. Nos parece interesante señalar el uso de esta especie autóctona como adorno en una construcción, ya que refleja el interés y la importancia cultural de la misma.
59. Respetamos la grafía original, pero hoy se dice agrietada.
60. El higuerón común ya fue referido en el comentario 18 y en la selva se comporta como epifito por lo que se lo llama también «agarrapalo»; Horacio Quiroga los denominaba «estranguladores de árboles». En este caso, el fruto cae sobre las grietas de una pared o columna y allí germina sujetándose a ella y usándola de sostén.
61. Volvemos al saqueo que sufrían las reducciones, pero aquí el mismo Ambrosetti lamenta que no se las conserve y advierte que en definitiva se estaba perjudicando parte del acervo histórico.
62. En realidad debe tratarse de un error tipográfico por Lovisome, nombre por el que el autor refirió en otros artículos a esta creencia de origen europeo, conocido por los

españoles por el «lobizón» u «hombre lobo».
63. Traducido al castellano sería:

“ Dentro de mi pecho tengo
un dolor que me consume,
ando cumpliendo mi suerte
en trajes de lobizón”.

Como se ve aquí, está la grafía correcta en portugués.
64. “Extinción de la esclavitud en Brasil:
Por la ley n° 3355 del 13 de mayo de 1888 fue declarada extinta la esclavitud en Brasil. Para que se pueda juzgar el enorme sacrificio que resultó para los poseedores de esclavos esta importante reforma, además pacíficamente efectuada, damos abajo una noticia del número de esclavos que fueran matriculados hasta el día 30 de marzo de 1887 y de sus valores declarados en matrícula”.
65. San Pablo.
66. Piauí.
67. Goiás.
68. Santa Catarina.
69. Matto Grosso (hoy involucra dos estados independientes: Mato Grosso y Mato Grosso do Sul).
70. Se trata de termiteros, a veces ocupados en forma simbiótica por una hormiga.
71. Desconocemos exactamente el significado de este topónimo, pero tatú-mburicá es la mulita chica (*Dasypus septemcinctus*).
72. Es el tatú de rabo mole o tatú-aí (*Cabassous tatouay*). Rabo mole significa cola blanda pues carece de placas dérmicas en ella.
73. La provincia de Amazonas no matriculó un solo esclavo. Los esclavos matriculados eran de sexo masculino y de sexo femenino.
74. Según las categorías de edad se distribuían los mismos esclavos del modo siguiente.
75. Es un aguardiente típica de Brasil.
76. “1. San Antonio oficial del Ejército de Brasil
Nuestro pueblo, que tanto festeja al milagroso San Antonio, ignora tal vez, cuando le hace fiestas de cohetes, disparos, serpentinas, hogueras y cañonazos que está rindiendo homenaje a una dignidad militar, que fue parte del cuadro del ejército brasilero antes de la Independencia.
El glorioso santo tuvo efectivamente el elevado nombramiento de Teniente Coronel y si no recibió más sueldo no pudo, al menos, dejar de ser considerado Oficial honorario.
Su fe de oficio nos informa lo siguiente: por carta regia del 7 de abril de 1707 fue facultada la imagen de San Antonio existente en el Convenio de San Francisco de Bahía, la plaza de capitán del Fuerte de San Antonio en la barra de aquella ciudad.
No reza la crónica si fue por antigüedad o por merecimiento; el hecho es, no obstante, que sólo más de un siglo después, en 1810, por carta regia del 13 de septiembre, fue promovido a Mayor de Infantería.
El San Antonio de Río de Janeiro fue más feliz en su carrera y honras.

En ocasión de la invasión de Daclere, el gobernador Antonio de Albuquerque Coelho de Carvalho confirió el puesto de Capitán a la de San Antonio de la ciudad de Río de Janeiro por carta regia del 21 de marzo de 1711.
Por decreto del 14 de julio de 1810 fue promovido a Sargento Mayor de Infantería; y cuatro años después, por decreto del 26 de julio de 1814, fue promovido a Teniente Coronel de la misma arma por el acceso a la «paz que el cielo se dignó conceder a la monarquía portuguesa, debido a su intercesión»; siendo por aviso del 22 de agosto de este último año, dispensadas las dispensas con el sello de su patente.
Aún en 1814, por decreto del 13 de agosto, fue condecorado con la gran cruz de la orden de Cristo.
De 1814 para acá la estrella del santo empalidece.
Un ministro de guerra menos aficionado al taumaturgo, queriendo promover un afiliado, transfirió el Teniente Coronel San Antonio del cuadro activo del ejército para la clase de los honorarios, donde quedarán sabe Dios hasta cuándo".
77. Ver comentario 32.
78. Se trata de especies arborescentes de la familia Cyathaceae de los que existen diversos géneros.
79. *Urera baccifera*
80. Por la descripción que efectúa parece referirse al yatevó o tacuara brava (*Guadua trinii*).
81. Muy probablemente se refiere a la actual localidad Tte. Portela.
82. Es interesante esta referencia a las moras, ya que deducimos que se refiere a la mora europea (*Morus alba*), una especie introducida en el área.
83. Es también conocida como falso cafeto (*Manihot grahami*).
84. Aquí se refiere correctamente al producto con el nombre de *rapadura*.
85. También conocido como guarapo.
86. El café nunca terminó de aclimatarse en la selva misionera y zona de influencia, ya que sólo rendía en lugares muy acotados con microclimas libres de helada, pero sin poder competir con la gran producción de zonas más tropicales.
87. Debido a lo extenso del texto, decidimos no traducirlo por cuestiones de espacio.
88. El timbó era muy buscado para hacer esas canoas de una sola pieza conocidas como guabiró, por su facultad de abollarse y no rajarse al golpearse con las piedras de las correderas o rápidos.
89. Es el nombre de uso en Misiones de los rápidos, ríos y arroyos, pues allí se ve correr el agua.
90. Se refiere a una neblina o bruma que se levanta especialmente en los meses de otoño e invierno sobre los ríos durante la mañana, el atardecer y la noche.
91. Roncador fue nombrado últimamente como sitio de un posible emplazamiento de una represa a construirse junto con Brasil y que de efectuarse, destruiría los saltos del Moconá.
92. En el área existe una isla con ese nombre.
93. Es la grafía correcta del nombre guaraní del biguá (*Phalacrocorax brasilianus*) o cormorán negro.
94. Se refiere a alguna especie del género *Mazama*.

95. Este puerto entendemos que estaba emplazado cerca de lo que hoy es El Soberbio.
96. Esta referencia es de gran interés, pues podría asignarse al moitú (*Crax fasciolata*), una pava de monte de carne muy codiciada y que también se conoce como mutú o mutum. Otra posibilidad es que sea un apócope de mbutú-caaguá o mbatú-caaguá, nombre con el que algunos se refieren al macuco (*Tinamus solitarius*), inambú o perdiz más frecuente en el área y que silba al atardecer antes de disponerse a dormir en la rama de los árboles.
97. Se refiere a alguna especie del género *Turdus* siendo el zorzal colorado o «coróchiré» el de canto más notable.
98. Esta referencia es interesante, pues complementa la del mbutú, la verdadera perdiz grande del monte es el macuco y si así fuera entonces, anteriormente se refería a la pava de monte, pero el nombre de perdiz grande del monte desgraciadamente también se usa para el tataupá grande o rojizo (*Crypturellus obsoletus*), asimismo de canto distintivo.
99. Existen numerosas especies de la familia Columbidae en Misiones, todas de cantos distintivos.
100. Con este topónimo se prueba la presencia del yacaré ñato u overo *(Caiman latirostris*) en el Alto Río Uruguay, donde hoy es muy raro o está casi extinto.
101. El sarandí más común en los ríos y arroyos misioneros es el sarandí blanco (*Phyllanthus sellowianus*).
102. Se trata de sogas o cabos con los cuales se arrastra la embarcación desde la orilla. De allí la famosa línea o camino de sirga que bordea los cursos fluviales y es de uso público.
103. Todos los ríos y arroyos misioneros son una eterna sucesión de remansos de aguas quietas y profundas con correderas donde aflora el lecho rocoso.
104. Lamentablemente, esta referencia se halla en el resumen del capítulo, pero no pudimos hallarlo en el texto del mismo. Es de gran interés, pues es la primera mención de esta especie de «venado» o corzuela parda, llamada en guaraní “birá” o “guazú-birá” (*Mazama gouazoupira*) y cuya presencia en la provincia fue discutida hasta bien entrado el siglo XX y todavía dista de estar bien probada y documentada.
105. Se refiere al Pepirí.
106. Se refiere al yaguareté (*Leo onca*), coincidiendo con varios viajeros en que las noches de tormenta o lluvia se mostraban especialmente activos.
107. Es un interesante nombre vulgar casi no difundido que combina el mote de «bicho» o «el bicho» con que se lo conoce ampliamente en Misiones, con el de «overo» de uso en Misiones, pero mucho más en el noroeste argentino y área chaqueña donde directamente se lo llama «el overo».
108. Como se aprecia, las crecientes repentinas del Uruguay, hoy agravadas por los desmontes en la alta cuenca, ya eran notables en el siglo XIX.
109. «Tengo hambre, voy a morir de hambre y frío, van para cuatro días que vivo sin comer dentro del agua».
110. Es el pecarí de collar o chancho de monte (*Pecari tajacu*).
111. Este nombre alguna vez lo asignamos sin dudar al yurumí o tamanduá bandera (*Myrmecophaga tridactyla*) y era de gran interés pues de ser cierta constituiría una de las pocas pruebas de su presencia en las selvas del Alto Uruguay. Pero hoy sabemos que se usa indistintamente ese nombre para esa especie y para el frecuente tamanduá-í, kaaguaré u oso

melero (*Tamandua tetradactyla*), mucho más difundido en Misiones.
112. Se refiere a diversas especies del género *Acacia* donde incluye seguramente al común «yuquerí» o uña de gato (*Acacia velutina* var. *monadena*).
113. Se refiere a este difundido pez en la Cuenca del Plata que tanto habita lagunas y esteros como ríos y arroyos, y que se conoce científicamente como *Hoplias malabaricus*.
114. Es una prueba irrefutable de cómo se seguían explotando los yerbales silvestres en esa época.
115. Tal vez sea Chafariz, nombre con el que se conoce una isla.
116. Es el *Hydrochoerus hydrochaeris*.
117. Son insectos del orden de los dípteros y la familia de los Simúlidos conocidos con el nombre guaraní de “mbarigüíes”.
118. Para nosotros se refiere a la actual Reserva Forestal e Indígena de Nonoai en el estado brasileño de Rio Grande do Sul.
119. Nótese la importancia que tenía este producto para estos exploradores, hoy de consumo casero o turístico.
120. Del primer topónimo no tenemos explicación salvo que sea una deformación de mburicá, nombre dado a la mulita chica y puchpara-tras es una deformación de «puja» o «empuja para atrás» por la fuerza de la corriente que volvía dificultosa remontarla.
121. Para nosotros es una mala grafía de Itaquí, localidad brasilera en la costa del Uruguay enfrentada a General Alvear en Corrientes.
122. Mantenemos esta grafía por su interés etimológico, aunque en los mapas de los exploradores es más frecuente que figure como Ipané.
123. Por lo visto, también se construían las canoas de una sola pieza con esta madera fina, seguramente por resultar liviana y flotar con facilidad.
124. Todavía se ven estas concentraciones mixtas de varias especies de Piéridos donde predominan las que lucen diverso tono amarillo.
125. Por lo visto, esta madera dura, y por ende de mayor duración, era buscada para hacer mojones.
126. Hoy *Pomacea*.
127. Este nombre es sospechosamente parecido a Lagedos o Larjedo, palabra con la que se distinguía en Brasil y parte de Misiones a los afloramientos rocosos, pero no descartamos otro origen.
128. Respetamos esta grafía muy común en la época, aunque perduró Moconá del lado argentino y Iucuma o Yucuma del brasilero.
129. Debe referirse al Pepirí Miní, también conocido como Yabotí-Guazú.
130. Más habitualmente se refiere esta modalidad como «a la sirga»; es decir, con una soga tirada por los tripulantes desde la orilla.
131. Probablemente sea un error de transcripción y se haya querido decir al agua.
132. Se refiere a los «lajedos» o afloramientos rocosos que hasta hoy en día se utilizan en el sector brasileño del Parque Estadual do Turvo para aproximarse al Salto del Moconá o Yucuma, como también se lo conoce.
133. Este cerro probablemente pertenezca al Parque Provincial Moconá o a un terreno privado vecino, ambos dentro de la Reserva de Biosfera Yabotí.

134. Otras versiones traducen el nombre Moconá o Maconá como ‘tragadero’ o ‘el que traga’ y no faltó quien arriesgara la hipótesis de que en realidad el nombre venía del Mojón A que se había colocado allí para deslindar la frontera entre la Argentina y Brasil, lo que parece poco probable.
135. Es interesante esta observación, porque acierta en el origen hídrico de estas formaciones, que otros atribuían erróneamente al hombre primitivo y fundamentalmente, porque ya destaca las grandes variaciones de caudal que naturalmente tenía el Uruguay y que los desmontes recientes sólo han agravado.
136. Esta abundancia de peces contrasta con la escasez actual de peces grandes en el Alto Uruguay, probablemente por la alteración de la calidad de las aguas o por el arrastre de fertilizantes o plaguicidas. El dorado es el *Salminus brasiliensis* (=*Salminus maxillosus*), las bogas pueden pertenecer a los géneros *Leporinus* o *Schizodon* y la tararira es *Hoplias malabaricus*.
137. Este nombre científico es originalmente un sinónimo de *Alouatta caraya*, nombre que refiere al carayá negro o mono aullador negro, pero en realidad sólo los machos son de ese color, mientras que las hembras y los jóvenes, que siempre son mayoría en las tropas, son de color bayo. Esto nos crea algunos reparos en cuanto a la identificación de la especie observada, ya que también pudo corresponder al caí negro u oscuro (*Cebus nigritus*).
138. El guaimbé (*Philodendron bipinnatifidum*) es una planta epifita de fruto dulce que gusta mucho a los monos, que se cuidan de escupir sus semillas que pican como la pimienta, ayudando de ese modo a su dispersión. Si bien primariamente se asoció el consumo de esta planta al carayá, se sabe que también el caí la come.
139. Actualmente, Nonoaí es una Reserva Forestal Estadual de Rio Grande do Sul en gran parte poblada por grupos de indígenas mbyá.
140. Del inglés, ‘por siempre’.
141. Con respecto a este topónimo, es posible que sea una corrupción de Lajes, que significa ‘lajas’ o ‘piedras’. Existen varios afloramientos rocosos en plena selva con una flora característica que merece urgentes estudios.
142. Se debe referir a las campiñas del Paraíso, existiendo un arroyo afluente del Paraíso que aún conserva ese nombre.
143. Se refiere a grandes bruacas, nombre que se le daba a los arneses especiales que se ponían sobre las mulas para que llevaran las cargas.
144. Se refiere al trato inhumano.
145. En Misiones se llama venado a tres especies del género *Mazama*, pequeños ciervos de astas simples que en otros lugares del país se denominan corzuelas.
146. Es interesante comparar estas apreciaciones con las efectuadas por el naturalista Andrés Giai en su libro *Vida de un naturalista en Misiones* de 1976, que recopila sus experiencias en estas selvas en las décadas de 1940 y 1950, notándose una plena coincidencia.
147. Se refiere al tateto o taitetú (*Pecari tajacu*), un pequeño cerdo de monte.
148. En lugar de este término, hemos oído más frecuentemente el de «empacando», es decir, obligándolo mediante el acoso de sus ladridos a mantenerse en un mismo lugar hasta que llegue el cazador.

149. Entendemos que se refiere al corazón.
150. Varios autores coinciden en que los grandes gatos tienen carne comestible, aunque un poco dulzona, y cuyo consumo obliga a dejarla al sereno.
151. Es la yacutinga (*Pipile jacutinga*), una pava de monte hoy amenazada de extinción.
152. Sobre este hecho Ambrosetti vuelve reiteradamente en varios escritos, inclusive en su libro póstumo *El Diablo indígena* o *Supersticiones y leyendas*.
153. Este hecho es bien conocido y ha sido documentado en Misiones hasta fecha muy reciente, siendo uno de los problemas que complica la conservación del gran felino.
154. Las Campiñas de Américo eran un abra pastosa o «campo cerrado» en plena zona del Planalto con predominio del pino paraná y a nuestro juicio, bastante cercanas a la actual localidad de Dos Hermanas en el dpto. Gral. Belgrano, casi en el límite con Brasil.
155. Traducido del portugués: “que bicho o animal desgraciado para domar o montar”.
156. Nuevamente aparece este paraje al que ya nos referimos y cuya flora sería interesante relevar.
157. Se trata de un caso de melanismo en el yaguareté, hecho no muy frecuente, pero que acontece.
158. La pitinga (*Chusquea tenella*) es una caña más frecuente en las zonas serranas de Misiones y que siempre fue afamada junto con las hojas de palmera pindó como forraje.
159. En portugués se utiliza el término *faxinal* y en Misiones *fachinal,* y se trata de un bosque bajo semixerófilo con abundancia de árboles y arbustos con espinas de especies muy interesantes, de allí que convendría con urgencia detectar si aún subsiste este relicto de vegetación.
160. También se los llama “carijós”.
161. Este parece ser el nombre correcto original del peón yerbatero que trabajaba a cambio de una tarifa o paga por cantidad de yerba cortada o tarefeada como se dice actualmente. Otros sostienen que el término *tarefero* viene del que hace la tarefa, es decir, la tarea de cosechar la yerba.
162. Estas construcciones se siguen usando en Misiones principalmente para el secado y almacenamiento del tabaco.
163. La tacuara o caña más usada para ese fin es el tacuapí (*Merostachys claussenii*), la misma con la que los mbyá hacen su cestería.
164. Para nosotros se refiere a lo mismo que antes llamó carigios.
165. Esta modalidad india que la vimos practicar a los mbyá en el dpto. Guaraní sin ayuda de ningún implemento entre sus pies, era una práctica mucho más recomendable y hoy diríamos «ecológica», pues no obligaba a derrumbar el árbol a hachazos para desgajarlo con más comodidad en el suelo como terminó generalizándose.
166. Este nombre vulgar o el de caona se aplica a cuatro plantas leñosas (*Citronella cuspidata, C. congonha, Agonandra sp.*, y *Symplocos uniflora*) por lo que resulta difícil saber a qué especie se refiere. Todas ellas fueron posteriormente prohibidas por adulterar la yerba.
167. Con ese nombre o el guaraní de mborebí-caá, conocemos dos especies en Misiones: *Coussarea meridionalis* y *Faramea cyanea*.
168. Con ese nombre se conocen: *Symplocos uniflora* o *S. uruguensis*.

169. Luehea divaricata.
170. Helietta apiculata.
171. Llama la atención el uso de esta madera de ley o fina como leña.
172. Se trata de abejas silvestres probablemente del grupo de las meliponas o abejas sin aguijón.
173. Lamentablemente, no pudimos identificar a esta especie.
174. O isipós, que es sinónimo en guaraní de liana o enredadera.
175. Ya nos referimos más arriba a esta especie que se cultiva en nuestros jardines con el nombre de Filodendron, creciendo sin problemas en el suelo siempre que tenga buen sol disponible. En la selva, para lograrlo, es casi exclusivamente epífito y plantado sobre los gajos y ramas por los monos y aves que escupen o defecan sus semillas. La corteza de sus grandes raíces colgantes que soportan el peso de un hombre son consideradas la mejor de las ataduras y conocidas en guaraní como guembé-pí, es decir, 'la mano del guembé', ya que con ellas se sujetan a los troncos.
176. También se los conoce como chachíes o xaxims, en portugués.
177. Se refiere a la actual localidad de Campo Grande.
178. Se trata de bromeliáceas terrestres probablemente de la especie *Bromelia balansae*.
179. Se conoce como barana o varana al palo de agua, yuca o ambatí (*Cordyline dracaenoides* o *C. australis*), planta de interés ornamental muchas veces asociada a terrenos degradados.
180. Se refiere al ñapindá (*Acacia bonariensis*) o más probablemente al yuquerí (*Acacia velutina* var. *monadena*) que comparten ese nombre vulgar por sus aguijones en forma de garfio.
181. Se refiere a un terreno con afloramiento de piedra o lagedo.
182. Se refiere a la actual localidad de Fracrán.
183. Es la *Urera baccifera*.
184. Para Ambrosetti, los caingangues pertenecían a la etnia Tupí, lo que no es compartido por otros autores; pero a nuestro juicio, merece ser refutado con bases más sólidas.
185. Podría tratarse de tatetos (*Pecari tajacu*) o "cabalines" o pecaríes labiados (*Tayassu pecari*).
186. Si bien hay en el área relictos de palmito, esta especie es allí muy escasa y es probable que subsistieran con las yemas apicales o cogollos de la abundante pindó.
187. Paso hondo.
188. El nombre de este explorador quedó asentado en un topónimo sobre el Alto Uruguay, entendemos que muy cercano a la actual localidad de El Soberbio.
189. Esta caña maciza, fina y trepadora, se conoce además como crisciuma y responde al nombre científico de *Chusquea ramosissima*.
190. Esta descripción de los efectos de un tornado prueban que este fenómeno siempre existió y era el causante, sin que el hombre interviniera con sus rozados, para desatar los procesos de sucesión vegetal y de los terrenos encapuerados. El fenómeno de estos tornados en la actualidad se vuelve más grave ante los escasos remanentes de monte. El término «derribada» que usa Ambrosetti posiblemente sea una influencia portuguesa del de «derrubada», de uso frecuente en el Brasil.

191. Se refiere a la aparición de los primeros pinos paraná (*Araucaria angustifolia*).
192. Este nombre guaraní en el interior de Misiones se usa para el yatevó (*Guadua trinii*).
193. Se refiere a Bonifacio Maidana, hijastro de Fracrán y a quien volverá a visitar en su tercer viaje.
194. Es el anchico colorado (*Piptadenia rigida*).
195. Como ya dijimos, se llama corteza a la que reviste las raíces de esta planta epífita que no es un árbol ni es leñosa y que responde al nombre guaraní de guembé-pí.
196. Es probable que se haya tratado de un carayá negro (*Alouatta caraya*), ya que creemos que Ambrosetti era un buen naturalista habría notado la diferencia con el guariba o carayá rojo (*Alouatta guariba*) que fue recién citado a mediados del siglo XX para la Argentina en el área de Tobunas y San Pedro precisamente.
197. Por los dichos de Queirel y Ambrosetti tanto indios como criollos consumían la carne de mono.
198. Probablemente el cactus al que se refiere sea el cardón conocido en Misiones como tuna (*Cereus stenogonus*) que alcanza proporciones de árbol.
199. Es el arroyo Palo Yerba o Tigre ubicado al oeste de San Pedro y hoy cruzado por la Ruta Provincial n.° 16.
200. Se debe referir al timbó colorado o negro, aunque algunos aplican este nombre al timbó de bañado (*Ateleia glazioviana*).
201. Es la grapia (*Apuleia leiocarpa*). Aparentemente este era el nombre original y *grapia* es sólo una versión abreviada.
202. Entendemos que es una grafía equivocada de cancharana o canyarana (*Cabralea canjerana*).
203. Campomanesia guazumifolia.
204. Este nombre corresponde a *Croton urucurana,* pero dudamos que se halle en esa zona pues precisa terrenos bajos e inundables.
205. Con este nombre genérico se refieren en Brasil a los laureles de monte o ayuí de los géneros *Ocotea* y *Nectandra*.
206. Probablemente se refiera al loro negro o petiribí (*Cordia trichotoma*).
207. Este nombre en Misiones se usa principalmente para *Vitex cymosa*.
208. También conocidas como cerellas en portugués (*Eugenia involucrata)*.
209. Este nombre se usa para diferentes especies del género *Trichilia* siendo la más común *Trichilia catigua*.
210. Creemos que debe tratarse de un error por cocú (*Allophyllus edulis*).
211. Es el guayaibí o guayubira (*Patagonula americana*).
212. Campomanesia aurea o *C. xanthocarpa*.
213. Este nombre lo comparten varias especies, pero probablemente se refiera al más conocido como marmelero (*Rupechtia laxiflora*).
214. Es la mora amarilla (*Maclura tinctoria*).
215. Holocalyx balansae.
216. Ver comentario 211. A nuestro juicio, no advierte que son el nombre brasilero y guaraní de una misma especie.
217. Lonchocarpus leucanthus.

218. Es uno de los principales afluentes, por la margen izquierda, del arroyo Piray Guazú y su nombre recuerda a la abundancia antaño del tapir.
219. Del Venado.
220. Con este nombre se conoce localmente al puma (*Puma concolor*).
221. Este nombre es sin duda referencia a un antiguo relicto de pino paraná bastante al oeste de su distribución.
222. Hoy allí se alza Puerto Piray, localidad opacada por la cercana y populosa ciudad de Eldorado, ubicada más al Norte.
223. Estas concentraciones afortunadamente siguen llamando la atención en la orilla o bancos de los ríos y arroyos donde se depositan sales, en los barreros o en los sitios donde defecaron u orinaron animales silvestres.
224. Este nombre podría traducirse como ‘padre de los pájaros’.
225. En este caso creemos que se refiere al verdadero tacuaruzú o tacuara paraná (*Guadua angustifolia*).
226. Ambrosetti usa este nombre para los que hoy denominamos mbyás.
227. Actualmente es el Parque Provincial Caraguatay.
228. Es el actual Garuhapé.
229. Significa ‘mujer flaca’, en guaraní.
230. Correspondería actualmente a Capitán Meza.
231. Se refiere al sabio suizo aquerenciado en Paraguay, Moisés Bertoni, autor de una prolífica obra escrita y de grandes avances para la agricultura paraguaya.
232. Es el Yabebirí.
233. Era el hermano del Gral. Julio Argentino Roca y fue gobernador del territorio nacional de Misiones.
234. Sobre esta leyenda vuelve Ambrosetti en su libro póstumo titulado *El Diablo indígena* o *Supersticiones y leyendas*.
235. «Mi amigo, con el monje no se juega».
236. Se refiere a su suegro, el destacado naturalista Eduardo Ladislao Holmberg.
237. Sería bueno que algún gobernador o intendente lea esta descripción y trate de restituir a la plaza principal de Posadas las especies nativas que fueron su orgullo y que hoy son minoría.
238. Es un tejido típico del Paraguay que remeda una tela de araña a lo que alude su nombre guaraní.
239. Son los llamados «aché» e impropiamente «indios blancos».
240. Actualmente, San Carlos y Playadito se hallan en jurisdicción de la provincia de Corrientes.
241. Pseudananas sagenarius.
242. Es el ibá purú (*Plinia rivularis = Myrciaria trunciflora*).
243. Eugenia uruguensis.
244. Más habitualmente se la llama «mandurí».
245. También llamada «mombuca».
246. También llamada «tobuna», existiendo en San Pedro una localidad con ese nombre.
247. Es una especie que anida en el suelo.

248. La mayoría de estas especies deberían ser identificadas correctamente con su nombre científico y pertenecen mayormente al grupo de las meliponas o abejas sin aguijón.

Segundo viaje a Misiones (por el Alto Paraná e Iguazú)

249. Destacado explorador y naturalista que dirigía por entonces el Museo de la Plata, formado originalmente con sus colecciones. Si bien Moreno trascendió por sus expediciones patagónicas y en la zona andina de Salta, Catamarca y Mendoza, tenía en claro que el país debía encarar la prospección total de su territorio, por lo que encomienda a Ambrosetti esta expedición al nordeste.
250. Para entender este punto, recomendamos la lectura del estudio preliminar de nuestra autoría.
251. Adolfo Methfessel contribuyó con sus pinturas de paisajes a brindar las primeras estampas conocidas de muchas regiones agrestes de la Argentina tanto junto a Burmeister como en este caso con Ambrosetti, y su obra es de valor documental y científico, ya que cumplía el rol que más tarde efectuarían los fotógrafos y documentalistas, pero a la vez tenía un valor artístico innegable por lo que en el 2007 el Museo Nacional de Bellas Artes lo tuvo como eje principal de una publicitada muestra.
252. El yatay responde actualmente al nombre científico de *Butia yatay* y para otros autores, *Syagrus yatay*.
253. Otras versiones minoritarias sostienen que dicho nombre proviene del tupí, lengua que hablaban los kaingangues.
254. Nótese el correcto uso del nombre, hoy popularizado como Paso de los Libres para enfatizar el hecho del paso de las tropas correntinas que cruzaron por allí desde Uruguay para liberar la provincia del dominio de las tropas leales a Juan Manuel de Rosas en 1843. Las tropas las lideraba Joaquín de Madariaga y por ello, bautiza la localidad en honor a los 108 correntinos que lo acompañaron.
255. Del francés, ‘hallazgo’.
256. Siempre hemos leído este nombre con la grafía Hermenegildo. El autor no deja claro si se trataba de un pariente.
257. Hay varios arroyos con este nombre en el nordeste.
258. Ese género es un sinónimo de *Dasypus* sp., grupo que incluye las mulitas y dos o tres especies.
259. Este nombre o su apócope de guajo refiere a una planta acuática del género *Thalia*.
260. Prosopis sp.
261. Si bien este nombre se usa en gran parte del país para *Acacia caven*, en Corrientes se llama por lo general de este modo al ñandubay (*Prosopis affinis*).
262. Gleditsia amorphoides.
263. Prosopis nigra.
264. Caesalpinia paraguariensis. No obstante, este nombre se usa también para el chucupí

(*Porlieria microphylla*), pero creemos que se refiere al primero.
265. Más conocido como ñangapirí *(Eugenia uniflora*).
266. Schinopsis balansae.
267. Tabebuia heptaphylla.
268. Con este nombre se conocen varias especies del género *Acacia* y podría referirse en Corrientes a *Acacia atramentaria* o *bonariensis.*
269. Hexachlamys edulis.
270. Chrysophyllum gonocarpum.
271. Aspidosperma quebracho-blanco.
272. También conocido por el nombre deformado de guaraniná (*Sideroxylon obtusifolium*).
273. Scutia buxifolia.
274. Con este nombre se refieren varias especies del género *Schinus*, pudiendo tratarse en esta zona del *S. longifolius*.
275. Este nombre se le da en Corrientes o el de curupícaí a dos especies (*Sapium haematospermum* o *S. longifolium*).
276. Inga vera, anteriormente conocido como *Inga uruguensis*.
277. Creemos que en este caso se refiere al árbol conocido como *Daphnosis racemosa* y no a la bromelia terrestre a la que se da el mismo nombre (*Pseudananas sagenarius*).
278. Puede ser que se refiera al cumba-y, nombre que reciben dos pequeños arbolitos: el *Sesbania marginata* y el *Senna occidentalis,* este último también llamado café de Bonpland.
279. Es posible que sea una deformación de toro-ratay, nombre que se aplica al *Tabebuia nodosa* conocido en otras zonas como palo cruz o Martín Gil.
280. Este nombre no pudimos averiguar con precisión a qué especie se refiere, aunque no debería descartarse que lo aplique al árbol conocido habitualmente como Francisco Álvarez (*Pisonia zapallo*).
281. Seguramente por el porte arbustivo o de arbolito alguna especie de *Baccharis* o *Eupatorium*.
282. Erythrina crista-galli.
283. También llamado ibapoy (*Ficus luschnathiana*).
284. Se refiere al ñuati-curuzú, es decir «espina en cruz», si bien se usa para cuatro especies creemos que lo más probable es que aquí esté referido al *Guettarda uruguensis*, también conocido como níspero silvestre, o en su defecto, al espuela de gallo (*Strychnos brasiliensis*).
285. Este nombre se usa habitualmente para *Acacia bonariensis*.
286. Celtis tala.
287. Estos adornos con cabezas de loros en las asas o en la vasija misma fueron hallados en cantidad en el Paraná medio, también en las vecinas provincias de Santa Fe y Entre Ríos. Siempre nos llamó mucho la atención el notable parecido de esas cabezas de grandes picos con los del desaparecido guacamayo violáceo o celeste (*Anodorynchus glaucus*), tema que merece un análisis más detallado.
288. Este juicio de un contemporáneo entendido en la materia nos permite ver el aprecio que se tenía en los círculos científicos y cultos de Buenos Aires por el artista ya referido.

289. El nombre actual del biguá es *Phalacrocorax brasilianus.*
290. Seguramente la laguna Pampín, existente en las afueras de la ciudad de Corrientes, le debe a este señor su nombre.
291. Ya Ambrosetti reclama la importancia, no sólo de largos listados de nombres extraños, sino la necesidad de describir las especies en los catálogos de la época y en forma muy primaria lo que serían en nuestro tiempo las guías de campo, cuya necesidad es fundamental para conocer nuestra riqueza natural, manejarla y protegerla adecuadamente y permitir el entendimiento de esta materia por toda la población.
292. Se trata de especies de la familia Doradidae, del orden de los Siluriformes, de carne muy apreciada.
293. Se refiere a un ejemplar, probablemente subadulto de yaguareté *(Leo onca*), animal por el que Ambrosetti tenía una gran afición.
294. Todo el relato es de gran interés pues se sabe popularmente que el yaguareté nunca se amansa del todo por lo que se cuidaban de tenerlo como animal doméstico. La observación sobre el cambio de actitud ante el perro también es de gran interés, pues en Misiones constituye una presa habitual del felino cuando no encuentra otra a mano o está viejo.
295. Máxima en latín muy usada hasta en nuestros días que significa: ‘mente sana en cuerpo sano’.
296. Por problemas con Moreno debidos a la demora en la imprenta, este trabajo terminó publicado en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo 37: 150-160 en 1894 con el título «Apuntes sobre los indios chunupíes (Chaco austral) y pequeño vocabulario».
297. Se refiere al yacaré ñato, overo o colorado (*Caiman latirostris*) y a un divertimento muy común en la época que refleja a la vez la abundancia del reptil. Sarmiento lo practicó en una excursión al bajo Pilcomayo durante su residencia final en Asunción del Paraguay.
298. Aquí se trata de un error en la traducción o en la grafía del nombre. Urú-cuá significa literalmente en guaraní ‘cueva del pájaro’, e iribú-cuá ‘cueva del jote negro’ al que también a veces se lo llama urubú, lo que explicaría el entuerto.
299. Es el nombre guaraní de una graminia *Imperata brasiliensis.*
300. Guadua angustifolia.
301. El uso de este nombre aplicado al conocimiento del río, sus remansos, saltos y accidentes costeros no deja de llamar la atención y es propio de nuestro litoral.
302. Debe haber querido decir «costa del río Uruguay» , ya que Santo Tomé está frente a la localidad brasileña de São Borja.
303. Ambrosetti siempre refiere de este modo la palabra de origen inglés que luego se castellanizó como “revólver”, pero parecería que en su origen podría haberse referido a que el arma se usaba para eliminar lobos (*wolves*, en inglés).
304. Se trata de la mítica «Bajada Vieja», hoy un paseo obligado para los turistas que visitan la ciudad.
305. Sería interesante saber el destino que tuvo esta pieza y qué hay de cierto en esa creencia.
306. Araucaria angustifolia.
307. Probablemente se trate de una de las tantas especies enanas del género *Campomanesia*. En Misiones, es bien conocido el árbol al que se llama guabiroba o

guabirá-guazú pero en los campos hay varias especies de pequeño tamaño, fruto comestible y hojas aromáticas.
308. Se refiere a los primeros extractos de carne o *corned beef* fabricados por la compañía inglesa Liebig.
309. Interpretamos esta expresión como «No hay nada peor que la sed».
310. Ambrosetti llama así a los mbyá. Esta palabra es una deformación de caá-guá que ‘proceden o vienen de la selva’.
311. Es una afluente del Paraguay en el extremo norte del Paraguay oriental.
312. Yaguareté (*Leo onca = Panthera onca*).
313. Otra grafía de brebajes.
314. Tabebuia heptaphylla, anteriormente conocido como *Tabebuia ipe*.
315. Sobre este tema tan curioso remitimos al tercer viaje de Ambrosetti donde se revela el misterio de cómo estos pobres indios chaqueños fueron a parar al sur de Misiones.
316. El agrimensor Miguel Romer, que vivía en Jardín América, ya octogenario, nos comentó que esta interpretación es errónea, ya que para él el topónimo venía de añá-acá-guazú y era traducible entonces como ‘cabeza del diablo grande’.
317. En guaraní ‘cueva del pacú’. El pacú (*Piaractus mesopotamicus*) es un pez muy buscado por su carne, parcialmente frugívoro y que hoy está siendo promovido en pisciculturas.
318. El manduví o mandubí es una especie del género *Ageneiosus* de la familia Ageneiosidae del orden Siluriformes. Este género está representado en Misiones por tres especies, dos de ellas comunes.
319. Nuevamente queda en claro que los perros para el yaguareté muchas veces son su presa predilecta, cosa que no acontece con el puma, que los considera siempre su gran enemigo.
320. Por lo general, cimbra se usa para la trampa-lazo que retiene a la presa por una de sus extremidades o accidentalmente por la cabeza. Esta trampa muy peligrosa y que tristemente todavía se utiliza, se conoce como «armadilla».
321. Es el pecarí labiado, cabalí o tanyicatí (*Tayassu pecari*).
322. Es difícil saber si fueron tantos los casos en que los chanchos se vengaron de su predador o si se trata de una sola historia que se fue repitiendo y trasladando de ubicación geográfica. Numerosos viajeros la repiten en sus libros y creemos que la versión original proviene del explorador y descubiertero italiano Carlo Bosseti y habría acontecido en las Campiñas de Américo, cerca de Bernardo de Irigoyen.
323. Por la descripción que hace de los grandes plumeros balanceándose que no coinciden con la flor de estas cañas que florecen muy rara vez con espacios a veces de varias décadas, creemos que aquí se refiere al tacuatí *(Gynerium sagittatum*), una gramínea gigante de gran penacho blanco que crece en las orillas de los ríos en el nordeste y que no es una caña verdadera o tacuara.
324. Solanum granuloso-leprosum.
325. Probablemente se refiera a la *Casmerodius albus*, aunque no podemos descartar la garcita blanca (*Egretta thula*).
326. Es el carayá negro *(Alouatta caraya*), especie que Ambrosetti conocía muy bien y que

por entonces era común en Misiones, pero que hoy se halla disminuida por las epidemias de fiebre amarilla selvática de la década de 1960 y la que está ocurriendo en estos momentos (2008).
327. Por la traducción que hace del nombre habrá querido escribir capioví, denominación que perduró en el tiempo. En guaraní *cui* es 'arena' y *ovi*, 'verde o azul'.
328. Pirayú (pez amarillo) es el nombre guaraní del dorado (*Salminus brasiliensis*) y con la «y» final, el significado es 'arroyo del dorado'.
329. Evidentemente se trata de un error ortográfico y habrá querido escribir bopicuá o más correctamente mbopí-cuá con el mismo significado que él le asigna.
330. Más correctamente, 'cruz del padre chico'. Siempre en referencia a arroyos la partícula *mí* o *miní*, chico o pequeño en guaraní, y *guazú*, grande, debe entenderse como adjetivo aplicado al tamaño del río o arroyo y no del sujeto del nombre, ya que eso crea constantes confusiones. En este caso, «mí» se refiere al tamaño del arroyo y no del padre o de su cruz.
331. Esta interesante discusión sobre el nombre de Garuhapé, actualmente aplicado a una localidad y a un arroyo, demuestra lo poco que aún se sabe en esta materia. Nosotros no descartamos tampoco la posibilidad de que sea una corrupción del nombre caroba-pé; la caroba (*Jacaranda semiserrata* o *J. micrantha*) es un árbol de corteza medicinal emparentado con nuestro jacarandá o tarco del noroeste (*Jacaranda mimosifolia*) y afamado en Misiones por las propiedades curativas de su corteza para enfermedades venéreas. El adjetivo *pé* significa 'chato'. Un árbol de esta especie de tronco achatado o con «pencas», es decir costillas basales puede haber originado el topónimo que luego se deformó.
332. Yatitá es el nombre guaraní de los grandes caracoles blancos terrestres del género *Megalobulimus*, anteriormente llamado *Strophocheilus*.
333. Como se observa en el Alto Paraná el cedro (*Cedrela fissilis*) seguía siendo la madera más buscada.
334. Aquí Ambrosetti entiende correctamente que el adjetivo está aplicado al arroyo tal como señalamos en la nota 330.
335. Este era el nombre original de la localidad hoy conocida como San Pedro.
336. Esta localidad se hallaba muy cerca de lo que hoy es El Soberbio.
337. En realidad, debe referirse al Campo Eré. Estas dos localidades hoy se hallan en Brasil en territorio del Estado de Santa Catarina y fue la zona que se perdió durante un desafortunado litigio con el Brasil.
338. Se trata de la isla Parehá.
339. Esta traducción nos sorprende, ya que ñacundá es el nombre guaraní de un caprimúlgido, ave insectívora nocturna o crepuscular que responde al nombre científico de *Podager nacunda*.
340. Interesante topónimo que hace referencia al nombre de koshí con el que se refiere a veces, en guaraní, indistintamente a cualquiera de las dos especies de chanchos de monte. Como tienen otros nombres originales, para ambas especies sospechamos que koshí pueda ser una corruptela del término hispano *cochino*, que se usa como sinónimo de cerdo o chancho.

341. Esta traducción no es literal, ya que tupicuá, significa ‘cueva del tupí o de los tupíes’ y se halla a la altura de la actual localidad de Wanda.
342. Por lo general, visto con la grafía Urugua-í, este río o arroyo, el más grande del interior de Misiones, no debe confundirse con el río Uruguay. Este desagua en el Paraná y originalmente formaba un salto hoy desaparecido por la construcción de una represa.
343. Con ese nombre o el de Pirá-pitá se conoce a un pez también llamado salmón de río y que responde al nombre científico de *Brycon orbygnianus*.
344. Es muy curiosa esta traducción y no descartamos que quien se la haya referido al autor supiera de alguien que enfermó al beberla o hubiera sufrido este trastorno o que la emparentara con el duende local conocido como Yasy Yateré y por ello la considerara prohibitiva. En realidad Yasy o Yasí significa ‘luna’. Evidentemente, este hermoso arroyo que forma un lindo salto con nidos de vencejos de cascada *(Cypseloides senex*) no tiene suerte ya que durante años Vialidad Nacional lo llamaba en su intersección con la Ruta n.° 12, para distinguirlo de un arroyo homónimo paraguayo «Ao. Yasú argentino», esto no tiene significado y era una transcripción literal de la pronunciación correcta del nombre en guaraní, aspirando la «i» final.
345. La grafía correcta sería Itá- guaimí.
346. Este nombre sorprende y no le vemos similitud con ninguna palabra castellana y llama doblemente la atención porque los guaraníes conocieron esas armas con la conquista. Es curioso que una palmera espinosa de grueso tronco, parecida al pindó, que crece en el sur de Misiones, Corrientes y el Paraguay oriental en los campos, reciba el nombre de mbocayá (*Acrocomia aculeata = A. totai*). Nos refirieron que los jesuitas las usaron como improvisados cañones durante la defensa de las Misiones atacadas por los bandeirantes y puede que de allí el nombre de la palma haya pasado a ser sinónimo de arma de fuego. En el Iguazú, originalmente la palmera no existía y se conocen apenas unos renovales en zonas modificadas del pueblo y del Parque Nacional Iguazú, llegadas con los medios de transporte y creciendo en banquinas por lo que es raro que la palmera hubiera dado nombre a este arroyo que atraviesa el ejido de Puerto Iguazú, siendo mucho más probable que se hubiera encontrado allí un arma de fuego.
347. Esta traducción es posible, pero también ‘agua robada o escondida’. El Monday tiene un hermoso salto que merece visitarse y su desembocadura está poco más al sur que la del Iguazú en la margen paraguaya.
348. El nombre correcto es Foz do Iguaçu.
349. Sería más correcto Mboisí.
350. Esta isla es la que se observa al cruzar el Ponte da Amistade que une Foz do Iguaçu con Ciudad del Este. Acerca de la etimología, es mucho más sencilla que la rebuscada explicación casi risueña que le dan a Ambrosetti. Acará es el nombre tupí, de uso frecuente en Brasil, para los peces de la familia Cichlidae que nosotros conocemos como «chanchitas» o «palometas», y acaraí es simplemente ‘arroyo o agua del Acará’ o en su defecto, ‘Acará pequeño’.
351. Sobre este nombre no acertamos el origen.
352. El adjetivo «pucú» se puede usar en guaraní tanto para expresar largo como alto y esto es lo que se habría querido reflejar en este caso, diciendo «termitero alto». Recuérdese que

el ciervo de los pantanos (*Blastocerus dichotomus*) recibe en guaraní el nombre de guazú-pucú y también sorprende por su alzada.
353. Ocó, hocó o el abrasilerado socó son los nombres guaraníes de las garzas y se usan especialmente para las especies de los géneros *Tigrisoma* y *Butorides*, las más frecuentes en las selvas ribereñas.
354. Mantenemos la grafía usada por Ambrosetti, pero se impuso finalmente Curitiba que en tupí-guaraní significa 'donde hay muchos curís'. Curí, cury o kury es el nombre tupí-guaraní del pino paraná (*Araucaria angustifolia*). Curitiba es la capital del estado brasileño de Paraná.
355. Tacurú Pucú era el último puerto al que se arribaba navegando por el Alto Paraná, ya que a partir de allí las Sete Quedas impedían el avance de las embarcaciones y más arriba los saltos del Guayrá. Estos desniveles desaparecieron con la construcción de la enorme represa de Itaipú Binacional entre Brasil y Paraguay. Tacurú Pucú se ubicaba a la altura de Hernandarias y como queda claro hacia el interior aparecían campos relictuales donde los tacurúes (termiteros) eran habituales.
356. Se debe tratar de una especie enana de los géneros *Butia* o *Syagrus* que sería interesante identificar a nivel específico.
357. Por lo general, tacurú se aplica con exclusividad a los nidos de termitas o termites, pero no sería improbable que por extensión se le aplicara a los de ciertas hormigas. Además, en algunos tacurúes existe una curiosa simbiosis (o asociación) entre termitas y hormigas.
358. Significa en guaraní 'cueva del lobo'. No se desprende del texto de Ambrosetti que el topónimo corresponda a un arroyo y dado que en esa área se han dado algunos registros escasos del aguará guazú (*Chrysocyon brachyurus*) podría referirse a esta especie o más probablemente de haber un arroyo cercano, al lobito de río o lobo-pé (*Lontra longicaudis*).
359. Entiéndase fachinales.
360. Este nombre es curioso, ya que por lo general se usa para gramíneas o pastos de los géneros *Spartina* o *Elionurus*, pero aquí se lo aplicaba a una bromeliácea terrestre.
361. El uso de la palmera pindó (*Syagrus romanzoffiana = Arecastrum romanzoffianum*) para este fin estaba muy popularizado y todavía en construcciones precarias se la utiliza. Para ello se la expone al humo con el fin de matar insectos o parásitos y asegurar su mayor durabilidad. Con los «troncos» o estípites se construyen los horcones y cumbreras. Por eso no es raro oír decir a un misionero «me hice un pindó» o «tengo un pindó» casi como sinónimo de casa o techo.
362. Es una deformación de arpillera.
363. También se usa tahona.
364. Este nombre siempre nos llamó la atención ya que en tupí-guaraní *urú* es 'pájaro' y quizás lo apliquen por el hecho de estar allí trepado. Otra explicación más rebuscada, pero no increíble si se sabe de mano el conocimiento que el pueblo guaraní tenía de su fauna, es que le llamen así por la codorniz autóctona, conocida como urú (*Odontophorus capueira*), que repite su nombre hasta el cansancio durante el amanecer y el atardecer y que gusta dormir encaramada en los árboles. Giai traducía «urú» como sinónimo de peón o capataz.
365. Nótese con esta apreciación y en comparación con lo que ocurría en los yerbales

explotados por brasileños en el Alto Uruguay, los diferentes métodos: el brasileño, descripto en el primer viaje, y el paraguayo, aquí detallado, que involucraban términos distintos para la misma tarea. Minero en el Paraguay y tarifero o tarefero en el Brasil. Esta última terminología es la que terminó imponiéndose.
366. La etimología de Caá-tí es caá= yerba o planta en sentido amplio y «tí» = muchos, es decir, el monte es el lugar donde hay muchas plantas. Otros términos usados en guaraní como sinónimo de selva o monte son caá-güí, caá-guazú (selva grande) o ibirá-retá (tierra o país de los árboles).
367. Es decir, chamuscar o sapecar.
368. Por lo general hemos escuchado el término raído que se usa hasta la actualidad.
369. También se lo llama *mbeyú*.
370. Hemos oído llamarlo *borí borí*.
371. Lo hemos escuchado también llamar *caburé* o *kavuré*.
372. Es interesante este uso de la hoja del guembé, similar al que en el sur acontece con la del pangue o nalca (*Gunnera chilensis*) con cuyas hojas se envuelven los variados alimentos para confeccionar el tradicional «curanto», comida típica de Chiloé y en cuya elaboración también se colocan brasas o piedras calientes.
373. Esta creencia subsiste entre los paraguayos que siguen prefiriendo el tereré al mate.
374. En latín, ‘refugio de pecadores’.
375. Nos quedan dudas si no está confundiendo el pindó con el mbocayá *(Acrocomia aculeata*) que prefiere ese tipo de hábitat.
376. Con este comentario no nos quedan dudas de que Ambrosetti confundía el pindó con el mbocayá; del primero se utilizan los frutos que son comestibles para el hombre y la fauna, las hojas muy palatables para el ganado y uno de los pocos forrajes existentes en la selva, el uso en las construcciones que ya referimos en la nota 361 y su utilización cortado en la luna conveniente para que al pudrirse al contacto con el suelo permita el desarrollo de las larvas del insecto conocido como «tambú» (*Rhynchophorus palmarum*). En cambio, el mbocayá recibe también en Paraguay el nombre de «coco» y con su fruto se fabrican afamados jabones que se comercializan como jabones de coco y a sus formaciones naturales las llaman “mbocayá-tí” o “cocales”.
377. Muy interesante dato que refleja la abundancia del felino y el temor que se le tenía.
378. Arrobas.
379. Correctamente sería Mbocayá-tí, es decir donde hay muchas palmeras mbocayá lo que prueba que nuestra sospecha anterior está bien fundada.
380. Lamentablemente, desconocemos el destino final de estos materiales que teóricamente debieron haberse depositado en el Museo de La Plata.
381. Maíz por siempre.
382. Este adjetivo refleja uno de los usos más populares de la chilca que hasta hoy se utiliza como rústica escoba en el campo. Incluso su nombre brasileño *vasoura*, que alguno creyó despectivamente que significaba ‘basura’, significa ‘escoba’.
383. Es el nombre guaraní del *Polygonum punctatum*, pero dado que es una planta acuática y que allí el «tí» debe hacer alusión al blanco de su inflorescencia por apócope del morotí, no debe ser esta especie. Caatí es en guaraní ‘yerbal’ o ‘donde hay mucha yerba’; además

cabe la posibilidad de que se refiere a alguna especie aromática ya que *caá catí* es precisamente ‘yerba olorosa o perfumada’.
384. También se lo escribe como varana o varaná (*Cordyline dracaenoides*) y es una curiosa liliácea arborescente.
385. Una interesante observación que contradice el origen pirófilo de estas abras o campos cerrados.
386. Este interesante alegato de defensa de los yerbales silvestres y fundamentalmente de las condiciones laborales del peón o mensú coincide contemporáneamente con el de otros viajeros y son el prolegómeno de la novela *El río oscuro* de Alfredo Varela que fue llevada al cine por Hugo del Carril con el nombre de *Las aguas bajan turbias* dando origen a la galopa misionera *El Mensú*, de Ramón Ayala y Vicente Cidade, un himno musical de Misiones.
387. El Yasy Yateré, conocido librescamente como yasiyateré chico (*Dromococcyx pavoninus*), es un cucúlido parásito que coloca su huevo en nidos cerrados de pequeños pájaros y que tiene un canto o silbo onomatopéyico en el que parece repetir su nombre que algunos traducen como ‘dueño de la luna’. No es raro, sin abundar, y lo emite en plena siesta, en el crepúsculo y a veces, a medianoche, que es cuando provoca más terror creyéndolo proferido por un duende. Lo cierto es que las pocas veces que pudimos atisbarlo nos engañó muy bien por el efecto ventrílocuo de su canto. Es decir, lo oíamos a la izquierda de la picada y el ave estaba a nuestra derecha. Todo esto habrá ayudado a la leyenda.
388. Los guayaquíes o achés son un pueblo en apariencia no emparentado en lo más mínimo con los guaraníes y que aún subsiste en el norte de Paraguay en la zona de Mbaracayú.
389. En latín, ‘por los siglos de los siglos’.
390. Se refiere al *Tapirus terrestris* conocido localmente como anta o en guaraní, mboreví.
391. Ya observamos más arriba que probablemente se tratara de un termitero y que el término «pucú» aquí debe entenderse como ‘alto’.
392. Si bien en los ranchos precarios se refugiaban ratones silvestres, el principal problema lo constituía la rata negra *(Rattus rattus*) y el ratón doméstico o laucha casera (*Mus domesticus*) que llegaron con el hombre blanco y como polizontes en embarcaciones y cargamentos ocupando casas y depósitos.
393. Ya nos referimos a este explorador y descubiertero italiano de destacada actuación en el Alto Paraná y a quien recuerda un hermoso salto de las Cataratas del Iguazú.
394. Es otro explorador, equivalente a Bossetti, pero de actuación en el Alto Uruguay y zona de influencia.
395. Era otro descubiertero italiano.
396. Del francés, ‘de buena o mala gana’.
397. Ver comentario 307.
398. Nótese hasta dónde llegaron estos indígenas desarraigados de su tierra chaqueña.
399. Hoy se escribe Mato Grosso.
400. El incienso (*Myrocarpus frondosus*) también es conocido como ibirá payé, árbol amuleto por lo que sus propiedades mágicas son conocidas por los guaraníes desde antiguo.

401. Llama la atención la presencia de este árbol en esta área, ya que en Misiones sólo aparece en la zona de los campos y es probable que siguiendo a estos, reaparezca en la zona de Tacurú Pucú. El tatané (*Chloroleucon tenuiflorum = Pithecellobium scalare*) tiene corteza rugosa que resiste bien los fuegos periódicos y su nombre literalmente en guaraní significa 'fuego hediondo' por el olor que despide al quemarse.
402. Con este nombre se conocen diversas especies del género *Fagara*. En portugués lo llaman *mamica de cadela* es decir, 'teta de perra'.
403. O Ambrosetti confundía ambas plantas o les asignaban este nombre indistintamente a dos especies de distinta familia: una silvestre, el ambay (*Cecropia pachystachya*) y otra peridoméstica que es el popular mamón o papaya de Centroamérica (*Carica papaya*).
404. También se la llama cangorosa (*Maytenus ilicifolia*).
405. Este efecto es particularmente notable en los meses invernales y para Moisés Bertoni era más marcado en la costa paraguaya del Alto Paraná por influencia de los vientos del Este.
406. Un comentario muy acertado y lamentablemente, los efectos de su extracción se hicieron notar incluso hacia el interior, lejos de la costa.
407. Nótese ya en estos años cómo la presencia humana permanente en el área comenzaba a desalojar a la selva que hoy en esa zona de Brasil se limita a pocas reservas naturales.
408. Se refiere al tatú aí o de rabo molle (*Cabassous tatouay*).
409. La lectura de este libro cuya seriedad cuestiona en cuanto a las nuevas especies descriptas es evidentemente la que lo lleva posteriormente a creer una especie diferente al yaguareté o tigre negro al que asigna el nombre científico de Liais.
410. Mboisí.
411. Este punto tripartito hoy es un visitado atractivo turístico, especialmente en la Argentina y Brasil.
412. Esta idea fue retomada posteriormente, pero Puerto Iguazú creció primero como un ranchería espontáneo y a partir de 1934, como pueblo o ciudad apadrinado por la Dirección de Parques Nacionales. La Colonia Militar nunca se efectuó, pero sí hubo terrenos, y los hay todavía, a cargo del Ejército Argentino, en los que se efectuaron explotaciones forestales y a veces, ejercicios y maniobras militares. El consejo de Ambrosetti obedece a lo que acababa de ver en Brasil, donde efectivamente la Colonia Militar de Foz do Iguaçu derivó posteriormente en la ciudad del mismo nombre.
413. Se refiere al tapir.
414. En estas asociaciones predominan las especies de las familias Pieridae y Papilionidae.
415. Se refiere al milano tijereta (*Elanoides forficatus*) conocido en guaraní como taguató yetapá. Se trata probablemente de la primera mención de la especie para la Argentina, ya que Holmberg la incorpora en 1898 para nuestra fauna, mencionándola para Misiones.
416. En Iguazú se han citado cuatro especies de la familia Alcedinidae que reúne a los martín pescadores.
417. Con este nombre debe referirse a alguna especie de pava de monte, probablemente al yacupoi o yacupeba (*Penelope superciliaris*), ya que a la yacutinga (*Pipile jacutinga*) la conocía bien y el muitú (*Crax fasciolata*) siempre fue raro y menos bullanguero.
418. Si bien existían dos especies de lobo de río, al hablar en diminutivo creemos que se

refiere al lobito de río (*Lontra longicaudis*).
419. Sirga.
420. Entendemos que es un error tipográfico por remanso.
421. El tarumá (*Vitex cymosa*) es un árbol que se ahueca en su interior y hasta hoy es usado para improvisar acueductos en los bajos o arroyitos de la selva ya que actúa como improvisado caño.
422. Salminus brasiliensis. La especie no existe en el Alto Iguazú, aguas arriba de los saltos, pero sigue siendo frecuente en el Iguazú inferior, donde también se halló recientemente para la Argentina a su pariente el dorado blanco o plateado *(Salminus hilarii*).
423. Entendemos que es un sinónimo caído en desuso de origen onomatopéyico.
424. Es el higuerón o «agarrapalo» (*Ficus spp.*), ya que en el área de Iguazú existen varias especies.
425. Esta caña es apoyante y trepadora y causa grandes enredos, especialmente en las zonas intervenidas u obrajeadas.
426. El tapir dotado de un duro cuero atropella la vegetación volteando o arrastrando lo que halla a su paso.
427. Si bien el Salto Alsina no sobrevivió con este nombre, se nos ocurre que tal vez en él se fusionaban lo que hoy es el Salto Bossetti y el Salto San Martín, y que la playa es la que se ubica en la costa de la Isla San Martín al pie de los mismos.
428. La yacutinga (*Pipile jacutinga*) fue conocida por todos los primeros exploradores de Misiones y esta mención por su fecha es una de las primeras de la especie en territorio argentino. A pesar de estar en peligro de extinción, gracias a la acción de los parques nacionales Iguazú argentino y brasilero, sigue siendo frecuente en el área Cataratas donde se la suele ver a pesar del movimiento turístico. Como curiosidad, en un cuadro de las Cataratas pintado por Methfessel probablemente en ocasión de este viaje y que pudimos examinar en el Museo de Ciencias Naturales «Amado Bonpland» de Corrientes, aparecen dibujadas con bastante precisión en las ramas de los árboles algunas de estas aves.
429. Luehea divaricata.
430. El árbol que llama copaiba es el cupay de los guaraníes y fue afamado en Europa como productor del bálsamo o aceite de copaiba de uso medicinal. En la Argentina, sólo lo conocemos de las islas vecinas a los saltos del Iguazú y responde al nombre científico de *Copaifera langsdorfii*.
431. Se refiere a carne enlatada.
432. La frase debe entenderse como “a la vista de las estrellas”.
433. Parece un método ingenioso que no habíamos leído en otras partes.
434. Se trata en realidad del vencejo de cascada *(Cypseloides senex*) que probablemente tenga allí su población mundial más importante. La confusión con golondrinas es totalmente comprensible si recordamos su nombre guaraní de mbiyuí-mbopí, es decir, golondrina-murciélago.
435. Entendemos que es el mismo cuadro al que ya nos referimos y del que existen varias copias.
436. El nombre de este salto, por donde pasa el límite fronterizo, se simplificó y hoy se lo

conoce como Salto Unión.
437. Baño de pies.
438. Esta observación es totalmente cierta y el consejo vale la pena atenderlo.
439. Nótese cuál fue el humilde origen de esta ciudad que hasta la década de 1990 sumaba más de 30.000 habitantes.
440. Es una especie de hoz muy filosa.
441. Se refiere a los pueblos del «lejano oeste» con una calle larga y alejadísimos de otros centros civilizados. Así estaba Foz en aquella época con respecto al resto de las poblaciones del Brasil.
442. Esta costumbre, aparentemente brasilera, de talar o rozar todo dejando las palmeras pindó en pie, se sigue practicando y no hemos acertado en encontrarle una explicación clara. Tal vez Ambrosetti acierte al acentuar el valor escénico que realzan las palmas con su elegante silueta. Otros nos dijeron que no las cortaban por miedo a perder un brazo en las tareas del campo y otros porque desafilaban inútilmente las hachas o las motosierras.
443. Es una buena observación y la presencia de estos manantiales o vertientes por su densidad es única, al menos en la Argentina, y debe preservarse a toda costa.
444. Todas estas observaciones son muy acertadas y efectivamente los barigüíes pululan en la cercanía del agua donde se reproducen y provocan dolorosas picaduras muy bien descriptas y que Horacio Quiroga llamaba las «llagas del clima» ya que desaparecían por completo a poco de alejarse de Misiones.
445. Esta enfermedad no la hemos visto mencionada por otros autores y sería interesante saber de qué pudo haberse tratado.
446. Existen dos especies de siluriformes de gran tamaño y carne comestible que reciben este nombre.
447. Se trata del cerambícido conocido como escarabajo o taladro arlequín o kiritó-guazú, en guaraní: *Acrocinus longimanus*.
448. Nos tocó observar estos insectos también en flores de la misma planta cultivadas en Buenos Aires y que parecían atraídas por su fuerte perfume.
449. Es probable, por el hábito de criar cerca de viviendas humanas de reciente establecimiento, que se trate de la golondrina doméstica (*Progne chalybea*).
450. Creemos que se refiere al lagarto overo o teyú-guazú (*Tupinambis merianae*), mal llamado iguana.
451. Es un interesante dato reproductivo de la yararacusú (*Bothrops jararacussu*).
452. Este nombre se usa habitualmente para *Bothrops alternatus*, pero dada la existencia de varios congéneres, tomamos la información con cierta cautela, ya que en el norte de Misiones no se la conoce.
453. Es probable que se trate de *Tropidurus torquatus*, especie muy común en el área de Iguazú.
454. Se la conoce también como mboi-chiní o campanilla (*Crotalus durissus*).
455. Se debe tratar de la rana gigante o rana pimienta (*Leptodactylus labyrinthicus*). Esta especie recién fue confirmada para la Argentina con ejemplares de Misiones en la década de 1940.
456. Se refiere de nuevo al milano tijereta ya comentado.

457. Por lo escueto del comentario no nos animamos a determinar la especie de loro.
458. Se refiere al samuhú o palo borracho de flor rosada (*Ceiba insignis*) o *C. speciosa*, para otros autores, que la siguen considerando especies diferentes a las de flor amarilla y flor rosada.
459. Existen en el área varias especies de enredaderas del género *Passiflora* y que se conocen popularmente como mburucuyás, en guaraní, y maracujás, en portugués.
460. Máximo.
461. El comentario sirve como prueba de que la ruta de migración de chorlos y playeros del hemisferio norte por el valle del Paraná es conocida desde el siglo XIX y que estas aves, por entonces, eran buscadas y apetecidas por su carne. Lamentablemente, por la escueta información brindada no podemos arriesgar ninguna identificación.
462. Creemos que se refiere al yapú (*Psarocolius decumanus*), boyero hoy extinto en el área y en el estado de Paraná. No obstante, no podemos descartar de plano, por la falta de una descripción, que se trate del yapu-í o yacú-caraguatá, nombres regionales del común cacique (*Cacicus haemorrhous*), especie que sigue siendo frecuente en el área, pero entendemos que por lo común, no le hubiera llamado la atención en forma particular.
463. El nombre de trupiales, Holmberg lo usaba para las loicas o pechos colorados y otros autores para otros ictéridos. Tampoco descartamos que aquí se lo haya usado por lo colorido para los tangaráes de la familia de los traúpidos.
464. Acerca de los cuervos o jotes, podrían haber pertenecido a más de una especie, siendo frecuentes en el área el jote negro *(Coragyps atratus*) y el jote cabeza colorada (*Cathartes aura*) y efectivamente, gustan asolearse en las ramas secas con las alas abiertas.
465. Se refiere a alguna especie de urraca, muy probablemente a la común (*Cyanocorax chrysops*).
466. Se refiere a los trogones o surucuás, de los cuales el más frecuente es el surucuá común (*Trogon surrucura*).
467. Es difícil saber qué dormilones o atajacaminos capturó Methfessel, ya que no aporta detalles.
468. Si bien con esos nombres vulgares se conoce al chopí (*Gnorimopsar chopi*), al dar el detalle de que extraen las uras de los bueyes y al decir el «magnífico ejemplar», creemos que obtuvo un tordo gigante o pirata (*Scaphidura oryzivora*), conocido en guaraní como *chopí guazú*.
469. Del carpintero capturado no da detalles que permitan identificarlo.
470. Las pollas de agua son diferentes especies de la familia Rallidae y probablemente de los géneros *Gallinula, Porzana o Laterallus*. Las garzas son de la familia Ardeidae. Es extraña la mención de la chuña, seguramente *Cariama cristata*, la chuña de patas rojas que, si estaba en esa área, denota que en ella existían campos.
471. Existen en Misiones cinco especies de tucanes, o más propiamente tucanos, de la familia Ramphastidae.
472. Evidentemente, capturó un murciélago frugívoro de la familia Phyllostomidae que presenta una hoja nasal sobre la nariz y no una ventosa.
473. Es probable que se refiera a una especie de colicorto *(Monodelphis*) o de comadrejita *(Cryptonanus* o *Gracilinanus*).

474. La especie del área es el acutí bayo (*Dasyprocta azarae*).
475. Realmente la refrescada nocturna en esa área, luego del calor diurno, permite un sueño reparador.
476. Se refieren a un salto o caída de agua en portugués.
477. La Expedición Niederlein tenía como objetivo el relevamiento del territorio misionero y sus esencias vegetales con vistas a la Exposición Internacional de París y a brindar elementos de juicio en las zonas litigiadas con Brasil al este de Misiones.
478. Esta expedición la comandaba Gustavo Niederlein, botánico alemán y de los otros miembros, sólo conocemos a Moisés Bertoni, el sabio suizo-paraguayo al que Ambrosetti se referirá en su tercer viaje y a Carlos Bossetti, el explorador ya referido. Serié podía tratarse de Pedro Serié, quien luego tuvo destacada actuación como herpetólogo y ornitólogo trabajando para el Museo Argentino de Ciencias Naturales, pero no podemos asegurarlo.
479. Se refiere con este nombre a los kaingangues.
480. El curú era una especie de casaca fabricada por los kaingangues con la fibra de la ortiga brava (*Urera baccifera*).
481. Tatiyupí es hoy una de las reservas compensatorias de la presa de Itaipú en la margen paraguaya.
482. Una grafía más infrecuente de manguruyú.
483. Se refiere a la parcialidad guaraní avá-chiripá que todavía subsiste en el sector norte del Paraguay oriental, muy cerca de los aché.
484. Es interesante este nombre regional para los pantanos o bajos de la selva.
485. Como hay palmitos en el área no descartamos que este cargamento de cogollos hubiera sido de esta especie, conocido con el nombre científico de *Euterpe edulis.*

Tercer viaje a Misiones (por el Alto Paraná e Iguazú)

1. Se trata del Presidente de la Nación Luis Sáenz Peña, quien ejerció ese cargo desde 1892 hasta 1895.
2. Respetamos la grafía original del autor, pero se trataría de un modismo local por «sudestada» o un error tipográfico.
3. Esta isla es actualmente Reserva Natural Provincial de Buenos Aires.
4. Aquí explica claramente la sucesión vegetal que acompaña la formación de las islas del delta del Paraná. El ingá de río (*Inga vera = I. uruguensis*), el sauce criollo (*Salix humboldtiana*) y los sarandíes pertenecen a dos especies, siendo más común el blanco (*Phyllanthus sellowianus*) y más escaso el colorado (*Cephalantus glabratus*).
5. En un paredón cercano a esta corredera se hallaba emplazada la Virgen de Itacuá, creencia popular a la que Ambrosetti se refiere oportunamente en *Supersticiones y leyendas* o *El diablo indígena*. Esta corredera ha sido propuesta por algunos como uno de los cierres del proyecto de represa de Corpus.

6. *Acrocomia aculeata*.
7. Hoy las pocas paredes en pie que subsisten se hallan dentro de los límites del penal local.
8. Es una buena descripción del aspecto original de los «campos misioneros», es decir, de lo que los biogeógrafos denominan el Distrito de los Campos o la ecorregión de los campos y malezales.
9. Esta selva en galería todavía es bien visible y factible de ser protegida convenientemente a pesar de la gran transformación y poblamiento de toda el área. El Garupá es el límite entre los departamentos de Candelaria y Capital.
10. Se refiere a la Sierra del Imán.
11. La visión de este cerro tan importante para los viajeros de fines del siglo XIX que incursionaban hasta él para ver la selva alta, sigue llamando la atención cuando uno se dirige por la Ruta Nacional 12 hacia el Norte, entre Candelaria y Santa Ana, y merecería una adecuada protección.
12. Ese paso se efectuó precisamente a la altura de Candelaria y se conserva un árbol añoso de sarandí bajo el cual, según dice la leyenda, acampó el Gral. Manuel Belgrano. Al árbol pudimos verlo a fines de la década de 1980 junto al destacamento de Prefectura Naval y como se temía por su suerte, con el llenado de la presa de Yacyretá, nos comentaron que un retoño del mismo se plantó en la plaza de Candelaria.
13. Este hecho merecería alguna discusión o reparo, ya que para otros, Bonpland estuvo instalado en Santa Ana, un poco más al norte, lo que no impide que haya visitado o vivido temporalmente en Candelaria.
14. Sería interesante rastrear este yerbal, que dudamos que subsista, por su valor histórico y por ser uno de los primeros intentos serios de cultivo de la yerba mate.
15. Esta cuestión de cómo cultivar la yerba mate ya la habían resuelto los jesuitas, quienes se llevaron con su expulsión el secreto y motivó más tarde las investigaciones de Aimé Bonpland, el célebre naturalista francés quien por efectuarlas fue mandado secuestrar por el dictador paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia y condenado a un exilio de casi una década en ese país. El secreto en definitiva era que la yerba para germinar debía pasar sus semillas por la acción de los jugos gástricos de aves frugívoras como tucanes y yacúes o pavas de monte, proceso que fue reemplazado con el método que cuenta Ambrosetti y que permitió su cultivo a escala industrial, dado que los yerbales silvestres habían sido saqueados y se hallaban en lugares alejados y recónditos. También permitió extender el cultivo al norte de Corrientes donde originalmente la planta no habría crecido en forma espontánea.
16. Aquí Ambrosetti hace una interesante observación sobre el origen selvático de la yerba como árbol del monte y deduce en consecuencia, que es mejor plantarla dentro del mismo que en los campos, donde también crece muy bien. Incluso habla del rozado de monte, pero aclarando que hay que efectuarlo con el método paraguayo que compara con el brasilero como menos destructivo. Si bien no es del todo claro en los detalles, el método paraguayo parece ser el clareo del monte sin uso del fuego y probablemente sea una herencia guaraní que recibieran los paraguayos; en tanto que el otro, que fue el que se popularizó finalmente con el nombre de «rozado», convirtiéndose casi en un sinónimo, es el desmalezado y la tumba de los árboles para después de secos quemarlos y cultivar sobre las cenizas. Este

último fue realmente funesto para las selvas de todo el mundo y ya Moisés Bertoni en el siglo XIX y Alberto Roth en Santo Pipó en el siglo XX, bregaban por el «cultivo sin incendio» o «rozado sin quemar», que es en definitiva el método al que intenta referirse Ambrosetti. Por otra parte, como bien intuye, siendo un árbol de la selva, la yerba mate prospera allí muy bien y está menos expuesta a la acción de los temporales y de enfermedades, siendo innecesario despejar la selva para cultivarla, si esto acontece es por ignorancia, practicidad o por razones culturales.
17. Ya nos referimos al estado lamentable en que quedaron las escasas muestras en pie de estas ruinas que prácticamente se perdieron y con ellas, su interés turístico.
18. Muchas veces se escribe este nombre como *Itapúa*, pero creemos que lo correcto es *Itapuá*, que significa 'punta de piedra'. Lamentablemente, este nombre original se perdió y se reemplazó por el discutible de Posadas.
19. Se refiere al padre jesuita Gay, uno de los más serios referentes para la historia de las Misiones.
20. Se trata del urunday o urunday colorado (*Astronium balansae*).
21. A la palabra *corá* muchos la entienden como una deformación en guaraní de «corral» y precisamente la forma del cerro que describe Ambrosetti le daría la razón.
22. Nótese que sigue destacando el uso del cedro para fabricar tejuelas en el Alto Uruguay.
23. Como se nota, la desconexión entre las decisiones de la autoridad nacional y la realidad local ya eran notables por esa época promoviendo colonias agrícolas en zonas inapropiadas y desconociendo los derechos de los habitantes. Problemas similares llevaron al fracaso del intento de establecer una colonia suiza encabezada por Moisés Bertoni, cerca del Yabebirí, que fracasó por razones de intereses mezquinos inmobiliarios y de los propios colonos, llevándolo a alejarse para siempre de la Argentina e instalarse en la margen paraguaya del Paraná.
24. Téngase en cuenta que este sector, a pocos minutos de auto de Posadas, afortunadamente se adquirió en enero de 2008, por parte de la Entidad Binacional Yacyretá (EBY), como reserva compensatoria de dicha presa y para constituir allí un Parque Provincial de 5000 ha que aún conserva su diversidad biológica y su belleza paisajística que admiraron Ambrosetti y sus compañeros.
25. Nótese la abundancia del cedro y los usos increíbles que se hacían de su fina madera.
26. Se refiere al guatambú blanco (*Balfourodendron riedelianum*).
27. Es increíble la vigencia actual de esta observación de Ambrosetti que recién a fines del siglo XX pudo más o menos regularse, ya que durante décadas salían los troncos, primero en jangadas y luego en camiones, rumbo a aserraderos ubicados fuera de la provincia.
28. De seis patas.
29. Es una de las primeras referencias a la presencia de la paloma casera o doméstica (*Columba livia*) en Misiones y una clara mención del uso gastronómico que en el siglo XIX se hacía de esta ave más popularizada como especie ornamental, mensajera o cinegética, pero que también se citaba a veces como ave de corral.
30. Rudecindo Roca.
31. Precisamente, Ibicuy es el nombre guaraní de la arena, de allí las islas de Ibicuy en el sur de Entre Ríos.

32. Afortunadamente, y sin ánimo de contradecir el deseo de Ambrosetti, las ruinas de Santa Ana se encuentran entre las que más conservaron la flora selvática que avanzó sobre ellas después de su despoblamiento, lo que suma un valor biológico agregado al indiscutible valor histórico. Esto recomendaría su reconversión junto con las de Loreto, Santa María y Mártires, en Reservas Naturales Culturales. El saqueo en este caso no llegó a los límites de Apóstoles, Concepción o Candelaria y es interesante señalar el uso de su cementerio original a la derecha del templo hasta bien entrado el siglo XX por parte de los nuevos colonos.
33. El curupay (*Anadenanthera colubrina*) es un árbol famoso entre los indios sudamericanos por sus efectos alucinógenos, pero que fue muy usado en las selvas en galería del norte correntino y en el sudeste de Misiones por su importancia para curtir cueros para lo que aparentemente se usaba su corteza. Su relativa rareza en Misiones podría obedecer al efecto relativamente fuerte de esa presión extractiva sobre una especie de distribución muy limitada.
34. Ver nota 33.
35. Su nombre científico actual es *Myrocarpus frondosus*.
36. *Peltophorum dubium*.
37. Es la grapia puña o grapia, siendo el nombre que apunta Ambrosetti tal vez el original guaraní. Su nombre científico es *Apuleia leiocarpa*.
38. *Enterolobium contortisiliquum*.
39. Es el ingá de río (*Inga vera*).
40. *Psidium guajava*.
41. Si bien arazá o arasá es el nombre guaraní del guayabo, es decir la especie anterior, existen varias otras especies de este género en Misiones y el autor podría estar refiriéndose en particular a alguna de ellas, pero no podemos precisarla.
42. Con el nombre de caá pororó o caá pororoca, es decir la yerba del venadito o corzuela enana (*Mazama nana*), algunos autores refieren al canelón (*Myrsine parvula*), pero el nombre se aplica también a otras especies del mismo género.
43. *Croton urucurana*.
44. *Cabralea canjerana*.
45. Este nombre se usa en Misiones para tres especies diferentes: *Cupania vernalis*, *Matayba elaeagnoides* y *Casearia silvestris* aunque el nombre científico que le aplica es el de un cedrillo, con lo que nos quedan dudas sobre la identificación.
46. Tratándose de especies para curtir, nos llama la atención que mencione a la provincia de Tucumán como una de las principales exportadoras de este producto dado que el quebracho colorado santiagueño (*S. lorentzii = S. quebracho-colorado*) es marginal allí y también muy limitado el horco quebracho o quebracho del cerro (*S. marginata*). Tal vez esto explique su rareza actual en esa provincia norteña.
47. Se refiere a las luciérnagas, bichitos de luz conocidos también localmente como «taca-taca» o *vagalume*, en portugués.
48. Ese adjetivo se usa en guaraní para enano o petiso.
49. Se refiere al famoso explorador británico del África Henry Morton Stanley.
50. El nombre de pindocito lo hemos recopilado en Misiones aplicado a una curiosa

palmera enana de distribución muy puntual conocida científicamente como *Allagoptera campestris*.
51. Es una lástima que estas iniciativas personales no hayan prosperado perdiéndose incluso en la memoria colectiva el valor de estos usos prácticos de las plantas y que hoy el pindocito, a pesar de estar legalmente protegido, no tenga una reserva adecuada que lo ampare ni sea cultivado por jardines botánicos o viveros.
52. El forraje más renombrado en el interior serrano de Misiones es la hoja de la palmera pindó y la caña conocida como pitinga que pertenece al mismo género del tacuarembó, el que según Ambrosetti también se usaba como forraje. Seguramente se lo hacía en las zonas cercanas al Paraná donde la pitinga no existía.
53. Los tobas y los matacos constituyen dos grandes etnias o naciones chaqueñas, pero de lengua muy diversa. Los matacos se denominan así mismos *wichís*, siendo el nombre mataco despectivo.
54. Este hecho no es muy conocido y de no haber pasado por allí un experto en la materia como Ambrosetti probablemente se hubiera perdido, ya que nadie hubiera imaginado o explicado claramente la presencia de indios chaqueños, justo en una zona de reminiscencias chaqueñas como es el Distrito del Urunday. Como se aprecia, estos fueron llevados allí por la fuerza a trabajar en el ingenio después de las campañas comandadas por Benjamín Victorica que permitieron la «conquista del Chaco».
55. Se refiere a la planta que los guaraníes conocen como caraguatá (*Bromelia balansae*) que es particularmente abundante en la zona del urunday. Estos grupos chaquenses, especialmente los wichís, que le dan el nombre que refiere Ambrosetti a especies similares, obtienen de las largas hojas espinosas una fibra textil con la que confeccionan tejidos muy conocidos con el nombre de *yicas*. Estas plantas tienen una distribución muy irregular en Misiones donde no son tan abundantes como en la región chaqueña y fue pura coincidencia que los indígenas fueran desterrados a un sector donde existían las bromelias permitiéndoles continuar con sus prácticas artesanales.
56. Entendemos que estas colecciones deben estar actualmente depositadas en el Instituto Etnográfico Argentino que lleva el nombre de nuestro autor, quien fue su fundador. Sería interesante detectarlas y ver si están rotuladas adecuadamente, ya que resultaría una curiosidad por ser artesanías típicamente chaqueñas colectadas en Misiones.
57. Respetamos la grafía original de Ambrosetti, pero no descartamos que se trate de una mala transcripción o un error tipográfico del nombre guaraní yabebirí, es decir, ‘río o arroyo de las rayas’ (*Potamotrygon* spp.).
58. La hemos escuchado nombrar Isla del Toro. Muchas veces, el vocablo que denota *negro* u *oscuro* en guaraní se escribe también «hú».
59. Significa ‘arroyo del pueblo’ (*tavá*, en guaraní).
60. También se las llama «papeleras» y pertenecen a la familia Vespidae.
61. Papel triturado en francés.
62. Es interesante la observación, pues entre otras especies, es la única localidad argentina donde crecen algunas especies de este grupo como *Parodia schumanniana* y *Monvillea euchlora* que en la Argentina son exclusivas de ese macizo y sólo compartidas con cerros cercanos del Paraguay.

63. Aunque parezca exageradamente poética es una de las mejores descripciones del paisaje que se observa desde el Peñón del Teyú Cuaré, hoy parque provincial, ubicado justo en el límite o ecotono de los campos con las selvas altas.
64. Este río hace referencia a las rayas de río, peces cartilaginosos de cuerpo circular rematado en una cola que posee un ponzoñoso aguijón. Años después, lo haría famoso Horacio Quiroga, quien instaló una chacra muy cerca de las orillas del Teyú-Cuaré.
65. Según Ezequiel Núñez Bustos se refiere a especies de *Morpho* sp., *Phoebis* sp. (al hablar de *Pierides*) y *Diaethria* sp. (para las 88).
66. Es interesante destacar que todavía sus descendientes viven en dicha localidad misionera.
67. Sería interesante rescatar más datos entre los descendientes de esta actividad que habrá sido en esa época de gran importancia, pues la mula era el medio de transporte obligado de los exploradores y yerbateros. Como ya es sabido, la mula es el híbrido producido por el hombre entre el caballo y el burro y reúne las ventajas de mayor docilidad y buena marcha del primero con la habilidad de andar terrenos escabrosos con paso seguro y buena resistencia al peso o a las cargas del segundo.
68. Aquí se suma el difundido fumo bravo (*Solanum granulosum-leprosum*) como planta forrajera, uso que desconocíamos. Recordemos que se da el mismo nombre a la especie *Solanum riparium*.
69. Duele decir que en nuestras numerosas andanzas por Misiones, sólo dos veces vimos una mula y si no fuera por estos comentarios de Ambrosetti, no podríamos imaginar la importancia que tuvo este animal en el desarrollo y poblamiento de esta provincia.
70. Entendemos que debe referirse a las especies de sarandí que ya nombramos al comienzo de este viaje, particularmente al blanco que es más abundante, pero entendíamos que más bien era una madera liviana y por eso se la elegía para ese fin.
71. Como se advierte, el proceso de penetración cultural brasileña ya se estaba llevando a cabo y poco después lo terminaría de confirmar en sus escritos Horacio Quiroga. En la práctica, el valle del Paraná fue el sector donde más resistieron los usos y costumbres paraguayas de base guaraní, pero el proceso fue profundo y afectó no sólo el habla sino también a las costumbres, y reemplazó topónimos y nombres de plantas y animales produciendo sin querer la pérdida de numerosos vocablos guaraníes.
72. Se refiere a la localidad que hoy lleva su nombre, ubicada hacia el este en la zona central de la provincia.
73. Hemos leído y escuchado reiteradamente que las vigas que aún sirven de sostén en esta reducción son de lapacho, pero no sería raro que también se usara la de este árbol, muy buscado como poste por su durabilidad y que abundaba poco más al Sur.
74. Esta observación vuelve a resaltar el interés biológico y no sólo histórico o cultural de estas reducciones que nos llevaron a recomendarlas calurosamente como Reservas Naturales Culturales en varias publicaciones (Rolón y Chebez. 1998. *Reservas Naturales Misioneras*. Posadas: Editorial Universitaria de Misiones; y Chebez. 2005. *Guía de las Reservas Naturales de la Argentina*. 3. nordeste. Buenos Aires: Editorial Albatros). También técnicos como A. G. Amat (1993) y Castía et al. (2008) han recomendado la protección de estos conjuntos por el valor de su flora en el primer caso y de sus aves, en el

segundo.
75. Ambrosetti estaba en lo cierto y con las tareas de rescate posteriores hoy se pueden ver dichas lápidas y sus inscripciones, que pertenecen a sacerdotes que eran los únicos que podían ser enterrados junto al altar.
76. Aquí se prueba lo dicho en la nota 73 y probablemente ambas maderas hayan sido usadas para ese fin.
77. Este árbol fue removido por razones de mantenimiento del frontispicio, pero quedan numerosos ejemplares creciendo sobre construcciones menores en la misma reducción y el árbol «corazón de piedra» no es otra cosa que un higuerón o ibapoy (*Ficus luschnathiana*) que abrazó por completo una columna de piedra que puede verse entre sus raíces, que a modo de grandes tentáculos, la envuelven.
78. Se refiere al Brigadier Francisco das Chagas Santos que desde Brasil invadió, asoló e incendió las Misiones Jesuíticas de nuestro país sin llegar a pasar el río Paraná, razón por la cual están mejor conservadas las del Paraguay.
79. Ambrosetti no se equivoca y San Ignacio es hoy la reducción o misión jesuítica más visitada por el turismo nacional e internacional en nuestro país, al nivel que algunos creen que la declaración como Sitio de Patrimonio Mundial corresponde sólo a esas ruinas, cuando en realidad lo son la totalidad de las existentes en la provincia, e incluso en Corrientes.
También hay que reconocer que si bien al principio, por la imposibilidad de acceso primero y lo dificultoso que era después en el camino al Iguazú, los turistas pernoctaban en la localidad para ver en detalle estas ruinas, con el asfaltado de la ruta 12 la mayoría lo hace como una escala en su viaje de subida o bajada al Iguazú, pasando allí sólo unas horas, con lo cual el progreso vislumbrado no fue de la magnitud esperada. De allí la importancia de generar un circuito ecoturístico y cultural del sur misionero que involucre estas ruinas con las de Loreto, Santa Ana, el Parque Provincial Teyú Cuaré, el Parque Provincial Campo San Juan de próxima creación y el posible Monumento Natural Provincial Cerro Santa Ana entre otros atractivos que obligarán a reformular el uso turístico del área beneficiando a las localidades cercanas como Candelaria, Santa Ana y San Ignacio, principalmente.
80. Nótese que según Gay no sólo temían los ataques de los *bandeirantes* o tropas portuguesas que buscaban indios para esclavizar, sino también a los tupíes o kaingangues que estaban permanentemente enfrentados con los guaraníes, cainguás o mbyás.
81. Esta cita es de interés pues prueba la abundancia de loros a fines del siglo XIX, lo que sabemos que se prolongó hasta comienzos del siglo XX (Alberto Roth, com. pers.). Entre las especies que formaban esas grandes bandadas se contaba el hoy amenazado loro vinoso (*Amazona vinacea*) y el loro maitaca (*Pionus maximiliani*) al que por algo se lo llama también «loro choclero» que todavía es frecuente, pero sin formar grandes concentraciones y probablemente el maracaná afeitado o lomo rojo (*Primolius maracana*), hoy prácticamente extinto en la provincia.
82. Cena.
83. Estos naranjales también eran frecuentados por los loros nombrados en la nota anterior que se concentraban en ellos cuando las frutas maduraban y fueron el origen de las naranjas amargas asilvestradas o «apepú» (*Citrus aurantium*) que se encuentran en lugares

plenamente selváticos donde llegaron transportadas por los pájaros.
84. Una prueba irrefutable del destrozo innecesario que se hizo de este recurso natural que si hubiera sido administrado en forma racional, hubiese sido permanente.
85. Es interesante esta diferencia que hace Ambrosetti entre «pique» y «picada», siendo el primero sólo peatonal y a monte traviesa y usando la otra para las sendas más anchas y despejadas que permitían el paso de cabalgaduras.
86. Compárese este comentario con los del mismo autor donde prácticamente se admitía completar la cosecha de yerba con una variedad de otras especies conocidas popularmente como caonas o caúnas, y que ya referimos oportunamente. Se había hecho tal abuso de este hábito que llevó a la prohibición total como lo refleja el Reglamento de yerbales aquí transcripto.
87. Hoy Campo Grande es una importante localidad y que nada quedó en pie de sus yerbales silvestres.
88. Es el jote negro (*Coragyps atratus*), un «buitre americano» de hábitos necrófagos.
89. Los venados o corzuelas son tres especies del género Mazama que pueblan Misiones y responden a los nombres vulgares y científicos de pardo o guazú-pithá (*Mazama americana*), birá (*M. gouazoupira*) y pororoca o poca (*M. nana*). Los chanchos de monte son de dos especies, el jabalí cabalí o pecarí labiado (*Tayassu pecari*) y el tateto (*Pecari tajacu*). El acutí es el bayo (*Dasyprocta azarae*) y la paca, *(Cuniculus paca)*. Este último roedor de carne muy buscada y pelaje rojizo moteado de blanco recién fue citado para nuestra fauna formalmente varias décadas después.
90. Es la gallina de Guinea, pintada o gallineta (*Numida meleagris*), una gallinácea silvestre oriunda de África y muy difundida en chacras y granjas del norte argentino, donde, que sepamos, no llega nunca a asilvestrarse.
91. Este es un interesante y original uso de los tacurúes.
92. Siendo un hábito tan difundido en nuestro país y originario de esta zona, es interesante prestar atención a la función social del mate que hace el autor, lo que permite una mejor integración con los habitantes del área. Evidentemente, la no aceptación del mate crea una distancia que impide el acercamiento y el intercambio de datos y experiencias, lo que para Ambrosetti constituía el principal motivo de interés.
93. Hoy el mate dulce en Misiones es una absoluta rareza y por lo general quien lo toma así trae la costumbre de otras regiones. Pero el mate propiamente dicho, a veces llamado *cimarrón*, es amargo por definición.
94. Todavía subsiste en la zona de pastoreo cercana a San Ignacio una comunidad mbyá y no sería raro que fuera la misma.
95. En el interior de Misiones la observación sigue plenamente vigente.
96. La grafía más usada y corriente es petroglifos, que son grabados en piedra. Son una curiosidad y resulta interesante saber si subsisten.
97. Los ciervos podrían ser venados de las pampas (*Ozotoceros bezoarticus*) que según parece existieron en los campos de San Ignacio hasta comienzos del siglo XX.
98. Es el yaguareté (*Leo onca*).
99. Como se ve, Ambrosetti sospecha que estos fueron efectuados por enseñanza de los jesuitas y no como hábito propio de los pueblos originarios. Sea lo que fuere, si existieran,

resultarían de gran valor y serían las únicas representaciones en piedra de estos dos exponentes de la fauna misionera, uno de ellos aún mal documentado y de presencia discutida como es el caso del venado de las pampas.
100. Evidentemente las cañas eran apreciadas por entonces y tenían diversos usos en construcciones, carros, carretas y hasta para confeccionar picanas para los bueyes. En nuestros tiempos, las hemos visto en Puerto Iguazú y Posadas para improvisar andamios durante las construcciones de edificios.
101. Es decir, como cabreadas.
102. El autor no soñaba que años después también los ingenieros hidráulicos verían ambos saltos como ideales para instalar allí represas, aunque en el caso de Corpus existen dos emplazamientos: Corpus en Corpus y Corpus en Itacuá, que están en estudio y la represa aún no se concretó, existiendo un plebiscito provincial de 1996 en contra de su construcción.
103. Se refiere a grandes remansos.
104. Se llamaba también así al ambay (*Cecropia pachystachya*) o Ambrosetti los confundía. Como ya indicamos, el verdadero mamón o papaya *(Carica papaya*) es una planta de distribución panamericana que aparentemente varias etnias fueron intercambiando como planta de cultivo y la mantuvieron así los guaraníes. El ambay es muy frecuente en las selvas en galería.
105. Entendemos que se refiere a alguien picado de viruela.
106. Siempre nos intrigó este topónimo, pero no nos atrevemos a discutir esta versión original de su traducción.
107. Este es un tema que todavía es materia de discusión. Si bien Ambrosetti fue de los primeros en darse cuenta de que «yaguá», nombre aplicado en el área guaraní al perro doméstico, le había sido traspasado a este por un animal silvestre, no necesariamente es el «tigre» (*Leo onca*) cuyo verdadero nombre guaraní es yaguareté. «Yaguá» equivaldría a lo que los científicos llaman «carnívoro» y los cazadores brasileños, «bicho de uña». Por eso «yaguané» es el zorrino, «yaguapé» el hurón menor, «yaguarundí» el gato moro, «yaguá-pihtá» el puma y se cree incluso que la palabra *«aguará»* es decir, ‘zorro’, podría derivar de «yaguará».
108. Moisés S. Bertoni (1857-1929) fue un agrónomo oriundo del cantón de Ticino en Suiza, en la frontera con Italia, quien con su familia migró a la Argentina con un grupo de compatriotas para instalar una colonia suiza en el sur de Misiones con el aval del Presidente Roca y de su hermano Rudecindo, que era gobernador del territorio. Como ya dijimos en otra parte, por enfrentamientos entre los colonos, lo pedregoso de los suelos elegidos no muy aptos para la agricultura y las componendas inmobiliarias, luego de una breve estadía en el valle del Yabebirí, donde incluso perdió una hija ahogada, Bertoni se trasladó a la costa paraguaya, a Yaguarazapá, donde lo encuentra Ambrosetti y más tarde, a unas tierras que le dona el Gobierno paraguayo más al norte para instalar la colonia Guillermo Tell, poco al sur de Puerto Iguazú, en la margen paraguaya y que fue conocida hasta nuestros días como Puerto Bertoni. En Paraguay, fue el «sabio» por antonomasia y publicó numerosas obras de agronomía, botánica y etnografía siendo la más famosa «*La civilización guaraní*, en tres tomos que imprimió en su imprenta en medio de la selva.

También fundó la Escuela Nacional de Agricultura en Asunción. Tuvo numerosos hijos destacándose Carlos Linneo que murió muy joven y era su linotipista y A. de Winkelried Bertoni quien se convirtió en un destacado zoólogo. La tumba de Moisés Bertoni aún existe en Puerto Bertoni junto a los restos de su casa y estudio, recientemente reacondicionados con apoyo de una ONG suiza, en el Monumento Científico-Histórico Puerto Bertoni dependiente de la Dirección de Parques Nacionales y Vida Silvestre del Paraguay.
109. El aspecto interior de su vivienda que describe coincide con el que dan otros viajeros y el que puede verse reconstruido hoy en día en Puerto Bertoni.
110. *Nectandra megapotamica= N. saligna*.
111. El comentario podría aplicarse hoy como un elogio anticipado por Ambrosetti a otros pintores misioneros contemporáneos que hacen honor a su provincia como Zygmunt Kowalski, Mandové Pedrozo, Ramón Ayala, etc.
112. Los carábidos son los conocidos escarabajos y los curculiónidos, los gorgojos.
113. Los himenópteros son las abejas, avispas y hormigas.
114. Los dípteros son las moscas, tábanos, mosquitos, jejenes, etc.
115. Lamentablemente, nada dice de su aspecto que nos permitiría identificar la especie, pero deja claro que no sólo se los mataba o perseguía como plagas de los cultivo sino también como alimento.
116. El objetivo central de este viaje queda aquí revelado y refleja la claridad con que Ambrosetti advirtió en su pasada fugaz entre estos indígenas en el primer viaje que eran los últimos de su estirpe y que merecían un estudio especial que efectivamente publicó y que tuvo su origen en esta excursión. Hoy, este estudio es de tal importancia que no sólo es el único testimonio documentado de esta etnia en la Argentina, sino que lo utilizan como referencia obligada los antropólogos brasileños y existen traducciones al portugués.
117. Es una excelente descripción de cómo se levanta repentinamente la bruma otoñal que cubre los ríos misioneros, apareciendo el cielo despejado y el sol brillante donde antes todo era una densa neblina y un toldo de nubes.
118. Del francés, ‘buen cocinero’.
119. Como se ve, la explotación yerbatera ya había destruido los yerbales de Campo Grande, estando en prospección otros ubicados más al Nordeste.
120. Aquí la confusión ya incluye a tres especies fundidas en una sola cuando en realidad son bien diferentes. Ya aclaramos lo del ambay y el mamón, y se suma ahora el yacaratiá del que recopila una grafía bastante diferente que merecería algún análisis etimológico. Se trata del yacaratiá o ñacaratiá (*Jacaratia excelsa*) de fruto comestible más pequeño que el mamón, pero muy gustoso, del que es pariente. Por otra parte, la descripción que hace del tronco y las hojas se adecua al ambay.
121. Existe un arroyo del mismo nombre.
122. La grafía correcta es *capí oví* y hoy es una localidad y un arroyo.
123. Nótese el temor que se tenía por la abundancia del yaguareté.
124. Sobre todos estos duendes y creencias, ver los relatos del mismo autor en sus otros viajes o en su libro clásico póstumo *Supersticiones y leyendas* o *El diablo indígena*, que para algunos, entre los que nos contamos, es la piedra basal de los estudios folclóricos en la Argentina.

125. Curuzú es una deformación en guaraní de la palabra castellana «cruz».
126. Sobre este topónimo, ver nuestros comentarios en el segundo viaje. Es evidente que a Ambrosetti también le preocupaba su origen.
127. Esta localidad se halla en plena sierra de Misiones, en la divisoria de aguas y está hoy a orillas de la Ruta Nacional n° 14.
128. Hoy la isla Caraguatay es parque provincial, dado que es una de las pocas que conserva su vegetación nativa.
129. Este punto es coincidente con la actual localidad de Puerto Piray que algunos historiadores comentan que fue primeramente conocida como Puerto Pampas.
130. Efectivamente, Fracrán era un temido cacique caingangue, quien al atacar una comitiva yerbatera, dejó con vida a un joven muchacho mestizo procedente de Santo Tomé al que crió como su hijo y sucesor: Bonifacio Maidana.
131. Recuérdese que en esa época por una picada coincidente mayormente con la actual Ruta Provincial n° 16 se llegaba desde el Paraná a San Pedro, y a su vez, desde allí, se podía bajar al Alto Uruguay atravesando a lo ancho toda la provincia que estaba enteramente cubierta de selva.
132. Es interesante cómo identifica Ambrosetti los puertos por donde salía la yerba silvestre con rumbo a Posadas, Corrientes y Buenos Aires.
133. Frase que se hizo relativamente famosa y que Holmberg, suegro de Ambrosetti, publicó en su célebre *Viaje a Misiones*.
134. Es una de las primeras referencias claras a la floración y fructificación cíclica de las tacuaras que produce una gran atracción para ratones y pájaros que se alimentan de sus semillas, lo que aprovechaban numerosos predadores, incluyendo los pueblos originarios.
135. Según Ezequiel Núñez Bustos, es el *Eumorpha vitis* (Sphingidae).
136. Sobradiño es un nombre «abrasilerado» que se traduce como «sobradito». Se refiere a las plataformas que se armaban en los árboles para esperar la bajada nocturna de los animales grandes a los barreros o cebaderos. En portugués, estas plataformas se llaman frecuentemente «giraos» y en castellano antiguo, «sobrados», que significa ‘altillo o lugar donde se coloca lo que sobra’.
137. El término es un sinónimo del nombre Piñalito y se aplica a un pequeño manchón de pino paraná (*Araucaria angustifolia*). La observación de Ambrosetti nos parece atinada, pues a esa altura no existió influencia jesuita y no eran raros los manchones aislados, de escasa superficie, de este árbol nativo.
138. Es una definición interesante de un localismo que nada tiene que ver con la que posee habitualmente y que aparece en numerosos topónimos.
139. Se trata del famoso escritor francés, célebre por sus novelas ambientadas en los sitios más recónditos del planeta, y que adelantaron aparatos y proezas que por entonces parecían increíbles.
140. Cariyó pequeño.
141. Es una abejita del grupo de las meliponas y que algunos llaman «mirim».
142. No hemos podido dar con la identificación exacta de esta especie, pero es sin duda una cucurbitácea.
143. Es el *Pouteria salicifolia* de largas hojas brillantes alargadas y que da un humo espeso

que hace llorar, de allí el nombre vulgar. Es típico de las selvas en galería y crece junto al agua.
144. *Ruprechtia laxiflora*.
145. *Pipile jacutinga*.
146. Nótese en estos dos párrafos el contraste entre ambas situaciones. La primera es un bosque alto con escaso sotobosque, es decir abierto y que facilita la marcha como es la selva virgen o madura, y el otro es un ambiente con abundancia de cañas y enmarañado provocado en este caso por una tormenta.
147. *Lonchocarpus leucanthus*. Algunos lo llaman rabo de bugío (es decir, del mono aullador).
148. Existen varias especies del género *Ipomoea* con campanillas de un color parecido y pertenecen a la familia de las convolvuláceas.
149. Se refiere a la caroba (*Jacaranda micrantha*), árbol reputado como medicinal y de cuya ubicación los baqueanos están siempre advertidos.
150. Estas lagunas de la selva, de ser despejadas de vegetación arbórea, son muy raras y escasas. Las más comunes que reciben el mismo nombre son bajíos con pequeños árboles o arbustos y abundantes gramíneas o herbáceas.
151. Este arroyo, afluente del Piray Guazú, hoy se conoce como Palo Yerba o Tigre.
152. En realidad, amambay se usa en guaraní en forma indistinta para cualquier helecho grande, siendo amambay guazú el nombre que corresponde a los helechos gigantes o arborescentes, más popularizados con el nombre de chachíes. Los mismos pertenecen a los géneros *Alsophila* o *Trichipteris*, *Nephelea* y *Dicksonia*.
153. *Araucaria angustifolia*.
154. Nombre extraño que significa ‘mono en tierra o en el suelo’ y que sin dudas habrá contado con un curioso origen.
155. Ver comentario 153.
156. Son exponentes de una Provincia o Distrito Biogeográfico peculiar denominado Planaltese, pues se extiende por todo el planalto del sur de Brasil en los estados de Paraná, Santa Catarina y en menor medida, Rio Grande do Sul, constituyendo la Sierra de Misiones el reborde occidental del mismo.
157. Si bien el dato es curioso, lamentablemente la decadencia de este pueblo originario impidió nuevas observaciones disipando el temor de Ambrosetti, pero es digno de destacar cómo advierte estos datos para evitarle a colegas falsas creencias.
158. Este método de cosecha es muy llamativo y lo justifica la altura de estos árboles. En el Sur, los pehuenches, gente del pehuén (*Araucaria araucana*), parcialidad mapuche muy relacionada también con la cosecha de los piñones, hasta donde sabemos no trepan a los árboles, que tienen más diversidad de porte, abundando los ejemplares bajos y medianos que permiten con una caña o palo golpear los frutos desde el suelo por la menor competencia con otras especies arbóreas.
159. Confróntese, como en el caso de la yerba, el método racional del pueblo originario con el drástico del hombre blanco.
160. Como se nota, el uso maderero del pino paraná ya había comenzado.
161. Vale la pena destacar que este método era aparentemente invento de los kaingangues,

que sabían que los peces del Alto Paraná y probablemente del Alto Uruguay ingresaban a los arroyos del interior misionero, principalmente en los meses estivales y se retiraban en los invernales de nuevo a los grandes ríos con excepción de algunas pocas especies residentes de pequeño tamaño y valor proteico, de allí que idearan este método selectivo para atraparlos y que los conservaran ahumados para la época de escasez. El nombre de este aparejo se popularizó como parís (por influencia sin duda de la Ciudad Luz), pero el término original es el apuntado por Ambrosetti. Es interesante señalar que el hombre blanco copió y pervirtió el método usando pequeñas redes o coladores y construyendo pequeñas represas artificiales que obligaban a los peces a pasar por contados puntos. Todo esto llevó a la prohibición total del parí por su efecto devastador cuando en su origen se trataba de una excelente muestra de aprovechamiento racional de un recurso natural.